CALLIE HART

BRIMSTONE



LA ESPERADA CONTINUACIÓN DE
QUICKSILVER

CALLIE HART

Brimstone

Traducido del inglés por Jesús Jiménez Cañada

FAERIS

«El infierno está vacío y todos los demonios están aquí».

William Shakespeare, *La tempestad*


N
O
E
S
CIELO AJUN
LA BRECHA
NUNCRUCES
TIERRAS DEL CLAN BALQUHIDDER
OJO DE LA MEDIANOCHE
BOSQUE MIMBRE
GILARIA
PALACIO DE INVIERNO
MONTAÑAS BAJAS
YVELLA
CAHLISH
BALLARD
EL ZURCIDO
OMNAMERRIN
GILLETHRYE
ESPIGÓN DE TUMBAS
INNIR
INISHTAR
DIGNOESTE
ISLA TARRAN ROSS
EL ESCUDO
AMMONTRAÍETH
SANASROTH
LISSIA

GUÍA DE PRONUNCIACIÓN

PERSONAS

Saeris – Sa-eris

Rusarius — Ru-sa-rius

Omnamshacry — Om-nam-sha-crai

Iseabail — I-sha-bel

Belikon —Be-li-cón

Oshellith — Oh-she-liz

Taladaius — Ta-la-dai-us

Daianthus — Dai-an-zus

Lorreth — Lor-rez

Clan Balquhidder — Clan Bal-ki-der

Te Léna —Tei Le-nah

Danya — Dan-yah

LUGARES

Zilvaren — Sil-va-rén

Yvelia — I-ve-liah

Cahlish — Cal-lish

Sanasroth — Sa-nas-roz

Gilaria — Gi-la-ria

Lìssia — Lís-sia

Ammontraíeth — Ah-mon-trei-ez

Omnamerrin — Om-na-mer-rin

PRÓLOGO



KINGFISHER

Un lobo es una criatura versátil.

Adaptable.

Cuando pertenece a una manada, el lobo es parte de algo más grande que él mismo. Desempeña un papel, ocupa un lugar en el discurrir del mundo. Dentro de una manada hay seguridad.

Pero un lobo también es capaz de sobrevivir solo.

En mitad de un bosque, a medianoche, rodeado de depredadores por todos los flancos, un lobo puede escabullirse como una sombra entre los árboles. Puede refugiarse en recodos oscurecidos, acechar a sus propias presas.

Puede esperar a que sus enemigos se confíen y contraatacar a dentelladas cuando lo atacan…

Sobre todo con una espada divina en las manos.

Yo ya estaba listo cuando llegó el vampiro. Me había estado siguiendo como un espectro por entre los pasillos vacíos de Ammontraíeth desde que salí de los aposentos de Saeris. Sentí su rabia hirviente cerca de mí. A la espera.

Adivinar lo que sienten los seres vivos no requiere gran habilidad. Hay quienes pasan siglos entrenándose para controlar sus sentimientos. Entre los fae, vale la pena asegurarse de que los pensamientos y sentimientos permanecen ocultos. Sin embargo, da

igual la práctica que tenga una persona a la hora de esconder sus sentimientos, pues su cuerpo acaba evidenciándolos. Es inevitable.

Las emociones pintan la sangre.

Felicidad.

Rabia.

Pesar.

Lujuria.

Cada emoción transmite su propia energía. Una vibración, si prefiere verse así. Cada una de ellas corre por las mismas venas y tiene su propio aroma. Los fae emiten sutiles indicadores de su estado de ánimo, por más entrenados que estén en esconder sus emociones.

A veces, los aromas que emiten los humanos pueden resultar abrumadores.

A los humanos no se les da bien domar sus sentimientos. Lo experimentan todo de forma muy tosca, completamente abierta, sin la menor conciencia de hasta qué punto afectan sus reacciones a quienes tienen los sentidos más refinados.

Los muertos, por su parte, son harina de otro costal. Sin un corazón latiente, la sangre en sus venas no es más que un lodo pegajoso y negro. La única vez que un miembro de la corte sanasrothiana emite cualquier tipo de aroma es después de alimentarse, cuando la chispa de la vida que atesora la sangre de su víctima aún reverbera con las emociones que esa víctima ha sentido al morir. Como el más leve resquicio de perfume tras un abrazo.

Una hora antes, me encontraba sentado junto a mi amor verdadero, mi compañera. El aroma a petricor embriagaba mi cabeza mientras escuchaba la cadencia de su voz, que no dejaba de bombardear a Tal con todo tipo de preguntas sobre la Corte de Sangre. Saeris se había mostrado implacable desde que recuperó la consciencia. Intentaba comprender, armarse, prepararse para lo que estaba por venir. Habíamos dispuesto los cimientos de nuestro plan, y Saeris comprendía el papel que debía desempeñar para llevarlo a cabo…, pero se sentía nerviosa. Teniendo en cuenta que había sido

humana hasta hacía pocos días, en realidad le salía mucho mejor que antes lo de controlar sus sentimientos. Por otro lado, mi olfato es más agudo que el de la mayoría de la gente. Yo percibía su vacilación. Era como el aroma de la piedra caliente tras la lluvia.

Yo había estado inspirando su fragancia, ahogándome en ella, cuando de pronto capté otro olor.

El vampiro debía de haber ingerido una impresionante cantidad de sangre antes de esconderse, agazapado en la oscuridad frente a los aposentos de Saeris.

Salí con cualquier pretexto al pasillo, en busca de la podredumbre. Bajé dos plantas, hacia las entrañas del Palacio Negro. Y allí lo encontró la punta de mi espada.

El vampiro era hermoso. Tenía una cara que podría haber sido común y corriente cuando estaba vivo, y el tipo de piel que habría acabado hundiéndose y volviéndose opaca. Sin embargo, la muerte había acentuado sus facciones. Lo había vuelto perfecto. Pómulos altos. Nariz regia, aquilina. Sus ojos debían de haber sido azules en su día, pero ahora destellaban como ópalos fantasmales. Los labios, retraídos, mostraban unos crueles colmillos blancos. Su boca formó una «O» de pura sorpresa antes de llegar a emitir sonido alguno. Bajó la vista, aturdido, y se encontró con Nimerelle, hundida hasta la empuñadura en su pecho.

—Has… estropeado el terciopelo —graznó.

Cierto. La hoja de la espada divina había abierto un agujero de ocho centímetros en su chaleco de terciopelo negro. Me encogí de hombros con aire de disculpas.

—Un molesto daño colateral en esto de matar —dije con un suspiro—. A veces, la ropa del oponente también acaba hecha trizas. Pero eso tú ya lo sabías, ¿verdad?

Una flor de muerte, negra como la tinta, brotó en la parte delantera de su camisa. El muy cabrón tuvo la osadía de dedicarme una mirada ultrajada.

—Me… suena el problema, sí —dijo con voz rasposa.

—Bueno, ya no tendrás que preocuparte más por ello —le dije.

Incluso antes de que el vampiro surgiese de entre las sombras, yo ya sabía que no venía en busca de pelea. El resto del Palacio Negro dormía; aquella criatura no debería haber estado despierta. Pero aquel vampiro, con ropas tan elegantes y la barriga llena de sangre inocente, había venido a buscar algo que no se merecía. Algo que solo yo podía darle.

El ser se tambaleó e intentó agarrarse a mí, pero sus manos ya se convertían en ceniza. Pronunció unas palabras tan secas como el viento del desierto.

—Lo siento. Es que no podía enf… enfrentarme…

¿Al sol?

¿Al fuego?

No era tarea sencilla encontrar fuego en aquel lugar. Un vampiro que rozase una llama podía incendiarse como un puñado de fajinas secas. Las chimeneas de Ammontraíeth ardían con luceterna, así como las antorchas de las paredes. Seguramente, aquel cabrón miserable ni siquiera habría sido capaz de encontrar ni una cerilla por allí. Además, ¿quién iba a querer una muerte así? No era sencillo morir de aquella manera. Era demasiado doloroso. Demasiado dramático.

Era preferible acabar convertido en ceniza.

Todo un acto de misericordia.

—Me has salvado de… aquello en lo que… me he convertido —resolló.

Había gratitud en sus ojos. Alivio.

Yo me incliné hacia delante mientras la criatura se secaba, y me aseguré de que oyese cada una de mis palabras al tiempo que se hundía en la muerte definitiva:

—No lo hago por ti. Lo hago por aquellos de quienes te has alimentado. Disfruta del infierno, garrapata.

Cualquier esperanza de salvación que hubiese esperado encontrar conmigo se desvaneció de sus ojos.

—Van a… destruirla…, ¿lo sabes? Ya se ha… augurado. Esta corte… caerá… con ella… dentro.

Sus labios se retorcieron en una mueca, que podría haberse interpretado como una sonrisa, o bien alivio, o desdén. Cualquiera sabía.

—Saeris está a salvo —espeté—. No permitiré que le suceda nada.

Sin embargo, el vampiro se limitó a echar la cabeza hacia atrás y soltar unas carcajadas que más bien eran ladridos entrecortados. Su barbilla se convirtió en ceniza. Luego, sus mejillas. Su voz se agrietó y se resquebrajó. Se quedó sin garganta. Para cuando los colmillos se desprendieron del cráneo y cayeron al suelo, ya se le había cortado la risa. La criatura se derrumbó. Ya no quedaba nada del vampiro, solo dos dientes que repiquetearon en el suelo —plinc, plinc— y rebotaron por las escaleras que descendían hacia las entrañas de Ammontraíeth.

Plinc…

Plinc…

Plinc…

El Palacio Negro era inmenso. Yo ya había perdido la cuenta de cuántos vampiros altasangre me había cargado desde que llegué. En un primer momento había habido al menos uno o dos retoños de Malcolm esperándome tras cada corredor oscurecido de obsidiana. Los atraía el calor de mi sangre. Sin embargo, los miembros de la Corte de Sangre no tardaron en darse cuenta de que no eran rivales para la espada divina ni el tipo que la enarbolaba. Ahora dormían, pero pronto iban a despertar. Y entonces se esconderían, si es que sabían lo que les convenía.

—¡Ah! ¡Aquí estás!

Una silueta pelirroja apareció al pie de las escaleras, jadeando, sin aliento. Bajó la vista y enarcó una ceja al ver los dientes que se habían detenido a sus pies, pero no los mencionó. Centró su atención en mí.

—Tienes que… venir…, rápido.

—No deberías salir de tus aposentos, Carrion.

Allí, el sonido se propagaba de formas extrañas. El aire, denso, vibraba con un tono inaudible que zumbaba sobre la piel. Mis palabras salieron amortiguadas, pero llegaron igualmente a los oídos del contrabandista, que dejó escapar una exclamación ahogada de pura exasperación y corrió escaleras arriba. Sin embargo, yo ya había dado media vuelta y regresaba por donde había venido.

—Me encantaría… estar acurrucadito en mis aposentos ahora mismo, pero… se aproxima el crepúsculo. Este sitio va a despertar.

—Exacto.

—¿Quieres hacer el favor de dejar de andar? Escúchame: estaba mirando… por la ventana… y he visto… algo…

—Se llama puesta de sol, Swift. Si quieres vivir para ver más de esas, siempre puedo escoltarte hasta Cahlish. Desde allí se ven la mar de bien tanto los anocheceres como los amaneceres.

No sé ni para qué seguía insistiendo. Le había propuesto en varias ocasiones sacarlo de Ammontraíeth (y de Innìr, de hecho), pero aquel tipo se mostraba cada vez más cabezota.

—Una idea tentadora, pero aquí estoy bien, gracias.

Había echado a correr escaleras arriba y ahora me pisaba los talones, a mi mismo paso.

—¿Me permites que te pregunte otra vez qué se te ha perdido en Ammontraíeth? —dije con voz entrecortada—. Este sitio es una pesadilla.

Carrion respondió en tono distraído:

—Bueno, ya sabes, tengo mis motivos.

Sus motivos tendría, y me parecía bien que los tuviese, siempre que entre esos motivos no estuviese la esperanza de que Saeris fuese a confesarle algún tipo de amor inmortal. Eso no iba a pasar.

—Por los putos dioses vivos, Fisher, ¿quieres frenar un poquito? ¡Tengo que decirte algo importante!

Dejé escapar un suspiro torturado y me giré de cara a él.

—¿Es de verdad importante o solo te parece importante a ti?

Carrion tenía por importantes un millar de detalles ridículos que en realidad daban igual. Enarcó las cejas y me dedicó una mirada

intensa.

—Pues mira, no lo sé, ¿a ti te parece que la felicidad de tu compañera es importante?

Le clavé la mirada.

—Habla. Rápido.

Él negó con la cabeza.

—Necesitamos… una ventana.

Dado que la luz del sol era mortal allí, una ventana suponía una sentencia de muerte. Por eso no era tan sencillo encontrar ventanas. Dimos con una en la planta de arriba. Medía apenas treinta por treinta centímetros y tenía el cristal ahumado, para bloquear parte de los rayos del sol. La vista desde allí podría haber sido demasiado estrecha como para mostrar de dónde venía la inquietud de Swift, pero por suerte no fue el caso. Paseé la vista por el angosto campo visible hasta el horizonte, la tierra abrasada que se extendía entre Ammontraíeth y el río, pero no vi…

Oh, dioses.

—En un primer momento pensé que era un montículo de nieve —dijo Swift. A mí se me había parado el corazón—. Luego vi que se movía. Que corría. Rápido —jadeó.

Salí de allí a la carrera, dejé atrás a Carrion y bajé las escaleras. El contrabandista me siguió.

—¡Te he venido a buscar en cuanto he podido! ¡No sabía si… si debería decírselo a ella o…!

—¡Calla la boca y corre!

—Pero ¿qué…? —jadeó él—. ¿Qué haces?

—¿Tú qué crees? —rugí—. ¡Ir a salvar al puto zorro!



Lo había dejado en Cahlish. Ni siquiera en Innìr. En Cahlish. Al otro lado de la montaña.

Omnamerrin era de las cadenas montañosas más traicioneras y letales de toda Yvelia. Sus cuestas eran muy pronunciadas, casi imposibles de escalar para un miembro de los fae. Yo solo conocía a un puñado de guerreros que había escalado su escarpado pico y había sobrevivido para contarlo. Onyx había nacido entre hielo y nieve, pero ni siquiera él debería haber sobrevivido al paso. Las avalanchas lo habrían enterrado una y otra vez. Tenía que haberse abierto camino. Sin comida. Sin refugio en el que guarecerse del afilado viento.

Había abandonado la seguridad de Cahlish. Por ella.

Había escalado la montaña. Por ella.

Había pasado a hurtadillas por Innìr y había cruzado el río. Por ella.

Y ahora lo perseguía una horda de devoradores por las tierras yermas de Sanasroth. Debía de estar cansado, a punto de rendirse, pero, aun así, corría. Por ella.

Y yo no pensaba dejar que muriese aquel pequeño zorro.

Corrí a toda velocidad palacio abajo y crucé los Engranajes, el asentamiento multinivel que había sido construido a lo largo de los años alrededor del perímetro del palacio. Las calles adoquinadas estaban vacías de momento, pero no por mucho tiempo más.

Bill. Tenía que llegar hasta Bill.

Los caballos odiaban Ammontraíeth. No había forma de mantenerlos en los establos. Los vampiros altasangre guardaban sus sobrantes en los Engranajes; cualquier devorador hambriento echaría abajo uno de esos muros con sus propias manos para hacerse con carne caliente de caballo. Bill, Aida y otras dos yeguas descansaban en el establo de un edificio anexo a ciento cincuenta metros del patio principal, justo al otro lado de una alta muralla que rodeaba el nivel inferior de los Engranajes. Yo casi arranqué de cuajo la verja de metal de aquel lugar para llegar a mi montura. No me molesté en ponerle embocadura ni brida. Mi fiel amigo no necesitaba que le dijese dos veces adónde ir. Para cuando salimos a toda

velocidad por las puertas abiertas, Carrion aún estaba cruzando el patio.

—¡Vuélvete dentro! —rugí.

—¡No!

—Por los dioses y los putos pecadores —maldije en fae antiguo.

Al pasar a su lado al galope, alargué el brazo derecho. El muy idiota se aferró a mi antebrazo y subió de un salto a la grupa de Bill, a mi espalda.

—¿No me vas a preguntar dónde he aprendido a hacer eso? —chilló el contrabandista.

—No —espeté.

—¡Me ha enseñado Lorreth!

Si quería que lo felicitase, más le valía sentarse a esperar. Nos separaba del zorro más de un kilómetro de ceniza y lutita desmenuzada que llegaba a la altura de los tobillos. Normalmente, los caballos tenían que avanzar con cuidado en aquel suelo muerto e inestable, pero no había tiempo para eso. Bill resopló y bufó, pero cargó sin vacilar hacia los devoradores, que cada vez estaban más cerca.

—Eso es, sigue adelante —susurré a media voz—. Gracias. Gracias.

Debería haber obligado a Carrion a quedarse atrás. Había más devoradores corriendo hacia el zorro de los que yo había contado en un primer momento. ¿Eran unos veinte? ¿Quizá treinta? Más de los que podría despachar yo sin mi magia, que no funcionaba en aquel lado del Zurcido. Además, Carrion no era ningún guerrero sanguinario, sino contrabandista.

El sol ya se había hundido bajo el horizonte. Si la luz era lo bastante tenue para los devoradores, los vampiros altasangre de Sanasroth no tardarían mucho en despertar. Sin una escolta que lo ayudase a atravesar el palacio, el muy lerdo moriría en cuestión de segundos…

Cada vez estábamos más cerca.

Pero los devoradores también.

Tenían un hambre eterna, y probablemente hacía eones que ninguna criatura viva se había atrevido a internarse por las tierras sanasrothianas. La demente infantería de Sanasroth no perdería esa oportunidad por nada del mundo.

De pronto distinguí a Onyx. Tenía las puntiagudas orejas aplastadas contra el cráneo y corría por su vida. Saltó desde una roca y atravesó el aire, un brochazo blanco en medio de la oscuridad creciente. Luego sus zarpas aterrizaron sobre la tierra sólida y levantaron una nube de ceniza al seguir corriendo.

—Vamos —susurré entre dientes—. Vamos. Corre.

Nos quedaba menos de un kilómetro. La distancia entre ambos se acortaba…, pero también la distancia entre los devoradores y el zorro. Estaba cansado, lo vi enseguida. Le colgaba la lengua de la boca, y se agitaba como un estandarte. Se le veía el blanco de los ojos, desorbitados. El zorrillo estaba aterrorizado.

Yo no me había dado cuenta de que Carrion estaba aferrado a la espalda de mi armadura. No le quedaba más alternativa, porque no había silla de montar ni agarre alguno. Reprimí una maldición, molesto, y me incliné hacia delante para que Bill apretase el paso. Y lo apretó, sin vacilar. Ni una sola vez flaqueó su galope.

—¡Ya casi estamos! —bramó Carrion.

Yo apreté los dientes con tanta fuerza que sentí un crujido en la mandíbula.

—¡Agárrate!

No íbamos a parar. Si parábamos, estábamos muertos. Agarré de un puñado la crin de Bill y elevé una plegaria a esos dioses a los que odiaba, por segunda vez en menos de una semana.

Salvad al zorro.

Salvad a Bill.

Salvad al zorro.

Salvad a Bill.

Por favor…

Una espuma blanca se derramaba de las bocas de los devoradores. Sus aullidos dementes llenaban el aire. Se acercaban

más, y más, y más.

Salvad al zorro.

Salvad a Bill.

Ya estaban casi encima de Onyx, a un pelo de distancia. El más rápido de todos ellos, que llevaba una camisa mugrienta y desastrada, se abalanzó sobre el zorro y llegó hasta él. Bill relinchó y se echó hacia atrás, aterrado. Sus cascos resbalaron sobre aquel suelo de cristal volcánico y él intentó desesperadamente apartarse de la amenaza en ciernes. Las garras afiladas del devorador rozaron el pelaje del zorrillo, que saltó…

Y Carrion lo agarró en el aire.

Para luego resbalar del lomo de Bill y caer al suelo de culo.

¡Por los dioses y los putos mártires!

—¡En pie, Swift! —rugí.

El príncipe de pelo cobrizo, que agarraba con fuerza a Onyx, intentó ponerse en pie. Se movió a toda prisa, pero no iba a ser lo bastante rápido. Yo giré a Bill, obligándolo a describir un pronunciado círculo, y lo situé frente a los devoradores. Entonces me bajé de su grupa.

—Tranquilo, amigo. Soooo, soooo…, espérame aquí —le susurré.

Luego desenvainé a Nimerelle. Y dio comienzo la matanza. La espada divina derramaba humo negro al tiempo que atravesaba el aire como una guadaña. Allá donde yo lanzaba un tajo, la carne necrosa y los huesos quebradizos de los monstruos quedaban cercenados como papel mojado.

—¡Saca el arma, Swift! —rugí por encima del hombro.

Carrion ya se había puesto en pie, con Simon, su espada divina, en la mano.

Onyx había bajado de un salto de sus brazos y se escondía entre las patas de Bill, lo cual no ayudaba a calmar al caballo, que sin embargo no se alejó mucho. Piafaba y resoplaba, con los ojos desorbitados; estaba asustado, pero quería obedecer.

La marea de devoradores caería sobre nosotros en cualquier segundo.

—¡Decapítalos! —grité—. ¡No la cagues, Carrion!

—¡No la cagaré!

Se colocó a mi lado, listo para la lucha. Experimenté un destello de sorpresa al ver su postura. Tenía los pies bien colocados. O casi. Y cuando los ávidos devoradores cayeron sobre nosotros, no murió de inmediato. Inaudito.

La plata y el acero fae cruzaron el aire y rajaron a aquellos cabrones. Yo me encargué de la mayoría. Los pocos que me evitaron y se lanzaron sobre Carrion también acabaron en el suelo. Casi todos conservaban la cabeza e intentaban aún matar al contrabandista, pero al menos los había derribado.

Detrás de nosotros, Onyx soltó un chillido aterrorizado…

Siete devoradores.

Ocho…

Un cuarto devorador se unió a los tres que ya había derribado.

Nos separaban doce metros de la siguiente oleada de devoradores. Yo agarré a Carrion de la nuca y lo llevé a empujones hasta Bill. Hasta el momento habíamos tenido suerte, pero no seguiríamos teniéndola mucho más tiempo. Agarré a Onyx y subí a la grupa de Bill, tras lo cual ayudé a Carrion a montar de un tirón.

Ammontraíeth se cernía sobre nosotros, más adelante. Era un puño apretado, con capiteles en lugar de nudillos, que se alzaba hacia el cielo entre la niebla. No era un palacio, sino más bien una fortaleza.

Agarré la crin de Bill, elevé una última plegaria a los dioses y echamos a cabalgar como el viento.



El infierno había despertado y apretaba los dientes para cuando llegamos a los Engranajes. Vampiros altasangre y bajasangre se asomaban por igual entre los muros de obsidiana que custodiaban la pequeña ciudad a los pies de Ammontraíeth. Nos contemplaban con

ojos monstruosos, cargados de animadversión y hambre. Bill entró a regañadientes en el establo. Lorreth nos esperaba allí, con los brazos cruzados y el ceño bien fruncido.

—Por todos los dioses. Sales de una habitación y dices que volverás enseguida, y para cuando me quiero enterar, estás galopando por las tierras yermas, ¡cargando de frente hacia los no muertos!

Carrion gimió y se bajó de la grupa de Bill.

—¿Y tú qué? ¿Es que has perdido el puñetero juicio? —siseó Lorreth, mirando al contrabandista con ojos entrecerrados, como si pudiese ver realmente la estupidez que este tenía encima.

—Yo no he hecho nada. Aparte de matar a cuatro devoradores y salvarle la vida a Fisher.

Había adoptado su habitual tono despreocupado, pero por debajo subyacía una nota de auténtico terror. Al parecer, nuestro escarceo cercano con la muerte lo había afectado de veras.

Yo, en cambio, pensaba asesinarlo.

—Como mucho, los has tullido —espeté—. Y el día en que tú me salves el pellejo en el campo de batalla será el día en que me ponga un puto vestido y haga un zapateado.

Podríamos haber acabado los dos muertos porque se había empeñado en seguirme. Se había caído del caballo, joder. Y si le sucedía algo, ¿qué iba a pasar? Saeris se cabrearía conmigo.

Pero…

Onyx gimoteó y se estremeció contra mi pecho, hecho una bolita. Sus ojos negros y cristalinos seguían llenos de miedo. Tenía el pelaje mugriento. La sangre le manchaba el lomo y la pata derecha. Le pasé las manos por la herida y el animal soltó un gañido. Claramente sufría mucho dolor.

Ya habría tiempo más tarde de gritarle a Carrion Swift.

—Vamos —dije—. Entremos antes de que a esos hijos de puta se les ocurra darnos un mordisco. —Miré a mi amigo y pregunté en tono suave—: ¿Has tenido algo de suerte? ¿Lo has encontrado?

Lorreth tensó las fosas nasales. Un músculo se marcó en su mandíbula.

—No. He buscado por todas partes. Si Foley está aquí, no sabría decirte dónde.

Lástima. Necesitábamos a Foley. Solté un suspiro y reprimí la decepción.

—Está bien. Bueno, tú sigue buscando. Me parece que no deberíamos abandonar aún.

—¿Quién es Foley? —preguntó Carrion.

Lorreth abrió la boca, a punto de responder, pero luego me miró y vaciló.

El universo entero podría acabarse, pero a Carrion Swift aún le quedarían preguntas por hacer. Pero bueno, yo en su lugar también habría querido enterarme. Incliné la cabeza y aparté la cara mientras Lorreth se lo explicaba.

—En su día fue un amigo. Todavía lo es. Uno de los nuestros. Cayó en Ajun.

Saeris había dicho que Lorreth había cantado una balada sobre Puerta Ajun, sobre la batalla que había tenido lugar allí, pero que el mercurio se la había quedado a cambio de permitir que Avisiéth, la espada de Lorreth, volviese a ser forjada. Desde entonces, Carrion había preguntado alguna que otra vez por Puerta Ajun. Mientras esperábamos a que Saeris despertase tras el beso de medianoche, Lorreth le había contado muchas de nuestras hazañas al contrabandista. Le habló del amigo al que perdimos por culpa del dragón, pero no le había contado toda la historia.

—Si cayó en Ajun, ¿cómo es que…? —Carrion frunció las cejas, pero entonces comprendió—. Ah, bueno. Caer, pero en plan que sufrió una caída, ¿no? No que muriera. Sigue vivo. ¿Y está aquí? —preguntó, mirando por los muros afilados como cuchillas del Palacio Negro, que se alzaba gigantesco sobre nosotros.

—Sí —dijo Lorreth. Era notable que una sola palabra pudiese contener tanta tensión. El guerrero carraspeó—. Echaré abajo todo este lugar si es necesario, Fisher. No te preocupes. Yo me encargo.

Vamos, entrad. Saeris se estaba haciendo la dura cuando la dejé, pero sé que empezaba a entrar en pánico. Yo me encargo de calmar a Bill y de refrescarlo un poco.

Mientras hablaba, Lorreth le pasó una mano por el cuello sudado al caballo y le dio unas palmaditas en el hombro. Yo me bajé, con cuidado de no sacudir mucho a Onyx cuando mis botas aterrizaron en el suelo. Caí con suavidad, pero el animalillo gimió igualmente. Le notaba los huesos bajo la piel. Con el corazón encogido, vi que tenía las zarpas agrietadas y ensangrentadas.

—Vas a tener que sujetarlo —le dije a Carrion mientras nos dirigíamos a los Engranajes.

—¿Qué? No, yo no puedo sujetarlo. No le gusto.

Me apresuré a desenvainar a Nimerelle y a girarla hacia él para que la viera.

—¿Prefieres llevar esto? —pregunté—. Porque necesitarás ambas espadas divinas si quieres abrirte paso entre los Engranajes hasta el palacio.

El contrabandista palideció al mirar la espada. Quien tocaba la espada divina de otro guerrero podía acabar con graves quemaduras, y eso en el mejor de los casos. En el peor, podía perder la mano. O la vida.

—Ya me quedo con el zorro, ya —dijo, mirando con cautela a Nimerelle.

Tardamos más de lo que me habría gustado en regresar hasta los aposentos de Saeris. Dejamos un reguero de dientes a nuestro paso, colmillos que repiqueteaban y botaban por los adoquines y luego por los suelos pulidos, mientras subíamos planta a planta en el palacio. Para cuando nos encontramos sanos y salvos tras las puertas del cuarto de Saeris, yo ya había perdido la cuenta de cuántos vampiros había matado. La ropa de Carrion estaba manchada de sangre negra, y Onyx se había desmayado de agotamiento.

Saeris estaba junto a la puerta. Le corrían lágrimas por el hermoso rostro pálido. Vestía una gruesa túnica negra con complejos

bordados dorados en los bolsillos. Agarró a Onyx, con expresión doliente.

—Dioses. ¿Se encuentra bien? —susurró, como si le diese miedo incluso formular esa pregunta, saber la respuesta.

—Se pondrá bien —le dije.

Dioses, quería tomarla en mis brazos, apretarla contra mí. Conocía más que bien la pendiente de sus hombros. El modo en que los mechones de su cabello se le rizaban en las sienes. Era consciente de la expresión dura y desafiante que llevaba como si fuera un escudo, pero aún no la había visto experimentar el pesar de la pérdida. Aquella sensación era desconocida y nada bienvenida; quise expulsarla de entre nosotros lo antes posible, pues su presencia en la habitación me provocaba dolor en el pecho.

A pesar de sus heridas, el zorrillo se revolvió en brazos de Carrion, resuelto a llegar por fin a su destino. Una vez que se sintió a salvo, apretado contra el pecho de Saeris, la tensión pareció desvanecerse de su cuerpo. Tembló, jadeó y alzó la mirada hacia Saeris. Ella había maldecido mi nombre y enseñado los dientes ante cada amenaza a la que se había enfrentado desde que nos conocimos. Incluso cuando la encontré en el Salón de los Espejos, moribunda por las heridas que Harron le había causado, se había mostrado desafiante. Ahora, sin embargo, lloraba mientras acunaba al zorro entre sus brazos. Yo no soportaba ver aquel dolor, joder.

Alargué la mano hacia Onyx.

—Vamos, dámelo —dije.

Los ojos de Saeris eran del tono azul pálido del alba de invierno al romper sobre las montañas. Con el labio inferior tembloroso, me lanzó una mirada interrogativa, pero no llegó a hacer ninguna pregunta. Tragó saliva, inspiró hondo y me tendió a Onyx.

Carrion no estaba. Por una vez, el ladrón había evaluado la situación y se había escabullido. Saeris me siguió, con ojos desorbitados. Los latidos del corazón le retumbaban en la garganta. Me vio cargar con el zorro hasta la puerta que daba al balcón.

Como primero entre todos los vampiros y rey de la Corte de Sangre, Malcolm había sido en su día dueño y señor de aquellos aposentos, tal y como era su derecho. Aun así, no pasaba mucho tiempo allí. Según Taladaius, Malcolm dormía en la torre que había justo sobre nosotros, pues su paranoia lo impulsaba a encerrarse bajo llave tras una serie de puertas de hierro de más de medio metro de grosor para dormir. Yo no me lo podía imaginar de pie en el balcón, al abierto, con aquel cielo nocturno repleto de estrellas sobre la cabeza. Ahí fuera le habría dado demasiado miedo hasta su propia sombra…

Saeris estaba radiante bajo la luz de la luna. El pelo le latigueaba y ondeaba como un estandarte bajo la fría brisa.

—Si… —Las lágrimas brillaban en sus ojos—. Si tienes que hacerlo, al menos asegúrate de que sea rápido.

Sentí una presión férrea en el pecho. Saeris pensaba que iba a sacar de su dolor a la pobre criaturilla. Lo pensaba y aun así me la había dado. Había confiado en que yo hiciera lo que había que hacer, que liberase a su compañero del dolor…

Negué con la cabeza y esbocé una suave sonrisa.

—Ya te lo he dicho, Osha, se pondrá bien. Te lo prometo.

Me puse de rodillas y apoyé aquella bola de pelo blanco manchada de sangre en mi regazo. Un par de ojos, negros y cristalinos como la tinta, me miraron, desorbitados pero confiados.

—La magia de sanación que hay en mí es muy pequeña —le susurré—. Supongo que los dos tenemos suerte de que tú también seas pequeño.

Esperé a que la corriente de magia me calentase las manos. Solía usarla para curarme moratones cuando era niño. La usé una vez cuando me rompí el pulgar, aunque mi reserva de energía sanadora quedó casi agotada. Cuando era joven, solía quejarme con mi madre de lo mal sanador que era, pero ella se limitaba a reírse y despeinarme el cabello.

«Nunca dudes de tus poderes, querido mío —me dijo—. Cada uno de ellos es un don. Cada uno resultará ser suficiente cuando lo

necesites. Ten fe en ti mismo. Tú siempre serás suficiente».

Recé para que tuviese razón y coloqué las manos sobre la herida en la pata trasera del zorro. En un primer momento noté resistencia, una barrera que no cedió tan fácilmente como la que se alzaba entre yo mismo y mis sombras. Al cabo, sin embargo, cedió. Me recorrió una oleada de dolor. Me encogí…

—¿Qué pasa? —preguntó Saeris—. ¿Qué sucede? ¿Qué haces?

Onyx gimoteó. Apoyó la cabeza en mi pierna. Su agotamiento se filtraba por la conexión que yo acababa de establecer entre los dos. Estaba cansado hasta la médula, y le latía la pata de dolor. Por suerte, no la tenía rota, sino dislocada. Llevaba demasiado tiempo corriendo.

—¡Fisher!

—Un momento, Osha —dije—. Confía en mí. No tardaré mucho.

Cerré los ojos y tiré. Algunos miembros de los fae no tienen acceso a sortilegios menores. Un sortilegio menor no forma parte del derecho de nacimiento de un varón o hembra fae, como por ejemplo sí lo son mis sombras. Este tipo de magia proviene de un pozo mucho más pequeño de energía; una leve afinidad que una persona podría tener hacia un tipo de magia específico. A diferencia de la magia que se hereda por nacimiento, los sortilegios menores son un recurso finito. Me temblaron las manos pero me empleé a fondo, en busca de cada resquicio de magia sanadora que fluyese por mi interior. Una vez que la visualicé, en medio de mi pecho, la vertí toda sobre Onyx.

El zorro se estremeció y, a los pocos segundos, sus rápidos latidos comenzaron a calmarse. El dolor que irradiaba menguó hasta que no fue más que un pálpito apagado en su pata. Tenía las zarpas curadas, el hueso dislocado estaba sano…, aunque no del todo. Yo no tenía suficiente magia sanadora para curarlo completamente, pero, aun así, había bastado. Onyx podría acabar de recuperarse él solo. El zorrillo bostezó y dio una patada. Quería que lo soltase. Ahora su pelaje volvía a estar limpio; la sangre que lo cubría había

desaparecido. Correteó hacia su señora con una cojera apenas perceptible.

El asombro y el alivio llenaron los ojos de Saeris, que se agachó para recoger a la criatura.

—¿Qué…? Pero… ¿cómo lo has hecho? —El zorro se acurrucó contra su cuello y le lamió la mejilla. Ella se echó a reír—. ¡No sabía que eras capaz de sanar!

Yo me encogí de hombros.

—Ahora no puedo. Ya no, al menos. No ha sido mucho, pero le he dado todo lo que tenía.

La alegría menguó un poco en Saeris.

—Pero… si tienes magia sanadora, ¿no debería reabastecerse, como pasa con la de Te Léna?

Negué con la cabeza, con aire apenado.

—Algunos tipos de magia no funcionan así, Osha.

Ya se lo explicaría en otra ocasión. Seguía habiendo una asombrosa cantidad de información que Saeris desconocía de este reino, de sus pueblos y su magia. Pero todo eso podía esperar. Onyx estaba en mucha mejor forma, y ella había dejado de llorar. De momento, eso era lo único que importaba.

—Entonces, ¿has sacrificado esa magia? ¿Para ayudar a Onyx? —preguntó Saeris.

Por los putos dioses, pero qué hermosa era. La luz de la luna pintaba su piel de plata, hasta el punto de que parecía brillar.

Asentí.

No parecía saber qué decir. Enterró el rostro en el pelaje de Onyx durante un instante y aspiró su olor. Cuando alzó la mirada de nuevo hacia mis ojos, tenía una ceja arqueada.

—¿Y por qué lo has hecho? —preguntó—. ¿Por qué hacer semejante sacrificio?

Antes, no le habría contestado. Como no era capaz de mentir, habría preferido mantener la boca cerrada. Sin embargo, ya habíamos pasado por mucho. La situación entre los dos había cambiado. La verdad me salió con facilidad.

—¿Acaso no lo sabes? No hay nada que no esté dispuesto a sacrificar para hacerte feliz, Osha. Gastar un poco de magia es lo mínimo que puedo hacer.

Antes de Gillethrye, llevábamos semanas inmersos en un baile cargado de tensión. Ahora, las marcas del vínculo divino cubrían sus manos y muñecas. Y las mías también. Nos pertenecíamos el uno a la otra, estábamos vinculados de un modo que yo sentía tan extraño como emocionante.

Había mucho más que decir. El peso de todo lo que flotaba entre ambos… Sin embargo, la mujer de la que me había dado miedo enamorarme se limitó a asentir, en un intento de no sonreír.

—Ya veo. Y yo que pensaba que habías cambiado de idea con respecto a Onyx.

Yo también intenté no sonreír. No podía apartar los ojos de ella. Por los putos dioses, qué hermosa era.

—Ah, no te equivoques —murmuré en tono suave—. Sigo pensando que da para hacerse un sombrero precioso.

1



LOS DIENTES DEL INFIERNO

SAERIS

Aquel vestido estaba hecho para el pecado.

Era negro.

Sin tirantes.

Casi transparente.

El corte del lateral era tan alto que no me permitía llevar ropa interior. La tela se me pegaba al cuerpo como una segunda piel y resplandecía al reflejar la luz, como si hubiese sido confeccionado a partir del mismísimo cielo nocturno. Unos largos guantes del mismo material me cubrían los brazos; parecía que los había sumergido hasta los codos en tinta resplandeciente. Aquello no se parecía en nada a los conjuntitos que Everlayne me había puesto cuando llegué al Palacio de Invierno. Aquello era elegante. Impresionante. Dolorosamente sexi. No reconocí a la mujer que asomaba al espejo de cuerpo entero de mi vestidor… y con razón. Aquella extraña criatura que me devolvía la mirada no era una mujer. Ya no. En su día podría haberlo sido, pero ahora era un híbrido fae-vampiro, tocada por los dioses. Yo seguía siendo la de siempre, y al mismo tiempo no lo era. Puede que la inmortalidad adelgazase a otros, los volviese espigados. En mi caso, lo que había hecho era rellenar las

partes de mí que Zilvaren casi había matado de hambre. Ahora tenía los pómulos más redondeados, los labios más carnosos. Caderas, pechos, culo: antes ya tenía todo eso, pero ahora tenía más de todo. Al igual que cada vez que me había visto en el espejo durante las últimas cuarenta y ocho horas, mi atención se vio atraída hacia mis orejas puntiagudas, que asomaban por entre los bucles ondulados de mi oscuro cabello. Cada vez que las veía me golpeaba una bofetada de irrealidad. Al final me había convertido en el dibujo que había hecho de mí la madre de Fisher.

Todo eso era real.

Me había convertido en fae.

Me había convertido en vampira.

El sonido de un carraspeo al fondo de la estancia rompió el silencio.

—Bueno, como estos dos están callados, supongo que tendré que decirlo yo: estás para follarte viva, Saeris Fane.

Me giré, con un fruncimiento de ceño, preparada para la bronca que seguiría a semejante comentario. Había tres hombres en el enorme vestidor. Cada uno de ellos rezumaba tanta testosterona que esta casi impregnaba el aire. Junto a la ventana, los últimos rayos de sol bruñían el cabello plateado de Taladaius y bañaban sus facciones de oro. Ahora yo podía percibir sus emociones, estaba conectada a él de un modo que no me gustaba. A veces, cuando caía la noche, sentía que se despertaba al otro lado del palacio, y su tristeza me dejaba sin aliento. Mi creador, quien me había convertido en vampira, miró con disgusto al tipo que había al otro lado de la estancia, despatarrado en un diván, como si fuese el dueño de ese condenado lugar.

—¿Acaso has perdido el juicio? —preguntó Taladaius—. No conozco a una sola persona lo bastante estúpida como para intentar ligar con una hembra recién convertida, mucho menos con una hembra sujeta a un vínculo divino. Y encima delante de su compañero. Nada menos que delante de este —añadió, y señaló con

el mentón al otro hombre, que estaba apoyado en la pared junto a la puerta.

Yo me detuve un instante, para luego permitirme mirar hacia él. Frené antes de permitirme siquiera pensar en su nombre.

Kingfisher.

Mi compañero.

El cabello oscuro y ondulado de Fisher, más abultado alrededor de las orejas, le caía sobre el rostro. De alguna manera, le había crecido en el último par de días. Él también parecía haber crecido. Estaba más alto, más ancho, su presencia era aún más imponente. Iba armado hasta los dientes, vestido de cuero, con su sempiterno gorjal en la garganta. Zarcillos de sombra y resplandeciente arena negra se arremolinaban entre sus dedos, rodeaban sus muñecas. Le bajaron, retorcidos por las piernas, y se desparramaron por las mullidas alfombras como serpientes en plena caza, en dirección al diván. Al alcanzarlo, empezaron a subir por las patas hacia Carrion. Yo dejé escapar un suspiro y crucé los brazos.

—Fisher.

Sus ojos se avivaron al oír mi voz.

—¿Sí?

—Basta.

Sus fosas nasales se tensaron, al igual que su mandíbula.

—¿Qué culpa tendré yo de que Carrion no quiera seguir con vida?

Carrion se enderezó, y casi se le derramó la copa que tenía en la mano. Llevaba ya cuatro vasos de whisky, aunque no parecía muy afectado por el alcohol. Ahora yo comprendía todas aquellas veces que Carrion había tumbado bebiendo a otros clientes de Casa Kala. Cualquier fae podía beberse hasta el agua de los floreros si así lo deseaba; le bastaba un pensamiento para recuperar la sobriedad al instante. Desde que yo lo conocía, Carrion había ocultado su linaje. El encantamiento al que el padre de Kingfisher lo había sometido siendo un bebé se había mantenido toda su vida y había escondido su verdadera apariencia. Para ser justos, Carrion siempre había sido alto, pero había tenido las orejas redondeadas, las facciones menos

cinceladas y agudas y una complexión no tan ancha como ahora. Me costaba digerir la realidad de quién era Carrion de verdad. Gracias a su enfrentamiento con Malcolm en el laberinto, el encantamiento se había desvanecido, y Carrion por fin mostraba su yo verdadero y natural.

—¿Y qué culpa tendré yo de que no te estés deshaciendo en cumplidos hacia tu novia? —replicó Carrion, y alzó la copa en dirección a Fisher.

Ay, dioses. Aquello iba a acabar mal.

Los hilos de sombra y arena se convirtieron en cuerdas. Salieron disparados hacia el diván, se enredaron en las muñecas y la garganta de Carrion y lo aplastaron contra el cojín aterciopelado de su espalda. El whisky salió volando por los aires. Fisher no se molestó en agarrar el vaso, que se estrelló contra la alfombra, rebotó y rodó por el suelo. Todo su contenido quedó derramado.

No contento con atacar a Carrion con magia, Fisher alzó los puños y cruzó resuelto el vestidor, con esos hermosos ojos verdes impregnados de muerte.

Yo sentí una presión en el pecho.

—¡Fisher!

Por suerte, Taladaius se interpuso y bloqueó el camino de mi compañero antes de que este llegase hasta el contrabandista. Los dos eran bastante grandotes, igual de anchos y de temibles. Se parecían en muchos aspectos, pero mientras que Fisher era oscuridad latente, Taladaius era todo luz, con un talante más ligero del que cualquiera esperaría de él. Cada uno podía entenderse como la contrapartida del otro. Dos caras de la misma moneda, pero, al mismo tiempo, monedas de reinos diferentes.

Vampiro.

Fae.

Mi creador.

Mi compañero.

El vampiro le puso una mano en el hombro a Fisher y le dedicó una sonrisa tensa.

—Puede que a mí se me considere liberal entre los míos, Fisher, pero hay otros aquí que… —hizo una pausa y enarcó una ceja para dar más efecto al comentario—no lo son. Si derramas sangre de un vivo aquí, aunque sea en los aposentos de Saeris, te estarás buscando tú solo la ruina. Bastante difícil es ya garantizar tu seguridad.

Fisher lo miró con expresión vacía. La advertencia de Taladaius no pareció hacer la menor mella en él. Despacio, miró la mano del vampiro, aún apoyada en su hombro, como si el punto en que los dos se tocaban fuese a empezar a arder.

—Tú no garantizas nada —dijo con voz baja—. No estoy aquí por gracia de nadie. Estoy aquí porque mi amor verdadero está aquí. Allá donde vaya ella iré yo también. Y si alguno más de tus congéneres tiene ganas de intentar atacarme, créeme, es más que bienvenido. Hace eones que ansío encerrarme en un cuarto con todos estos cerdos altaneros.

Taladaius apretó la mandíbula y dejó escapar un largo aliento, para luego volver a hablar.

—¿Sabes que estos cerdos altaneros pueden oler más que la sangre?

Kingfisher apartó la mano de Taladaius de un golpecito y gruñó en tono bajo:

—No me dan miedo, Tal.

—Mejor. Sentir miedo aquí sería tu ruina —dijo el vampiro entre dientes—. Pero si te preocupa ella, aunque sea lo más mínimo, lo sabrán, y no les temblará el pulso a la hora de aprovechar la oportunidad de usarla para hacerte daño. Debilitarán su derecho al trono. La expulsarán…

—Esto… —Se oyó un gorjeo desde la cheslón, donde las sombras de Fisher seguían estrangulando a Carrion—. ¿Socorro?

—¡Por los dioses y los mártires, basta ya de tanto drama! —grité, y dejé escapar un suspiro exasperado—. Fisher, suelta a Carrion. Taladaius, ¿cuánto tiempo tenemos hasta que haya que salir ahí fuera?

Taladaius se estiró la chaqueta negra de hermosa factura que llevaba y recuperó la compostura, aunque sus ojos resplandecientes siguieron fijos en mi compañero.

—El sol se ha puesto. Ya se han reunido. Si no bajamos pronto, dirán que has dejado de lado tu derecho al trono.

—¿Serán capaces de hacer algo así?

—Son burócratas —repuso él.

Por fin, Kingfisher liberó a Carrion de su presa mágica.

—Son monstruos —replicó.

—Lo son —convino Taladaius—. Y por eso tenemos tantas reglas y las observamos con tanta rigidez. Sin reglas, nuestra corte sería una carnicería. Hay que honrar la tradición. Todo el mundo ha de obedecer las leyes de los cinco. Hasta las reinas —insistió—. Saeris estará en posición de llevar adelante cualquier cambio una vez que se ponga esa diadema en la cabeza. Cambios que beneficiarán a toda Yvelia.

Ahí estaba. La piedra angular sobre la que giraba todo aquello.

En el laberinto, yo no había matado a Malcolm por su corona. Lo había hecho para salvarme. Por venganza. Por mi amor verdadero. Yo no había pedido convertirme en reina de su odiosa corte. Si por mí fuera, ya estaríamos otra vez en Cahlish, celebrando la muerte del rey de los vampiros.

Pero, claro, ¿qué supondría eso? Que otro señor vampiro ascendería al poder, lo que podría dejar a Yvelia en peor situación. Durante las últimas cuarenta y ocho horas me habían dado un curso acelerado de política de la corte vampírica. Y, a diferencia de las lecciones que había recibido en la biblioteca del Palacio de Invierno, esta vez sí que había prestado atención.

Cinco señores vampiros gobernaban bajo el mandato del monarca vampiro. Los Lores de Medianoche. Taladaius era uno de ellos. Independientemente de su sexo, había que referirse a ellos como Lord, y al parecer eso no iba a cambiar en un futuro próximo. Yo aún no había conocido a los demás Lores, y la verdad, no me apetecía mucho conocerlos. Según me habían informado, eran

salvajes, sanguinarios y sedientos de poder. Todos estarían dispuestos a arrancarme la cabeza a cambio de tener la oportunidad de hacerse con la corona. Sin embargo, todos debían obedecer la Ley de Ascensión. Tenían que reconocerme como candidata antes de intentar usurparme el trono. Y si me reconocían, debían obedecerme. Al menos durante un tiempo.

Eso implicaba que teníamos margen. Una oportunidad. La posibilidad de parar aquella guerra que llevaba siglos en pie. Acabar con tantas muertes. Hacerse con el trono era el modo más rápido de detener la marea de sangre que manchaba aquella tierra desde las montañas hasta el mar.

Yo no era de aquel lugar. No había nacido allí. Yvelia no era mi hogar, pero sí que comprendo el sufrimiento, y no me era ajeno aquel tipo de muerte sin sentido que les pisaba los talones a los débiles y los vulnerables. Si podía hacer algo para ayudar a detener aquel derramamiento de sangre, lo haría. Al menos debía intentarlo. Y aún tenía esperanzas, aunque fuesen infundadas, con los miembros de la Corte de Sangre. Esperaba que pudiesen ser redimidos.

—¿Alguien más está oyendo eso? —A Carrion le salió la voz rasposa por el estrangulamiento que él mismo se había buscado—. No sé si es la sangre que me palpita aún en las orejas o que la horda viene hacia aquí en estampida.

Aparte de la marca enrojecida de su cuello, no parecía muy perjudicado. Ni siquiera se encogió cuando Fisher pasó a su lado en dirección a la puerta, con un pesado golpeteo de botas sobre la alfombra.

—La están llamando para que salga —dijo con voz distraída.

—Pues ya está, hay que irse —dijo Taladaius.

Sin embargo, Fisher regresó y se plantó ante mí, ignorando al vampiro. Su enorme complexión ocupó todo mi campo visual. Pelo oscuro, mandíbula marcada, hermosa tinta. No hacía mucho, yo había soñado con tenerlo cerca de mí, tal que así. Mi estúpido corazón lo había ansiado del mismo modo que mis pulmones

ansiaban aire; más incluso. Y ahora que era mío y yo era suya, aquella necesidad que tenía de él no había hecho más que intensificarse. Había salvado a Onyx por mí. Había puesto su vida en peligro por mí, y a juzgar por su expresión, volvería a hacerlo sin siquiera pestañear. Los tatuajes que le cubrían la piel se retorcieron mientras tragaba saliva, los músculos de su garganta se acentuaron.

—No hace falta que hagas esto —susurró—. Hay otros modos de conseguir nuestros objetivos.

«Ella está aquí. Aquí. Aquí…».

Ignoré el susurro que me pasó por los oídos. Me negaba a prestarle atención, mucho menos en aquel momento y aquel lugar. No era la primera vez que oía al mercurio desde que desperté en el palacio después de mi transición. Y sabía que no sería la última.

En cambio, centré mi atención en mi amor verdadero. Alcé un brazo y acuné su mejilla en mi mano enguantada. Qué no habría dado por sentir la aspereza de su barba de pocos días en la palma. Por los dioses vivos, qué sensación poder tocarlo así. Que fuese mío.

—Esos modos de los que hablas requieren sangre, muerte y fuego —respondí suavemente, pues solo quería que me oyese él. Por supuesto, los demás también me oyeron, pero fingieron educadamente lo contrario.

Fisher se apoyó en mi mano y cerró los ojos un instante.

—Pues yo creo que derramar la sangre de esos bastardos no es mala idea —susurró.

—Lo sé, pero ¿y las muertes que evitaremos de este modo? ¿Y nuestros amigos? ¿Y el pueblo de Cahlish? ¿Cómo va nadie a regresar a su casa si Sanasroth sigue activa al otro lado del río?

Ahí le había pillado. Fisher amaba a su pueblo. Odiaba que su gente hubiese abandonado Cahlish cuando Malcolm lo atrapó dentro de ese condenado laberinto. Si Fisher quería que su pueblo regresase, tendría que garantizar que podían volver a un lugar seguro. Dejó escapar un suspiro tenso, pero acabó por asentir.

—Está bien, pero en cuanto no quieras estar aquí…

—Te lo diré, lo prometo.

Él hundió la cabeza y rompió su contacto visual conmigo. Se giró y se acercó al espejo. Cogió mi espada de lo alto del vestidor, donde yo la había dejado mientras me cambiaba. Solace era una hoja antigua, una de las pocas espadas divinas que fueron imbuidas con magia hacía milenios. Había pertenecido al padre de Fisher. Era la espada que había silenciado al mercurio durante toda una era. La espada que yo había extraído del mercurio para protegerme, con lo que, accidentalmente, había vuelto a abrir las vías entre los mundos.

Ahora estaba atada a mí. Las espadas divinas eran seres leales y territoriales. Solace le habría arrancado las manos a Fisher por tocarla de no haber usado él un pañuelo de seda para agarrarla. La alzó con aire reverencial y me la acercó.

—Será una broma. Esa espada no le pega nada al traje —dijo Carrion, horrorizado.

—Tiene razón. —Taladaius estaba ahora junto a la puerta, con una mano sobre el pomo, inquieto—. No puede salir ahí fuera con Solace al cinto. Debe tener apariencia regia. No puede permitirse parecer preocupada por su seguridad.

La mirada que Fisher les lanzó al vampiro y al contrabandista sugería poderosamente que pensaba que los dos eran imbéciles.

—Me da igual la apariencia que deba tener. Lo que me importa es que pueda defenderse.

—Pues dale otra cosa. Algo más sutil. Algo que pueda esconder. Y date prisa, por el amor de todos los dioses.

¡PUM!

¡PUM!

¡PUM!

El sonido aumentaba cada vez más. Más rápido, más impaciente. Fisher vaciló, pero luego soltó un suspiro y dejó a Solace sobre el diván.

—Está bien, está bien. —Se llevó las manos al saquito que tenía en el cinturón y, con movimientos hábiles, sacó una elegante cadena plateada. Me la lio en la cintura y la unió a la altura de mi cadera, de modo que los extremos me cayeran hasta casi las rodillas.

—No necesitará estrangular a nadie —dijo Taladaius.

—Es que no va a estrangular a nadie. Esto es un cinturón —repuso Fisher en tono amigable.

En mi cabeza, en cambio, dijo: «Por si tienes que estrangular a alguien». Yo intenté no reírme.

Luego, Fisher desenfundó una de sus dagas de la vaina en su cinturón e hincó una rodilla frente a mí. Alzó la vista y me clavó una vez más los ojos, que ardían con una miríada de emociones. Luego…, despacio…, con cuidado…, apartó la tela del vestido por el corte y dejó a la vista mi muslo desnudo.

Taladaius hizo un aspaviento:

—¡Que no hay tiempo para esto!

—Ay, no sé, por un minutito no creo que vaya a pasar nada —dijo Carrion.

Fisher puso una expresión enojada, pero no reaccionó. Me recorrió el muslo con la mano; sentí su roce como un rastro ardiente. Con la mano libre me apretó la daga contra la piel. La magia que hervía bajo mi piel captó su contacto, al igual que la cadena que me había puesto en la cintura: el arma era plata pura, pero no me quemó, como sí le habría sucedido a Taladaius, o a cualquier otro vampiro. Ya habíamos descubierto que yo era inmune a los efectos tanto de la plata como del hierro. Quizá se debía a que yo no era por completo ni una cosa ni otra, ni vampiro ni fae del todo. Quizá era por ser alquimista, aparte de todo lo demás, lo cual me daba afinidad con los metales. Fuera como fuese, aquella ventaja era de agradecer.

Fisher no tenía funda ni vaina para la daga, pero tampoco le hacía falta. Se materializaron zarcillos de humo negro que me recorrieron la piel. Eran fríos y cálidos a un tiempo. Se me puso la piel de gallina al captar el hormigueo de su poder. Allí, Fisher estaba desprovisto de la mayor parte de su magia. No podía abrir ningún portal, y desde luego no podía usar sus poderes para dañar a los habitantes de la Corte de Sangre en aquella tierra que les pertenecía. Sin embargo, esto sí que podía hacerlo. En un segundo, una elaborada celosía de

sombras y resplandeciente arena negra me rodeó el muslo y sujetó la daga contra mi pierna. La sujeción era hermosa, como encaje; una delicada telaraña salpicada de rocío matutino. Fisher apoyó sobre mi piel las manos, fuertes y callosas…

Inspiró entre dientes, negó con la cabeza y se puso en pie. Me miró, con las pupilas dilatadas.

—Si cualquiera de ellos se atreve aunque sea a mirarte mal, clávasela justo en el pecho.

—Sé cómo funcionan las dagas, Fisher.

La mayoría de las parejas flirteaba poniéndose ojitos o elogiando las prendas de cada uno. Nosotros en cambio lo hacíamos discutiendo cuál era la mejor manera de asesinar a nuestros enemigos. Una sonrisa se insinuó, anhelante, en las comisuras de mi boca, suplicando que me permitiese esbozarla del todo…

¡PUM!

¡PUM! ¡PUM! ¡PUM!

Fisher me tendió la mano.

—Vamos.

—Espera…

Dioses, quería decirle tantas cosas, pero hacía varias noches que no teníamos un momento a solas para los dos. Ahí, Fisher estaba en peligro. Gracias a las arcaicas tradiciones de la Corte de Sangre, en concreto al Rito de Ascensión, yo sí que estaba a salvo. Pero Fisher no era quien había matado a Malcolm. Las reglas de la Corte de Sangre no exigían que se le permitiese reclamar el trono sin que nadie le hiciera daño. Era enemigo mortal de la Corte de Sangre. Dentro de los muros de Ammontraíeth vivían miles de vampiros altasangre, todos hijos de Malcolm, que odiaban a mi compañero con una furia incomparable. Si se atrevía a mirar mal a quien no debía, nos íbamos a meter en problemas. Quise recordárselo en aquel momento, pero, por supuesto, Fisher ya lo sabía, y de todos modos se nos acababa el tiempo.

—¿Puedes…? A ver, ¿vas a poder comportarte ahí fuera? —murmuré a media voz.

Él puso una expresión desconcertada. La más leve sombra de un hoyuelo apareció en su mejilla derecha.

—Sí que puedo —respondió—, pero no prometo que vaya a hacerlo.

Nos dirigimos a la puerta de la estancia, y al pasar junto a Taladaius, este dijo:

—Deberías dejar a Nimerelle aquí. Si llevas un arma, lo entenderán como una señal de agresión.

—Me parece bien —una oscura promesa de violencia tiñó la expresión de mi amor verdadero—, porque lo es.



—Me cago en la puta. —Carrion soltó un suave silbido entre dientes—. Por fuera, este sitio parece una prisión. ¿Quién iba a pensar que por dentro era tan ostentoso?

Lo llamaban Salón de las Lágrimas. Rostros tallados, grotescos y sonrientes nos observaban desde las columnas de obsidiana que sostenían aquellos techos abovedados más propios de una catedral. En los apliques ardían antorchas con una luceterna espectralmente quieta, muy diferente del fuego normal y corriente, que arrojaba un extraño resplandor blanco verdoso por las paredes. En el otro extremo de la estancia había enormes ventanas cubiertas con pesadas cortinas de terciopelo con brocados en oro que representaban todo tipo de escenas de desenfreno y pecado.

Había allí más vampiros de los que yo alcanzaba a contar, todos reunidos en hileras en los flancos izquierdo y derecho del gran salón. No eran devoradores. Aquellos vampiros eran hombres y mujeres engalanados con hermosos vestidos y chaquetas largas. Todos volvieron la vista hacia mí; una grácil inteligencia asomaba a sus ojos.

En la parte principal de la estancia descansaba un trono regio de piedra negra, en el centro de una tarima elevada. Delante había una

ancha plataforma de obsidiana pulida, cuya superficie estaba decorada con un mosaico en piedra pálida que representaba una estrella de cinco puntas. Cuatro Lores de Medianoche esperaban ya sobre sus correspondientes puntas de la estrella, mirando hacia el centro de la plataforma. Todos iban vestidos con sus mejores galas. La quinta punta estaba vacía…, hasta que Taladaius recorrió el largo pasillo y ocupó su lugar junto a sus congéneres.

Mi creador sacó de alguna parte un bastón laqueado. Se unió a los demás y golpeó con la punta del bastón el suelo a sus pies, contribuyendo a aquella cacofonía que reverberaba por el salón: ¡PUM! ¡PUM! ¡PUM! El sonido aumentó más y más, retumbando en mis oídos.

Y luego, sin previo aviso, se detuvo.

Las cinco figuras se giraron hacia mí. Los cuatro desconocidos adoptaron expresiones graníticas al ver que yo no estaba sola a los pies de la amplia escalinata que llevaba hacia ellos.

Dos de los Lores eran hombres.

Dos eran mujeres.

El quinto lugar lo ocupaba una criatura totalmente distinta.

Estaba Taladaius, claro. A su lado se encontraba un vampiro larguirucho de pelo oscuro, nariz ganchuda y ojos negros como el carbón. Frente a él había un ser mucho más alto, de largas extremidades, pálido y extraño. Claramente no había pertenecido a los fae en vida. Vestía una inmaculada túnica blanca. Sus ojos eran esferas de pura negrura, y tenía la piel traslúcida. En lugar de boca tenía una raja antinaturalmente ancha de la que asomaban dientes diminutos y aserrados. En las manos demasiado grandes y membranosas asomaba una red de venillas negras parecida a una telaraña.

Las mujeres resultaban menos desconcertantes. La primera llevaba un vestido de un vivo tono verde. Su pelo, brillante como oro forjado, le caía recogido en trenzas por la espalda. Mi hermano se habría enamorado de ella a primera vista. Tenía la típica estructura ósea delicada que atraía su mirada al instante y lo metía en

problemas. Sin embargo, con ella Hayden no habría tenido ninguna oportunidad. En esos insondables ojos azules ardía un odio que me dio ganas de echar mano a la daga que Kingfisher me había sujetado al muslo. Me estremecí y volví la mirada hacia la última miembro de los Lores, contenta por poder romper el contacto visual con la primera. La última Lord de Medianoche era menuda. Le caía sobre el rostro una densa mata de cabello canoso que le oscurecía las facciones. Aun así, comprendí que era una anciana al ver aquellos antebrazos desnudos de muñecas frágiles y manos nervudas.

—¿Qué locura es esta? —preguntó la vampira rubia. En cuanto habló, toda la cháchara en el salón se detuvo. La Lord no había alzado la voz, pero sus palabras reverberaron en las paredes y se propagaron entre los travesaños. Alzó su propio bastón y me señaló con él, para que yo pudiese ver la cabeza de la serpiente dorada que lo remataba—. Esta no puede ser la criatura que mató a mi padre —dijo—. Al poderoso Malcolm, que reinó sobre todo un continente y redujo otro a cenizas. A Malcolm, que derribó reyes, se acostó con reinas y engañó a la muerte para que todos pudiésemos seguir sus pasos. La idea de que… esto… lo haya matado… es absurda.

La calidez de Fisher era como una mano tranquilizadora en mi espalda. A mi izquierda, Carrion se mantenía en mi periferia; lo capté por el rabillo del ojo. Sin embargo, no miré a ninguno de los dos. Alcé la barbilla y eché la cabeza hacia atrás. Luego empecé a recorrer la escalinata hacia los vampiros de Sanasroth.

—Lo que mató a tu padre fue su propia soberbia. Era demasiado arrogante. Se creyó invencible, pero yo tuve el placer de demostrarle su error. Una espada divina es capaz de convertirnos a todos en pasto para los gusanos, da igual quién la enarbole. Aun así —añadí en voz alta y clara—, no soy ninguna chiquilla. Mi nombre es Saeris Fane y soy vuestra reina.

2



EL SALÓN DE LAS LÁGRIMAS

SAERIS

—No es de los nuestros. ¿Cómo va a ser nuestra reina si hasta desde aquí se oye latir su corazón?

El trono estaba frío como el hielo. No había cojín que almohadillase el asiento, y la gélida temperatura de la dura piedra se me pegó a la espalda y el culo. Me retorcí, incómoda, mientras la hermosa vampira de trenzas doradas exhortaba a todo el salón.

—Puede que nuestra corte sea la más joven de este reino, pero Sanasroth siempre se ha enorgullecido de sus tradiciones. El primer vampiro nos ha gobernado durante un millar de años. Un vampiro brillante que creó un hogar y un futuro para sus hijos, que nos consiguió a todos el derecho de pertenecer a este sitio. No era solo un rey, era un dios andante entre los vivos y los muertos de este reino. Esta… esta chica —escupió— ha sido humana hasta hace un par de días. Es tan débil que uno de los nuestros tuvo que salvarle la vida. —Le lanzó una mirada de pura maldad a Taladaius—. ¿Cómo vamos a reemplazar al creador de nuestra especie con esto?

Era una actriz excelente. Sus palabras rezumaban emoción. Caminó en círculos en torno a la estrella, rodeando a los otros Lores de Medianoche. Cualquiera se habría tragado el temblor de emoción

que había en su voz al hablar de la pérdida de Malcolm, pero yo cacé la mentira. Aquella mujer no tenía el corazón roto, porque para empezar no tenía corazón. Sentí la energía maligna que irradiaba de ella, de forma tan cierta como se notaba el calor que irradiaba de los soles en el Tercero. El alma que pudiese haber poseído en su día había abandonado la cáscara de su cuerpo hacía mucho. Lo que había ahora era una criatura oscura y cruel que asomaba a aquellos ojos grandes y bonitos, que usaba su voz para hablar.

—¿Acaso otras cortes invitan a pollos o terneros a sentarse en sus tronos? ¿Les ponen prendas elegantes y los dejan gobernar? —bramó.

Una oleada de gritos recorrió todo el salón, una marea de rabia creciente. Algunos de los vampiros sentados en las bancadas se pusieron en pie y empezaron a gritar por encima del resto.

—¡No!

—¡Jamás!

—¡Es una perversión!

—¡Una injuria!

—¿Y por qué coronamos a una criatura inferior que hasta hace pocos días no habría sido sino comida para nosotros? ¿Por qué le damos el poder de gobernar? ¿Por qué nos humillamos como…?

«Esa de ahí es Zovena», dijo Kingfisher. El sonido de su profunda voz en mi mente me sobresaltó; apenas pude contener la sorpresa que se reflejó en mi rostro. «Supongo que ya lo sabías. Tal ya te contó quiénes eran».

«Sí», respondí. «Es la Centinela de las Misivas».

Sentí la aprobación de Kingfisher en el rincón más alejado de mi mente.

«Sí. ¿Ves el anillo en su mano? ¿Ese grueso aro de oro con una piedra púrpura? La señala como Lord. Los cinco tienen anillos. Son una fuente de poder; se los regaló Malcolm. Se supone que cada anillo contiene la misma cantidad de magia, aunque se rumorea que el de Tal es más poderoso. Zovena fue lìssiana en su día, al igual que

Tal. Estaba enamorado de ella. Yo creo que ella también lo amaba, pero fue hace mucho mucho tiempo».

Contemplé cómo miraba Zovena a Tal, pero no vi en sus ojos ningún afecto o calidez hacia él.

—Deberías haberla dejado morir, Taladaius —dijo, rabiosa—. Y, ya que estabas, deberías haberle rajado la garganta a la Ruina de Gillethrye. Pero no. Todos sabemos lo mucho que te importa tu precioso Kingfisher de Puerta Ajun, ¿verdad? Y ahora los traes a los dos aquí, de la manita, con su vínculo de amor verdadero, y les permites que intenten no solo hacer reina a una chiquilla mestiza, ¡sino que un fae puro de sangre sea su consorte! Pero encima es que no se trata de un fae cualquiera. ¡Es el fae que lleva siglos acosando y asesinando a nuestro pueblo! ¿Acaso te has olvidado de que estamos en guerra con él?

Esperé a que Kingfisher dijese algo, pero no hubo respuesta alguna. Miré por el rabillo del ojo hacia donde se encontraba, y lo vi bostezar. Volví a dirigirme a su mente:

«Te tiene en muy buena consideración, ¿verdad?».

Se le crispó levemente el ojo izquierdo.

«Pues no, la verdad es que no. Zovena y yo no somos los mejores amigos del mundo. No es la primera vez que oigo todo esto».

El vampiro espigado de nariz ganchuda dio un paso al frente desde la punta de la estrella donde se había situado, con un profundo fruncimiento de ceño. Parecía rondar los treinta años, pero sabrían los dioses cuántos tenía en realidad.

—Ya basta, Zovena. Por más berrinches que te lleves, la situación no va a cambiar. Taladaius salvó a la chica. Ahora es de nuestra sangre. Mató a Malcolm, así que ha de ascender al trono. Así son nuestras costumbres, lo sabemos todos. Ponerse histérica no resolverá nada.

—No me estoy poniendo histérica —replicó Zovena entre dientes—. ¡Es que esto es un ultraje! ¡Para todos mis hermanos y hermanas! —Señaló a los demás miembros de la corte sanasrothiana, sentados en las bancadas, en hileras que se

extendían hasta la oscuridad. Todos aullaron como respuesta, cautivados por su retórica—. Se merecen algo mejor. Una mano fuerte. Una reina que…

—Ah, entonces sí que ves a una reina en el trono. ¿Te refieres a una reina como, por ejemplo, tú misma? —preguntó el vampiro de nariz ganchuda.

Mientras los dos discutían, yo volví a dirigirme a Fisher.

«Supongo que ese es Ereth, ¿no? ¿El Centinela de Evenlight?».

Fisher respondió de inmediato.

«Sí. Él y sus seguidores son fanáticos religiosos. Adoran a uno de los dioses demonio. Si se saliese con la suya, cada uno de los seres vivos de Yvelia sería drenado de su magia y esclavizado. Cada continente quedaría reducido a cenizas, un paraíso para los vampiros, que podrían cazar y matar todo lo que quisieran por mero deporte».

«Suena encantador», dije yo.

«Y eso de ahí es Hazrax. No queda nadie más de su especie. Le dobla la edad a cualquier otra criatura de Yvelia».

Taladaius se había mostrado extrañamente vago a la hora de hablar de Hazrax. No pertenecía a los fae ni a los vampiros. Había acudido a Malcolm hacía siglos, cuando el rey vampiro aún se esforzaba por forjar un imperio, y le había ofrecido sus servicios. Malcolm le preguntó si quería la eternidad a cambio, pero Hazrax había jurado que lo destruiría si intentaba darle un mordisco. Y Malcolm no había dudado que decía la verdad, así que preguntó qué quería a cambio de su lealtad a Sanasroth. Hazrax contestó que solo «quería mirar». A partir de ahí, Hazrax había pasado a ser Centinela del Silencio.

Justo el día anterior yo le había preguntado a Taladaius por qué había permitido el rey vampiro que aquella criatura permaneciese en su corte si realmente la creía capaz de destruirlo. Taladaius se había limitado a encogerse de hombros.

—La magia de Hazrax está envuelta en misterio. Nadie sabe de lo que es capaz…, pero, sea cual sea la magia que le mostró a

Malcolm, lo asustó lo suficiente como para permitir que se quedase.

«Se sabe que Hazrax llegó a Ammontraíeth hace muchos años», dijo Kingfisher en mi mente. «Y se cree que jamás se ha marchado. Se rumorea que ni siquiera sale de este salón. No come ni duerme. Se limita a observar».

La apariencia de la criatura era lo bastante aterradora sin tener que preguntar cómo era posible que existiese así, con esa presencia constante e inquietante. Como si notase mi incomodidad, Kingfisher prosiguió:

«La anciana es Algat, Centinela de los Registros. En su día fue bruja. La expulsó su clan por juguetear con magias oscuras. Puede que parezca la más vieja de los Lores, pero en realidad es la más joven. Yo mismo tuve que tratar con ella en un par de ocasiones antes de su transición. Le corre mal puro por las venas, pequeña Osha. No la subestimes».

Mientras Fisher hablaba, la cabeza de la anciana se ladeó en un ángulo antinatural hacia él, como si pudiese oír la conversación entre los dos. Con aquella mata de pelo canoso sobre la cara, no conseguí verle bien las facciones, aparte de una sonrisa repulsiva. Unos dientes podridos y amarillos le asomaban por la boca, largos como los de una rata. Sus colmillos eran tan grandes que le punzaban el labio inferior. Tenía la barbilla manchada de sangre.

Sus ojos nebulosos se cruzaron con los míos y…

Me encontré de nuevo en el Tercero.

Me encontré discutiendo con Hayden.

Me encontré en el palacio de Madra, luchando por liberar mis manos mientras Harron se acercaba para matarme.

Me encontré en la cama de Kingfisher, en Ballard, segura entre sus brazos.

Kingfisher estaba dentro de mí, y mi alma estaba llena de fuego y…

—¿Se podrá fumar aquí?

Di un respingo al oír la voz de Carrion. Yo había estado clavándole la mirada a la anciana al tiempo que ella me clavaba a su vez la suya

a mí. ¿Cuánto tiempo…?

Una sensación fría como el hielo me inundó la cabeza. Me sentí como si alguien me hubiese estado rebuscando entre los bolsillos. Miré a Fisher por el rabillo del ojo, pero él contemplaba el techo con aburrimiento fingido, ignorante de lo que acababa de pasar. Me giré hacia Carrion, a punto de pedirle que repitiese lo que había dicho, pero vi que el muy idiota tenía un cigarrillo en la boca y se hurgaba en los bolsillos en busca de yesca y pedernal.

—En el nombre de los cinco infiernos, ¿qué haces? —siseé—. No enciendas eso.

Fisher gruñó. Al fin había captado qué estaba haciendo el heredero legítimo de la Corte de Invierno. Retrocedió un paso tras el trono, le arrancó el cigarrillo de la boca a Carrion y lo arrojó al suelo.

—¿Os estamos distrayendo, alteza? —La voz rasgó el aire en dos como un latigazo.

Ereth se encontraba en el centro de la estrella de cinco puntas, con la capa echada sobre uno de sus hombros como si acabase de pivotar sobre sí mismo a toda prisa. Zovena seguía siendo una estatua, al igual que los demás, pero yo captaba aquella arrogancia que tenía por dentro.

En su día, yo no había sido la única aprendiz de la forja más famosa del Tercero. Elroy me había pillado susurrándole algo a otro de sus alumnos y se había puesto furioso porque yo no le estaba prestando atención mientras soltaba un discurso rebuscado sobre los diferentes estilos de templado del cristal. Este momento me recordó a aquella vez. Estaba a punto de llevarme una reprimenda como una niña que se hubiese portado mal. Y eso iría en mi contra. Había que tener a los Lores atados en corto, no darles la idea de que podían regañarme cuando quisieran. Yo tenía que reorientar la situación, hacer mío aquel procedimiento. Mi primer instinto fue disculparme por la interrupción, pero una reina no se disculpa. Alcé la barbilla y miré a Ereth desde el trono, con hielo en las venas.

—Sí, Ereth. Ya que por fin se te ha ocurrido preguntarlo, tengo cosas mejores que hacer que escucharos a todos reñir entre

vosotros como niños. Me habían dicho que esto iba a ser una coronación, así que vamos a ponernos a ello, ¿os parece?

Una calma tensa cayó sobre el Salón de las Lágrimas. Fue entonces, con todos los vampiros sumidos en un silencio aturdido, cuando comprendí por qué llamaban a aquel lugar Salón de las Lágrimas: en algún lugar, en la oscuridad, alguien lloraba. Un lamento doliente reverberaba por las columnas y se propagaba por los nichos de las paredes; un sonido desprovisto de esperanza. Un escalofrío me recorrió la columna al oír otro llanto que se unió al primero, y luego otro, y otro. Ahí fuera, más allá de la multitud y del extraño resplandor blanco verdoso de las antorchas, había gente que sufría.

—Mis más sinceras disculpas, alteza. —Ereth hizo una pronunciada reverencia y se llevó una mano pálida al pecho. Alzó la cabeza y me miró desde debajo de aquellas cejas oscuras. Vi la burla que había en sus ojos—. Tenéis toda la razón. Qué necio por mi parte. No podemos desperdiciar la noche, hay mucho que hacer.

—La chica tiene que beber antes de ser coronada —dijo Algat. Su voz quebradiza me recordó al viento implacable que solía aullar por las dunas y azotar la Ciudad de Plata: seco e iracundo—. ¿Cómo va a gobernar si no está atada a la sangre?

Taladaius me había explicado que iba a contener la lengua tanto como pudiera durante el procedimiento de ascensión. Había sido el favorito de Malcolm, su Centinela de los Secretos, lo cual implicaba que no era de ninguna manera el favorito entre los Lores. No había querido decir ni hacer nada para no influenciar los actos de los demás, pero, ante el comentario de Algat, se apresuró a dar un paso al frente:

—No se requiere que beba —dijo—. No hay ninguna regla ni ley que lo estipule.

—Cierto, no hay ninguna regla ni ley que lo estipule, pero ¿qué me decís del sentido común? —preguntó la anciana con un graznido astuto—. Vamos, Taladaius. La chica es virgen.

—¿Cómo que virgen? —No pude contenerme. La indignación brotó de mí antes de que pudiese reprimirla—. Os aseguro que de virgen, nada.

Algat me lanzó una mirada compasiva.

—No me refiero al cuerpo, niña. —Volvió a girar la cabeza hacia Fisher, con una velocidad y en un ángulo que me revolvieron el estómago—. Bien que se huele el sexo entre tú y tu compañero. Eres virgen de sangre. No te has alimentado de la fuente vital de un ser vivo…

—Sigue siendo una de ellos —intervino Zovena, con evidente repulsión—. Lo he dicho antes y nadie ha querido comentar nada al respecto, pero insistiré: ¿cómo va a alimentarse de los vivos si ella misma es un ser vivo? ¿Cómo podría gobernar…?

Dejó morir la voz, y sus ojos se desorbitaron al mirarme.

Yo me había puesto en pie.

Y mi corazón había dejado de latir.

No me había costado mucho pillarle el truco. Taladaius sabía que el tema ofendería a sus congéneres, así que me había enseñado a paralizar el músculo en mi pecho. Había sido bastante sencillo. Lo único que tenía que hacer era imaginar que mi corazón descansaba, que se tomaba un respiro. Justo lo que hizo.

Mi sangre dejó de latir. Todo en mi interior quedó inmóvil. Jamás había imaginado que sería capaz de oír el sonido de mi propia sangre si lo intentaba, pero sí que podía. Y ahora que estaba quieta en mis venas, todo mi mundo interior pareció desequilibrarse. Era como respirar bajo el agua: yo no debería haber podido hacerlo.

—Está bien, puede elegir cuándo quiere ser como nosotros —murmuró Zovena a media voz—, pero eso no la convierte en una de nuestra raza.

—Si bebe, será de los nuestros —insistió Algat, aparentemente enojada porque yo no había aceptado beber—. Toda la corte sabe que no has bebido desde que despertaste del beso de medianoche, niña. Bebe de alguien y todo quedará sellado. Te pondremos la

diadema en la cabeza y nos ahogaremos en vino hasta el amanecer para celebrar que eres nuestra nueva reina.

—¿Y si me niego?

Taladaius cruzó la plataforma en mi dirección.

—Saeris.

—¿Lo habéis oído? —dijo Zovena con desdén—. Saeris. ¡La llama por su nombre! Pues claro. Es él quien la convirtió en vampira. Está atada a él. La maneja como si fuese una marioneta que puede controlar desde las sombras. Si la aceptáis, disfrutad de lo que habéis elegido. Pero sabed que aceptáis un títere. Sabed ante quién os inclináis en realidad, a quién le juráis lealtad.

En Zilvaren había compañías teatrales itinerantes que habrían sido capaces de asesinar a cualquiera a cambio de tener a Zovena entre sus actrices principales. Aquella mujer empezaba a enojarme de verdad. Por suerte, Taladaius parecía inmune a tanto drama.

—No tienes que hacer nada que no quieras, Saeris. Las leyes no dicen nada al respecto.

—Las leyes no dicen nada porque nunca ha hecho falta —siseó Zovena—. Quien gobierne la corte vampírica debería ser vampiro. Alimentarse de la sangre de los vivos debería ser el mayor placer imaginable para nuestra regente, que debería responder a sus necesidades más básicas sin necesidad de que la convenzan.

Por más que se hubiese preparado durante el último par de días para aquel debate, Taladaius no había visto venir ese golpe. Quizá debería haberlo previsto. Tenía sentido que aquellos monstruos necesitasen que calmasen sus dudas. Yo era una intrusa que se había instalado en su palacio. Era medio fae. Resultaba natural que me mirasen con cautela. Solo los mártires sabrían cómo se habían enterado de que yo no me había alimentado todavía, pero así era. No había querido. Ni lo había necesitado.

—Mis hermanas tienen razón, alteza —intervino Ereth—. Si aceptáis ese regalo de coronación por nuestra parte, quizá así se calmen un poco nuestras inquietudes. ¿Quizá una mujer joven y hermosa de la que beber? —Sus ojos negrísimos revolotearon hasta

Kingfisher—. ¿O… quizá habrá una solución más sencilla a este dilema?

—No —espeté—. Si no es obligatorio, no quiero que me uséis para dar espectáculo.

En medio de la conversación, Hazrax giraba la cabeza de izquierda a derecha, observando la escena. La criatura no dijo nada, aunque sus extrañas branquias se movían. Con las manos cruzadas por dentro de las mangas de la túnica de color blanco hueso, aquel ser absorbía todo lo que oía sin pronunciar palabra. Ahora cambió de postura y se orientó en mi dirección. Centró su atención en mí… y en mi compañero. Kingfisher había dado un paso al frente y estaba de espaldas ante los allí reunidos…, una inimaginable falta de respeto. Sin embargo, yo conocía a Fisher; no le importaba una mierda faltarle al respeto a la corte sanasrothiana. Lo que quería era hablar conmigo mirándome a los ojos.

—Hazlo, Osha.

—¿Qué?

—Muérdeme. Bebe. Traga dos veces y listo. Quieren hacer esto para socavar tu autoridad, porque están seguros de que no lo harás. Pues que se jodan. Esto es sencillo. Lo haremos y saldremos de este sitio.

Y en mi cabeza dijo: «Podremos volver a Cahlish. Con Ren, Lorreth y Layne».

—Tiene razón —dijo Carrion.

—Tú ni siquiera deberías estar aquí, Swift —gruñó Fisher en tono irritado—. Guárdate tu opinión para ti.

Miré más allá de Fisher, hacia la corte allí reunida. Los ojos de un millar de vampiros se clavaron en mí. ¿Qué harían si me negaba? Muchos de ellos habían muerto con magia en las venas. Magia que se había corrompido y ennegrecido con su sangre. Algunos eran poderosos. Lo único que impedía que nos hicieran pedazos era la Ley de Ascensión y la orden de Taladaius. Pero las leyes se rompían todo el tiempo, y yo no quería morir precisamente en aquel lugar.

Dioses.

Inspiré hondo.

—Está bien, beberé de ti —susurré.

Ereth dio una palmada, encantado.

—¡Maravilloso! —Por supuesto, me había oído—. ¡Maravilloso, maravilloso!

Un gruñido de desagrado brotó de la garganta de Fisher, pero su mirada permaneció fija en mí, sin apartarse. Empezó a desatarse las tiras de cuero que sujetaban su brazal derecho.

—Olvídate de ellos, no les prestes atención. Somos tú y yo, nada más. ¿Vale?

Les di las gracias a los dioses, a las estrellas y a los cuatro vientos, porque, por una vez en su vida, Carrion Swift mantuvo el pico cerrado. Si hubiese hecho alguna bromita sobre el hecho de estar allí plantado al lado de nosotros dos, probablemente habría perdido los dientes.

Me centré en mi compañero, decidida a no cagarla. Teníamos una oportunidad, una única oportunidad de cambiar las tornas de aquella guerra. Si esa tenía que ser nuestra jugada, que así fuera. Yo mantendría la mano firme, pero, por los dioses vivos, qué difícil iba a ser. «No había… no había imaginado que fuera a ser así», le dije a Fisher mentalmente.

Él se quitó el brazal y me miró a los ojos. Los suyos ardían con intensidad. Una sonrisa lenta e intrigada asomó a la comisura de sus labios. «Ah, así que has estado imaginándotelo, ¿eh, pequeña Osha? Has imaginado que mi sangre prendía fuego en tus venas». El tono sugerente de su voz en mi cabeza habría conseguido que las chicas que trabajaban en Casa Kala se ruborizaran. Ay, no, ya era tarde para reprimirme: mis propias mejillas ardían. Fisher soltó una risa entre dientes y se subió la manga.

«Tus fantasías conmigo pueden hacerse realidad, pequeña Osha. No hay nada en este reino o en otro que no esté dispuesto a darte si así lo deseas. Lo único que tienes que hacer es pedirlo».

No era el momento. Y desde luego, no era el lugar adecuado.

Pero… por los santísimos dioses.

«Respira, Saeris».

—Mirad, está ahí inmóvil. Intenta ganar tiempo —murmuró Zovena en la plataforma.

Yo desvié la vista más allá de Fisher y una oleada de nervios me apretó el vientre, pero él me sujetó con ternura la barbilla y me giró el rostro para que lo mirase directamente a él. La tinta que le cubría la garganta se movía enloquecida; las líneas se transformaban y cambiaban por encima del gorjal. Ahora no le quedaba mucho mercurio en el ojo, pero la pequeña cantidad que sí había también se agitaba, creaba formas geométricas y patrones entre el vívido tono verde de su iris.

—No la mires. Mírame a mí. Todo está bien.

Sí, todo estaba bien.

Fisher me soltó la barbilla y giró la mano. Me ofreció la muñeca, y yo ni siquiera me lo pensé. Fue un movimiento instintivo. El calor que vivía en el fondo de mi garganta se convirtió en un infierno rugiente. Le aferré el brazo. Noté un pálpito de puro placer en la boca al hundirle los colmillos en la carne.

Profundo.

Muy profundo.

Yo no pretendía…

Me quedé helada, sin comprender el abrumador impulso que sentí de esperar…

—Bebe, Saeris —dijo Fisher con voz áspera.

No.

No, tenía que esperar.

—Por el amor de los putos dioses, bebe —suplicó.

En esos largos y embriagadores instantes, no comprendí que no le estaba arrebatando nada, que le estaba dando algo de mí. Parpadeé y bajo la piel de Fisher vi la tinta negra, que se derramaba como agua por su brazo, le rodeaba la muñeca y desaparecía, transfiriéndose a mí. Sentí un hormigueo cuando esa tinta se asentó en mi pecho, justo debajo de la clavícula, pero tener nueva tinta me daba igual.

Lo que me importaba era mi amor verdadero.

Y la sangre.

Cuando bebí de Fisher por primera vez, de su muñeca, sentí que el flujo entre ambos se revertía. Como una marea que cambia. En cuanto su sangre me tocó la lengua, una explosión de luz y de color se encendió dentro de mi cabeza, como un millar de fuegos artificiales. El fuego me corrió por las venas. Noté un ansia creciente entre las piernas y una oleada de placer que me subió por el cuerpo, tan potente que quise gritar, aunque no podía. Para eso tendría que dejar de beber, y…

—Joder, Saeris. —Sin aliento. Sin pensar. Desesperada. La voz de Fisher sonaba gutural, impregnada de su propio deseo. Sus siguientes palabras iban en contra de todo lo que me suplicaba a gritos mi cuerpo—: Para, Osha. Ya basta.

De pronto nos encontrábamos en el Salón de las Lágrimas.

Aparté la boca de la muñeca de Fisher, jadeando, como si me hubiesen echado encima un cubo de agua fría.

El Salón de las Lágrimas…

Un millar de sanasrothianos, de pie, me jaleaban tras haber presenciado mi hambre… El pulso me iba a mil, se negaba a escucharme, se negaba a calmarse. Me giré hacia Fisher y otra oleada de placer me puso de puntillas al ver lo mucho que él mismo se había ruborizado bajo la barba de pocos días. Sus pupilas estaban completamente dilatadas, habían expulsado el verde de su iris y el mercurio. Le ascendía y descendía el pecho trabajosamente al respirar. Me miró por el rabillo del ojo, y el hambre primitiva que vi en ellos me impactó como un golpe físico. Fisher apenas podía controlarse. Si yo lo tocaba…

—Ni se te ocurra, o te haré mía aquí mismo —jadeó.

Por.

Los putos.

Dioses.

—¡Bien hecho! ¡Bien hecho!

Ereth volvió a ocupar su puesto en la punta de la estrella. Su aplauso reverberó por entre los estridentes vítores que inundaban el salón. Yo, sin embargo, no le hice caso al Centinela de Evenlight. No podía apartar mi mirada de Fisher. Y él no podía apartar la suya de mí. Mi amor verdadero y yo nos mirábamos, jadeantes, con el cuerpo tenso como dos cuerdas de arco. La sensación que me corría por las venas no se parecía a nada que hubiese experimentado antes. Iba más allá del deseo. No había palabras para describirla.

No nos habíamos acostado desde que me volví vampira. Aún seguía afectada por la transición y me dolían todas las heridas que había sufrido en el laberinto de Gillethrye. Pero ahora…

Ahora.

Joder, ahora necesitaba a Fisher.

—¡Queda consumado! ¡Se ha alimentado de él! —Ereth se dirigió a la multitud y alzó ambas manos al aire, como algún tipo de mesías profeta—. Está atada por la sangre. Vinculada, como todos nosotros. No se puede poner en duda su compromiso con nuestro pueblo.

¿De qué demonios estaba hablando?

Kingfisher alargó una mano y, con delicadeza, me pasó el pulgar por la mejilla. Se lo manchó de rojo. Su pecho ascendía y descendía con celeridad. Aún no había pronunciado palabra alguna.

—¡Coronadla! ¡Coronadla! —rugió la multitud.

Yo estaba borracha. Flotaba, me hundía, me ahogaba. Tenía que tumbarme. De pronto, alguien se plantó frente a mí. Aparté los ojos de Fisher y ahogué una exclamación al ver de nuevo el Salón de las Lágrimas. Lo contemplé todo como si lo viese por primera vez. Las figuras esculpidas sobre las paredes se retorcían y brincaban, resplandecientes bajo la luz de las antorchas. Manchas de oro y plata danzaban en el aire. La oscuridad se había retirado para dar paso a mobiliario lujoso, a cuadros que colgaban de las paredes, a regueros de flores nocturnas en altos jarrones por todo el salón.

De pronto, el Salón de las Lágrimas había adoptado una belleza aplastante.

3



DOSIS

KINGFISHER

Le había salido un nuevo tatuaje en el pecho: una fina línea que le marcaba la piel de un hombro al otro, justo bajo la clavícula. No era más que una sencilla línea, pero de algún modo resultaba impactante. Arrebatadora, Saeris se giró hacia el salón, con los ojos iluminados por una galaxia de estrellas. Era el centro de esa misma galaxia. Yo gravitaba hacia ella, pero, después de lo que había hecho (y Saeris no tenía ni idea de lo que había hecho), tenía la polla más dura que nunca en mi vida. Apenas podía pensar con claridad.

Dioses, ese puto vestido…

Ereth ascendió los escalones de la tarima hacia ella. Saeris miró en derredor, con los ojos desorbitados. Supe lo que estaba sintiendo. A mí también me corría la euforia por las venas. Debería haber tenido más cuidado cuando le dije que bebiera de mí. Ella no podía saber lo que pasaría si me clavaba los colmillos pero no bebía mi sangre. Era culpa mía, joder. Debería habérselo dicho. Debería habérselo explicado. Mi polla palpitaba, implacable. Me giré hacia el salón.

Ereth llegó a lo alto de los escalones e hizo una reverencia pronunciada ante mi compañera. Saeris apenas le prestó atención. Mi pobre pequeña Osha aún se tambaleaba por los efectos del mordisco. Yo, en cambio, no. Yo le sacaba muchos años. Sabía cómo controlar aquel subidón, y así lo hice, a regañadientes. Habría estado bien dejarse flotar en aquel mar de pura felicidad con ella, pero había un motivo por el que Ereth le había dicho que me mordiese. Seguramente había esperado que el mordisco la dejase fuera de combate. Quizá albergaba la esperanza de que el mordisco de Saeris me atontase los sentidos, que mi guardia estuviese baja…, pero Ereth no me conocía. Jamás se había enfrentado a mí en el campo de batalla. Jamás había ido a verme cuando yo estaba atrapado en el laberinto de Malcolm. No tenía ni idea de quién era yo, de lo que era capaz. Y, por lo tanto, no tenía ni idea de los crímenes horrendos que yo estaba dispuesto a cometer para asegurarme de que mi compañera se mantuviese a salvo.

Aquel cabrón de nariz picuda alzó la diadema que llevaba en las manos y la colocó con gracilidad sobre la cabeza de Saeris. Ella parpadeó, volviendo poco a poco en sí. Mis sentidos se aguzaron como un cuchillo. Así, tan cerca de él, Saeris era vulnerable. Demasiado vulnerable. Me crispé por completo, con un hormigueo en los dedos.

«Paciencia», susurró el mercurio.

Desde que Te Léna se había aliado con Iseabail para sacarme el mercurio de dentro, los susurros en mi cabeza se habían vuelto menos frenéticos. Más agudos. Más sencillos de comprender. Juntas, la sanadora y la bruja habían conseguido lo que ninguna de las dos habría podido lograr a solas. El retazo de mercurio que quedaba en mi interior ya no me hacía sentir como si mi cordura pendiese de un hilo. Por primera vez desde que me infectó siendo joven, yo empezaba a pensar en el mercurio más como una bendición y no tanto como una maldición. Ahora debía andarme con cautela. Contemplé a Ereth como un halcón. «Espera. Espera. Paciencia…».

Sin embargo, la paciencia nunca había sido mi fuerte. El laberinto me había cambiado para siempre en ese sentido. Mantuve la posición y le concedí a Ereth el beneficio de la duda. Sabía muy poco sobre él. Era improbable que pudiese moverse tan rápido después de…

Nop.

Yo tenía razón.

Es que lo sabía, joder.

La hoja que apareció en la mano del Lord tenía un mango liado en tiras de cuero. Debía de haberle resultado muy incómoda todo ese tiempo; la había mantenido oculta en el interior del manto, apretada contra el costado. La hoja en sí era horrenda, afilada como una aguja, y desprendía destellos de plata. Era el arma perfecta para un vampiro altasangre sin experiencia en el arte del combate. La podía clavar en el oído de cualquier enemigo y llegarle al cerebro.

Ereth se movió con rapidez.

Pero más rápido me moví yo.

Saeris también reaccionó. La niebla aturdida de sus ojos desapareció. Echó mano de la daga que le había dado, pero yo ya me encontraba ahí en medio. Me estrellé contra el Lord.

Ereth emitió un «aaaaag» gutural y salió volando por los aires, sin aliento. Cayó a plomo sobre los escalones de la tarima. Alzó la mano con la hoja e intentó lanzarla, pero…

Yo me llevé la mano a la espalda. Mis dedos se cerraron alrededor de la empuñadura de Nimerelle. Y en un latido, la espada voló. La arrojé con todas mis fuerzas.

El metal afilado rasgó el aire, girando en un arco final hasta clavarse en diagonal en el torso de Ereth, que quedó partido en dos. La punta de Nimerelle se le había hundido, temblorosa, hasta salir por el otro lado y clavarse más de diez centímetros en el pedestal de obsidiana.

Pum.

Pum.

El cadáver de Ereth fue mucho menos grácil al caer al suelo. Sus entrañas eran negras, necróticos sus órganos. El icor que manó de él, denso, apestaba a alquitrán. La muerte llevaba tanto tiempo posada sobre el hombro de aquel monstruo que no tardó nada en reclamar su premio. A fin de cuentas, Nimerelle era una espada divina, estaba ribeteada de plata, impregnada de la magia de los dioses. Puede que yo no hubiese decapitado a Ereth, pero el muy cabrón yacía partido en dos en el suelo. Aquel golpe lo iba a matar.

A mi izquierda, tres vampiros altasangre vestidos con tabardos negros con dragones rojos bordados se acercaron a nosotros por los escalones. Acudían en ayuda de su líder, al parecer, pero acabaron cayendo ante un tercero: Taladaius se colocó en la base del pedestal y alargó la mano con expresión vacía. Desató su magia sobre los vampiros. El antiguo rey había nombrado a Tal su segundo al mando por un motivo. La magia de Taladaius nunca fallaba. Antes de su transición, Tal había podido manipular la mayoría de los líquidos. De hecho, cualquier líquido menos el mercurio. La sangre era un líquido… y, en aquel momento, Tal hirvió la sangre en las venas de los vampiros altasangre. De sus bocas brotó vapor. Profirieron gritos silenciosos al morir. Tal contempló su muerte con una expresión de aburrimiento perfectamente compuesta. Se sucedieron por todo el salón varios murmullos escandalizados. Emplear una magia tan tabú contra miembros de su propia corte era desde luego desacostumbrado, pero no inaudito. Se rumoreaba que Malcolm disfrutaba viendo cómo se deshacían en humo sus súbditos cuando se pasaban de la raya. Sin embargo, Saeris no le había ordenado a Tal que actuase. Tal se había puesto en marcha por voluntad propia. Seguramente habría consecuencias, pero eso a mí me daba igual.

Saeris estaba detrás de mí.

Tardé apenas un segundo en comprobar si estaba herida. Parecía encontrarse ilesa, pero preferí no confiar en mis propios ojos. Necesitaba oírselo decir.

«¿Te encuentras bien?», pregunté.

«Sí. Estoy… estoy bien».

Mi alivio fue absoluto. «Pues quédate aquí. Espérame. Nadie más va a subir por estos escalones».

Entre los gritos de horror y pánico que brotaron por todo el salón, bajé lentamente de la tarima hasta la plataforma, en dirección a los dos trozos separados del cuerpo roto de Ereth.

—Apostaría a que te estás arrepintiendo de haberlo hecho —gruñí.

Un líquido negro burbujeaba de la boca del Lord y le manchaba los labios y el mentón.

—Es… una aberración. Está maldita. —Tosió—. Los dioses… la condenan.

—Ah, ¿sí? —Me agaché junto a él—. No me digas.

Aún no me había vuelto a poner el brazal. Alcé la mano derecha para enseñarle lo que tanto mi mano como los guantes de Saeris habían ocultado de la vista: los tatuajes que evidenciaban nuestro vínculo divino. En su día, Ereth fue fae. Conocía las historias. A buen seguro había oído las leyendas sobre parejas que compartían un vínculo divino. Sus ojos se desorbitaron al ver la tinta que rodeaba mis muñecas. La misma tinta que se había formado en el laberinto, cuando el mercurio se había llevado a Saeris al reino de los mismísimos dioses.

—No la condenan, lo que han hecho es protegerla.

Quizá no era cierto. Los vínculos divinos solían desembocar en la muerte. Pero Saeris ya había muerto en una ocasión, y yo había muerto con creces en el laberinto. Tal y como yo lo veía, la muerte ya se había cebado con los dos de sobra. Prefería ver aquellas marcas como una bendición.

Ereth barbotó una risotada, con un sonido que era un repiqueteo húmedo.

—N-necio. T-tenemos dioses diferentes.

Dicho lo cual, murió. Entre una inspiración y otra, el cuerpo del monstruo se convirtió en ceniza. Un rugido rabioso atravesó el aire. Zovena cargó, no hacia mí, sino hacia la espada incrustada en el

centro del mosaico de la estrella de cinco puntas que decoraba la plataforma.

Yo me puse en pie y le enseñé los dientes.

—Tócala, Zovena. Venga, joder, te reto a tocarla.

La muy zorra frenó en seco, pero no por un ataque de sentido común. Un borrón plateado cruzó mi campo de visión, y de pronto Tal estaba allí. Se abalanzó sobre la vampira y la arrojó al suelo.

—¡Basta! —El grito de Saeris resonó por todo el Salón de las Lágrimas. Ante su orden, todo se detuvo: los Lores, que quedaron inmóviles, así como Tal, Zovena y los vampiros altasangre que protestaban en sus asientos—. ¡Yo soy la gobernante de esta corte y habréis de escucharme!

Se colocó al borde de la tarima, hermosa y terrible como una tormenta. El aire reverberaba y se agitaba a su alrededor. Yo no era miembro de la corte sanasrothiana, pero incluso a mí me temblaron las orejas ante la autoridad de su voz. Muchos de los vampiros altasangre de las bancadas frontales cayeron de rodillas.

—A partir de este momento, cada vez que estéis en mi presencia, así es como deberéis dirigiros a mí: ¡de rodillas! A todos los súbditos de la Corte de Sangre de Sanasroth se les prohíbe hacerme daño, obstaculizarme y matarme. Y lo mismo para mi compañero y para mis amigos. Además, a partir de este momento, ningún devorador ni fae sujeto a trance por un vampiro altasangre de esta corte puede ser usado para la guerra, ni para cualquier acto vandálico o malicioso. Así lo digo, ¡y se habrá de cumplir!

La oleada de poder que recorrió todo el salón agitó la vestimenta de los presentes y los obligó a protegerse los ojos. Saeris acababa de pronunciar sus propios edictos. Las primeras leyes de una nueva monarca, aprobadas a la fuerza. Los primeros pasos de nuestro plan empezaban a darse.

Y los vampiros de Sanasroth no tenían más remedio que obedecer.



—¿Le has dado una dosis? ¿Delante de toda la corte sanasrothiana?

Yo seguí avanzando por el suelo enlodado, negando con la cabeza al oír el tono divertido de la pregunta de Renfis. Estaba disfrutando demasiado de todo aquello.

—Me parece que no lo estás entendiendo. Maté a un Lord de Medianoche. Las celebraciones por la coronación se cancelaron. Tuve que salir pitando de Ammontraíeth antes de que hubiera disturbios.

Mi amigo asintió y se restregó la mandíbula.

—Sí, sí, vale, claro. No esperabas que la ceremonia saliese así. Pero, sinceramente, ¿a quién le importa el destino de Ereth? Tendrán cuórum y le buscarán un sustituto. A mí lo que me interesa es lo de la dosis. ¿Le arrancaste la ropa delante de todo el mundo?

Apreté la mandíbula y dejé escapar un brusco suspiro.

—No, Ren, no le arranqué la ropa delante de todo el mundo. Apenas probó un poco de mi sangre. En cuanto me di cuenta de lo que estaba haciendo, le dije que bebiera, y luego… —En el momento en que empecé a recordarlo, el veneno que me había inoculado en las venas y en la cabeza empezó a dar vueltas de nuevo—. A ver, centrémonos. He tenido que venir a caballo desde Ammontraíeth, y luego he tenido que cruzarme patinando el Zurcido para poder usar mi magia. ¿Cómo voy a protegerla en condiciones si no puedo crear ni un condenado portal?

Las mejillas de Ren estaban un poco sonrojadas. Me alegré al verlo. Desde que trasladamos a Layne al ala este de Cahlish, su humor había mejorado un tanto. Mi hermana había abierto los ojos el día anterior, lo que suponía un avance. Pequeño, sí, pero avance igualmente. Ren siempre había sido muy protector con mi medio hermana, incluso cuando éramos jóvenes y ella no dejaba de chincharlo implacablemente. Él parecía haber asumido la tarea de asegurarse de que Layne se recuperaba lo antes posible. Agachó la cabeza para entrar tras de mí en la tienda de guerra.

—A mí me suena a que Saeris es uno de los seres más poderosos a este lado del más allá. La han coronado. Ha manifestado su voluntad y la ha convertido en ley.

Solté un gruñido infeliz.

—Tienen que obedecerla, hermano. Es parte de la maldición de la corte. Dale las gracias por ello a la paranoia de Malcolm. Cualquier vampiro que nazca de su linaje debe obedecer a la corte sanasrothiana. Y ahora que esa corona descansa sobre la cabeza de Saeris y les está prohibido hacerle daño, básicamente es intocable. No necesita protección. Tendrán que obedecer sus edictos. No pueden hacerle daño, ni a ella ni a ti. Y no solo eso, sino que ha desmantelado a la puta horda, Fisher.

Estaba en lo cierto. Lo que decía tenía sentido. Así pues, ¿por qué seguía yo sintiendo aquella inquietud en el estómago?

—Están decididos a encontrar una manera de darle la vuelta a la situación. Zovena está que echa humo de rabia…

—A la mierda Zovena —murmuró Ren.

—… y Algat salió de aquel salón con una sonrisa digna de un diablo. Sabrán los dioses lo que está tramando.

—Vaya, vaya, vaya. Mira quién ha vuelto. Regresa el viajero.

La tienda de guerra estaba vacía excepto por una figura solitaria que, sentada en un taburete junto a la chimenea, pasaba una piedra de afilar por el filo de su espada. En su día, Avisiéth había tenido por nombre Celeandor. Había pertenecido a otra miembro de los Lupo Proelia, pero Saeris la había vuelto a forjar y la había colocado en manos de Lorreth. Había sido la primera espada divina en canalizar magia en toda una era.

—Vas a gastar esa hoja si no te andas con cuidado —dijo Ren al tiempo que tomaba asiento junto a él.

—Se pone de mal humor si no la limpio cada noche. —El tono de Lorreth tenía un ápice de exasperación. Nos saludó a ambos con una sonrisa—. Esta condenada arma tiene más cambios de humor que un chiquillo fae antes de que le bajen las pelotas.

Ren soltó una risa y me señaló con el mentón.

—Qué gracia que menciones eso de las pelotas. Pregúntale a este cómo tiene las suyas.

Solté un gemido y me apoyé en la mesa que había en el centro de la estancia.

—Por los dioses vivos, ¿pero es que se lo piensas contar a todo el mundo?

Lorreth frunció el ceño. Se encorvó y agarró una jarra de cerveza del suelo a sus pies.

—¿Contar qué? ¿Qué te pasa en las pelotas? —Dio un trago.

—Le ha dado a Saeris parte de su tinta. Tuvo que alimentarse de él para que la coronasen —dijo Renfis—. Y le dio accidentalmente una dosis suya.

Lorreth escupió la cerveza.

—¿Qué? —Me miró con una mueca sonriente—. ¿Delante de toda la corte?

Derrotado, asentí y dejé escapar un suspiro. Más valía que lo hablásemos todo.

—Sí, delante de toda la corte.

—¿Y no se te fue la chaveta? ¿No se te…? —Me miró la entrepierna—. Ya sabes…

—Sí, se me puso más dura que ese puto trozo de acero que tienes entre las manos. ¿Eso era lo que querías oír?

—Dioses, lo siento mucho —dijo Lorreth, pero se echó a reír, lo cual me dejó claro que no lo sentía en absoluto. Y que, de hecho, aquel chismorreo bien podría ser lo más gracioso que había oído jamás.

Yo no me reía, sobre todo porque no había tenido la oportunidad de estar a solas con Saeris desde la coronación, pero también por la situación en la que me encontraba ahora mismo. Estaba en Innìr, pero mi amor verdadero no estaba allí. De haberme salido con la mía, habríamos asesinado a todos y cada uno de los cabrones de la Corte de Sanasroth y Saeris estaría conmigo, a mi lado. Por una vez, quise ser egoísta, pensar «a la mierda todo» y anteponer mi felicidad y la de mi compañera. Pero en esta vida no me había sido

concedido el don del egoísmo. Como un recordatorio del camino que había elegido, el tatuaje del interior de mi antebrazo hormigueó; la tinta se estremeció bajo mi piel. «Sacrificio». Solía latir a menudo, y de vez en cuando incluso me dolía, como si la tinta siguiera fresca. Sin embargo, jamás cambiaba. Nunca representaba otro futuro distinto y menos doloroso.

El plan que habíamos trazado desde el despertar de Saeris parecía encajar y, al mismo tiempo, a punto de desmoronarse en cualquier momento. Pensar en las consecuencias, si fracasábamos, no me dejaba dormir desde hacía días.

Si Tal no cumplía su parte del trato y la mantenía a salvo…

Si el decreto real de Saeris no aguantaba, o si aquellas sanguijuelas sanasrothianas encontraban el modo de contravenirlo y la mataban mientras dormía…

Si no encontraba en las bibliotecas sanasrothianas la información que necesitábamos tan desesperadamente…

Si el puto Carrion Swift volvía a acabar de mierda hasta el cuello y arrastraba consigo al amor de mi vida…

Si, si, si.

Demasiados sis como para abarcarlos todos. Me bombardeaban, me aplastaban bajo una lluvia de posibilidades demasiado reales, mientras yo me aferraba desesperadamente a la promesa que había hecho de tener fe. Sin embargo, tener fe era como intentar recordar un idioma que no practicaba desde niño. No, de hecho, era peor. Era como intentar correr con las piernas rotas. Mis piernas ya no soportaban mi peso, así que me arrastraba con las manos y las rodillas. La palabra «fe» era una bota en mi nuca que me aplastaba contra el suelo.

Ren y Lorreth no dejaban de reírse entre dientes.

—Al menos, así de alterado estás listo para pelear —musitó Lorreth con aire travieso.

Parte de mí quería enfadarse al verlos tan frívolos en medio de todo lo que sucedía. Era la misma parte de mí que había estado atrapada en el laberinto de Malcolm durante más de un siglo y que,

gradualmente, había perdido la esperanza. Siempre corriendo. Siempre sufriendo. Devorado, quemado, perseguido por los cadáveres ardientes de toda la ciudad que yo había pasado por las llamas. Esa era la parte de mí que jamás se libraría de ese puto laberinto.

Sin embargo, el resto de mí se sentía aliviado de que mis amigos aún albergasen la capacidad de reír. Ellos también habían sufrido, también habían perdido mucho. Habían visto a nuestro pueblo masacrado, devorado y transformado día tras día. Pero si mis amigos aún podían encontrar la fuerza para reír, yo me alegraba por ello, porque significaba que quizá también había esperanza para mí.

Agaché la cabeza, esbocé una leve sonrisa y me miré las manos. La verdad es que resultaba bastante gracioso, sí.

—Sinceramente, creo que parte de la culpa es mía —dijo Lorreth, y centró su atención en su espada. El metal emitía un constante zumbido al pasar la piedra de afilar por el borde—. Hace relativamente poco, en la taberna, Saeris me preguntó por eso de compartir sangre entre amantes. Le expliqué hasta donde permitía el decoro. Ahora que lo pienso, debí de contárselo solo a medias. Pero ¿cómo iba a saber yo que acabaría convertida en vampira y teniendo que beber de ti? Supuse que tú se lo explicarías todo cuando llegase el momento y quisieras…

—Cierra ya el pico.

Qué impulso tan poco razonable: me dieron ganas de echarle las manos al cuello a Lorreth y apretar hasta que dejase de respirar. Pero claro, a un fae sujeto a un vínculo de amor verdadero no le gustaba que otro fae hablase de su compañera en ningún momento. Y yo acababa de sellar el vínculo. Oír que Lorreth había hablado con Saeris sobre intercambiar sangre me tentó a volverme salvaje y prender fuego a la toda la puta tienda de guerra.

Lorreth soltó una risa entre dientes, impertérrito ante mi amenaza. Se limitó a negar con la cabeza y seguir afilando. Shhhhiiiiink, shhhhiiiiink. Muy sabiamente, cambió de tema.

—Aún no lo he encontrado —dijo, de pronto serio.

La sonrisa de Ren también se desvaneció. Se hurgó bajo las uñas y contempló el fuego. Luego dijo:

—Ni siquiera sabemos si está ahí.

Yo sabía a quién se referían, aunque ninguno de los dos pronunció su nombre. Se trataba de nuestro amigo. Nuestro hermano. Foley había estado con nosotros cuando subimos al lomo del dragón. El viejo Shacry se lo había sacudido de encima, y Foley había caído a la oscuridad. La caída le había destrozado el cuerpo, pero habían sido los devoradores quienes lo habían matado. Lo habían dejado seco, el cuerpo roto sobre la nieve. Tardamos horas en encontrarlo. Para entonces, la mañana había llegado y yo había salido de las fauces del dragón. Foley, jadeante y cubierto de sangre, se había escondido del alba en la entrada de una cueva. Debería haberse convertido en devorador. Malcolm era el único de su especie capaz de crear otros vampiros dejando intactas la mente y la personalidad de la víctima. Al menos eso era lo que se creía en aquella época. Pensamos que era un milagro. Años más tarde me enteré de la verdad: Taladaius también había estado presente aquella noche, supervisando el asalto a la montaña.

Cuando le pregunté al respecto, me dijo que lo había hecho como gesto de deferencia hacia mí, que le dio su sangre a Foley y luego lo drenó para que yo tomase la decisión de dejarlo vivir o morir.

Foley estaba rabioso. Confundido. Nos quedamos junto a él. Nuestro amigo gritó durante horas, mientras se completaba la transición. Se había alimentado antes de que lo encontrásemos, y no dejaba de llorar por las personas a las que había asesinado. Parecía a punto de sucumbir ante el horror por aquello en lo que se había convertido, pero cuando cayó la noche, nos dejó. Se perdió en la oscuridad, montaña abajo, y huyó.

Más tarde oímos que había escapado a Ammontraíeth. Intentamos contactar con él muchas veces a lo largo de los años, pero las cartas que enviamos no tuvieron respuesta.

—Está ahí —dije en tono quedo—. No puede haberse marchado. No sería capaz de confiar en sí mismo entre los vivos.

Ninguno de los presentes dijimos nada durante un rato.

Shhhhhiiiiiink.

Shhhhhiiiiiink.

Renfis estaba sentado, inmóvil, con la mirada perdida entre las llamas, pero la tensión que palpitaba en él fue creciendo hasta convertirse en una cuarta presencia frente al fuego. Una presencia que acaparaba todo el calor.

—¿Vas a decir algo o te vas a quedar ahí como un pasmarote preocupado? —dije al fin.

Él dio una rápida inspiración, como si acabase de despertar de un sueño.

—No tengo nada nuevo que decir al respecto.

Lorreth dejó por fin a Avisiéth a un lado. Se echó hacia atrás en la silla y se apoyó la jarra de cerveza en el estómago.

—Pues di lo que ya hayas dicho, te escuchamos igualmente.

Durante un instante pareció que Ren iba a contener la lengua, pero luego empezó a hablar:

—Han pasado siglos. Casi una era. En su día, Foley fue nuestro amigo, pero a estas alturas ha pasado más tiempo siendo vampiro que siendo fae. ¿Quién dice que se parece en lo más mínimo a la persona que luchó junto a nosotros?

Tenía razón, había pasado mucho tiempo. Sin embargo, una palabra volvió a acudir a mi mente: «fe». De vez en cuando, esa palabra venía a levantarme del suelo lo suficiente como para poder respirar.

—Tenía un pacto de sangre con nosotros, del mismo modo que nosotros con él. Juró proteger a nuestro pueblo y a todas las criaturas de Yvelia. Si te hubiera pasado a ti, ¿habrías roto tu juramento, Ren?

Cuando yo estuve perdido en el laberinto, Renfis no solo se convirtió en el líder de los Lupo Proelia. También había llegado a ser el general de un ejército. Se había puesto voluntariamente un manto de responsabilidad que habría aplastado a la mayoría de los guerreros, y que casi me había aplastado a mí. Yo lo conocía hasta

la médula. Era sincero, honesto, bueno. Y aun así, fue lo bastante necio como para negar con la puta cabeza y decir:

—Sinceramente, no lo sé, hermano.

—Bueno, pues yo sí que lo sé: de ninguna manera ibas a dar la espalda a tu promesa. Y elijo creer que Foley tampoco.

Una vez que supe que Saeris se iba a poner bien, yo mismo me pasé horas buscando a Foley. Y Lorreth también. Taladaius se había negado a decirme dónde estaba, lo cual no había ayudado a aplacar la ira que aún sentía hacia él. Sin embargo, en cierto modo, lo comprendí.

Foley había tenido que labrarse una nueva existencia en Ammontraíeth. En cierto momento debió de verse obligado a aceptar su nueva vida, a seguir adelante con ella. No había respondido a las cartas que le enviamos, y debía de haber una razón. Si Foley no quería hablar con nosotros, entraba dentro de lo razonable que tampoco quisiera vernos.

Hacía mucho tiempo, Foley habría muerto por mí, y yo por él. Yo aún seguiría dando la vida por él si con eso fuese a salvarlo de algún modo. Pero el daño ya estaba hecho, y Tal parecía ser el único que podía respetar algo así.

—Si está ahí, ¿quién dice que vaya a querer ayudar a Saeris? —dijo Lorreth—. Ni siquiera la conoce. No tiene ningún motivo para mostrarle lealtad alguna.

—¿Aparte de ser mi compañera?

Lorreth dio un sorbo a su cerveza.

—Con toda sinceridad, te diré que quizá eso le dé aún menos ganas de ayudarla.

Yo me encogí de hombros.

—Hay que mantener la esperanza. Lo necesitamos. Su abuelo fue uno de los últimos alquimistas. Foley sabe más que nadie sobre prácticas y magias alquímicas. Belikon quemó todos los textos de los alquimistas cuando se hizo con la corona. Los pocos libros que mi padre tenía en la biblioteca de Cahlish no explican casi nada. Así que

eso nos deja solo el conocimiento que tenga Foley en la cabeza. Si se niega a compartirlo con ella…

—Saeris jamás podrá alcanzar su máximo potencial. Jamás podremos destruir Ammontraíeth del todo. Y jamás podremos acabar para siempre con Belikon y sentar a Carrion Swift en el trono —admitió Ren con aire lúgubre—. Supongo que más nos vale esperar que Foley cambie de idea y permita que lo encontremos. Porque a mí, la verdad, me encantaría conocer la paz una vez en mi vida.

Ja.

La paz.

¿Qué aspecto tendría la paz? ¿Sabría cualquiera de nosotros qué hacer en un tiempo de paz? Lo dudaba. Con aire absorto, me di cuenta de que no me había vuelto a poner el brazal después de dejar que Saeris se alimentase de mí. Me pasé los dedos por las dos pequeñas punciones de la muñeca. Se estaban curando rápido; por la mañana no habría rastro de ellas. Solté un suspiro, me quité el otro brazal y lo dejé sobre la mesa. Luego me desabroché el gorjal y me libré de su peso al cuello. Me estaba subiendo las mangas de la camisa cuando me di cuenta de que mis hermanos me miraban.

—¿Qué? —pregunté, aunque ya sabía qué era lo que miraban.

Me había andado con cuidado a la hora de esconder la runa que manchaba el dorso de mis manos y me rodeaba las muñecas, la runa que había aparecido cuando Saeris me aceptó como su amor verdadero, su compañero. Mis manos siempre habían estado tatuadas. Las runas de la venganza y la justicia llevaban mucho tiempo en mi piel…, pero ahora había otras runas sobre ellas. Tantas runas, de hecho, que era imposible diferenciarlas. Las runas y los símbolos que ascendían por mis brazos —las marcas del vínculo divino, idénticas a las de Saeris— eran hermosos y aterradores, incluso para mí.

Contemplé toda la tinta que me cubría la piel y esbocé una sonrisa teñida de remordimiento.

—Ya, sí —dije—. Es fuerte.

—A ver, ya lo sabíamos —dijo Ren, casi sin aliento—. Pero una cosa es saberlo y otra verlo en persona…

—Verlo en persona es fortísimo —convino Lorreth—. Pero ¿implica eso que los dos vais a…? Ya sabes… —Parecía que le costaba decir las palabras—. ¿Vais a llevar a cabo los ritos? ¿Os vais a casar?

Una ráfaga de adrenalina me subió por la columna. Me aparté de la mesa y me apresuré a bajarme las mangas de la camisa para ocultar la tinta.

—No. No vamos a hacer nada de eso —dije con voz entrecortada—. Saeris no…

La cortina de la entrada se apartó y Danya entró en la habitación hecha una furia.

—¡Ren! Ah, estás aquí. —Sus ojos aterrizaron sobre mí, presos del pánico—. Tenéis que salir, los tres. Algo va mal.

Ren ya se había puesto en pie.

—¿Hay devoradores en el río? —preguntó con la voz pintada de pánico.

Después del decreto de Saeris, todos los devoradores se habían replegado a Ammontraíeth. Se los iba a reunir en una guarnición a más de un kilómetro del Palacio Negro, lejos de la frontera entre Sanasroth y Cahlish.

—No —respondió Danya—. Sí. Bueno…, en realidad no sé qué está pasando. No lo puedo explicar. Será mejor que vengáis a verlo por vosotros mismos. Rápido.

4



114

KINGFISHER

Había ocho devoradores formando una hilera por la ribera del río. Estaban inmóviles como muertos… como muertos de verdad, no como no muertos. No les rugían a los fae que los observaban desde el otro lado del río. Eran como estatuas en descomposición, tan petrificados que, por un instante, me pregunté si no los habría colocado alguien allí.

—No entiendo lo que estamos mirando —dije.

Todo lo que Danya había presenciado a lo largo de los años la había vuelto tan imperturbable como al resto de nosotros. Sin embargo, con el rostro pálido como la muerte, señaló con la barbilla a los devoradores.

—Fíjate bien.

Pasó un minuto.

Luego otro.

Y justo cuando yo empezaba a perder la paciencia y estaba a punto de pedirle a Danya que me explicase qué estaba pasando, los devoradores se pusieron en movimiento. Todos juntos descendieron por la ribera, moviéndose en sincronía de forma antinatural. Primero el pie izquierdo, luego el derecho. Los ocho se deslizaron y perdieron

pie entre el lodo. Cayeron hacia delante y acabaron a cuatro patas, momento en el que echaron la cabeza hacia atrás y chillaron.

El sonido me erizó todo el vello del cuerpo.

Como un solo ser, todos avanzaron a gatas, con la muerte en las manos y las rodillas.

—¿Rompemos el hielo? —jadeó Danya.

—No. Esperemos.

Si el río se los llevaba, no podríamos inspeccionarlos después de muertos. Aquellas criaturas eran diferentes, y teníamos que saber por qué. Como si me leyese la mente, Ren acumuló magia y formó un orbe blanco azulado de poder entre las manos. Mis sombras se arremolinaron entre mis pies y aumentaron, se revolvieron, listas para ser liberadas.

—En cuanto lleguen a la mitad del río… —murmuró Ren.

Lorreth ya había desenvainado a Avisiéth. Yo mantuve a Nimerelle atada a mi espalda. Mis sombras serían suficientes para aquel enfrentamiento. Los devoradores se arrastraron por el hielo. Avanzaron. Sus extremidades tocaban la superficie congelada al unísono: mano izquierda, rodilla derecha, mano derecha, rodilla izquierda.

Lorreth giró la espada entre las manos.

—Tengo un mal presentimiento sobre esto.

Yo también. Había algo nocivo en el aire. El olor del campamento, de la comida que se estaba preparando en las cocinas, llegó hasta mi nariz, pero había algo más. Algo carente de olor, pero que yo notaba en mis fosas nasales, que se me introducía hasta los pulmones. Fuera lo que fuera, no era bu…

Los devoradores saltaron.

Los ocho dieron un salto digno de un ciervo. Echaron a correr hacia el centro del río, hasta el punto donde nuestra magia les afectaría, y luego atravesaron aquella barrera invisible sin vacilación alguna. En cuanto sucedió, Renfis liberó su magia, yo solté mis sombras, y el humo y la luz se derramaron por el Zurcido. La energía de Ren impactó primero. El orbe cayó de lleno sobre dos

devoradores. Yo desvié mis sombras y las envié hacia la derecha para acabar con los que quedaban, pero…

La energía de Ren no crepitó ni menguó para dejar cadáveres a su paso, como solía suceder. En cambio llameó, iluminando la oscuridad, y luego se introdujo en los dos devoradores en los que había impactado. Eran dos hombres. Iban descamisados. El orbe les tocó el pecho y una red de brillante magia blanca les cubrió las costillas. Ambos se estremecieron y, de pronto, los ocho monstruos mostraron la misma convergencia blanca de poder. La luz palpitó, resplandeciente, y los devoradores volvieron a sacudirse y a arquear las espaldas.

—En el nombre de todos los dioses, ¿qué pasa? —susurró Ren.

Moví mis sombras en todas direcciones. Ocho tentáculos estrechos de negrura que resplandecían con mi propia magia. «Dadles fuerte», pensé. «Acabad con esto». Sin embargo, cada vez que golpeaban a un devorador y lo atravesaban por las marcas brillantes de la magia de Ren, que ahora parecía estar atrapada en sus pechos, mi magia también se veía absorbida. Y, dioses, noté cómo la absorbían. Era como respirar agua helada. El frío me impactó y me dejó sin respiración. Experimenté una soledad y una pena que se enroscaron en mi pecho, que me aprisionaron el corazón con tanta fuerza que creí que se me rompía. En más de cien años atrapado en el laberinto de Malcolm, jamás me había sentido tan abandonado como en aquel instante.

Quise ponerle freno. Aquel núcleo de pura tristeza estaba enraizando en mi alma. Me costaba respirar, como si me hubiese olvidado de cómo hacerlo. Solté una exclamación ahogada y conseguí inspirar hondo, aunque el sabor del aire era desagradable.

Intenté retraer mis sombras, pero no pude. Los devoradores las absorbieron y las retuvieron dentro de sí. Una capa de color negro metálico les cubrió el pecho, retorcida, girando entre la energía blanca que le habían robado a Renfis.

Miré hacia Ren, que estaba pálido, con una expresión preñada de horror. ¿Estaba sintiendo lo mismo que yo? Eso parecía, maldita sea.

—Se alimentan de nuestra magia —susurró.

Aquello era mucho peor que ser mordido. Peor que cuando se alimentaban de nuestra sangre. La sangre era sagrada, pero nuestra magia aún más. Me dieron náuseas. En realidad ninguno de los dos había gastado mucha magia, pero, aun así, sentí su ausencia; un pequeño trozo de mí que había lanzado al mundo y que ya no iba a recuperar.

Los devoradores volvieron a estremecerse, entrecerrando los ojos. Parecían estar presos del éxtasis. Los ocho gimieron y se pasaron las lenguas mutiladas por sus labios destrozados… y luego recuperaron el sentido y prosiguieron.

—¡Siguen avanzando! —gritó Danya.

Corrían y saltaban con zancadas antinaturalmente largas, impulsados por aquel poder robado. Casi habían llegado a nuestra ribera.

Lorreth afianzó los pies en el barro y alzó a Avisiéth con ambas manos. Enarboló la espada ante su rostro.

—Los golpearé con el aliento de los ángeles —gruñó—. A eso no sobrevivirán.

—¡No!

Ren y yo habíamos gritado al mismo tiempo.

—No lo hagas. Están absorbiendo nuestra magia. Si se tragan el aliento de los ángeles… —añadí con un jadeo.

No quise ni pensarlo. ¿Se volverían aún más poderosos? ¿Serían… serían capaces de usarlo contra nosotros? Joder, tenía el cerebro del revés. Más guerreros de Innìr llegaron hasta nosotros en la ribera.

—¡Que nadie use magia! —aullé. Gruesas nubes de vapor impregnaban mi aliento—. Usad solo plata, hojas y dagas. ¡Ahí vienen!

Se separaron al llegar a nosotros. Hasta entonces se habían movido al unísono, pero de repente empezaron a actuar de manera independiente. Sus ojos nebulosos e inyectados en sangre se centraron en diferentes miembros de nuestro equipo, y atacaron.

¿Había oído Lorreth lo que yo había dicho? Esperaba que sí, joder. El aliento de los ángeles no rasgó en dos la noche. Uno de los devoradores, un cabrón alto y fornido de cabeza afeitada y los brazos cubiertos de runas, me enseñó los dientes podridos y se lanzó a por mí. Yo fui a agarrar la daga en mi cintura, pero mi mano se cerró en el aire. ¡Joder! Le había dado la hoja a Saeris. No había tiempo para pensar. Cogí a Nimerelle, la desenvainé y tracé un amplio arco para recibir el ataque del devorador.

«Nada de magia. Nada de energía», le supliqué a la espada al atacar. «Córtale la puta cabeza, nada más».

La espada me oyó y obedeció. Cuando su filo chocó contra la piel del devorador, no salió humo ni magia de ella. El hierro se hundió con facilidad en la carne podrida y el músculo gelatinoso, hasta llegar al borde del hueso. Sin embargo, allá donde Nimerelle cortó la carne, una sustancia densa y negra cristalizó como escarcha por el filo de la espada.

—Pero ¿qué coj…?

Nimerelle gritó.

Lo oí en mi mente, un grito ensordecedor de agonía. Nimerelle se estremeció tan violentamente que las vibraciones me recorrieron los brazos y hasta los dientes me castañetearon. El devorador ni siquiera notó que lo había atravesado con la espada. Siguió avanzando, chasqueando los dientes, deslizándose por la hoja para llegar hasta mí.

Incluso sin su magia, Nimerelle debería haberle causado al devorador un dolor inmenso. Era tanto de plata como de hierro. Yo la podía enarbolar por lo que había sucedido en Ajun. Pero la parte del devorador que fue fae en su día debería haber retrocedido ante el hierro. Y la plata debería haber afectado a su parte vampírica. Sin embargo, nada.

Alcé la bota, resbalando en el lodo, y le aticé una patada en el estómago al devorador para sacudírmelo de encima y de la hoja. El monstruo retrocedió tres pasos orilla abajo, lo cual me dio tiempo para recomponerme. No podía volver a usar la espada. Atacar a

aquel bicho le había dolido. Volví a envainarla a mi espalda y saqué otra daga de mi bota, listo para el siguiente ataque del devorador.

Varios gritos y chillidos atravesaron la noche.

Más guerreros del campamento llegaban para unirse a la refriega. El devorador saltó por los aires. Al descender, una flecha de punta de plata se le clavó en la garganta, pero el arma no tuvo efecto alguno en él. El monstruo aterrizó, y yo rompí la flecha y le clavé el asta rota en el ojo. Ni siquiera conseguí ralentizarlo. El devorador alargó hacia mí unas garras afiladas y ganchudas que rebosaban icor negro. Si llegaba aunque fuera a hacerme un arañazo…, yo no moriría, pero las iba a pasar putas.

Retrocedí de golpe para ponerme fuera del alcance de mi enemigo. No podía usar ni magia ni la espada, pero seguía siendo más rápido que él. La criatura rugió, frustrada, y volvió a saltar…

—¡El hielo! —gritó alguien—. ¡Lo están rompiendo!

Un encogimiento en las tripas me indicó que el agua bajo la superficie helada del Zurcido ya no tendría efecto alguno en aquellos devoradores. Solo había dos similitudes entre aquellos monstruos y los demonios con los que estábamos acostumbrados a tratar: estaban muertos y estaban hambrientos. Aparte de eso, eran una raza completamente diferente.

Por supuesto, cuando el hielo se hizo pedazos en la orilla y uno de los devoradores cayó al agua, la criatura no emitió sonido alguno. Se revolvió bajo el agua negra como la tinta, contrajo el cuerpo y volvió a surgir de un salto a la superficie para caer sobre Renfis.

—¡Ren! —El grito resonó sobre la marea de guerreros. Lorreth, en alguna parte, sonaba como si luchase por su vida, pero, aun así, consiguió llamar a nuestro hermano.

El devorador se abatió sobre Ren, con la lengua colgando de la boca, intentando morder con esos dientes aserrados. Yo pivoté y me giré a su derecha, tan rápido como pude, y le clavé la daga en un lateral del cráneo.

Tenía que arrancarle la cabeza, pero no iba a poder si seguía intentando alcanzarme con esas putas garras.

—¡Fuego! —grité—. ¡Prendedles fuego!

Se nos acababan las opciones. Si el fuego tampoco funcionaba, podíamos darnos por jodidos.

Mis guerreros respondieron a la orden. Unas llamas brillantes y anaranjadas arrojaron sombras monstruosas por la orilla del río. Cientos de antorchas aparecieron, llameantes, escupiendo brasas. Cualquier devorador habría huido ante las llamas, pero aquel contra el que yo luchaba siguió atacando.

—¡Atrás, comandante! —gritó un guerrero alto de cabellos oscuros. Se agachó junto a mí y arremetió con la antorcha. Yo me aparté de su lado. El miedo me susurraba al oído, o quizá era el resto del mercurio…

«No funcionará, no funcionará, no funcionará…».

Pero el monstruo empezó a arder como leña seca en cuanto el fuego entró en contacto con su piel descompuesta.

El devorador no emitió ningún sonido mientras las llamas lo envolvían. Ni pío. Ni se tambaleó ni huyó. Se limitó a agacharse, ardiendo. El tiempo se ralentizó. El devorador giró sobre sí mismo, se dio la vuelta y saltó… para aterrizar justo sobre el guerrero que lo había prendido en llamas.

—¡No! —Me moví tan rápido como pude, pero no tanto como la criatura. Demasiado tarde. El devorador agarró al guerrero y le hundió las garras en el cráneo. Hubo un crujido de huesos cuando el ser le apartó la cabeza a un lado y le clavó los dientes aserrados en el cuello.

La lucha acabó en un instante. El guerrero que había acudido en mi ayuda se quedó sin sangre y con la cabeza hendida en apenas un latido. El devorador era ahora una antorcha. No parecía acusar dolor ni darse cuenta de que se estaba incinerando poco a poco. Volvió a saltar sobre la multitud y a desplomarse sobre otros guerreros, impertérrito ante las hojas y las espadas que le clavaron en el pecho y la garganta. Yo vi caer a mis hombres.

—¡Rodeadlo! —gritó alguien.

Danya. Estaba allí, al otro extremo de la refriega, corriendo a toda velocidad hacia mí. Yo también corrí. Ambos nos estrellamos contra el devorador a la vez. Lo agarramos y lo arrojamos al suelo. Lo sujetamos mientras la bestia ardía. Las llamas, danzantes, nos lamieron los brazos y nos prendieron la ropa. El calor era inimaginable.

—¡La cabeza! —bramé—. ¡Cortadle la puta cabeza!

No tuve la menor idea de quién había traído el hacha. En cuanto la cabeza del devorador quedó separada de sus hombros, una multitud de manos me apartó de las llamas que consumían su cuerpo. El cielo en las alturas estaba repleto de franjas de luz, mientras que el suelo se encontraba impregnado de lodo revuelto e icor apestoso. Un millar de cuchillos se me clavaron en el pecho cuando me arrojaron de espaldas a las aguas del Zurcido.



Que te apuñalen duele. Que te envenene la toxina de un devorador también duele. Pero que te abrasen vivo duele de cojones.

Solté un siseo en la tienda de guerra mientras Te Léna me ponía un bálsamo frío en las manos. Estaba haciendo lo que podía por mí, pero había agotado su suministro de magia curando a Danya. A diferencia de la mía, su magia sanadora era por derecho de nacimiento, así que la recuperaría pronto. Había intentado ayudarme cuando me llevaron a toda prisa a la tienda, pero yo insistí en que se centrase primero en Danya. Yo me había apartado relativamente rápido, pero Danya había ardido como una antorcha viviente. Sus heridas eran peores. La habrían matado si la sanadora no se hubiese ocupado inmediatamente de ella. Las ampollas de su piel la habían dejado en carne viva, y tenía una grave quemadura en la cara. En cuanto a su pelo… Te Léna había hecho lo que había podido para calmar las horrendas heridas que le cubrían el cuerpo, pero su larga

melena pálida había desaparecido; solo quedaba cuero cabelludo chamuscado.

—Dentro de un par de horas podré curarte las tuyas —murmuró Te Léna en voz baja, aplicando delicadamente otra capa de la cataplasma que había creado a partir de su suministro de hierbas medicinales.

Yo apreté los dientes y le mostré una sonrisa torcida.

—No hay problema, casi no me duele.

—Embustero —me reprendió ella. A sus ojos asomaban lágrimas que no había llegado a derramar—. Sé cuánto debe de dolerte. Hacerte el duro no ayuda a nadie.

—Vale, está bien, ahora mismo me pongo a gritar de dolor, ¿te parece? —Le guiñé un ojo con aire juguetón para que supiese que estaba de broma.

Te Léna no replicó. Se limitó a dedicarme una sonrisa compasiva y siguió curándome las heridas abiertas de las manos y los brazos.

—Dentro de un par de horas vengo —dijo de nuevo cuando acabó—. En cuanto…

Agarré sus manos con la mía y siseé un poco cuando se me abrió la piel.

—No te preocupes, Te Léna. Lo puedo aguantar.

Ella jamás lo sabría —gracias fueran dadas a los dioses por ello—, pero yo había soportado dolores muchísimo mayores.

Renfis y Lorreth se cruzaron con la sanadora al entrar en la tienda de guerra. Ambos tenían el rostro manchado de hollín, y la armadura, con pegotes de icor. Habían tardado mucho tiempo en acabar con los demás devoradores. Según me habían dicho, los habían atado con cuerdas y los habían sujetado mientras les arrancaban la cabeza.

—Hemos atado los cadáveres a un árbol —escupió Renfis, y arrojó los guantes a la silla junto al fuego. Hacía pocas horas habíamos estado sentados allí, bromeando sobre mis infortunios y conversando sobre mis nuevos tatuajes. Parecía que había pasado una era—. Y no se mueren, joder —añadió echando humo—. Hemos

metido sus cabezas en un saco y lo hemos dejado junto al río. Ahora mismo están intentando abrir un agujero en el saco a mordiscos.

Lorreth parecía cansado hasta la médula. Estaba agachado, con la espalda apoyada en la pared. Se acunaba la cabeza entre las manos e inspiraba y exhalaba entre los dedos, con sonidos ásperos. Volvió a asomar la cara, pero pareció que le costaba encontrar las palabras.

—En el nombre de los cinco infiernos, ¿qué eran esos bichos? Llevamos siglos aquí apostados. Solo han llegado en una ocasión a este lado del río. No fue una situación ideal, pero al menos acabamos con ellos enseguida. Ahora mismo, la mitad del campamento está en ruinas por culpa de ocho devoradores. Y aún no puede decirse oficialmente que los hayamos matado.

—Tengo ganas de vomitar —dijo Ren en tono quedo—. Y un agujero en el estómago. Me siento conectado a ellos, como… como si la magia que me han arrebatado nos hubiese atado. Siento cómo tironean de ella; intentan drenar más magia de mí. ¿Tú también lo sientes? —me preguntó.

Yo no había querido pensar en ello, pero sí, también lo notaba. Asentí.

—Tenemos que averiguar quién los controla.

—¿Crees que alguien los controlaba? —preguntó Lorreth—. Parecían salvajes. Desbocados. —Se estremeció.

—Al final, puede. Pero al principio…

El modo en que se habían movido, al unísono, implicaba que estaban bajo algún tipo de control. Sin embargo, ni siquiera Malcolm habría podido crear devoradores con ese tipo de magia. Habría hecho falta una cantidad exorbitante de poder.

—Sabes bien quién ha sido —dijo Ren—. Solo hay una persona capaz de esto.

Yo negué con la cabeza.

—Tal no ha creado a ningún devorador.

—Y tú te lo crees porque te lo ha dicho, nada más que por eso. —Ren habló con voz afilada.

—¿Por qué iba a mentir, Ren?

Dioses, qué cansado me sentía. Notaba el cuerpo como si me hubiesen atado a un caballo y me hubiesen arrastrado cinco kilómetros por terreno rocoso.

—Porque así es él. Es un mentiroso. Jamás ha sido sincero con nosotros sobre nada. Foley está donde está por su culpa. Y estuvo aquí la otra noche. Con Everlayne. La tenía sujeta a su voluntad, Fisher.

—Malcolm le ordenó que lo hiciera…

—¿Por qué tienes que defenderlo siempre? —Ren dio un puñetazo en la mesa. Su grito reverberó por las paredes de la tienda de guerra. Había pasado de estar pálido como la ceniza a rojo furioso—. Niegas lo que tienes delante de las narices a cada oportunidad que se presenta. Te abandonó. Te la jugó hace mil años. Decidió voluntariamente dejarnos e irse con Malcolm. ¿Cómo crees que sigue por aquí, eh? El único modo de que haya sobrevivido, entorpeciéndonos a cada paso, es alimentarse de los vivos. Representa todo aquello que despreciamos, y sin embargo, cada vez que sucede algo como esto, te deshaces en excusas.

Dejé que calmase su furia entre jadeos. No valía la pena intentar hablar hasta que hubiese quemado toda aquella ira que se lo estaba comiendo por dentro. Al mirarlo, al ver cómo ascendían y descendían aquellos hombros al clavarme la mirada, caí en que las únicas veces que había visto a Renfis enfadado había sido por culpa de Taladaius. En parte estaba en lo cierto sobre él. Sin embargo, en todo lo que importaba, se equivocaba.

—Lo siento —le dije—. Sé que no puede haber más que mala sangre entre vosotros dos. Pero tú nunca has estado sujeto a una maldición, hermano. Jamás te has visto obligado a actuar en contra de tu voluntad. Y jamás has estado tan enamorado de alguien que serías capaz de vender tu alma al diablo a cambio de protección. Rezo para que un día encuentres a tu amor verdadero, para que te enamores, pero que no conozcas más que una paz eterna. Para los demás —añadí en tono triste— no resulta tan sencillo.

Horas más tarde, cuando Te Léna ya había regresado para curarme y el sol asomaba por el borde del horizonte negro más allá de Sanasroth, fuimos a evaluar el daño que habíamos sufrido durante la noche. La sección del campamento más cercana al río había quedado destruida. Había tiendas desastradas, telas rasgadas, suministros desparramados por todo el suelo revuelto. Los muertos yacían por la orilla del río, con flores de ruina de viuda sobre los ojos cerrados.

Me noté entumecido hasta la médula.

—¿A cuántos hemos perdido?

—Ciento catorce —respondió Lorreth.

Aquella cifra no tenía ningún sentido. Jamás habíamos perdido tantos soldados en Innìr. A campo abierto, en plena batalla, sí, eran de esperar pérdidas incluso más grandes. Pero en nuestro puesto fronterizo, no. Y menos aún contra ocho devoradores.

—Los enterraremos en Cahlish —murmuré—. Abriré un portal y los llevaremos allí uno a uno.

Mis hermanos no dijeron nada. La frustración seguía manando de Ren. Recorrimos la orilla hasta el gran roble. Ren nos mantuvo el paso. Volveríamos a hablar los dos cuando no estuviésemos tan tensos. Así habían sido siempre las cosas en nuestros conflictos.

El roble llevaba allí desde que yo tenía memoria, alto y orgulloso a pesar del frío. Ahora su tronco estaba marchito, y la corteza, desprendida en grandes pedazos. De las raíces a las ramas estaba cubierto de hongos viscosos. Los cuerpos abrasados y decapitados de los devoradores forcejeaban contra las cuerdas, intentando liberarse. Por suerte, las ataduras aguantaban.

—Estos seres nauseabundos no pertenecen a Yvelia —dijo Lorreth en tono susurrante—. Nada de nuestro mundo podría producir este tipo de maldad.

Sin embargo, lo mismo pensamos en su día de los vampiros. Y el poder era una droga adictiva. Jamás me sorprendían los actos terribles que un alma era capaz de hacer para acumular más poder.

5



BESTIAS

SAERIS

El saco cayó al suelo con un golpe sordo. El olor que desprendía me dio arcadas.

—Huele igual que tu viejo apartamento encima del Espejismo —dijo Carrion en tono animado. Arrancó un trozo de la manzana que sujetaba en la mano y se lo comió directamente de la hoja del cuchillo.

Yo lo miré con el ceño fruncido, tentada de morder el anzuelo. Carrion quería que le preguntase cómo demonios creía saber a qué olía el ático que yo compartía con mi hermano sobre el Espejismo, pero no había tiempo para enredarse en chácharas.

Kingfisher y Lorreth habían regresado, y traían consigo una bolsa llena de cabezas. Ni que decir tenía que esa bolsa debería haber sido mi prioridad, pero al parecer yo era una persona terrible, porque lo único que me preocupaba era él. Fisher. Mi compañero estaba presente, y sentí que por fin yo podía volver a respirar.

Estaba más guapo que nunca, con su pelo oscuro y ondulado hacia atrás. La habitación se llenaba de electricidad cada vez que Fisher aparecía. Yo me veía atraída hacia él como un imán. Como si mi cuerpo intentase encontrar el camino de regreso a sus brazos, a

casa. Tras el «incidente con Ereth», como lo denominábamos, las celebraciones por la coronación se habían cancelado. Fisher se había marchado a comprobar cómo estaban Ren y los demás. Taladaius había aconsejado que Fisher pasase al menos unos días lejos de Ammontraíeth para que los vampiros altasangre se calmasen un poco. Sin embargo, no pareció sorprendido al ver que mi compañero aparecía otra vez, con Lorreth y la bolsa, en cuanto volvió a caer la noche.

Fisher le lanzó una mirada fulminante a Carrion.

—Saludos, Swift. ¿Crees que podríamos tener un poco de intimidad?

—¿Me estás pidiendo que me vaya?

—Sí.

Carrion señaló con el cuchillo a Lorreth.

—¿Y este se puede quedar?

—No me señales con el cuchillo, chico. —El guerrero de las trenzas oscuras suspiró—. A menos que quieras perderlo. Me gusta coleccionar dagas bonitas.

—Sí, este se queda —dijo Fisher a las claras.

Carrion, con aire manso, bajó la daga.

—Entonces entra dentro de lo razonable que yo también me quede. Soy el heredero del trono yveliano. Si ha sucedido algo que afecte a Yvelia, por supuesto que tengo que estar presente mientras se discute el tema.

—¿Tienes alguna experiencia en asuntos de guerra? —preguntó Fisher.

—No, la verdad es que no.

—¿Y alguna experiencia en necromancia, por pequeña que sea?

—No.

—¿En muertos vivientes?

—No.

—¿Maldiciones de sangre?

—¿Tú qué crees?

—Pues entonces no nos eres de utilidad. Largo.

Taladaius entró en ese momento por las grandes puertas dobles de la habitación. A diferencia de los demás miembros de la Corte de Sangre, no se arrodilló ante mí. Yo le había prohibido expresamente hacerlo, aunque él mismo había sugerido que era mala idea. Cruzó decidido la cámara del consejo. Los tacones de sus botas repiquetearon sobre el mármol gris paloma del suelo. Tenía la expresión controlada. Tranquila, incluso. Pero la tristeza que manaba de él a través de la conexión que compartíamos era más fuerte que antes. Me dejó un regusto a amargura y remordimiento en la lengua.

—Fisher, después del espectáculo que diste ayer —dijo—, si Carrion se marcha a solas de esta habitación, probablemente lo raptarán y lo venderán como esclavo.

—¿Y qué pasa, que ahora no queremos que eso suceda? —preguntó Fisher, como si tuviese que comprobarlo.

—Fisher.

Aquel toma y daca que tenían los dos me estaba empezando a enfurecer.

Mi compañero me miró, inocente como él solo.

—Ha dicho una y otra vez que no tiene el menor interés en luchar por ocupar el trono del Palacio de Invierno. Ahora mismo acaba de admitirlo: no tiene ningún entrenamiento táctico. Tampoco sabe nada de esto. —Le dio un toquecito a la bolsa en el suelo con la puntera de la bota—. ¿De qué nos sirve?

Lo miré con ojos entrecerrados.

—Fuiste tú quien lo trajo aquí. Ahora tendrás que tolerar su presencia.

—Quizá es hora de llevarlo de regreso a Yvelia —repuso Fisher en tono esperanzado.

Mi creador resopló. Iba vestido con una sencilla camisa blanca de mangas holgadas, pantalones negros y botas a juego. Con su cabello plateado y su piel pálida, era todo un estudio de contrastes. Se pasó una mano repleta de anillos por el pelo para luego agacharse y abrir el saco. Inspeccionó el contenido.

A mí se me revolvió el estómago en cuanto vi lo que había dentro. En Zilvaren había visto mucha podredumbre. Para quien vivía en un sector en cuarentena donde la gente moría de hambre y de sed a diario, ver un muerto no resultaba sorprendente. Sin embargo, cuando todo lo que quedaba del muerto era una cabeza de mejillas ennegrecidas que rezumaba líquidos viscosos… y cuando esa cabeza te miraba y parpadeaba con nebulosos ojos enrojecidos, la historia era bien distinta.

El olor empeoró mucho en cuanto se abrió la bolsa.

Taladaius se apoyó en los talones, con aire contemplativo.

Lorreth habló el primero.

—Dinos que no has sido tú.

Taladaius alzó la cabeza de golpe y le clavó una mirada aturdida.

—¿Yo? Pero… —Se recuperó—. No. No he sido yo. No someto a nadie a trance ni tomo esclavos. Y esto… —Dejó morir la voz y negó con la cabeza—. Yo no sería capaz de algo así. Al estar decapitados, ya deberían haber sucumbido.

—Créeme, eso ya lo sabemos. —Lorreth soltó una risa dura—. Bueno, ¿cómo los matamos?

Taladaius echó otro vistazo más cuidadoso a la bolsa llena de cabezas. Arrugó la nariz.

—La verdad es que no lo sé. Jamás había visto ni oído nada parecido a esto.

«Te vas a volver a Cahlish conmigo, pequeña Osha».

¿Me acostumbraría alguna vez al sonido de la voz de Fisher en mi mente? Sonaba muy cercana, como si me susurrase directamente al oído. Se me puso la piel de gallina al instante.

«Ah, ¿sí? Pensaba que necesitabas que me quedase aquí», respondí.

Fisher frunció levemente el ceño de su hermoso rostro.

«Nadie sabrá que te has ido. Tal les dirá que te pasas el día de una orgía de sangre en otra. Así se convencerán de que te estás esforzando por encajar».

Yo era consciente de que Lorreth le explicaba a Taladaius que los devoradores habían absorbido el poder de Ren o algo así. Y también el de Kingfisher.

Lo miré, sobresaltada, pero antes de poder decir nada, él mismo tranquilizó mis preocupaciones. «Los dos estábamos algo perjudicados, pero hemos dormido un poco y Te Léna nos ha sanado. Ahora estamos bien».

Qué difícil resultaba quererlo. Yo apenas había dormido un poco de pura preocupación por él. Había tenido la profunda e inquietante sensación de que algo iba mal en Innìr. En Zilvaren no había intentado entablar ninguna relación romántica, aunque había tenido muchísimas oportunidades de hacerlo. Tenía responsabilidades. Para empezar, mantener a Hayden libre de problemas era un trabajo a jornada completa. Siempre había que ocuparse de llevar comida a la mesa y agua a la boca. Empezar una relación con alguien habría sido imposible y me habría distraído de la tarea de sobrevivir.

Pero esto no era nada parecido. Esto eran dos estrellas que chocaban. El final y el principio de todo al mismo tiempo. La idea de tener una relación con alguien en Zilvaren era trivial en comparación con esto. Fisher lo era todo. Yo estaba sintonizada con él. Sentía sus cambios de humor como el discurrir de las mareas sobre las que tanto había leído. Preocuparme por él mientras no estábamos juntos me iba a volver loca.

Tenía que admitir que la idea de marcharme con él y regresar a Cahlish en vez de a Innìr, para poder dormir en una cama caliente y disfrutar de algo de intimidad, me resultaba atractiva. Impediría que me siguiese dando vueltas la cabeza, aunque fuera por una noche.

«Vale, me lo creeré. Y sí, volveré contigo esta noche. Pero con una condición».

Kingfisher me miró y enarcó una ceja.

«Ah, ¿sí? ¿Ahora venimos con exigencias, alteza?».

Me llamaba así para chincharme, pero a mí no me gustaba. No quería que hubiese una gran división entre los dos, y el hecho de que ahora fuese medio vampira suponía un problema. Podía

aguantar estar en la terraza a la luz del día, pero no mucho. Cuando el sol empezaba a brillar fuerte, comenzaba a cansarme y a notar náuseas. No podía aguantar que me incidiese la luz directamente sobre la piel. Aún podía comer, pero mi apetito hacia la comida había disminuido mucho, cosa que odiaba. Y por más que lo negase, la realidad era esta: no tenía que alimentarme para sobrevivir, como sí les sucedía a Taladaius y a los demás miembros de la corte sanasrothiana…, pero me apetecía. Desde que había despertado, una vaga curiosidad dormitaba en mi interior. Ahora que me había alimentado de Fisher, esa curiosidad parecía haberse desperezado y empezaba a estirar las piernas. Sentía la garganta rasposa, como si me estuviese resfriando.

Técnicamente, yo representaba todo lo que Fisher detestaba… y, encima, era reina. El desdén que sentía mi compañero hacia la realeza era entendible. Mi hogar estaba gobernado por una reina tirana. Zilvaren sufría a diario por culpa de Madra, pero Fisher también había sufrido por ella. Madra había cerrado los portales de mercurio y le había arrebatado a su padre. Por no mencionar que el rey Belikon había usurpado el trono yveliano. Belikon, que además había torturado a Fisher toda su vida. Y luego estaba Malcolm, regente de la Corte de Sangre, que lo había encerrado en el laberinto. Tenía todo el sentido que el tono de Fisher se endureciese cuando decía la palabra «alteza». Pero oír ese mismo tono duro cuando se dirigía a mí… me dolía más de lo que quería admitir.

Hice lo posible para apartar de mí aquella sensación irritante. «Supongo que sí», le dije. «Pero no te preocupes, no te voy a pedir nada poco razonable. Al menos, eso espero».

«Pues adelante, dime».

«Quiero entrenarme en condiciones. Contigo. No vamos a estar siempre en la Corte de Sangre. No soy su reina de verdad. No tengo ningún interés en deambular por Ammontraíeth ni en fingir que reino sobre estos súbditos reticentes. Necesito mantenerme en forma, y sigo necesitando aprender a enarbolar bien a Solace. Esa espada es tan pesada que casi no la puedo sostener».

Fisher ni siquiera parpadeó. «Pensaba que, para aprender de verdad, sería mejor que entrenases con Lorreth».

«¿Y por qué no contigo?».

Él me lanzó una levísima mirada de reproche, como si yo ya debiese saber la respuesta a aquella pregunta. «Porque puedo hacer contigo todos los simulacros que quieras, Osha. Puedo alzar la espada ante ti y contener mis ataques. Puedo enseñarte a mover los pies, explicarte tácticas de guerra. Lo que no puedo hacer es atacarte como si fuera real. Y, si quieres aprender de verdad a manejar la espada, eso es justo lo que necesitas. Tienes que jugártela en serio para que aprendas a pensar y a reaccionar bajo presión. Y yo jamás voy a atacarte con todo lo que tengo. Eres mi compañera. Estoy enamorado de ti. No podría aunque quisiera. Y…», añadió en tono más suave, «no quiero».

—Pero ¿estáis escu…? Agh, no, no están escuchando.

Carrion, que se había puesto en pie, se cernía sobre la bolsa llena de cabezas. Lorreth lo observaba, con ojos divertidos, en un intento aparente de no echarse a reír. Taladaius había sacado una de las cabezas de la bolsa de un puntapié y la estudiaba con atención al tiempo que ignoraba sistemáticamente a Carrion. Quién sabía cómo lo había conseguido. Era como si pudiese desconectarse de él. Sentí un leve enojo por parte de Fisher, aunque no lo demostró al dirigirse al contrabandista:

—Disculpa, Swift. Tienes toda nuestra entregada atención. ¿Dónde está el problema?

—Estaba a punto de señalar un detalle sobre estos devoradores —dijo con tono brusco—, pero si no le interesa a nadie…

—Escúpelo —ordenó Fisher.

—Bueno, a ver, no he dedicado mucho tiempo a estudiar a los devoradores, pero… —se metió otro gajo de manzana en la boca y se inclinó sobre las cabezas podridas, con los ojos entrecerrados. Al fin acabó de masticar y completó la frase—: que yo recuerde, suelen provenir de Yvelia, ¿verdad?

—Sí, claro —dijo Lorreth.

—Pues estos son de Zilvaren.

—¿Qué? —Di un paso involuntario adelante—. ¿De qué hablas?

—¿Se suele marcar aquí a los devoradores? ¿Con tatuajes y tal? —preguntó Carrion.

Taladaius alzó su estoica mirada hacia Carrion.

—A algunos esclavos se les marca cuando se convierten en vampiros, sí, pero la mayor parte de los miembros de la corte no se molesta en hacerlo. Los devoradores están vinculados al vampiro altasangre que los creó, pase lo que pase. Solo obedecen a sus señores. No tienen ni voz ni voto en el asunto. Las runas y las marcas de propiedad no son necesarias, porque las bestias no se pueden robar.

Devoradores. Altasangre. Bestias. Había mucho que digerir de lo que había dicho Taladaius, pero no tuve tiempo de hacerlo. Él prosiguió:

—¿Por qué lo mencionas? ¿Has visto algo?

Carrion se encogió de hombros y se agachó frente a las cabezas, al tiempo que emitía un zumbido pensativo. Estudió una cabeza que asomaba por el morral. No tardó en frustrarse y agarrar la bolsa entera. La volcó, y las cabezas cayeron al suelo y rodaron por todas partes. Carrion se acercó a la cabeza de mujer, la que había asomado por la abertura de la bolsa, al tiempo que cortaba otro gajo de manzana, se lo metía en la boca y masticaba ostentosamente.

—Me he fijado en dos detalles. El primero está justo aquí —dijo, y señaló la cabeza—. En su cuello. A mí me parece una marca bastante intencionada. Ven, Saeris, mírala y dime qué piensas.

Una de las cabezas arrancadas abrió la boca y un icor negro y denso brotó de entre sus dientes descascarillados para acumularse en el suelo. Sus ojos inyectados en sangre se movieron de un lado a otro, enloquecidos. Qué asco.

—Desde aquí veo perfectamente, gracias.

Carrion puso los ojos en blanco. Resopló, atravesó la cámara del consejo y fue a agarrarme de la muñeca…

Y Kingfisher apareció de pronto frente a mí. Sorprendentemente, su expresión era de calma.

—¿Te gusta eso de tener uñas, Carrion? —preguntó en tono educado.

—Pues… —Carrion estaba boquiabierto—. La verdad es que sí.

—Ya me parecía, ya.

Mi compañero no dijo nada más. Carrion enarcó una ceja e hizo un mohín. Me miró de soslayo, con los ojos desorbitados.

—Vale, ya lo pillo. Me estás diciendo que no intente tocar a tu novia, ¿no?

—Ay, por todos los pecadores —murmuró Lorreth a media voz.

—No es mi novia, es mi compañera —dijo Fisher en tono bastante cordial—. Y si cualquier parte de tu cuerpo, literalmente cualquier parte, llega a tocar el suyo, te la arrancaré.

Carrion se lo pensó.

—¿Y si estuviese colgada de un acantilado por una sola mano y no pudiese aguantar mucho más? ¿En ese caso puedo tocarla?

—¿Dónde me encontraría yo en ese improbable escenario?

—Seguramente muerto.

Fisher le mostró una sonrisa tensa.

—Bueno, si estoy muerto…

—¡Agh! ¡Sois ridículos los dos! Prefiero hablar de una cabeza sin cuerpo que seguir presenciando esta escenita. Parad ya.

Los aparté a los dos de un empujón y atravesé la cámara hacia las condenadas cabezas. Lorreth se inclinó y agarró la cabeza de la devoradora por el pelo. Me la tendió para que la viese bien.

Cierto, había una marca en su cuello, tal y como había dicho Carrion. Se me encogió el estómago en cuanto la vi. Carrion sabía exactamente qué era.

—Oh —susurré.

La marca, una X detrás del lóbulo de la oreja de la devoradora, debió de ser en su día un sencillo tatuaje, pero ahora estaba cubierta de venas nudosas que abultaban bajo la piel. Parecían

necróticas y palpitaban con el eco del recuerdo de un corazón que ya no bombeaba por ellas.

Mi mano se alzó por sí sola y se acercó a mi cuello, a la pequeña cruz negra que yo misma tenía escondida debajo del cabello. No pude ni pronunciar aquellas palabras. Fue Fisher quien lo dijo, aunque casi sin aliento:

—¿Tu marca de esterilización? ¿Ella también…? —Señaló con el mentón hacia la cabeza que Lorreth seguía sujetando—. ¿Ella también la tiene?

Asentí.

—El segundo detalle que señala que estos devoradores no son yvelianos lo tienes justo delante de las narices —dijo Carrion.

Se me retorció el estómago de puras náuseas.

—Las orejas.

—Por los dioses vivos —gimió Taladaius—. ¿Cómo puede ser que no nos hayamos dado cuenta? ¡Son redondeadas! ¡Las putas orejas son redondeadas! Estos devoradores son humanos.

—Puede que ya anduviesen por aquí —dije yo—. Yvelia estuvo llena de humanos en su día, antes de la maldición de sangre, ¿no?

Sin embargo, mi creador negó con la cabeza.

—Las bestias tienen una vida limitada aquí. La magia negra que las alza de entre los muertos reanima los cadáveres, sí, pero es temporal. Sus cuerpos siguen descomponiéndose. Al cabo terminan por pudrirse del todo y regresan al polvo. Cinco años, quizá diez. Estos devoradores llevan muertos apenas unas semanas. Siguen teniendo pelo. Algunos conservan la lengua…

—Vale, vale…, ya lo pillo. —De pronto me abrumaron las ganas de sentarme—. Y entonces, ¿qué significa esto? ¿Hay gente saltando al estanque de mercurio cuando abrimos los portales? ¿Llegan a Cahlish y… los atacan?

—No —dijo Fisher, con expresión tormentosa. Empezó a caminar en círculos, intentando darle sentido a todo aquello. El cuero de su armadura crujió—. No pueden haber llegado a Cahlish. Los habrían encontrado de inmediato. Y, de todos modos, tendrían que haber

querido venir aquí específicamente para que el mercurio los trajese. Y perdonadme si me equivoco, pero diría que la gente de Zilvaren no sabe nada de este sitio.

—Cierto. —Carrion asintió.

—También es imposible que nadie entre a hurtadillas en el palacio de Madra y se esconda en el Salón de los Espejos por si acaso despierta el mercurio. —Fisher negó con la cabeza—. No…, esto es intencionado. Es cosa de Madra. Así… así ha llegado la podredumbre hasta aquí.

—¿Crees que Madra los ha infectado? —preguntó Lorreth—. Ya hemos visto tácticas de guerra parecidas. Fae infectados con tal o cual enfermedad a los que se envía a los campamentos militares para que sus virus acaben con todos los guerreros presentes.

Fisher no dijo nada. Su cara era una máscara de furiosa concentración. El sonido de sus pasos reverberó por la cámara mientras iba de un lado a otro como una bestia enjaulada.

«Ella nos oye…».

El mercurio se rio en algún rincón de mi cabeza, como si supiese la respuesta a aquellas preguntas que teníamos y hubiese decidido no ayudarnos. Sus susurros me perseguían desde hacía días, y no hacían más que aumentar. Qué adecuado que decidiese hostigarme justo en ese momento.

Cerré los ojos, con las manos temblorosas a los costados. No podía pensar con claridad. No podía respirar. Una puñalada de puro dolor me subió por el brazo. Los susurros aumentaron, las runas en el dorso de mi mano palpitaban…

«Nos oye. Ella nos oye. Sí, nos oye. Ella vendrá. Pronto. Pronto. Pronto».

Acabé por hartarme. Abrí los ojos de golpe.

—Aquí hay un estanque de mercurio, ¿no? Es pequeño, pero lo percibo.

Fisher se detuvo. Me dedicó una mirada interrogativa y, poco a poco, se giró hacia Taladaius, cuyos ojos grises parecieron

reflectantes durante un momento, como un espejo. Mi creador dejó escapar un largo suspiro de disgusto y acabó por asentir.

—Sí —dijo, confirmando así mi sospecha—. Ammontraíeth siempre ha tenido un estanque de mercurio.

6



TÍTULOS

SAERIS

Un sepulcro.

La Corte de Sangre tenía el mercurio guardado en un puto sepulcro, en uno de los niveles inferiores del palacio. Paseé la vista por aquella oscura necrópolis, intentando no clavar los ojos en las cuencas vacías de los cráneos amontonados que componían las paredes. Me sentí vengada, y al mismo tiempo, me dieron náuseas. La cháchara amortiguada en un rincón de mi cabeza por fin tenía sentido. No me lo había imaginado. Sin embargo, aunque el estanque era pequeño, como me temía, saber que estaba ahí implicaba que yo ya no volvería a experimentar paz alguna. Parecía que tampoco iba a ser capaz de escapar del terrible tamborileo de puro dolor que palpitaba bajo mis runas.

Fisher no parecía tan perturbado como yo habría esperado.

—En realidad no es malo, ¿sabes?

—Ah, ¿no?

—No, Osha. Ya te lo he dicho en la cámara del consejo: esta noche te vienes conmigo a Cahlish. Esto solo significa que nuestro viaje será más sencillo. No tendremos que atravesar esas tierras yermas.

Se tardaba horas en cruzar los campos muertos de Sanasroth. Había devoradores salvajes que habitaban en madrigueras profundas entre la ceniza y el hollín. Se escondían del sol bajo tierra durante el día, pero en cuanto empezaba a menguar la luz, emergían de sus agujeros decididos a devorarlo todo. A mí no me atacarían, pero serían una amenaza para los caballos. Y para Kingfisher y Lorreth también. Dado que la magia de Kingfisher no funcionaba a este lado del Zurcido, no habíamos podido emplear puertasombras. Pero ya no hacía falta.

Teníamos acceso a un estanque.

Así pues, creé reliquias para todos a partir de una cadena que Taladaius me regaló amablemente, de un anillo de sello que pertenecía a Lorreth y de un pequeño amuleto de uno de los dioses que Fisher le había puesto a Onyx en el collar. No hizo falta más. En menos de una hora, empleamos aquel recurso inesperado y nos encontramos de pronto en Cahlish, sin haber sufrido el cansancio del viaje.

Un vestido impresionante en tono verde bosque me esperaba, colocado sobre la cama de Fisher, cuando acabé de refrescarme un poco. Una hilera de joyas diminutas —supuse que eran esmeraldas— decoraba el pronunciado escote. Las mangas tenían bordados verdes, sutiles y apenas visibles, que trazaban un patrón. Al inspeccionarlo más de cerca, comprobé que eran diminutos zorros en pleno salto.

Desde luego era un vestido hermoso.

Pasé una mano por la suave tela y algo se me encogió bajo el plexo solar. Me sentaría de maravilla. Estaba claro que lo habían confeccionado para mí. Pero…

Cuando me reuní con Fisher en las escaleras, aún llevaba puestas mis ropas de batalla. Mi compañero me dedicó una sonrisa, al parecer nada molesto por que yo no hubiese optado por ponerme el vestido. Aun así, sentí una punzada de culpabilidad en el pecho. Para cuando llegamos al comedor, seguía sintiéndome un poco mal.

—¿Seguro que estás lista para esto? —me preguntó Fisher, con una mano en el pomo.

—Sí, segura.

—¿En serio?

—¿Cuándo te has vuelto tan ansioso? —Le sonreí—. Te prometo que estoy lista. Después del ataque de esos ocho devoradores y de descubrir las marcas, creo que todos necesitamos un respiro. Esto nos sentará bien a todos.

Pronuncié aquellas palabras porque se suponía que tenía que decirlas. Sonreí porque se suponía que tenía que sonreír. Sin embargo, en algún rincón de mi cabeza, mis pensamientos no dejaban de dar vueltas y vueltas:

¿Había enviado Madra a aquellos devoradores infectados?

¿Cómo habían llegado hasta allí desde Zilvaren?

¿Cómo cojones íbamos a matarlos?

¿Vendrían más?

Yo sabía que las mismas preocupaciones asediaban a Fisher, aunque él las escondía a las mil maravillas. Parte de mí se lamentaba de que estuviésemos jugando a aquel juego de máscaras, pero lo que yo acababa de decir era cierto igualmente. Necesitábamos algún tipo de respiro.

—De acuerdo. Si estás segura…

—¡Fisher! —Me eché a reír—. ¡Que abras la puerta!

Él disimuló una media sonrisa, giró el pomo y abrió la puerta del comedor para que pasase. Atesoré al momento aquella visión: el señor de Cahlish no solía sonreír mucho. Yo había empezado a conservar cada uno de esos momentos en una vitela imaginaria, a guardar los recuerdos en mi mente para siempre. Su boca curvada hacia arriba y la risa vacilante en sus ojos serían un agradable añadido a mi colección.

—Les dije que venías —confesó en tono algo tímido.

Nunca lo había visto así. Resultaba insoportablemente dulce. Sin embargo, no tuve tiempo de saborear aquella nueva faceta de

Fisher, porque, en cuanto se abrió la puerta, una oleada de emoción y vítores explotó en el interior de la estancia.

Renfis se puso en pie y alzó un vaso de whisky en el aire.

Te Léna y un fae guapo de piel marrón oscuro —supuse que era su compañero— sonrieron y lanzaron sendas exclamaciones de bienvenida a las que se unieron Lorreth, Archer, Danya e Iseabail…

… y, por encima de aquella cálida acogida, se oyó el chillido emocionado de un zorrillo blanco.

—¡Onyx!

En cuanto llegamos a Cahlish, el zorrillo salió disparado y escapó; supuse que para ir a cazar. Al parecer había entrado a hurtadillas en el comedor antes que nosotros y se había unido a nuestros amigos. Bajó de un salto del regazo de Iseabail y cruzó como una flecha todo el comedor, convertido en una mancha blanquinegra. Apenas tuve tiempo de alargar las manos: se lanzó a mis brazos y empezó a lamerme la cara y el cuello.

—Ay, ay, por los dioses. Hola, amiguito, hola. Sí, yo también me alegro de verte.

Él soltó un canturreo y se puso a dar vueltas, nervioso. Cualquiera diría que no me veía desde hacía un año.

Fisher puso una expresión gruñona, pero era mentira: ahí estaba de nuevo la sombra de aquella sonrisa, justo en las comisuras de la boca. El zorrillo saltó de mis brazos y lo colmó a él también de afecto.

—Debería llevarlo a Ballard —dijo Fisher—. Wendy podría cuidar de él. Al menos hasta que la situación se calme.

Fingí que fruncía el ceño.

—No te atreverás.

Fisher me dedicó un guiño disimulado para darme a entender que bromeaba.

—Jamás se me ocurriría interponerme entre una mujer y su zorro.

Solo habían pasado un par de días, pero Onyx ya parecía completamente recuperado de aquel suplicio de cruzar la cordillera y sobrevivir a la persecución de los devoradores. Tenía las patas bien.

Su pelaje era pura blancura, denso y completo. Aquella cojera tan molesta había desaparecido. Enterré el rostro en su pelo e inspiré hondo, y aproveché para tomarme un segundo de pausa.

Todo aquello era demasiado. No había esperado sentirme tan abrumada. Alcé la vista y le dediqué una sonrisa radiante a mi compañero.

—No sabía que esto iba a ser una reunión oficial.

—¡Por supuesto que lo es! —exclamó Ren—. La última vez que la mayoría de nosotros te vio, estábamos metiéndote por una puertasombra en la biblioteca. ¡Hay que celebrar que has vuelto a Cahlish de una pieza!

No había animadversión alguna en sus semblantes, pero, aun así, sentí una punzada incómoda en el pecho. «De una pieza» era mucho decir. Yo no era la misma persona que cuando Ren y Lorreth me metieron por aquella puertasombra. Ni de lejos. ¿Qué era yo para ellos ahora? ¿Amiga o enemiga?

Fisher me seguía amando, pero nuestras almas estaban vinculadas por los dioses. Estábamos destinados a estar juntos pasara lo que pasase. Sin embargo, yo no tenía ningún vínculo visible con aquella gente ante mí. Lorreth, Ren y Danya habían pasado siglos luchando contra la horda de Malcolm. Habían perdido a amigos a puñados, a seres queridos, para proteger a Yvelia del mal que habitaba en Sanasroth. Y ahora había llegado yo, medio fae y medio vampira. Parte de mí era lo que más odiaban en el mundo. Y aun así, venían a darme la bienvenida.

En Zilvaren yo no había tenido amigos. Los amigos resultaban caros. Al final siempre te terminaban costando algo. Comida, agua, dinero, seguridad. O la vida. Los contactos se cobraban un precio en recursos en un lugar como el Tercero, y yo de recursos siempre había ido más bien corta. Cuando desperté en Ammontraíeth y descubrí en qué me había convertido, me dije a mí misma que me daba igual perder por ello a la gente que había en aquella estancia. Sin embargo, ahora me sonreían cálidamente y se acercaban a abrazarme. Parte de mí se agrietó y se rompió por dentro.

No me daba igual, no.

Me importaba muchísimo no perderlos.

Ren fue el primero en abrazarme. Su reacción era la que más me preocupaba. No había ido a verme a Sanasroth, como sí había hecho Lorreth. Cuando le pregunté a Fisher si era de esperar que fuera, este se disculpó y me dijo que lo había dejado a cargo de todo en Innìr, y que no podría abandonar el campamento. Yo, sin embargo, supe que aquello era una excusa. Pero no insistí. No quería ver confirmadas mis sospechas. Por otro lado, en aquel momento el general me apretó contra sí, sin la menor seña de desagrado ni miedo en el rostro.

—No te puedo ni explicar lo que me alegro de verte —me dijo, pegado a mí.

—Vale, vale, ya está bien —gruñó Fisher.

Renfis se apartó y se echó a reír.

—No seré yo quien te ponga la cara colorada, pero sabes cómo te estás comportando, ¿verdad? —dijo.

Fisher fingió que fruncía el ceño, pero le dio un empujón en broma a su amigo. Lorreth me echó el brazo por el hombro, cosa que tampoco agradó a Fisher. Aun así, mi compañero consiguió digerir con elegancia el afecto que sus hermanos me mostraban. La sonrisa de Lorreth, en cambio, se desvaneció cuando Iseabail, la bruja de cabellos pelirrojos, avanzó un paso para darme la bienvenida. Lorreth murmuró no sé qué sobre sangre traicionera, y cuando Iseabail tomó mi mano entre las suyas, él emitió un sonido de desagrado y apartó el brazo de mis hombros, tras lo cual se alejó en dirección a su asiento frente a la mesa.

—Me alegro de volver a verte en circunstancias menos apuradas —dijo Iseabail con aquel acento tintineante.

Me di cuenta de que hablaba con una cadencia muy parecida a la de Renfis. Tendría que preguntarle si provenían los dos de la misma parte de Yvelia. La bruja tenía un aspecto despampanante con aquella blusa azul oscuro, un cinturón de cuero y una falda negra larga y ondulante que se le arremolinaba alrededor de las botas de

tacón. Llevaba suelto aquel cabello largo y ondulado, rojo como un atardecer llameante.

—Espero que no te moleste que me haya colado en tu cena de bienvenida. Te Léna me invitó. Habría regresado a casa hace una semana, pero me han dado bastante trabajo aquí. Me sorprende estar disfrutando tanto de un poco de tiempo alejada del clan.

Hablaba como si estuviese abusando de mi hospitalidad. Cahlish era el hogar ancestral de Kingfisher. Llevaba desde siempre en su familia, desde que lo construyeron. Me resultó extraño que alguien hablase de aquel lugar como si me perteneciese a mí. O bien…, ay, por los pecadores, quizá ahora sí me pertenecía. Un poquito, al menos. Todo era muy confuso. Joder, yo no había tenido tiempo de digerir todo lo que estaba pasando.

—No te atrevas a pedir disculpas por quedarte un poco más de tiempo. Sin ti habríamos perdido a Everlayne. Además, también has ayudado a Te Léna a extraerle el mercurio a Kingfisher. No hay aquí una sola persona que esté descontenta con tu presencia.

Iseabail esbozó una sonrisa radiante que se contagió a sus ojos danzarines, y se echó a reír. Me apretó la mano, pero lanzó una mirada por encima de su hombro y alzó las cejas.

—Te agradezco tus palabras, de verdad, pero creo que hay al menos una persona que preferiría verme muerta en una zanja antes que aquí, mancillando los pasillos de Cahlish con mi sangre de bruja.

Lorreth tenía tan buen oído como cualquier otro miembro de los fae de aquella estancia. Había oído todas y cada una de las palabras de Iseabail. A juzgar por su tormentosa expresión, no estaba nada contento. A Iseabail, por su parte, pareció darle igual.

—No te preocupes. No me van las escenitas, aunque haya gente dispuesta a provocar una.

Se oyó un estrépito en la mesa; Lorreth acababa de derramar su cerveza e intentaba limpiar el desastre bruscamente con un paño. Iseabail resopló.

—¿Por qué odia tanto a tu gente?

Yo conocía al Lorreth divertido, amable, considerado. Verlo así por una mujer que nos había ayudado tanto me confundía por completo. La sonrisa de Iseabail se desvaneció.

—Ay, yo diría que es mejor que te lo cuente él.

Te Léna y su compañero, Maynir, llevaban trajes a juego de tonos dorados y grises. Hablaron con Fisher y conmigo, contentísimos de vernos. Nos contaron todo lo sucedido en Cahlish en los últimos días. La luz que emitía Te Léna menguó un poco cuando le pregunté por el estado de Everlayne. Me confesó que la hermana de Fisher seguía durmiendo y no parecía capaz de despertar. No obstante, volvió a recuperar la alegría enseguida.

—Mañana te llevaré a verla, si te apetece. Puede que oír tu voz sea el último impulso que necesite para despertar.

—Me encantará.

Yo solo había pasado unos pocos días con Layne en el Palacio de Invierno. Luego, Fisher me había sacado de allí en plena noche. Exceptuando a Iseabail y a Te Léna, Layne conocía mucho mejor que yo a todos los presentes aquella velada. No parecía probable que fuese a ser yo quien la sacase de aquel estado catatónico, pero, aun así, estaba dispuesta a intentarlo.

Danya fue la última en saludarme. La última vez que nos habíamos visto, Danya lucía una melena que le llegaba hasta la mitad de la espalda. Ahora, sin embargo, tenía el cabello recortado; la mitad izquierda le caía hasta la mandíbula, mientras que la otra mitad la llevaba afeitada. Iba vestida con ropa de batalla y una brillante placa pectoral que tenía el emblema de un lobo aullando. Se plantó ante mí, rígida como una tabla.

—Alquimista —dijo en tono seco.

—Danya —repliqué.

—¿Dónde está el pelirrojo?

—¿Quién?

—Ese tipo tan molesto que no deja de hacerse el gracioso.

—Ah, ¿Carrion te parece gracioso?

Danya puso los ojos en blanco.

—Da igual.

—Llegará pronto —me apresuré a decir—. Ha ido a la casa de baños. Tardaba más de lo esperado, así que hemos venido antes sin él.

—Está bien, iré a buscarlo —dijo ella con un encogimiento de hombros.

—¡No! No… no vayas.

Carrion no lo había mencionado, pero yo sospechaba que había ido en busca de algo más que un baño. Las duendes de agua de las que se había hecho amigo hacía poco pasaban la mayor parte del tiempo en los baños. No quería que Danya lo descubriese en una situación comprometida con alguna de ellas. O con todas. En realidad no sabía por qué lo protegía. Que Carrion y Danya tuviesen una relación se me antojaba el tipo de infierno que no me apetecía experimentar de cerca. Por otro lado, era mi amigo, y los amigos se cubrían las espaldas unos a otros.

—Llegará en cualquier momento. Además…, quería preguntarte por ese peinado. ¿Cómo es que te has cortado tanto el pelo?

Ella me dedicó una mirada vacía.

—Un cadáver en llamas me prendió fuego.

Por los putos dioses vivos. Vaya manera de cagarla.

—Ah. Vale. Pensaba que era algún tipo de forma de expresión provocadora.

—La longitud del cabello de un guerrero expresa lo hábil que es en batalla. Mi melena era más larga que las de Ren y Lorreth juntas. Jamás me la habría cortado para parecer… provocadora.

Ay. Bueno, no había forma de no cagarla con Danya.

—Ya me enteré de que te hirieron durante la batalla. ¿No podía devolverte tus cabellos Te Léna al sanarte?

La fae me miró como si no entendiese ni una palabra.

—No hay atajos hacia la victoria, alquimista. Por el bien de mi hermano, me alegro de que no te matasen en Gillethrye. Ya perdió a bastante gente en esa condenada ciudad. Por mi parte, me alegro de que no murieses, porque los alquimistas son un bien escaso.

—Bajó la vista al instante hacia el suelo e inclinó la cabeza en una muestra superficial de deferencia—. Si me disculpas…

Ocupó el asiento frente a Lorreth. A ella tampoco le agradaba su presencia allí. Desde que hice añicos su espada, volví a forjarla y se la regalé sin darme cuenta a Lorreth, Danya no se portaba de manera nada civilizada con aquel otro miembro de los Lupo Proelia. Por otro lado, tampoco la había visto jamás tratar a alguien con buenas maneras.

Sentí el peso de la mirada de Fisher sobre mí desde el otro lado de la habitación. Estaba junto a Ren, con la cabeza inclinada, y escuchaba lo que le estaba contando su amigo. Sin embargo, sus sentidos estaban completamente centrados en mí. Había ido a Ammontraíeth pertrechado para la guerra, pero allí, en su hogar, cerca de su familia, solo llevaba una camisa holgada de color negro y pantalones a juego. La chimenea tras ellos les pintaba el rostro con un resplandor anaranjado y alumbraba el cabello ondulado de Fisher hasta darle un tono más cálido, castaño oscuro.

Dioses, era perfecto.

Tenía las mejillas arreboladas por el calor del fuego, la mandíbula cubierta de una barba oscura de pocos días, entreabiertos esos labios carnosos. Asintió y le dedicó a Ren una brevísima mirada de soslayo, para luego volver a mirarme a mí. Aquella mirada ardiente me impactó como un golpe físico que me habría tumbado de no habernos encontrado rodeados de amigos.

«Te oigo desde aquí, ¿sabes?». El gruñido bajo de Fisher me acarició la mente como terciopelo.

«¿De qué hablas? No he dicho nada. Ni siquiera he pensado nada».

La comisura izquierda de su boca se elevó un tanto. «No hacía falta. Tus ojos ya lo dicen todo».

Joder.

«¿Te encuentras bien, pequeña Osha? Te has puesto colorada».

«Me encuentro bien. Estoy aquí, ocupándome de mis asuntos. ¿Y tú, estás bien? Se supone que deberías estar prestándole atención a

tu amigo, no haciéndome insinuaciones».

«Ah, pero sí que lo escucho». Fisher bajó la vista. Una sensación de ingravidez se adueñó de mi vientre cuando volvió a alzar los ojos hacia mí, con aquellas pestañas negras como la tinta. «Resulta difícil concentrarse en la logística del campamento si te huelo desde el otro lado de la habitación, Osha».

Yo me iba a morir de vergüenza. «Ni se te ocurra empezar».

Al otro extremo de la estancia capté el destello de un colmillo tremendamente afilado cuando una sonrisa sugerente asomó a los labios de Fisher. «No te equivoques, pequeña Osha: lo único que puedo oler eres tú».

Estaba exagerando. Pero ¿podía exagerar? ¿Acaso enfatizar una verdad no sería idéntico a mentir para un fae? Tomé nota mental de averiguarlo. De momento me encontré cada vez más convencida de que decía la verdad. Porque yo también le olía.

Hierbas trituradas.

Cítricos.

Humo.

Cuero.

Pino y aire frío de las montañas.

Y, bajo todo eso, aquel enloquecedor olor suyo. El aroma que lo hacía único, que me daba ganas de subirme por las putas paredes. Un rastro de feromonas que me provocó una descarga de electricidad por la columna y que…

—Señora, vamos a servir la cena.

Oh.

Archer estaba justo delante de mí. La coronilla del duende de fuego apenas me llegaba al vientre. No tenía vello alguno propiamente dicho. Su piel estaba hecha de carbón ennegrecido por el que asomaban pequeñas fisuras en su frente y sus mejillas, en cuyas profundidades ardían lo que parecían ser ascuas. Yo jamás lo había visto con ropa, pero aquella noche se había puesto un chaleco color verde montaraz con botones de oro, abrochado sobre la mayor parte de su redonda barriguilla.

—Vaya, ¡qué guapo vas esta noche, Archer! —Di un paso atrás e hice como que lo miraba impresionada.

Archer sonrió de orgullo.

—Gracias, señora. Normalmente no necesitamos ropa, pero a veces nos ponemos elegantes para las ocasiones especiales. —Se tironeó del chaleco, o jubón, con aire orgulloso—. ¡Y vuestro regreso a Cahlish es una ocasión muy especial!

—Muchas gracias, Archer. Muy dulce por tu parte.

El duende de fuego alargó las manos y me hizo un gesto para que lo siguiese al otro lado del comedor. La primera vez que cené en aquel salón, Archer casi había sufrido un infarto al verme sentada a la izquierda de Fisher. Sin embargo, justo a ese sitio fue a donde me llevó ahora.

—Venid, venid. Tenéis que tomar asiento. Es la costumbre. La señora de la casa ha de sentarse antes de que traigan la comida.

—Ah, bueno, pero… no hace falta que me llames así, Archer. No soy la señora de la casa.

—Claro que lo sois.

Aquella frase me provocó una descarga de pánico. Fisher estaba detrás de mí y había oído cada palabra.

—Nadie más va a reclamar este asiento —dijo en tono objetivo—. A partir de ahora, tú eres la señora de Cahlish.

Archer emitió un chillidito de emoción y se cubrió la boca con la mano. Las llamas lamieron con intensidad sus ojos siempre negros.

Joder. Tomé asiento. ¿Qué alternativa me quedaba? Si no lo hacía, mis piernas iban a ceder y acabaría cayendo redonda en la silla igualmente. «¿No te parece que ya tengo bastantes títulos de momento?».

«¿A qué te refieres?». Fisher se sentó en el extremo de la mesa junto a mí, con expresión cuidadosamente controlada. Paseó la vista por los allí reunidos, cada uno en su silla.

«Amor verdadero. Reina de Sanasroth. Matarreyes…».

Fisher frunció el ceño.

«¿Eso te están llamando?».

«Sí. Y ahora tú quieres añadir "señora de Cahlish" al conjunto».

No es que yo no quisiera ser su compañera en todo aquello. Sí que quería. Pero las últimas semanas habían sido pura irrealidad. Habíamos hecho un pacto, me había visto obligada a obedecer sus órdenes, me había tenido que vestir y alimentar mediante terceros. Y ahora era una reina con recursos desconocidos a mi alcance. Aunque había tensiones en Ammontraíeth, yo seguía siendo la regente y, como tal, no me faltaba de nada. Solo de pensarlo me mareaba: yo, una rata callejera del Tercero, con criadas que me ayudaban a vestirme y a bañarme, con sastres haciendo cola para poder confeccionarme un vestido. Pero yo sentía que todo eso me alejaba de mí misma. No necesitaba comidas sofisticadas ni vinos selectos. No quería vestidos elegantes ni un séquito de aduladores.

Seguía siendo una rata callejera del Tercero. Lo único que necesitaba era agua limpia y comida sencilla. Una muda de ropa decente y un lugar cómodo en el que dormir por la noche seguían siendo para mí un lujo inconmensurable. Eso Fisher lo entendía. Yo sabía que lo entendía. Había sufrido mucho más que yo, y en peores condiciones. Es verdad que la vida en el Tercero era mala, pero no tenía punto de comparación con el laberinto. Sin embargo… Fisher sabía comportarse entre la aristocracia. Había nacido en una casa noble, venía de aquel entorno, con lo cual le resultaba fácil regresar a él. Yo, en cambio, aún tenía que procesarlo todo.

Kingfisher me puso la mano en la pierna, bajo la mesa. No dijo nada más, ni falta que hizo. Me inundó la calma, y la tensión de mis huesos se relajó. Fisher no quería que me preocupase o que me sintiese incómoda, sobre todo delante de todo el mundo. Ya habría ocasión más tarde para discutir el tema de mi título allí.

Empezaron a traer un caudal de comida en bandejas. Cerdo asado y ave de caza especiada. Un surtido de quesos y frutas coloridas. Verduras y sabrosas empanadas aún humeantes. Aromas dulces y salados flotaban por el aire, combinándose hasta el punto de que varios estómagos de la sala empezaron a gruñir. Kingfisher invocó una mesa larga y baja de piedra que corría paralela a la

nuestra, junto con pequeños taburetes de piedra, y les dijo a los duendes que se uniesen a nosotros en la cena. Nadie del ejército de duendes de fuego que traía nuestra cena se sorprendió; al parecer, era una práctica habitual. Archer se sentó a la cabeza de la mesa de los duendes, pataleando con sus piernas cortas, la mar de contento. Tanto él como sus amigos atacaron el festín.

Los duendes eran un poco guarros comiendo. Buena parte de la comida caía al suelo antes de llegar siquiera a sus bocas. Gracias a eso, la otra mesa triunfó para Onyx más que la nuestra. El zorro se deslizaba entre los taburetes y las patas de la mesa y engullía bocados de pollo y hojaldre como si temiese que nunca fuesen a volver a darle de comer.

Se instauró una paz relajada mientras comíamos. Una paz que yo nunca había conocido antes. Lorreth y Ren se intercambiaban insultos juguetones. Danya mantenía una conversación forzada pero educada con Maynir. Te Léna e Iseabail charlaban con Fisher y conmigo, y aunque había muchos temas serios que tratar, la conversación se mantuvo tan ligera como fue posible.

Una velada de amistad y calma.

Aún había muchas incertidumbres, pero aquella noche éramos un colectivo que respiraba hondo al unísono. Me sentó muy bien.

Justo cuando empezaba a acabarse el plato principal, las puertas del comedor se abrieron de golpe y Carrion entró, con una camisa blanca holgada y abotonada solo hasta la mitad del pecho, así como con unos pantalones negros. Llevaba el pelo echado hacia atrás, aún mojado de los baños. Los destellos habituales de oro y cobre de sus puntas habían adoptado un tono tostado. Tenía un brillo saludable en la piel, ya fuese por el calor de los baños o por alguna otra perversión en la que yo prefería no pensar. Esbozó una alegre sonrisa, atravesó la estancia y ocupó el asiento vacío a mi lado, que Iseabail había dejado libre para él.

—¿Qué pasa? Buenas noches. Perdón por llegar tarde. Me he entretenido haciendo hambre antes de venir a comer. —Sin dar opción a que alguien tuviese oportunidad de hablar, Carrion se

inclinó hacia mí y susurró—: Lorreth me ha dicho que te salió un tatuaje sexual nuevo en tu coronación. ¿Me lo enseñas?

Por los santos misericordiosos y los pecadores. Llevaba tres segundos en la habitación y ya quería asesinarlo. Bastante grave era haber tenido que beber de Fisher delante de toda la Corte de Sangre. Me gustaba el tatuaje nuevo que me había salido al hacerlo, pero el modo en que me había salido, delante de todo el mundo, resultaba vergonzoso.

—Te pago ahora mismo veinte créditos si te vas a la mismísima mierda —le gruñí.

Carrion se echó a reír ante mi oferta. Entonces capté el aroma que desprendía. No era necesariamente ofensivo, pero sí que resultaba muy muy evidente a qué olía. Era tan penetrante como el vino y tan vívido como el perfume. Supe que los demás también lo olían, a juzgar por el modo en que empezaron a respirar educadamente por la boca.

¿Era eso lo que olían en mí cuando Fisher y yo estábamos juntos? Por los dioses vivos, qué vergüenza.

—Huele a que te has esforzado mucho en hacer hambre —ronroneó Danya al tiempo que ensartaba un trozo de pescado con el tenedor.

Yo la miré y me di cuenta de que ella precisamente no respiraba por la boca. Extrañamente, parecía ser la única que inspiraba profundamente por la nariz. Qué asco. Danya se inclinó sobre la mesa y orientó el torso hacia Carrion.

—A juzgar por ese olor, tienes que estar muerto de hambre.

Ay, no. No, no, no. Aquello no podía estar pasando. ¿Estaba flirteando con él? ¿A sabiendas de que acababa de regresar de acostarse con otra persona o con varias? Eso era…, bueno, más típico de Carrion. Agh. Kingfisher, a mi lado, soltó un callado gimoteo. Lo que estaba sucediendo lo perturbaba tanto como a mí.

—Si estos dos tienen descendencia, los pienso desterrar de Cahlish. Lo más probable es que una combinación de ambos acabe abriendo algún tipo de portal al infierno que absorba todo el lugar.

—Te he oído —dijo Carrion, y se llevó un trozo de zanahoria asada a la boca con jovialidad.

—Ya, porque quería que me oyeses. No te hagas ilusiones —gruñó Fisher—. No se te permite follarte a ningún miembro de los Lupo Proelia.

Danya se echó hacia atrás en su asiento y le dedicó a Carrion una mirada de depredadora que me hizo temer por él.

—¿Y qué pasa con lo que diga yo? ¿Acaso a los Lupo Proelia no se nos permite follarnos a un nuevo miembro de los fae?

Fisher era miembro de los Lupo Proelia y se estaba follando a una nueva miembro de los fae. O al menos, yo esperaba que lo hiciese pronto. Dado que no pudo negárselo a Danya, prefirió con bastante tacto no decir nada.

Carrion meneó las cejas hacia mí con gesto sugerente.

—No te preocupes, solecito. Estoy seguro de que Danya no quiere casarse conmigo.

Danya resopló y se miró las uñas.

—Desde luego que no.

—¿Ves? —El contrabandista parecía encantado—. No pasa nada por soltar un poco de tensión por aquí y por allá, como bien sabes. —Empezó a echarse un buen trozo de empanada en el plato—. Además, no pienso empezar a planear mi boda pronto. No quiero hacerle sombra a la vuestra.

Yo me ahogué con el vino.

—Pero ¿qué cojones…?

Archer dejó la conversación que mantenía con sus amigos y soltó una exclamación ahogada. En apenas una fracción de segundo se subió de un salto al taburete en el que había estado sentado, temblando de emoción. Una llamarada brotó de su hombro derecho, pero estaba tan distraído que ni siquiera intentó apagarla.

—¡Ay, sí! ¡Sí! He estado esperando para poder organizar los preparativos de la boda. ¿Ya ha llegado el momento?

Te Léna e Iseabail se echaron a reír ante el entusiasmo del duende, mientras que Ren y Lorreth clavaron la vista en sus platos,

incómodos.

¿Boda? Nadie había dicho nada de ninguna boda. ¿Hacían los fae todo eso de hincar la rodilla y pedir la mano?

Quizá acceder a establecer el vínculo de amor verdadero equivalía a casarse con alguien. Desgraciadamente, yo tenía muy poca información en lo tocante a las tradiciones de los fae. Me giré hacia Fisher, con sudores fríos…

Y me encontré su cara desprovista de emoción.

—No va a haber boda —dijo.

La amplia sonrisa de Te Léna se evaporó. Se echó hacia atrás en la silla.

—No seas tonto, claro que la habrá —dijo con un parpadeo mientras intentaba procesar lo que acababa de oír—. No me irás a decir que no quieres casarte.

—Para celebrar nuestra unión no necesitamos ceremonias, Te Léna. —Kingfisher se echó a reír, pero le salió un sonido entrecortado, de alguna manera extraño—. Compartimos un vínculo divino. Yo diría que eso le gana por la mano al matrimonio, ¿no?

—Sí, bueno. Vuestro vínculo es notable. —Sus cálidos ojos castaños recorrieron nuestros brazos tatuados al hablar—. Pero… una ceremonia… es algo hermoso… y…

Parecía a punto de echarse a llorar.

—Yo no necesito ninguna ceremonia —dijo Fisher, suavizando el tono un poco. Sus ojos de jade me atravesaron al posarse sobre mí—. ¿Y tú, Osha? Un salón lleno de gente a la que no conoces y que se dedica a mirarte y toquetearte. Todo el mundo nos observará. Todo el mundo.

Me recorrió una oleada de alivio. Dioses, de buena gana me habría casado con él, por supuesto, pero yo tampoco necesitaba ceremonias. Después de la de coronación en Ammontraíeth, lo último que me apetecía era volver a ser el centro de otro espectáculo.

—No, la verdad es que no —me apresuré a contestar. Desde luego que no. Y esa parecía ser la respuesta que Fisher esperaba.

De ahí que tuviese tanto sentido el alivio que asomó a su rostro…, aunque no el destello de decepción que lo siguió.

Archer parecía estar a punto de llorar. Poco a poco, el pequeño duende de fuego descendió en el taburete hasta volver a sentarse.

7



HOGAR

SAERIS

La cena acabó tarde. Todo el mundo bostezaba y se quejaba de haber comido demasiado. Todo el mundo menos yo, claro. Yo estaba completamente despierta y apenas había tocado la comida en mi plato. Mi estómago tenía un cuarto del tamaño de antes, y en realidad ya cabía poco en él, gracias a haber crecido en el Tercero.

Kingfisher me llevó por los pasillos de Cahlish hasta sus aposentos, con la mano apoyada en la parte baja de mi espalda. Apenas habíamos podido estar a solas desde mi transición, y esto…, bueno, se me antojaba diferente. Ahora lo conocía mejor. Resultaba extraño, pero era como si también me conociese mejor a mí misma. Había sufrido una transformación enorme, no había modo de negarlo. Pero seguía buscando todo lo que había de diferente en mí misma, aunque no dejaba de encontrar rasgos que seguían iguales. Nada de lo importante había cambiado, y eso resultaba tranquilizador. Yo era independiente. Seguía teniendo mucho temperamento. Mi sentido del humor seguía siendo muy seco. Aún adoraba el aroma a café y esas galletas esponjosas de hojaldre que había comido en Ballard.

Y seguía amando al hombre que caminaba a mi lado.

Me había resistido tanto a mis sentimientos por él que ahora me daba un poco de miedo darles espacio para que respirasen. Sentía que las emociones de Fisher se filtraban en las mías, así que las mías debían de filtrarse en las suyas también. Cuando llegamos al dormitorio, Fisher no entró de inmediato, sino que me giró, con las manos en mi cintura, y me aplastó contra la puerta de roble tallado. Se apretó tanto contra mí que nuestros pechos se pegaron. Su enorme complexión me empequeñecía. Le apoyé las manos en el pecho y encontré una pared de músculos.

—Sabes que estoy dispuesto a casarme contigo —dijo a toda prisa—. Has de saber que quiero casarme contigo.

La sangre se me agolpó en las mejillas.

—Oh. Eh… —Yo no tenía la menor idea de qué decir—. Está bien, de verdad. Si no te va eso de casarte…

—No me va, no. —Sus ojos llameaban—. Lo de casarme. Nunca me ha gustado. Antes bastaba insinuarlo para que yo saliese corriendo. No… no podía imaginar el tipo de amor que haría falta para que yo eligiese esa senda. Pero ahora no me hace falta imaginarlo. Ahora no se me ocurre nada que me apetezca más. Casarme contigo sería…

Negó con la cabeza y me inspeccionó el rostro con la mirada.

—Entonces, ¿por qué has dicho que no? —susurré—. En la cena dijiste…

Fruncí el ceño, intentando encontrar las palabras exactas que había pronunciado.

—No mentía. Sigo sin poder mentir —dijo, y me colocó un mechón de pelo tras la oreja con ternura—. Dije que no habría boda porque no puede haberla, Saeris.

—Lo… lo siento, pero no… no comprendo.

Él dejó escapar un aliento largo y triste.

—Una boda fae es una ceremonia extremadamente sagrada. Es el compromiso más grande que pueden asumir dos amantes en Yvelia. No porque juren amarse y honrarse durante toda su vida. Y tampoco

porque se entreguen mutuamente el corazón. Es sagrada porque se entregan sus nombres el uno al otro. Sus nombres verdaderos. Y yo puedo dártelo todo, Osha, pero eso no.

Ya me lo había explicado en su día. El verdadero nombre de una persona tenía poder. Servía para controlarla; se le podía ordenar hacer cualquier cosa.

—No te preocupes, Fisher. No tienes que darme tu nombre verdadero… —Me encogí de hombros, no muy segura de qué decir—. Lo comprendo. Si es imposible que me lo des, pues…

—Es que no sé cuál es mi nombre verdadero —susurró él—. Solemos recibirlo en nuestro decimocuarto cumpleaños, pero mi madre… —Parpadeó—. Bueno, murió antes de que yo cumpliese catorce. Y mi padre ya había muerto, así que…

Jamás lo había visto tan incómodo. Inclinó la cabeza, sin mirarme a los ojos.

—Nadie lo conoce. Y casi mejor así. He buscado en todos los documentos de mi madre, en sus libros. Esperaba que lo hubiese escondido en algún diario, quizá, pero jamás encontré nada parecido. Sus cuadernos estaban llenos de dibujos, sobre todo de mí. Y de pajarillos con brillantes alas azules. Dibujaba mucho. —Soltó una suave risa a media voz—. Le gustaba mucho dibujarte. Pero por eso no te lo conté antes, ¿sabes? No podemos casarnos porque no puedo entregarte mi nombre verdadero.

Lo miré, a la espera. Él no alzó la cabeza hacia mí para mirarme a los ojos. Se me escapó una carcajada que lo sobresaltó.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿De qué te ríes?

—De que yo tampoco tengo nombre verdadero que entregarte, Fisher. Solo soy Saeris. Tú puedes ser Kingfisher y nada más.

Esperaba que él también se echase a reír, que comprendiese que no había motivo para entristecerse. Sin embargo, lo que hizo fue agarrarme la mano y llevársela lentamente a los labios. Me la besó, y su calor se propagó por mi piel.

—No funciona así, Osha. Da igual que no te diesen un nombre verdadero. A mí sí, y a menos que lo comparta contigo, la ceremonia

no tendrá validez. No se puede hacer nada al respecto. Así que… lo comprendo. Si el matrimonio es tan importante para ti, pues…

—Para ya —jadeé—. Me parece que estás a punto de soltar una soberana estupidez, y ya te lo he dicho en la cena: no necesito casarme contigo. Tienes razón: compartimos un vínculo divino. Eso es mucho más significativo que una boda. Viviremos la vida juntos y seremos felices, pase lo que pase.

No conseguía adivinar qué estaba pensando; su expresión era demasiado cautelosa. Sentí que intentaba asomarse a mi alma. Con la mandíbula apretada, soltó el aire por la nariz y dijo:

—¿Estás segura?

—¡Sí, estoy segura! —Me eché a reír, pero se me pasó enseguida, consciente de lo que iba a decirle a continuación—: Te quiero, Fisher. —Era la primera vez que se lo decía—. Te quiero y no importa nada más. Dondequiera que estés, les suplicaré a los dioses y a los hados que me permitan estar contigo —susurré.

Un fino zarcillo de sombra me recorrió la línea del pómulo, rozándome la piel, tan suave como el ala de una mariposa. Los ojos de Kingfisher destellaron.

—Bien —gruñó.

Y de pronto me vi elevada por los aires. Fisher me colocó las manos bajo las caderas y me levantó en vilo. Yo le rodeé la cintura con las piernas y le pasé los brazos por el cuello. Él abrió de una patada la puerta del dormitorio y me llevó dentro.

—Dilo otra vez —gruñó.

Me ardían las mejillas.

—Que diga ¿qué?

—No juegues conmigo.

—Pero…

—Por favor.

Me eché hacia atrás para poder mirarlo en condiciones. La emoción cruda y sincera de su rostro me arrebató la sonrisa. La esperanza que anidaba en sus ojos me destruyó. Como si hubiese una posibilidad de que no fuese verdad, como si hubiese algún reino

o alguna realidad en la que yo no lo amase pero Fisher implorase que mi amor fuera cierto. Tenía que estar como una puñetera cabra.

—Te quiero, Fisher. Claro que te quiero. Por siempre jamás.

Su boca chocó contra la mía. El beso fue puro fuego, y alivio, y la culminación de toda la tensión mal digerida que llevaba creciendo entre los dos en los últimos días. Me saboreó, su lengua exploró mi boca, su corazón se desbocó contra mi pecho. Me hundió los dedos en los cabellos.

Al apartarse, el mercurio en su ojo había formado una fina corona alrededor del iris.

—En esta condenada mansión hay demasiadas orejas atentas —gimió—. No les va a gustar lo que van a oír durante las próximas horas.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo al oír eso. Planeaba pasarse horas dentro de mí. Planeaba hacerme gritar. Dioses…

Volvió a besarme, con la mano en mi nuca, y algo cambió en mi interior. El diente de una llave que encaja en su hueco. De pronto sentí el aire dentro de la habitación. Sentí que recorría los muebles y se alzaba hacia los travesaños del techo. No comprendí cómo podía sentirlo, pero también percibí que se volvía más denso. Las moléculas que flotaban en el caudal se detuvieron, se quedaron inmóviles, y de pronto me pareció que tenía los oídos llenos de algodón.

En el mismo momento en que sucedió, Fisher también se dio cuenta. Dejó de llevarme hacia la cama. Su columna vertebral se envaró y su semblante cambió de repente.

—¿Qué acaba de pasar? —preguntó con un jadeo—. Algo ha…

—No lo sé. Es que… no quería que nos oyese nadie. He hecho algo, y ahora ya no nos oyen.

Él centró su atención en mí. Sus cabellos ondulados le caían sobre los ojos. Me acarició la mandíbula con el puente de la nariz.

—Muy buen truco, pequeña Osha. Quizá una afinidad con sortilegios menores. Me pregunto cuántas otras sorpresas tienes guardadas bajo la manga. —Su voz era un rumor grave que provenía

de algún lugar bajo, entre sus botas—. Me muero de ganas de que me las enseñes.

Durante los últimos días, me había esforzado por tener una fe en mí misma equiparable a la que tenía Fisher. Las marcas en mi mano no se movían bajo mi piel, como sí que hacían a veces las de él. Estaban inmóviles, las líneas eran hermosas e intrincadas. Yo no tenía ni idea de qué significaban, ni de si sería capaz de usarlas.

Las manos de Fisher me acariciaron los brazos desnudos, las puntas de sus dedos recorrieron los símbolos en mis muñecas, como si él también se preguntase eso mismo. Aun así, no mencionó nada más del vínculo. Una oleada de euforia me recorrió mientras él se agachaba para volver a acariciarme la mandíbula con la nariz por segunda vez.

Después de la muerte de mi madre, la vida se había vuelto muy dura. Hayden era aún más problemático por aquel entonces que ahora. Durante unos meses, tras asegurarme de que mi hermano quedaba fuera de combate y se mantenía lejos del mundo por las noches, me tumbaba sobre las tejas agrietadas del tejado y fumaba hasta olvidarme de todo. Colocarme no era la solución; lo sabía incluso mientras me colocaba. Pero, durante un breve periodo de tiempo, fumar fue la muleta que me permitió avanzar. Lo dejé cuando noté que estaba fumando porque lo necesitaba, no porque quisiera fumar. Sin embargo, el subidón que sentía cuando Fisher me miraba era mucho mejor que todo lo que experimentaba en los tejados desde los que se veía el Tercero. No había manera de frenar aquello. Además, ¿por qué iba yo a querer frenarlo? Fisher era más que una adicción. Era la vida misma. Nos habíamos convertido en dos ventrículos del mismo corazón.

Él enterró la cara en el hueco de mi cuello e inspiró hondo. Me empezó a dar vueltas la cabeza. Solía hacerlo a menudo últimamente, sobre todo cuando pensaba que nadie más se daba cuenta de lo que hacíamos. Se me puso la carne de gallina por todo el cuerpo. Él inspiró hondo, pegado a mi piel. Se me aflojó el cuerpo

del todo, como si no tuviera huesos. No podía ni mantener la cabeza en alto teniéndolo tan cerca.

—¿Huelo igual que siempre? —susurré.

Fisher me acarició la nuca con la mano, para que yo apoyase mi peso en ella. Se echó hacia atrás y me miró.

—Sí —dijo en tono áspero. Y, con el mismo aliento—: No. Antes olías a hojas recién arrancadas, al aire frío de la montaña. Tenías un aroma sutil a cítrico y especias, a humo de hoguera.

Contemplé su boca, hipnotizada, mientras él hablaba.

—¿Y… ahora?

—Ahora todos estos aromas se han multiplicado por mil. Hueles a emoción. Hueles a risa. A paz. Y a amor.

—Todo eso tiene su propio aroma, ¿verdad? —dije en tono levemente juguetón.

Él se mordió el labio inferior y asintió.

—Ajá. Para mí, los recuerdos y los olores siempre han estado estrechamente unidos. Si huelo algo, inmediatamente lo asocio con su recuerdo.

—Me sorprende que no me asocies al olor del azúcar derretido. O a la calidez del sol. O…

Cuando me miraba así, me costaba respirar.

—Te olvidas de que soy una criatura invernal, Saeris —murmuró Fisher—. No ansío la atención del sol. Las montañas cubiertas de nieve, el bosque, el río helado…, esos lugares son mi hogar. Tú eres mi hogar.

Me sujetó el rostro entre las manos y me acarició suavemente las mejillas con los pulgares. Escrutó mis facciones, como si fuese algo que nadie más podía ver. Yo no conseguí apartar la mirada. Era emocionante que me viese así. También daba un poco de miedo. Yo siempre esperaba que llegase el momento, la leve crispación de su boca, la sombra sobre sus ojos, que evidenciase que acababa de ver mis defectos. El momento en que se diese cuenta de que yo no era perfecta. Era como esperar a que cayese el hacha…, y sin embargo, ese momento no llegaba.

—Preciosa —susurró.

—Fisher…

Sus ojos, que estaban fijos en mi barbilla, saltaron hacia los míos.

—No. —Negó con la cabeza—. Deja que lo disfrute. Noto lo que piensas y me niego en redondo.

—Pero…

—Desprecio a los dioses, Saeris. Estoy atado por un pacto en esta tierra, por la sangre de los reyes. Juré que jamás les volvería a dedicar ni una palabra de gratitud, pero por tu culpa he de romper ese juramento. Eres un regalo que no puedo ignorar. Mi corazón… —Tragó saliva y negó levemente con la cabeza—. He matado a más gente de la que podría llegar a contar. Hace siglos que perdí las partes de mí mismo que sabían sentir algo que no fuese dolor y pena. Para bien o para mal, tú eres quien me ha devuelto la vida.

Su boca se estrelló contra la mía. Yo había calmado el aire de la habitación, pero era Fisher quien calmaba mi alma. Así se sentía alguien en paz. Me ardía el pecho. La garganta. Las orejas. Pegado a las palmas de mis manos, el pulso de Fisher latía. Él me introdujo la lengua entre los dientes y se adueñó de mi boca.

Me puso una mano en la espalda y me apretó contra sí. Soltó todo el aire, tenso, por la nariz. Se le había puesto dura. Todo su cuerpo estaba endurecido. Su pecho era todo músculo apretado. Sus brazos, que me rodeaban con fuerza, eran listones de acero. Y su polla…, yo sentía lo dura que la tenía; se le marcaba bajo los pantalones. La apretó contra mi vientre. Fisher se inclinó hacia mí y echó las caderas hacia delante, con un gemido.

—Tres noches. Tres noches me he pasado dando vueltas en este cuarto, fantaseando con follarte viva, Saeris Fane.

Me pasó la lengua por el cuello y ahogué una exclamación. Los ruidos que profería por su culpa eran casi vergonzosos, pero a mí no me salía sentir vergüenza por ellos.

—¿Nada más… que estas últimas… tres noches?

—Durante las otras me dedicaba a rezar para que sobrevivieses.

No hacía falta que me recordase que había estado a punto de morir, y menos ahora, con sus fuertes manos en mi cuerpo y el sonido de la sangre en sus venas rugiendo en mis oídos.

—Te deseo —susurré—. Por favor…

«Tómame».

«Hazme tuya».

«Fóllame».

«Poséeme».

Esos pensamientos redoblaban como tambores de guerra en mi cabeza. No podía pensar en nada más…, y sabía que mi compañero también los oía.

—Ándate con ojo, Osha —dijo él con aspereza al tiempo que me besaba por toda la mandíbula. Se detuvo al llegar a mi oreja y me mordisqueó el lóbulo con los dientes—. Puede que consigas lo que deseas.

Me agarré ciegamente a su camisa, arqueé la espalda y me derretí contra él.

—Por favor. Por favor… —Emití un sonido estrangulado al volver a sentir sus dientes, esta vez en mi cuello. La maravillosa punzada de sus colmillos en el hueco de mi garganta me dejó paralizada—. Ay, joder —jadeé—. Joder, Fisher…

No me mordió. Las puntas de sus dientes me habían abierto la piel —yo olía ya la sangre—, pero Fisher no apretó. Se quedó ahí; el calor que desprendía me daba vértigo. Su olor me desarmaba del todo por dentro. La sonrisa pecaminosa en su boca, que jugueteaba a rozar la mía.

Pasó la lengua por las dos punciones que habían dejado sus dientes en mi cuello y lamió la sangre.

—Joder, tienes mejor sabor que nada que haya probado en mi puta vida —ronroneó—. Podría matarme y acabar ya con todo, porque no hay nada que vaya a superar esto.

«¡Joder!».

Mi cuerpo se movió sin mi consentimiento. Alcé las manos, introduje los dedos entre los ondulados mechones de pelo de Fisher

e intenté desesperadamente clavármelo aún más en el cuello. Él soltó una risa entre dientes. El vívido sonido de su grave risa me provocó una explosión de anhelo bajo el plexo solar.

—Eres mucho más fuerte que antes —musitó—. Pero yo sigo siéndolo más, pequeña Osha.

En apenas un segundo, me alzó por los aires, me arrojó a la cama y me sujetó las manos por encima de la cabeza. Con una pierna a cada lado de mis caderas, se encajó sobre mí con su enorme complexión. Mechones ondulados y oscuros le caían por la cara y ensombrecían sus facciones. Esbozó una media sonrisa sugerente.

—¿Les tienes mucho cariño a estas ropas, Osha?

—¡Sí! —Me reí, e intenté liberar las manos.

Tenía razón, yo ahora era más fuerte, pero él siempre lo sería más que yo. Además, la gravedad jugaba a su favor.

—En ese caso, te pido disculpas —repuso con falso arrepentimiento.

Unos zarcillos de humo y sombra brotaron de sus manos y su pecho, asomando por el cuello de su camisa suelta como serpientes. Se retorcieron por mis brazos, me recorrieron el cuerpo y dejaron un reguero de calor a su paso. Partículas de magia destellaron bajo la luz. El poder de Fisher se acumuló en el centro de mi pecho en movimiento y se introdujo por mi camisa. Los zarcillos se dividieron en un centenar de hilos de poder más finos y luego se pusieron en acción. Mi camisa no tuvo la menor oportunidad de sobrevivir. Allá donde la tocaban las sombras de Fisher, el algodón se desintegraba y acababa por desvanecerse, sin dejar rastro alguno de su existencia. Mi piel quedó al aire, poco a poco, hasta que acabé por encontrarme desnuda del todo debajo de él. En la chimenea chisporroteaba felizmente el fuego; yo no tenía nada de frío, pero, aun así, se me puso la piel de gallina. Mis pezones se endurecieron; me subía y bajaba el pecho a toda velocidad. Kingfisher se tomó un momento para contemplar mi cuerpo.

—Eres el ser más asombroso que he visto en mi vida, Saeris.

—Esto… esto no es… justo —jadeé—. Tú estás completamente vestido, y yo, desnuda como el día en que vine al mundo.

Él ladeó un poco la sonrisa.

—Tienes suficiente magia como para desnudarme, estoy seguro. ¿Quieres intentarlo?

—¡No! Dioses, no. ¿Y si… y si en vez de desnudarte te prendo fuego o algo así? ¿Y si…, no sé, y si acabo desmembrándote por accidente?

Él soltó una risa perversa. Sus ojos no se apartaron de los míos mientras descendía poco a poco hasta atrapar uno de mis pezones entre los labios. «Nada de eso va a pasar». Me chupó el pezón con suavidad, y yo arqueé la espalda hasta separarla del todo de la cama. Dioses, qué bien sentaba eso que estaba haciendo. Me iba a volver loca, joder. Si seguía, me iba a hacer gritar…

—La magia se basa por completo en la intención, pequeña Osha. Tendrías que estar decidida totalmente a prenderme fuego. Del mismo modo, tendrías que odiarme muchísimo para conjurar el tipo de energía capaz de separar piel y hueso.

Hubo una época en la que yo lo odiaba así. Pero ahora…

Las puntas de sus colmillos se hicieron visibles. Los contemplé, traspuesta. Sus labios me acariciaron el pezón al hablar. Un estremecimiento me recorrió entera. No había absolutamente nada que yo no estuviese dispuesta a hacer por aquel hombre. Empezó a descender por mi cuerpo, plantando leves besos sobre mi piel: en la parte baja de mi seno, en las costillas, en el vientre, en el hueso de la cadera…

—¿Adónde crees que vas? —Mi voz sonaba sin aliento.

Kingfisher resopló y sonrió, al tiempo que pasaba la punta de la nariz por la piel que llevaba hasta mi ombligo.

—Bueno, Osha, ¿dónde crees que ha de arrodillarse un acólito a rezar si no es ante el altar de su diosa?

Por todos los pecadores. El calor de su lengua me desbarató la piel. Perdí la capacidad de pensar. Resultó… resultó que el altar de

Fisher era la piel sensible entre mis muslos, y que yo era… yo era su diosa.

—Me cago en la puta. Eres… eres increíble.

Durante más de un siglo, Fisher no había comido absolutamente nada dentro de aquel laberinto. Malcolm lo había mantenido en un estado perpetuo de hambre. Jamás llegaba a morir por inanición, pero tampoco se sentía saciado nunca. Cada vez que comía en el Palacio de Invierno, parecía medio muerto de hambre, aunque yo nunca entendía por qué. Fue justo así como me comió a mí en aquel momento…, como si se muriese de hambre pero no pudiese saciarse jamás.

Pegado a mi coño, gruñó:

—Joder, qué bien sabes.

Sus cabellos eran muy densos; metí los dedos entre sus mechones y apreté su cabeza contra mí. Con un gruñido bajo y grave, Fisher pasó la lengua por entre mis pliegues húmedos. Yo empecé a desarmarme por completo.

Abrirse ante otro era una sensación extraña. Podía contar con los dedos de la mano el número de personas ante las que me había abierto del todo en la cama. Con Fisher, en cambio, no tenía elección. Lo exigía todo de mí. Nada de medias tintas.

Aumentó el ritmo. Me succionó suavemente el clítoris y, despacio, me introdujo un dedo. Mi cuerpo empezó a ceder; era demasiado. Una oleada de placer recorrió perezosa todo mi cuerpo. Para cuando llegó a mi pecho, volví a arquear la espalda y a soltar una exclamación ahogada.

—¡Joder! ¡Por los dioses!

—Hum. Eso me gusta —ronroneó Fisher—. No, no pares. Retuércete contra mi boca tanto como quieras.

Jodeeeeeeeer, estaba a punto de gritar. Fisher me pasó un brazo por la pierna y apoyó el hombro para sujetarme de la cadera. Siguió deslizando los dedos de la otra mano en mi interior, aumentando el ritmo, mientras continuaba chupándome la entrepierna. Yo me mecía contra él, sentía que estaba a punto de correrme, casi lo rozaba.

Estaba justo ahí. Sucedería en cualquier segundo; me iba a arrojar por el borde del precipicio del placer…

Y entonces, Fisher hizo algo impensable: se detuvo.

—¡Fisher! ¿Qué…? ¿Por qué?

Él soltó una risa oscura entre dientes, una risa áspera como el pecado.

—Aguanta, pequeña Osha. Me temo que ha llegado el momento de vengarme.

—¿Qué? ¿De qué estás…? ¡¡¡Aaaaaahjoderjoderjoder JODEEEEEEEEER!!!

Me arqueé tan rápido que mi columna vertebral crujió.

Una luz blanca me inundó la cabeza.

Un zumbido agudo rugió en mis oídos.

La destellante punzada de dolor en la cara interior de mi muslo me electrificó todas las terminaciones nerviosas. En un instante, el dolor se convirtió en otra cosa.

En Zilvaren, los vientos del desierto soplaban a veces con tanta fuerza que se sabía que podían llegar a arrancarle a una persona la piel del cuerpo. Así me sentí yo en aquel momento: me estaba rompiendo trozo a trozo, pero de un modo adictivo, asfixiante.

Fisher me había mordido y estaba empezando a beber. Sabrían los dioses cuánto veneno me había inyectado, porque me corrí. Me. Corrí. Al. Instante.

Sin sonido alguno.

Sin aliento alguno.

Sin pensamiento alguno.

No fue más que un orgasmo ciego que me recorrió todo el cuerpo. Sentí como si se me fueran a romper los huesos.

Apenas oí la voz melosa de Fisher por debajo de las explosiones que se sucedían en mi cabeza.

—Eeeeeeso es. Buena chica. Disfrútalo.

Necesitaba respirar.

Ja. Ni hablar. Unos puntos negros bailaron ante mi vista. Me latía el corazón en las sienes, lento y fuerte. Pum. Pum. Pum. ¡Pum!

Inspiré como pude y volví a centrar la vista en la habitación. Mis latidos eran un trueno atrapado en mis venas.

—Joder, joder, ¡joder! ¿Qué… qué cojones…?

—Calma —susurró Fisher. Ascendió por mi cuerpo, con las pupilas dilatadas. Aquella estrecha franja de plata que era el mercurio seguía rodeando por completo su iris—. Tranquila. Eso es. Respira.

La cabeza volvió a darme vueltas. Él se cernió sobre mí, sin apoyar todo su peso, y empezó a besarme el cuello. Yo tragué saliva y me obligué a hablar entre los picos de éxtasis que seguían reverberando en mi cuerpo.

—¿Qué… puñetas… ha pasado?

—Te has desmayado —murmuró Fisher, pegado a mi cuello.

—¿Cómo que me he desmayado?

—Un poco. —Lo decía como si no fuese para tanto, como si las mujeres se desmayasen con él todo el tiempo—. Apenas un segundo.

—¡Fisher!

Se echó hacia atrás y me clavó la mirada, con los brazos apoyados en la cama.

—En su día te dije que me decepcionaba lo frágiles que sois los humanos, ¿te acuerdas?

Vaya si me acordaba.

—Pero tú ya no eres humana, Saeris. ¿Crees que ahora podrás seguirme el ritmo?

Por los mártires. Aquella sonrisa chulesca. El destello burlón en sus ojos, que oscilaba entre la travesura y el caos. Estaba tan seguro de sí mismo… que me ponía a mil, joder.

Aún no me había recuperado del mordisco que me había dado en el muslo. Me sentía colocada, de hecho. El delicioso zumbido que flotaba en mi interior me volvía temeraria. Me moría de deseo por él.

—Sí que puedo seguirte el ritmo —respondí—. ¿Y tú, seguro que podrás seguírmelo a mí?

Se echó a reír, y el sonido de su risa me acarició la piel y me provocó otro escalofrío. Tuve que esforzarme para no poner los ojos

en blanco.

—La verdad, Osha, no estoy seguro —murmuró él—. Supongo que solo hay un modo de averiguarlo.

Le empecé a quitar la ropa con tirones frenéticos; intenté quitarle la camisa y los pantalones, desesperada por librarme de todas sus prendas. Él se negó a colaborar e insistió en que intentase desnudarlo con mi magia, pero no quise. No podía decirle la verdad: quería probar mis nuevos poderes, pero al mismo tiempo me daba miedo. Sentía la magia descontrolada bajo mi plexo solar, en las palmas de mis manos, en la punta de mis dedos. Bajo mi piel había una tormenta en ciernes, y yo no tenía ni idea de cómo podía domarla. No podía ocuparme de tanta magia sin tener la menor comprensión de lo que era, de cómo funcionaba ni de cómo controlarla. Así las cosas, no pensaba liberar mi magia sobre mi compañero, porque ni siquiera podía controlar mi propio cuerpo.

Gruñí y obligué a Fisher a recostarse en la cama con un empujón. Le quité una bota de un tirón. Tenía que ser mío, pero no estaba colaborando. Nop, lo que hacía era reírse.

—Estamos un poco salvajes, ¿no, pequeña Osha?

Arrojé la bota al otro extremo de la habitación. Atravesó la burbuja de aire estanco que yo había creado sin querer, produciendo ondulaciones, y aterrizó con un golpe sordo en el suelo justo fuera de ella.

—Casi parece que no quieras follarme —ladré.

Más risas, aunque más graves, más ásperas.

—Vaya si quiero follarte, Osha. ¿Necesitas que te lo demuestre?

Me arrodillé a los pies de la cama y lo contemplé. Por fin accedió a colaborar en el proceso de quitarse la ropa. Se bajó los pantalones despacio por los muslos. Yo lo miré. De pronto sentí la boca más seca que las putas dunas al ver el vello en forma de V en su pubis musculoso. Luego, Fisher se sacó la polla.

Vaya si la tenía dura. Más dura que nunca. Joder, la tenía condenadamente grande. Se desprendió de los pantalones de una patada y los arrojó al suelo. Luego se cerró ambas manos sobre la

polla. Me contempló y empezó a acariciarse. Una gota de semen apareció como una perla en la punta de su glande.

—Esta pequeña burbuja de aire que has creado atrapa tu aroma, ¿sabes? —dijo—. Y me está volviendo loco, joder.

Me pasé la mano entre las piernas, me metí los dedos entre mis pliegues y solté un siseo al comprender lo fuerte que había sido el orgasmo cuando me mordió. Fisher me contempló con ojos neblinosos, sin dejar de acariciarse la polla.

—Ven. Aquí. Ahora —dijo entre dientes.

Obedecí, pero no porque no me quedase alternativa. Cuando morí en Gillethrye, el pacto que me ataba a él había quedado roto. No, obedecí porque quise.

—Dame esos dedos —me ordenó.

Yo sabía perfectamente a qué se refería. No me dio ni un poco de vergüenza alargar los dedos hacia su boca y pintarle los labios con mi flujo. Le metí el índice y el corazón en la boca. Él gimió, con un destello de deseo en los ojos.

—Chúpalos —le dije.

Kingfisher, Kingfisher de Puerta Ajun, ruina del último dragón, señor de Cahlish, puso los ojos en blanco. Y me obedeció. Soltó todo el aire por la nariz, una ráfaga caliente que me acarició el dorso de la mano.

«Tú lo que quieres es matarme», dijo ásperamente en mi cabeza.

Me incliné sobre él, le saqué los dedos de la boca y los reemplacé por mi lengua. Primero le lamí los labios y luego se los devoré. «No quiero matarte», respondí, «pero quizá sí que te torture un poco, en vista de la jugarreta que me acabas de hacer».

Con rapidez, me subí encima de él, lo agarré de las muñecas y le coloqué las manos por encima de la cabeza. Podía haberse resistido. Podía haberse negado a que lo tratase así. Pero no lo hizo. Pegó la polla a mi cuerpo, pero yo no me la metí dentro. Aún no. Me coloqué de modo que su glande quedase justo en mi abertura y bajé un poco… para luego volver a apartarme un centímetro, disfrutando de cómo se retorcía.

—Osha —me dijo en tono de advertencia.

Yo le ignoré, bajé el busto y dejé muy claro que iba a tener que estarse quietecito y centrarse en mis pechos, que estaban ahora a la altura de su cara. Él no se contuvo; atrapó mi pezón entre los dientes en menos de lo que dura un aliento. Me mordió, y yo dejé escapar un siseo de dolor. No me había mordido tan fuerte como para que me doliese de verdad, aunque sí que sentí una oleada por todas las terminaciones nerviosas. Me soltó el pezón tan rápido como me lo había atrapado y me lo acarició con la lengua con movimientos reverentes, como si quisiera compensar cualquier incomodidad que hubiese podido provocarme.

«Cuando me clave tu polla por completo, no puedes tocarme», le informé.

«Lo siento, pero no soy más que un hombre», me dijo en tono agónico. «No puedo obrar milagros. ¿Por qué… piensas… que podría hacer… un milagro semejante?».

«Porque eres un cabezota de nacimiento». Descendí apenas dos centímetros más. «Si me tocas, pierdes».

«Joder, Saeris», gruñó. Yo empecé a mecerme levemente, a mover las caderas, a acariciar su glande, a sacármelo y metérmelo dentro del coño.

—No tienes ni puta idea de lo increíblemente hermosa que estás ahora mismo. —Pronunció aquellas palabras en voz alta, con voz estrangulada, impregnada de deseo. Aquel sonido prendió en mi interior un fuego que prometía arder para siempre—. Qué mujer tan cruel —me regañó.

Oh, si eso le parecía cruel, lo que estaba a punto de hacer me ganaría la etiqueta de absolutamente malvada. Oscilé pegada a él y bajé otro par de centímetros. Él soltó un siseo entre dientes y maldijo en fae antiguo… y entonces me incliné y le clavé los colmillos en el cuello. Y ahí, justo ahí, me lo metí del todo, hasta el fondo.

No apoyé todo el peso en él. No me moví, joder. Me quedé inmóvil, con mi interior palpitando a su alrededor, escuchando su

respiración alterada, mientras le inoculaba mi veneno en las venas. Él se quedó rígido.

—Saeris. —Una advertencia calmada, apenas una palabra, pero repleta de calor. «Ten cuidado».

Gemí un poco y arqueé la espalda. Mis pezones le rozaron el pecho tatuado. «Estoy harta de tener cuidado», le dije. Y empecé a beber.

Entrelacé mis dedos con los suyos, le clavé las uñas en el dorso de las manos, me apreté contra él, moviendo las caderas. Me lo follé al mismo tiempo que me tragaba su sangre.

Había resultado desconcertante probarla en la tarima el día de mi coronación. No estaba preparada para ello. La sangre de Fisher era un canto eterno que me arrancó el alma del cuerpo. Tenía un sabor más exquisito que el agua clara y limpia. Su cuerpo entero era sagrado, y bebí como quien necesita la salvación.

Sus manos se cerraron con fuerza alrededor de las mías. Las venas de sus brazos resaltaban, tenía los músculos tensos. Aquello lo estaba matando; no podía tocarme en condiciones. Pero el hecho de que me permitiese hacerlo resultaba monumental. Era empoderador que un hombre como Kingfisher me entregase el control, que me diese libremente las riendas de su cuerpo. Era un acto de confianza. Incluso de sumisión. Y que una criatura letal como él te ofreciese el cuello era bastante embriagador, desde luego.

Sentí el efecto que mi veneno tenía en Fisher. Flotaba de su mente a la mía. Qué extraño. Entendí que Fisher estaba experimentando un subidón, pero, aun así, noté que yo flotaba en una nube de éter. Durante un rato, no intercambiamos palabras ni pensamientos, aunque sí que sentí el profundo pozo de amor entre los dos. La sensación era tan inmensa que pensé que me moriría de lo abrumadora que era. ¿Era aquello el amor que yo sentía por él? ¿Era su amor por mí? Las líneas estaban tan emborronadas que ya no sabía decir dónde acababan sus sentimientos y dónde empezaban los míos. En realidad, al final daba igual.

Dejé de beber. Me recorría el cuerpo una energía ajena y desacostumbrada que no me pertenecía. Fisher me clavó con fuerza la polla de un golpe de caderas, y hasta las paredes de la habitación empezaron a estremecerse. Dioses, estaba muy dentro. Era perfecto, joder. Yo no podía dejar de mirarlo. Volví a clavarme su polla una y otra y otra vez…

—Mírate —rugió él—. Eres magnífica, joder.

Le solté las manos y me eché hacia atrás para que me viera mejor. Como regla general, yo no solía ser tímida en la cama. Pero, con Fisher, sentía una confianza eléctrica. ¿Cómo no iba a sentirme así si notaba las emociones en su sangre? No mentía, de verdad yo le parecía magnífica.

—Ya no hace falta que sigas inmóvil —dije—. Puedes usar las ma…

No pude ni acabar la frase.

—Gracias a los putos dioses —gruñó.

Se enderezó y me puso las manos en las caderas. Yo me preparé para el cambio de postura, para que me tumbase de espaldas, pero él me mantuvo en el sitio y me clavó los dedos en las nalgas, en las caderas, y se volvió a hundir dentro de mí.

—Me toca —retumbó su voz.

No pude ni reaccionar; sentí una aguda punzada de dolor. Supe lo que iba a pasar en el mismo segundo en que Fisher me clavó los colmillos en el seno y me preparé para recibir la sensación. Esta vez tuvo más cuidado. No me inoculó una dosis tan fuerte como antes. Una oleada de placer vertiginoso se estrelló contra mí, pero ni me corrí ni me desmayé. Él me pasó las manos por la espalda, me agarró los hombros con los dedos, me atrajo hacia sí de un tirón. La deliciosa fricción entre nuestros cuerpos empapados de sudor empezó a acercarme más y más al inevitable borde del precipicio del placer.

—Qué bien me siento cuando estás dentro de mí, joder —gimoteé—. Quiero… quiero sentir lo duro que estás. Quiero sentirte dentro cuando te corras.

«Por los putos dientes del infierno», gruñó en mi cabeza. «Te voy a dar lo que quieres, Osha, no te preocupes».

Me balanceé con más fuerza contra él, le pasé los dedos por el cabello, apreté aún más la cabeza contra mi pecho. Él entendió lo que yo quería y bebió con más fuerza. Al sentir lo dura que se le ponía, como acero templado, me quedé sin respiración, joder.

«Sí, eso es. Córrete para mí. Córrete». Lo único que necesitaba era que me diese permiso. Me corrí entre sus brazos, con su lengua en el pezón. Todo el dormitorio se volvió negro como la medianoche, la vista se me nubló. Pero no… no era que la vista se me hubiese nublado. Lo que pasó fue que las sombras de Fisher explotaron desde su interior al correrse él también. Surgieron de él, amplias y anchas, y tomaron la forma de finas alas negras que me envolvieron y me tragaron por completo.

Su magia nos rodeó, acunó nuestros cuerpos, que se estremecían y temblaban. No hubo necesidad alguna de hablar. Nos aferramos el uno a la otra durante un largo rato, colocados de sangre, drogados de amor.

Al cabo, el rugido de nuestros estómagos nos puso en movimiento. Resulta que compartir sangre y pasar bastante tiempo en la cama de un guerrero fae da un hambre de lobo. Fisher me miró mientras me vestía, con una sonrisilla en la comisura de la boca. Yo le tiré uno de sus calcetines e hice un mohín.

—¿Por qué pones esa cara de estar tan satisfecho contigo mismo? —lo chinché.

Él se echó a reír.

—Porque lo estoy. Porque soy el cabrón con más suerte del mundo. Y porque tú tienes pinta de que te han follado a base de bien.

8



ACÉPTALO

KINGFISHER

Otro vestido descansaba sobre el respaldo de la silla, intacto. Lo había sacado el día anterior de las bolsas de ropa resguardadas al fondo del vestidor de mi madre. Esos vestidos no eran de ella; los había encontrado allí poco después de llevar a Saeris a Cahlish por primera vez. No eran del estilo y de los colores de mi madre, en absoluto. Lo que pasaba era que ella había visto en el futuro el día en que Saeris vendría, y le había dejado un fondo de armario entero. Un regalo para la amada mujer a la que jamás tendría la oportunidad de conocer como parte de su familia.

De color blanco marfil, el refinado vestido de satén destellaba como luminosas alas de hada. Los bajos eran sencillos. Sutiles. Nada de tul ni de volantes. En realidad no tenía ningún adorno exagerado. Bastaba con aquellos delicados tonos azulados y rosados que brillaban en la tela al incidirle la luz.

El aroma de Saeris flotaba muy presente en el aire alrededor de la silla. Imaginé que se había plantado allí y había estudiado el vestido. Había pasado la mano por el corsé. Y, de nuevo, había preferido ponerse la armadura de cuero de combate y las botas, para luego largarse a empezar el día.

Sonreí y negué con la cabeza mientras me giraba y contemplaba la almohada hundida a mi lado. Saeris ya se había marchado. Ja. Quién me había visto y quién me veía. ¿Cuántas veces me había largado yo de la cama de una mujer antes de que esta se despertase? Bueno, en realidad, no muchas. Desde luego, no tantas como Lorreth. Las mujeres a las que me había llevado a la cama siempre habían sabido que follar conmigo no iba a conducir a nada serio. Habían sabido que sería cosa de una noche y nada más. La mayoría de las veces se contentaban con ello. O al menos, eso decían. También había habido muchas que se habían sorprendido cuando me marché a la mañana siguiente, consternadas por no haber sido la que consiguiese cambiarme.

Habían sido dulces.

Hermosas.

Algunas, incluso, arrebatadoras.

Pero no habían sido ella. Cuando uno tiene la seguridad o la maldición de que, algún día, su amor verdadero vendrá y lo cambiará todo, nadie se acerca ni remotamente. Por eso yo apenas me había permitido la distracción del sexo. Mayormente ocupaba el tiempo matando. Ahora, mi pequeña Osha había llegado a mi vida. Y era más de lo que yo podría haber esperado jamás.

Y su lado de la cama estaba vacío.

No podía culparla. Los vampiros dormían, era cierto. Cuando el sol se enseñoreaba en el cielo, resultaba prácticamente imposible que un vampiro recién creado se mantuviese consciente. La mayoría necesitaba descansar en ese momento. Saeris, sin embargo, no. Había intentado ocultármelo, pero, que yo supiera, no había vuelto a dormir desde que despertó bajo aquella extraña forma nueva que ahora tenía. Durante las últimas tres noches, había recorrido sus aposentos en Ammontraíeth, a la espera de que la corte sobre la que gobernaba cobrase vida, a la espera de que yo volviese a ella. Pero sin dormir.

No quería que me preocupase. Eso yo lo sabía. El vínculo divino que nos unía seguía siendo muy reciente. Saeris aún no se había

dado cuenta de que podía decirme cualquier cosa y que yo estaría ahí para ella, sin importar lo que fuera. Sin embargo, no era tarea mía arreglar todos sus problemas ni escudarla de aquella nueva existencia. Tenía que descubrirlo todo por sí misma. Cuando llegase la hora, yo estaría listo, por si necesitaba mi ayuda.

Mientras tanto, podía explorar la mansión en la que yo había pasado mis primeros años y, al mismo tiempo, descubrir las posibilidades que ofrecía aquella nueva vida que ahora tenía. No pensaba detenerla. Me desperecé y disfruté un segundo de su intenso aroma, que seguía pegado a las almohadas y las sábanas. Luego me bajé de la cama y fui en busca de algo de comida.



—Pero ¿qué tipo de adulto deja de lado el beicon y se lanza a por las galletas? Estás fatal de la cabeza.

Encontré a Renfis repasando con atención el festín que Archer nos había preparado como desayuno en el comedor. Por una vez, mi amigo llevaba suelta la melena de color castaño claro, sin trenzas. El pelo le caía por la espalda, aún húmedo de su baño matutino en el lago que había junto al huerto. Los mechones le mojaban la camisa. Una vez que nos hubimos llenado los platos, abrí una puertasombra para teletransportarnos al campamento.

Íbamos de camino a la tienda de campaña de Renfis, mientras yo daba cuenta de una tartaleta de chirimoya, cuando mi amigo empezó a chincharme:

—Jamás he conocido a ningún otro guerrero tan goloso como tú. Me parece un milagro que te queden dientes.

Sonreí y le enseñé toda mi dentadura.

—Será culpa de Everlayne. Era ella quien me daba dulces cuando era pequeña.

Como siempre, mi amigo envaró la columna al oír el nombre de mi medio hermana. Y como siempre, yo no mencioné aquella

reacción. Renfis se pasó la mano por la nuca y paseó la vista por la empinada colina que se alzaba entre nosotros y el campamento.

—Hablando de tu hermana, esta mañana he ido un momento a ver cómo se encontraba. Al salir me he cruzado con Saeris. Parecía un poco… despeinada.

—Ah, ¿sí? Debe de haber dormido poco.

Renfis resopló.

—Poquísimo.

Él jamás mencionaría que, seguramente, Saeris olía como un burdel. Tampoco mencionó que yo desprendía el mismo olor. No resultaba educado.

—Bueno, ¿y cómo va todo entre vosotros dos? Imagino que bien.

Yo me encogí de hombros y me hice el loco.

—Bueno, ya sabes. Esa chica me gusta bastante.

—¿Que te gusta bastante? —Un ápice de frustración pintó sus palabras—. ¿Cómo que «te gusta bastante»? Compartís un vínculo divino. ¿No significa eso que sois…, o sea, que sois…? Por los dioses y los mártires, ¿de qué te ríes?

Me dio un puñetazo en el brazo, tan fuerte que se me cayó lo que me quedaba de tartaleta al barro. Me pensé de verdad recogerlo, pero seguí caminando.

—Sí, Renfis —cedí al fin—. Va todo muy bien. Mejor que bien. Todo va de maravilla.

—¿Y estás enamorado de ella?

Fruncí el ceño y lo miré por el rabillo del ojo. Hice un mohín.

—Sí —admití.

No era que yo lamentase lo que sentía por mi compañera. Lo que pasaba era que odiaba admitirlo en voz alta ante alguien a quien le había jurado una y otra vez que jamás me enamoraría. Resultaba bastante embarazoso.

Renfis esbozó una sonrisa radiante que ocupó casi todo su rostro.

—¡Lo sabía!

—Ni una palabra más —gruñí—. No pienso ponerme a chismorrear contigo sobre mi vida amorosa como si fuésemos dos

pastores.

Él frunció el ceño.

—No sabía que los pastores eran chismosos.

—Pues sí. Te sorprendería la de chismes que saben quienes se pasan el día muertos de aburrimiento entre ovejas. Sobre todo los que viven a los pies de las Montañas Bajas.

—Ja, quién lo iba a decir. Nunca te acostarás sin saber algo nuevo. Total, que Saeris y tú estáis enamorados, ¿eh? Qué bonito.

—Anda y que te follen, Ren —refunfuñé—. ¿Qué te parece si mejor hablamos de ese arranque que te dio con Tal?

Y con eso, Renfis cerró la boca. Preferí no haber dicho nada, en realidad, pero entre nosotros seguía habiendo una cierta tensión, a pesar de todas las bromitas sobre Saeris, y alguno de los dos iba a tener que sacar el tema. Cuanto antes lo aclarásemos, mejor.

Mi hermano hundió la cabeza, pensativo, mientras ascendíamos por la ladera. Había nevado aquella noche, y un manto recién caído de nieve ocultaba el barro helado y las marcas de abrasión que salpicaban todo el terreno.

—Sé que no razono bien cuando se trata de Tal —dijo al cabo—. Y sé que a ti no te sale odiarlo con tanta facilidad como a mí.

—A mí no me sale nada con facilidad —murmuré—. Además, por más ganas que tengamos de verlo todo en blanco y negro, en realidad casi siempre hay escalas de grises. Eso me lo enseñaste tú.

—Lo sé, lo sé. —El aliento le salió en nubecitas vaporosas mientras avanzaba por entre la nieve suelta—. Sin embargo, las atrocidades que Tal cometió en nombre de Malcolm…

Negó con la cabeza, incapaz de aceptarlo todo.

—Ya sabes lo que te voy a decir.

—Sí que lo sé —dijo en tono quedo—. Y lo comprendo. No tenía alternativa. Si Malcolm le ordenaba que hiciese algo, tenía que obedecer. Pero jamás debería haberse puesto en ese lugar, la verdad.

En realidad, a eso se reducía todo: a la noche en la que Taladaius debería haberse unido a nuestra hermandad pero prefirió

estúpidamente optar por la muerte. Yo me tragué el dolor de aquel recuerdo, incómodo al verme arrojado de nuevo al pasado.

—Así que tú nunca has cometido un error, ¿no? —pregunté suavemente—. Porque yo sí. Tantos, de hecho, que ya he perdido la cuenta.

Mi hermano emitió un ruido de descontento y carraspeó. Contuvo la lengua, pero yo ya sabía la respuesta a la pregunta. Había toneladas de decisiones que habría cambiado de buena gana de haber podido. Demasiadas palabras duras que habría retirado. Miles de momentos en los que habría alterado el curso de sus acciones de haber sabido las consecuencias. Pero resultaba inútil mirar atrás y desear cambiar el pasado. Aquel era el pasatiempo de los necios y los políticos. Un guerrero no podía permitirse semejantes lujos.

—Te voy a hacer una pregunta —dije—: aparte de la decisión de unirse a Malcolm, ¿qué habrías hecho tú de otro modo de haber estado en su pellejo? Aquella noche, frente a las puertas de Ajun… Foley también fue amigo suyo en su día. Si me hubieses encontrado a mí allí, tumbado en la nieve, con el cuello roto, muriéndome…, ¿qué habrías hecho?

Él se lo pensó un momento, pero no lo suficiente como para convencerme de que de verdad se lo había pensado.

—Te habría dejado morir. Somos los Lupo Proelia, Fisher. Nuestra única misión es luchar contra la horda, no unirnos a sus putas filas.

Dejé que soltase la rabia mientras llegábamos a lo alto de la colina. Luego pregunté con voz queda:

—¿Estás seguro?

Una ráfaga de viento me atravesó la armadura y me despeinó. Miré a Ren, esperando ver enojo ante la pregunta. Sin embargo, lo que vi fue que mi amigo entreabría la boca con expresión de sorpresa. Miraba al otro lado de la colina, al campamento…

… a la completa destrucción que se extendía ante nosotros.

Innìr no era una ciudad. Era un organismo vivo. Móvil. Crecía y cambiaba. Donde un día no había tiendas de campaña, al siguiente podía crecer una nueva sección del campamento. Sin embargo,

ahora ya no quedaban tiendas. Todo el campo estaba en ruinas. Donde en su día había estado Innìr, apuntalada contra las orillas del Zurcido, ahora se abría un cráter abrasado y negro que se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Había columnas de humo que se alzaban del suelo, entre ascuas que aún brillaban rojas por los escombros.

Madera quemada.

Jirones de tela.

Espadas abandonadas y ennegrecidas en el suelo.

No habíamos olido el humo. Hacía demasiado frío como para captar ningún olor, y tampoco habíamos prestado atención.

No habíamos percibido el silencio.

El campamento estaba destruido. La taberna había desaparecido. Y la armería. Todo. Solo quedaban ceniza negra y huesos.

—En el nombre de los putos dioses, ¿qué ha pasado? —susurró Ren.

Yo abrí la boca pero no conseguí emitir ningún sonido.

Allí había acampados once mil guerreros. Más, probablemente. Y ya no quedaba rastro de ellos. Estaban muertos, sí. Pero no había suficientes huesos a la vista, teniendo en cuenta la cantidad de personas que habitaban en Innìr. Aquello no era posible.

La escasa vegetación que había crecido por la ribera había quedado reducida a cenizas. Solo seguía en pie el enorme roble, el mismo árbol en el que el día anterior habíamos atado a los devoradores, antes de que yo viajase a Ammontraíeth a enseñarles a Saeris y a Tal las cabezas de los devoradores que tanto nos había costado reducir. Los cuerpos de aquellas criaturas seguían atados al árbol, pero algo había cambiado. Las extremidades de los devoradores estaban fusionadas con el áspero tronco; su carne, unida a la corteza. La piel de las criaturas se había vuelto de un tono gris amarillento; estaba cubierta de una telaraña de enredaderas negras que rodeaba al árbol, que lo estrangulaba. De la base del árbol brotaban raíces negras, gruesas como el brazo de un guerrero, que asomaban por el suelo y se extendían unos diez metros para

luego volver a hundirse bajo tierra. Estas tenían profundos cortes, como si alguien las hubiese intentado cortar a hachazos, sin éxito.

—¿Qué es eso? —pregunté, entrecerrando los ojos ante la destrucción. Tenía el estómago contraído como un puño—. Ahí abajo. Lo que sale de esas raíces.

Mi hermano contempló aquella escena de pesadilla, con el rostro desprovisto de color.

—Parece sangre —dijo—. Sangre negra. Sale de esos tajos, como si fueran heridas. Mira. —Señaló la zona junto al río donde no había llegado el suelo—. Está contaminando la tierra.

Desde luego que sí.

Lo que tocaba aquel líquido negro se pudría.

9



ESCONDIDO

SAERIS

Estaba tan hermosa como siempre. Su densa cabellera rubia se extendía por la almohada bajo su cabeza. Con las mejillas pálidas como porcelana y los labios sonrosados, Everlayne no tenía aspecto de estar batallando contra los restos del veneno de Malcolm. Pero yo sabía que así era. En su mandíbula se apreciaban finos y largos zarcillos negros de veneno que dañaban su perfecta piel. Tenía las manos apoyadas una sobre la otra, en el vientre, en una postura de descanso. Sin embargo, sus uñas estaban demasiado largas y manchadas de negro.

Onyx yacía dormido a sus pies, sobre la cama. Yo había supuesto que se habría largado a cazar la noche anterior, cuando Fisher me llevó a su cuarto. Me alegraba de ver que había acabado allí, junto a Everlayne. No se merecía estar sola…, aunque parecía que Onyx no había sido el único que vigilaba a la hermana de mi compañero.

El asiento que Ren había estado ocupando cuando entré en la habitación de Layne se encontraba algo apartado de la cama, abandonado. El general debía de tener habitación propia en Cahlish. Aun así, yo dudaba sinceramente que hubiese sido capaz de conciliar el sueño desde que Everlayne cayó por esa puertasombra y se

estrelló contra la mesa de la biblioteca. Me daba la impresión de que había pasado unas cuantas largas noches dormitando incómodamente en esa silla, a la espera de que la fae se despertase.

El zorro blanco se quedó dormido en cuanto tomé asiento para hacerle compañía a Layne. Ahora, sus suaves ronquidos se propagaban por la habitación. Onyx daba patadas, sumido en un descanso irregular, seguramente corriendo en sueños.

La habitación que habían preparado para la recuperación de Everlayne era hermosa. Las ventanas daban a un enorme campo nevado que descendía por una colina no muy alta hasta la línea de árboles en la que empezaba un gran bosque. Los árboles estaban vestidos de blancura; las ramas, inclinadas bajo el peso de la nieve recién caída. Más allá del bosque, la cadena montañosa arañaba el cielo. Omnamerrin, el gigante dormido, con su cara escarpada hacia Cahlish, destelló cuando la primera luz del alba cayó sobre la cumbre de su pico. Un hormigueo incómodo se apoderó de mí cuando esos mismos rayos pálidos se proyectaron sobre las paredes del dormitorio de Everlayne y los tiñeron de naranja. La luz no tenía ninguna calidez a aquella temprana hora de la mañana, y aun así, noté un calor creciente en las manos al ver cómo incidía sobre mi piel. Iba a tener que retirarme pronto, pero aún no.

—Te debo una disculpa —dije en tono suave. Agarré la mano que Everlayne tenía apoyada en su vientre sobre la otra y la sostuve entre las mías. Tenía la piel fría al tacto…, quizá demasiado—. No pretendía marcharme sin despedirme, ¿sabes? Pero es que hubo circunstancias atenuantes —añadí en tono seco—. No es que resulte sencillo precisamente lidiar con tu hermano. Me temo que al final me arrebató la capacidad de decidir. Ya hemos dejado todo eso atrás, pero… aun así… Estuvo mal marcharme sin despedirme, eso por descontado. Tú cuidaste de mí, Layne. Tú me vigilaste. De no haber sido por ti, los dioses sabrán quién me habría vigilado en el palacio. Estoy segura de que habría sido una experiencia mucho más temi…

«Te oye. Te siente. Abre la puerta. La puerta…, la puerta…, la puerta. Ábrela. Abre la puerta».

Me eché hacia atrás de un respingo en el asiento y ladeé la cabeza. Aquel susurro era muy familiar. Se trataba del mercurio. Conocía bien la cadencia de su voz. Ya estaba acostumbrada a sus órdenes. Me había hablado…, pero no había nadie allí conmigo. No tenía a Solace. Ren no tenía espada divina, y de todos modos no había dejado ninguna de sus pertenencias en la habitación. Solo estábamos Everlayne y yo misma, y Layne tampoco tenía arma ni nada que pudiese contener mercurio. Así que…

Mis pensamientos se detuvieron.

Oh.

Por los dioses, sí que tenía mercurio encima. No me había fijado antes, pero los diminutos pendientes de Everlayne destellaban bajo la luz previa al alba, ¿no? Eran sencillos, lisos. El metal estaba forjado con motivos florales, cuyos pétalos apuntaban hacia arriba como diminutas dagas.

—No deberíais estar aquí. —Me incliné algo más para inspeccionar los pendientes.

«Sí que debemos, sí que debemos, sí que debemos» fue la respuesta indignada del mercurio. «Siempre hemos estado aquí».

—¿Y cómo voy yo a abrir ninguna puerta si no sé nada de vosotros? —pregunté.

Alargué la mano hacia el metal que tenía Layne en el lóbulo, pero en cuanto mis dedos lo tocaron, el pendiente se licuó y se derramó sobre mi mano.

—Joder.

No había querido que cambiase. No llevaba ninguna reliquia, y me estaba tocando. Me entró el pánico, listo para adueñarse de mí, pero antes de que algo así sucediese, una gota de mercurio aterrizó sobre el hombro de Layne. En cuanto el metal líquido le tocó la piel, sus párpados se abrieron. La hermana de Fisher resolló.

«Queda hecho, pues. Hecho, hecho, hecho», canturreó emocionado el mercurio, pero, esta vez, sus voces amalgamadas provinieron de la boca de Everlayne. Sus ojos eran verdes, nebulosos. Parpadeó, y cuando los abrió de nuevo, se volvieron

perfectamente blancos. Su cabeza latigueó hacia la izquierda, hacia mí, y apretó la mandíbula.

—Por fin —suspiró—. Estás aquí.

La voz se parecía mucho a la de Everlayne, pero no era la suya. Era más grave de lo que debería. Más potente. Una sonrisa trémula asomó a su rostro. Me contempló con esos ojos blancos.

—He esperado mucho mucho tiempo para hablar contigo, Saeris Fane.

Su mano salió disparada y se cerró sobre mi muñeca, con fuerza antinatural.

—¿Everlayne? —Su nombre era una pregunta en mis labios, pero yo ya sabía que no se trataba de la hermana de Fisher. El ser que ocupaba el cuerpo de Everlayne parpadeó lentamente, como si no supiese hacerlo, y negó con la cabeza.

—No. Me temo que Everlayne no está aquí. No sé… no sé si tendrá fuerzas para regresar. —Yo intenté apartar la mano al tiempo que el miedo me recorría la columna vertebral, pero el ser dentro del cuerpo de Everlayne me la sujetó—. Vamos, vamos.

Los dientes de Everlayne castañetearon.

—¡Suéltame! —No quería tener que romperle los dedos a Everlayne, pero si era necesario, lo haría.

El ser que movía los hilos de Everlayne como una marioneta me soltó.

—Por fin —suspiró—. He esperado… mucho… durante… si-si-siglos…

Di un salto. La silla cayó, se estrelló contra el suelo, pero Onyx, que seguía tumbado entre un montoncito de mantas a los pies de Everlayne, ni siquiera se movió. Fuera cual fuera aquella puta magia, no me gustaba.

—¿De qué hablas? —siseé—. ¿Qué eres? ¿Por qué estás aquí?

—Ed-Edina —tartamudeó aquel ser—. Edina. Edina. Soy Edina.

El nombre me resultaba conocido. Había oído a alguien pronunciarlo hacía poco, ¿verdad? Lo había visto escrito en alguna parte.

—¿Qué le estás haciendo a Layne? —pregunté—. Libera su cuerpo. Deja que se despierte.

Aquel ser, Edina, cerró lentamente los ojos. Cayeron lágrimas por las mejillas de Everlayne.

—E-es-ta… fuera de mi alcance. No soy yo quien… le impide… volver a este cuerpo.

—¿Y dónde está?

La respuesta de Edina se quedó atrapada en la garganta de Everlayne. Apenas podía hablar, pero aquellas palabras parecieron resultarle especialmente difíciles de pronunciar.

—Está en la s-s-sombra. No puedo verla.

—Me estás asustando.

—El miedo no es… real, Saeris Fane —graznó.

Yo retrocedí un paso gigantesco de la cama.

—¿Cómo cojones sabes mi nombre?

—Tienes que i-i-irte.

—No me jodas, ¿tú crees?

—La biblioteca. Ve a la biblioteca —dijo. Sus dientes castañetearon aún más—. Allí e-e-encontrarás un l-l-libro.

—Las bibliotecas están llenas de libros —susurré.

Había algo rarísimo en todo aquello, algo antinatural. La verdad, me estaba poniendo de los puñeteros nervios. Sin embargo, una voz en la parte de atrás de mi cabeza me pidió que no saliese corriendo. Era la misma voz que me había dicho que robase el guantelete del guardián. La misma que me había obligado a luchar y a matar a dos de los hombres de Madra a las puertas del Espejismo. No se podía confiar en esa voz, pero yo era un ser de costumbres fijas.

—¿Qué tipo de libro? —pregunté—. ¿Y por qué lo necesitas?

—Es p-p-pequeño —resolló—. Pero gordo. Azul. Hay una mariposa…

—¿Una mariposa? ¿En la cubierta?

Al parecer, Edina no podía manipular demasiado las facciones de Layne. Sus pálidos ojos estaban impregnados de dolor. Yo lo sentía, sentía su confusión, bajo un pesar que me dio ganas de llorar.

—Está escondido —dijo con voz áspera— entre las estrellas.

—¿Y eso qué significa?

—Las estrellas.

Edina puso los ojos en blanco.

—¡Eh!

—Cientos y… cientos de… estrellas.

—¡Edina!

¿Por qué de pronto me ahogaba el pánico? Me asfixiaba, me impulsaba a acercarme de nuevo a la cama. Agarré la mano de Layne y la apreté con fuerza, luchando por respirar.

—Edina, ¿qué hay en el libro? ¿Por qué es tan importante? ¡Dímelo!

Una calma espectral descendió sobre quien ocupaba el cuerpo de Layne. Su mirada ciega se tropezó con la mía y, durante un segundo, su confusión se despejó.

—Te hablaron de la podredumbre —dijo con voz clara—. Te dijeron que vendría. Ya está aquí. Has de encontrar el libro para detenerla. Sin el libro, la descomposición se extenderá hasta tragarse este reino y millones de reinos más. Lo he visto, Saeris. Busca el libro. Impide que se extienda. Es el único modo.

—Edina…

Ella me apretó la mano aún más fuerte.

—Busca el libro. Pero no se lo cuentes a él. De verdad. Es importante. Que no sepa nada del libro. Solo tú has de saberlo. ¿Lo entiendes?

No, no lo entendía. Ni un poquito, pero oí la desesperación en su tono, y la mentira me salió con facilidad:

—Sí, lo entiendo.

—Gracias. Asegúrate de decirle cuánto lo amé, Saeris —dijo—. Cuando llegue el final, asegúrate de que sepa que volvería a hacerlo todo de nuevo.

¿Qué significaba eso? La pregunta estaba ahí, lista para que yo la formulase, pero no me salía. Layne… o Edina… me agarraba la mano aún más fuerte. Empezaba a doler. Pero lo que me dolía no era la

mano, sino… la tinta que la recorría. Las runas de mis dedos, del dorso de mis manos, que se encadenaban en mis muñecas y subían en espiral por mis antebrazos… De pronto sentí que las runas ardían. Un remolino de humo se desprendió de mi piel. Los ojos lechosos de Edina se desorbitaron.

—¿No las has sellado? —dijo con una exclamación ahogada.

—¿Cómo que si no las he sellado? ¿Eso qué significa? No te entiendo.

—Todo alquimista ha de sellar sus runas —dijo con voz áspera—. Eres un pozo muy hondo. Cuando aparecieron tus runas, su magia empezó a volcarse en ti. No deja de fluir y fluir. No… se… detendrá…

—¡Edina!

Se iba, se estaba marchando. Sus ojos seguían empañados, pero noté que había perdido el foco. El dolor en mis muñecas y en mis brazos se había intensificado, era casi insoportable. Intenté apartar la mano, lista para arrancarme la piel a arañazos para librarme de aquel ardor, pero Edina pareció regresar de repente. Ya apenas me apretaba con la mano, pero yo no podía soltársela.

—Séllalas, Saeris. Si no lo haces…

—¿Qué? ¿Qué pasará si no lo hago?

El dolor era demasiado. Un humo agrio surgía de las runas del dorso de mi mano derecha, la carne ardía. Contemplé horrorizada que las líneas brillaban como una marca a fuego que se hundía más y más en mi piel. Aquello era peor que un espadazo en el vientre. Era una agonía. Se me llenaron los ojos de lágrimas, que me corrieron por las mejillas.

—¡Edina! ¿Qué estás haciendo?

—No soy yo, no soy yo. He hecho lo que he podido. —Soltó un suspiro cargado de remordimiento—. Ahora, el resto… es cosa tuya.

—¡Edina, ayúdame!

—Busca el libro. El libro…

El blanco de sus ojos empezó a clarear, como cieno que se depositase en el fondo de una lata y dejase por encima el agua limpia.

Se iba.

—¿Edina? ¡Edina!

La puerta se abrió de golpe.

El dolor se desvaneció. Mi mano… estaba bien. Las runas ya no me causaban graves quemaduras. Las ampollas habían desaparecido. Mi vínculo divino tenía el aspecto de siempre.

—¿Osha?

Dejé caer la mano inerte de Layne y me giré hacia mi compañero. Fisher se encontraba en la puerta, con la cara blanca como la nieve y la armadura de cuero salpicada de barro. Con voz ronca, dijo:

—¿Por qué gritabas el nombre de mi madre?

10



PODREDUMBRE

SAERIS

—¿Seguro que estás bien? Estás muy pálida.

Fisher llevaba una hora desviviéndose por mí como si de una madre se tratase. Me había oído gritar el nombre de Edina. El nombre de su madre. Me pensé si debería inventarme una excusa, alguna razón que justificase haberla llamado a gritos, porque me parecía cruel explicarle lo que había pasado sin comprenderlo yo del todo. Sin embargo, la mera idea apenas había tomado forma cuando la descarté por completo. Fisher se merecía saberlo. Y de todos modos, Edina me había dicho que no le hablase del libro. Hice honor a su petición y me lo guardé para mí. Me daba igual aquel libro misterioso. Lo que me preocupaba era lo que había dicho sobre mis runas. El dolor que había experimentado en la habitación de Everlayne no había sido normal. Había sentido como si me quemase el alma además del cuerpo. Como si el río de magia que fluía a través de mí hubiese empezado a arder hasta deshacerme por completo. Había sido aterrador…, y yo no quería que volviese a suceder.

—Sí, seguro, estoy bien —le dije—. Solo un poco alterada.

Nos encontrábamos en la biblioteca de Cahlish. Ren seguía en Innìr, a la espera de que el resto de las fuerzas que habían huido de aquella creciente podredumbre se reuniesen en un punto río abajo. Lorreth había ido a ayudarlo a montar un refugio para aquellos guerreros que habían perdido su hogar durante el ataque.

Te Léna, Maynir e Iseabail no habían dejado de toquetearme e inspeccionarme desde que Fisher los mandó llamar. Carrion ya se encontraba en la biblioteca cuando llegamos; estaba repanchingado en un mullido sofá junto a la chimenea, leyendo un libro. No se había movido ni un centímetro. La preocupación que había mostrado hacia mí se manifestó en forma de una ceja arqueada, un rápido vistazo de pies a cabeza y dos preguntas carentes de tacto y de amabilidad: «¿Eso se contagia?» y «Seguro que se pone mejor cuando coma algo. ¿A qué hora es la cena?». A partir de ahí prefirió enterrar la nariz en su libro.

—Ojalá supiese más de este tipo de heridas —dijo Te Léna al tiempo que se pinzaba el puente de la nariz—. Hacía mucho tiempo que no me enfrentaba a una situación para la que estuviese tan mal preparada. Hasta ocuparme del mercurio que Fisher tiene dentro ha sido más sencillo que esto. Hay muchos casos documentados sobre infección por mercurio y sobre cómo remediarla, pero los hombres de Belikon peinaron todo el reino en busca de información sobre los alquimistas y su poder, y por desgracia acabaron con todo lo que encontraron. En la biblioteca no hay nada al respecto, ni en los archivos del Palacio de Invierno. Antes de conocernos, Maynir se pasó años repasando pilas y pilas de documentos porque le interesaban bastante los alquimistas y sus habilidades. Las artes perdidas siempre le han fascinado. Dice que faltan capítulos enteros de varios libros, en los que probablemente se mencionaba la palabra «alquimia».

—¿Y tú qué dices, Iseabail? ¿Sabes algo sobre sellar runas de alquimista? —preguntó Fisher con voz tensa. Parecía distraído—. Belikon no pasó por vuestras tierras cuando llevó a cabo la purga de

textos de los alquimistas. ¿Crees que puede seguir habiendo algo útil en Nuncruces?

Cómo me fastidiaba estar tan fuera de onda a veces.

—¿Qué es Nuncruces?

Fue la propia Iseabail quien respondió a la pregunta.

—Es nuestra sede política —dijo con aquel acento suave y tintineante—. Es una ciudad incomparable. Nuestros edificios llevan milenios en pie, protegidos del mundo exterior. Allí criamos a nuestros hijos. Allí sanamos a los enfermos.

—Y allí guardáis vuestras historias —añadió Fisher—. En las catacumbas bajo la ciudad.

La bruja pelirroja frunció el ceño, un gesto que venía a decir que Fisher no debería saber aquello.

—Nuestras historias son exactamente eso: nuestras. En Nuncruces no hay registros de los alquimistas ni de sus prácticas. Y aunque los hubiere —dijo, alzando un dedo para interrumpir a Fisher antes de que fuese él quien la interrumpiese a ella—, solo las brujas del Gremio pueden entrar en nuestras catacumbas. Aunque quisiera, no podría garantizaros acceso a esas cámaras subterráneas. Y no quiero. Allí abajo hay secretos que los foráneos no deberían experimentar.

—¿Experimentar? —Qué modo tan extraño de decirlo.

Iseabail asintió.

—Las catacumbas son un lugar ultraterreno. Yo no me internaría en ellas a no ser que no me quedase más alternativa. Y sí que nos quedan alternativas. Hasta que no las hayamos agotado todas, sería una necedad plantearse siquiera solicitar acceso.

Fisher tamborileó con los dedos sobre la mesa, con aire absorto. La luz de última hora de la mañana que se derramaba por el ventanal le teñía los cabellos de oro. Hacía pocas horas, nuestros cuerpos habían estado entrelazados, abrazados por su destellante magia. Dentro de aquel silencioso santuario de terciopelo, todo estaba bien. Ahora parecía preocupado. Muy preocupado. Yo casi podía sentir su dolor. Echó la silla hacia atrás, con un chirrido,

apoyándola en las patas traseras. Se cubrió la boca con una mano cubierta de tatuajes y emitió un suspiro.

—Está bien, respeto tu parecer. Las brujas también merecen tener paz —dijo—. Evitaremos viajar a Nuncruces en la medida de lo posible. Pero esta podredumbre es capaz de sobrevivir al hielo y a la nieve, Iseabail. Las montañas no la detendrán. Más pronto que tarde, esta corrupción llegará hasta tu hogar, y entonces será un problema del Gremio.

Iseabail inclinó la cabeza en señal de que aceptaba aquellas palabras. Las puntas de sus trenzas rojizas dibujaron serpientes sobre la mesa.

—Por desgracia, mi madre y sus hermanas preferirán esperar a que llegue ese día para actuar. Les hablaré de lo que he visto aquí, pero me temo que no vamos a contar con ningún apoyo explícito por parte del norte.

El silencio flotó durante un rato sobre la biblioteca. Todos estábamos perdidos en nuestros propios pensamientos; nos esforzábamos por decidir qué hacer a continuación. El silencio quedó roto cuando la puerta de la biblioteca se abrió de golpe y entraron en tromba Ren y Lorreth en medio de un remolino de cuero, hollín y trenzas de guerra. Fisher se apresuró a ponerse en pie.

—¿Los habéis encontrado?

Ren asintió, aunque con expresión grave.

—La gran mayoría de ellos espera en el punto de encuentro. Por desgracia, hemos perdido a otro millar de guerreros.

—¿Más devoradores?

Lorreth negó con la cabeza.

—La podredumbre. De algún modo los ha infectado, igual que debió de infectar a los devoradores. Los mató a todos en una hora, o dos como mucho. Los demás guerreros tuvieron que acabar con ellos. Con sus amigos. Con su familia. Fue un espectáculo feo. Hay un reguero de cadáveres que va del campamento de guerra hasta los pies de las colinas.

—Y allá donde yacen esos cadáveres, la podredumbre se extiende y se multiplica —añadió Ren—. Infecta todo tipo de vegetación, a toda criatura viva o muerta. Se propaga por la nieve y el terreno abrasado sin mayor problema. Aún no hemos encontrado el modo de detenerla.

El color abandonó el semblante de Fisher. Me miró directamente, con los ojos empañados de preocupación. La delgada franja de mercurio que rodeaba su ojo derecho destellaba con intensidad. «Tenemos que contárselo», dijo en mi mente. «¿Me das permiso?».

Asentí levemente. Le había contado con todo detalle lo que había sucedido cuando el mercurio me llevó a otro reino en Gillethrye. No había ocultado ningún detalle. Sin embargo, Fisher había preferido mantener aquel suceso entre nosotros un poco más para no alarmar innecesariamente a los otros. Pero ahora parecía que la alarma estaba garantizada. Inspiró hondo y empezó:

—Cuando estábamos en Gillethrye, no fue solo el mercurio lo que sacó de allí a Saeris. Fue una llamada de los dioses.

Cinco rostros pasmados se giraron hacia mí. Por encima del respaldo del sofá, la cabeza de Carrion asomó de la nada, con los mechones pelirrojos despeinados como si se acabase de despertar.

—¿Cómo que fue una llamada de los dioses? ¿Descubrió su vocación religiosa o qué?

—No. Lo que os dice Fisher es que los dioses me llamaron. Fue Zareth quien me arrancó de…

—¿Perdona? ¿Zareth? —graznó Te Léna—. ¿Te refieres a Zareth de verdad? ¿Zareth, Zareth? ¿El… dios del caos?

—El dios del caos y del cambio —dije en tono cansado—. Él mismo insistió muchísimo en la parte del cambio.

—¿Te has reunido con un dios?

—Sí. En realidad, con tres. —Me encogí de hombros—. Bal y Mithin también estaban presentes. Más o menos.

Te Léna parecía a punto de desmayarse. Se llevó los dedos índice y corazón a la sien, un gesto de reverencia.

—¿Y qué te dijo Zareth?

—Me dijo que nos iba a separar del tapiz del universo. Que los dioses ya no podrían vernos.

—Un momento —intervino Maynir—. ¿Significa eso… que Fisher y tú ya no compartís un vínculo divino?

Fisher se removió en su sitio. Se restregó los tatuajes del dorso de la mano, idénticos a los míos.

—Sí, seguimos compartiéndolo. En todo caso, el vínculo entre los dos es incluso más fuerte. Lo que pasa es que ahora los dioses no nos ven. Zareth pensaba que así nos protegería. Algunos de los otros dioses no ven con buenos ojos lo que está pasando. Prefieren dar a luz a un nuevo universo que ver lo que sucede con este, así que…

—No. No, no, no. —Iseabail negó con la cabeza—. Es imposible. Los dioses yvelianos no existen. Son solo metáforas.

Lorreth entrecerró imperceptiblemente los ojos.

—Ah, pero los dioses del clan Balquhidder sí que existen, ¿no? ¿Esos dioses que os dicen si debéis o no cometer atrocidades en aras del «bien mayor»? —Cargó esas últimas dos palabras de sarcasmo.

—Nuestras deidades no son mitos, Lorreth. Siempre han estado ahí, no se las puede poner en duda. Y si no las obedecemos, las consecuencias…

—Basta. —Fisher no alzó la voz, pero la orden reverberó igualmente por la biblioteca. Frunció el ceño y añadió—: Los dioses son reales. Son unos cabrones, pero muy reales. Yo mismo también los he visto. No os lo contamos para entablar un debate sobre teología, sino por lo que le dijeron a Saeris.

Todo el mundo me miró, expectante. Qué bien. No hay nada que me guste más que ser el objeto de todas las miradas.

—Zareth me enseñó un árbol —expliqué—. En sus ramas había miles de hojas. Me dijo que cada hoja representaba un reino ocupado por miles de seres vivos. Mientras hablábamos, algunas de las hojas se marchitaron y cayeron. Me dijo que esos reinos habían sido infectados por una podredumbre que se extendía por el

universo. Había ramas enteras del árbol que estaban ennegrecidas, moribundas. Zareth dijo que esa podredumbre presagiaba el fin. De todo. De todos los reinos. Y que los otros dioses querían acabar con todo y empezar de cero, reconstruir el universo desde el principio. Pero que él se había negado.

—O sea —dijo Iseabail—, que un tipo que afirmaba ser un dios os dijo que Fisher y tú sois los únicos que podéis evitar el final de todo. ¿Eso es lo que nos estás diciendo?

La bruja no parecía molesta exactamente. Hablaba con tono moderado. Aun así, a sus ojos asomaba un torbellino de emoción.

—No. Lo que dijo fue que Fisher y yo somos algún tipo de eje. Una convergencia de los hilos del destino. Me dijo que ninguno de los dioses conseguía ver a nuestro alrededor. Dijo que teníamos que encontrar la manera de arreglar la situación, porque, de lo contrario, todo se perdería. No digo que seamos especiales, Iseabail. Solo digo que… —intenté encontrar las palabras correctas— un dios ha echado el universo entero a suertes, a ver si sale lo que él quiere. Eso es. A eso nos enfrentamos.

Nadie pareció contento de oír aquello. Miré en derredor y solo encontré expresiones tensas y lúgubres. Al menos hasta que mi mirada cayó sobre Carrion. Tenía los brazos echados sobre el respaldo del sofá y apoyaba la barbilla en un cojín. Me lanzó una mirada pícara.

—Algo se te ocurrirá, Fane. Siempre se te ocurre algo. Eres muy lista para tener solo veinticinco años.

Yo solté una risa estrangulada. La tensión que se tragaba todo el aire en la estancia se rompió de golpe.

—Si lo que quieres es burlarte de mi edad, Swift, al menos di la verdad: tengo veinticuatro.

Él ladeó la cabeza y meneó las cejas.

—¿Segura?

—Pues…

Oh. Vaya. Dejé morir la voz e hice el cálculo en la cabeza. ¿Cuánto tiempo llevaba yo en Yvelia? Me parecía que había pasado

mucho mucho tiempo, pero…, dioses, no tenía ni idea. Llevaba bastante, eso seguro. Me había olvidado de mi propio cumpleaños. Tenía veinticinco.

Carrion volvió a centrar su atención en el libro que estaba leyendo.

—No te preocupes, Fane. Ya celebraremos una fiesta de cumpleaños cuando deje de morirse todo el mundo.

—No quiero ninguna fiesta.

—¿Cómo que no? A mis fiestas de cumpleaños solías ir.

—Solía pasar por Casa Kala —lo corregí—. Y tú solías estar por ahí con los borrachos de tus amigos.

Lorreth le dedicó una media sonrisa a Carrion.

—Solo los niños fae celebran sus cumpleaños, ¿sabes? Cuando llegamos a los catorce, dejamos de celebrarlos. ¿Tú cuántos años tienes ahora, mil setecientos o así?

—Ojito con lo que dices, viejales. Yo soy un yogurín, no como vosotros —resopló Carrion, y pasó una página—. Solo tengo mil noventa y seis años. Ya sé que no los aparento.

—Imposible. El heredero de Daianthus desapareció cuando éramos niños. Yo tenía… —Lorreth frunció el ceño y rebuscó en sus recuerdos—. Yo debía de tener trece años cuando sucedió. Me estaba preparando para hacer el juramento. ¿Y tú, Fisher?

A diferencia de Lorreth, mi compañero no se mostró ni inquieto ni confundido ante la revelación que acababa de descubrir el guerrero.

—Casi diez —dijo.

—Exacto. O sea, que tienes más o menos nuestra misma edad. —Lorreth miró a Carrion con las cejas alzadas.

—En realidad, no —dijo Fisher en tono suave—. Carrion tiene razón, debe de rondar los mil cien años de edad.

Carrion señaló a Fisher:

—Gracias. Resulta que sé contar, Lorreth de los Chapiteles Rotos.

—Pero entonces, ¿no es el heredero? —Te Léna sonaba tan confundida como los demás.

—Espera. ¿No soy el heredero? —De repente, se irguió muy tieso—. ¿Me puedo librar de este rollo?

—Sí que es el heredero. Desde que salimos del laberinto, lo he pensado mucho. Hay una explicación posible para la edad de Carrion —explicó Kingfisher—. Cuando mi padre lo envió a por el mercurio, algo debió de suceder. Yo apostaría a que los dioses volvieron a interferir.

—¿Crees que existe la posibilidad de que se lo llevasen para hablar con él? —pregunté—. Del mismo modo que Zareth habló conmigo.

Despacio, mi compañero asintió.

—El tiempo en su reino transcurre de manera extraña. Cuando me sacaron de Ajun, me encontré de pronto con Bal y Mithin en medio de un campo extenso de hierba alta. Vi a dos figuras en una colina, en la lejanía. La primera era Zareth. Y la segunda… eras tú, Osha.

Desde luego, aquello no era lo que me esperaba. Fisher había luchado y casi muerto en Puerta Ajun hacía más de un millar de años. A mí el mercurio me había sacado del laberinto para llevarme al reino de los dioses hacía pocas semanas.

—Pero… ¿cómo puede ser? ¿Y cómo sabes que era yo?

«No sabía tu nombre. No vi tu cara. Pero lo supe, Osha. Mi alma reconoció un fragmento de sí misma dentro de otra persona, y lo supe». Aquella explicación era solo para mí. Los ojos de Fisher ardieron con intensidad al transmitirme aquel mensaje. Para el resto de la estancia, lo que dijo fue:

—Cuando mi padre huyó con el heredero de Daianthus, uno o más de los dioses debieron de retrasar su huida. O al menos la llegada a su destino. El tiempo prosiguió aquí, en Yvelia, pero creo que en Zilvaren se congeló.

Desde luego era algo que podían hacer los dioses. Además, les encantaba interferir con los asuntos de los vivos. Eran más que capaces, pero la pregunta era por qu…

—¿Por qué? —Carrion formuló la pregunta antes incluso de que yo pudiese acabar de pensarla—. ¿Con qué finalidad? Yo no recuerdo haber ido a ninguna parte. No recuerdo nada. Ni siquiera recuerdo a tu padre, Fisher. ¿Tenía algún plan para mí? ¿Tienen los dioses algún plan?

Mi compañero se mordió el interior del carrillo y se contempló la mano, apoyada en la mesa frente a sí. Tardó un buen rato en hablar:

—Yo tampoco recuerdo apenas a mi padre. Y no puedo aspirar a saber qué planes han hecho los dioses. Lo único que podemos hacer es trazar nuestros propios planes y cruzar los dedos.

—Estoy de acuerdo.

Hasta aquel momento, Renfis había estado notablemente callado durante toda la conversación. Se masajeó la mandíbula y paseó la vista por la estancia.

—Tendremos que abordar los planes de los dioses más adelante. De momento, lo más importante es lo que tenemos entre manos. Apenas nos queda plata, pero ese ni siquiera es el mayor problema ahora mismo. La horda está contenida. Saeris ha prohibido que los devoradores salgan de las tierras yermas. No tenemos que preocuparnos por si aparecen en el río. Cierto, aún no tenemos reliquias, pero de momento nos las podemos apañar sin ellas.

—Ah, pero aún nos hacen falta —dije yo. Todos volvieron a mirarme—. Nos hacen mucha más falta que antes. Los devoradores que aparecieron ayer en el río no deberían haber podido desobedecer mi mandato, pero así fue.

—Porque estaban infectados de podredumbre —dijo Ren lentamente. Hundió los ojos, con mala cara—. Y la podredumbre se extiende. Si la horda de Ammontraíeth se ve infectada…

—Estamos jodidos —completó Fisher—. Joder.

Frunció el ceño, con la vista a un millón de kilómetros de distancia, mientras lo digería todo.

—Las reliquias no nos serán de ayuda si hay que enfrentarse a un ejército de infectados —murmuró Lorreth.

Esta vez mantuve la boca cerrada. No pensaba ser yo quien lo dijese. Como siempre, fue Fisher quien aceptó la carga de hacer lo más difícil, de soportar el peso de la verdad por todos nosotros:

—Si eso sucede, no tendremos salvación —dijo—. Tendríamos que marcharnos de Yvelia. Y para una evacuación masiva a ese nivel necesitaríamos mucho más que quince mil reliquias.

Había otros reinos. Lugares en los que podríamos dejar atrás la podredumbre durante un tiempo. Pero sería una solución temporal. Si lo que había dicho Zareth era cierto, la podredumbre que no tardaría en propagarse hacia la cordillera que separaba Innìr de Cahlish ya debía de estar buscando modos de saltar de un reino a otro.

Renfis inclinó la cabeza y asintió.

—Está bien, tenéis razón. Sí que necesitaremos más plata. Más de la que podríamos encontrar aquí en Yvelia.

—Sí. —Fisher se apretó las sienes con las puntas de los dedos. Tras pensarlo un momento, alzó la vista hacia mí—. Hay una forja en Ammontraíeth. Estoy seguro de que tiene que haberla.

—La encontraré. Y en cuanto la encuentre, me pondré a trabajar.

—Gracias. Y mientras estás allí, Carrion puede buscar información sobre el sellado de runas. Y sobre cómo dominar tus habilidades en general, ya que se pone.

Carrion emitió un suspiro dolido y se levantó del sofá. Se manoteó la ropa para recolocársela y se irguió.

—No, creo que Carrion no puede hacer nada de eso —dijo.

—¿Por qué? —preguntó Fisher—. ¿Tienes algo mejor que hacer?

—Bueno, yo no diría mejor, pero… —Puso los ojos en blanco—. Sé adónde te vas a dirigir tú, y por desgracia para los dos, será mejor que te acompañe.

—¿De qué hablas? —pregunté yo.

—¿Dónde podrías echarle mano a un buen montón de plata en este reino? —preguntó el contrabandista.

Oh.

Oh, no.

Me encogí al comprender a qué se refería.

—También tenemos que averiguar si los devoradores provienen de Zilvaren. Esto no es más que una suposición, pero diría que, ahora que compartís ese vínculo de amor verdadero y estáis tan empalagosos los dos, te vendría bien ir a por el hermano de Saeris y cumplir por fin el pacto que hiciste con ella…

—Cuidado con lo que dices, Swift —gruñó Fisher.

—Pero, claro, ¿quién crees tú que sabrá exactamente qué pinta tiene el famoso Hayden Fane, eh?

—Vale, tienes razón.

—Es que si te dejamos hacerlo solo otra vez, a lo mejor podrías traerte a cualquiera… ¿Cómo se llamaba aquel tío, Saeris? —Carrion frunció el ceño y chasqueó los dedos en mi dirección—. El tío que te besó aquella vez en Casa Kala. Acabaste dándole un puñetazo en la boca y le descascarillaste un diente.

Yo sí que le iba a dar a él un puñetazo en la boca.

—Cállate ya, Carrion.

Él alzó las manos en gesto de rendición.

—Está bien, está bien. Solo lo comentaba. Tú vete a poner orden en la Corte de Sangre y a aprender algún truco de magia nuevo, y Fisher y yo iremos a la Ciudad de Plata a encargarnos de todo. Tiene sentido, ¿no?

Un denso silencio impregnó la biblioteca mientras todo el mundo procesaba aquello. Yo esperé a que Fisher se negara, pero al ver su ceño fruncido, comprendí que no iba a tirar por tierra el plan de Carrion. Tenía aspecto de querer matarlo, eso sí. Pero lo que hizo fue decir:

—Está bien. Pero te juro por los dioses que, si te pasas todo el tiempo parloteando, te mato y dejo tu cadáver para que lo picoteen los cuervos, Carrion Swift.

11



EL PARAÍSO DEL LOCO

SAERIS

Las despedidas no eran sencillas.

Así que lo hicimos rápido.

Si había sido Madra quien había enviado a los devoradores a Yvelia, cada segundo que el mercurio pasaba activo aumentaba la posibilidad de que enviase más. Cuando Kingfisher y Carrion entraron en el estanque plateado, mis emociones estaban tan crispadas que rompí el borde. Casi le supliqué a Fisher que no fuera, pero lo que hice al final fue darle a Carrion la reliquia que había hecho para él. A Fisher le dejé la que había hecho para Hayden. Le di a mi compañero un beso largo y profundo, y prometí volver a abrirles la puerta al cabo de tres días.

Por su parte, Fisher dejó abierta una puertasombra para nosotros en Cahlish. Pintó con su sangre un símbolo protector bajo la puerta para dejarla abierta, de modo que pudiésemos movernos entre la mansión y un punto seguro y libre de infección en la ribera del Zurcido, donde podríamos cruzar el río y atravesar a caballo el resto del camino hasta Ammontraíeth.

Mientras ensillábamos las monturas, me puse a pensar en mi compañero. No pude dejar de hacerlo durante las dos horas de

camino a caballo a través de las tierras yermas. Ni tampoco cuando crucé los espaciosos pasillos del palacio y los vampiros altasangre se arrodillaron e inclinaron la cabeza a mi paso. Ni tampoco cuando leí en mis aposentos para matar el tiempo. Ni tampoco cuando toqueteé sin ganas la comida que un vampiro bajasangre —el nivel social más bajo de los vampiros de Ammontraíeth— había llevado a mi estancia. No podía dejar de pensar en él.

—Arriba esa hoja, estás bajando la guardia.

La espada irrumpió en mi campo de visión y cortó el aire, peligrosamente cerca de mi cara. Una ráfaga de adrenalina me recorrió la piel y me arrancó un sudor frío. Probablemente, Lorreth no quería estar allí. Qué egoísta por mi parte no haberlo pensado antes. El guerrero había estado a punto de morir ante tres devoradores que intentaron drenarlo por completo. Fisher había tenido que unir parte de su alma a la de Lorreth para arrebatárselo a la muerte de las garras. Aquello había sucedido hacía siglos, pero nadie sobrevivía a algo así sin que quedase huella.

Ammontraíeth era un lugar de sombras, un elemento en el que yo confiaba cada vez más últimamente. Sin embargo, la oscuridad que se amontonaba en los rincones de la Corte de Sangre no estaba pensada para acariciar ni seducir, a diferencia de las sombras de Fisher. O, al menos, las sombras que Fisher usaba conmigo. Las de Ammontraíeth escondían peligro, ojos vigilantes. Yo no era la única que se percató de ello cuando llegamos poco después del crepúsculo.

Lorreth estaba completamente alerta. Su mirada oscilaba de aquí para allá, sin centrarse en mí, mientras entrenábamos. Había llamas de luceterna que iluminaban la sala de entrenamiento, perezosas, que se mecían como hierba larga bajo una leve brisa. El guerrero y yo caminábamos en círculos, intentando romper la guardia del otro.

Allí no había ventanas. Los muros y el suelo estaban hechos de obsidiana pulida y resbaladiza, algo que de algún modo volvía el aire más denso. Mi respiración acelerada y el sonido de nuestros pies

descalzos sobre aquella superficie negra y fría parecían resonar demasiado. Demasiado cerca.

Lorreth arremetió contra mí con un gruñido y lanzó un tajo con Avisiéth. El sonido produjo un único eco que no se repitió. Yo me aparté para esquivar el golpe, con pies ligeros y con cuidado de no apartar la vista del guerrero para que no me diese un revés con el pomo de la espada divina.

—Debería haberlos acompañado —dije al tiempo que alzaba la guarda de Solace—. Debería estar con ellos.

Lorreth desvió con facilidad el golpe que le lancé al hombro y apartó a Solace. Chistó entre dientes y negó con la cabeza.

—Muy torpe. Ataca más alto. Así.

Me demostró cómo enarbolar la espada y alzó los codos para que estuviesen a la altura de su mandíbula. Yo imité la postura y él asintió, satisfecho. Luego, atacó.

—No podías ir con ellos —dijo mientras se abalanzaba sobre mí—. Por si te has olvidado, en tu hogar hay dos soles y nunca es de noche.

—Podría haberme puesto un manto. —Me aparté para esquivar un tajo que me lanzó al vientre—. Haber cubierto mi piel.

—Claro. Así seguro que no llamarías la atención en absoluto. ¿Y el cansancio qué, eh? Si aquí ya estás más débil durante el día…

Me enderecé y bajé a Solace.

—¡Eh!

—He dicho que estás más débil, no que seas débil. No es lo mismo. ¡Esa guardia!

La parte plana de su espada me golpeó la parte superior del brazo, un castigo por abandonar la postura de combate. El dolor me recorrió el hombro hasta la cabeza. Apreté los dientes con tanta fuerza que me mordí la lengua y paladeé mi propia sangre.

—Eso ha estado feísimo —gruñí.

—Huy, perdón, no sabía que estábamos entrenando con buenos modales. Disculpa. Permíteme ofrecerte la siguiente compensación. —Entrechocó los talones desnudos y adoptó una postura de

combate con la espalda rígida. Alzó la barbilla y me dedicó una mirada regia—. Te desafío a un duelo, Saeris Fane. ¿Te importaría apuñalarme con esa resplandeciente espada tuya? Sería todo un honor.

—Que te follen, Lorreth.

Él hizo un mohín.

—¿Con esa boquita sucia que tienes le das besos a mi comandante?

—He hecho bastante más que darle besos.

Él apretó los labios al tiempo que sus ojos se desorbitaban.

—Bueno, tampoco hace falta que me cuentes detalles, por favor.

—No te iba a contar… nada.

Jadeé en busca de un poco de aire al tiempo que volvía a pivotar sobre mí misma, con un giro de tobillos y caderas, para trazar un arco por el aire con Solace. Luchar con espada era mucho más difícil que con daga. Una daga era una extensión de mi mano. Con un juego de dagas, yo era rápida. Diestra. El tamaño y el peso de Solace dificultaban el movimiento.

Lorreth siguió mi giro, dio un paso atrás, alzó un pie y me arreó una patada en el costado. Yo caí redonda en el suelo, con tanta fuerza que se me escapó todo el aire de los pulmones.

—¡Aaay!

—Has trazado bien el giro. Lástima que te haya faltado velocidad —musitó el guerrero, rodeándome.

—Eso… mismo… pensaba… yo.

Joder, cómo me dolían las costillas. Lorreth se agachó junto a mi cabeza, se apoyó a Avisiéth sobre las rodillas y puso los codos en la hoja de la espada divina. El muy cabrón no tenía ni la respiración alterada.

—Estás justo donde tienes que estar, Saeris —dijo—. Bueno, en el suelo no. No deberías estar despatarrada en el suelo. Me refiero a estar aquí. De haberte pasado más tiempo lejos de Ammontraíeth, alguno de los otros Lores habría sido capaz de afirmar que habías abandonado el trono y lo habría reclamado para sí. Se llama

«negligencia en el deber» o algo así. La gente cree que en la Corte de Sangre no hay más que perversión y orgías sanguinolentas, pero en realidad hay mucha más burocracia y jueguecitos políticos, que yo sepa.

—Suenas decepcionado.

Él se encogió de hombros y me tendió la mano para ayudarme a ponerme en pie.

—¿A quién no le va a gustar una orgía sanguinolenta? —preguntó—. ¿A quién no le va a gustar?

—La verdad es que yo no he participado en ninguna.

Lorreth se encogió de hombros.

—Tampoco te pierdes tanto, la verdad. Acaba uno muy… pegajoso.

—¿Te importa si hacemos una pausa de un segundo en esta conversación superinteresante? Creo que tengo el hombro dislocado.

Lorreth apenas lo miró, se limitó a darme un golpe. Oí un chasquido cuando el hombro se me recolocó en su sitio, tan fuerte que se me subió la bilis a la garganta. Le clavé una mirada asesina, con los ojos anegados de lágrimas.

—Esto…, ¿gracias?

—De nada. Venga, en guardia.

—No puedo volver a alzar esta condenada espada. Voy a necesitar al menos otros diez minutos. Me parece que voy a vomitar.

Lorreth intentaba obligarme a ponerme en pie de nuevo, pero al mirarme a los ojos, algo en él se suavizó. Se apiadó de mí.

—Está bien. Te concedo cinco minutos. Respira. Y… —De pronto sonó algo incómodo—. Sé que te sientes mal, ¿vale? Que te sientes inútil, incluso, aquí atrapada en este puto palacio de mierda mientras los demás están ahí fuera sin nosotros. Ren ha ido a avisar a los gilarien. Danya está al mando de los intentos de mantener a raya a los infectados. Fisher y Carrion tratan de averiguar lo que se pueda en Zilvaren, además de encontrar plata y a tu hermano…

—¡Ay, dioses! —exclamé. Una horrible certeza me golpeó de la nada.

Los ojos de Lorreth se desorbitaron.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—Te ha obligado a prometer que te quedarías aquí y me vigilarías, ¿verdad?

La expresión de Lorreth quedó vacía al instante.

—¡Te ha obligado a prometer que te quedarías aquí y me protegerías! —Dioses, qué ciega había estado—. Por eso estás atrapado en esta sala de entrenamiento conmigo, ¿verdad? De lo contrario, estarías con todos los demás, haciendo algo útil.

Después de repasar los detalles del plan, nos habíamos dividido, y cada uno se había encargado de su misión individual. Te Léna y Maynir habían ido a sanar a los heridos entre los guerreros que habían escapado de Innìr. Iseabail había regresado con su gente para preguntar educadamente si alguna de las miembros de más edad sabía cómo se sellaban las runas alquímicas. Ren había ido en caballo a los asentamientos costeros al este de Cahlish para advertirles de la presencia de la podredumbre. Con lo que quedaba del campamento de guerra, Danya estaba enviando equipos de caza para mantener a raya a los infectados, o al menos impedir que siguiesen avanzando tierra adentro.

El plan era reunirnos en Cahlish a los tres días, pasase lo que pasase.

Pero Lorreth había dicho que quería quedarse a entrenar conmigo. Era incapaz de mentir; probablemente sí que quería ayudarme a entrenar. Pero yo habría apostado el ojo izquierdo a que prefería estar ahí fuera con Danya, cargándose infectados. El guerrero se encogió de hombros ante mi acusación e intentó hacerse el loco.

—No te preocupes por eso. Tú céntrate en mantener distraídos a estos vampiros y en averiguar cómo funcionan tus runas.

—¡Lorreth!

—¡Vale, vale, está bien! Ni confirmo ni desmiento tus sospechas. Pero si no me echas la bronca y acabas de entrenar conmigo, te

cuento toda la historia de Puerta Ajun. De pe a pa, hasta el último detalle truculento.

—Ya me conozco la historia…

—¡Ja! —gruñó Lorreth—. Claro que no te la conoces. ¿Sabes algo de Merelle? —preguntó.

Merelle. El nombre me sonaba de algo. Quizá sí, pero… negué con la cabeza.

—No, la verdad es que no.

La tensión se disipó de los hombros de Lorreth. Sabía que ya había ganado.

—Era la hermana de Ren. Murió en la ladera de aquella montaña helada. No hemos vuelto a ser los mismos desde entonces.

—Cuéntamelo todo. —Ahora que lo había mencionado, tenía que enterarme—. ¿Ren tenía una hermana?

—No solo una hermana. Eran gemelos…

Yo ya me había puesto en pie, olvidando por completo el dolor del hombro. Alcé a Solace, pero Lorreth soltó un gemido enojado y apartó la espada antes de que yo adoptase la postura defensiva.

—¿Sabes qué? Ahora que lo pienso, mejor no luchar mientras hablamos de Merelle. Hay otra actividad mejor para acompañar la conversación.

Presentí lo que iba a decir Lorreth a continuación, pero, aun así, tenía que preguntarlo:

—¿Qué?

—Beber, claro. Vamos. Estos chupasangres son demasiado elegantes para la cerveza, pero entienden de vinos buenos.



¿Qué había esperado yo? ¿Una escolta armada por el palacio? ¿Una multitud por las calles vitoreándome al pasar? No, por supuesto que no. Eso habría sido ridículo. Pero desde luego tampoco esperaba que Lorreth me echase un manto sobre los hombros, me subiera la

capucha y me sacase con malos modos de Ammontraíeth sin que nadie nos detuviese ni se dirigiese a nosotros. Me parecía demasiado fácil. Aunque lo odiaba, estaba acostumbrada a que los residentes de la Corte de Sangre se arrodillasen cuando pasaba a su lado en un corredor o entraba en una habitación. Aquella noche, con la capucha puesta, mis reticentes súbditos no me reconocieron, así que salí sin más problema de Ammontraíeth.

Sabía que había edificios fuera del palacio. Montones de edificios. Los veía desde el balcón de mi dormitorio, pero lo cierto era que no les había prestado mucha atención. Cuando me asomaba al balcón de noche, mi atención se dirigía al norte, más allá de las tierras yermas que nos separaban a mi compañero y a mí, no al núcleo de actividad que se desarrollaba ajetreada a los pies de Ammontraíeth.

Los Engranajes, así había llamado Lorreth a aquellos barrios entrelazados y circulares, conectados por una estrecha escalinata descendente hasta el nivel de la calle. La lluvia martilleaba sobre los tejados de los angostos edificios, se deslizaba por la pizarra y caía por bajantes de arcilla rotos hasta las calles adoquinadas. Lorreth y yo atravesamos el segundo nivel de los Engranajes, una zona que frecuentaban los magos de sangre, los hongombres y los paladines caídos en desgracia que pretendían, según Lorreth, comerciar con mercancías dudosas. Había patios sombríos que aguardaban tras estrechos callejones cubiertos que se escindían de la calzada principal. Tiendas de ladrillo, con tejados torcidos y ventanas empañadas de condensación, anunciaban brebajes, lecturas del tarot y amuletos.

Mientras caminábamos, Lorreth hizo honor a su promesa y me contó la historia de Puerta Ajun. Yo era la única que recordaba aquella canción que cantó sobre la terrible noche en la montaña, pero ni siquiera la canción lo explicaba todo. Merelle, la pobre hermana de Renfis, había sido abrasada hasta la muerte del modo más horrible imaginable. Y encima, Ren lo había presenciado todo. Merelle seguía viviendo en cierto modo, pues parte de su espíritu estaba vinculado a la espada de Fisher, pero… resultaba difícil

imaginar cómo había afectado su pérdida a todo el grupo de guerreros.

Tenía que haber sido duro. Un buen modo de referirse a todo aquel lugar: duro. Los Engranajes no era ninguna excepción.

Seguimos avanzando. Había mucha gente metida en sus propios asuntos; sobre todo vampiros altasangre y algún que otro devorador ocasional, siempre con collar puesto y haciendo las veces de caballo de carga. Intenté no clavarle la mirada a ninguno desde debajo de mi capucha impermeable. Los devoradores estaban demacrados y delgados, eran poco más que piel podrida y estirada sobre huesos. Sus ojos tenían un hambre que no podía ser saciada jamás. Sus amos los arrastraban con cadenas, los guiaban mediante frasquitos de sangre olorosa y se reían de su desesperación cuando intentaban alcanzar su premio.

Daba igual adónde mirase, me encontraba con algún tipo de crueldad ante la vista. Una mujer, desnuda de cintura para arriba, estaba atada a un poste. La pálida piel de su espalda se rasgaba como papel mojado mientras la azotaban. Un niño lloraba, le corrían lágrimas carmesíes por las mejillas, y los vampiros altasangre se lo quitaban de en medio a empujones mientras hacían sus recados por aquí y por allá. Una criatura patilarga se agazapó en lo alto de un muro de piedra y le arrancó extremidades a una rata, para luego decapitarla y beber de su cuerpo como si de una copa se tratase.

Pero… ahí también había lugar para la belleza. No me parecía correcto reconocer que Sanasroth pudiese albergar algo bello, pero acabé asombrándome al seguir a Lorreth por aquellos callejones estrechos que se abrían entre los edificios. De los alféizares asomaban flores nocturnas que expulsaban esporas fragantes al aire. Enredaderas que ascendían por los letreros de las tiendas, que alfombraban la mampostería con pequeñas flores blancas que olían a jazmín.

Algunas de las ventanas tenían cristales tintados que captaban y refractaban la luceterna de las velas que ardían en el interior. Los diseños de los vitrales eran impresionantes, una miríada de colores

soldados astutamente para representar algunas de las escenas más intrincadas y hábilmente elaboradas que yo había visto en mi vida. Por otro lado, los propios vampiros altasangre eran dignos de ver. Se parapetaban tras sonrisas crueles, y sus ojos destellaban como cuchillos en la oscuridad, pero sus facciones eran delicadas, su piel inmaculada, sus chaquetas perfectamente compuestas, impolutos sus vestidos de seda y satén.

Lorreth encabezaba la marcha, con los ojos fijos al frente mientras se abría paso entre la multitud. No miraba los cuerpos que se retorcían en cada esquina entenebrecida: las mujeres pintadas, perfectas como muñecas, con la cabeza echada hacia atrás de puro éxtasis, siempre bien vestidas; príncipes nocturnos de cabello como ala de cuervo hundían los dedos en sus entrepiernas y bebían de los huecos en sus cuellos.

Lorreth tampoco prestaba atención a los siseos. Allá por donde pasaba, los altasangre retrocedían y le enseñaban los colmillos. El odio brillaba como fuego en sus ojos, aunque ni uno solo se atrevía a tocarlo.

—Eres muy popular —musité desde las profundidades de mi capucha—. Tiene que ser agradable.

—No tienen ni idea de quién soy —repuso Lorreth—. Lo que perciben es la plata que llevo a la espalda. No les importa nada más.

—Hum. Seguro que no se les escapa el hecho de que seas el único fae de Ammontraíeth.

Lorreth le enseñó los dientes a una vampira altasangre que tuvo el arrojo que bloquearle el paso. Ella soltó una sarta de maldiciones en un lenguaje desconocido y gutural hasta que Lorreth se acercó demasiado, momento en que giró en redondo y desapareció en el interior de un edificio.

—Te sorprenderá saber —dijo Lorreth en tono frívolo, ignorando a la vampira— que aquí hay más fae de lo que piensas.

—¿Qué? Ni hablar. Ningún miembro de los fae vendría aquí por voluntad propia.

El guerrero apoyó la mano en la puerta de un edificio medio derruido que había al frente. Me miró y alzó las cejas.

—Nadie ha dicho nada de voluntad propia. En la mayor parte de los casos es por trance. —Alzó la voz para que lo oyesen los altasangre que nos miraban en la calle—. A fin de cuentas, ¿a quién crees que se comen estos hijos de puta?

Pues tenía toda la razón. La verdad era que yo pasaba buena parte de mi tiempo intentando no pensar cómo se mantenía una corte tan numerosa, teniendo en cuenta que su único sustento era la sangre.

Lorreth esbozó una sonrisa irónica, abrió la puerta de un empujón y me hizo un gesto para que entrase.

—Bienvenida a El Paraíso del Loco, Saeris Fane.



Había miembros de los fae por todas partes. Hombres. Mujeres. Niños. Aquello no tenía sentido. La taberna estaba abarrotada. Los fae compartían reservados con vampiros altasangre entre risas. Comían y escuchaban con intensa fascinación lo que decía algún vampiro altasangre mientras otro se alimentaba despreocupadamente de sus muñecas.

Había una hilera de reservados por toda la pared del fondo, con gruesas cortinas de brocado que les daba algo de intimidad, pero un par de ellas estaban descorridas, de modo que pude atisbar una maraña de pieles desnudas. Bocas pegadas a pechos, chupando pollas y… bueno, ya estaba bien. Aparté la mirada, con las mejillas ruborizadas.

—¿Cómo llamarías a un sanasrothiano vestido de la cabeza a los pies? —preguntó Lorreth en tono jocoso mientras avanzaba hacia la barra.

—No sé —respondí.

—Yo tampoco. Jamás los he visto completamente vestidos, joder.

—Me acuerdo de ti, niñato fae. —Una voz cargada de desdén se oyó tras la barra. Pertenecía a un espigado altasangre de facciones angulosas y estrechas, ojos rápidos y oscuros y el ceño fruncido—. Estuviste aquí hace tiempo.

Yo ya me había bajado la capucha, pero el camarero no me reconoció. Los habitantes de los Engranajes no tenían ni idea de qué aspecto tenía su nueva reina; por eso no se arrodillaron ante mí, algo que me pareció perfecto.

—Si por «hace tiempo» te refieres a hace seiscientos años y pico, sí, debes de tener razón —dijo Lorreth. Dejó caer un saquito lleno de monedas sobre la barra y tomó asiento pesadamente en un taburete—. ¿Y qué?

—Te metiste en una pelea y rompiste una de mis mesas. Y te fuiste sin pagar la cuenta.

—Por los dioses y los mártires. Han pasado seiscientos años y aún me la guardas por una mesa desvencijada y una copa de vino.

El vampiro altasangre, que debía de ser el propietario de El Paraíso del Loco, entrecerró los ojos.

—Todas las deudas se pagan. —Señaló con un dedo índice de uña perturbadoramente larga un letrero sobre la barra que, efectivamente, decía «TODAS LAS DEUDAS SE PAGAN»—. Si quieres disfrutar de mis servicios, tendrás que pagar antes la cuenta.

—No quiero ningún servicio por tu parte. Mi hermana y yo solo hemos venido a tomar algo. No hagamos que esto sea más incómodo de lo que ya es.

El altasangre se giró por primera vez hacia mí. El peso gélido de su atención me aplastó, pero yo estaba demasiado asombrada por el modo en que Lorreth se había referido a mí como para que me importase la mirada de desdén de aquel tipo.

«Hermana».

Me había llamado «hermana».

—No contravengo las reglas ni por los de mi misma especie. ¿Por qué iba a contravenirlas por gente como vosotros?

—¿Qué te parece por mi cara bonita? —El vampiro altasangre le lanzó a Lorreth una mirada que podría haber descascarillado el empapelado de la pared—. ¿No? ¿Y qué te parece por esto?

El guerrero se llevó la mano a la espalda y desenvainó a Avisiéth. Apoyó la pesada espada sobre la barra con un golpe seco.

El vampiro altasangre cerró los ojos momentáneamente, pero había que reconocer que tenía pelotas. No se achantó mucho ante aquella arma afilada de plata.

—Solo aceptamos monedas o sangre. —Hizo una pausa en la que estudió a Lorreth, y luego añadió—: Preferiblemente sangre.

—Que te jodan, garrapata. Si quieres mi sangre, vas a tener que chupármela tú mismo.

El vampiro altasangre se envaró.

—No es imposible.

—Primero tendrás que matarme —añadió Lorreth, enseñando los dientes.

El vampiro altasangre se cruzó de brazos y frunció los labios.

—Desenvainar plata en Sanasroth se considera alta traición. ¿Cómo te llamas, niñato fae? ¿A quién sirves?

A Lorreth se le escapó un duro ladrido en forma de risa.

—Me llamo Lorreth de los Chapiteles Rotos. Y no sirvo a nadie.

Por fin, el ceño fruncido del vampiro altasangre se suavizó. Sentí una extraña satisfacción al reconocer el pánico que lentamente se iba apoderando de él.

—Aquí solo se permite la entrada a seres vivos bajo trance. Los fae independientes no son bienvenidos —dijo, y retrocedió un paso de la barra.

—No te preocupes. Nos marcharemos en cuanto hayamos disfrutado de una jarra de tu mejor tinto lìssiano.

Otros dos vampiros altasangre se levantaron de la mesa más cercana y se aproximaron a nosotros por la espalda. Los dos eran bastante más grandotes que el vampiro tras la barra. Uno de ellos le puso una mano en el hombro a Lorreth.

—Me parece que has olvidado el puesto en la cadena alimenticia que ocupa aquí tu raza, sangre cálida —dijo el de la derecha, que tenía una gruesa cicatriz plateada en la mejilla derecha—. Errigan te acaba de decir que te marches. Ponte en pie ahora mismo y quizá te demos algo de ventaja antes de…

Supe lo que iba a pasar.

Aun así, contemplar cómo ocurría fue sorprendente.

Lorreth dejó a Avisiéth donde estaba, apoyada en la barra. Ni siquiera la tocó. Él se convirtió en un borrón negro que se giró y se abalanzó hacia ellos desde el asiento. En un instante, el vampiro altasangre de la cicatriz había intentado obligar al guerrero a girarse y levantarse del taburete; pero al siguiente, su mano había quedado separada de la muñeca y Lorreth la sostenía en su propia mano. De la muñeca del vampiro altasangre, que ahora era un muñón crudo, salió un reguero de icor. El vampiro miró la herida, abrió la boca para gritar, y Lorreth le incrustó la mano arrancada dentro, por los dedos.

Yo me aparté del taburete y retrocedí. Casi perdí el equilibrio.

—¡Me cago en la puta, Lorreth!

—En el nombre de los cinco infiernos, ¿qué pasa aquí?

La música que sonaba cuando entramos se había detenido. Un silencio plomizo cubrió como un manto la taberna. Todo el mundo se giró hacia el recién llegado. Taladaius se encontraba en la puerta de la taberna. A su lado había una figura oscura, orientada hacia la salida, cubierta con una capucha que ocultaba sus facciones.

Lorreth se envaró y adoptó una expresión sombría. Dio un paso hacia Taladaius, pero el Lord de Medianoche alzó una mano y cerró los ojos de pura frustración.

—Quieto ahí, Lorreth. Estás cubierto de sangre, no estás en condiciones de mezclarte con gente de bien.

Taladaius se dirigió rápidamente a la figura encapuchada. Yo no capté ni una de sus palabras, ni siquiera con mis sentidos aumentados. Si no me equivocaba, Taladaius debía de haber invocado un escudo sonoro alrededor de ambos.

La figura encapuchada asintió y se marchó sin mirar siquiera atrás. Taladaius se mantuvo en el umbral de la taberna. Como siempre, llevaba la ropa impoluta y el cabello plateado peinado hacia atrás sin un solo mechón descolocado, aunque no tenía la misma compostura de siempre.

—En cuanto me enteré de que os habíais marchado del palacio, comprendí que os ibais a meter en problemas, pero no pensaba que fueseis tan imprudentes como para buscároslos tan rápido.

—Milord. —Errigan, como había llamado el otro vampiro al altasangre tras la barra, inclinó la cabeza y apartó los ojos de Taladaius—. No os esperábamos aquí. Aún no tenemos el diezmo de la noche, mis disculpas. Si me concedéis un momento…

—Me da igual el diezmo, Errigan. Lo que me preocupa es el charco de sangre cada vez más grande en el suelo de mi taberna, y el hecho de que uno de mis clientes habituales se esté ahogando con su propia mano. ¿Te importa explicarme qué pasa aquí?

¿«Mi taberna»? ¿Aquel sitio era de Taladaius? Mi creador parecía hervir de rabia. Pasó por encima del charco de sangre, apoyó las manos en la barra y dijo:

—¿Y bien?

—Este hombre estaba causando problemas.

Taladaius miró a Lorreth por el rabillo del ojo.

—¿Es cierto eso?

—Sí.

—Dios… —Dejó escapar un resoplido de frustración—. Por lo más sagrado, ¿no vas a intentar ni mentir un poco?

—El juramento no me lo permite, Tal. Debes de haberlo olvidado.

Durante una fracción de segundo, un eco de pesar reverberó desde Taladaius, una punzada de algo que me pareció dolor y que desapareció tan rápido como había llegado.

—Solo hemos venido a tomar algo —prosiguió Lorreth—, pero este de aquí no quería perdonarme una deuda de seiscientos años de antigüedad.

—¿Qué? —Tal parecía a punto de estallar.

—Ya, es una ridiculez —dijo Lorreth, sin entender en lo más mínimo que Taladaius estaba frustrado con él.

—Está bien, Errigan, trae los registros. Y ya que estás, tráeles algo de vino, por el amor de los pecadores.

—Pero, milord…

—Hazlo, Errigan.

El altasangre palideció aún más. Con la vista en el suelo, desapareció tras una puerta que daba a la parte trasera de la taberna. Taladaius se giró hacia los dos altasangre que habían intentado sacar la cara por Errigan. Al ver que uno de ellos aún sujetaba la mano cercenada que se acababa de sacar de la boca, soltó un suspiro.

—Milord, esto exige una compensación. Una afrenta por otra, ¡su mano por la mía! —Escupió goterones de su propia sangre negra al hablar.

—Vamos, Anterrin. No es lo mismo una afrenta por otra que su mano por la tuya. La tuya te volverá a crecer —argumentó Taladaius.

—¡Pero tardará un mes o quizá más! ¿Qué hago yo mientras tanto? —Movió la mano desmembrada en el aire.

Lorreth cometió el gravísimo error de echarse a reír.

—Seguro que cuando te vuelva a salir estará muy pequeñita, pero así al menos tendrá la proporción adecuada para hacerte pajas.

—¡Basta!

Taladaius no había gritado antes. Ni siquiera cuando Ereth me había atacado en la tarima y Fisher lo había partido en dos. Apretó los puños justo cuando Errigan volvía con un polvoriento libro de registros que dejó caer sobre la barra.

—¿Cuánto dinero dejarás de ganar por estar manco hasta que te crezca de nuevo la mano? —preguntó Taladaius.

Anterrin, el altasangre, se lo pensó.

—Cien crönas al día.

El Lord dejó escapar un sonido de exasperación.

—Eres guardián en las murallas, Anterrin. Como mucho ganas diez crönas al día. Te las pago yo, aunque debería darte la mitad

solo por mentir. Vuelve mañana a por el dinero. Errigan lo tendrá preparado. Khol, saca a tu hermano de aquí antes de que diga cualquier estupidez que le acabe costando la otra mano.

Los dos vampiros altasangre se marcharon tras lanzar miradas venenosas por encima del hombro. En cuanto se hubieron ido, Taladaius se giró y abrió el polvoriento libro.

—A ver, enséñame esa deuda —ordenó.

Errigan hojeó las páginas desde su lado de la barra, inclinando el cuello, hasta encontrarla.

—Aquí la tenéis, milord. —Dio un golpecito en el centro de una página con aquella uña tan asquerosa.

Taladaius miró la entrada del registro y luego alzó la vista hacia el altasangre.

—¿Ocho mil crönas, Errigan? ¿Por una botella de vino y arreglar una mesa?

—¡Son intereses acumulados, milord! ¡Este niñato fae contrajo la deuda hace siglos!

Con aspecto cansado, Taladaius agarró la pluma que Errigan había traído junto con el libro de registros y tachó la deuda con una línea impresionantemente recta.

—¡Milord! —Errigan parecía a punto de desmayarse—. ¡He regentado este establecimiento durante ochocientos años y jamás he perdonado una deuda!

Mi creador cerró de golpe el libro de registros y se lo pasó al vampiro al otro lado de la barra.

—Y me lo vendiste a mí hace cincuenta, con todas sus deudas. Yo acabo de perdonar una de ellas. Se acabó la discusión. Dale el vino —ordenó—. Paga la casa. Y en cuanto a ti… —dijo, y me agarró del brazo—. Tú te vienes conmigo. Tenemos que hablar.

12



TAL

SAERIS

—¿Quién era ese amigo tuyo que estaba contigo?

Taladaius cerró de golpe la puerta de su despacho en la taberna tras entrar, cada vez más frustrado.

—No es asunto tuyo.

No esperaba que me dijese más, pero, aun así, pensé que valía la pena preguntar.

—No pensaba que tuvieras madera de empresario, Taladaius, pero resulta que eres dueño de una taberna. Con lo mucho que se bebe y se folla por aquí…

Alargué la mano para agarrar el sujetapapeles de obsidiana con forma de cabeza de cuervo que descansaba sobre el escritorio extraordinariamente pequeño del vampiro, pero este me apartó la mano de un golpe. Soltó un gruñido irritado.

—Ah, ¿sí? No me había dado cuenta. ¿Dónde está tu compañero?

Di un giro completo y contemplé los cuadros de las paredes y las estanterías repletas de libros. Tenía una buena colección. Allí dentro olía bien, a papel seco y a tierra, a vainilla y chocolate caliente. Era un olor reconfortante.

—Ah, no sé —dije con voz cantarina—. En este reino no, que yo sepa. —Taladaius me dedicó una mirada vacía—. ¿A ti no te hace falta parpadear? A mí sí, pero quizá sea por mi mitad fae.

Muy despacio, Taladaius cerró los ojos y así los dejó.

—Dime que no ha vuelto a cruzar el mercurio.

Tomé asiento en la silla frente al escritorio y estudié a Taladaius en silencio durante un instante. De nuevo, intenté agarrar la cabeza de cuervo, pero esta vez, un reguero de fuego me subió por el brazo. Llevaba puestos los guantes, porque seguía siendo conveniente ocultar de momento las marcas del vínculo divino de ojos curiosos, pero, aun así, noté la luz y el calor que brotaban bajo la prenda y me recorría el brazo.

Ay.

Mi mano se estremeció con violencia. Me la metí debajo de la axila y la apreté, al tiempo que cerraba los ojos y esperaba a que se pasase el dolor.

—¿Saeris? ¿Qué pasa?

Apoyé la mano en el regazo. La luz que había salido de debajo del guante ya no se veía, pero el dolor seguía presente, tan fuerte que me había dejado sin aliento.

—Nada. Estoy bien.

Vaya, iba a tener que buscarme un grupo de actores sanasrothianos y empezar a presentarme a audiciones para trabajar con ellos, porque sonaba sincera. A pesar de lo plausible de mi interpretación, vi que Taladaius no estaba convencido. Pero tampoco me llevó la contraria.

—Si Kingfisher no está en Yvelia, necesito que me lo digas.

Yo me eché hacia atrás en el asiento.

—Ah, ¿sí?

—¡Sí! Toda la Corte de Sangre sabe de lo que es capaz Fisher. Bien claro que lo dejó cuando cortó en dos a Ereth como si fuese un tallo quebradizo de trigo, en el Salón de las Lágrimas. Cosa que, por cierto, me ha supuesto más de un dolor de cabeza y más de dos. No puede haber cuatro Lores de Medianoche, Saeris. Tenemos que ser

cinco, así que ahora hay que organizar una votación… —Se detuvo y resopló—. Bueno, da igual. Mira, cuando Fisher está por aquí, a la gente le da miedo hacer nada en tu contra. Pero si te ven débil o desprotegida, estarán dispuestos a probar suerte. Tendremos que poner más guardias en tus aposentos.

—No pongas más guardias. —El dolor que me corría por el brazo era como un rayo líquido que se acumulaba en mi hombro. Intenté no encogerme—. Si quieres que no parezca débil, lo que deberías hacer es eliminar la guardia que has puesto en mis habitaciones. Y de todos modos, mi edicto impide que nadie me haga nada.

Pum.

Pum.

Pum.

Me dieron ganas de gritar. Mis runas empezaron a arderme otra vez más en la piel, hasta el hueso.

—Hum —dijo Taladaius, tamborileando con los dedos por el escritorio—. Puede que tengas razón. Vamos a darle una vuelta a la idea. Mientras tanto, dime: ¿por qué escondes la mano ahí abajo?

—No escondo la mano.

Sí que escondía la mano. Me la había metido entre las rodillas, tras el escritorio, y me la apretaba con los muslos con la esperanza de que se me pasara el dolor.

—Saeris, te lo voy a dejar pasar porque todo esto es nuevo para ti, pero ningún vampiro puede mentirle a su creador. Cuando me mientes, desprendes un aura azul. Cuanto mayor es la mentira, más brilla el aura, y ahora mismo estás iluminando mi despacho como una antorcha. Y aunque no fuera así, se ve lo mucho que te duele. Dime qué te pasa.

Cuando vivía en el Tercero, de vez en cuando caía enferma. Después de que mataran a mi madre, no había habido nadie que me cuidase cuando me pasaba. Hayden era demasiado joven e irresponsable como para apoyarse en él, y de todos modos, era yo quien tenía que cuidar de él, no al contrario. Y no me parecía correcto pedirle ayuda a Elroy, que me había dado trabajo y me

había ofrecido tanta protección como podía frente a los guardianes de Madra. Pedirle más se me antojaba demasiado. Así pues, cuando caía enferma, estaba sola. Pasaba la fiebre entre temblores sin nadie que me abrazase ni me dijese palabras de consuelo. Me dije a mí misma que no necesitaba ayuda, porque no disponía de ayuda alguna. ¿Qué sentido tenía anhelar algo que nunca llegaría? Me había convencido tanto de ello, de que era fuerte, de que yo me bastaba y me sobraba, de que no quería preocupar a nadie más, que ahora me ponía de los nervios cada vez que alguien mostraba la más mínima preocupación por mí.

Pero, por lo visto, era imposible mentirle a Taladaius, así que no me quedó más remedio que contarle la verdad.

—Mis marcas —dije—. Me arden. —Era el único modo de describirlo—. Siento una presión por dentro. Todo el tiempo. Y a veces… aumenta. Parece que quiera salir de debajo de mi piel. Y luego… desaparece.

Mi creador me miró las manos.

—Quítate los guantes. Déjame ver.

Ninguna parte de mí quería hacerlo. Pero lo hice. Estaba demasiado cansada como para llevarle la contraria. Cansada de aparentar. Cansada de decirme a mí misma que tenía que ocuparme de todo yo sola, porque, por primera vez desde que murió mi madre, volvía a poder contar con alguien. Ya no estaba sola.

Le enseñé las manos. Taladaius no reaccionó al ver la piel ennegrecida alrededor de mis runas. Tampoco comentó el hecho de que estas siguieran brillando, ni de que me hubiesen corroído la piel hasta llegar al hueso. Jugueteó con el anillo de Lord que llevaba en el dedo índice, de modo que la piedra de color cetrino del centro reflejó la luz. Inspeccionó mis runas. Su tranquila seguridad y su falta de pánico me calmaron.

Le hablé de la visita que había hecho a Everlayne, que se había convertido inesperadamente en una visita a Edina. Describí lo que había sucedido con mis runas, y le conté que Edina había dicho que no estaban selladas. También le hablé de la advertencia de Edina, de

su petición de que encontrase su libro en las bibliotecas de Cahlish. A fin de cuentas, Edina me había pedido que no se lo contase a Fisher, pero no había dicho nada de buscar la ayuda de un Lord vampiro. Cuando acabé de hablar, Taladaius rumió aquella información con ojos lejanos. Al cabo, dijo:

—Y Edina habló contigo, ¿no? Tuvo una conversación de verdad contigo.

Asentí.

—Sí. A ver, fue un poco forzada. Parecía que le costaba hablar, pero sí.

—¿No estaba diciendo frases al azar? ¿No parecía que hablase con otra persona que no estaba allí?

—No, no fue así. Estaba hablando conmigo. Se dirigió a mí por mi nombre.

Taladaius se echó hacia atrás y puso la silla en equilibrio sobre las patas traseras. Soltó un silbido.

—Bueno, es preocupante.

—Sí, todo es preocupante, Taladaius.

—Sí, sí, claro. Pero… en este reino hay muchas sombras. Ecos. Recuerdos atrapados que deja una persona cuando muere. Suelen implicar una muerte horrible, pero al menos el alma de la persona trasciende. Las sombras, sin embargo, no son capaces de pensar. No pueden mantener conversaciones con otra gente.

—Hum. Vale.

—Así que la entidad que usaba el cuerpo de Everlayne no era un eco de la madre de Fisher, sino la propia madre.

—Pero eso no puede ser. Eso significaría que su alma lleva aquí desde que murió. Atrapada.

—Vale, pero atrapada no. Que yo sepa, Edina jamás entregó un trozo de su alma, como hizo Fisher cuando salvó al idiota ese de la taberna —dijo, y señaló con la barbilla la puerta que daba a la sala principal de la barra—. No se ató a nadie a este lado del velo, lo que significa que ha permanecido aquí solo por fuerza de voluntad. Y eso… —Negó despacio con la cabeza—. No sé lo que algo así podría

hacerle al alma de una persona, pero no es bueno. Debe de haber sido una tortura.

Fisher se había cuidado mucho de no expresar sus emociones cuando le dije que había hablado con Edina. Había mantenido el rostro inexpresivo, aunque era consciente de todo aquello. Había optado por no decir nada, y yo sabía por qué. Me había preocupado tanto lo de las runas sin sellar…, aunque, de nuevo, volvían a estar completamente normales. El dolor había disminuido mientras yo se lo explicaba todo a Taladaius. Ya no me dolían las manos ni tenía la piel ampollada. Mi creador se dio cuenta al contemplarlas.

—Qué buen truco, alquimista.

—¿Te parece? Creo que a mí me impresiona menos que a ti.

—Puede ser que no lo estés mirando como deberías.

—Ilústrame. ¿Cómo debería mirar unas runas llameantes que me causan un dolor agónico?

La verdad era que me costaba ver el lado bueno de la situación.

—Bueno, si esas runas arden, es porque tienes acceso a magia elemental de fuego. Una vez que la domines, resultará increíblemente útil, ¿no te parece? Y el hecho de que tus manos estén ya curadas, después del daño que acabo de ver, significa que también tienes magia regenerativa. Magia física, poder sobre el cuerpo. Quizá en algún momento puedas emplear tus habilidades para sanar a otros. Otro hilo que te conecta con tu legado alquimista. Todo esto que le está sucediendo a tu cuerpo puede ser señal de lo bueno que está por venir.

—Pero ninguna señal me va a venir bien si no puedo usar esa magia, Taladaius. Si esos poderes se siguen vertiendo sobre mí y acabo explotando y matando a todo el mundo en sesenta kilómetros a la redonda…

Mi creador resopló.

—Si eso sucediese, el radio de la explosión sería bastante más de sesenta kilómetros. Seguramente destruirías media Yvelia. De hecho, una explosión mágica así probablemente provocaría una reacción en

cadena que haría explotar toda la magia. En todas partes. Todo el reino quedaría…

—No. Estás. Ayudando.

Taladaius tuvo el buen gusto de parecer arrepentido.

—Tienes razón, perdona. Quiero ayudarte, y además creo que es posible. Pero, primero, quería hablarte de otro asunto, Saeris. Un asunto importante.

Eché la cabeza hacia atrás hasta golpear el respaldo de la silla.

—A ver, oigámoslo.

Mi falta de entusiasmo no pareció agradarle mucho.

—No sé si lo sabes, pero eres la segunda persona a la que convierto en vampiro.

Me miró, atento. ¿Esperaba que reaccionase de alguna manera?

—Vale.

—Salvé la vida de otra persona hace mucho mucho tiempo. Me alegro de haberla salvado, igual que me alegro de haberte salvado a ti, pero…

—Pero tú no querías hijos vampíricos —dije—. ¿Eso es lo que soy para ti?

La mera palabra me parecía rara. Taladaius sonrió.

—Hum. Sí y no. Supongo que la relación entre creador y criatura se puede equiparar a la de progenitor e hijo. Vale, sí —dijo, y me miró con ojos firmes—. Siguiendo tu analogía, yo no quería hijos. No es lo que he elegido en mi vida. Así que, aunque me alegro de haber evitado que murieses, tengo sentimientos contradictorios. Yo te creé. A la mayoría de los vampiros altasangre les dan igual las implicaciones de ese acto, pero para mí es una responsabilidad capaz de tumbar… —Dejó morir la voz y esbozó una leve sonrisa—. Disculpa el juego de palabras. Lo que digo es que te encuentras en esta posición, en parte, por mi culpa. Es mi deber asegurarme de que entiendas lo que es ser miembro de la corte. Y también me atañe a mí asegurarme de que sepas cómo sobrevivir aquí.

»Para la mayor parte de la gente, ajustarse a su nueva vida a partir de la anterior es más de lo que puede soportar. Sin guía

resulta fácil tomar malas decisiones aquí. Hay muchos caminos que seguir en Ammontraíeth, y casi todos llevan al infierno. Pero contigo todo es diferente, Saeris. Tú no eres del todo vampira. La sed no te consume, como sí sucede con los recién convertidos. No necesitas sangre. Y aunque no conozcas las reglas y restricciones de tu corte, estás en una posición única, porque tampoco tienes por qué obedecerlas. —Se encogió de hombros—. Ventajas de ser la reina. Dicho lo cual, quería hablar contigo de…, bueno, de Fisher. Tu vínculo con él es único. Mi propia relación con él es…

—¿Complicada?

Taladaius asintió.

—Con anterioridad he ocupado un puesto que me daba poder sobre él. En Gillethrye… —Sus ojos adoptaron una mirada lejana, turbia—. Digamos que Gillethrye tampoco fue un paseo para mí. Jamás habría puesto un pie en ese laberinto de haber podido decidirlo yo, pero… supongo que mi presencia allí fue lo mejor que pudo pasar. —Taladaius se contempló las manos un instante, perdido en sus pensamientos—. En fin, que tú compartes un vínculo divino con Fisher. Y, ahora mismo, también compartes otro vínculo conmigo. Yo no quiero que el poder que tengo sobre ti le haga daño alguno a Fisher. Y desde luego no quiero que tu gobierno sobre esta corte se vea menospreciado continuamente con acusaciones por parte de los demás Lores de Medianoche, que dirán que eres mi marioneta. Así que tengo una pregunta para ti, Saeris —se encogió—: ¿te ofendería mucho que renunciase públicamente a nuestro vínculo?

Dejé escapar el aliento que había tenido atrapado en los pulmones.

—¡Por los dioses vivos, Taladaius!

Sus ojos se desorbitaron.

—¿Qué?

—Que pensé que ibas a darme algún tipo de noticia horrible. Que alguien había muerto o algo así.

—Entonces, ¿no te importa que renuncie a nuestro vínculo?

—Claro que no me importa. Estoy de acuerdo contigo al cien por cien. Para ser sincera, a veces te siento, y me resulta muy confuso. No me parece bien tener asiento de primera fila en tus emociones. —Taladaius fue a hablar, pero lo interrumpí antes—: Pero si quieres que acepte tu renuncia al vínculo, me temo que voy a necesitar algo a cambio de tu parte.

Una tensión cansada asomó a aquellos ojos gris tormenta.

—¿Qué necesitas?

—Yo no tengo la capacidad de gobernar este sitio. No tengo ninguna experiencia al frente de una corte, ni el menor deseo de aprender. Necesito que alguien me cubra, que actúe en mi nombre cuando esté en Cahlish. Y necesito que esa persona seas tú.

Taladaius ya estaba negando con la cabeza.

—La gente dirá…

—Me importa tres cojones lo que diga la gente. Eras el segundo al mando con Malcolm. Confiaba en ti, así que no creo que la corte me critique por hacer lo mismo que él.

Eso no me lo podía discutir. Nadie podía, y ese era justo el motivo por el que yo había tomado la decisión. Taladaius se esforzó por decir algo, por llevarme la contraria, pero acabó cediendo y negando con la cabeza.

—¿Seguro que eso es lo que quieres?

—Sí.

—Está bien, que así sea. Realizaré los preparativos por ambas partes, pues. La renuncia sigue un rito bastante sencillo, pero habrá que convertirlo en espectáculo. Lo siento —dijo—. Sé que no te van las grandes escenas, y créeme, a mí tampoco. Pero tenemos que conseguir que los vampiros altasangre se lo crean, y para eso hará falta cierta… teatralidad.

Estupendo, justo lo que yo necesitaba. Aun así, dije:

—Si crees que es importante, confío en ti.

Y me di cuenta de que era verdad. El vampiro frente a mí compartía un pasado amargo con los miembros de los Lupo Proelia. El aire se llenaba de tensión cada vez que alguien mencionaba su

nombre en Cahlish. En lo tocante a la relación entre el grupo y Taladaius, había mucho que yo desconocía, pero, a fin de cuentas, solo podía fiarme de mi propia experiencia con él.

Sabía que me había salvado la vida.

Sabía que estaba triste.

Sabía que me parecía sincero al decir que eso de la renuncia era lo mejor.

Sinceramente, odiaba la idea de compartir una conexión tan íntima con alguien que no fuese mi compañero, desde el mismo segundo en que me desperté. Lo que Taladaius me ofrecía era un favor.

Me puse en pie y le tendí la mano.

—Está bien. Renuncia a nuestro vínculo. Se acabaron las gilipolleces de creador y vástago.

La marea de tristeza que se abatía sobre Taladaius se rompió un instante. Sentí que el alivio lo inundaba. Aceptó mi mano y la estrechó.

—Se acabaron las gilipolleces —convino—. ¿Qué te parecería ser… amigos?

Yo sonreí, porque el vampiro que me había salvado, el vampiro que tenía como mínimo mil quinientos años más que yo, por el que medio Ammontraíeth se meaba encima cada vez que entraba en una estancia por si se le ocurría convertir su sangre en humo, realmente parecía nervioso.

—Eso me gustaría, sí.

Él me devolvió la sonrisa.

—En ese caso, será mejor que me llames Tal.

13



LA CIUDAD DE PLATA

KINGFISHER

Yo estaba listo para un baño de sangre.

Carrion Swift no tanto.

Montones de puntas de flecha de hierro repiquetearon contra el pesado escudo que alcé en cuanto salimos del mercurio. La franja de metal que seguía rodeando mi iris se carcajeó de alegría, al tiempo que Swift soltaba un gañido de pánico y se aferraba a la placa metálica de mi espalda. Casi nos hizo perder el equilibrio a los dos y caer de nuevo al estanque de mercurio.

«El listillo ya no es tan listo», ronroneó el mercurio. «El listillo suena ahora como un estúpido».

—¡Mierda, mierda, mierda, mierda! Vamos a morir, seguro.

—Me estás estrangulando, Carrion. ¡Suelta, déjame moverme!

El contrabandista soltó mi armadura. Se tambaleó a la izquierda y ocupó la posición que yo ya le había dicho que necesitaba que ocupase. No habíamos tenido tiempo para trazar planes, así que se lo puse bien sencillo:

—Te quedas quieto, detrás de mí, a mi izquierda. Me sigues pase lo que pase.

La última vez, aquello había sido mucho mucho más fácil. Los guardianes de Madra no habían esperado que nadie surgiese del mercurio. Solo había ocho arqueros más o menos, y aunque había sido una molestia, yo los había vencido rápidamente. Ahora nos disparaba toda una unidad al completo. Y para mejorar la situación, yo tenía que hacer de niñera de un imbécil al que le costaba no tropezarse al andar.

El calor en el aire me impactó como un golpe físico. Apreté los dientes, afiancé el hombro contra el escudo y empecé a avanzar. En cuanto salimos del estanque y las suelas de mis zapatos tocaron el suelo de arenisca, sumí todo el mundo en tinieblas.

—¡Mis ojos!

—¡No veo!

—¿Dónde están? ¡Seguid disparando!

Se oyeron gritos por todo el Salón de los Espejos. Mis sombras ocuparon la enorme estancia, del suelo al techo. El aire zumbaba con mi magia, que ahogaba toda la luz, y de pronto dio igual que Madra hubiera asignado una unidad entera a vigilar el estanque de mercurio. Sus hombres eran humanos, y los humanos no veían en la oscuridad. Uno de sus muchos defectos. Por otro lado, para ser justos, hay que decir que mis sombras cegaban también a los fae. Yo había advertido a Carrion antes de entrar en el estanque, y le había dicho qué esperar cuando sucediese. Le dije que habría gritos. Pánico generalizado. Movimiento por aquí y por allá…, y que entonces empezaría la matanza.

Yo, en cambio, veía la habitación monocroma. El caos que se desarrollaba ante mí se presentaba en diferentes tonalidades de gris. Los guardianes hacían aspavientos con aquellas armaduras tan voluminosas y chocaban unos contra otros. Los que caían al suelo no conseguían volver a levantarse. Los arqueros se disparaban entre sí en la oscuridad. Las flechas cruzaban el aire, apuntaban alto, apuntaban a las columnas, apuntaban a cualquier sitio menos a nosotros. Me aseguré de ello.

No hizo falta mucho. Un leve empujoncito aquí. Un tironcito allá. Las cuerdas de los arcos saltaban, y los guardianes caían entre gritos, derribados por sus propios amigos. Yo abrí la marcha entre la refriega, desviando cualquier flecha perdida que por casualidad se dirigiese hacia nosotros. Mientras tanto, Carrion no dejaba de vociferarme en la oreja.

—¿Qué pasa? ¿Qué ves?

—Calla.

—¿A qué huele?

—¿Y yo qué cojones sé?

—¡Ay! ¡Ay, mierda, he pisado algo blando!

—¡Levanta los putos pies!

—¿Fisher? Fisher, ¿estamos ya en la puerta? Ay, ¿qué puñetas ha sido eso? Algo me ha dado muy fuerte en el brazo.

—He sido yo, que te he dado un puñetazo. Haz el favor de callarte la puta boca.

Llegamos sanos y salvos a la puerta, para mi disgusto. Si Carrion se hubiese llevado un flechazo en la cara, eso habría servido para que se callase de una vez. El problema es que habría callado para siempre, y eso a Saeris no le habría gustado un pelo.

Por la razón que fuera, mi compañera no quería que el contrabandista muriera, y a mí no me quedaba más alternativa que dejarlo vivir. Y lo que era aún peor, ahora tenía que protegerlo. Dioses, qué puta suerte la mía. Lo empujé hacia delante en cuanto cruzamos la puerta que daba del Salón de los Espejos al resto del palacio de Madra. No nos vendría bien que aquellos idiotas vestidos de oro nos siguieran por la puerta apenas se dieran cuenta de que nos habíamos largado, así que mandé a mis remolinos de sombra a que bloquearan la cerradura. Ahí ya no entraría llave alguna, al menos durante un tiempo. La puerta en sí ya tenía triple refuerzo, que yo recordase de mi última visita, así que no habría manera de echarla abajo. Hasta que volviésemos.

Estábamos en mitad de la noche, pero el largo pasillo frente a nosotros estaba bañado por la luz del sol. De los soles, me corregí.

Jamás superaría el hecho de que Zilvaren tuviese dos so…

En el nombre de todos los dioses.

El contrabandista estaba paralizado en medio del pasillo, con las manos alzadas, las rodillas dobladas y el culo hacia fuera como si se acabase de cagar encima.

—¿Por qué cojones tienes los ojos cerrados? —pregunté.

Carrion entreabrió un ojo y me miró. En cuanto se dio cuenta de que estábamos al otro lado de la puerta, soltó todo el aire, se enderezó y se sacudió la ropa.

—¡Yo qué sé! Ha sido muy raro no ver nada. Cerrar los ojos me ayudaba a centrarme.

Valiente tipo extraño.

—Vale, lo que tú digas, tiene todo el sentido —dije yo.

—No hace falta ponerse así. Probablemente me habría portado con más valor de haber tenido a Simon conmigo.

Lorreth había bautizado a su espada como Avisiéth, un buen nombre para una espada, un nombre fuerte. Carrion había llamado a la suya Simon. Quizá en Zilvaren ese nombre era impresionante, pero que yo hubiese vislumbrado hasta el momento, no era el caso.

—Por última vez: no podemos traer dos putas espadas divinas a este reino. Si Madra se hace con una de ellas…

—Lo sé, lo sé. —Descartó mi comentario con un gesto e hizo un mohín—. Podría usar alguna de ellas para enmudecer de nuevo el mercurio.

—A mí tampoco me gusta estar aquí sin mi espada, fíate de lo que te digo. Pero no pienso quedar atrapado en este agujero. Vamos, tenemos que seguir.

No le di la oportunidad de decir nada más. Eché a andar pasillo abajo, y hay que reconocer que el contrabandista me siguió el ritmo. Pasamos una puerta tras otra. El sudor me corría entre los omoplatos a medida que apretaba el paso.

Diez.

Nueve.

—Espera —jadeó Carrion.

Ocho.

—El plan. ¿Por qué no me has dicho qué hacemos después del salón?

Siete.

—Porque sabía… que no te gustaría —gruñí.

Seis.

Cinco.

—¿Fisher?

Cuatro.

—Fisher, ¿por qué corremos a toda pastilla hacia esa ventana?

Tres.

Carrion empezó a aminorar la marcha, pero yo lo agarré con fuerza de la parte trasera de la armadura que Renfis le había prestado.

Dos.

—Levantad los putos pies, alteza —rugí.

Uno.

Y lo tiré por la ventana.

Un viento aullante y seco me revolvió las ropas cuando yo mismo salté por aquella condenada ventana tras él.

—¡Fisher, eres un hijo de la gran puta! —El contrabandista no se callaba ni cayendo en picado al suelo.

Alargué el brazo hacia él y en mi mano apareció una cuerda hecha de humo y resplandeciente arena negra que latigueó en el aire y se enredó en sus pies. Toldos de un tono rojo desvaído se abalanzaban desde el suelo hacia nosotros. Granos de arena me arañaron los ojos, pero los mantuve abiertos para saber cuándo debía actuar. La caída fue sencilla.

Rápida.

A quince metros del suelo, utilicé mis sortilegios menores y elevé una plegaria para que funcionasen. Cuando recurría a ellos, solían ser inconstantes, no respondían bien. Pero aquel día la suerte estaba de mi lado. Visualicé el enorme hueco que atravesaba la calle a nuestros pies, y la cuerda empezó a extenderse sobre él formando

nudos. Se ancló al tejado del edificio de la izquierda. Uno de los extremos se anudó en el edificio de la derecha…

Mierda.

Carrion cayó sobre la red, que se hundió en el centro y amortiguó la caída. Sin embargo, para cuando yo aterricé, el punto de anclaje del tejado de la derecha ya pendía de un hilo.

Que se rompió.

Caí directamente a través de la red y del dosel de toldos rojos debajo y aterricé, con un «aaaagh» y un golpe sordo, sobre algo bastante incómodo. Me llegó a los oídos un sonido de madera podrida al romperse. Un segundo después caí con brusquedad sobre la arena abrasadora. Varios bollos podridos se desplomaron sobre mí.

Swift apareció en mi campo de visión. La luz a su espalda le iluminaba los cabellos pelirrojos con el tono de los ocasos llameantes.

—Eso no me ha gustado un pelo —dijo en tono seco.

Yo parpadeé para librarme de la arena en los ojos.

—Calla la boca. Te he puesto una red, ¿qué más quieres?

—¡Mi carromato! ¡Bastardos! ¡Habéis destruido mi…!

El grito se cortó en seco cuando la anciana vio a los dos rufianes que habían roto su propiedad. Carrion había pasado varias vidas en Zilvaren, pero camuflado como un humano. Antes era alto y ancho, pero ahora medía casi dos metros diez y tenía las orejas puntiagudas típicas de un fae. Y en cuanto a mí…, yo era visiblemente más alto que Swift. Y también tenía bastante mejor aspecto, pero eso daba igual. Le enseñé los colmillos a la bronceada señora en una amplia sonrisa.

—Mis disculpas, señora. Hemos tenido un encontronazo con la gravedad. Y parece que la gravedad venció.

Actué rápido. Habría sido más inteligente lanzarnos un encantamiento al salir del Salón de los Espejos, pero no había habido tiempo. Recurrí a mi magia y la lancé sobre mí mismo y sobre el contrabandista. El cambio tuvo lugar en un parpadeo. Yo no

me sentí diferente, pero la capa ilusoria se me pegó al cuerpo como una segunda piel… que me dio tantos picores que me la quise quitar de inmediato. Miré a Carrion, que volvía a ser más bajo. Tenía aspecto de humano. Intenté no pensar en qué aspecto tendría yo al hacerme pasar por uno de ellos…

La vendedora se enderezó el gorro torcido y se restregó la frente. ¿Estaba a punto de desmayarse? Acababa de ver cómo pasábamos de fae a humanos, a juzgar por la confusión en su cara.

—Ja, la gravedad venció. Casi ha tenido gracia —rezongó Carrion.

Me tendió la mano para ayudarme a levantarme. Por más que me repugnase, acepté. Me ardían las costillas, y estaba tan sepultado bajo los restos del carrito de la señora que sí que necesitaba ayuda. El contrabandista puso cara de estar muy satisfecho de sí mismo al auparme.

—¿Adónde vamos ahora? —preguntó.

—Dímelo tú. Has venido conmigo porque conoces la ciudad. «Mejor que nadie», dijiste.

—Y es cierto —repuso Carrion—. Pero antes tengo que saber de qué te quieres encargar primero: ¿la plata, los devoradores infectados o el hermano?

—¡Ahí abajo, en la plaza!

A través del gigantesco agujero que habíamos abierto en el toldo, vimos a tres guardianes asomados a la ventana en las alturas, mirando hacia la calle. Ya nos habían visto. No tardarían mucho en caer sobre nosotros.

—La plata —respondí—. Primero buscamos la plata. En marcha.



—Estás demasiado pálido —siseó Carrion, que abría la marcha a través de una maraña de callejones serpenteantes, con los ojos fijos en la punta de sus botas.

Yo lo seguía, apoyando la mano en la empuñadura de la daga en mi cadera.

—¿Cómo que demasiado pálido?

—Hasta los muertos de Zilvaren tienen mejor color que tú. Los soles son demasiado intensos aquí. Todo el mundo está quemado, bronceado o ambas cosas. Tú tienes pinta de haberte pasado toda la vida bajo tierra. La gente te está mirando.

Miré en derredor y vi que tenía razón. La gente me miraba.

—¿Y?

—Y sería mejor que no se fijasen en nosotros. Bastante poco encajamos ya aquí.

—Ya he recurrido a un encantamiento. Más no puedo hacer. Mi magia tiene que recuperarse.

Carrion redujo la marcha ligeramente.

—¿Recuperarse? ¿A qué te refieres?

—Rellenarse, reabastecerse, re…

—Por los santos y los mártires, ¿de verdad tienes que tomártelo todo de manera tan literal? Ya sé lo que significa la palabra. Lo que quiero saber es por qué tienes que rellenar tu magia.

Reprimí un suspiro y contemplé a la multitud desde las profundidades de mi capucha, que me había subido para disimular.

—No he nacido en Zilvaren, Carrion. Mi magia no es de este mundo. No puedo recurrir a ella tan libremente como en Yvelia. Suerte tenemos de que pueda usarla aunque sea un poco. Hay reinos y mundos en el vacío de este universo que están completamente desprovistos de magia. Si una semilla de magia no siguiese aferrada a las entrañas de este lamentable sitio, yo no podría recurrir en absoluto a mis dones. En el Salón de los Espejos he agotado una buena porción de la magia de la que dispongo. Tardaré un poco en volver a poder usarla. El encantamiento al que he recurrido no ha consumido muchos de mis recursos, pero no pienso sacrificar más energía para ponerme un puto bronceado.

Carrion no dijo nada durante un latido, pero entonces se le ocurrió algo:

—Si agotas toda tu magia, te quedarás tan indefenso como yo, ¿no?

Solté un resoplido.

—Claro que no. No seas ridículo. Seguiré sabiendo cómo se maneja una puta espada.

—Vale, no hace falta ponerse así. ¿Te importaría…? A ver, ¿puedes dejar de mirar a la gente con tan mala cara? Estamos en el Núcleo. Aquí vive la élite de Zilvaren. Todos se conocen, y nosotros no tenemos pinta de ricos ni de gente de bien de la ciudad. Si sigues clavándoles así la mirada, se acabarán fijando en nosotros.

—¿Esta es la parte elegante de la ciudad?

—Te lo creas o no, así es. Rápido, por aquí.

Carrion echó un vistazo a ambos lados de la calle antes de internarse a toda prisa por un callejón lateral. Yo lo seguí, gruñendo. No me gustaba aquello ni un poquito.

Quedaban tres días para que Saeris volviese a despertar al mercurio. En ese tiempo teníamos que llevar a cabo muchas tareas, aunque todo lo que Carrion sabía sobre Zilvaren jugaba a nuestro favor. Parecía saber adónde iba. O… un momento.

—Nos estamos alejando del palacio, Swift. ¿Es que conoces algún pasadizo secreto hasta las arcas del tesoro?

Había ratas que deambulaban por los estrechos huecos entre los edificios y que echaban a correr entre chillidos para alejarse de nosotros. Por allí no había nada excepto un par de casas de arenisca de aspecto antiguo que parecían a punto de derrumbarse con el menor empujoncito.

—No vamos a las arcas del tesoro —dijo Carrion, sin dejar de avanzar hacia el extremo del callejón.

Era broma. Tenía que ser broma.

—Explícate.

—Madra vació toda la ciudad de metales preciosos y corrientes hace mucho. Está obsesionada con que la gente no tenga acceso al metal. ¿Qué aspecto crees que tienen esas arcas del tesoro, Kingfisher? ¿La crees capaz de guardar todos sus metales en un

palacio en el que se puede entrar fácilmente? ¿O quizá las habrá metido en un lugar al que ni los mismos dioses puedan entrar?

Llegamos al extremo del callejón.

—Sigues sin explicarte.

—Digo que nadie ha entrado nunca en las arcas del tesoro. Nadie sabe siquiera dónde están. Y, créeme, he pasado buena parte de los últimos mil años intentando encontrarlas. Ahora mismo no tenemos tiempo para resolver ese misterio, así que te voy a llevar a la segunda mejor fuente de plata que se me ocurre. —Me lanzó una mirada pícara—. El Banco de los Forajidos.

—¿Por qué no me sorprende que tengas una cuenta en un sitio llamado «Banco de los Forajidos»?

—Ah, no, si yo allí no tengo ninguna cuenta, Lord Cahlish. —Me guiñó un ojo—. Solo soy el propietario.

Dio un par de patadas en el suelo entre los dos y apartó la arena para revelar una gastada trampilla de madera sin mango alguno. El muy cabrón puso una cara insoportablemente engreída al agacharse y colocar la mano sobre la madera astillada. Oí el chasquido de una cerradura al abrirse al otro lado, y entonces la pequeña trampilla se alzó lo suficiente como para que Carrion metiese los dedos por debajo y la levantase.

Un sortilegio menor.

No debería haberme sorprendido que supiese hacer ese tipo de cosas. Aunque no hubiese recibido ninguna formación sobre sus poderes, Carrion debía de haber notado desde siempre que sabía hacer cosas que otros no. El linaje de Daianthus poseía más magia que muchas de las demás casas de Yvelia.

—Huele a alcantarilla —señalé al asomarme a aquel agujero oscuro.

Swift se echó a reír.

—Pues sí, pero te sorprenderá saber que es por aquí por donde pasa el suministro de agua limpia del Núcleo. Todo un encanto, ¿verdad?



Zilvaren era una ciudad antigua. Había existido desde mucho antes de que Madra llegase al trono. Era toda una hazaña de ingeniería que en su día había sido la sede de un concilio de usuarios de la magia. Allí se habían ratificado leyes. Hubo jardines colgantes, hermosas fuentes lo bastante grandes como para que los niños jugasen en ellas. La historia de aquel lugar estaba bien documentada en Yvelia. Siempre había tenido una disposición circular, con forma de rueda, pero había sido Madra quien la había separado en distritos. Las enormes murallas que dividían Zilvaren, y a su gente, se hundían profundamente en el suelo. Si se querían alzar construcciones tan altas en un terreno tan inestable, había que tener cimientos muy profundos para asegurar la estabilidad. Los túneles fríos y húmedos por los que nos llevaba Carrion eran lo bastante altos como para que un hombre se plantase ahí en medio de pie sin tener que agacharse. Para un fae, aquello era otra historia. Por costumbre, agaché la cabeza en varias partes del recorrido, olvidándome de que ahora era más bajo de lo normal. Siempre que nos topábamos con alguno de los contrafuertes de la muralla, momentos en los que Carrion usaba una magia que yo no sabía que poseía para abrir unas pesadas puertas de madera incrustadas en aquella mampostería de un metro de grosor, casi teníamos que ponernos de rodillas para cruzar.

Carrion había encontrado una antorcha que, aparentemente, había dejado a la entrada del túnel a propósito. Su brillo naranja arrojaba un halo de luz por las paredes e iluminaba lo suficiente para que pudiésemos avanzar por aquel túnel inundado de un agua que nos llegaba hasta los tobillos.

El olor había pasado de desagradable a directamente nauseabundo a medida que nos movíamos de un distrito a otro, a otro y a otro más. Yo había olido campos repletos de cadáveres tras una batalla que no apestaban tanto como aquellos túneles. Empecé

a respirar por la boca tras la cuarta puerta que cruzamos… y me apresuré enseguida a volver a respirar por la nariz. Al respirar por la boca, podía paladearlo.

—Admito que este sitio no olía tan mal antes, cuando yo mantenía la apariencia de humano —gimió Carrion—. Puede que hayas cambiado mi aspecto, pero creo que esta vez conservo los sentidos de fae.

Yo mantuve la boca cerrada y le clavé una mirada hostil en la nuca. Al cabo, Carrion anunció que habíamos llegado a nuestro destino, y señaló otra trampilla de madera en el techo.

—No llego, no tengo nada en lo que apoyarme —dijo—. Tendrás que auparme a hombros.

—No.

—Vale, pues entonces te aúpo yo. De un modo u otro, uno de los dos tendrá que subir ahí arriba. A menos que sepas hacer que te crezcan los brazos o algo así…

—Me cago en la puta. —Uní las manos para que apoyase el pie—. Hazlo de una vez.

Los siguientes minutos fueron un engorro. Swift me puso el culo en la cara durante al menos treinta segundos, treinta segundos que yo iba a tener que esforzarme por borrar de mi memoria cuando todo aquello terminase. Luego tuve que auparlo a aquel puto agujero. Y después tuve que saltar, agarrarme a los lados de la trampilla y subir yo solo, porque Swift no encontraba nada lo bastante largo como para ayudarme desde arriba.

Valiente inútil.

De alguna manera, el resplandor de los soles gemelos se había intensificado mientras atravesábamos aquellos túneles. Mis ojos tardaron un instante en acostumbrarse a la claridad. Estiré la espalda y me sacudí la armadura. Carrion, sentado encima de un muro bajo y medio derruido, me miraba con ese brillo en los ojos que evidenciaba que estaba a punto de decir algo que me haría hervir la sangre. Y por supuesto:

—Me acabo de dar cuenta de una cosa, ¿sabes?

—¿De qué?

—Ahora mismo estás por completo a mi disposición, ¿verdad? El siguiente paso del plan depende de que yo me oriente hasta un lugar concreto y consiga una cantidad exagerada de plata. Es todo un favorazo, ¿no?

—No.

—Y me he puesto a pensar que, para compensar la profunda gratitud que debes de estar sintiendo hacia mí ahora mismo, podríamos pasar antes por mi garito preferido. Nos pilla de camino.

—No tenemos tiempo, Carrion.

—Discrepo. No tardaremos más de un par de horas en hacernos con la plata. Una vez que hayamos terminado, tendremos que esperar hasta mañana para ir a por Hayden.

—O bien podrías decirme por dónde anda el hermano de Saeris y luego irte a hacer lo tuyo, Swift.

Carrion apartó la vista y contempló el callejón al que habíamos salido con una expresión de disgusto mientras se lo pensaba. Al verlo así, de perfil, un recuerdo enterrado hacía mucho tiempo se desperezó en los archivos de mi mente. Un recuerdo desvaído y apolillado.

El patio frente al apartamento en Ballard.

Mi madre hablaba con alguien, y yo le tironeaba de la falda y la incordiaba para que me diese más galletas Bettell. Con sus maneras tiernas, me dijo que fuera yo mismo a por las galletas, que ya no era ningún niño. Me puso una moneda de cobre en las manos. Una cröna entera. Una moneda vieja que valía el doble de las nuevas según donde se usase. Yo jamás había tenido tanto dinero en las manos. Maravillado, había tocado la superficie de la moneda con aire reverencial mientras caminaba descalzo por las calles de Ballard, de camino a la tienda de Wendy, a gastarme aquella fortuna.

El rostro estampado en la moneda era regio y orgulloso.

El rostro de Rurik Daianthus.

De pronto me sorprendió lo mucho que Carrion Swift se parecía a su padre.

Él apartó la vista de la calle y volvió a mirarme a mí, con ojos claros y agudos.

—En Yvelia no le soy útil a casi nadie, Fisher. Pero quiero serlo. En esta misión puedo ser útil. Le dije a Saeris que os iba a ayudar. Le dije que regresaría. Así que no, no te voy a dejar solo.

Sentí una punzada en el pecho, pero la aparté de mí, molesto por una vez conmigo mismo por permitir que el pasado se me metiese bajo la piel. No había forma de negarlo: sí, Saeris se había acostado con el contrabandista. Pero ya no se estaba acostando con él. Y tenía derecho a tener su pasado, del mismo modo que yo tenía derecho a tener el mío. Carecía de sentido lamentarse por acontecimientos que habían contribuido a formarnos como personas. Y ahora era mi compañera. Mi compañera. Era hermosa, fiera, inteligente, independiente y fuerte. Tenía sentido que incluso Carrion Swift, ladrón avezado y experto en el arte de la falsedad se mirase como se mirase, quisiera mantener la promesa que le había hecho. Era su amigo, por más que me molestase.

Yo podía aceptarlo.

—Está bien. —Apreté la mandíbula y solté un resoplido de descontento—. Vale, ¿dónde está ese garito?

Swift se bajó de un salto del muro y levantó una nubecilla de arena fina como el polvo al aterrizar en el suelo. Dio palmaditas en el aire y canturreó:

—En un sitio que te va a encantar. Tienen una cerveza que…, bueno, que destilan de orines de rata, pero…

—¡Carrion!

—¡Es broma, es broma! —Alzó las manos. Sin dejar de sonreír, echó a caminar callejón abajo—. En serio, Fisher, ¿tan mal te entra una bromita?



La cerveza estaba tan mala que me temí que lo que había dicho Carrion no fuera broma. Él, sin embargo, bebía con tanta ansia que supuse que aquello no me iba a matar. Di un sorbito a la jarra y contemplé a los humanos que entraban y salían de la taberna. La mujer tras la barra había reconocido a Carrion de inmediato. Evidentemente se conocían bien, teniendo en cuenta que le advirtió de que se comportase o lo pondría de patitas en la calle de una patada en el culo.

Una hilera de tipos de aspecto dudoso pasó por nuestra mesa. Todos saludaron al contrabandista y le preguntaron dónde había estado. Frente a cada nuevo interlocutor, Carrion se inventaba una excusa nueva y cada vez más increíble para su ausencia. Yo escondía el rostro tras la cerveza e ignoraba las miradas de los compatriotas de Swift. La curiosidad los llevaba a remolonear en la mesa más tiempo de lo que parecía educado a la espera de que Carrion les presentase a su nuevo amigo. Sin embargo, Carrion apenas conocía vagamente las reglas universales de etiqueta, y aguantaba el silencio incómodo mientras esperaba a que se largasen sin siquiera sudar.

Yo, por mi parte, sí que sudaba. La camisa se me pegaba a la espalda. Tenía el pelo húmedo. En aquella taberna hacía más calor que en el quinto nivel del infierno, y no parecía que fuese a refrescar pronto.

—Odio este puto sitio —murmuré tras la jarra.

Carrion soltó una risa en forma de resoplido.

—Ah, al final se le acaba cogiendo cariño al Tercero.

Le lancé una mirada incrédula.

—¿A qué parte del Tercero? ¿A los niños muertos de hambre por la calle? ¿O a la cerveza caliente?

—¿La cerveza no se bebe caliente?

—No, claro que no.

—Anda, no lo sabía.

Se encogió de hombros y dio otro buen trago.

La magnanimidad que se había adueñado de mí antes se había desvanecido hacía rato. Ahora me estaba inquietando. Apuré lo que me quedaba en la jarra y me encogí al tragar. Luego la dejé de golpe en la mesa.

—Bueno, aquí ya hemos terminado, Carrion. Hora de irse.

—No, claro que no. ¡No hemos terminado en absoluto!

Parecía un niño al que le acabasen de decir que había que marcharse ya de la feria de invierno.

—Entiendo que eres muy popular aquí. Estoy seguro de que te alegras de ver a esos amigos tan interesantes tuyos, Carrion, pero tenemos asuntos de los que ocuparnos. Quiero largarme de este condenado lugar y volver con mi compañera. No hay absolutamente nada que puedas decir que me vaya a hacer cambiar de opinión, así que vámonos.

—Fisher, Fisher, Fisher, espera un momento, hombre. —Me agarró del brazo y me dio un tirón para que volviera a sentarme—. Vale, está bien: antes, en el callejón, no he sido sincero del todo. No quería venir aquí a tomar algo. Más bien es que tenía que pasar por Casa Kala.

Por los dioses vivos, valiente tipo. Era para echarle de comer aparte.

—¿Por qué?

—Bueno, como te he dicho antes, soy el propietario del Banco de los Forajidos. Pero no es mío solo. Tengo un socio. Los dos tenemos una cámara acorazada en la que guardamos ciertos objetos…

—Contrabando.

—Sí, eso, contrabando. —Compuso una expresión agria—. Para abrir la puerta de esa cámara acorazada hacen falta dos llaves. Yo tengo una, Eric tiene la otra. Pero, dado que desaparecí hace tiempo y debe de haber peinado sin éxito la ciudad en mi busca, apostaría a que Eric ha contratado en algún momento a un cerrajero experto y se ha desvanecido con nuestra mercancía.

Era justo el tipo de sandez que yo me esperaba. Eché la mesa hacia delante para ponerme de nuevo en pie.

—Espera. ¿Adónde vas?

Yo esperaba que mi expresión transmitiese completamente lo que pensaba, porque me faltaban las palabras.

—Me vuelvo al palacio. Voy a buscar las arcas del tesoro de Madra, aunque tenga que hacer pedazos todo el edificio ladrillo a ladrillo. Luego voy a buscar algún sitio donde haga menos calor y a esperar allí a que Saeris vuelva a abrir el mercurio. Y luego me iré a mi casa.

—No hace falta que lo hagas —dijo Carrion en un susurro audible—. Solo hay que esperar aquí al cerrajero. Cuando llegue, conseguiré que nos diga dónde ha metido Eric nuestra mercancía, y con eso quedará todo resuelto. Recogeremos lo que nos haga falta, tranquila y disimuladamente. Yo me quedo con la plata, Eric se puede quedar con el oro y las joyas. Así ayudaré a Yvelia. Luego encontraremos a Hayden, nos iremos a casa y todos contentos.

De tanto apretar los dientes durante aquel viaje, iba a acabar perdiendo la dentadura entera.

—Así que tu plan depende por completo de que ese cerrajero aparezca por aquí.

—Sí, pero va a aparecer.

—¿Y cómo demonios lo sabes?

—Porque siempre viene aquí a acabar la velada cuando termina de trabajar.

—¿Y cómo sabes qué hora es?

—Hay relojes por todas partes, Fisher. Fíjate. —Señaló un trozo de metal que asomaba de la pared sobre la puerta. La luz incidía sobre el metal y arrojaba una fina línea de sombra que caía en perpendicular sobre la mampostería.

—Eso no es ningún reloj…

Carrion se puso en pie de un salto y casi volcó su cerveza.

—¡Vorath! ¡Vorath Shah!

Un hombre había aparecido en el umbral de la taberna. Estaba a punto de entrar. Tenía el cabello negro despeinado en todas

direcciones, canoso en las sienes. Sus ojos castaño oscuro se desorbitaron de sorpresa al mirar en nuestra dirección.

—¿Dónde…? No —balbuceó Carrion—. No te atrevas. ¡No huyas!

El tipo huyó.

Carrion saltó por encima de la mesa y volcó nuestras cervezas.

—¡Me cago en la puta, Carrion Swift! ¡No te atrevas a romperme más mesas! —aulló la mujer tras la barra, pero Carrion no malgastó tiempo en comprobar el estado de los muebles. Corrió a toda velocidad tras aquel hombre de camisa desvaída por el sol y pantalones polvorientos que acababa de huir de la taberna sin mirar atrás.

A mí no me interesaba en lo más mínimo perseguir a cerrajeros por las calles de Zilvaren. Y estaba claro que el tal Vorath Shah era el cerrajero que buscábamos. Aun así, seguí a Carrion, porque aquel cerrajero no lo miraba a él justo antes de salir corriendo.

Me miraba a mí.

14



SANGRE EN LA LECHE

SAERIS

Total de muertos: 1373
Total de infectados: 1665
Estimación de terreno infectado: 2039 hectáreas

Tal ni siquiera parpadeó mientras abría la marcha por los caóticos pasillos de Ammontraíeth. Los vampiros altasangre se arrodillaban ante él, lo cual era lógico teniendo en cuenta que Tal podía hervirles la sangre en las venas con un giro de muñeca. Yo le había visto hacerlo durante mi coronación, cuando los seguidores de Ereth habían intentado subir los escalones de la tarima. Aquella horrible visión seguía tras mis párpados. Tenía todo el sentido que los miembros de la Corte de Sangre lo temieran.

El pálido fantasma de su reflejo le seguía el paso en las paredes de obsidiana, una imagen tan perfecta en la vidriosa mampostería negra que casi me costaba diferenciarla del original. Mi propia doble también caminaba a mi lado, con paso seguro y la cabeza alta. Cuando mis manos se acercaron a las dagas de punta de plata que yo llevaba a la cintura, las manos de mi doble hicieron lo propio.

Cuando me giré para mirarla, ella me dedicó una mirada fría con un rostro que era una máscara de indiferencia. Sin embargo, reconocí el cansancio en ella, en las ojeras bajo esos ojos azules.

Aquella noche nos habían dado una noticia. El tipo de noticia preocupante que provocaba un estallido de pánico. Lorreth había encontrado un halcón muy rápido en alguna parte y lo usaba para intercambiar mensajes con el campo provisional al otro lado de la cordillera. Cada noche nos enviaban actualizaciones con las pérdidas que habíamos sufrido y una estimación del terreno que se había cobrado la podredumbre. De momento, las cifras no eran buenas.

Más de mil trescientos muertos.

Y más infectados aún.

Enormes áreas de terreno ennegrecido y muerto.

Había equipos de guerreros que hacían salidas cada mañana, Danya entre ellos. Arrinconaban y desmembraban a tantos devoradores infectados como podían, pero no era suficiente. Una oleada de destrucción recorría la tierra y, mientras, yo estaba atrapada allí, en el Palacio Negro, engrilletada por una corona que no quería y una corte de vampiros altasangre que, a su vez, no me querían a mí. Pero aquel sacrificio era necesario. Si me negaba a gobernar sobre la Corte de Sangre, otro vampiro altasangre asumiría ese puesto, lo cual sería mucho mucho peor.

El sonido de los tacones de nuestras botas repiqueteaba por el suelo pulido y reverberaba intensamente. Nos adentrábamos cada vez más en las entrañas del palacio. Lorreth se encontraba en la sala de entrenamiento. Sin el guerrero a mi lado para recordarles que debían comportarse, parecía que los miembros de la Corte de Sangre habían adoptado la costumbre de clavarme la mirada. Grupos de vampiros altasangre interrumpían sus conversaciones y me asesinaban con los ojos para luego arrodillarse con resentimiento a nuestro paso.

—Ignóralos —dijo Taladaius en cuanto doblamos un recodo y volvimos a encontrarnos a solas. Estábamos a los pies de una larga escalinata que ascendía hacia la oscuridad—. La Corte de Sangre es

un lugar arcaico. Sus miembros son insectos atrapados en ámbar. Aquí no cambia nada. Somos predecibles en nuestra crueldad. Predecibles en nuestra violencia. A lo que más se teme en este lugar es al cambio. No están preocupados por ti, sino más bien… por lo que representas.

Yo emití un ruidito pensativo y volví la vista hacia aquellas víboras tan bien vestidas que me habían recorrido sin la menor vergüenza con la mirada.

—Sé que te he dado autonomía para gobernar, Tal, pero sigo siendo yo quien manda en esta corte. ¿Has pensado que a lo mejor están preocupados por mí con razón?

Mi creador…, o sea, mi nuevo amigo, se quedó plantado en el sitio, con un pie sobre el primer escalón. Algo oscuro e intrigado asomó con un destello a sus pálidos ojos grises.

—Yo también le he estado dando vueltas a esa pregunta —musitó.

—¿Y?

De aquel momento dependía mucho. Había muchas cosas que no nos habíamos dicho. Tal me había salvado, me había llevado allí. Me había puesto la corona y me había dado todo ese poder… y ni una sola vez me había preguntado qué quería hacer yo con él. Mi compañero era enemigo de Sanasroth. Yo ya había retirado su ejército. Tenía el poder de arrancarle los colmillos a la corte entera y derribar los chapiteles negros de Ammontraíeth sobre sus cabezas. Y Tal era más consciente que nadie de todo eso.

Aun así, se encogió de hombros.

—Sé que tienes la esperanza de salvar a los vampiros altasangre que viven aquí, Saeris. Quieres transmitirles algún tipo de tardía brújula moral. Sé que esperas erradicar a la horda, enterrar antes o después a todos los devoradores, una vez que hayas convencido de ello a la corte. Pero aparte de eso…, intento no ocuparme de la política de cada regente, alteza. —Su voz no tenía emoción alguna, pero por la leve reverencia que hizo ante mí me dio la impresión de que estaba siendo muy sarcástico—. No soy más que un humilde

Lord de Medianoche. Sería una impertinencia por mi parte poner en duda los motivos tras las acciones de nuestra estimada reina.

Para cuando llegamos a lo alto de las escaleras, yo jadeaba y tenía una punzada en el costado. Quinientos setenta y tres escalones. Hasta ahí había contado cuando me rendí y me centré en mi respiración. Al parecer, las medio vampiras no contábamos con un pozo infinito de energía.

—¿Por qué… demonios… insistís en… montar bibliotecas… en la quinta… polla?

A Tal no le faltaba tanto el aire como a mí, pero me dio cierta satisfacción ver que tampoco había quedado impertérrito por la subida.

—En realidad es una tradición de los fae. Malcolm rechazó la mayor parte de las viejas costumbres tras comprender en qué se había convertido, pero conservó esta. Nuestros ancestros consideraban que el conocimiento era un recurso sublime. Y decidieron que cuanto más cerca de los cielos estuviese todo el conocimiento de una corte, mejor. También entraba en juego la idea de que cuanto más se esfuerza uno por alcanzar el conocimiento que busca, más derecho tiene a beneficiarse de él. Y de ahí que…

Hizo un gesto hacia las puertas lacadas de casi cinco metros de altura ante nosotros. Eran de color negro, con paneles bañados en oro. Dos serpientes gemelas observaban desde las aldabas, con los colmillos al aire, asomando por sendas bocas abiertas.

Tal agarró la serpiente que le quedaba más cerca y abrió la puerta.

—En su día, la biblioteca fue uno de los rincones del palacio favoritos de Malcolm, pero empezó a odiarla al cabo de un tiempo. Dejó de venir, con lo cual se convirtió en uno de mis lugares favoritos.

—¡Cerrad la maldita puerta! ¡Que se escapa el gato!

Aquella orden en forma de graznido llegó desde muy lejos. ¿Una voz de mujer? No estaba segura. Era demasiado áspera para saberlo a ciencia cierta. Tal se encogió y me hizo un gesto para que entrase

en la biblioteca. Paseó la vista por el suelo, supuestamente en busca de aquel gato que quizá intentaba escaparse o quizá no. Una vez que nos encontramos dentro y que la puerta quedó cerrada, el vampiro se relajó visiblemente.

La biblioteca de Ammontraíeth era muy hermosa. No era tan grande como la del Palacio de Invierno, ni tenía cúpula de vidrio desde la que ver el cielo nocturno, pero eso daba igual. Todas las bibliotecas tenían magia. Hasta las bibliotecas que no se especializaban en esos temas. Porque ¿qué era un libro sino un portal a otro reino, a otra época, incluso a otra vida? Sin embargo, en aquella biblioteca, la magia flotaba en el aire. No era nada concreto que yo pudiese señalar. No era la luceterna que bañaba los lomos de los libros que descansaban en diferentes montones. Ni el extraño fuego verde pálido que ardía en la chimenea junto a las ventanas y que parecía crepitar al revés… sobre sí mismo. Desde luego, no eran los pajarillos que revoloteaban por el aire y que sobrevolaron la cabeza de Tal cuando este se acercó a la larga mesa que recorría la habitación.

—Oh. Vaya. ¿Ese pájaro está hecho de…? —Entrecerré los ojos e intenté asegurarme de estar viendo bien.

Tal agarró al pájaro sobre su cabeza en pleno vuelo. Me tendió la mano para que lo viera.

—De papel —dijo—. Está doblado con la forma de una de las razas más escasas de Yvelia. Se los llama «miraestrella».

Las alas del pájaro de papel emitieron un susurro cuando este intentó escapar de la mano de Tal. Abría y cerraba el pico, y picoteaba la mano del vampiro, claramente molesto de verse atrapado.

—Parece muy real —susurré.

—Es que es real. Vive aquí, en la biblioteca, entre los libros. Aquí pone huevos y cuida de sus crías. Algún día, aquí morirá. —El pájaro pareció rebatir aquella frase con un picotazo aún más fuerte a la mano de Tal. El vampiro chistó y esbozó una leve sonrisa. Alzó la mano y liberó al miraestrella, que desapareció en un borrón blanco

hacia las estanterías—. Hay cientos de pájaros así por aquí. Anidan en los travesaños. Llevan aquí desde siempre. Probablemente más de mil años. Alguien hizo parejas de pájaros de papel hace mucho y les insufló una chispa de magia. Los pájaros mantienen esa magia y la transmiten a sus crías, y sus crías a sus crías.

—Pero… ¿cómo lo hacen? —Aquello parecía imposible—. No son más que papel.

Tal, con aire solemne, inclinó la cabeza y retiró una silla del extremo de la larga mesa de lectura. Despacio, tomó asiento. Se puso las manos en el vientre y me dedicó por fin una mirada con aquellos ojos gris tormenta.

—¿Y no pasa igual con nosotros? ¿Acaso no estamos hechos del mismo material que el mar, la tierra y el cielo? ¿No nos crean a partir de los restos de los dioses y nos insuflan una chispa de magia que nos hace reales?

Aquella frase me afectó un poco. En realidad, mucho.

—¿De verdad crees que nos crearon los dioses, que nos pusieron aquí como parte de un gran plan?

Taladaius resopló.

—No, no lo creo. Pero sí que creo que un día un mago dobló unas hojas de papel y creó estos pájaros. —Echó la cabeza hacia atrás, con una leve sonrisa en la comisura de la boca, y contempló a los silenciosos pajarillos que revoloteaban y planeaban sobre nuestras cabezas—. Creo que una mente curiosa mezcló los ingredientes que nos componen a nosotros, eso sí. Pero nada más. Donde existe la vida prolifera la magia, Saeris. Nosotros creamos todas las maravillas en este reino, solo porque estamos presentes para verlas. Siempre es la magia lo que ilumina el camino. Eso es lo que creo.

—Hablas como si supieras lo que dices —señaló una voz seca desde las sombras. Era la misma voz que había exigido que cerrásemos la puerta.

La sonrisa de Tal se pintó de remordimiento al girarse hacia la mujer que salió cojeando de entre las estanterías. Era jorobada, caminaba encorvada, con los hombros encogidos a la altura de las

orejas. Tenía el rostro cubierto de arrugas. La mata de pelo que le recorría la cabeza era tan blanca como la nieve recién caída sobre la cumbre de Omnamerrin. Yo la había visto durante mi coronación. Los ojos hundidos de Algat, negros y vidriosos como las paredes de obsidiana del palacio, recorrieron a Taladaius como si no viesen nada relevante en él. Luego se centraron en mí con alarmante intensidad. Bajó las escaleras cojeando y atravesó la biblioteca. Luego se agarró al respaldo de una silla y, despacio y con un manifiesto gruñido, se arrodilló ante mí.

—Qué honor, mi reina —dijo con voz áspera—. Una visita de nuestra nueva regente. Y tan bien vestida, además.

No ocultaba el sarcasmo; era una burda pulla. La armadura de cuero que yo vestía no tenía nada de buen gusto, por lo visto. Llevaba las botas manchadas de barro, gastadas. Pero Algat era la Lord de Medianoche que me había obligado a alimentarme de Fisher delante de toda la corte. La misma con la que mi compañero me había dicho que me anduviese con mucho ojo. A mí me importaba mierda y media lo que Algat pensase de mis ropas o del estado de mis botas. Suerte tenía de que no la obligase a limpiármelas ahora que la tenía delante.

Ella me sonrió con unos colmillos romos y amarillentos.

—Sabía que tarde o temprano encontraríais el camino hasta la biblioteca. Os he estado esperando.

—Ah, ¿sí? —El hielo endurecía mis palabras. Aquella anciana no me gustaba nada. Sobre todo, no me gustaba el modo en que me miraba mientras se rascaba el dorso de la mano.

—Sí, sí. ¿Me permitís que me levante, hija mía? La corriente de aire que sopla por aquí les sienta mal a estos viejos huesos míos.

Habría sido mezquino por mi parte decirle que no. Asentí a regañadientes.

—Puedes ponerte en pie.

—Gracias, majestad. Tenéis mi más profunda gratitud. —La vieja se enderezó de un salto sin siquiera pestañear, de pronto tan hábil

como un corderillo recién nacido—. Como os decía, he estado esperando vuestra llegada. A fin de cuentas, estáis hambrienta.

La acusación me erizó el vello de la nuca.

—No, claro que no.

—Oh, sí, sí que lo estáis. Siento vuestra hambre latiendo como un corazón, todo el tiempo.

—No necesito alimentarme —le dije en tono entrecortado, pero ella negó con la cabeza, con un movimiento de mofletes.

—No me refiero a sangre, matarreyes. Estáis hambrienta de conocimiento. Ansiáis volver a vuestro hogar, ser liberada.

Soltó una carcajada tras pronunciar la última palabra, como si fuese algo lascivo, algo de lo que avergonzarse.

—Siento esa hambre vuestra a todas horas —prosiguió—. Sois insaciable. Siempre queréis más.

Me giré hacia Tal.

—¿Para esto me has traído aquí? ¿Esta era la ayuda que me ibas a prestar?

El vampiro extendió las manos, con un suspiro.

—A veces la medicina tiene mal sabor, Saeris.

—¿Y esta de aquí es la medicina?

—Soy la Centinela de los Registros, niña. —Algat sorbió por la nariz—. Los conozco mejor que nadie. Hay libros en esta estancia que os conviene conocer. Está en mi poder presentároslos.

Envaré la columna vertebral.

—Esta biblioteca no tiene ningún volumen sobre alquimia —dije.

Al parecer, las cejas de Algat habían dejado de existir hacía mucho, pero el trozo de piel en el que estuvieron en su día se alzó en su frente.

—Ah, ¿no?

—No. Belikon purgó todo el reino de cualquier información sobre los alquimistas y su poder.

La anciana me dedicó una expresión muy seria y asintió con aire sabihondo, pero no consiguió mantener la pantomima: se echó a reír antes incluso de que yo acabase de hablar.

—Ay, niña, qué verde estáis. ¿Acaso dejasteis de mamar de la teta de vuestra madre ayer mismo?

—Algat —dijo Tal en tono de advertencia—, recuerda con quién hablas.

La mujer le dedicó un fruncimiento de ceño al Lord vampiro.

—Mi memoria es bastante más afilada que la tuya, espectro. Sé exactamente con quién hablo. Con la matarreyes. Con el fin del día. Con la última marea. Con la rompenombres…

—¡Basta!

Tal dio un puñetazo en la mesa. La anciana cerró el pico, con un hilillo de baba colgando del labio. Contempló a Tal durante un segundo, sin la menor expresión. Sin embargo, el aire se aquietó de pronto, cargado de punzante tensión.

Tal mantuvo el tipo, sin apartar la mirada.

—¡Está bien! —Algat dio una palmada en el aire, y de pronto se encontró al otro lado de la mesa. ¿Cómo lo había hecho? No la había visto moverse. Se giró, y su cuerpo se movió de un modo antinatural que me puso la piel de gallina—. ¡Belikon de Barra! ¡Belikon de Barra! —canturreó con voz aguda e infantil, muy distinta de los graznidos de antes—. El rey de los fae yvelianos jamás ha puesto un pie en vuestros dominios, mi reina —dijo en tono de burla—. Mi padre lo prohibió. Esa rata sarnosa jamás pidió audiencia con mis libros. Toda la colección está intacta.

No quise que supiera qué efecto me causaba esa noticia, pero no conseguí evitarlo. Aquella mujer encorvada oyó cómo se me aceleraba el pulso. Una sonrisa podrida le asomó lentamente en el rostro.

—Mi padre fue mecenas de alquimistas. Apoyaba sus artes, las alimentaba. Donde otros veían solo peligro Malcolm de Sanasroth vio poder.

—¿A qué te refieres con peligro?

—Ah, me refiero a que un alquimista es una criatura peligrosa. ¿No os ha dicho nadie lo que sois? ¿No os han contado el motivo por

el que Belikon y vuestra querida reina Madra persiguieron y asesinaron a los vuestros?

—Algat.

Tal no alzó esta vez la voz, pero no hizo falta. Esa única palabra resonó por la biblioteca con la fuerza del restallido de un trueno. Algat dio un respingo y se encogió al tiempo que la luz salvaje en sus ojos se apagaba. Bajó la cabeza para no mirar al vampiro. Yo también lo sentí: una fuerza aplastante en la nuca que me obligaba a inclinarme, a arrodillarme, a arrastrarme frente al hombre sentado al extremo de la mesa. No caí de rodillas por pura fuerza de voluntad.

—Basta de juegos —dijo Tal—. Quiere comprender quién es y de lo que es capaz. No necesita que la vuelvas loca de miedo. Vas a ayudarla a descubrir los hechos, nada más…

Un remolino de sombra se retorció en el aire ante mí y cobró forma: un botón que se oscureció, cayó y, cuando llegó a la superficie de la mesa de lectura, se convirtió en un gato. Un gato negro, concretamente, con resplandecientes ojos rojos.

La criatura me clavó una mirada leonina que me recordó a otros gatos bastante más grandes con los que me había cruzado en las dunas en casa. Un estremecimiento de pánico me recorrió la columna vertebral.

—¿De dónde cojones ha salido este bicho? —jadeé.

—Se llama Guru —dijo Algat, disgustada. El control que Tal había ejercido sobre ella ya se había roto, y le lanzó una mirada cargada de animadversión al vampiro. Se acercó al otro extremo de la mesa y empezó a acariciar agresivamente al gato con una mano nervuda. El gato estaba allí, era real. Algat lo acariciaba—. Mantiene a las ratas y otras alimañas a raya —dijo con toda intención, y le lanzó otra mirada asesina a Taladaius—. He oído que tenéis un zorro blanco en vuestros aposentos, matarreyes. Yo en vuestro lugar no lo dejaría suelto por ahí. A Guru no le gustan nada los cánidos.

Por eso mismo había decidido yo mantener a Onyx en mis estancias. No tenía ni idea del tipo de problema en el que podría

meterse en el Palacio Negro, y tampoco tenía la menor intención de descubrirlo. Guru, por otro lado, parecía un animal agradable, pero no me fiaba. El gato echó la cabeza hacia atrás y entrecerró los ojos, disfrutando de las caricias de Algat. Su cola latigueaba a izquierda y derecha.

Taladaius se estremeció.

—Saeris, tengo otros asuntos que atender —dijo, y se puso en pie, envarado—. Algat se va a portar bien y te va a ayudar mientras estés aquí llevando a cabo tu investigación. ¿Verdad que sí, Algat?

La mujer inspiró fuerte por la nariz.

Mi creador —que seguía siendo mi creador, al menos de momento— salió y me dejó con la anciana y el gato. Cuando volví a girarme hacia ella, Algat había sacado un plato pequeño de entre sus faldones andrajosos y vertía en él leche de un recipiente.

—Por más que ese espectro me lo haya ordenado, no creáis que no os voy a cobrar por mis servicios, alteza —dijo.

Resoplé.

—No se me ocurriría pensarlo, pero soy tu reina. Eso tiene un valor, ¿no?

La mujer se movía de un modo que inquietaba, como una araña que se desplazase demasiado deprisa. No me gustaba. Algat se metió un mechón rebelde de pelo tras una oreja caída y chasqueó la lengua.

—Hasta las reinas han de pagar sus deudas, alteza. Sobre todo las reinas.

Guru inclinó la cabeza y husmeó delicadamente el platillo lleno de leche. Soltó un maullido de disgusto, se apartó y erizó el pelaje del lomo.

—¿Y cuánto me costará tu ayuda esta noche? —pregunté con tono afilado, aunque estaba cansada de aquella anciana. No tenía tiempo para aguantar a quien ponía dificultades a propósito.

Ella sonrió, como si sacase las ideas directamente de mi cabeza y no le importase un pimiento mi impaciencia.

—Vamos, vamos. Es cierto que lleváis poco al frente de esta corte, pero ya deberíais saber que aquí casi todo se paga con sangre.



Gotas carmesíes vetearon el blanco. La sangre trazó remolinos entre la leche.

Cinco gotas, nada más.

No había sido más que eso. Contemplé cada gota de tono rubí temblar y caer de la almohadilla de mi dedo índice, con la mitad de concentración que Guru, que parecía a punto de saltar y empezar a lamer mi sangre directamente de la punción que me había hecho en el dedo.

Ahora su lengua rosada empezó a dar cuenta del contenido del platillo con fervor. Un ronroneo bajo le salió de la garganta mientras bebía.

—Le gusta vuestro sabor —señaló Algat, con las manos en las caderas.

—Eso es muy inquietante.

En Zilvaren había gatos. La gente los tenía por el mismo motivo por el que Algat tenía a Guru en la biblioteca: cazaban a las ratas. Sin embargo, no eran buenas mascotas, en mi opinión. No se podía confiar en ellos. Al menos los perros eran lo bastante leales como para morir de pura solidaridad si su dueño se moría de forma fulminante en casa. Había oído muchas historias de gatos que se habían comido la cara de sus dueños en las mismas circunstancias.

—Guru es muy listo —señaló Algat, que contemplaba orgullosa al felino. Guru estaba dejando limpio el platillo—. No bebe de cualquiera.

—Qué honor —dije en tono seco.

Algat carraspeó.

—Pues sí. Y ahora, libros. A ver, esta noche me siento generosa. Cinco gotas de sangre equivalen a todo un libro.

—Vaya, sí que eres generosa, sí.

—Os podéis llamar dichosa. Normalmente solo entrego unas pocas páginas. Y estas en concreto estarán escritas en alquiméreo. Imagino que no leéis, escribís ni habláis el idioma de vuestra gente, ¿verdad?

Dioses, qué ganas de darle un puñetazo.

—No.

—Hum. —Tensó las fosas nasales, poco impresionada—. Lo dicho: podéis llamaros dichosa.

Algat se perdió entre las estanterías y yo me mantuve en el sitio. Me negaba a seguirla hacia las sombras. Guru se quedó conmigo, posado al borde de la mesa como si de una gárgola de ojos rojos se tratase. Me miró como si quisiese convencerme para que le diese más sangre. Sabrían los dioses por qué lo hice: me apreté la punta del dedo sobre el platillo vacío y vertí dos gotas más para él. El gato se lanzó sobre la sangre como si estuviese muerto de hambre. Emitió un extraño ronroneo al limpiar el platillo por segunda vez.

—Aquí es… —Algat me miró—. No le habréis dado sangre sin diluir, ¿no?

—Pues sí.

—Excelente. —Se dio sendas palmadas en los costados y levantó una nubecilla de polvo—. Ahora se pasará horas aullando y persiguiendo pájaros.

«Bien, espero que siga así todo el puto día», pensé.

Algat resopló.

—Valiente maleducada estáis hecha.

Joder. ¿Me había oído? ¿Cómo demonios me había oído?

—Porque soy especialista en oírlo todo, niña. Pensáis tan alto que es como si gritaseis a pleno pulmón.

Estupendo. Así que no solo tenía que andarme con ojo con Fisher. También tenía que cuidarme de aquella vieja bruja.

—¿Existe algún modo de evitar que husmees en mi mente? —Imprimí tanta autoridad como pude a la pregunta, aunque no supe si la anciana respondió porque se vio obligada o porque le dio la gana.

—Podéis ordenarme que no lo haga —dijo—. Pero no os lo recomiendo. Nunca se sabe cuándo necesitaréis que oiga vuestros pensamientos.

Claro. Me parecía que nunca iba a necesitar tal cosa.

—Te ordeno que jamás vuelvas a oír mis pensamientos ni a invadir la intimidad de mi mente, Lord de Medianoche. Y te ordeno que tampoco vuelvas jamás a invadir las mentes de mis amigos ni la de mi compañero.

La vampira siseó y enseñó los dientes. De pronto, el aire se volvió muy frío. Guru arqueó el lomo, con el pelo de punta. Imitó a su ama y siseó para luego bajar de un salto de la mesa y convertirse en un borrón de sombras que atravesó la estancia y se perdió entre las tinieblas junto a un gran escritorio.

—¿Venís suplicando la ayuda de Algat pero luego le atáis las manos a la espalda?

—Te voy a atar más que las manos si me das problemas. —No era una amenaza. Las amenazas no conseguirían que aquella mujer me obedeciese. Era un hecho, nada más—. Y ahora me gustaría ver ese libro. No puedo perder toda la noche con esto.

—A mí me parece que es lo único en lo que deberíais centraros ahora —señaló la mujer. Me recorrió el cuerpo con los ojos y los clavó en mis guantes…, en las runas resplandecientes que me ardían bajo el cuero.

Me apresuré a esconder las manos a la espalda. La alarma me recorrió por completo.

—Algat, el libro. Por favor.

¿Era poco regio pedir las cosas por favor? Seguramente era poco sanasrothiano, pero, para mi sorpresa, la mirada dura de la anciana se suavizó un poco.

—Dadme un momento —dijo en tono rígido—. Si Guru vuelve y empieza a pedir más sangre, no se la deis. Ha tenido más que suficiente. Gracias.

No tenía de qué preocuparse. No pensaba volver a abrirme el dedo de nuevo para ese gato. Algat desapareció tras las estanterías y yo pasé el siguiente rato inspeccionando el techo de la biblioteca.

En Zilvaren, las estrellas eran un mito. Nos hablaban de extrañas luces en el cielo, resplandecientes como diamantes, millones de ellas. Pero sin marco alguno de referencia, yo jamás había conseguido imaginar qué aspecto tendrían. Lo que había conjurado en mi mente quedaba lamentablemente apartado de la realidad. El cielo de Zilvaren era un vacío habitado solo por dos implacables bolas de luz candente. Sin embargo, el cielo de Yvelia era espectacular. Aquella extensión brillante estaba al mismo tiempo muy lejos y justo ahí, como si yo pudiese alargar los dedos y tocar todo el universo. Lo que siempre había parecido vacío estaba ahora repleto de luz y de potencial.

Y ahí fuera había mundos. Una cifra inabarcable de reinos. Quienquiera que hubiese pintado el cielo nocturno del techo de la biblioteca de Ammontraíeth era todo un maestro. Resultaba notable lo que había conseguido con un poco de pintura y un baño en oro. Era muy real. Si yo alzase la mano…

Caí de costado sin emitir ningún sonido. No me dio tiempo. Un proyectil me impactó en las costillas con tanta fuerza que me quedé sin aliento. Caí al suelo, sin comprender lo que estaba pasando durante una fracción de segundo. Y luego me puse en movimiento.

Mis dagas aparecieron en mis manos. Me giré bajo el peso que se revolvía sobre mí e intentaba inmovilizarme en el suelo. Aparecieron ante mi vista franjas negras y grises, vetas de oro.

—¡Quítate… de… encima!

Sin embargo, aquella feroz criatura, un hombre de pelo oscuro con furibundos ojos azules, no se apartó de mí. Me enseñó los dientes, unos brillantes colmillos afilados que emitían destellos

dorados, e intentó cerrar las fauces sobre mi garganta para arrancármela.

—Date por muerta —rugió.

Vaya seguridad. Estaba condenadamente seguro de sí mismo. Forcejeó conmigo e intentó sujetarme las muñecas con una enorme mano para poder inmovilizármelas por encima de la cabeza…, pero cometió un grave error: supuso que yo no me resistiría. Estaba encima de mí; un problema muy pesado. Rectifiqué la situación lo mejor que pude. Fue una jugada sucia, pero igual de sucio era salir de entre las sombras y abalanzarse sobre otra persona para derribarla. Lo que yo hice fue arrearle un buen rodillazo en las pelotas.

El vampiro se encogió y resolló, pero no me soltó. No del todo. Aflojó brevemente su presa y me dejó algo de margen como para poder liberar una mano. Tardé dos segundos completos en encontrar la daga que se me había caído cuando me inmovilizó. Sin estremecerme siquiera, le hundí la hoja en el costado, entre las costillas.

El vampiro se estremeció y retrocedió.

—¿Qué…? —Bajó la vista, confundido—. Pero…

—Te he apuñalado —escupí—. Ahora voy a arrancar la hoja y ver cómo te desangras.

Él cerró los ojos cuando cumplí lo que le había anunciado. La sangre no manaba de las heridas de los vampiros del mismo modo que de las de los vivos. El fluido manó lentamente a causa de la falta de presión. Yo sentí que aquel líquido caía sobre mí, que encontraba los huecos de mi armadura, que mojaba la camisa de debajo y se me pegaba a la piel. Estaba antinaturalmente frío, pero al menos no hedía como la sangre de los devoradores. Despedía un olor a cerrado. Extraño. Desagradable.

—Pla… ta —resolló el vampiro—. Esa hoja no era… de plata.

Cayó de costado y aterrizó en el suelo con un golpe sordo hasta quedar de espaldas.

Yo estaba libre.

Me puse en pie enseguida, lista para volver a apuñalar a aquel cabrón si alzaba aunque fuese un dedo en mi dirección. Él seguía contemplando la hoja en mi mano, la que me había dado Fisher el día de mi coronación. La estudié y se la enseñé.

—Lo que es de plata es la punta. No te va a matar, pero lo vas a pasar mal las próximas horas. Me parece adecuado —jadeé—, porque acabas de intentar arrancarme la garganta. Y ahora, dime: ¿quién coño eres? ¿Y por qué acabas de intentar matarme?

Sin embargo, el vampiro no consiguió responder. Antes de que hablase, las runas entrelazadas del dorso de mi mano se iluminaron como una bengala y un condenado dolor me ardió por el brazo.

Ay, dioses, no…

La biblioteca se llenó de luz. No pude controlar la oleada de poder que se alzó, alzó, alzó… y que salió de mi mano en forma de ráfaga blanco-azulada.

El escritorio que había ante mí desapareció. Estaba ahí, y de repente ya no. Luego la estantería de detrás y todos sus tomos encuadernados en cuero. Todo desapareció. El sofá de cuero junto a la ventana también desapareció. La pared, con aquel retrato de Malcolm con una media sonrisa… desapareció.

El viento sopló en la biblioteca, una nube de polvo y piedra pulverizada que se arremolinó como fina nieve en el aire. El frío irrumpió en tromba y me rodeó las botas, me subió por las piernas, me caló hasta los huesos. Me estremecí y contemplé lo que había hecho.

Había un agujero de seis metros en un lateral de Ammontraíeth.

Y lo había abierto yo.

15



VORATH

KINGFISHER

—¡Juro por los cuatro vientos que no quería ayudarle! ¡Me obligó él! —Carrion, siempre de pies ligeros, no había tardado en alcanzar al cerrajero, que no se encontraba en forma—. Conoces bien a Eric —añadió Vorath, alzando las manos—. Puede ser muy persuasivo cuando quiere.

Si Carrion no aflojaba un poco, iba a romperle el cuello al humano, o bien a bloquearle la tráquea hasta que se desmayase. Le puse una mano en el hombro a Swift y alcé las cejas cuando me miró.

—Ya le dirás luego que se ha portado muy mal. Ahora es mejor que te enteres de dónde está la plata.

Estábamos dentro de la tienda del humano. Resultó que no solo era cerrajero. También era comerciante. Un proveedor de baja estofa de todo tipo de mercancía extraña e interesante. En sus estanterías había jarros que contenían cabezas diminutas. Un enorme despliegue de polvos y hierbas molidas dentro de pequeños recipientes de cristal. Huesos colgados de cuerdas y anudados para formar extraños diseños que casi parecían runas. Todo estaba cubierto de una fina capa de arena.

Impregnaba el aire un olor a especias desconocidas, aunque no desagradables. Yo presté poca atención a lo que nos rodeaba. Aparte de saber cuántas entradas tenía la tienda y dónde estaban, el resto no me importaba. Lo único que importaba era la plata.

Por quinta vez en otros tantos minutos, los ojos oscuros de Shah volaron hacia mí. Estaba claro que me miraba con cautela; lo que estaba menos claro era por qué.

—No sé dónde se lo ha llevado todo Eric —se apresuró a decir Shah—. Está paranoico. Sabes que jamás le contaría a nadie dónde piensa guardar todo ese capital.

—Agh. —Carrion resopló—. Estoy ya cansado de esta conversación. Eric es la persona más perezosa y arrogante del Tercero. Jamás habría transportado él solo todos esos arcones. Se considera por encima de ese tipo de trabajo de fuerza bruta. Pero tampoco habría contratado a nadie para que se ocupase, porque tienes razón: es un paranoico. —Señaló con un ademán al humano, aplastado contra el mostrador de su tienda—. Lo cual significa que esto no tiene sentido y que me estás haciendo perder el tiempo. ¿Dónde está mi dinero, Vorath?

Una vez más, Shah me miró y se encogió.

Yo llevaba armadura, pero eso él no lo veía. Me había sometido a un encantamiento. Esa mirada extraña se debía a otro motivo. Algo que avivó mi curiosidad.

—Si te digo dónde está, me pongo de tu lado —dijo Shah con voz ahogada—. Si no te digo dónde está, me pongo del suyo. Estáis los dos chalados. ¿Cómo puedo decidir a cuál de los dos voy a cabrear?

—Pues lo más inteligente sería cabrear al que no está aquí —sugirió Carrion—. Para que el que está aquí no te arranque las uñas.

—Pues… sí, es un buen consejo —dijo el humano. Cerró los ojos con fuerza cuando Carrion le apretó aún más la garganta—. No quisiera quejarme, Carrion, pero me estás clavando el codo en el costillar.

Shah no tenía tanto miedo como debería. Sabía que en el camino que se abría ante él le esperaba algo de dolor, pero no le preocupaban las consecuencias reales. Al menos no de parte de Carrion. Pero yo era una entidad desconocida.

—Mátalo ya, acabemos con esto —dije, fingiendo un aire de aburrimiento.

El cerrajero empezó a forcejear con manos y piernas.

—¡No! No, no me matéis. Os lo contaré, de acuerdo. Tenéis que entender que en el Tercero no se la puede jugar uno a alguien e irse de rositas.

Shah se la había jugado a bastante gente en su vida. Rara vez se equivocaban mis intuiciones. Había algo en aquel humano que no era de fiar. Era más listo de lo que quería que pensásemos. Su mente trabajaba a mil por hora.

—No os puedo decir dónde se ha llevado Eric vuestro dinero, pero os puedo guiar hasta allí —dijo.

—¿Y por qué demonios iba a querer llevarte conmigo en esta aventura? Bastante engorro está siendo ya tu presencia —dijo Carrion, lanzando una mirada nada sutil en mi dirección.

—Porque soy útil. Porque quiero compensar… —tosió y tragó con dificultad por culpa de que Carrion le aplastaba el antebrazo contra la tráquea— compensarte por haber huido hace un minuto. Ya sabes cómo es la cosa. Me entró el pánico. Lo siento, Carrion. Venga, que somos amigos.

Aquel hombre no tenía amigos.

Si mi impresión no andaba errada, debía de tener por alguna parte una carretilla en la que depositaba los cadáveres de sus víctimas. Aun así, me guardé aquella idea para mí.

Carrion se apartó y aflojó un poco la presión sobre la garganta de Shah. Sus ojos azul pálido volaron hacia mí.

—¿Y bien? ¿Dejamos que nos acompañe hasta la mercancía o qué?

—Yo preferiría torturarlo hasta que nos dé la ubicación y luego deshacernos de él.

Pum-pum.

Pum-pum.

Pum-pum.

El pulso de Shah estaba totalmente calmado. No se aceleró ni un poco, aunque fingía que le estaba entrando el pánico.

—¡No! Eric ha colocado trampas. Me necesitaréis para atravesarlas.

¿Por qué tenía tantas ganas de venir con nosotros? Supuse que solo había un modo de descubrirlo.

—Está bien, de acuerdo, que venga. Pero es tu mascota, Swift. Asegúrate de tenerle la correa bien sujeta.

Ya había llegado la mañana, o eso me parecía. Imposible decirlo a ciencia cierta. «Tomé prestada» una gran bufanda gris del humano y la usé para protegerme la cabeza tanto de los soles como de los ojos fisgones del Tercero. Avanzamos por el distrito. Yo odiaba la sensación del sudor que me corría por la espalda.

Carrion mantuvo la cabeza baja y se movió al ritmo del caudal de gente que atestaba las calles. Tenía los hombros relajados, caminaba con andares tranquilos y despreocupados, pero sus ojos escrutaban la cara de los humanos que pasaban junto a nosotros. Se apoyaba la mano en el costado con gesto casual, pero sus dedos le rozaban la cadera, donde yo sabía que guardaba una daga envainada, escondida bajo la camisa.

Estaba listo.

Si teníamos que escapar, no haría falta decírselo dos veces. Si teníamos que luchar, ese acero aparecería en su mano en un latido, y no le daría miedo usarlo. Tomé a regañadientes nota mental de aquello para procesarlo luego. Shah estaba más nervioso que un hurón. Avanzaba tres metros por delante de nosotros y navegaba por entre la multitud apretujada como un pececillo que subiese contracorriente. Yo le clavaba la vista en la nuca, resuelto a no permitir que se perdiese en la muchedumbre.

—¿Qué hace toda esta gente aquí? ¿No tienen casa ni trabajo?

Junto a mí, Carrion soltó un resoplido amargo por la nariz.

—Van de camino a los grandes portones a pedir su ración de agua para hoy. Si no llegan pronto, no quedará y tendrán que esperar a mañana.

Una cosa era saber que Madra mantenía a su pueblo aplastado y sometido mediante el control del agua. Otra bien distinta era ver sus métodos. Los humanos que avanzaban hacia la entrada del distrito estaban sucios y llevaban ropas desgastadas. Muchos de ellos estaban demacrados, con los ojos hundidos en las cuencas. Pero… sonreían. Se reían y bromeaban unos con otros mientras avanzaban de camino a recoger suficiente agua como para sobrevivir hasta el día siguiente. Sus hogares no eran más que cáscaras medio derruidas. Se veían oprimidos y apalizados a cada ocasión. Apenas tenían suficiente comida para alimentar a sus niños, y habían normalizado aquella situación. La habían aceptado. Habían encontrado el modo de vivir con ello. Ante una miseria tan abyecta, todos ellos se habían construido una vida y una comunidad. Aún no los habían roto del todo.

Al aproximarnos a la muralla que separaba el Tercero de sus distritos adyacentes, Vorath Shah viró de pronto a la izquierda y se agachó entre un edificio chaparro y pequeño y algún tipo de alta torre. Entre las dos estructuras había un hueco apenas lo bastante grande como para que cupiese yo con mi envergadura. Entré por aquel corredor tras él. Estaba seguro de que lo vería huir a toda prisa, pero no. Shah estaba justo a la entrada, esperándonos, a un par de metros de distancia.

—Algo más adelante hay una puerta en la muralla. Tendrás que abrirla tú, Carrion.

Swift se hizo a un lado y pasó junto a mí, en absoluto preocupado por la posibilidad de pisarme.

—Vorath, tú sabes abrir cámaras acorazadas. ¿Cómo es que necesitas que abra una sencilla puerta?

—Porque no es una sencilla puerta. Ya lo verás tú mismo, ya.

Momentos después nos encontrábamos delante de dicha puerta. Entonces comprendimos qué problema tenía Shah: no había pomo,

ni cerradura ni nada. De hecho, la muralla estaba tan desprovista de ningún rasgo definitorio que la puerta era casi imposible de identificar. De no ser por la fina y oblonga rendija que se apreciaba en la arenisca, ni siquiera yo la habría visto. Shah hizo el gesto universal de «¿lo veis?».

Carrion frunció el ceño y pasó una mano por el borde de la puerta.

—¿Cómo entraste cuando estabas con Eric?

—Tiene una llave especial. La apoya en la muralla y la desliza a la izquierda. Entonces la puerta se abre sin emitir ni un sonido. —El asombro en la voz de Shah era patente—. No sé cómo ha conseguido objetos encantados. Lo único que sé es que esa llave no se la di yo.

¿Sabría Carrion que aquel truco mágico de Eric en realidad no tenía nada de mágico? A juzgar por el modo en que resopló al tiempo que echaba mano de la daga bajo su camisa, parecía ser que sí.

—Dadme un poco de espacio —murmuró.

La hoja destelló cuando la apoyó contra la muralla. Colocó el cuerpo de espaldas a Shah para que este no viera lo que hacía.

—¿Qué haces? —El cerrajero se puso de puntillas e intentó mirar por encima del hombro de Carrion.

Él me miró a mí a los ojos. En ellos había una pregunta: «¿Se lo digo?». Yo me encogí de hombros; me daba igual.

—No es magia, Shah. No es más que un gran imán.

Carrion pasó la daga por el centro de la puerta y asintió con satisfacción cuando el metal atrajo al metal del otro lado. Empezó a arrastrarla a la izquierda. En realidad, aquello era sorprendente. La daga estaba hecha de acero fae, refinado hasta extraerle todo el hierro y templado con otras aleaciones para reforzarlo. Y sin embargo resultó que el acero fae seguía siendo muy magnético.

—¿Qué es un imán? —preguntó Shah.

—Luego te lo cuento, ahora no hay tiempo. Tenemos que ir a por la plata.

Mientras Carrion hablaba, el enorme bloque de arenisca que hacía las veces de puerta se abrió. Al otro lado había un pasadizo entenebrecido.

—El campanario es el punto más alto del Tercero. Tiene una escalerilla de mano atornillada al lateral exterior, pero no hay puerta —cotorreó Shah—. Durante toda mi vida pensé que era una estructura sólida, pero no. Mirad. Hay estancias y más estancias. Todas vacías, pero, aun así… Le pregunté a Eric cómo había encontrado todo esto, pero se negó a responder.

Nos guio por la escalera de caracol interna que ascendía hasta el centro del campanario. Sin ventanas, el interior del edificio estaba totalmente a oscuras, pero Shah había venido preparado. Nos tendió pequeños frascos llenos de una sustancia verde resplandeciente. Parecía ser luceterna líquida concentrada. Los tres alzamos los frascos para iluminar el camino mientras ascendíamos. Yo veía perfectamente bien en la oscuridad, y sospechaba que Carrion también, puesto que no eran mis sombras las que creaban aquella oscuridad. Tendría que acordarme de preguntárselo más tarde. Aun así, llevamos los frasquitos para guardar las apariencias.

La luz teñía las paredes de un color enfermizo e iluminaba gruesas telarañas y huesecillos de pequeños roedores que se acumulaban en las escaleras.

Cuando íbamos por lo que supuse que era la mitad de las escaleras, Vorath nos advirtió:

—Cuidado por dónde pisáis.

Había un esqueleto pelado, tirado en los escalones. En un primer momento pensé que eran los restos de un humano, pero luego me di cuenta de que no. Los colmillos del cadáver eran demasiado largos para ser humano. Carrion también vio los colmillos alargados del fae muerto. Me dedicó una mirada por encima del hombro y alzó una ceja, con el perfil bañado de pálida luz verde.

Una sensación de inquietud se adueñó de mi estómago. A medida que ascendíamos hacia el campanario, esa sensación aumentó, se volvió más pesada, como si me hubiese tragado una piedra. Hubo

una época en la que yo habría pensado que me estaba pasando de cauteloso por sentirme así, pero ya había aprendido la lección en el laberinto. Si afiladas estaban mis armas, más lo estaba mi intuición, gracias a la cual jamás me había perdido. Para cuando llegamos a la arcada en lo alto de las escaleras, mis nervios ya chillaban. Frené en seco, saqué la daga e invoqué un puñado de sombras.

—Carrion.

Algo más arriba, el contrabandista apenas estaba a un par de pasos detrás de Shah. El humano esperaba junto a la oscura arcada. Las sombras que arrojaba el frasco verdoso le retorcían las facciones, las convertían en una máscara repugnante. Se giró hacia nosotros.

—Es por aquí —dijo.

—Carrion —gruñí.

El contrabandista se detuvo en el penúltimo escalón y se volvió hacia mí.

—¿Qué pasa?

—Hay que irse de aquí —le dije.

—¿Qué? No, claro que no. —Sonaba incrédulo—. No tenemos lo que hemos venido a buscar.

—Encontraremos la plata en otra parte.

—¿De qué hablas? Es mi dinero. Mi mercancía. Tengo derecho a hacerme con ella. ¿Por qué vamos a buscar una alternativa más difícil?

—Swift —dije en tono calmado—, si atraviesas esa abertura, ya no volverás a salir.

—¿A qué te ref…?

Pero el cerrajero no le dio la oportunidad de cambiar de idea: agarró a Carrion del brazo y tiró de él para subir el último escalón.

—Lo siento, Carrion —dijo—. Soy tu amigo…, pero él sigue hambriento.

—¿Hambriento? ¿Quién sigue hambriento? —Swift tropezó con el último escalón y cayó hacia delante. Shah se apartó y dejó que cayese, aplastando la espalda contra la arcada. Carrion apoyó las

manos en el suelo y su torso cruzó el umbral que daba a la otra estancia…

… y no pasó nada.

Swift soltó una fuerte maldición y le clavó la mirada a Shah.

—¿Qué demonios te pasa, Vorath?

El sonido se oyó muy leve en un primer momento.

Se convirtió en un zumbido.

—¿Qué es eso? —preguntó Carrion, y sus ojos ascendieron hacia la oscuridad.

El zumbido se convirtió en un rugido.

—Dijo que era la única manera. —Shah se apartó de Carrion—. De lo contrario, yo no lo habría hecho.

—¿Vorath? —Carrion fue a levantarse, pero comprobó que no podía—. ¿Por qué tengo las manos pegadas al suelo?

Por los putos dioses vivos. Solté un suspiro y subí los últimos escalones, lamentando ya el hecho de no haber dado media vuelta y haberme largado.

—Es una trampa para demonios —dije.

Contemplé el suelo delante de Carrion. No vi nada destacable, ni tampoco en la habitación vacía al otro lado del umbral. Pero luego le di una patadita al frasco que Carrion había dejado caer al tropezar y lancé al interior el que Vorath me había dado a mí. En cuanto se apagó el resplandor verde, las marcas empezaron a llamear, brillantes y blancas. Estaban por todas partes: eran runas garabateadas de cualquier manera bajo una capa de polvo de siglos de antigüedad. Eran cientos, todas entrelazadas. Quizá miles. Cubrían todas las paredes de la estancia en lo alto de las escaleras. Y el techo. Y el suelo también. Y Carrion había puesto las manos justo sobre ellas.

—¿Qué puñetas es una trampa para demonios? —preguntó Carrion con un tono extrañamente calmado.

Yo me agaché junto a él y contemplé las runas con ojos entrecerrados. Gilarien, quizá. ¿Gilarien antiguo? O bien…, Ah. Mierda, no. No era gilarien.

—¿Por qué pones esa cara? —Carrion tiró con fuerza para liberar las manos del suelo, sin éxito alguno—. ¿Y por qué aumenta ese ruido?

—Más vale que pares —gruñí, y me puse en pie—. Aunque te arrancases las manos, seguirías jodido. Una trampa para demonios es magia antigua. Magia alquimérea. Y es justo lo que dice su nombre: es una trampa para cazar demonios.

—¿Y por qué puñetas me ha atrapado a mí? —quiso saber.

—Porque una magia tan antigua es poderosa, pero se deteriora con el tiempo. No lo bastante como para romperse del todo, pero sí para que pueda ser manipulada. La bestia aprisionada aquí está usando la trampa como una tela de araña, ¿verdad, Shah? La bestia la usa para comer.

Los ojos del cerrajero destellaron con absoluto deleite. Ahora se veía quién era de verdad, la versión de sí mismo que había estado escondiendo.

—Mi amo tiene un apetito prodigioso —dijo.

—¿Quién es? —pregunté—. ¿Arrangoth? ¿Noltick? ¿Bresheth?

No podía ser Morthil. Morthil estuvo atrapado en el laberinto conmigo durante un siglo. No recordaba los nombres de más demonios perdidos.

A juzgar por la demencial emoción del rostro de Vorath Shah, supuse que lo que estaba a punto de decir iba a ser muy malo.

—Su sagrado nombre es Joshin. Señor del Desierto. Soberano del Reino Oscuro.

Pueeeees… sí. Aquello era malo. Muy muy muy malo.

—Mierda.

—¡¿Me quiere decir alguien qué es ese sonido?! —bramó Carrion.

Uní las manos e invoqué tanto mi magia principal como mis sortilegios menores. Apreté los dientes mientras la espada, una réplica en plata de Nimerelle, se formaba en mis manos.

—Son escorpiones, Carrion. Es el sonido de un puto millón de escorpiones.

16



LA SANGRE

SAERIS

—¿Cuántas veces tengo que decírtelo? —protesté—. ¡No lo he hecho a propósito!

Una vez, de niña, derretí accidentalmente la única olla que tenía mi madre. Le dije que la había dejado al fuego sin vigilar, y me olvidé de ello. Pero, por supuesto, no era verdad. Yo la había tocado y el metal se había licuado inesperadamente hasta salpicar el suelo como agua. Y ahí se había solidificado, un charco de metal que en su día fue una de las posesiones más preciadas de mi madre. Cuando volvió a casa y encontró los restos sobre la mesa de la cocina, tuvo un ataque de ira legendario. Me pasé una semana sin poder sentarme.

Sin embargo, lo que había ocurrido ahora… era mucho peor.

Toda la biblioteca era un caos, y Algat exigía sangre.

Guru había escapado.

No por primera vez en la última hora, pensé que la anciana estaba a punto de ponerme sobre sus rodillas y darme una azotaina en el culo, tal y como había hecho mi madre en su día.

—Es un gato de interior, alteza —escupió, agresiva—. Jamás ha puesto un pie fuera de esta biblioteca.

Casi me eché a reír. Guru era una sombra, y una sombra iba allá donde le daba la gana aunque hubiera una puerta cerrada o una regla que nadie podía obligarla a cumplir. Probablemente, Guru había explorado el palacio de arriba abajo, y si Algat no estaba al tanto es que era una idiota.

Me apuntó bruscamente con un libro desde el otro lado de la mesa.

—Hay cosas mucho peores que Guru. Depredadores mucho más grandes que él, dispuestos a tragárselo sin pensárselo dos veces.

—No le va a pasar nada, Algat. Seguro que está sentado en el tejado, contemplando cómo todo el mundo en el patio se vuelve loco con lo que ha pasado.

—No le gusta el viento —dijo la vieja bruja en tono amargo—. Lo desperdiga cuando cambia de una forma a otra.

—¡Hmpf! ¡Hmpf!

Los ojos de Algat se desorbitaron, rebosantes de enojo. Señaló con el libro al vampiro de dientes bañados en oro.

—¿Y qué demonios le habéis hecho a este? —preguntó.

—Nada que no se mereciera. Me atacó, así que ahora le toca quedarse atado a una silla.

Yo había usado la cadena de plata que Fisher me dio antes de mi coronación, la que me puso a la cintura. Algat dejó escapar una risa tensa.

—Bueno, me muero de ganas de ver cómo le explicáis esto a vuestro creador, niña. De verdad que me muero de ganas. Le va a encantar.

Me palpitaba muchísimo la mano. En otras ocasiones en las que las runas habían llameado por mi piel, mis manos se habían curado instantáneamente antes de que acabase todo. Esta vez no había tenido tanta suerte. Aún tenía abiertas las puntas de los dedos, la piel ennegrecida y abrasada donde la magia había brotado de mí. Salía sangre de los profundos tajos de las palmas de mis manos, y las runas estaban ampolladas, en carne viva, como si me hubieran

marcado con fuego. Me estaba curando, lo sentía, pero iba a tardar más de lo que me habría gustado. Y dolía de cojones.

—Tal no pondrá ningún pero a que yo me haya defendido, Algat. Soy la reina de esta corte. Por derecho, este loco cabrón debería estar ya muerto.

Una mirada calculadora destelló en los ojos de Algat.

—Ah, si yo estoy de acuerdo. Asaltar al monarca de la Corte de Sangre es delito de alta traición. Así pues, ¿cómo es que no está muerto?

Mierda. Me había metido yo solita en la trampa. Podía haber acabado con aquel desconocido. Había tenido la oportunidad. Podía haber dirigido aquella sobrecarga de poder hacia él y no haber dejado más que una mancha de abrasión en la alfombra. Sin embargo, para mí matar siempre era el último recurso. Tenía que ser así. Aunque ya estuviese muerto, técnicamente hablando.

—No pienso matarlo sin haberlo interrogado primero —dije con tono aburrido—. De lo contrario, ¿cómo voy a saber quién lo ha enviado?

La decepción aleteó brevemente en los ojos nebulosos de Algat.

—Si queréis interrogarlo, deberíais quitarle la tela de la boca, ¿no? ¿Qué le habéis metido ahí? Un momento…, ¿eso son mis guantes de terciopelo?

Los guantes fueron lo primero que encontré cuando buscaba algo para acallar al rabioso vampiro. Se había puesto a chillarme en fae antiguo. Yo no había entendido qué decía, pero, a juzgar por su expresión desdeñosa y el tono agrio, supuse que no eran cumplidos.

Algat se desplazó por la mesa de lectura y le arrancó de la boca los guantes hechos un gurruño. Los sostuvo en el aire y me dedicó un ceño fruncido.

—¡Estos guantes son caros!

—Mis disculpas. Te compraré otros.

—¡Ya lo creo que me compraréis otros!

—Que sí.

—Juradlo. —La anciana apretó la mandíbula.

—¡Lo juro! ¡Dioses!

—Deberías tener cuidado a la hora de hacer promesas a la ligera —dijo una voz masculina.

El vampiro atado a la silla ya no forcejeaba contra la plata. Estaba sudando y descansaba la cabeza en el respaldo, como si hubiese tirado la toalla y se hubiese resignado a su destino.

—Silencio —espetó Algat.

El vampiro soltó una risa estrangulada y giró la cabeza sobre la madera para lanzarle una mirada arrogante a la anciana.

—¿Qué pasa, bruja? ¿No te gusta cuando otra gente interfiere con tus preliminares?

Algat contrajo los hombros. Parecía lista para subirse a la mesa y arañarle la cara.

—Debería cortarte la lengua…

—Adelante. ¿Por qué no? No sería la primera vez que lo haces. —El vampiro cerró los ojos y tragó saliva—. Pero volverá a crecer —añadió en tono cansado.

Me planté ante el desconocido y crucé los brazos. Parecía rondar los treinta y pocos años. Por supuesto, era mucho más viejo. Me iba a llevar un tiempo cambiar mis percepciones sobre la edad de la gente de allí.

Llevaba el pelo oscuro casi rapado, con pocos mechones irregulares y desastrados. Sus ojos eran de un tono azul pálido, con un destello estelar en las pupilas, que… Oh, vaya. Sus pupilas eran verticales, como las de una serpiente.

Se giró hacia mí sin que me diese cuenta. Como tampoco me di cuenta del odio en su cara hasta que desveló los dientes, esos colmillos afilados y dorados.

—Adelante, mírame todo lo que quieras —rugió—. Más vale que me mates ya si no quieres pasarte el resto de tu vida mirando por encima del hombro. No dejaré de ir a por ti hasta que te haya arrancado esa preciosa cabeza de los hombros.

Resoplé y me balanceé sobre los talones.

—¿Se supone que tengo que darte las gracias por decir que tengo la cabeza preciosa?

Él ignoró mi pregunta.

—¿Qué le has hecho? —escupió.

Arqueé las cejas ante aquel cambio de dirección.

—¿A quién, a Taladaius? No le he hecho nada. Supongo que has estado agazapado en las sombras desde que llegué. Debes de haber visto que se march…

—No, a Tal no. ¿Qué le has hecho a Kingfisher?

Me sacudí y di un paso atrás. No había esperado que el nombre de mi compañero saliese por la boca del vampiro. Habría sido mejor no mostrar sorpresa, pero ya era tarde. El vampiro había captado sin duda mi reacción. Entrecerró esos ojos tan extraños y repletos de furia al tiempo que se echaba hacia delante, apretándose contra la cadena de plata que lo ataba a la silla.

—Sí. Lo sé todo —dijo—. Lo has matado, ¿verdad?

No era una pregunta, era una acusación.

Miré al vampiro de arriba abajo.

—¿Por qué demonios piensas eso?

—Esa daga con la que me has apuñalado. La conozco bien. Y conozco aún mejor a su propietario. Jamás se habría desprendido de ella sin luchar. Así que o lo has matado y se la has robado o bien alguien distinto lo ha matado y te la ha dado a ti. ¿Cuál de las dos opciones es?

—Bueno, para empezar, soy la reina de esta corte; no tengo la menor obligación de darle explicaciones sobre mi comportamiento ni mis armas a nadie de tu calaña. —Hablé despacio, con las palabras cargadas de sarcasmo—. Pero, aparte de eso, está claro que tu mente no acepta de ninguna de las maneras la posibilidad de que me la hayan dado. Porque me consideras indigna, o mujer, o…

—Eres una vampira —siseó él—. Lo huelo en ti. Huelo la sangre.

Carraspeé. Bajé la vista hacia mis botas y me pensé cómo formular lo siguiente.

—Soy medio vampira, sí. Pero la única sangre que he probado me fue entregada por voluntad propia. Me la dio mi compañero. Quizá lo que hueles en mí es su sangre.

—No me importa de quién hayas bebido ni si… —Se detuvo, con la boca abierta formando la palabra que estaba a punto de pronunciar. Vi la conmoción que recorrió sus facciones—. No. No, no puede ser… Es imposible —susurró.

—Imposible, ¿eh?

Mis guantes ya estaban echados a perder. El cuero colgaba hecho jirones de mis manos. Me los quité con cuidado para evitar las quemaduras de las palmas. Ya sin guantes, me arremangué despacio y le enseñé los tatuajes que subían por el dorso de mis manos y mis antebrazos.

—En el nombre del pecado y la sal, ¿qué es eso? —Algat había contemplado nuestra conversación con evidente deleite, pero ahora aquella jovialidad murió. Señaló mis manos con un dedo tembloroso—. Niña estúpida. Marcarte la piel con esos tatuajes es un sacrilegio.

A mí no me quedaba energía para explicárselo. Y de todos modos no se merecía mi verdad. Me centré en el vampiro de ojos felinos que parecía preocuparse tanto por el bienestar de Fisher.

—Has contravenido un edicto real —dije—. La ley estipula que ningún miembro de esta corte debe atacarme a mí ni a mis amigos. Y aun así, lo has hecho. ¿Cómo has podido?

El vampiro me miró, aturdido. Sus ojos saltaban alternativamente de mis manos a mi rostro. No parecía creer lo que estaba viendo.

—Ha contravenido el edicto porque el edicto no le afecta —dijo una voz desde la entrada de la biblioteca.

Se trataba de Lorreth. Venía asfixiado y descompuesto. El pelo se le escapaba de las trenzas y tenía las mejillas arreboladas. Me lanzó una mirada cargada de intención al entrar en la biblioteca…, el tipo de mirada que decía que le pensaba contar a Kingfisher lo que había pasado. Su atención voló al agujero que yo había abierto en el

lateral de la pared curva de la biblioteca y luego al vampiro atado, quien a su vez miraba a Lorreth como si estuviese alucinando.

—Es cierto, ¿no? No estás obligado a seguir las reglas de esta corte porque jamás juraste lealtad, ¿verdad?

El vampiro negó despacio con la cabeza.

—No.

La palabra salió de sus labios sin apenas formar sonido. ¿Tenía lágrimas en los ojos?

—Porque, pase lo que pase… —dijo Lorreth en voz baja.

—… un lobo jamás se convertirá en sanguijuela —completó el vampiro.

Lorreth se detuvo frente a él. Una ristra de emociones luchaba por tomar el control de su expresión.

—Hola, Foley. Cuánto tiempo. No sabes lo feliz que me hace verte, hermano.

17



LA PUERTA OSCURA

KINGFISHER

Llegaron en forma de marea negra. Subían por los escalones, se desplazaban por las paredes, trepaban por la mampostería. Cientos de ellos. Miles.

Vorath Shah echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada al verlos llegar. Sabía que a él no le harían daño…, pero no podía decirse lo mismo de nosotros. Yo sentí el primer pinchazo en la nuca. Un reguero llameante me subió por la cabeza, vi fuegos artificiales tras los ojos.

—¡Ah! ¡Mierda! —Carrion soltó un siseo al recibir la primera picadura. Aún tenía las manos pegadas al suelo de la entrada de la estancia octagonal, así que no pudo apartar los escorpiones que le subieron por los brazos y se le metieron por el pelo—. ¡Kingfisher! —me llamó, con una nota aguda de pánico en la voz—. ¿Me echas una mano?

Pero yo no podía ayudarle. Los escorpiones se me habían metido bajo la armadura, me subían por la espalda y me picaban por todas partes. Cada picadura era como el golpe de un rayo, me recorría las terminaciones nerviosas y me dejaba sin aliento.

Los escorpiones eran muchos y al mismo tiempo eran uno. Ya no se hablaba mucho de los demonios de antaño, pero yo los conocía. Había pasado incontables tardes en la biblioteca de mi madre, mientras la lluvia martilleaba las ventanas de Cahlish, leyendo los libros que ella sacaba para mí. Leyendas antiguas. Tomos de magia vieja escritos en fae antiguo. Leyendas de gran heroísmo en las que el bien vencía al mal. Y también historias de viejos demonios que en su día atestaron las tierras de Yvelia. Mi madre me las había leído una y otra vez, se había reído conmigo tras meterme en la cama mientras fingía ser este o aquel demonio que había venido para «atacarme». Cuando hacía de Joshin, el demonio del desierto, que se dividía en una multitud de escorpiones, me daba suaves pellizcos y me hacía cosquillas, al tiempo que decía, como siempre:

—¿Cómo me vas a detener, cariño? ¿Cómo me devolverás a las tinieblas?

Por aquel entonces, yo no podía ni respirar por aquellas cosquillas.

Ahora no podía ni respirar por el dolor.

De niño había jadeado:

—La l… lu… lu…

Y ahora hice lo mismo:

—¡Tene… mos que… dejar… pasar… la l… la l… la luz!

Joshin, Señor del Desierto, Soberano del Reino Oscuro, no soportaba la luz. Por eso había decidido esconderse en aquella torre negra y sin ventanas. Por eso habían colocado la trampa para demonios allí, en el suelo. Quienquiera que hubiese grabado aquellas runas alquiméreas en el suelo de la estancia sabía que aquel era el único lugar en el que una bestia como Joshin buscaría refugio.

—Luz —jadeé. Dioses, no había sentido tanto dolor ni cuando Morthil me devoraba en el laberinto—. Necesitamos… luz.

Shah se carcajeó.

—Este lugar es una tumba. No hay grietas en las paredes ni agujeros en el suelo. ¡Joshin vendrá! ¡Joshin se alimentará!

Ah, a la mierda, joder. No pensaba dejar que me comiese otro demonio. Esta vez no, porque la magia del maldito laberinto de Malcolm no me devolvería la vida.

Carrion cayó despatarrado al suelo y empezó a gritar. El dolor era total. No había respiración posible. Ni pensamiento. Ni salida. El contrabandista no estaba acostumbrado a aquellas situaciones. Lo cubrió por completo una alfombra de caparazones resplandecientes, negros y oleosos, acompañados de crueles aguijones. Desapareció del todo.

Mierda.

No nos quedaba tiempo.

Yo no estaba atrapado por las runas del suelo. Aún no. Dos caminos se abrían ante mí: podía dar media vuelta y echar a correr, o podía entrar en la trampa para demonios y entregarme a la pesadilla oscura que ya me corría por la sangre.

Si me marchaba, podría encontrar yo solo la plata. Podría encontrar a Hayden Fane y arrastrarlo hasta Yvelia. Pero si me iba, el contrabandista sufriría una muerte horrible, yo lo sabía bien. Y tendría que explicarle a Saeris que había abandonado a su amigo.

—Orillith ken mas cree, Carrion Swift —escupí a media voz. Hacía siglos que no soltaba una maldición en fae antiguo, pero, por los pecadores, aquella situación lo merecía.

Pasé por encima del cuerpo tumbado de Swift y entré en la trampa para demonios. Las runas del suelo se encendieron, trémulas. A cada paso que daba, mis botas aplastaban con un crujido los escorpiones que lo cubrían todo. Ahora que había entrado en la trampa para demonios, vi los arcones amontonados al otro extremo de la sala. Eran diez, o quizá más. Del arcón más cercano se derramaban joyas, monedas y copas de oro abolladas que reflejaban la luz de las marcas en las paredes. Cerca yacía el cuerpo de un hombre tumbado en posición fetal, con la ropa hecha jirones y algo de carne aún en los huesos. Joshin debía de haber estado saboreando su última comida.

—¡Fisher! —El grito de Carrion estaba cargado de pánico.

Dardos de pura agonía se me clavaban por todo el cuerpo. Las picaduras de los escorpiones me atravesaban los pantalones. Estaban dentro de mis botas, en mi pelo. Crucé la habitación, más y más lento a cada paso. Me subía la bilis hasta la garganta.

—No me… gusta… tener… que molestarte —resolló Carrion—. Pero… si no puedes… salvarme… ahora…, ¿te importaría… matarme? Esto… es una… mierda.

Dioses, ¿pero cómo podía seguir hablando? Si yo no podía ni pensar.

—Ah, no, que no te mate. No, no, no —parloteó Shah—. A Joshin le gusta devorar vivas a sus víctimas, las prefiere así.

Pensaba flagelar a Vorath Shah en cuanto abriese un agujero en la pared de aquella torre. Se iba a enterar. Para cuando llegué a la pared, las mismísimas fibras de mi ser ardían. Me corrían lágrimas por la cara, pero, aun así, vi que Vorath tenía razón: no había grietas en la mampostería ni huecos entre los bloques de arenisca. La estancia estaba sellada con magia. Lo único que podía contrarrestar aquel tipo de magia era la propia magia…, el tipo de magia que me iba a doler.

Llevé el puño hacia atrás e inspiré hondo.

—No va a funcionar —canturreó Shah—. Joshin no pudo romper el muro. Por supuesto, cuando lo intentó, no sabía que al otro lado había dos soles. Pero se lo dije, sí. Dos soles y ni rastro de la noche. No había resguardo de la luz. Lo intentó durante un millar de años. Lo oí golpear los muros; así lo encontré. Pum, pum, pum, pum.

Yo había creído que aquel hombre era malvado, pero no era solo eso. Vorath Shah estaba loco. Graznaba de puro placer. Le arreé un puñetazo a la pared.

—Joshin no tenía… mi magia —gruñí.

Mis sombras podían contribuir un poco. Podían proteger mi puño del impacto, o bien podían arremeter contra la magia de las paredes.

Hacia ella envié todo mi poder.

—Oh, dioses. ¿Fisher?

De pronto, Carrion ya no gritaba.

Sonaba muy preocupado.

Volví a llevar el puño hacia atrás y lo estrellé una vez más contra el muro. Las sombras reverberaron en la piedra y provocaron un eco de energía como respuesta. Fruncí el ceño al ver aquella energía. No me fiaba de lo que veía. ¿Por qué reverberaba mi magia dos veces?

—Kingfisher, los escorpiones —dijo Carrion con voz áspera—. Ya no me pican. Se están… marchando.

Volví a golpear la pared. Y, de nuevo, otra onda expansiva de magia cruzó la superficie, seguida de una segunda oleada de sombras. Apreté los dientes a causa del dolor que me subía por el brazo y me llegaba al hombro, a la mandíbula.

—No se marchan, Swift —dije en tono lúgubre—. Se están fusionando.

—¿Y eso qué puñetas significa?

Les ordené a mis sombras que se reuniesen en un solo punto. Puse todo lo que tenía en aquel golpe. Esta vez se me rajaron los nudillos, mi sangre manchó la piedra. A aquel paso me iba a romper los huesos. Estaba destrozado de la cabeza a los pies. El pálpito que sentía tras los ojos se intensificó. Se me nubló la vista.

—Puede ser muchos —dije con los dientes apretados—. O puede ser uno. Ahora mismo… se está convirtiendo en uno.

—No me ha gustado cómo ha sonado eso. ¿Me preocupo?

Llevé el puño hacia atrás y volví a golpear el muro.

—Sí, preocúpate.

—Es magnífico. Deberíais sentiros honrados por su presencia —dijo Vorath en tono reverente.

Yo sabía qué aspecto tendría. Una masa de carne retorcida y huesos se insinuó en un rincón oscurecido de la estancia. No debería haber mirado. Pero miré.

Si los libros de mi madre contenían ilustraciones del demonio, ella no me las enseñó. Era una visión horrible: dientes protuberantes y retorcidos, carne resplandeciente, latente, fibrosa. Los escorpiones recorrían aquella masa creciente, se abrían en dos y se fusionaban con su silueta amalgamada y sangrante. Se estaban formando

brazos. Piernas. Un cuerpo bulboso que se alzaba hasta adoptar la forma de un torso vagamente humano.

—Agh. Creo que voy a vomitar —gimió Carrion.

Desde luego que iba a vomitar. Le acababan de inocular una cantidad monumental de veneno en la sangre. Era un milagro que no estuviese alucinando ya. A mí me bailaba la vista con un verdor resplandeciente que no me auguraba nada bueno durante las próximas horas. Y a Carrion le habían picado mucho más que a mí.

Reuní más rápido mis sombras, les susurré y les pedí que me ayudaran a romper la magia que protegía el muro. Golpeé la piedra una y otra y otra vez. Finalmente, sentí que los huesos de mi mano se rompían.

—Wendalith cohmerin tas. —El sonido retumbante sacudió toda la torre; se oyeron muchas voces, susurros, gritos, todos entrelazados entre sí. No parecían voces fae ni humanas. Aquella voz pertenecía a algo mucho mucho más antiguo. A una criatura que no había nacido, sino que había sido construida a partir de los elementos del propio infierno.

La cabeza del demonio aún no se había formado del todo. Sus mandíbulas inferior y superior estaban presentes, así como dos rendijas estrechas donde debería haber estado la nariz… Sin embargo, el resto de su cara no se apreciaba. Diminutos aguijones se sacudían al aire en la cabeza a medio formar del demonio. Su brazo izquierdo acababa en una mano de lo más normal, pero el derecho estaba rematado por una pinza enorme, dura y lustrosa, que se abría y cerraba por reflejo. De cintura para abajo era un escorpión de un tamaño digno de una pesadilla. Ocho patas. Un gran caparazón. Un aguijón supurante de veneno.

Genial.

—Wendalith cohmerin tas —repitió el demonio con un reguero de babas.

Le di la espalda y centré toda mi atención en la pared. Se nos había acabado el tiempo definitivamente. Si no rompía aquella cosa pronto, podíamos darnos por jodidos.

—¿Qué puñetas está diciendo? —preguntó Carrion.

—Te está cantando —dijo Shah—. Escucha cómo canta.

Yo solté un resoplido.

—Está preguntando quién se halla ante él. Quién camina en su senda. O algo así. Habla en fae antiguo, un idioma que no debería conocer. —Dije esas últimas palabras con retintín, dedicándoselas por encima del hombro al antiguo monstruo.

Clic, clic, clic.

El demonio avanzó.

—Conozco muchos idiomas que no debería conocer —dijo con voz áspera—. Los oigo porrrr lasssss paredesssssss.

—Estupendo, también habla fae común. Qué bien —murmuré para mí, y volví a golpear el muro. La piedra quedó aún más manchada con mi sangre.

—Siento dos almas. Y dos cuerpos fuertes. Un festín para el príncipe débil que soy.

—Tú no eres ningún príncipe —gruñí—. Eres una abominación. Y yo estaré encantado de devolverte momentáneamente al infierno.

—No te pelees con él —siseó Carrion—. Tiene los dientes muy afilados, joder. ¡No quiero que me coma!

—Cállate, Swift. Si no te encuentra, no te comerá.

Cierto era que la mayoría de los demonios no tenían ojos. Había historias que contaban cómo los habían perdido, pero lo que se decía era que residían en lugares oscuros y no necesitaban ver para atormentar a sus víctimas. Desde luego, así sucedía con Morthil. Sin embargo, las leyendas indicaban que Joshin era diferente. No compartía las mismas habilidades que sus hermanos. Era peligroso, sí, pero no poseía ninguna percepción espacial aumentada.

¡Pum!

¡Pum!

Los huesos de mi mano se astillaron, pero seguí golpeando contra la magia que mantenía el muro intacto. Mis sombras recorrieron la piedra y se estremecieron formando una segunda onda que se extendía una y otra vez tras mi magia, fundiéndose con ella. Aquello

no tenía sentido. Deberían estar teniendo algún efecto sobre la piedra. La magia antigua que formaba la trampa para demonios debería haberse debilitado un poco, pero no reaccionaba en absoluto. Al menos, no como cabía esperar. Era casi como…

Clic, clic, clic, clic, CLAC.

—¡Fisher! ¡Me cago en mi puta vida, Fisher, haz algo, por los dioses!

Caí contra la pared, exhausto. Me giré y vi que el demonio se alzaba sobre sus ocho patas y avanzaba en busca de su presa.

—Aquí, amo. Por aquí —lo llamó Vorath—. Seguid el sonido de mi voz.

Que los dioses lo maldijeran. Yo ya estaba harto de aquel humano. Me aparté del muro y avancé hacia él a trompicones.

Y, de pronto, la vi. Vi a mi madre, sentada junto a mí.

Llevaba su vestido favorito. Azul, con bordados de pájaros en la falda. Me di cuenta con un sobresalto de que eran alciones. Sus alas destellaban con un tono azul metálico, sus orgullosos pechos estaban pintados de marrón oscuro. Mi madre tenía el aspecto de siempre: hermoso y triste. Su largo cabello negro le caía ondulado hasta la cintura y se mecía bajo un viento invisible.

—¿Adónde vas, querido mío? ¿Te has perdido?

La suave cadencia de su voz. Dioses, cómo la había echado de menos. Negué con la cabeza.

—No, no me he perdido. Es que voy a matar a ese puto humano.

Un profundo pesar llenó sus ojos.

—¿Quién es él para perturbarte a ti? Al grande y poderoso Kingfisher. Déjalo estar, amor mío.

—Todo esto es culpa suya. —Yo estaba sudando otra vez, más que antes. Me picaba toda la piel—. Si no nos hubiera traído hasta aquí…

—Excusas —dijo de pronto mi madre—. Siempre se te ha dado bien poner excusas.

Entonces sentí que se me hacía un nudo en el estómago. Las náuseas habían cedido el testigo al dolor, pero mis extremidades

empezaban a entumecerse. Casi no me dolía la mano, aunque la tenía rota. Iba a vomitar, joder. Me doblé sobre mí mismo; toda la estancia me dio vueltas. Vomité en el suelo.

—Ya empieza —dijo Joshin.

Clic, clic, clic.

Ya no se dirigía a Carrion. Venía a por mí.

—Incluso de niño eras una molestia. Siempre me seguías como un cachorrillo patético. Jamás tenía un momento de paz. ¿Sabías que tú fuiste el motivo por el que se marchó tu padre? Murió por tu culpa.

Me enderecé y vi que el rostro de mi madre estaba contraído de asco.

—Mira lo que has hecho. Siempre lo ensucias todo. Y ahora quieres hacerle daño a ese hombre. ¿Por qué? Porque has sido lo bastante estúpido como para seguirlo hasta esta torre. Porque no estabas prestando atención, ¿eh? Porque estabas demasiado distraído pensando en la mestiza que has dejado en Yvelia como para fijarte en lo que estabas haciendo. —Las palabras le salían en caudal, chorreantes de desdén—. ¿En qué tipo de hombre te has convertido? Ni siquiera te reconozco. Jamás he sentido tanta vergüenza.

Y entonces, toda la estancia y la situación se centraron de golpe ante mis ojos. La figura a mi lado parecía real. Supuse que si alargaba la mano y la tocaba también la sentiría como real. Pero mi madre no se parecía en nada a aquella gélida ilusión que me siguió cuando me aparté de Vorath Shah y volví a la pared. Mi madre era demasiado amable, demasiado dulce para esas palabras tan duras.

El sueño oscuro había empezado.

—¿Adónde vas? ¿Qué haces? —Me siguió a toda prisa, sus faldas rozaron las runas resplandecientes a sus pies—. ¿Ya no piensas matar al humano? Qué débil. Qué convicciones tan débiles. Qué voluntad tan débil. Eso es lo que serás siempre, Fisher: débil.

Sus palabras fluyeron sobre mí y cayeron sin causarme ningún efecto. Mi madre sabía que yo no era débil. Ella misma se aseguró

de ello. Y yo había tenido suficiente práctica a la hora de cerrar la mente frente a la locura del mercurio. No me iba a afectar la visión conjurada por el veneno de Joshin.

Me puse otra vez a ello.

La parte de la pared que yo había golpeado despedía un brillo suave. No me había fijado antes, pero ahora que tenía la vista más despejada, que todo se agudizaba, capté ciertos detalles que no había visto antes. Brillaba… por mi sangre.

—¿No te conformas con haber vomitado la cena en el suelo? ¿También tienes que restregar las paredes con tu sangre? —dijo aquella mujer que no era mi madre—. Déjalo ya. ¿No has tenido bastante aún? Los desafíos constantes, el dolor, los sacrificios. Siempre tienes que ser tú, da igual lo que pase. Tú eres quien tiene que entregar su libertad. Eres tú quien tiene que tolerar el dolor. Tú eres quien debe sacrificarse, aunque haya otras personas en el mundo que podrían responder de vez en cuando a la llamada. ¿No estás cansado? —preguntó en tono incrédulo.

—Sí que estoy cansado —admití—. Pero dudo que vaya a cambiar. Además, ¿cuál es la alternativa? ¿La muerte?

—El descanso —repuso la mujer que llevaba puesta la cara de mi madre—. La paz. ¿No es eso lo que ansías? Basta de dolor. Basta de preocupaciones. Basta de…

Sabrían los dioses qué más débiles razonamientos iba a soltar. Dejé de escucharla porque me puse a pasar el dedo sobre la sangre de la pared para dibujar una runa muy concreta. La runa de ruptura.

En cuanto acabé de trazar la última línea, la alucinación negó con la cabeza.

—Ya estás otra vez. Lo has vuelto a hacer. Espero que estés contento.

Di un paso atrás y contemplé mi obra.

—La verdad es que sí.

La runa se iluminó con una llamarada blanca. Se hundió en la pared y sus líneas formaron profundas hendiduras en la piedra. La magia que protegía el muro se volvió más fina. Un velo de sombras

recorrió la mampostería, cosa extraña, pues yo no había recurrido a mi magia. Vi (y sentí) que la protección que salvaguardaba la trampa para demonios se astillaba y se rompía.

—¡Gottith man soh frayah! —graznó Joshin.

«¡La puerta oscura se ha roto!».

Fue un grito de alegría. La criatura había sentido que la fina capa de poder desaparecía por fin de su tumba. Sin salvaguarda mágica, ya podía escapar, podía alcanzar la libertad tras muchos siglos agazapada y a la espera en la oscuridad. Sin embargo, no pensaba permitir que algo así sucediese. Aquel reino no me gustaba, pero de allí provenía la persona a quien amaba con una fiereza que me dejaba sin aliento. No pensaba dejar aquel sitio en peor estado que cuando me lo había encontrado. Por Saeris, iba a protegerlo.

El demonio tembló. Algunos escorpiones solitarios escaparon entre temblores de su masa y cayeron al suelo, donde se escabulleron en grupo hacia las escaleras.

—¿Adónde crees que vas? —pregunté.

—Hay una ciudad más allá de estos muros. Un millón de corazones palpitantes. Un millón de humanos a los que visitar mientras duermen. Los invitaré a todos al sueño. Los invitaré… ¡a cantar!

Soñar era deambular dentro de sus pesadillas.

Cantar era gritar de miedo durante tanto tiempo y tan alto que Joshin se alimentaría de su dolor durante años antes de que la ciudad muriese.

Los túneles bajo Zilvaren serían un perfecto medio de transporte para los escorpiones de Joshin. Podrían moverse en la oscuridad. Descubrir modos de meterse en la casa de la gente. Les picarían mientras dormían, y la sinfonía de miedo resultante engulliría a toda la Ciudad de Plata durante años.

Pero eso solo sucedería si más de la mitad de los escorpiones conseguían salir de aquella estancia.

Me giré y arremetí contra la pared con el puño. Esta vez, la estructura se estremeció. Esta vez se agrietó. Cayó polvo del techo,

siseando, en cascadas tras las paredes. A mi segundo golpe, la pared se derrumbó y buena parte de la arenisca explotó.

La luz se derramó por la tumba y cortó en dos la oscuridad. Joshin rugió. El demonio se tambaleó hacia un lado. La mitad de sus cuartos traseros se habían disgregado y corrían en forma de escorpiones para escapar de la luz. Parecía estar medio derretido; su forma estaba a medio camino entre el escorpión y el demonio. Su carne cruda quedaba expuesta a la luz de los soles gemelos.

Por primera vez me alegré de ver a Balea y Min.

—¡Ashelgrin Fas! —bramó el demonio. «¡Para!».

De su forma gelatinosa brotó humo. La criatura rechinó los dientes e intentó escabullirse de la luz, pero no había sitio al que escapar. No quise abrir otro agujero en la pared. Ya tenía la mano rota, y el dolor palidecía en comparación con el veneno de Joshin.

—¡Para! ¡Tienes que parar! —gimió Joshin.

—¿Fisher?

Carrion estaba de rodillas, con los ojos vueltos, dementes y aterrorizados. Shah le había inmovilizado la cabeza y le había puesto una tosca hoja en la garganta.

—Deja en paz a mi amo o derramaré su sangre —gruñó, enseñando unos dientes amarillentos.

Por los dioses vivos, si yo le estaba enseñando a Carrion a cuidar de sí mismo. Si le estaba enseñando a luchar…

Carrion le hundió el codo en el vientre a Shah. Alargó la pierna y la giró, un barrido que derribó al comerciante. Un segundo después, el muy traidor había soltado el arma en el suelo cubierto de arenilla, y Swift lo había inmovilizado. Varios escorpiones recorrieron las espaldas de ambos mientras forcejeaban, les picaban y se deslizaban por sus cuerpos de camino a las escaleras.

Evalué con rapidez la situación. Era evidente que aquella no era la primera vez que Shah luchaba por su vida. Era rápido. Se escurrió del agarre de Carrion, resbaladizo como una anguila…, pero cada vez que estaba a punto de liberarse, Carrion lo volvía a atrapar. Swift estaba blanco como un fantasma, tenía la cara y los antebrazos

cubiertos de puntos rojos allá donde le habían picado los escorpiones. Tenía el tipo de expresión de lúgubre determinación que yo había visto en numerosas ocasiones. La cara de un hombre que sabía que estaba a punto de matar y había decidido hacerlo.

Le dio un rodillazo en el pecho a Shah y lo aplastó contra el suelo. El comerciante escupió y palmoteó la arena en busca de la hoja que había soltado. La encontró y, rápido como una serpiente, le abrió un tajo en el muslo a Carrion. Yo di un paso al frente, listo para intervenir, pero Carrion le agarró la cabeza a Shah con las manos y la giró con brusquedad. Le rompió el cuello al muy cabrón.

De pronto sentí un pinchazo de fuego que me subió por la pierna, hasta la rodilla. Un fuego que me explotó en la cadera.

—¡Joder!

Bajé la vista y vi el aguijón afilado como una daga de Joshin, clavado en un lado de mi pierna. Me había distraído. Había permitido que se acercase demasiado. Nubes de vapor brotaron del demonio, que seguía retorciéndose, ardiendo bajo la luz.

—Tu mente… ¿es un lugar oscuro, guerrero?

Los labios de Joshin temblaron al pronunciar las palabras. Estaba tumbado de costado. Contemplé horrorizado que de la pinza caían jirones ensangrentados que palpitaban al aterrizar en el suelo y se transformaban en escorpiones del tamaño de mi pulgar.

Joshin retiró el enorme aguijón de mi pierna. Solté un siseo. Noté las piernas débiles, a punto de ceder, pero conseguí estabilizarme. Más sangre brotó de la herida que había dejado el aguijón.

—Eres una criatura de sombras. Sí, conozco bien a los tuyos —dijo el demonio con voz seductora—. Una mente llena de sombras es peligrosa. Cuando ya vives en la oscuridad, tienes el infierno en la punta de los dedos. El velo es muy fino. ¿Estás listo para el sueño, tejesombras? ¿Tendrás… la fuerza para despertar?

Yo empezaba a sentir aquel sueño, aquella pesadilla, cerniéndose sobre mí, esforzándose por tomar forma ante mis ojos.

—Tenemos que irnos. Los guardianes llegarán en cualquier momento. Tenemos que matarlo.

Carrion se balanceó y avanzó arrastrando la pierna derecha tras de sí. El sol incidió directamente sobre su cara, y su pelo desprendió un brillo cobrizo y dorado. Tenía sangre en las manos. Sangre de la hoja que llevaba consigo. Sangre que le manchaba la ropa y le corría por los antebrazos. Sus pómulos habían adoptado un enfermizo tono verdoso, y el azul de sus ojos estaba demasiado pálido. Alzó la daga, listo para hundirla en la silueta debilitada de Joshin, pero yo lo agarré de la muñeca.

—No. Espera.

—Este pedazo de mierda va a morir, Fisher. Ahora. No me digas que sufres un desacostumbrado ataque de compasión.

—Ni un poquito.

Una risotada reverberó por la tumba, seca como el viento del desierto.

—No me piensa matar —dijo Joshin. Su voz múltiple sonaba débil, pero, aun así, me provocó un escalofrío por todo el cuerpo.

—Sí que te piensa matar, créeme. —Carrion apartó de una patada un escorpión que intentaba subírsele a la puntera de la bota y lo estampó de un pisotón—. Y si no te mata, te juro que te mato yo, joder.

—Soy más antiguo que esta ciudad. Más antiguo que las ruedas del destino que gobiernan tu vida, principito. Los secretos que conozco son más valiosos para él que cualquier venganza. Si queréis sobrevivir, yo también he de seguir vivo. Al menos, de momento.

Una oleada de náuseas me recorrió y se concentró en mi estómago como una bola de púas. Sobre todo tenía ganas de vomitar, de librarme del veneno en mi vientre. Sin embargo, tragué saliva para controlarme.

—Tiene razón —admití—. Lo necesitamos con vida.

—¡Y una mierda!

—¿No te notas cansado? —pregunté en tono agotado—. Yo sí. Pronto no podrás resistirlo. Tendrás que dormir, y cuando te duermas, entrarás en una espiral infernal que te dará ganas de hacerte una bola y morirte. El veneno del demonio es sistémico. Si

no nos libramos de él, se nos quedará dentro del cuerpo el resto de nuestras vidas. Despertaremos del sueño, sí, pero a partir de ahora, cada vez que perdamos el sentido, caeremos en esa misma espiral infernal. Las pesadillas serán cada vez más largas. Al cabo, o bien no despertaremos o nos volveremos locos y nos suicidaremos. ¿Eso es lo que quieres?

—Claro. Suena como unas vacaciones en el paraíso.

El sarcasmo rebosaba por las palabras de Carrion, pero en ellas también había miedo.

—Tenemos que preparar un antídoto. —Dioses, sería tan fácil sentarse, quedarse dormido allí mismo. En ese mismo instante. Inspiré hondo y parpadeé con fuerza—. Y para eso necesitamos una dosis del veneno del demonio.

Joshin se rio, con goterones de saliva colgando de sus dientes afilados como agujas. De repente, las paredes y el suelo se sacudieron y se oyó un ensordecedor ¡DOOOOOONG!

Alto. Muy alto.

Reverberó como un trueno en mis huesos. Me castañetearon los dientes. Carrion se tapó las orejas con las manos para protegerlas de aquel sonido.

—¡El ajuste! —gritó—. ¡Es mediodía!

Las Gemelas no se ponían en Zilvaren, aunque tenían su cenit en el cielo. A mediodía se acercaban lo suficiente como para que las hermanas se tomaran de las manos. En ese momento, las temperaturas ascendían hasta niveles inenarrables. Eso afirmaban los libros de mi madre.

La campana sobre nuestras cabezas debía de ser enorme. Dio un único tañido, gracias a los dioses, pero el trueno reverberó en mi sangre y sacudió el suelo durante todo un minuto. Yo fui el primero en hablar:

—¿Tiene el comerciante un poco de tu veneno?

El demonio se rio, un sonido que era como roca contra roca.

—¿Por qué habría de decírtelo? ¿Quieres que te dé ese dato libremente? Me parece que no, guerrero.

—Si Vorath tiene su veneno, estará guardado en su tienda —dijo Carrion—. Deberíamos matar a este monstruo e ir allí. No piensa decirnos nada.

—¿Estás dispuesto a arriesgarte? —Yo no.

Carrion parecía tener sentimientos encontrados. Quería ignorar mi consejo y destruir a la repugnante criatura que nos había atacado…, pero la perspectiva de un ciclo infinito de pesadillas lo detuvo, claro.

—Vale, pues no lo matemos aún. Fabricamos el antídoto y lo matamos. —Sonó como si aquella idea fuese lo único que lo impulsaba a seguir.

—Debéis tener mi… permiso —resolló el demonio—. El veneno para crear la cura ha de entregarse… libremente.

—Por supuesto que ibas a decir algo así. —Carrion le hizo un mohín al demonio—. ¿Y si le cortamos el aguijón y lo llevamos a la tienda de Vorath? Apostaría a que el tipo tiene todo lo que necesitamos para hacer la cura.

—¿Estás seguro? ¿Lo suficientemente seguro como para arriesgarte?

Dejé que se lo pensase medio segundo. Por suerte, acabó por bajar la daga y suspirar. Yo no tenía ganas de forcejar con él para quitársela; el estómago me daba vueltas, y veía chiribitas.

—No pienso arrastrar un cadáver derretido por los túneles —dijo Swift.

—Cállate un ratito, Carrion —gruñí—. Los mayores vamos a hacer un trato.

—Pero ¿por qué cojones negociamos con él?

Apreté la mandíbula y le dediqué una mirada dura al demonio. Contraje las fosas nasales. La tumba olía a cerrado, a sulfuro y muerte.

—Porque los fae y los demonios tienen una y solo una cosa en común: estamos obligados a respetar nuestros juramentos. ¿Verdad, demonio?

Una vez más, Joshin se rio. Toda Zilvaren pareció temblar ante ese sonido.

—Vamos…, haz tu oferta inicial, tejesombras. No… será… suficiente.

—No habrá oferta inicial. —Negué con la cabeza—. Habrá una oferta y nada más. Te perdonaremos la vida si nos entregas dos gotas de tu veneno para curarnos.

El demonio se estremeció de furia.

—Un trato poco equitativo. ¡Dos vidas por una!

—¿Acaso eres mi igual, demonio? —gruñí—. ¿Acaso no eres más poderoso? ¿Más importante? ¿Más valioso ante los ojos de los tuyos?

—Infinitameeeeeente —rugió Joshin en tono perturbador y gutural.

—En ese caso, el trato es poco equitativo pero a tu favor, ¿no te parece? Así que nos debes uno de tus preciados secretos.

El demonio enseñó los dientes, pillado en la trampa de su propio orgullo.

—¿Qué tipo de secreto?

—Un secreto lo bastante valioso como para equilibrar la balanza —respondí, a sabiendas de lo que iba a pedir.

La vanidad del demonio requería que nos contase un secreto impresionante. Algo monumental. La criatura retrajo los labios ensangrentados y soltó un ladrido de burla.

—Pides demasiado. No hay trato.

—Muy bien, que así sea. Carrion, préndele fuego a este gilipollas.

El contrabandista giró en redondo hacia mí.

—¿Qué?

—Fuego, Carrion. Te vas a salir con la tuya. Vamos a prenderle fuego a este bicho y a ver cómo arde.

—Pero yo no…

—Y cuando no queden más que cenizas —interrumpí—, reuniremos los restos del demonio y los venderemos en botellitas de cristal a los humanos. Les diremos que son especias para las gachas.

—¡Sacrilegio! —rugió Joshin—. ¡Soy un dios! No podéis…

Me agaché y contemplé a la criatura, su repugnante rostro. Su piel reverberaba y aleteaba, se distorsionaba ante mis ojos por culpa

del veneno que tenía en las venas. Inspiré hondo y me concentré.

—Con o sin pesadillas, cuando hayas muerto no serás más que lo que yo diga que eres, demonio. Quizá diga que eres ceniza de chimenea. O los restos de una cabra.

—¡No! Está bien. Un secreto y mi veneno a cambio de mi vida. Pero debéis jurar liberarme. No pienso quedar aprisionado en otra de estas trampas para siempre.

Me lo pensé. Repasé el trato en busca de alguna laguna. No tardé en encontrar múltiples maneras de manipular el trato en mi beneficio.

—Está bien —dije—. Lo sellaremos con sangre.

Un trozo del hombro del demonio se desprendió. Jirones de carne se transformaron en un pequeño escorpión que corrió hacia mí con sus ocho patas. Lo aplasté con el tacón de mi bota.

El demonio siseó de desagrado por mis malas maneras.

—Te toca, guerrero —dijo—. Sangra para mí.

Yo no pensaba cortarme y sellar nuestro pacto de forma educada. Ni hablar. Me pinché el labio inferior con el colmillo, formé un poco de sangre en la boca y le escupí encima.

—Tu vida por la nuestra. Un secreto y la promesa de que te liberaremos y que no te encerraremos en otra trampa para demonios —dije.

—Sí. Vuestras vidas por la mía. El secreto. La promesa —canturreó el demonio.

Y así, quedó sellado. Carrion arrugó la nariz. De algún modo se las había arreglado para parecer más enfermo que hacía un momento.

—Te lo he dicho antes: lo cargas tú a hombros si quieres.

—Ni de coña voy a cargarlo a hombros.

El suelo parecía arena bajo mis pies. Crucé aquella piedra cubierta de runas hacia los arcones del otro extremo de la habitación. Tuve que pasar por encima del cuerpo medio devorado para llegar a mi destino. Por suerte, encontré lo que buscaba más rápido de lo que había esperado. Dentro del primer arcón, entre una pila de monedas

y anillos dorados, había una cajita pequeña. Contenía gemas, rubíes, zafiros, diamantes. Lo volqué todo en el suelo y regresé junto a Joshin. No le pedí permiso al demonio: me incliné y agarré un escorpión del suelo, sujetándolo por el aguijón.

Y a la caja que fue.

Cerré la tapa y el demonio echó hacia atrás la cabeza.

—¿Qué haces, tejesombras?

—El secreto, Joshin.

El demonio retrocedió hasta aplastar la espalda contra la pared.

—Te contaré el secreto una vez que esté libre.

Con aire lúgubre, negué con la cabeza.

—Me lo dirás ahora, Joshin. Ahora que aún puedes hablar.

—¡Has jurado no matarme! —chilló.

—Y no te voy a matar. Mientras tu amiguito aquí presente esté en esta caja, no morirás, ¿verdad?

—¡Tramposo! ¡Embustero! —escupió Joshin—. ¡Lo has jurado!

—Soy un fae juramentado, demonio. No puedo mentir. No puedo romper mi juramento. Dime tu secreto o habrás incumplido tu parte.

—Si destruyes este cuerpo, tardaré vidas enteras en regenerarme —rugió.

—Me parece que eso es problema tuyo.

Yo no tenía control sobre el fuego. No era mi elemento. Parte de mí sospechaba que podía ser el elemento de Carrion, pero este no se encontraba en buen estado como para conjurar magia desconocida. Ya habría tiempo para eso más tarde. De momento saqué mi yesquero y pasé el pedernal por la pared. La chispa resultante prendió el musgo seco del interior. Segundos después encendí una de las viejas antorchas. Las llamas, hambrientas, arrojaron sombras por las paredes.

—No te atreverás —dijo el demonio.

Me agaché junto al ser, más cerca de lo que me habría gustado. Apreté la mandíbula. Él giró aquella cabeza a medio formar hacia mí.

—Me hueles, ¿verdad? —El demonio cerró las fauces de golpe—. Pues dime, Joshin. Me has metido suficiente veneno como para

acabar con tres caballos. ¿Hueles algo de miedo en mí? ¿Crees que me da miedo enfrentarme a mis demonios? Ya lo he hecho antes. A todos los conozco por su nombre. Los he conquistado y los he obligado a obedecer mi voluntad más veces de las que el sol se ha alzado sobre Yvelia durante mi vida. Me enfrentaré a tus pesadillas si es necesario y seguiré siendo el habitante más aterrador de las tinieblas.

Los ojos de Joshin llamearon, temblorosos. El demonio inspiró por la nariz… y soltó un rugido, tras el que intentó apartarse.

—El secreto, Joshin —repetí—. Ahora o nunca.

El demonio dio un grito de frustración, pero luego dijo:

—Donde hay luz siempre hay oscuridad, tejesombras. Para matar a una reina tendrás que visitar el lugar más oscuro. Habrás de sellar un pacto mucho más costoso que este si quieres tener éxito. Y no te resultará fácil engañar a la bestia que te espera. ¡Ella te comerá entero, tejesombras! —rugió Joshin al tiempo que yo le pegaba la antorcha al cuerpo—. ¡Hará pedazos tu alma y se alimentará de ella durante décadas!

El demonio llameó como una bengala. Las llamas devoraron lo que quedaba de su torso maltrecho. Joshin gritó, y los escorpiones que se habían liberado de su cuerpo también estallaron en llamas a nuestro alrededor. Por los túneles, los escorpiones que habían huido también ardieron. Excepto el invertebrado que yo había protegido dentro de la caja, todos empezaron a arder. Sus gritos reverberaron por la torre, agónicos y furiosos.

—Ah, ahora lo entiendo —gimió Carrion, observando el horror que nos rodeaba—. Ya estoy dentro de la pesadilla, ¿no?

Para mi propia sorpresa, solté una risotada dura.

—No. Por desgracia, esto no es más que el principio.

18



HERMANO

SAERIS

La armadura de cuero de Lorreth crujió al moverse mientras contemplaba al vampiro.

—Pensaba que no volvería a verte.

Los contemplé a los dos, a la espera de que volase el primer puñetazo. El modo en que se miraban prometía violencia, eso por descontado. Apoyado contra una columna, Lorreth estaba cruzado de brazos con aire despreocupado. Había quitado la cadena de plata que yo había usado para inmovilizar al vampiro. Yo no había hecho nada por detenerlo. Si Lorreth estimaba seguro dejarlo libre, ¿quién era yo para decir lo contrario?

Foley —aquel extraño de pelo negro azulado, ojos pálidos, felinos y conmovedores, y unos dientes bañados en oro que destellaban en su boca al hablar— le clavaba la vista a mi amigo, con el ceño fruncido.

—Ni yo pensaba verte por aquí, Lorreth. Dando un condenado paseo como quien está de vacaciones.

Pronunció aquellas palabras sin emoción, aunque en él había cierta ira subyacente, profunda. Una ira que electrificaba el aire y que me puso de punta el vello de la nuca.

Lorreth resopló por la nariz y bajó la vista hacia sus botas.

—No es que quiera estar aquí, hermano —dijo.

—Si ninguno de los dos va a ponerse a derramar sangre, tengo que encontrar a mi gato —espetó Algat. La mirada que me lanzó podría haber matado a cualquiera. Dos veces—. Tomad, el libro prometido. —Me tendió el tomo de desvaída encuadernación negra con el que me había señalado antes—. No puedo garantizar que vayáis a encontrar aquí dentro lo que buscáis, pero, por otro lado, ¿a mí qué me importa? Estoy aquí una hora antes del ocaso y una hora después del alba. Solo entonces podéis entrar. Podéis ojear las estanterías, pero no saquéis libros de la biblioteca sin consentimiento por escrito.

Me tendió el libro desde el otro lado de la mesa. Yo fui a cogerlo, pero ella lo apartó en el último segundo.

—¿Lo entendéis? —Me miró con ojos entornados.

—¿Me preguntas si entiendo que solo se me permite entrar en la biblioteca una hora por la noche y una hora antes del alba? ¿En mi propia corte? Sí, lo he entendido a la perfección.

—Bien. —Algat me puso el libro por delante y se fue.

En cuanto la encorvada Lord de Medianoche se hubo marchado, Foley se puso en pie.

—Es vampira, Lorreth. Lleva la daga de Fisher y dice que no ha tenido que arrancársela de sus manos frías y muertas. Y a juzgar por tu postura, me parece que si me lanzo de nuevo a su garganta, me lo impedirías.

Lorreth me miró por encima del hombro y enarcó una ceja en gesto interrogativo.

—¿Se ha lanzado a tu garganta? —preguntó.

Me encogí de hombros y asentí.

—¿Y no te ha hecho nada? Impresionante.

Foley soltó un ruido exasperado.

—No trataba de hablar de sus dotes de luchadora.

—Debes de estar oxidado a tu edad, Foley. O quizá has perdido práctica porque te has escondido en una puta biblioteca.

El vampiro cerró los puños. La tensión le subió por los hombros hasta las orejas.

—Aquí no viene nadie —dijo—. Nadie aparte de esa vieja bruja. Es el único lugar en el que puedo estar sin causar problemas.

Alcé una mano y solté una risa queda.

—Eh, yo diría que has causado bastantes problemas.

Foley se giró hacia mí y me dedicó una expresión desdeñosa.

—No estaba hablando contigo.

Todo sucedió muy rápido. La silla detrás de Foley voló por los aires y se estrelló contra la mesa de lectura. El vampiro se vio catapultado hacia atrás. Un jirón negro atravesó la biblioteca, y de pronto Lorreth sujetaba al vampiro por la camisa al borde del agujero que yo había abierto en la pared de la biblioteca.

—Te vendría bien moderar ese caractercito —dijo.

Yo aparecí a su lado al instante.

—Lorreth, no pasa nada. Mételo dentro.

Pero Lorreth no me obedeció.

—Es vampira, sí. Medio vampira. Y también medio fae. Y no le ha robado la hoja a Fisher de sus manos muertas. —Se echó a reír y negó con la cabeza, como si no pudiera creer lo que él mismo decía—. Se la dio él.

—Y una mierda. Fisher jamás haría algo así. —El vampiro estaba furioso, sí, pero parecía darle igual estar colgando en precario equilibrio sobre el borde del edificio—. Solo haría algo así si ella fuera…

Lorreth inclinó la cabeza y volvió a enarcar las cejas. Hizo un gesto que venía a significar «Sigue, casi lo has adivinado, acaba esa idea». Los ojos de Foley se desorbitaron. Se giró hacia mí.

—No. —Negó con la cabeza—. No es cierto.

—Ah, ¿no? —resopló Lorreth—. ¿Me estás diciendo que no captas su olor en ella desde aquí? Han pasado dos días desde la última vez que estuvo aquí, y sin embargo aún puedo…

—Discúlpame, pero preferiría que no acabases de formular esa idea. Me da bastante igual que me juzguen, pero me cuesta encajar

que mi amigo se ponga a chismorrear sobre el hecho de que apesto a sexo. Y encima delante de mí.

—Así que lo ha engatusado —dijo Foley con incertidumbre—. Ha encontrado el modo de controlarlo. Pero eso no explica que la estés protegiendo así. Es el enemigo, Lorreth.

El guerrero de pelo oscuro volvió a mirarme con una sonrisa torcida en su hermoso rostro.

—Es mi compi de bebercio. Y, dado que fuiste tú quien dejó libre esa vacante, no se te permite quejarte de que alguien haya ocupado tu puesto.

—Es la reina de los vampiros —siseó él.

—Bueno, pues por lo visto tú eres un vampiro también. Pero yo no estoy intentando matarte, ¿a que no?

—¿No? ¡Me tienes colgando al borde de una caída de treinta metros! —exclamó él.

—Ah, bueno —resopló el guerrero en tono manso. Metió al vampiro dentro de un tirón y lo estabilizó—. Permíteme rectificar, pero no se te ocurra pensar que no te voy a tirar por ese agujero si intentas alguna jugarreta —dijo.

Foley me lanzó una mirada cautelosa de soslayo y volvió a afianzarse sobre la alfombra de la biblioteca. Estaba claro que no quería confiar en mí.

Bueno, pues yo tampoco en él, joder.

Si Lorreth llamaba «hermano» a aquel vampiro es que tenían una relación muy estrecha. De algún modo, ese tipo era parte de su familia. Sin embargo, nada en él tenía sentido. Para empezar, era un vampiro que odiaba a los vampiros. Yo tenía demasiadas preguntas acumuladas y necesitaba respuestas.

—Me miras como si fuera un monstruo, pero yo también huelo sangre en ti, Foley. Eres igual que yo —dije.

Sus ojos resplandecieron de malicia mientras rodeaba la mesa.

—No tanto —dijo.

—¿No? Pues explícame: ¿de qué conoces a mi compañero? ¿Cómo es que vives dentro de esta corte y sin embargo no obedeces

sus reglas?

Foley miró a Lorreth con una pregunta pintada en el rostro.

—¿Me estás diciendo que es la compañera de Fisher pero no sabe quién soy?

Al parecer, Lorreth había decidido que el peligro había pasado y que su amigo ya no representaba una amenaza. Se dejó caer con pesadez en el asiento frente a la mesa de lectura. Me tendió la mano y me hizo un gesto para que le pasase el libro que me había dado Algat. Se lo di.

—Últimamente ha pasado de todo —dijo, y lo abrió. Miró las páginas con el ceño fruncido y repasó el texto de la primera página. Luego empezó a hojear las siguientes—. Lamento tener que decírtelo, hermano, pero hace mucho que te fuiste. Te escribimos. Mandamos mensajeros. Intentamos ir a verte. Pero todos nuestros intentos de contactar contigo se veían rechazados. Así pues, no, entre nosotros no has sido el tema principal de conversación últimamente.

Foley se detuvo en un extremo de la mesa y apoyó las puntas de los dedos en la superficie. Reflexionó bastante tiempo antes de hablar. No se dirigió a Lorreth, sino a mí. El hielo desapareció de su tono, pero no se vio reemplazado por nada que pareciese calidez.

—Yo no me presenté voluntario para vivir esta vida. Me arrebataron la muerte. Desde entonces he intentado unas cuantas veces devolver este «regalo» que me hicieron, aunque no he tenido éxito. Vine a Ammontraíeth tras mi transición porque aquí no hay seres vivos a los que poner en peligro. O, mejor dicho, hay menos seres de sangre cálida que puedan tentarme a ceder a mis instintos más bajos. En cuanto a tu primera pregunta, conozco a tu *compañero* —enfatizó la palabra como si aún no se fiase de que Lorreth le hubiese dicho la verdad— porque en su día lo consideré familia mía. Me enseñó a luchar. Salvó mi vida más veces de las que podría contar.

—Tú también le salvaste la vida en una ocasión, ¿lo recuerdas? —intervino Lorreth.

Foley inclinó la cabeza y apartó aquel recuerdo como si no importase.

—Respondiendo a tu segunda pregunta, no obedezco las reglas de esta corte porque, tal y como Lorreth ha dicho, no formo parte de ella. Se me permite vivir aquí por decisión de Taladaius, pero no respondo ante Sanasroth. Si por mí fuera, mataría a todos y cada uno de los monstruos que moran en esta ciudad negra y vería cómo quedan reducidos a cenizas.

—Sinceramente, me sorprende que no lo hayas hecho —musitó Lorreth. Seguía con la cara enterrada en el libro, recorriendo el texto con los ojos—. Pero también me sorprende que pienses así. —Cerró el libro con cuidado y lo dejó sobre la mesa, tras lo cual miró a su amigo—. Has estado viviendo entre ellos…

—He estado viviendo aquí, entre estos libros —dijo él—. No entre ellos. Hice una promesa cuando me uní a los Lupo Proelia. Juré defender a los vivos frente a estos bichos. Puede que no haya podido cumplir ese juramento últimamente… —sus ojos gatunos desprendieron un brillo antinatural—, pero, desde luego, no lo he roto.

El rostro de Lorreth era indescifrable. Miró a Foley a los ojos. Los dos parecieron mantener una conversación silenciosa. Se percibía como un momento íntimo. No se habían visto hacía eones. Tenían mucho de lo que hablar y, además, yo no disfrutaba particularmente de la compañía del vampiro ni de esos ojos que no dejaban de volar hacia mí, como si se asegurasen de rastrear todos mis movimientos.

—Me voy a largar a otra parte —le dije a Lorreth—. Os seré sincera: todo esto me incomoda un poco. No me apetece estar aquí para cuando descubran de dónde han caído esos escombros de la torre y vengan a comprobar qué pasa.

Lorreth soltó una risa entre dientes, pero alzó la mano.

—Espera un minuto, Saeris. Toma, llévate esto.

Me tendió el libro, que tenía la cubierta polvorienta con un título escrito en plata que yo no había visto antes: *Runas elementales y sus propósitos: Guía completa de iniciación a la alquimia.* Lo agarré…

—Ya habéis oído a Algat. Os ha prohibido llevaros nada de la biblioteca —espetó Foley.

Miré el libro y luego al vampiro, y esbocé una sonrisa fría.

—Del mismo modo que yo no mando en ti, ella no manda en mí. Es la Centinela de los Registros. Y yo, la reina de Sanasroth. Me llevaré este libro y los que me dé la gana. Si eso le supone un problema a Algat, que venga a decírmelo a la cara.

La arrogancia no me salía de forma natural. Era como un músculo nuevo que se negaba tercamente a soportar nada de peso. Sin embargo, no pensaba permitir que alguien de su calaña me regañara. El vampiro resopló, como si mi ingenuidad le diese pena. Fue a hablar, pero sus ojos se fijaron en el título del libro en mi mano.

—¿Para qué necesitas ese libro? —preguntó con una mirada llameante, intensa.

No era asunto suyo por qué necesitaba yo el puto libro. Había intentado matarme, y yo estaba segura al noventa y nueve por ciento de que volvería a intentarlo, incluso sabiendo lo que sabía de mí ahora. Aun así, Lorreth me miró como si esperase que yo respondiese de manera civilizada. No quise decepcionarlo. Solté un pesado suspiro y me expliqué:

—Soy alquimista. También comparto un vínculo divino con Fisher. Mis manos están cubiertas de runas, y no sé qué significan ni cómo se controla la magia que canalizan. Mi poder es errático, de ahí el agujero gigantesco del que Lorreth te acaba de colgar. Así pues, sí: mi vida es un poco complicada ahora mismo. Además, me han metido en este mundo en el que todos me quieren matar, y… —Fruncí el ceño e intenté analizar la expresión del vampiro—. ¿Qué? ¿Qué pasa? ¿Por qué me miras así?

—Eres alquimista.

—Lo soy.

—Las runas son de verdad.

—Lo son.

—No son solo tatuajes.

—No. A ver, ¿adónde quieres llegar? Tengo que irme a la forja.

—¿Cuándo fue la última vez que pudiste dormir?

Parpadeé ante aquel inesperado cambio de dirección.

—¿Disculpa?

—Los alquimistas tienen que dormir mucho para regular su poder. Sus cuerpos necesitan descansar para poder recurrir de forma efectiva a su magia. Tienes aspecto de no haber descansado en semanas.

—Vaya, gracias.

Desde luego, el vampiro tenía un piquito de oro. Mi piel era como porcelana últimamente, pálida e inmaculada. No tenía ojeras. Los ojos, brillantes. Personalmente, me parecía que tenía muy buen aspecto para haber pasado por un infierno, pero, según Foley, tenía una pinta de mierda. Debió de captar mi enfado, porque apartó la vista y hundió la cabeza… Supuse que eso era lo más parecido a una disculpa que iba a recibir.

—Cuando me transformé en vampiro, yo tampoco dormí al principio —admitió. Supuse que no le gustaba mucho hablar del tema—. Mi cuerpo no estaba cansado, pero yo me sentía… inquieto. Así les sucede a algunas personas. Pero descansar es importante, hasta para un vampiro. Aprendí por las malas que las consecuencias de no descansar pueden ser desastrosas para el cuerpo y la mente.

Inquieta. Sí, así me sentía yo. No era capaz de mantenerme quieta en un asiento.

—¿Y cómo voy a obligarme a dormir si mi cuerpo se niega? —pregunté.

—No sé qué te funcionará a ti —replicó él—. Yo descubrí que al principio necesitaba entrar en trance para dormir. Eso me ayudaba.

—¿Entrar en trance? ¿Y cómo lo conseguías?

Mi mente era demasiado estridente. Había cinco líneas de pensamiento en mi cabeza en todo momento. La mera idea de intentar acallarlas lo suficiente como para entrar en trance me resultaba irrisoria.

—Busca un punto de concentración y centra la mirada en él —dijo Foley—. Intenta no oír nada excepto lo que pasa en la estancia donde te encuentres. Desenfoca la mirada. —Abrió los dedos, con la palma hacia arriba—. No es fácil de conseguir. Pero dominar la mente es una meta accesible tanto para reyes como para campesinos. Y, sobre todo, para alquimistas. Hay magias que funcionan por reflejo: acuden a una persona automáticamente, como la respiración. Sin embargo, la magia de los alquimistas ha de someterse.

Hablaba con cierto tono vivaz. En sus ojos asomaba una chispa de interés que no había estado antes ahí y que le iluminaba las facciones. Parecía más joven, menos enfadado.

Yo iba a hacer la pregunta, pero Lorreth se me adelantó. Se inclinó sobre la mesa hacia su amigo y dijo:

—Esperábamos que recordases algo de información sobre los alquimistas. De tu abuelo.

El vampiro sonrió por primera vez desde que me había derribado. Cuando era humana, probablemente no habría podido ver los remolinos de oro que recubrían sus colmillos, pero últimamente mis sentidos habían mejorado mucho. Describían un patrón intrincado y hermoso. Costaba no clavarles la mirada.

—Mi abuelo me enseñó, sí. Pero como os acabo de decir, me he pasado los últimos mil años con estos libros como única compañía. Me los conozco como la palma de mi mano.

—Entonces, ¿nos ayudarás? —Lorreth era un hombre comedido. Mantenía sus emociones a raya la mayor parte del tiempo, pero ahora tenía aspecto de estar intentando controlarse con mucha intensidad. Era como si no quisiera que Foley supiese hasta qué punto necesitábamos sus consejos—. ¿Puedes ayudarnos a descubrir cómo sellar sus runas?

No me gustaba tener que pedirle ayuda a aquel tipo habida cuenta del numerito que me había montado, pero Foley era la primera persona de toda Yvelia que sabía algo de los alquimistas y

su magia. Y si no encontrábamos ayuda pronto, algo malo iba a pasar. Lo sentía en los huesos.

—Si sabes cómo sellar estas cosas —dije, alzando las manos—, ayudarme serviría para compensar el hecho de que acabas de intentar romperme el cuello.

La expresión del vampiro implicaba que no tenía el menor remordimiento por lo que había sucedido y que tampoco le importaba compensar nada. Aun así, inclinó la cabeza, con una sonrisa rígida.

—Por la compañera de Kingfisher, lo que sea.

—Genial. Pues vamos a ponernos a trabajar. En cuanto pueda cerrar la magia que brota de estos…

—Primero, a dormir —dijo él—. Sin descanso no conseguirás nada de nada. Y además, yo necesito tiempo para recopilar toda la información que he adquirido a lo largo de los años. He de buscar muchos volúmenes y cruzar datos…

—¡Pero si has visto lo que le acabo de hacer a la pared! ¿Y si la próxima vez destruyo toda un ala del palacio?

—No vas a destruir nada porque vas a estar durmiendo.

La respuesta fue firme, pero lo intenté una vez más, por si acaso.

—Foley…

—Tú no eres mi reina. —No había odio en su voz, solo resolución—. Te ayudaré, pero no ahora. Puede que tu cuerpo no lo sienta, pero está claro que tu control es muy débil —dijo, e hizo un gesto hacia el agujero abierto en la mampostería del otro extremo de la biblioteca—. Conozco a medias los pasos que hay que dar… No sé a ti, pero a mí no me sale bien meterme en ninguna situación sin descanso y sin conocimiento de base. Así que tú deberías dormir y yo debería leer. Esas son las condiciones con las que accedo a ayudarte.

—Terco como una mula, igual que siempre —dijo Lorreth. Gruñó y se puso en pie—. Me alegra ver que al menos eso no ha cambiado. Sea como sea, tiene razón, Saeris. Si descansar mejora tus

posibilidades de controlar la magia mañana por la noche, daño no hará. No es más que un día.

Aquello era peor que cuando Elroy se había negado a enseñarme a forjar armas hasta que supiese soplar vidrio. Las palabras del viejo casi resonaron en mis oídos:

«Hasta que sepas ser delicada, no te enseñaré a ser violenta».

Aquel enfoque tenía sentido. Me moría de ganas de dominar la herramienta para vengarme de Madra y sus guardianes. En ese entonces era imprudente y necia; lo más seguro era que me hubiese matado intentando hacer alguna estupidez. Pero aprender a soplar y manipular el vidrio por el que Elroy era famoso me enseñó paciencia. Más o menos.

—Está bien, de acuerdo. Mañana por la noche a primera hora. Volveré al anochecer —accedí.

Foley asintió.

—Asegúrate de dormir…, Saeris —dijo. Era la primera vez que pronunciaba mi nombre—. Si no duermes, lo sabré.

19



SOBREVIVIRÉ

KINGFISHER

La tienda de Vorath Shah era un desastre. O quizá… existía la posibilidad de que yo estuviese alucinando. ¿Había sido así antes? No me acordaba. Fuera como fuese, había viales de cristal y cajas de hierro astilladas por todas partes. Estanterías torcidas que habían desparramado su contenido por el suelo. Flotaba en el aire un aroma extraño y almizcleño, agrio y penetrante. Carrion y yo arrugamos la nariz al entrar. Empezamos a respirar por la boca mientras avanzábamos por entre los escombros en busca de algún alambique que no hubiese quedado reducido a pedazos.

—Te juro que conozco ese olor. —Carrion se tambaleó y tuvo que apoyar la mano en la pared para no caer redondo—. Me suena muchísimo.

No le faltaba mucho para desmayarse. En realidad era un milagro que no se hubiese desplomado como un árbol caído, con todo el veneno de demonio que le corría por las venas. Había vomitado varias veces mientras regresábamos por los túneles bajo el Tercero, pero, de nuevo, yo también. Ahora estábamos los dos agotados, y por más que me costase admitirlo, no tardaríamos en perder la consciencia.

—Mejor preocúpate por el silencio, no por el olor —le dije.

Tenía los brazos cansados. El tajo del muslo me aullaba de dolor. La herida del aguijón de Joshin era profunda, y me ardía como si me hubiesen vertido ácido dentro. Apoyar el peso en la pierna era una agonía, pero ya me encargaría más tarde de sanar la herida. De momento, el antídoto era… era nuestra única prioridad.

—¿No necesitamos…? Oh, dioses… —Carrion se quedó rígido, se le puso la cara grisácea. Cerró los ojos, y yo comprendí qué era lo que estaba experimentando: náuseas vertiginosas, le daba vueltas la cabeza. Lamenté de inmediato haberlo pensado siquiera, porque empecé a sentir lo mismo—. ¿No necesitamos un sanador que destile el antídoto? —preguntó entre dientes.

Yo aparté de una patada un tablón de madera y esparcí esquirlas de vidrio y un montón de polvo azulado. Me sentía cada vez más frustrado, mirando en todas direcciones en busca del destilador.

—No. Todo guerrero sabe cómo hacer un antídoto. Aprendemos artes básicas de sanación antes incluso de saber enarbolar la espada. En tu reino hay muchos seres dispuestos a envenenar a una persona, alteza. Un guerrero necesita saber cómo revertir una toxina si se encuentra solo en mitad de los bosques helados de Yvelia. De lo contrario, no llegará lejos.

—Eso no me ha gustado —se quejó el contrabandista.

—Ah, ¿no? Pues yo diría que tienes mucha suerte de que yo esté versado en plantas medicinales, joder.

—No, no me refiero a eso. —Tuvo que tomar aliento entre palabras—. Me refiero a «alteza». No me gusta que me llames… «alteza».

Resoplé.

—Eres el heredero legítimo del Trono de Invierno, ¿no?

—Bueno, pues si quieres te llamo yo a ti «Lord Cahlish», ¿te parece?

—Mejor no, a no ser que quieras que te arranque la puta lengua —gruñí.

Carrion se enderezó y miró al techo, como si se lo estuviera pensando.

—Hum, la verdad es que la lengua me hace falta. —Inspiró hondo y suspiró—. Hay gente a la que le gusta.

Casi me eché a reír. Dioses, estaba perdiendo la chaveta. Aquel tipo era ridículo.

—Tú sigue buscando el destilador, Swift.

Por primera vez desde que llegamos a Zilvaren, la suerte se puso de nuestro lado. No encontramos ningún destilador, pero sí que dimos con un crisol no muy hondo en la trastienda de Shah. Con eso bastaría. El mercader había construido una destilería completa allí atrás, resguardada de ojos curiosos, donde había llevado a cabo sus chanchullos. Yo desmonté casi todo el tinglado, acerqué una cerilla al fogón y me puse a trabajar.

—Llegas demasiado tarde. ¿Por qué te molestas siquiera?

Mi madre había vuelto. Estaba sentada en el extremo del banco de trabajo de Vorath. Balanceaba las piernas debajo de sus largas faldas y mordisqueaba una manzana. Su melena larga y negra se mecía como si estuviese bajo el agua.

—Eres igual que tu padre, ¿verdad, querido? Siempre llegas tarde.

Dio un buen bocado de la manzana y me la tendió para ofrecérmela.

—No. —Negué con la cabeza—. No quiero.

—¿Estás hablando con algún muerto? —preguntó Carrion. Estaba inclinado junto a la puerta, con las manos en las rodillas de nuevo. Probablemente era una postura que le ayudaba con las náuseas.

—Sí —le respondí.

—Ah, bien —dijo con voz aguda—. Pensaba que solo me pasaba a mí.

Fueran cuales fueran los fantasmas que acosaban a Carrion, no me habló de ellos y yo no insistí. Los fantasmas de cada uno no eran asunto de nadie. Además, bastantes problemas tenía yo ya.

—Mírate. Estás poniendo en peligro a la gente. Otra vez.

Me abrí en la palma de la mano un corte de cinco centímetros de largo y al menos un centímetro de profundidad. Apreté el puño tanto como pude, gruñendo de dolor. La sangre se vertió con rapidez en el cuenco del crisol.

No miré a la otra mujer de cabellos color castaño claro que se había sentado junto a nosotros y se inclinaba ahora hacia mí. No podía soportar mirar su rostro. En ese momento no. Allí no. Y menos después de tantos años de dolor por su pérdida. Hacía siglos que no oía su voz. Al oírla ahora, tan familiar, me quedé sin aliento. Me dolió más que todo lo que había sufrido aquel día junto.

—No es que seas malvado. Tampoco te falta ternura. Lo único que pasa es que eres descuidado —dijo—. Prometes proteger a la gente, y la gente acaba confiando en ti. Y entonces los decepcionas, ¿a que sí? Estás demasiado preocupado por cubrirte de gloria y no prestas atención a lo que les sucede a quienes te rodean.

Tomé una pizca de sal de un cuenco abierto del banco de trabajo de Shah y la eché en el crisol. Sentía como si me estuviesen abriendo el pecho a cuchilladas.

—¿Lo ves? Tan preocupado estás por encontrar una solución que ni siquiera te molestas en mirarme.

Desde el otro extremo de la habitación, Carrion soltó un grito y se apartó de un salto de la pared, luchando contra algún atacante invisible. Yo eché mano de la cajita de madera y la coloqué en el banco de trabajo. Me tembló la mano buena mientras intentaba abrir la tapa.

—Siempre igual. Siempre tan cobarde. Siempre con demasiado miedo a reconocer las consecuencias de sus acciones —espetó la mujer.

El pequeño escorpión del interior de la caja estaba furioso. Era lo último que quedaba de la forma de Joshin. El demonio había estado en lo cierto: tardaría varias vidas en recuperar su tamaño real. El bicho intentó aguijonearme en los dedos, pero yo ya estaba harto de que me picase aquel pedazo de cabrón. Lo agarré de la cola y lo saqué de la caja.

—Mírame, Fisher —dijo la mujer.

Alcé el escorpión e intenté centrarme en él. No lo conseguí.

—Mantén tu parte del trato, Joshin. Si no lo haces, te despanzurraré por toda la puta pared.

—Fisher, mírame.

El escorpión se retorció, intentando escapar, pero yo no pensaba permitírselo. Cada vez que parpadeaba, me costaba más y más volver a abrir los ojos. Sostuve al escorpión junto al lateral del crisol y le apreté el aguijón contra el metal. En un primer momento, no pasó nada.

Era de entender que el demonio estuviera iracundo. Habíamos abrasado su cuerpo en el campanario. Su verdadera forma había muerto entre gritos, y aquel pequeño trozo de demonio lo había sentido todo. No quería colaborar conmigo dándome un poco de veneno…, pero si no lo hacía, moriría definitivamente.

A regañadientes, malhumorado, el escorpión golpeó el lateral del crisol con el aguijón, y un fino reguero de líquido claro corrió hasta la sangre y la sal. En cuanto acabó, volví a meter el escorpión en la caja, con cuidado de que no escapase. Y volví a guardármelo en el bolsillo.

—¡Mira lo que me hiciste, Kingfisher!

Me giré sin pensarlo. La hermana de Renfis estaba a mi lado. Las puntas de su hermosa cabellera estaban ennegrecidas, marchitas. Su rostro antaño hermoso estaba en carne viva, cubierto de ampollas, con la piel suelta como cera derretida. Le faltaba el ojo izquierdo. Tenía parte de los labios fundidos entre sí en el lateral izquierdo del rostro. Estaba prácticamente desnuda, aunque le colgaban jirones de cuero abrasado de sus costillas expuestas. Le corrían lágrimas del ojo derecho por la mejilla destrozada.

—Este es el fruto de tu orgullo, Fisher —dijo por la comisura de la boca—. ¿Qué te parece? ¿Sigo siendo hermosa?

—Siempre —susurré.

—¿Sabes lo que se siente al arder? —dijo con rabia hirviente.

Asentí con aire triste.

—Sí que lo sé, Merelle. Y lo siento.

Sabía que Merelle no me culpaba por su muerte. Tenía todo el derecho a culparme, pero no era el caso. Había elegido vincular su alma a mi hoja para seguir siendo parte de los Lupo Proelia, para seguir cerca de sus seres queridos. No era algo que hubiese decidido yo. Yo habría preferido que prosiguiese hacia las orillas del más allá, que encontrase la paz, pero Merelle siempre había sido una mujer con una gran fuerza de voluntad, incluso en la muerte. Aquel espectáculo horrendo era una manifestación de mi propia culpa, nada más…, y aun así, se me hizo trizas el corazón.

Le di la espalda al cadáver achicharrado de mi amiga y puse las manos en el crisol. Cerré los ojos. El veneno imbuido de magia necesitaba un antídoto también imbuido de magia. Ojo por ojo. Un intercambio de poder más grande que el original para cancelar el primero. Tendí mis sombras sobre el recipiente de metal y las introduje en la sangre, la sal y el veneno; imbuí el brebaje con mi propio poder.

Sentí que la mezcla se asentaba.

—No tiene sentido intentar provocarle el más mínimo remordimiento, hija —dijo mi madre, mirando por encima del hombro a Merelle—. Es incapaz de sentir ninguna emoción real, ¿verdad, Fisher?

Aquello no iba a ser agradable, pero funcionaría. Agarré el crisol y vertí su contenido en dos copas polvorientas.

—Eso es lo que te da miedo, ¿cierto? —escupió mi madre—. Llegar a sentir de verdad el peso de todo lo que has hecho si te atreves a amarla. A sentir el odio, la vergüenza, el horror.

No pronunció el nombre de Saeris. No hizo falta. La mujer que mordisqueaba la manzana en el banco era yo. Sabía exactamente a quién se refería. Me tambaleé; de pronto no podía ni mover los pies.

—Sé que tendré que permitirme sentir —murmuré—. Pero no me da miedo. Ella vale la pena.

Me dirigí al otro extremo de la habitación. Atravesé la imagen de mi madre y la dejé atrás.

—¡Basta! ¡No! ¡Está enferma! ¡Por favor! Por favor, por favor, por favor, no te lo lleves. Si te lo llevas no podré ayudarla. Haré lo que quieras, por favor, lo prometo…

Le puse una mano en el hombro a Carrion, cuyos ojos se desorbitaron. Sus pupilas volvieron a centrarse. Fuera lo que fuera lo que había estado viendo, se desvaneció al darse cuenta de que yo estaba frente a él.

—¿Lo has conseguido? —jadeó.

—Sí.

Aceptó la copa que le tendí y miró con suspicacia el líquido que contenía.

—Hasta ahora no se me había ocurrido probar tu sangre, pero… si te digo la verdad, esta puta mierda es bastante emocionante.

Yo entrechoqué mi copa con la suya.

—De nada, Swift.

Los dos apuramos el brebaje y, de inmediato, empezamos a sufrir espasmos. Mis huesos estaban rotos. Hasta el último de ellos. Estaban dislocados, los extremos raspaban contra mi carne. Tenía ácido removido en el estómago y me ardían tanto los ojos que casi deseé estar ciego.

Pero seguía con vida.

—¿Alguna vez te has despertado… y has pensado: dioses, cómo me gustaría no haber tenido un mano a mano con un demonio escorpión salido del infierno? —graznó Carrion.

—¡Ja! —Me llevé la mano buena al plexo solar, para ver si al hacer presión se aliviaba el dolor lacerante que sentía—. Más de una vez y más de dos.

Estábamos despatarrados por el suelo, tumbados entre cristales rotos y muebles destrozados. Llevábamos así como mínimo una hora, entre espasmos y sacudidas, con espuma en la boca. Los hados debían de sentirse especialmente crueles aquel día, porque habíamos mantenido la consciencia durante todo el tiempo que tardó en hacer efecto por completo el antídoto.

Despacio, cerré los ojos.

—¿Cómo te sientes?

—Igualito que una mierda —respondió Carrion, aunque ahora hablaba con voz más fuerte. Su respiración ya no sonaba tan trabajosa como hacía veinte minutos—. ¿Y tú? —preguntó.

—Igualito que una mierda —convine.

—¿Sigues viendo muertos?

Tardé un instante en responder. Y luego:

—No.

—Yo tampoco.

—Felicidades.

—Gracias, muy amable. —Cambió de postura. Se oyó el sonido de cristales aplastados bajo su cuerpo—. Si sigo mucho más tiempo aquí, me voy a desmayar. Y no quiero desmayarme aquí.

—Ni yo.

Carrion emitió un sonido de dolor y, despacio, se obligó a enderezarse hasta quedar sentado, tras lo cual, milagrosamente, se puso en pie.

—Pues venga, vámonos.

Abrí los ojos y vi que me tendía la mano de nuevo. Por segunda vez en veinticuatro horas, dejé que el contrabandista me ayudase a levantarme. Sin embargo, esta vez estaba demasiado cansado como para fruncirle el ceño.



—Ve con cuidado. La última vez que pasé por casa había una camarera en mi cama. Cabe la posibilidad de que siga ahí.

Carrion agachó la cabeza para entrar por la ventana que acababa de forzar y después desapareció en el interior oscurecido de la habitación.

Yo estaba empapado de sudor. Según había dicho Swift, aquel día el ajuste no había sido tan caluroso como de costumbre, pero para mí el calor era infernal. Sin embargo, atravesar las calles desiertas

del Tercero había sido más sencillo. La gente del distrito de Saeris sabía que debía buscar la sombra durante la parte más calurosa del día, cuando la vida se ralentizaba y los más listos encontraban un lugar en el que descansar unas cuantas horas.

Seguí a Carrion. Me agaché para cruzar la ventana y, de inmediato, deseé haber ido más despacio, porque apoyé la mano y un estallido de dolor hizo que me la llevase al pecho. Las habitaciones estaban silenciosas. Inmóviles. No había muchos muebles en el interior. Una silla. Un escritorio. Una cama. La cocina era pequeña, pero había ollas amontonadas, pulcras y limpias, sobre la encimera. En el salón, Carrion encontró una nota que le habían dejado sobre una desvencijada mesa. La cogió y la leyó, tras lo cual hizo una bola con ella y la tiró a un cubo que descansaba en un rincón.

—¿La camarera?

Él soltó un resoplido cargado de humor por la nariz.

—La camarera. Tengo oficialmente prohibida la entrada al Cangrejo Polvoriento.

—Lástima.

—Sobreviviré —gruñó el contrabandista—. Sin embargo, es verdad que tienen el mejor whisky de todo el distrito. Hablando de lo cual…

Se dirigió a la cocina. Se oyó el chirrido de cajones de una alacena al abrirse y el golpe al cerrarse. Carrion volvió con dos vasos de cristal medio llenos de un pálido líquido ambarino. No me preguntó si quería beber. Después de lo que habíamos pasado, hasta un sacerdote atado con firmeza por su moral necesitaría un trago. Acepté el vaso y apuré el líquido que contenía. Swift hizo lo mismo.

El alcohol me quemó igual que el veneno de Joshin, pero esta vez fue una sensación autoinfligida, así que no contaba. Miré el vaso y pensé en todo lo sucedido durante las últimas horas. Ya teníamos la plata, varias bolsas llenas, cortesía de los arcones amontonados en el campanario…, pero, por los dioses en las alturas, cuánto había costado.

—Las hizo ella, ¿sabes?

Levanté la mirada.

Carrion estaba apoyado en el lateral de la pequeña mesa. Hizo un gesto hacia el vaso de cristal.

—Tú la pusiste a martillear el mercurio, pero antes hacía otras cosas. El hombre que le dio trabajo después de que muriera su madre, Elroy…, es un cristalero excepcional. Hace objetos tallados en cristal muy delicados. Los vende en el Núcleo. Los objetos que hacía Saeris no eran tan refinados para sus compradores, pero para los habitantes del Tercero estaban más que bien.

De pronto vi con nuevos ojos el vaso de cristal en mi mano.

Era hermoso. Pequeño. El borde estaba embellecido con una cenefa tallada en el cristal y tenía grabados en los laterales que representaban una torre que se parecía muchísimo al palacio de Madra, pero en llamas. En la parte baja del vaso había tallados perros que se perseguían entre sí, con las lenguas retorcidas asomando.

Saeris había hecho aquel vaso.

Cuando la encontré, me había dominado el pánico. ¿Cómo podía ser que aquella mujer, aquella humana, fuese la persona de la que se suponía que me iba a enamorar? ¿Cómo iba a protegerla del tipo de vida que yo llevaba? Ella me había sorprendido. Pensé que era débil, pero resultó que era fuerte. Su corazón era casi siempre más grande que el horizonte…, demasiado grande para su propio bien. La había juzgado mal. Era increíble. Durante veinticinco años había sobrevivido en aquel duro lugar y aún tenía suficiente fuego en el alma como para crear el tipo de obras de arte que indudablemente le costarían la vida si caían en malas manos.

Como si me leyese la mente, Carrion dijo:

—Le gustaban los diseños incendiarios. Elroy no podía venderlos. Yo los compraba de vez en cuando y le quitaba de en medio el problema. Eso cuando podía convencerlo para que se desprendiese de ellos.

Volvió a la cocina y regresó con una jarra de cerámica terrosa. Una vez más, no preguntó si me apetecía más whisky; me echó directamente en el vaso que yo aún sostenía. Me mordisqueé el interior del carrillo.

Un nido de víboras se retorcía tras mis costillas. Víboras que querían atizarle en la cara a Carrion. Muy fuerte. Sin embargo, la rabia ciega que le profesaba era agotadora. No servía para nada. Yo estaba agotado hasta el tuétano y no tenía la energía necesaria para mantener tanta rabia. Volví a apurar el vaso y lo posé con cuidado, sin dejar de contemplarlo.

Las manos de Saeris lo habían tocado. Sus manos lo habían fabricado.

Eso me hacía sentir…

Joder, me dolía no estar con ella. Quería que estuviese allí, junto a mí. Quería abrazarla. El hecho de que no estuviese en mis brazos me parecía la mayor injusticia que jamás había sufrido. No había modo de calmarme.

Alcé la vista y vi que Carrion me miraba.

—Vamos —dijo—. Pregúntamelo.

No sería yo quien fingiese que no sabía de qué hablaba. Así pues, se lo pregunté:

—¿Estás enamorado de ella?

Él hundió la cabeza y soltó una risa callada. Apartó una silla de la mesa y se dejó caer pesadamente en ella. Estiró las piernas, se puso las manos sobre el vientre, una sobre la otra, y alzó la vista hacia mí.

—No —se limitó a decir. Y luego, de inmediato—: ¿O quizá sí? No sé.

Sentí calor por dentro. Se me cerró la garganta.

—No resulta sencillo, Fisher. Ella es…, bueno…

—Espectacular —susurré.

La sonrisa que asomó a sus labios era triste.

—Sí, exacto. Siempre lo ha sido. El fuego que arde en su interior bastaría para abrasar por dentro a cualquier otra persona, para

vaciarla hasta que no quedase nada más que ese fuego. Achicharraría a todo el mundo a su alrededor hasta que lo único que quedase fuera tierra quemada. Y sin embargo, con Saeris no pasa. Su fuego calienta a otros en la oscuridad. Es su fuerza, no su debilidad. Estar cerca de ella te recuerda que estás vivo.

Sentí ganas de vomitar al oírle decir aquello, pero no mentía. Si yo podía ver lo asombrosa que era, y solo la conocía desde hacía poco, ¿cómo demonios podía esperar que Carrion estuviese ciego si la conocía desde hacía años?

No, no podía culparlo por ver lo evidente. Podía sentir pena por él, porque Saeris no era suya. Y dar las putas gracias, porque era mía.

—Podría haberme enamorado de ella. De verdad —dijo Carrion con voz suave—. Pero este lugar me rompió siglos antes de que Saeris naciera. En su día ya cometí el error de permitirme enamorarme de una humana, y créeme: con una vez basta. Hace mucho tiempo, alguien me dijo que el dolor de la pérdida era temporal. Que menguaría a medida que pasaran los años, hasta que se convirtiese en un viejo amigo con el que sentirse cómodo. Pero quien me lo dijo era humano. —Soltó el tipo de suspiro que bien podría haber contenido durante mil años—. Yo no sabía apenas nada de los de mi especie, pero me parecía que los fae experimentan el pesar de un modo bien diferente a los humanos, que viven muchos menos años. Tiene sentido que el dolor que los visita dure menos. Lo contrario sería cruel, se tragaría todas sus vidas. Pero, para mí… —Negó con la cabeza y se contempló las manos—. Con cada año que pasa me parece que la magnitud de mi pérdida eclipsa los anteriores. Así pues, sí: estoy enamorado de Saeris Fane, porque es eléctrica, fiera, leal. Porque estar cerca de ella le da más definición al mundo. Pero no la amo, Fisher. Lo intenté, pero mi corazón está demasiado lleno de pesar para dejarle espacio.

El fuego en mi pecho se había apagado mientras el contrabandista hablaba. Renfis habría dicho algo profundo, palabras de consuelo, en esa situación. Pero yo conocía el pozo eterno del

pesar, sabía de su profundidad infinita, así que me limité a asentir. Era lo único que podía darle: mi comprensión y mi presencia. Me arrastré hasta la silla en el rincón de la estancia y tomé asiento. La mano rota me aulló de dolor cuando intenté agarrar de nuevo el vaso de Saeris.

—Hoy ni siquiera te has encogido —señaló el contrabandista—. Ni por el dolor del veneno ni por el de ver a tus muertos. —Durante un instante, no dijo nada más, pero luego preguntó—: ¿Me podrías enseñar?

—¿Enseñar?

—Cómo se hace. Cómo se bloquea todo para no sentir nada más.

Por los pecadores. Di un resoplido, incapaz de mirarlo durante un instante.

—Pues no, Carrion. No te puedo enseñar.

—¿Por qué no? —Sonaba como si le acabase de arrear una patada.

—Porque solo hay un modo de aprender a soportar el dolor como lo soporto yo: sufrirlo todo. Una y otra y otra vez. El dolor te electrifica. Te templa como si fueras acero. Pero no le deseo a nadie este dolor que yo he pasado. Lo he aguantado porque tenía que hacerlo, por nada más. Siente el dolor que te ha sido dado, Carrion. No seas idiota, no pidas más dolor. Es una maldición que prefiero ahorrarte, créeme.

20



CAZADORES

SAERIS

Había una grieta en la pared.

Una grieta diminuta, de apenas un par de centímetros. La contemplé hasta que los ojos empezaron a fallarme, hasta que el jaspeado de las paredes de obsidiana empezó a derretirse. A dos metros de distancia, delante de la hoguera, Onyx estaba tumbado hecho una bola, roncando estentóreamente. Por supuesto, no le había costado quedarse frito. La vida era sencilla para él. En su cerebro no había incontables preguntas y preocupaciones que no dejaban de rebotar de un lado a otro.

Pasó una hora.

Otra.

Estaba a punto de empezar a sollozar cuando, por fin, mi agotamiento me arrebató la consciencia.

Sin embargo, dormir no era igual que antes. Ahora era más bien… pasar conscientemente de una habitación a otra. En un instante, estaba sentada en el suelo de mi habitación, descansando sobre un montón de cojines, y al siguiente me encontraba en otra parte.

Estaba nevando.

La luz menguaba…, era el mismo tipo de ocaso amortiguado que se apreciaba en la pálida grisura de los muros de Cahlish antes de que cayese la noche. En el aire flotaba un aroma a pino y a humo, tan frío que me heló el interior de las fosas nasales. Me encontraba contemplando un estrecho valle cubierto de nieve. Lo atravesaba un riachuelo poco profundo, de poco más de medio metro de anchura, cuya agua burbujeaba y fluía con rapidez.

En la ladera, a medio camino valle arriba, en un claro, se apreciaba una pequeña cabaña de blancas paredes pintadas. De la chimenea salía humo.

Crac.

Crac.

Crac.

A la izquierda de la casa se movía una figura de un modo espasmódico, repetitivo.

Crac.

Era Fisher. Supe que era él en cuanto lo vi. Eché a correr hacia él sin pensármelo. El frío me quemaba los pulmones y me helaba las mejillas. Me deslicé por la nieve, perdiendo pie y recuperando el equilibrio. Me tambaleé, pero seguí avanzando. Para cuando llegué al sendero que llevaba a la cabaña, no podía respirar.

Crac.

Crac.

Estaba allí, algo más adelante. Hacía mucho frío, pero al parecer no afectaba a mi compañero. Le colgaban los pantalones algo bajos, a la altura de las caderas. Iba descalzo y descamisado. Los tatuajes negros se arremolinaban por sus omoplatos sudorosos. Descargaba una y otra vez hachazos con una sola mano sobre un bloque de madera, que se iba rompiendo poco a poco en dos.

¡Crac!

Tenía el pelo húmedo, ondulado y denso, a la altura de sus anchos hombros. Apartó de una patada las dos mitades del tronco recién cortado y agarró otro trozo del montón junto a la cabaña. Lo

colocó. Los músculos de su espalda se movieron al descargar el hacha una vez más y romper en dos aquel leño.

¡Crac!

Pronuncié su nombre con suavidad, pero solo dentro de mi cabeza, no en voz alta.

«¿Fisher?».

Mi compañero se quedó inmóvil. Sus hombros se tensaron, giró levemente la cabeza, algo ladeada, como si escuchase. «¿Saeris?».

No pude evitarlo; eché a correr de nuevo. Él se volvió —con el pecho tatuado alterado del esfuerzo, las mejillas arreboladas, los ojos brillantes—, y una sonrisa gloriosa apareció en su rostro. Sin embargo, en cuanto apareció, se volvió a desvanecer. En apenas un latido, sus mejillas perdieron el color. Empezó a retroceder a trompicones. Se le cayó el hacha de la mano y golpeteó en el suelo.

Yo dejé de correr.

—¿Fisher? ¿Qué… qué pasa?

Él pareció erguirse del todo, y preguntó en voz alta:

—¿Estás muerta?

—¿Por qué preguntas eso?

Él cerró los puños a los costados.

—Pareces… muy real —dijo—. Sé que estoy soñando, pero…

—Soy yo quien sueña, Fisher. Me acabo de quedar dormida, y aquí estás.

—Llevo aquí más de una hora —dijo—. He despejado un árbol caído a la altura del río. Lo he arrastrado hasta aquí y lo he estado cortando para hacer leña para la chimenea.

—Bueno, no podemos estar soñando los dos. No puede ser el mismo sueño —dije yo.

—Bueno, lo aclararemos enseguida, Osha —dijo él en tono quedo—. Pero primero responde a la pregunta, por favor.

—¿Qué? Ah, no, no estoy muerta. Oficialmente, no —añadí en tono extraño—. Todo eso de que no me lata el corazón…

Fisher se acercó a mí y me tomó entre sus brazos. Me apretó contra sí tan fuerte que pensé que se me iban a romper las costillas.

Oía su respiración, un sonido entrecortado, como si le costase mantener la compostura.

—Gracias a los dioses. Pensé que te había pasado algo. He estado esperando a ver si esto se convertía en una pesadilla. Pensé que… ¡Joder!

Me apretó aún más fuerte contra sí. Yo le di unas palmadas frenéticas en el hombro.

—¡Fisher! Fisher, no puedo respirar.

Él se apartó y me acunó el rostro entre las manos. El hermoso tono verde de sus ojos casi brillaba bajo la luz menguante. Me recorrió con la mirada.

—Lo siento. Hoy ha sido un día… —Negó con la cabeza y se mordió el labio inferior—. Odio tu puta ciudad, Osha. De verdad, no puedo ni explicarte hasta qué punto la odio. Dioses, me alegro de verte.

Aquello no parecía un sueño. Todo era demasiado consciente. El mundo a mi alrededor estaba demasiado definido. Demasiado afilado. Y tampoco parecía una versión inconsciente de mi compañero. Tenía la piel cálida. Tenía olor. Los detalles de su persona eran demasiado concretos. Fisher tragó saliva y vi que los músculos de su garganta se movían. Y ahí estaban: las marcas gemelas que desaparecían lentamente en su cuello, donde yo le había mordido.

—Esto es real, ¿verdad? —susurré.

Fisher dio un paso atrás y me soltó. Se giró de lado, me rodeó y me recorrió con la mirada. La nieve caía con más fuerza, copos gordos que espolvoreaban su pelo oscuro y ondulado, que se derretían al aterrizar sobre sus hombros y su pecho. Jamás me había sentido más vista que cuando Fisher me miraba. Y así, cuando sus ojos me devoraban, me sentía desbaratada por completo.

Él se me acercó por detrás. Su calor corporal me calentó la espalda. Su aliento me acarició la nuca. Me apartó el pelo por encima del hombro, se inclinó sobre el hueco de mi cuello y me olió.

—Es totalmente real —murmuró—. Tienes el mismo olor, el mismo aspecto. —De pronto me puso las manos en la cintura y sus dedos se clavaron levemente en mis caderas—. El mismo tacto.

Llevábamos poco más de un día separados, pero parecía que habían pasado años. No era solo que le echase de menos. Ya había echado a otras personas de menos. Sabía cómo era la sensación. Sin embargo, la distancia entre los dos era un tirón palpable en mi alma que me causaba pánico.

—¿Brujería, quizá? —musitó. Sus labios me acariciaron la oreja al hablar. Me recorrió un escalofrío por el cuerpo. Él dejó escapar una risa sugerente y reverberante—. Me encanta que tu cuerpo reaccione ante mí, pequeña Osha. Así sé que eres mía.

—¿Es que lo dudabas?

Él me acarició con la nariz por detrás de la oreja, inspiró entre mi pelo.

—No sé. He tenido una conversación interesante con Carrion antes de desmayarme en su salón hace un rato. Durante un instante he pensado que iba a tener que luchar con él por ti.

Solté un resoplido ante la mera idea.

—No le hagas daño, Fisher. No tienes que preocuparte en absoluto por Carrion.

Ronroneó, pensativo.

—Hum, de acuerdo. Creo que ahora ya lo sé.

Apoyé las manos levemente sobre las suyas, disfrutando de su proximidad, a sabiendas de que estaba detrás de mí. Sin embargo, Fisher soltó un siseo y apartó la mano derecha.

Me giré dentro del círculo que formaban sus brazos y alcé la vista hacia él. Luego le miré la mano. Tenía un horrendo moratón, los nudillos cubiertos de una costra de sangre seca.

—Dioses, ¿qué demonios ha pasado?

A su rostro asomó una expresión de dolor, clara como el día, pero, aun así, intentó quitarle hierro.

—No es nada. Se me ha roto un poco la mano. Tuve que abrir un agujero en la pared de una torre a puñetazos.

—¿Que has tenido que hacer qué?

Me explicó lo que había pasado desde la última vez que nos vimos. Me estremecí. Carrion y él habían conseguido la plata que necesitábamos, pero se habían tenido que enfrentar a algún tipo de demonio escorpión para lograrlo. Aún no habían visto a Hayden, pero iban a buscarlo por la mañana. Para cuando Fisher acabó de hablar, el sudor se había enfriado en su cuerpo y a mí me castañeteaban los dientes.

—Quiero saber cómo te ha ido a ti —dijo—, pero parece que estés a punto de morir de congelación. Vamos dentro.

Me apretó contra sí y me llevó a la cabaña. Abrió la puerta de una patada y me condujo al interior. El sabroso olor de la carne especiada me asaltó la nariz. Al parecer, Kingfisher había estado cocinando antes de que yo me infiltrase en su sueño.

—¿Dónde estamos? —pregunté.

—En la cabaña de cazadores en los confines de Cahlish. Mi padre me trajo aquí unas cuantas veces de niño. No había pensado en este lugar en… —alzó la vista hacia el techo— ¿años?

La cabaña era pequeña. La cocina no era más que un fregadero en una esquina junto a una encimera repleta de jarros llenos de lo que parecían alimentos en salmuera. De los travesaños colgaban manojos de hierbas aromáticas. El techo era bajo y estaba manchado de hollín sobre la chimenea frente a la que descansaban dos sillones orejeros hundidos tras años de uso. Había un perrillo blanco tumbado delante de las llamas.

¡Ja! No era un perro. Era Onyx.

El animal se puso en pie al verme y soltó un chillido. Yo me puse de rodillas para acogerlo cuando saltó a mis brazos. Onyx se retorció y me lamió la cara.

—Ay, hola, hola, hola. —Había estado con él hacía pocos minutos, pero reaccionó como si hiciese años que no me veía—. ¿Cómo…?

El animal me lamió la oreja. Yo me aparté e intenté bloquearlo con el hombro, pero él me esquivó y me dio otro lametón.

—¡Ah! ¿Cómo es que Onyx también está aquí? —me reí.

Onyx empezó a corretear por la habitación y atrapó algo del sillón junto a la ventana. Sacudió su presa como si fuera una ardilla que acabase de cazar y me la puso en el regazo: era un lacito de seda verde. Un regalo, al parecer.

Aún frente a la puerta e increíblemente descamisado, mi compañero soltó un suspiro y se cruzó de brazos.

—No lo sé. Este maldito bicho lleva un par de semanas siguiéndome en sueños. Incluso cuando estaba en Cahlish.

Miré a Fisher con una ceja enarcada.

—Sabes que no hace falta que sigas fingiendo que te molesta, ¿verdad? Sé que lo adoras, y él también te adora a ti.

Onyx se agachó y me lamió la muñeca. Sentí su lengua rosada, rasposa, contra la piel. Fisher lo contempló y negó con la cabeza.

—Diría que, en el mejor de los casos, nos toleramos —argumentó.

—Te he visto con él cuando crees que no me doy cuenta. Además, si no te adorase, ¿qué iba a hacer aquí, contigo, en este espacio soñado?

Kingfisher pasó otro momento estudiando el techo.

—No sé. Quizá es que te esperaba a ti.

—Fisher. —Onyx dio un salto, me puso las zarpas en los hombros y empezó a restregar la coronilla contra mi mandíbula—. Acéptalo: mi zorro es tu zorro.

Él no dijo nada, se limitó a gruñir y a hacer un mohín. Cerró la puerta de una patada.

Solo de verlo cruzar la estancia para detenerse junto al fuego me quedé sin respiración. ¿Cómo era posible enamorarse de alguien solo por verlo cruzar una estancia? ¿Era por verle aquella piel, que se le había erizado? ¿Era por aquellos músculos tensos en su mandíbula al agacharse para remover el contenido de la olla que burbujeaba al fuego? ¿O quizá eran las arrugas que se formaban en su ceño cuando se concentraba? ¿O porque me vio mirándolo y me dedicó una media sonrisa por encima del hombro?

Me cago en la puta, podía darme por jodida. Todo lo que hacía aquel hombre me impulsaba a desearlo. Me daba ganas de gritar.

Ganas de…

—¿Es que aún no has aprendido la lección, Osha?

Fisher se apartó de la chimenea y, despacio, cruzó la alfombra deshilachada hasta detenerse frente a mí; sus poderosos muslos a la altura de mis ojos. Yo lo miré, intentando ignorar el hecho de que debía ascender por aquel muro de músculos que eran su vientre y su pecho para llegar hasta sus ojos. Fue un milagro que lo consiguiese. La media sonrisa había pasado de levemente divertida a profundamente interesada.

—El corazón te late muy rápido, Saeris Fane. ¿Por qué será?

Tenía razón. Ahora que no podía controlar si mi corazón latía o no, el hecho de que me traicionase tan a menudo cuando estaba cerca de él parecía divertir mucho más a mi compañero.

—Pareces satisfecho contigo mismo —dije. Pero estaba ruborizada. Muy ruborizada.

—¿Tú crees? Veamos.

Sus ojos eran pecaminosos. Muy despacio, alzó una mano y se metió el pulgar en la boca para chupárselo. Yo no conseguía apartar los ojos de él. Bajó la mano y llevó el pulgar a mi propia boca, me acarició con él el labio inferior y lo mojó con su saliva.

—La criatura más única y hermosa de todo el reino, de rodillas delante de mí, mirándome como si se sintiese salvaje, lista para follarme. Pues sí —añadió—, diría que me siento bastante satisfecho conmigo mismo.

Mis terminaciones nerviosas zumbaban de electricidad.

Ay, qué hombre.

Qué. Puto. Hombre.

¿Así iba a ser la vida ahora? ¿Me iba a enamorar más y más de él? ¿Lo iba a desear, a necesitar más que cualquier otra cosa que hubiera necesitado nunca? Esperaba con cada fibra de mi ser que así fuera, porque me sentía… Uf. Ni siquiera era capaz de describir cómo me sentía cuando aquel hombre me miraba como si sintiese todo lo que yo sentía. Como si él también se sintiese salvaje y me desease.

Onyx vio una polilla y saltó, raudo y veloz, de mi regazo. Fue a por ella y se olvidó de mí de momento. Yo alargué la mano hacia Fisher y lo agarré del tobillo. Necesitaba sentir su piel contra la mía. Las perneras de su pantalón estaban húmedas. Tenía fría la parte superior de los pies. Fisher contempló el lugar por donde lo agarraba y esbozó una suave sonrisa. Un zarcillo de tinta negra brotó por entre mis dedos y bañó su piel, girando y retorciéndose alrededor de su tobillo para luego desaparecer por la abertura de la pernera húmeda.

Miré a mi compañero, asombrada.

—¿Qué demonios ha pasado? ¿Te acabo de dar un tatuaje?

Él sonrió y enarcó una ceja en mi dirección.

—Eso parece.

—Pensaba que…, espera, espera. Creía que eso solo pasaba durante el sexo.

Fisher se rio entre dientes y se subió la pernera tanto como pudo, sobre la pantorrilla musculosa, para revelar lo que parecía ser el florido tatuaje de una daga. Asintió y me guiñó el ojo.

—Qué bonito.

—¡Fisher! ¿Esto va a pasar cada vez que nos toquemos?

El muy cabrón intentaba no sonreír. No había motivo para mostrarse tan condenadamente engreído. Me acarició la mandíbula con los dedos y, con el índice bajo mi barbilla, me obligó a alzar la cabeza para mirarlo.

—No, no pasará cada vez que nos toquemos, Osha. —Su sonrisa se ensanchó, a pesar de sus esfuerzos visibles por contenerla—. Solo pasará cuando estés pensando… —se pasó la lengua por el labio inferior— guarrerías.

Después de todo lo que nos habíamos hecho en la cama, de lo que habíamos hecho juntos, ¿cómo era posible que consiguiera sonrojarme como si fuera una niñita? ¿Por qué tuve de pronto ganas de esconderme de la sugerente y cruda lujuria de su cara?

—¡No estaba pensando nada! —protesté—. ¡Solo te he tocado el tobillo!

—No pasa nada. Hay quien tiene fijación sexual por los pies, y los míos no son tan peludos como los de otros.

El destello travieso en sus ojos me dejó claro que estaba chinchándome y disfrutando de ello, pero yo no se lo pensaba permitir.

—¡Yo no tengo ninguna fijación por los pies!

—No pasa nada, Saeris. De verdad. Entiendo que te perturbe tocar cualquier parte de mi cuerpo.

—¡Dioses! —Intenté darle un sopapo en la pierna, pero se puso fuera de mi alcance. Se echó a reír y me enseñó esos afilados colmillos suyos—. ¡También podrías dejar de ser tan arrogante!

Yo era tanto vampira como fae. Ahora tenía una vista excelente, pero lo único que vi fue un borrón de sombra y luz: Fisher se adelantó y volvió a sujetarme de la garganta. Sus dedos se clavaron en el lateral de mi cuello con mucha delicadeza. Me acarició con el pulgar la línea de la mandíbula.

Ya no estaba de broma; su sonrisa había desaparecido.

—No soy arrogante. Es que estoy orgulloso, joder. Oigo cómo se te acelera el pulso cuando tocas mi cuerpo y me siento invencible. Tú también oyes que mi pulso hace lo mismo cuando te toco, ¿verdad?

La madre que lo parió, iba a acabar conmigo.

—Pues…

Él aumentó apenas una fracción la presión en mi garganta.

—Deja de poner peros. Asúmelo.

—Vale, está bien. Sí, lo noto.

Joder. Estaba sin aliento, a su merced, y él lo sabía. Le rebosaban los ojos de deseo. Se agachó descalzo frente a mí y acunó mi rostro con la mano que no tenía herida.

—Ahora mismo no sé qué es esto —dijo, con un gesto hacia la cabaña que nos rodeaba—, pero me parece un regalo. Estamos a solas. Nos sentimos a salvo. Fuera está nevando. Tenemos fuego en la chimenea, comida cocinándose, el zorro está cazando insectos.

Esto es todo lo que necesito, Saeris. Es sencillo. Y a ti. Te quiero para mí, Osha. Vamos. Ven conmigo.



El dormitorio no era en absoluto tan lujoso como la habitación de Kingfisher en Cahlish. La cama apenas parecía lo bastante ancha para que cupiéramos los dos, pero eso daba igual. Yo estaba dispuesta a hacer muchos sacrificios para pasar tiempo desnuda con aquel hombre. No me hacía falta una cama de tamaño decente. Fisher ya iba medio desnudo por haber estado cortando leña, lo cual implicaba que era a mí a quien le tocaba empezar a desnudarse.

Él se encargó de todo.

En otras ocasiones había usado sus sombras para despojarme de mi ropa, pero ahora no. Usó las manos, y disfrutó de cada condenado segundo del proceso. De vez en cuando se encogía porque le daba una punzada la mano rota, pero no pensaba abandonar aquella tarea, por más que yo protestase.

Se inclinó hacia mí. Agarró mis trenzas con la mano buena y tiró hacia atrás para que mi boca fuese al encuentro de la suya.

—Si de verdad crees que una mano rota va a impedir que te folle bien follada, Osha… —dijo pegado a mi boca, sus labios rozando los míos, su aliento en mi rostro—, permíteme que te demuestre lo equivocada que estás.

Se lanzó sobre mí con un gruñido que me sacó todo el aire de los pulmones. Me alzó en volandas y me empotró contra la pared de la cabaña. Cayó al suelo un cuadro de una señora fae de aspecto agrio con un vestido negro de cuello alto. El marco se astilló a los pies de Fisher, que se abrió paso entre mis piernas y se encajó entre mis muslos.

—Podría pasarme el resto de la eternidad aquí y morir feliz —retumbó su voz—. Podría follarte, alimentarme de ti, hasta que se

acabase el tiempo y los soles muriesen y se apagasen en los cielos. Y aun así, no tendría bastante de ti.

Me afianzó algo más arriba contra la pared y se colocó para poder besarme el hueco del cuello. Yo solté un siseo entre dientes cuando el calor de su lengua tocó mi piel y me subió hasta la oreja. Fisher me mordisqueó el lóbulo y tironeó de él, y yo arqueé la espalda, de pronto muy pero que muy consciente de la dureza que apretaba contra mis piernas.

¿Podía estar sucediendo algo así en un paisaje onírico? ¿Era posible siquiera? Desde luego, así lo sentía yo. Si Fisher podía cortar madera, si podía abrazarme y besarme allí, entraba dentro de lo razonable que también pudiera follarme.

«Gracias a los dioses», canturreé en mi cabeza. «Gracias a los putos dioses».

«No les des las gracias a ellos» fue la respuesta grave y resonante de Fisher. «Dame las gracias a mí. Soy yo quien está a punto de hacerte gritar».

Llevó las manos a mis cabellos. Volvió a hacerse daño en la mano y enseñó los dientes, aquellos colmillos alargados, pero cuando intenté agarrársela para verla bien, él negó con la cabeza, sin aliento.

—Aún no. Necesito sentir un poco más.

Aquello no tenía sentido para mí, pero me encogí de hombros y lo dejé con su dolor. Fisher me acarició la barbilla, me agarró el rostro entre el pulgar, a un lado, y el índice y el corazón al otro.

—Pero qué hermosa eres, joder —susurró—. Has estado en los dibujos de mi madre durante casi toda mi vida, pero para mí jamás habías sido real. No me lo creía… —Tenía los ojos desorbitados, repletos de asombro—. No tenía ni idea de lo que serías para mí. No tenía ni idea de lo que estaría dispuesto a hacer para mantenerte a salvo. Cuando cierro los putos ojos, eres lo único que veo, Saeris Fane. Aunque muera y quede enterrado cinco mil años en el hielo, aunque la escarcha se cebe con mis huesos, ningún otro hombre llegará a amar a otra mujer como te amo yo a ti.

Se me encogió el corazón en el pecho. Oírle hablar así… de mí…, que me amase así… me sanaba. No se lo habría permitido a nadie más. La intensidad de las emociones que experimentaba cuando estaba con él me habría aterrado con cualquier otro. Me habría impulsado a huir.

Pero con él era distinto.

Fisher era monumental. Fuerte. Poderoso. Más grande que el vuelco que yo sentía en el pecho cuando le oía decir esas dos palabras.

«Te amo».

Fisher podía manejar todas las gilipolleces y complicaciones que implicaba amarme. Me conocía. Me veía. Era capaz de sujetarnos a los dos si aquel sentimiento se volvía demasiado grande. Devolverle ese mismo amor era seguro porque jamás me dejaría caer, no importaba lo que sucediese.

—Por favor… —De pronto, de la nada, tuve la horrenda certeza de que no sabíamos cuánto tiempo nos quedaba juntos allí. Fisher podría desaparecer en cualquier momento. O podría desaparecer yo. Quizá había perdido la cabeza y me estaba imaginando todo aquello, quizá no era real…, pero, aun así, no quería que acabase sin sentirlo dentro de mí—. Te necesito…

Apoyé las manos sobre su pecho, con los dedos bien abiertos, como si pudiera tocar su interior, agarrar su mismísima alma. De haber podido, jamás la habría soltado. Fisher apartó la mano de mi mandíbula y descendió hasta cerrarla sobre mi garganta. No me apretó, su roce sugería que algo podía pasar, que pasaría, si yo quería.

—Por los pecadores y los mártires, pequeña Osha —gruñó—. Si supieras las cosas que pienso…

Yo quería saberlas. Quería oír todas las guarrerías que imaginaba al pensar en mí. Le habría pedido que me las dijese, pero mi compañero esbozó una sonrisa pecaminosa y descendió para adueñarse de mi boca antes de que yo pudiera hablar.

«Ponte a cuatro patas para mí, Saeris. Quiero que gatees…», dijo arrastrando las palabras en mi cabeza. Me introdujo la lengua entre los labios, entre los dientes, y conquistó mi boca. Yo le pasé los brazos por el cuello y le devolví el beso entre gemidos. «Quiero ponerme detrás de ti y verte de rodillas. Quiero ver cómo te corre el flujo por el interior de los muslos y que me enseñes el coño, listo que meta la polla dentro».

Me aparté para tomar algo de aire. Contemplé sus facciones y grité por dentro al ver el ansia viva en su rostro.

—No puede ser que digas todas esas cosas y no estés ya dentro de mí.

—¿Estás lista para recibirme?

Su expresión era seria al cien por cien, pero en su tono de voz había cierto soniquete juguetón.

—Sí.

—¿Te mueres de ganas de mí, Osha?

—¡Sí!

Él sonrió, y todo su rostro se iluminó. Era como si el sol asomase entre las nubes.

—Buena chica. No te preocupes, no tendrás que esperar mucho más.

El calor le llenó los ojos, y aquella diminuta franja de mercurio que circundaba su ojo empezó a dar vueltas, frenética. Me rasgó el frontal de la camisa y dejó al aire mi pecho derecho, y luego el izquierdo. Agarró uno con la mano buena, me apretó las carnes, me pellizcó el pezón. Se llevó el otro pezón a la boca y chupó, lamió, mordió. Yo me vi arrojada contra las mismas puertas de la locura. Eché la cabeza hacia atrás y choqué contra la pared. Me dio igual. Me retumbaba la sangre en los oídos. Me rugía.

«Te necesito».

«Te deseo».

«Te necesito».

«Te deseo».

Las mareas de nuestro deseo colisionaron y nos consumieron a ambos. Fisher se apresuró a sentarme y a ponerse de rodillas. Me quitó las botas, y luego los calcetines y los pantalones. En cuanto me los hubo bajado por las caderas, enterró el rostro entre mis muslos. Soltó un gemido al llevar la nariz y la boca hasta mis pliegues íntimos de carne. Me mordisqueó suavemente y aspiró mi olor por la fina capa de mis bragas.

—Por la gracia de los dioses —jadeó—. Mátame. Siéntate sobre mi cara y fóllame la lengua hasta que me muera, joder. Ya no lo soporto más.

—¡Fisher!

Le pasé los dedos por el pelo y le apreté la cabeza contra mí. Fui vagamente consciente de que acabó de bajarme los pantalones del todo y que me los quitó de entre los pies, pero me dio igual. Lo que me importaba era la humedad que chupaba entre sus labios. Sus latidos se aceleraron, tan resonantes que los oí.

—¡Joder, Saeris, qué bien sabes! No me canso de ti.

Sus manos encontraron mis gemelos, la parte de atrás de mis rodillas, de mis muslos. Para cuando llegaron a mis caderas, yo ya estaba hiperventilando. No había muchos hombres que pudieran levantarme en peso en esa postura, pero Fisher me alzó y se pasó mis piernas por encima de los hombros sin pensárselo dos veces.

Por los… dioses.

Le rodeé la cabeza con las piernas y Fisher se abalanzó sobre mi coño tras destrozarme las bragas a dentelladas. El calor de su lengua cayó sobre mis humedades y yo solté un grito tan alto que hasta mis ancestros muertos hacía mucho supieron el nombre de mi compañero.

—¡Fisher! ¡Joder! Dioses…, quiero que te metas dentro de mí. Por favor. ¡Por favor!

—Respira, amor. Estoy aquí.

Sin embargo, cuando fue a meterme los dedos, dejó escapar otro agudo siseo de dolor. Y me harté.

—Muérdeme —le ordené—. Cúrate, por el amor de los dioses. ¡Hazlo!

Fisher emitió un gruñido insatisfecho y me acarició el clítoris con la punta de la lengua, una única vez. Qué cruel, maldita sea.

—Está bien, vale. Beberé de ti, Saeris. Pero no será por ninguna misericordia de los dioses. Será porque quiero que te corras con mi lengua y con mis dedos. Será porque quiero hacerte gritar.

Una punzada de dolor partió del interior de mi muslo directa hacia mi cerebro, tan aguda que no pude ni respirar…, para convertirse luego en placer. Fisher no bebió de mí de inmediato. Me rodeó la pierna con el brazo y me sujetó. Unos vívidos ojos verdes se cruzaron con los míos. Me contemplé el cuerpo, desde la elevación de mis pechos, y lo vi mirándome. Fisher esbozó una media sonrisa, aquella sonrisa que iba a ser mi ruina, y, con la otra mano, la que no estaba herida, empezó a trazar lentos círculos con el pulgar alrededor de mi clítoris.

El placer casi era demasiado, pero lo que me iba a matar era la expectación. Sus colmillos estaban bien clavados en mi piel, y me inoculaban en la sangre un veneno que me daba vértigo.

—Bebe —dije.

Sin embargo, el brillo travieso en los ojos de Fisher no hizo sino intensificarse.

—Fisher…

Apenas pude evitar que se me pusieran los ojos en blanco. Me corría la sangre por todo el cuerpo, llevando su veneno a cada órgano, a cada terminación nerviosa. Fisher me saturó hasta que sentí que me alejaba de él, que flotaba hacia el techo.

—Fi… Fisher…

«¿Estás lista?».

Su voz era una suave caricia de terciopelo tras mi mente.

No pude ni hablar. Apenas pude negar con la cabeza. Fisher soltó una risa malévola, pegado a mi muslo… y, entonces, bebió.

Una vez más, fue instantáneo.

El orgasmo me recorrió, una reverberante oleada de placer que me sacudió hasta los huesos, aunque no fue tan potente como la última vez que había bebido de mí. Fue manejable. Fue…

—Oh…

Solo estaba empezando.

—Oh. Uuuuuuuuffffffff…

Me quedé sin aire. Apreté tan fuerte los dientes que sentí que se me iban a romper. Perdí todo el control de mi cuerpo… y entonces, exploté.

Fisher bebió, sin dejar de describir aquellos círculos con el pulgar sobre mi clítoris. Se le escapaba el aliento mientras se alimentaba de mí. Y me corrí de verdad.

No emití ningún sonido.

No pude.

Mis músculos se contrajeron y se me quedó la vista en blanco. Ciega, experimenté el clímax más intenso que jamás había alcanzado. Seguía corriéndome, estremeciéndome incontrolablemente, cuando Fisher se apartó de mi muslo y sacó los colmillos. Me levantó y me llevó hasta la chimenea.

Yo no podía ni tenerme en pie. Me zumbaban los oídos. Él me abrazó con fuerza, me apretujó contra su pecho y me depositó sobre… algo blando. Algo que no estaba ahí hacía un momento. No me importaba una mierda qué era. Lo único que quería era que Fisher se quedase junto a mí. Que no se apartase ni un segundo.

—Tranquila, amor. No me voy a ninguna parte. Estoy aquí.

No me había dado cuenta de que formulaba todos aquellos pensamientos en la mente. Ni siquiera había sabido que las palabras tomaban forma. Mi desesperación por estar cerca de él era una necesidad animal. Me sentí exhausta mientras lo veía quitarse los pantalones. Era una estampa magnífica, delineado tan perfectamente que bien podría haber estado tallado en mármol. La tinta le corría por los pectorales, por los brazos musculosos…, pero no llegaba hasta las marcas del vínculo divino en sus antebrazos, las que le rodeaban las muñecas y el dorso de las manos. Un reflejo de

mis propias marcas de vínculo divino. Esas runas y palabras no se movían, estaban siempre fijas. Inmutables. Innegables.

Tenía la polla tiesa, tan dura que el glande casi le rozaba el ombligo. Alargué la mano hacia él, pero Fisher ya venía a por mí. Se colocó entre mis piernas y su boca buscó la mía.

—Ver cómo te corres es un puto regalo. —Me sujetó las muñecas con las manos y me las inmovilizó con celeridad sobre la cabeza—. Podría pasarme la eternidad viendo cómo te deshaces.

Su veneno aún me recorría, ardiente como un incendio forestal. Yo estaba indefensa ante él. El éxtasis me cegaba.

—Déjame morderte —susurré.

—No, Nissarhin —dijo con voz áspera, y negó con la cabeza.

—No voy a beber de ti. Solo quiero… quiero que sientas…

—Ya siento todo lo que necesito sentir. —Una sonrisa juguetona asomó a sus facciones. Echó las caderas hacia delante para que yo supiera que estaba ahí, con el glande justo en mi abertura—. Créeme, esto es perfecto.

—Por favor…

Pero él negó con más firmeza esta vez.

—No tengo la menor idea de si esto es real. Pero si lo es, no sabemos dónde estamos, Osha. No comprendo nada de esto, pero quiero asegurarme de tener la cabeza despejada por si necesitamos reaccionar con rapidez. No pienso permitir que te suceda nada aquí dentro.

Si cualquier tipo hubiese dicho algo parecido en Zilvaren, se habría llevado un buen rodillazo en las pelotas. La idea de que un hombre me considerase incapaz de cuidar de mí misma en cualquier aspecto me habría cabreado de lo lindo. Con Fisher, sin embargo, no era tan sencillo.

—Es de muy mala educación hacerme sentir tan bien y… negarme la oportunidad de… devolverte el favor.

Uf, demasiadas palabras. Fisher apoyó su peso en un codo y alzó la mano herida para que yo pudiese verla.

—Me siento bien. Mucho mejor que antes. —Flexionó los dedos para demostrarme que podía volver a moverlos. Las magulladuras de los nudillos habían desaparecido. Tenía la mano completamente curada—. Y esto… —Entreabrió los labios y cerró los ojos, al tiempo que… despacio… despacio… despacio… se introducía en mi interior—. Esta puta sensación es increíble. No necesito que me muerdas para disfrutarla.

Las ascuas de placer que habían ardido en mi vientre volvieron a avivarse con un rugido y una llamarada. Estaba colmada de él. Fisher se estremeció, dentro de mí, y se mordió el labio inferior. El momento en que sus ojos se descentraron y sus párpados se cerraron me dio la vida. Había existido durante vidas enteras antes de nacer yo. Había ganado batallas y había derrotado a fuerzas enemigas que superaban en número a las suyas, siempre con todo en contra. Había visto el ascenso y la caída de monarcas, había negociado con monstruos por su vida, había luchado contra incontables demonios… y jamás había dado un paso atrás. Pero solo había sido allí, en el silencio y la oscuridad, a mi lado, cuando se había rendido.

Liberó el labio inferior, donde había aparecido una gota de su sangre. Un pequeño reguero rojo le corrió por la barbilla.

—Estás sangrando —susurré.

Él inclinó la cabeza, soltó una risita y asintió.

—A veces hace falta un poco de dolor para controlar el placer, Saeris Fane. —Se pasó la lengua por el labio inferior y lo manchó de rojo—. Sobre todo cuando tu compañera es increíble, joder.

Y entonces cayó sobre mí. Balanceó las caderas y me ensartó, se enterró entero en mí. Las llamas que danzaban en las velas temblaron, aumentaron de tamaño. El mismo aire zumbó de poder. Fisher se echó hacia atrás y volvió a embestirme.

—Bésame, por favor. Sujétame y fóllame.

Un gruñido peligroso sonó en su garganta. No dijo nada, ni habló en mi mente. Me obedeció y me folló. Esta vez yo me aferré a él, le clavé las uñas en la espalda, y él llegó al clímax conmigo. Las

paredes de la cabaña temblaron al corrernos los dos. Durante un segundo eterno, la realidad y la irrealidad se apagaron, y los dos flotamos en un mar hecho de nada.

Nos abrazamos largo rato, escuchando cómo chasqueaba la madera en la chimenea a medida que el fuego se iba apagando. Al otro lado de la ventana, el mundo estaba oscuro y callado.

—No hay nadie ahí fuera —dijo Fisher al cabo.

Su voz se volvía muy grave cuando estaba cansado, un bajo tenor que resonaba en mis huesos. Tenía los ojos cerrados, lo cual me dio margen para estudiar sus facciones de cerca. Sus pestañas eran largas y negras, como pinceladas de tinta sobre la piel pálida. No había rastro de aquel fruncimiento que solía estropearle el ceño. Siempre era muy intenso cuando estábamos con otra gente. Siempre tenso. Listo para luchar. Su experiencia le demostraba que tenía que estar listo…, pero ahora, allí, estaba en calma, relajado.

Recorrí el contorno del tatuaje de la cabeza de lobo con la punta de los dedos y absorbí toda su forma. Joder, qué hermoso era. Le planté un beso en el pecho, justo encima del pezón. Fisher emitió un ronroneo satisfecho.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté—. Que estamos solos, digo.

Él cambió de postura y se puso bocarriba. Me arrastró consigo para que me recostase sobre su pecho. Me rodeó con los brazos y apoyó la barbilla en mi coronilla.

—No sé. Es una habilidad que desarrollamos la mayoría de los guerreros a lo largo de los años. Una sensibilidad. Si lo excluyes todo en tu mente y expandes los sentidos, puedes percibir si hay otras criaturas cerca. Es como escuchar con mucha atención. Como esforzarse por ver algo en la lejanía. Estoy seguro de que tú también puedes hacerlo.

No sabría decir si había experimentado aquella sensación alguna vez, pero sonaba bastante sencillo.

Fisher me acarició el costado con aire absorto, respirando pegado a mis cabellos. El corazón le latía despacio, un ritmo lento y tranquilizador bajo mi oído. Nunca había estado tan relajada en toda

mi vida. Lo supe con certeza. Incluso estando en Ballard, el mundo exterior había irrumpido en nuestro pequeño apartamento sobre la plaza. El olor del café tostado, los dulces mantecosos tan divinos…, pero todo esto también evidenciaba que ahí fuera había más gente, en la panadería de abajo, tostando el café, horneando el pan. De momento, yo no podía escrutar el valle igual que Fisher, pero supe que tenía razón. Allí, en ese lugar, el mundo era nuestro. No quería que aquel momento acabase.

—Resulta extraño que podamos sentirnos cansados aquí, si en realidad estamos durmiendo —dijo Fisher en tono amodorrado—. Dormirse dentro de un sueño lleva a comulgar con los dioses.

—¿De veras?

Él soltó una leve risa y su aliento me agitó el cabello.

—Yvelia está llena de extrañezas. Quién sabe. Quizá fue así en su día. Ahora… no quiero averiguarlo. Ya me he encontrado demasiadas veces con esos cabrones. No quiero pasar ni un segundo más con ellos, la verdad. —Inspiró hondo y su caja torácica me elevó al expandirse—. ¿Tienes hambre, pequeña Osha?

Rodó hacia un lado y me depositó sobre el revoltijo de mantas. Yo solté un gemido de protesta.

—Bueno, sí, supongo.

Aquella noche, no había bebido de él, pero él sí que había bebido mucho de mí. La pérdida de sangre me daba hambre desde que desperté en Ammontraíeth, pero…

—En realidad preferiría quedarme aquí, acurrucada contigo —murmuré.

—Venga, Osha. —Me depositó varios besos livianos en la mejilla—. ¿Qué tipo de compañero sería si no me ocupase de todos tus apetitos?

—Sientes cómo me ruge el estómago, ¿verdad? —gemí.

—Ajá. —Con delicadeza, me apartó el cabello despeinado de la cara y me puso un mechón tras la oreja—. Además, necesito que me cuentes qué está pasando en Ammontraíeth —me recordó—. Me lo puedes contar mientras atacamos un buen cuenco de estofado.



—O sea, que mientras yo abría un agujero a puñetazos en la torre del campanario del Tercero, tú estabas abriendo un agujero en el lateral de la biblioteca de la Corte de Sangre.

Kingfisher asintió y sonrió, como si le agradase aquella simetría de nuestros días. Yo le había hablado de mi encuentro con Taladaius en El Paraíso del Loco. Fisher no había comentado nada sobre el hecho de que Taladaius quisiese renunciar públicamente a mí ante toda la corte, pero noté que estaba un tanto sorprendido y confundido al mismo tiempo. Me costó algo más descifrar su reacción ante la noticia de que por fin habíamos encontrado a Foley.

Fisher removió el cuenco de estofado con la cuchara, estudiándolo con mucha atención. Estaba sentado en el suelo, cruzado de piernas, frente a la chimenea recién reabastecida. Onyx se acurrucaba en el espacio triangular entre sus piernas. Fisher no había intentado detener al zorro cuando este saltó a su regazo. Lo pillé dándole un poco de su estofado.

Fisher alzó la vista hacia mí, con el ceño fruncido y expresión curiosa.

—¿Qué aspecto tenía Foley? ¿Se encuentra bien?

—No sé qué aspecto tenía antes, la verdad. Está pálido, pero claro, es un vampiro. Lleva el pelo corto. Tiene colmillos bañados en oro.

Al oír aquello, Fisher contrajo un poco los ojos. Pasó una mano por la cabeza de Onyx y le rascó absorto detrás de las orejas.

—Es la marca de un vampiro repudiado —explicó—. La corte les arranca los colmillos si no juran lealtad a la corona. Es un juicio oscuro que condena a una muerte lenta y lamentable. Sin colmillos, un altasangre no se puede alimentar. El hambre los vuelve locos. Luego se marchitan hasta no ser más que una carcasa. Malcolm me dijo que él mismo se encargó de arrancarle los colmillos a Foley. Le gustaba ir a buscarme al laberinto y contarme que lo mantenía con

vida para torturarlo. Yo no lo creía, pero… —Suspiró—. La mayoría de los vampiros repudiados acaban en las tierras yermas, atrapados entre Ammontraíeth y el Zurcido. Si un altasangre se encuentra con un vampiro sin colmillos, se recomienda que lo mate al instante.

Que te arrancasen así los dientes debía de suponer un dolor agónico. Y no poder alimentarse…, eso sí que sería una muerte lenta. Sin embargo, Foley llevaba siglos en Ammontraíeth. No era posible que siguiera muriéndose de hambre. Tenía buen aspecto, suficientemente saludable. Lo cual me llevaba a otra pregunta:

—Si lo han repudiado y Malcolm le extrajo los colmillos, ¿cómo puede seguir con vida?

Fisher dejó el estofado aparte, ya sin apetito.

—Supongo que Tal lo ha alimentado. No permitiría que lo desterrasen a las tierras yermas.

—¿Y Malcolm permitió que Tal lo salvase?

—Más bien permitió que se lo quedase como mascota. Foley le faltó al respeto a la corona al negarse a arrodillarse ante su soberano, pero Taladaius fue siempre el proyecto principal de Malcolm. Probablemente le permitió que se quedase con Foley para jugar con él. O para usarlo como moneda de cambio para tener obediencia por parte de Tal. Hay un millón de maneras por las que podría haber usado la presencia de Foley en Ammontraíeth en su beneficio.

Malcolm había obligado a Tal a cometer todo tipo de actos inenarrables. Lo había mantenido siempre cerca, su cruel ojo siempre sobre él, pero, durante más de mil años, el vampiro no se había roto. Había encontrado maneras sutiles de rebelarse contra su maestro. Había sido una fuerza del bien siempre que había podido. Había salvado tanto la vida de Foley como la mía. Y sin embargo…

—¿Por qué odia tanto Ren a Taladaius? —pregunté—. Cada vez que alguien menciona su nombre, Ren se levanta y sale de la habitación.

Yo lo había visto más de una vez. Fisher suspiró.

—Es complicado, pero la versión más corta sería esta: Everlayne estuvo enamorada en su día de Taladaius. Estaban prometidos. Y la noche antes de la boda, Tal huyó del Palacio de Invierno, contraviniendo los deseos de su padre y la orden del rey, para hincar la rodilla a los pies del trono de Sanasroth.

—¿Voluntariamente? —Kingfisher asintió—. Pero ¿por qué? Si odiaba todo lo que representaba Malcolm, ¿por qué iba a hacer algo así?

—¿Por qué actúan los hombres de manera impulsiva, Saeris? Lo hizo porque amaba a otra persona. Estaba enamorado de Zovena.

21



DAIANTHUS

KINGFISHER

Hubo una vez un pirata llamado Jackin Pröst. Parecía un árbol mecido por el viento. Sus manos eran nervudas, de venas protuberantes que ascendían por sus brazos, en los que resaltaban como raíces gruesas en busca de un terreno fértil. En cierta ocasión le di un puñetazo, cuando lo pillé haciendo trampas en una partida de cartas. Fue antes de Gillethrye, claro. Antes de mucho de lo que sucedió luego. En una época en la que yo aún sabía lo que era la risa, en la que todos mis amigos estaban vivos. Pero eso da igual. Lo importante es que le di un puñetazo y me hice añicos la mano. Mis huesos rotos tardaron una semana en curarse. E incluso entonces seguí sintiendo un dolor amortiguado en los tendones durante casi un mes más, por culpa del duro cráneo de este cabrón tramposo.

Cuando desperté de mi sueño, me preparé para el familiar restallido de dolor que iba a sentir en la mano derecha. Pero no hubo dolor alguno.

Estaba… lloviendo.

El rumor suave que se oía fuera parecía lluvia, pero… no. Yo me encontraba en Zilvaren. Aquel sonido no podía ser lluvia. La arena

repiqueteaba contra la ventana y susurraba al deslizarse por el tejado de pizarra.

Oí la arena y recordé poco a poco lo que había pasado en mis sueños.

El valle en el confín de Cahlish.

La cabaña de cazadores.

Acababa de estar allí con Saeris.

Le había quitado la ropa y me la había follado viva. Y ella me había dado su sangre para curarme. Me subí el pantalón y descubrí en mi pierna el tatuaje de la daga que Saeris me había dado. Y mi mano… La sostuve ante el rostro y la giré de un lado a otro. La luz que se derramaba por la ventana bañó mi piel de oro mientras yo buscaba alguna señal de daño.

«Imposible…».

—¡No! ¡Me! ¡Jodas!

Carrion no parecía impresionado. Abrí los dedos y, al mirar entre ellos, lo vi en la puerta, sin camisa, pasándose un paño por un reguero de marcas que le salpicaban el pecho y los costados.

—Tienes pinta de tener viruela —le dije.

—¿Qué tipo de viruela?

—El tipo de viruela que entra por meter la polla donde no debes. —Él puso una expresión horrorizada—. No te preocupes, desaparecerán dentro de un par de días. Mientras tanto, no te las rasques.

—¡Ni siquiera me picaban hasta que has dicho eso! ¿Por qué demonios no tienes tú las mismas marcas? Y ya que estamos, ¿cómo demonios se te ha curado la mano? Tenías los nudillos del tamaño de nueces de Gollish cuando llegamos aquí hace un rato.

Yo no sabía qué tamaño tenía una nuez de Gollish, pero mis nudillos habían estado grotescamente hinchados antes de quedarme dormido. Bajo mi piel había crecido un ramillete de moratones negros y púrpuras, pero ahora habían desaparecido. Mi mano estaba curada.

Hum. ¿Cómo podía yo explicar aquello, si en realidad no tenía ni idea de qué había pasado?

—Creo que Saeris me ha curado. En sueños.

Carrion enarcó una ceja y cambió de postura sin apartarse del dintel, como si así fuese a verme mejor.

—Hueles a sexo, ¿verdad? —preguntó a las claras.

Puse los ojos en blanco al tiempo que me levantaba de la silla.

—Y con eso se acabó oficialmente esta conversación.

Carrion tiró el paño que sostenía sobre la mesa a su lado.

—¡Qué injusticia! Sueñas con tu novia, te curas, echas un polvo y te levantas como nuevo. Y mientras tanto, yo sueño que me han convertido en una cabra y me levanto con la boca seca como el corcho, ¡cubierto de sospechosas marcas de viruela!

—No es mi novia, Carrion.

Él me dedicó una mirada penetrante y poco impresionada.

—El estado de tu relación con Saeris Fane es lo menos importante de todo lo que he dicho, Kingfisher.

Moví la cabeza de lado a lado, intentando no sonreír.

—¿Seguro? Permíteme que no esté de acuerdo.

Él salió en tromba de la habitación, murmurando en voz baja. Luego regresó con un montón de ropa doblada en las manos.

—Aunque estemos sujetos a un encantamiento, hoy tendremos que movernos por la superficie, y tú estás cubierto de sangre. Toma, ponte esta ropa.

Contemplé el montón de prendas que Carrion me tendía con bastante suspicacia. Eran de color gris blancuzco. Holgadas, al parecer. Yo no recordaba la última vez que me había puesto nada que no fuese de color negro, o quizá verde oscuro.

—Podría eliminar la sangre con magia —dije en tono dubitativo—. O conjurar ropa nueva.

Swift me dedicó una mirada que sugería que yo era un idiota.

—Quizá tengamos que enfrentarnos a un puñado de guardias hoy, pero estás dispuesto a gastar tu magia por ir a la moda. Increíble. —Se dio unos golpecitos en la barbilla con el dedo índice,

un gesto bastante molesto—. No sabía que eras tan vanidoso. Y pensar que ayer mismo te negaste a broncearte un poco la piel.

Se me contrajo un poco el labio superior, pero decidí no enseñarle los dientes. Era exasperante…, pero tenía razón. Acepté a regañadientes la ropa.

—Está bien.

—Te puedes cambiar en la habitación de ahí. No me hace falta verte medio desnudo después de tu escapada de anoche, muchísimas gracias. Sabrá dios qué marcas de mordis… —Carrion vio mi cara. Dejó de hablar. Esbozó una media sonrisa, como si supiese lo cerca que estaba de perder la vida—. Da igual —dijo—. Ve a cambiarte, te espero aquí.

Pasé a su lado y entré en lo que resultó ser su dormitorio. El espacio era bastante pequeño, pero resultaba cómodo. Pegada a la pared junto a la ventana había una cama lo suficientemente grande como para que cupieran tres humanos. Un vestidor astillado descansaba en la pared adyacente, con algunas baratijas pulcramente alineadas en su superficie. En la pared de enfrente colgaba un espejo pequeño, rodeado de hojas de papel pegadas a la mampostería. Me cambié rápido. Para mi agrado, comprobé que la sangre de Saeris también me había curado la herida de la pierna y las demás picaduras que tenía en el cuerpo. Dediqué todo un segundo a sentirlo por Carrion, consciente de lo incómodo que debía de estar, pero luego recordé lo molesto que era y mi misericordia se esfumó.

Iba de camino a la puerta, con la armadura de cuero doblada entre las manos, cuando una de las hojas de papel de la pared me llamó la atención. Era un dibujo de un estilo parecido a los que hacía mi madre cuando yo era niño. En aquella hoja amarillenta había dibujada una mujer que miraba a lo lejos, con ojos intensos y brillantes. Tenía pómulos marcados y labios carnosos, así como un rostro en forma de corazón que me avivó una hilera de recuerdos en la mente.

Amelia Daianthus.

La antigua reina de los fae de Yvelia.

Belikon la había encontrado en las casas de baños de los niveles inferiores del Palacio de Invierno. El rey llevaba en las manos la espada divina de Rurik, Bitterbane. La hoja goteaba sangre. La reina le echó un vistazo a la espada, a la sangre, y comprendió que su marido había muerto.

Yo la vi huir por el palacio, con la ropa aleteando en torno a ella al correr. La vi entregarle a mi madre a su único hijo. Le pidió con un susurro que se lo llevase, que lo escondiese, que lo mantuviese a salvo. Mi madre me lo contó más tarde, después de fugarse del palacio la noche que escapó al sur, a Cahlish.

Carrion había dibujado a su madre con una precisión sorprendente. La imagen de su padre, pegada a la pared junto a la de Amelia, era menos exacta. En el dibujo se apreciaba solo la mitad del rostro de Rurik Daianthus; solo había esbozado uno de sus ojos. Sin embargo, la antigua amabilidad del rey estaba presente, una calidez familiar que irradiaba de aquel ojo.

Había otras personas dibujadas en las hojas de papel. Miembros de los fae a los que no reconocí. Mujeres que vestían armadura de renegadas, con arcos a la espalda. Hombres de expresiones fieras, con melenas recogidas en trenzas y poderosas espadas alzadas sobre la cabeza. Niños fae, duendes de fuego, dragones…, todo tipo de criaturas dibujadas con gran detalle por todas partes.

Sobre la ventana cubrían las paredes varios paisajes, escenas de montañas cubiertas de nieve, ríos caudalosos y naves en alta mar que navegaban por una costa tropical que recordaba poderosamente al Escudo, la cadena de islas que protegía las playas de Lìssia. Todo estaba ahí. Trozos de Yvelia atrapados en papel como insectos en ámbar. Había muchos dibujos amontonados unos sobre otros. Carrion debía de haber tardado mucho tiempo en crear todo aquello. Años. Había más ilustraciones de su madre, aunque esas otras eran menos fieles; los ojos estaban demasiado separados, quizá. O la punta de la nariz demasiado elevada. No era…

—Sé lo que estás pensando.

Solté el aliento que había contenido, sin dejar de contemplar la pared. No miré a Carrion, aunque sentí su presencia en el dintel a mi espalda.

—¿Y qué estoy pensando? —pregunté.

—Crees que soy patético. Crees que he sido un idiota al sentarme aquí cada noche y copiar todo esto de un libro, como si fuese algún tipo de imbécil nostálgico. No pasa nada, puedes decirlo. Estos días tengo la piel muy dura. No me molesta. Ya no.

Despacio, negué con la cabeza. Paseé la vista por las imágenes y mis ojos aterrizaron en una ilustración sorprendentemente ajustada del Palacio de Invierno, con sus enormes torres elevándose hacia el claro cielo nocturno. No pude evitarlo: alargué la mano y la descolgué de la pared.

—No es eso lo que estaba pensando —dije en tono quedo.

Me giré hacia Carrion y capté un tono defensivo en su mirada. Siempre era tan despreocupado, le afectaba tan poco el caos que lo rodeaba… ¿Habría habido una época en la que lo habría captado de otro modo? ¿En que habría detectado su vulnerabilidad? ¿Con el pie cambiado? Si la había habido, yo no lo recordaba.

—Pues venga —dijo en tono frío, y señaló la pared—. Dime lo que ves cuando miras todo esto.

Me lo pensé un largo instante, concentrado, mientras contemplaba su dibujo del Palacio de Invierno. En lo alto de las torretas había dibujado estandartes desplegados que se agitaban al viento. No eran estandartes de la familia De Barra, sino de los Daianthus.

—Veo a un hombre que busca un lugar y un pueblo que no ha llegado a conocer —me limité a decir—. Nada más.

Pasé a su lado y le tendí el dibujo, tras lo cual salí del cuarto.

—Deberías llevártelo, Carrion —le dije—. Cuando volvamos a casa.

22



MIRAESTRELLA

SAERIS

Pues allí estaban: dos marcas de colmillos en mi muslo izquierdo.

La cabaña había sido real.

No recordaba el momento en que el sueño había acabado. Recordaba haberme comido el estofado, haber hablado algo más con Fisher y haberme acurrucado en las mantas junto al fuego con Onyx. A partir de ahí, todo se emborronaba. Fisher había dicho que iba a salir fuera a por más leña para el fuego. Había abierto la puerta de la cabaña, había salido y…

Ah.

Ahí había sucedido. Había cruzado la puerta de la cabaña y todo se había fundido a negro. Me había despertado en el suelo, tirada sobre un montón de almohadas, liada en una manta que no estaba ahí cuando me fui a dormir. Me dolía el cuerpo de una manera deliciosa, gracias a mis aventuras nocturnas, y me había encontrado las dos punciones en la cara interior del muslo, medio curadas pero decididamente presentes. Aún era temprano, o quizá última hora de la tarde, según se mirase. Las persianas estaban bajadas para bloquear la luz menguante del atardecer. Recorrí a toda prisa los

pasillos de Ammontraíeth, forcejando con mis ropas para ponérmelas bien.

Me aproximé al pie de las escaleras que subían a la biblioteca y oí que mi nombre reverberaba por el pasillo tras de mí.

—¡Saeris Fane! En el nombre de los cinco infiernos, ¿adónde crees que vas?

La camisa de Lorreth estaba empapada de sudor a la altura del pecho. Su cabello oscuro, recogido por una vez en una coleta, rebotaba tras él al correr.

—Creo que te olvidas de algo —dijo al llegar a mi lado.

—Disculpa, pero creo que hoy hay que posponer mi entrenamiento, ¿no te parece? Esta magia relativamente peligrosa es la prioridad. A menos que creas que no le va a importar a nadie que vuele por los aires todo Ammontraíeth.

—A mí personalmente no me importaría. —Lorreth me puso las manos en los hombros y me obligó a darme la vuelta para luego empujarme en la dirección por la que había venido, la contraria a la de la biblioteca—. El resto de la corte está durmiendo, Saeris. No hay nadie despierto, incluyendo a Foley. No podrá ayudarte durante al menos otro par de horas, lo cual significa…

Inspiró hondo por la nariz y dio de inmediato un paso atrás.

Había estado esperando a que se diera cuenta. Ya tenía lista una explicación.

—Anoche pasó algo raro. Me fui a dormir, tal y como Foley me dijo que hiciera, y Fisher estaba en mi sueño.

—Bueno. —Pareció dudar—. Todos hemos tenido ese tipo de sueños, Saeris, pero… —Carraspeó, incómodo—. Me parece que no he oído jamás que alguien se despierte empapado en el aroma de su compañero tras uno de esos.

—No fue un sueño. A ver, sí que fue un sueño, pero también fue más que un sueño.

—¿Y cómo lo sabes? Aparte de por el modo en que…, eh…, —me señaló con un gesto vago— hueles.

—Hay más… pruebas físicas —dije, mirando al frente.

Dioses, qué conversación tan incómoda.

—Está bien, está bien, tendré que aceptar tu palabra. Creo que ya tengo suficiente información. —Ladeó la cabeza—. ¿Seguro que era él?

—¿Cómo que si seguro que era él? Sí, era él. Creo que sé reconocer a mi compañero, Lorreth.

Una sonrisa astuta asomó a sus labios.

—¿Te han dado ganas te pegarme? —preguntó.

—Pues la verdad es que sí. ¿Sabes qué? Vamos a entrenar.



La sala de entrenamiento estaba fría. Todo Ammontraíeth estaba fría, en realidad. Si los miembros de una corte eran inmunes a la temperatura y cualquier fuego podría hacerlos estallar en llamas, no era de extrañar que la mayoría de las estancias careciera de chimenea. Eso ya había supuesto un problema en mis propias cámaras personales, donde había tenido que mandar construir una chimenea (porque, a fin de cuentas, yo era la reina), pero aquella enorme caja de obsidiana sin ventanas a la que Lorreth me había llevado a entrenar estaba helada. No había nada en las paredes ni en el suelo. Una suave luz blanca se derramaba de un hueco que rodeaba el perímetro del techo, pero aparte de eso, no había antorchas ni luceterna en los apliques. La estancia no tenía rasgos distintivos, y el aire estaba extrañamente inmóvil, como si llevase años estancado.

Lorreth me arrojó una vara que, al aterrizar en mi mano, emitió un sonido muerto, antinatural, que se cortó en cuanto rodeé el arma con los dedos. Contemplé aquel trozo de madera brevemente.

—¿Hoy sin espada?

Lorreth asintió.

—Un cayado tiene ciertos usos. Puede que algún día te encuentres sin espada; por ejemplo, en una taberna —dijo,

meneando las cejas—. Puede que estés con un amigo gilipollas que tenga un mal día y que quiera empezar una pelea con dos sanguijuelas imbéciles por nada. En toda taberna encontrarás una escoba, Saeris. O una fregona. Algo con un mango largo. Está muy bien saber utilizar los objetos que hay cerca de ti, no sea que tengas que acudir en ayuda del gruñón de tu amigo.

El contexto de aquel comentario estaba clarísimo: se sentía un tanto idiota por lo que había hecho en El Paraíso del Loco, y aquel era su modo de decirme que no se sentía bien con ello. Pero bueno, ¿quién era yo para juzgarlo? Yo misma había montado más de una escena en Casa Kala cada vez que tenía un mal día, lo cual era la mayor parte de los días en el Tercero. Giré la vara sobre el dorso de la mano y le enseñé a Lorreth una media sonrisa.

—En mi casa nunca había suficiente metal para forjar armas. En el desierto, la madera es un bien escaso…, pero se puede encontrar fácilmente, si se sabe a quién pedírsela.

Me moví rápida, con pies ligeros, y pillé al guerrero por sorpresa. Sin embargo, él seguía teniendo cientos de años de experiencia más que yo. No me sorprendió que girase su propia vara alrededor de la cabeza, se la pasase por encima del hombro y bloquease mi ataque antes de que le impactase.

—Esta mañana estás más rápida —señaló, con un brillo en sus ojos oscuros—. Genial. Si esto es lo que te hace una buena noche de sueño, diría que estarás en buena forma para usar la vara.

—No te preocupes, no estaré en buena forma. Estaré en una forma excelente.

La hora siguiente pasó como un rayo. Mis reacciones eran asombrosamente rápidas. Sabía dónde iba a golpear Lorreth segundos antes de que lo hiciera. No solo le acertaban mis golpes, sino que le daban con fuerza. Me sentí más fuerte que nunca. En la sala de entrenamiento resonaban los chasquidos huecos de nuestros pies sobre la obsidiana y nuestros gruñidos amortiguados de esfuerzo. Para cuando Lorreth anunció que habíamos acabado por

aquel día, yo no era la única que sudaba y estaba dolorida por los golpes que había recibido. Lorreth también estaba hecho polvo.

Me señaló con el extremo de la vara, las cejas alzadas, mientras nos dirigíamos a la salida.

—Si puedes hacer lo mismo que acabas de hacer pero enarbolando a Solace, tus enemigos no tienen ni idea de lo que les espera. Mañana volvemos a las espadas.

—Hablando de espadas —dije, limpiándome el sudor de la frente—, ¿hasta qué punto está unido Fisher a Solace?

Lorreth se detuvo en seco.

—Bueno, yo diría que bastante. Fue el arma de su padre. Pero… —Se encogió de hombros—. Pero ahora Solace es tuya, Saeris. Puedes hacer lo que te venga en gana con ella. A Fisher no le importará.

Estaba segura de que así era. Solo quería que me lo confirmase. Me había esforzado mucho con la espada y ya sabía enarbolarla lo bastante bien como para decapitar a un devorador, pero es que era muy grande. Había sido forjada para un fae guerrero de sangre pura, y aunque yo ya no era humana, tampoco había aumentado de tamaño. Mis brazos tenían la misma longitud de siempre, y cargar con una espada que medía dos tercios de mi cuerpo a veces era complicado.

—En ese caso, me voy a pensar qué hacer. Hoy tengo que fabricar reliquias. Cuando termine con lo de Foley, iré a la forja. Allí tendré una conversación con mi espada.



Un revoloteo de miraestrellas de papel me salió al paso cuando entré en la biblioteca. Sus alas susurraron mientras revoloteaban sobre mi cabeza, de aquí para allá, inspeccionando a la recién llegada a su santuario. Uno de ellos flotó frente a mi cara y me recorrió entera

con un movimiento de izquierda a derecha de la diminuta cabeza, a la espera de ver si yo era una amenaza.

—Buenas noches —le dije al pájaro de papel—. ¿Eres amistoso?

Alargué la mano con el dedo extendido para ver si se posaba en él, pero entonces una voz carente de emoción resonó en las alturas y asustó al animalillo:

—Yo en tu lugar no lo haría.

Foley se encontraba en lo alto de una pequeña escalinata junto a la ventana; una ventana que el día anterior no estaba allí. Era circular, del mismo diámetro, qué coincidencia, que el agujero que yo había abierto en la pared. Quien había ido a arreglar el desaguisado que armé había hecho un gran trabajo, y a toda prisa.

—Puede que los miraestrellas parezcan inofensivos, pero interactuar con ellos puede ser peligroso. —Foley descendió lentamente los escalones, con la pálida mano apoyada levemente en la barandilla. Yo no había prestado mucha atención el día anterior a su atuendo. Hoy llevaba una camisa sencilla y ajustada de color negro, así como pantalones del mismo color y botas también negras por encima de los tobillos. No portaba armas, que yo viese, pero eso no implicaba que no tuviese una hoja escondida en alguna parte—. Les gusta arrancarles mechones de pelo a las personas para usarlos en sus nidos —explicó tras llegar al escalón de abajo—. Pero un mechón de pelo se puede usar para propósitos malignos. En malas manos, un mechón de pelo puede ser la ruina de un hombre… o de una mujer.

—¿Se usan para pactos? —pregunté.

Foley negó con la cabeza.

—Para brujería. Una bruja insidiosa llegaría a hacer todo tipo de maldades para obtener un mechón de tu pelo. Quién sabe lo que podría conseguir con él. Estos pájaros —dijo Foley, señalando a la bandada de miraestrellas en las alturas— son puros. Confiados. No tienen ni idea de conceptos como el bien y el mal. Si una bruja descarriada los obligase a arrancarte un mechón de pelo, no podrían negarse.

Los pájaros de papel viraban en las alturas, volando de un extremo a otro de la biblioteca. Eran gráciles. Hermosos. Silenciosos, aparte del callado susurro de sus alas.

Sin dejar de mirarlos, dije.

—Lorreth viene de camino. Ha ido a cambiarse.

—¿Viene otra vez? ¿Por qué?

—Porque se supone que Lorreth es tu amigo —respondí con aspereza—. Quiere asegurarse de que no volvemos a pelearnos y acabo matándote. Además, quiero que esté aquí para asegurarme de que no mientes sobre lo que has encontrado en esos libros.

Había muchos libros. Muchos. Contemplarlos todos resultaba alentador. Si Foley no hubiera encontrado nada para ayudarme con aquel aprieto, desde luego no se habría molestado en reunir tantos. Yo les eché una red por encima a mis emociones, las atrapé y las sujeté con fuerza. El vampiro había sido en su día miembro de los Lupo Proelia. También había sido amigo de Fisher. No había forma de negar nada de eso, pero yo no tenía motivos para confiar en él. Mucho había cambiado durante los años en que Foley había estado aislado en aquella torre. Era un miembro repudiado de la Corte de Sangre, aunque había permanecido allí, leyendo libros durante un centenar de años, sin más compañía que aquella Lord de Medianoche a la que odiaba, una Lord de Medianoche que lo ignoraba, así como un gato iracundo hecho de sombras. ¿Quién sabía qué tipo de persona era ahora Foley, tras tanto tiempo y tormento?

—No tienes ninguna posibilidad de matarme, majestad. Y Lorreth no va a saber si miento. No es mi creador. Ni siquiera Tal puede leer mi mente como antes. —Yo había usado el mismo tono cuando me mangoneaban los guardianes en Zilvaren. Mi desdén había sido un instrumento tosco, carente de finura. El de Foley, en cambio, era una hoja sutil. Cortante—. Renegó de mí y rescindió su poder. Estoy seguro de que a estas alturas te habrá propuesto lo mismo a ti.

Yo acaricié con los dedos los lomos de la primera pila de libros.

—Así es —confirmé.

—Hum. —Foley digirió aquel dato—. Así que Tal tampoco te quiere a ti. Debe de verte igual que el resto de nosotros. Débil. Vulnerable. Ingenua…

—¿Intentas herir mis sentimientos, Foley? —Me pasé la lengua por los dientes de arriba y ralenticé el ritmo de mi corazón; dejarlo retumbar no serviría de nada—. Yo en tu lugar no malgastaría el tiempo.

—Pero tú no estás en mi lugar —espetó él de repente, perdiendo el control apenas un segundo, una fracción de segundo, pero que bastó para que yo viera lo que había bajo la superficie en realidad: tenía miedo—. ¿Crees que has pasado penurias por haber tenido que robar agua y defenderte de abusones durante un cuarto de siglo? Intenta luchar por tu derecho a existir durante ochocientos años. Este lugar es peor que el infierno, porque no importa lo mal que vaya todo aquí, siempre hay una luz al final del túnel. Siempre existe la esperanza de poder escapar…

—¿Y por qué no has escapado? —Foley cerró con fuerza las fauces—. Si tan mal estás aquí, ¿por qué no te has marchado? ¿Por qué no volviste con tus amigos, a tu casa? Has estado aquí bañándote en tu puta autocompasión durante casi un milenio, quejándote de lo terrible que es todo, pero podrías haberte marchado en cualquier momento.

—¿Cómo podría haberlo hecho? —susurró él—. ¿Cómo podría haber regresado con ellos si me había convertido en uno de los monstruos a los que juraron matar? Jamás me habrían aceptado.

—¡Lorreth dijo que te escribían cartas! Querían que te marchases de Sanasroth. ¡Fisher te ordenó que volvieras a casa!

No estaba bien gritarle, pero, dioses, qué cansino era. Quizá Tal se sentía mal por haberle dado aquella nueva vida. Le había permitido merodear por allí, sintiendo pena por sí mismo, pero yo no tenía ninguna tolerancia hacia el derrotismo. Zilvaren tardaba muy poco en acabar con la autocompasión. De lo contrario, una podía darse por muerta.

Foley se giró hacia la pálida luceterna de color verde que aleteaba en la enorme chimenea junto a las escaleras. Vi que apretaba la mandíbula y tensaba las fosas nasales.

—Estás mal informada. No llegó ninguna carta. Me abandonaron aquí a mi suerte. Y no puedo culparlos por ello.

—Valiente necio. ¿De verdad eres tan estúpido?

Yo empezaba a percibir mejor la presencia de Lorreth. Con el paso del tiempo mi percepción se iba agudizando, floreciendo en el fondo de mi mente. Antes, al anochecer, no había notado cuando se había acercado a mí, pero ahora sí que había captado que subía las escaleras hasta la biblioteca. Foley también lo había sentido. Pero no le daba la real gana de mirarlo.

—No hace falta que finjas, bardo. Sé cómo son las cosas —dijo.

Lorreth atravesó la estancia y dejó a Avisiéth sobre la mesa de lectura con un sonoro repiqueteo. El vampiro se encogió y retrajo los labios para revelar aquellos dientes bañados en oro. Ahora volvía a controlar bien su miedo. Lo que no se le daba tan bien esconder era la incomodidad. La hoja de Avisiéth contenía mucha plata, pero no solo se trataba de eso: también era una espada divina. La magia de los dioses la recorría…, una magia creada para destruir a criaturas como Foley, así como a los demás miembros de la Corte de Sangre.

Habida cuenta del efecto que la hoja tenía en su amigo, parecía un gesto horrible por parte de Lorreth haber tirado ahí la espada sin el menor cuidado, pero cuando vi el reflejo duro en sus ojos, supe que aquel acto tenía muchas implicaciones.

—No estoy fingiendo, y sabes que no puedo mentir. Mírame, Foley —dijo.

A regañadientes, el vampiro lo miró.

—Te escribimos. Muchas cartas. Yo te escribí. Ren te escribió. Sé de buena tinta que Fisher te envió muchas misivas durante los primeros cinco años tras aquella noche en Ajun. Después redujo el ritmo a una carta por año. Hasta Danya te escribió. Sus cartas estaban compuestas casi por completo de maldiciones y palabrotas, te llamaba de todo por ignorarnos a los demás durante tanto tiempo,

pero sé que también te pedía que volvieras a casa. Todos te lo pedimos. Y todos te dijimos lo mismo: puede que sea difícil, pero encontraremos la manera de que funcione. Encontraremos la manera de que tengas un lugar en Cahlish con tu familia.

Mientras Lorreth hablaba, Foley apretaba la mandíbula con aire desafiante.

—Tantas cartas —musitó—, y no llegó ninguna.

—Por el amor de los dioses —espeté—. A ver, ninguno de los dos puede mentir. Los dos estáis diciendo la verdad. Hay muchas maneras de que la versión de ambos sea cierta. Puede que interceptasen las cartas y que las robasen, para empezar. De hecho, es lo más factible, teniendo en cuenta que los vampiros de esta corte son unos metomentodos rencorosos de la cabeza a los pies. A ver, ¿podemos, por favor, hacer las…?

—¿Saeris?

—¿… paces y seguir adelante con todo? Porque…

—Saeris —dijo Lorreth con más firmeza, alzando la voz sobre la mía—. Tus manos.

Volvían a brillar.

Joder.

Ese día me había puesto otro par de guantes. Seguía sin querer que mis runas fuesen la comidilla en los pasillos de Ammontraíeth. Bastante malo era pillar a mis amigos echándome algún que otro vistazo a las manos. Y además, los guantes me hacían sentir poderosa. Capaz. Eran parte del disfraz que me había puesto cuando crucé esas escaleras en el salón de la coronación y me declaré reina de su corte. Y ahora los guantes se estaban derritiendo.

—Por el amor de los putos dioses —dije con voz entrecortada.

Mis colmillos se alargaron de pura frustración. Me quité los guantes. El dolor no era tan grave, pero iba empeorando. Los dorsos de mis manos se ennegrecieron a medida que las runas palpitaban de poder. Ascuas de fuego ardían justo bajo la superficie de mi piel.

—¿Te duele? —preguntó Foley con curiosidad.

Le clavé la mirada.

—¿Tú qué crees?

Él resopló y se asomó a estudiar el humo que brotaba formando un remolino de mi piel quemada. Los tendones de la mano parecían estar iluminados desde dentro.

—Sí, tiene pinta de que duele —concedió. Cogió una pluma negra de un tintero del centro de la mesa de lectura y utilizó la punta para señalar las líneas de una forma rúnica en concreto—. Esta parece especialmente inflamada —observó—. Y esta… —Le lanzó una mirada cautelosa a Avisiéth. Se había acercado a la espada de Lorreth para llegar hasta mí—. ¿Veis esta de aquí? Esta que parece una flecha que divide en dos un círculo. Es uno de los símbolos alquímicos más importantes.

Sí, vi la runa de la que estaba hablando. La forma ya me había abrasado la piel, y supuraba plasma; el líquido claro me corría por la mano y goteaba de mi muñeca.

—¿Y qué significa? —pregunté.

Los ojos de Foley volaron hacia los míos.

—Supongo que no te costará adivinarlo —dijo—. Esa runa es tan predominante en tu piel porque has estado usando su magia bastante tiempo.

—¿Es la runa del mercurio?

Foley asintió.

—El mercurio es sintiente. Atrae el poder hacia la runa. Tiene sentido que sea la runa que más te duele. En los registros que he encontrado, la runa del mercurio siempre aparece como la más hambrienta. La primera en despertar.

Oh, yo sabía lo avaricioso que era el mercurio. Siempre quería algo. Siempre con exigencias. Tenía experiencia de primera mano con ello.

La curiosidad del vampiro aumentó. Ladeó la cabeza e inspeccionó el dorso de mi mano.

—Notable, en serio. Jamás había visto un escudo alquiméreo tan intrincado.

—¿Un escudo alquiméreo?

—Sí. Esto de aquí —dijo en tono impaciente, y me dio un golpecito en la mano—. Esto es tu escudo. Todos los alquimistas tienen escudo.

—No hace falta que me hables como si fuera estúpida. Hace mucho, muchísimo tiempo que no hay magia en Zilvaren. ¿Cómo quieres que sepa nada de esto?

A juzgar por su expresión, Foley no pensaba aceptar mi educación ni mi pasado como excusa para mi ignorancia.

—No se puede erradicar la magia de una ciudad. Una vez que la magia arraiga en una comunidad, jamás se marcha. Encuentra un modo de sobrevivir, de una manera o de otra. Lo que pasa es que no te has molestado en mirar bien. Dentro de ti, por ejemplo.

—La verdad es que tenía otros asuntos de los que ocuparme. Como, por ejemplo, que mi hermano no se muriese de disentería.

Foley ignoró el comentario, negándose a darle peso.

—Tu poder no apareció de la noche a la mañana. Lleva contigo desde que naciste. Debes de haberlo estado usando torpemente durante muchos años sin intentar controlarlo nunca. Últimamente sí que has utilizado tu afinidad con el mercurio. Por eso estás ahora donde estás.

—Está bien, Foley, déjala en paz. Cuando vivía en Zilvaren no tenía ni idea de con qué estaba tratando. Que la juzgues ahora no va a servir de nada, ¿a que no?

Foley se crujió los nudillos y rodeó la mesa hacia la pila más grande de libros que había reunido. Lorreth agarró despreocupadamente a Avisiéth y se la volvió a acercar al vampiro. Foley vio lo que hacía y le lanzó a Lorreth una mirada de reproche. Luego cogió un libro y lo hojeó un instante. Sus ojos oscuros repasaron las páginas hasta encontrar lo que estaba buscando. Me tendió el libro abierto. Las páginas envejecidas estaban marcadas con pequeños símbolos escritos a mano.

—¿Sabes leer esto? —preguntó.

Mis ojos sobrevolaron la página y recorrieron aquellos garabatos manuscritos que la cubrían de la cabecera al pie.

... Tria Prima heterodoxa, cuya base siempre es la misma: Sal. Mercurio. Azufre. Los usos de los tres son numerosos y amplios. Combinados, pueden...

Alcé la vista de la página.

—Sí que puedo.

—Bien. Pasa de página. Lee el ejercicio que hay en la parte de arriba, a la izquierda.

Obedecí y leí en voz alta:

—«Un niño fae puede tener miedo al principio. Abrirse al flujo de energía del mercurio puede provocar una sensación abrumadora. El niño fae debe aprender a encarnar la energía del mercurio, a alinearse con este en cuerpo y alma, antes de intentar transmutar cualquier sustancia de metal a sólido. Cada día ha de animarse al niño fae a que altere el mercurio repetidamente, pasando de un estado natural a otro, hasta que le salga con tanta facilidad que pueda establecer una relación con el mercurio en sí. Una vez que el niño fae haya dominado esta habilidad, estará listo para sintonizarse con la magia del mercurio y para sellar su primera runa alquímica».

Miré a Lorreth, con un alivio creciente en mi interior.

—Ya lo has oído, ¿no? Por fin estoy lista para sellar la runa del mercurio.

Foley interrumpió antes de que Lorreth pudiera ni hablar:

—No estás lista en absoluto, Saeris.

—Pero si ya puedo transmutar el mercurio de un estado a otro. Según esto, estoy lista para sellar la runa.

—Ah, ¿sí? ¿Te resulta igual de sencillo que girar un pomo para cruzar una puerta? ¿O tienes que echar la puerta abajo de una patada y te caes de culo cada vez que lo intentas?

Despacio, a ritmo lento pero constante, yo empezaba a odiar a aquel vampiro.

—No veo diferencia alguna; al fin y al cabo, consigo mi objetivo, ¿no?

—Si tienes que obligar a tu magia a que obedezca tu voluntad, es que no la dominas aún. Has aprendido a violarla. Se puede desarrollar una relación de compañerismo con la magia, un toma y daca, un entendimiento, o bien se la puede forzar a someterse. ¿Cuál de las dos opciones te parece más beneficiosa? Vamos, dime, ya que eres una experta en la materia: ¿qué sucede cuando se oprime a alguien lo suficiente? ¿Puede ser que el oprimido acabe rebelándose, eh?

Que los dioses y los mártires lo maldijesen hasta el último círculo del infierno. Tenía razón.

—Quiero tratar justamente al mercurio. Quiero aliarme con él correctamente, créeme. Lo único que pasa es que estoy preocupada por no tener tiempo que dedicar a ejercicios de niños… ¡o a sencillos dibujitos sin sentido!

—¿Sencillos dibujitos sin sentido? —La expresión de Foley indicaba que mi comentario le había dejado un mal sabor de boca—. A ver, enséñame esos dibujitos sencillos y sin sentido a los que te refieres.

Bajé la vista al libro y resoplé.

—Pues este por ejemplo. ¿Qué te parece? Un círculo. ¿Cómo va a ser importante un círculo?

Foley contempló el simple aro de tinta negra que formaba el círculo en la página que le tendí y luego me dedicó una mirada sequísima. Habló despacio, como si tratase con alguien demasiado idiota para comprender hasta los conceptos más básicos.

—Eso no es solo un círculo. Es el cimiento de todos los símbolos y runas poderosos. La magia más poderosa es circular, como una rueda. Es el símbolo de la eternidad, el inicio y el final de todo. Lleva la magia en un bucle, la amplifica, le da fuerza. Es el símbolo más importante que existe.

Ah.

Mierda.

Las mejillas me empezaron a arder, acaloradas.

—Y además, esos ejercicios no son para niños humanos, sino para niños fae. Los niños fae son mucho más listos que los humanos jóvenes. Pero es una cuestión académica. Las capacidades que enseña este libro están diseñadas para que un individuo empiece su camino para convertirse en un alquimista competente, independientemente de su edad. Forman unos cimientos sobre los que descansan todas las demás habilidades y capacidades. ¿Acaso construirías una casa sobre arenas movedizas, Saeris Fane? ¿Lo harías voluntariamente, sabiendo que acabaría por desplomarse encima de ti?

Si hubiese usado cualquier otra analogía, la que fuera, no me habría costado ignorarlo. Pero esa era la que había usado. Y su analogía me removió una herida abierta y profunda por dentro, una herida que aún me despertaba entre sudores a veces.

¿Lo sabría? ¿Sabría lo que le pasó a mi padre? No, no era posible. Cerré el libro y me lo metí bajo el brazo.

—Está bien. Me lo llevo a la forja. Practicaré durante una hora a diario si crees que va a servir de algo…

—Creo que lo que de verdad servirá es que practiques durante dos horas —dijo Foley—. Así no serás una amenaza tan grande para toda la corte, ¿te parece?

Le di la espalda y clavé la mirada en el guerrero que, había supuesto yo, tenía que protegerme.

—No se te da nada bien lo de ser guardaespaldas, ¿lo sabías?

Lorreth se encogió de hombros con aire de disculpas.

—Lo siento, Saeris, pero tiene razón.

Que Foley tuviese razón o no daba igual en aquella situación. Apreté la mandíbula y me dirigí echando humo a las escaleras que descendían hasta Ammontraíeth. Casi había llegado a los escalones cuando noté una viva punzada de dolor en la nuca. Solté un siseo y me pasé la mano justo por debajo del nacimiento del cabello. Cuando aparté los dedos, comprobé que estaban manchados de rojo.

Algo me había mordido.

No, algo me había hecho un tajo.

Oí un susurro de papel y comprendí quién era responsable de la herida. Un pájaro miraestrella aleteaba a algo menos de un metro de distancia de mí. Mi primera reacción instintiva fue comprobar que no tuviese un mechón de mi pelo en el pico, pero no había nada. Foley me había metido sus ideas en la cabeza, y vaya si me cabreaba que así fuera. De todos modos, el pájaro de papel me había atacado, ¿no?

La criatura era pequeña; su cuerpo tendría el mismo tamaño que mi dedo pulgar. Aleteaba tan rápido que sus alas eran un borrón. Voló hacia mí y volvió a detenerse. No tenía ojos ni ningún rasgo distintivo en las facciones. Era una criatura hecha de papel blanco animado por la magia, pero a mí me pareció que intentaba llamar mi atención. Di un paso atrás, hacia las escaleras, y el miraestrella volvió a seguirme. Ascendió hasta colocarse al nivel de mis ojos.

—¿Qué pasa? —pregunté—. ¿Quieres algo?

Al otro lado de la biblioteca, Lorreth y Foley estaban enzarzados en una intensa conversación. Ninguno de los dos se había fijado en que yo seguía allí, en lo alto de las escaleras. El pájaro avanzó y me dio un leve picotazo en la camisa, no muy fuerte. Apenas tenía fuerza para tirar de la fina tela.

—Me has cortado —le dije—. Es de mala educación.

El pájaro se elevó por encima de mi cabeza y ejecutó un giro en el aire para luego volver a descender hasta la altura de mi cara. ¿Se suponía que era una disculpa? Ni idea. Tampoco tenía yo tiempo para quedarme a averiguarlo.

—Hablemos la próxima vez —le dije—. Volveré a verte mañana.

Si no iba pronto a la forja, perdería la mitad de la noche sin haber hecho las reliquias que le había prometido a Fisher. Retrocedí y salí de la biblioteca. Bajé el primer escalón…

Y el miraestrella voló directo hacia mí. Me arañó la mejilla con el ala y noté una punzada de dolor.

—¡Ay! Pero ¿qué cojones…?

La inercia del pájaro lo impulsó hacia delante. Salió por la puerta de la biblioteca… y cayó al suelo, muerto. Aterrizó en el cuarto escalón, una mancha blanca que resaltaba sobre la piedra negra. Lo recogí y lo giré entre las manos, maravillada ante la transformación que acababa de suceder. En cuanto el pájaro había salido de la biblioteca, se había visto desprovisto de magia. Lo acuné en las manos; de pronto me sentía fatal. El animal quería algo de mí, con tanta intensidad que había abandonado su refugio para conseguirlo, y le había costado la pequeña chispa que lo animaba.

Rápidamente volví a entrar en la biblioteca. Extendí la mano y aguanté la respiración, a la espera de que las pequeñas alas de papel de la criatura volviesen a cobrar vida sobre mi palma.

Pero el miraestrella no se movió.

Había muerto definitivamente.

Con una punzada de tristeza, me lo metí en el bolsillo y me fui.

23



ERROR TUYO

KINGFISHER

Era más alto que ella. Tenía el pelo rubio y rizado, cosa que no era poco común en Zilvaren, según parecía. Mientras seguíamos al chico por las calles del Segundo Distrito, estudié la inclinación de sus hombros, sus andares. Llevaba las manos en los bolsillos, como si no tuviera ni idea de que debería sacarlas, libres, listas para enarbolar un cuchillo; como si no fuera capaz. No reconocí ni un resquicio de su hermana en él.

Si me hubiese cruzado con Hayden Fane en los pasillos del Palacio de Invierno, jamás habría adivinado que era pariente de mi amor verdadero. Al menos a nivel superficial. Pero claro, compartían la misma sangre.

La última vez que yo había ido a petición de Saeris, no había conseguido percibirlo. Había olvidado lo débil que es el aroma del parentesco entre humanos, o quizá ni siquiera lo sabía. Había conocido a muy pocos humanos cuando era joven, y había pocas probabilidades de que estos hubiesen sido parientes. Entre tantos millones de personas, no era de extrañar que no hubiese encontrado a Hayden. Pero ahora, a seis metros por detrás de él, lo olía a la perfección. El olor lo seguía como un lazo al avanzar por entre la

muchedumbre: olía un poco a luz del sol, un poco a mi hogar. Pero era diferente. El chico, que llevaba una pañoleta roja que le protegía la cara, era el hermano de Saeris. Estábamos a punto de llevárnoslo a Yvelia.

—Puede que no le agrade verme —murmuró Carrion, cubierto con su propia pañoleta.

Yo intenté no echarme a reír.

—¿En serio? Menuda sorpresa.

—El sarcasmo es una forma de humor, ¿lo sabías? La forma más baja y rudimentaria de humor, es verdad, pero sigue siendo humor. Si sigues así, voy a pensar que te estoy contagiando mi alegría.

—No uses el verbo «contagiar» conmigo nunca, por favor. Sobre todo si quien contagia eres tú —repuse. Sin embargo, no lo dije con acritud. Al igual que la fina arena que azotaba constantemente las murallas de la ciudad, Carrion Swift empezaba a erosionarme.

—Ni hablar —dijo el contrabandista arrastrando las palabras—. No eres mi… —Alzó el cuello para mirar por encima de las cabezas en la multitud—. Ay, mierda. Lo hemos perdido, no lo veo.

Lo agarré del brazo y le di un empujón hacia la izquierda para salir de la masa de cuerpos que se dirigía a recoger su ración diaria de agua.

—Lo habrás perdido tú —dije—. Yo no pierdo a nadie. Ha pasado por aquí ahora mismo, justo cuando tú estabas a punto de mentir diciendo que no soy tu tipo.

Hice un gesto hacia el callejón lateral junto a nosotros, con los sentidos alerta. No se veía al hermano de Saeris, pero había pasado por allí. A izquierda y derecha había edificios medio derruidos, ropas desvaídas que colgaban de tendederos en los alféizares. El aire estaba demasiado quieto para moverlas, hacía demasiado bochorno.

—De mentira, nada. Me gustan más guapos y guapas que tú.

Carrion entró en el callejón, pero yo lo agarré del cuello de la camisa y tiré de él hacia atrás con una sacudida. La hoja apareció volando una fracción de segundo después. No le habría acertado al

contrabandista en ningún punto vital, pero le habría dado y habría dolido.

La daga se clavó en la pálida piedra junto al pecho de Carrion. El mango tembló de la fuerza del golpe, hundido en el muro.

—¡Por los dioses y los putos mártires! —Carrion se volvió hacia el humano desastrado que surgió del hueco entre edificios a nuestra derecha.

Tenía los ojos marrones, no azules. Saeris tenía la barbilla delicada, casi afilada, mientras que la de Hayden lucía un hoyuelo. Sin embargo, sí que noté cierto parecido en los ojos. La estructura general de su cara se parecía mucho a la de ella. Y el modo en que ladeó la cabeza y me miró con ojos entrecerrados se me antojó sospechosamente familiar.

—Disculpa, Swift. Lo vi antes a él y reaccioné.

Parecía joven, pero su voz tenía cierta gravedad en el tono. No apartaba sus ojos de los míos; tenía todo el cuerpo orientado hacia mí.

—¿Cómo que «disculpa»? Casi me cortas los pezones. —Carrion se zafó de mi mano, apoyada en su hombro. Gruñó en voz baja y se acercó al humano—. ¿Ahora vas por ahí lanzándoles cuchillos a los desconocidos? —Señaló el arma—. ¿De dónde has sacado eso?

—Saeris dejó escondidos muchos cuchillos por toda la ciudad. Decía que nunca se sabía cuándo haría falta armarse…, y por lo visto tenía razón. ¿Qué haces con este traidor?

Su atención voló un momento hacia Carrion, pero no tardó en volver a mí. En mi vida, mucha gente me había mirado igual que Hayden Fane en ese momento: con desagrado, enojo, furia. Pero tenían un buen motivo para hacerlo. Habían oído las historias crueles que Belikon había contado sobre mí. Pero Hayden Fane había vivido toda su vida en Zilvaren. No tenía derecho a estar tan ofendido por mi presencia.

—Uno suele esperar a conocer a alguien antes de juzgarlo, chico —gruñí.

—Ah, pero si ya te conozco —escupió Hayden—. Eres Kingfisher de Puerta Ajun, sea lo que sea ese sitio. ¿Ves? ¡Lo veo en tu cara! Tengo razón, ¿a que sí? —ladró Hayden. A sus ojos asomaba la histeria. Tenía las mejillas sonrojadas, del mismo color que la pañoleta que llevaba al cuello.

Carrion dio un respingo.

—¿Cómo sabes quién es?

Hayden soltó un resoplido burlón.

—¿Dónde demonios has estado, Carrion? La última vez que te vi prometiste volver al día siguiente con suministros y noticias de Saeris, pero desapareciste durante interminables semanas. Yo no puedo desplazarme por la ciudad como tú. La situación aquí está descontrolada. Los guardianes lo han confinado todo hasta el punto de que no se puede ni respirar sin que te den un mazazo en la cabeza por consumir más aire del que toca. Todo el mundo ha oído lo de la explosión de anoche en el Tercero. La mitad de la puta torre del campanario ha volado por los aires. Los guardianes llevan toda la mañana repartiendo estos panfletos.

Echó mano al bolsillo y yo me tensé, listo para cualquier tontería que pudiera hacer, pero se limitó a sacar varios trozos de papel del bolsillo, nada de metal. Le tendió las hojas arrugadas a Carrion, quien las desplegó y empezó a leer. Sus ojos recorrieron el texto impreso, y una sombra de incredulidad se expandió por su cara.

—Valiente rata asquerosa —murmuró.

—¿Quién de todos? —pregunté, porque llevábamos un tiempo tratando con bastantes ratas asquerosas.

Carrion me enseñó los papeles para que viese lo que había impreso en el primero: un tosco esbozo de mi cara, con los ojos demasiado pequeños, la nariz demasiado afilada, los labios retraídos y los dientes goteando sangre. En realidad era una maniobra muy astuta: la caricatura era evidentemente yo, pero el artista había exagerado mis facciones. Tenía un aspecto siniestro, bestial, pero lo bastante familiar como para que cualquiera me reconociera por la calle.

Bajo el dibujo de mi cara había escritas las palabras: «EL CARNICERO DE ZILVAREN».

Tendrían que estrujarse un poco más la cabeza para inventarse otro nombre de villano para mí. Yo podía organizar carnicerías en muchos otros sitios aparte de Zilvaren.

—Madra le está diciendo a la gente que usaste tu magia para allanar su palacio. Dice que asesinaste a un puñado de personas a las que estaba a punto de indultar y liberar de sus celdas. Dice que eres un fanático político del sur.

—Déjame ver eso.

Le quité los papeles a Carrion. Sí, era justo como decía. Los panfletos de Madra contenían las más fantásticas mentiras, a cuál más increíble. Sin embargo, en una ciudad llena de gente muerta de hambre siempre había quien estaba dispuesto a buscar un culpable para su sufrimiento. Quién mejor que Madra para acusar a un hombre que le había prometido salir de entre las sombras y asesinarla mientras dormía. Tenía todo el sentido.

—Este cabrón mató a Saeris —rugió Hayden—. La iban a indultar y él le rajó la garganta, Carrion.

—Yo no le he hecho daño a tu hermana.

—Han arrastrado su cuerpo por todo el Tercero. ¡Le han enseñado a todo el mundo lo que hiciste!

Swift negó con la cabeza frente a aquel lunático.

—Por los pecadores, te está diciendo la verdad. En serio. No le ha tocado un pelo de la cabeza, Hayden. Saeris está bien, te lo prometo.

—¿Y de quién era ese cadáver, eh? Había ni… —A Hayden se le rompió la voz—. Niños. Los habían hecho pedazos. Sus rostros estaban… estaban…

No supe si estaba horrorizado o furioso. Hayden tampoco, al parecer. Sus ojos volaron al cuchillo que le había arrojado a Carrion. Claramente, quería volver a tener el arma en las manos para intentar rajarme la garganta otra vez. Intentó esquivarnos y se abalanzó hacia ella, o al menos hacia la salida del callejón. Yo le salí

al paso y negué despacio con la cabeza. No le puse un dedo encima, me limité a mirarlo, pero el chico se vino abajo como una flor recién cortada.

—Saeris está bien —repitió Carrion—. Al menos estaba bien cuando la dejamos —se corrigió—. El cadáver que viste por la ciudad no es el de tu hermana.

—Bueno, de hecho no llegué a verlo con mis propios ojos. —Hayden sorbió por la nariz—. Pero he visto dibujos. Dibujos como ese. —Bajó la vista hacia los papeles que yo sostenía.

Di un paso atrás y escruté su rostro, no muy seguro de si echarme a reír o a llorar.

—Un momento. O sea, que tu reina, la misma que os priva de agua, la que os mata de hambre, la que lleva generaciones asesinando a gente en tu distrito, hace unos dibujitos y dice que tu hermana ha muerto… ¿y tú te lo crees? Por los putos dioses, menudo puto panorama. —Me aparté del chico; era demasiado estúpido como para tratar con él directamente—. Encárgate tú, Carrion. A mí se me ha acabado la paciencia.

Me quedé a la entrada del callejón y esperé a que el contrabandista acabase de discutir con el humano. Empezó fuerte:

—Saeris ya no está en Zilvaren, Hayden. Abrió por accidente un portal fae. Fisher lo atravesó y entró por él.

Pero metió la pata enseguida:

—Se la llevó a su reino y la engañó para que sellase un pacto con él. Luego volvió aquí y me raptó porque me confundió contigo…

—Me cago en mi puta vida, Carrion. —Lo aparté de un empujón y agarré al chico de la camisa. El agrio aroma de su miedo me inundó las narices—. ¿Quieres ver a tu hermana? —gruñí.

—¡S-s-sí! —tartamudeó.

—Pues vámonos, joder.

—¡Espera! ¡Espera, no podemos irnos! —Clavó los tacones de las botas en la arena y casi perdió el equilibrio cuando tironeé de él.

Me faltaba poco para dejar a aquel gilipollas sin sentido y cargármelo al hombro.

—¿Por qué no?

Los ojos de Hayden volaron hacia Carrion: desorbitados, temerosos, tristes. Hundió los hombros y de pronto se le quitaron las ganas de pelear.

—Antes hay que volver a pasar por el Tercero —susurró—. Tienes… tienes que despedirte, Carrion. Lo siento, pero…

Carrion apretó la mandíbula. Retrocedió un paso, con los puños tan apretados que los nudillos se le pusieron blancos.

—¿Qué pasa? —pregunté.

Hayden no tuvo valor para responder, al parecer. Pero, de alguna manera, Carrion ya lo sabía.

—Gracia —dijo con voz suave—. Gracia ha muerto.



Una solitaria procesión de dolientes avanzaba en fila de a uno por las dunas. Las pañoletas aleteaban bajo el viento, hacia el oeste, como banderas a media asta. La arena me soplaba en las mejillas y hacía que se me saltaran las lágrimas. Yo avanzaba con dificultad por la cuesta ascendente justo detrás de Hayden. Carrion abría la marcha con los andares resignados del condenado a la horca. No dijo nada. Nadie dijo nada.

Los habitantes del Tercero estaban sometidos a cuarentena. Se les prohibía salir de su distrito bajo cualquier circunstancia… excepto una. A los residentes más pobres de la Ciudad de Plata se les permitía salir de su distrito para enterrar a sus muertos.

No era ningún acto de misericordia. En el Tercero no había cementerios, ni mausoleos ni criptas. Algo había que hacer con los cadáveres de los marginados y oprimidos, y Madra se aseguraba de que los amigos y la familia de los recién fallecidos se encargasen puntualmente de sus restos. De lo contrario habría consecuencias.

Habíamos salido por la puerta sur. No había guardianes vigilando. No hacía falta. Madra sabía bien que aquellos que emprendían el

peregrinaje por las dunas abrasadoras no tardarían en volver.

La puerta que daba al desierto bien podría haber sido una puerta al infierno. No había ningún lugar al que ir. Ningún alivio entre aquellas dunas infinitas y embrujadas. Solo había muerte. La gente que salía por allí para despedirse de sus muertos siempre acababa por volver. ¿Qué otra alternativa les quedaba?

Yo estaba empapado de sudor y empecé a sentir los primeros síntomas de deshidratación para cuando llegamos al emplazamiento de las piras. Resultaba impresionante, porque normalmente cualquier miembro de los fae tardaba una o dos semanas en necesitar agua.

Treinta y tantos hombres y mujeres formaban un círculo silencioso en torno a una pira de madera llameante. La figura amortajada que yacía sobre esta ya estaba envuelta en llamas. Una columna de fuego se alzaba hacia el pálido cielo. El aire temblaba del calor.

En una ciudad de piedra y arena, no había mucho que pudiese arder. Todo el mundo había llevado algo para la despedida de Gracia Swift. Un chal, una manta, puñados de paja. La mujer del bar de la noche anterior, la que le había gritado a Carrion por montar una escena, lanzó trozos de una silla rota al fuego mientras lloraba quedamente. Al ver a Carrion, negó con la cabeza, y las lágrimas trazaron regueros húmedos por sus mejillas cubiertas de polvo.

—Lo siento, Carrion. De haberlo sabido, te lo habría dicho.

Carrion ni la miró. Tenía la vista puesta en el fuego. La mujer le puso una mano en el hombro, lo apretó y se marchó por las dunas, de nuevo hacia la ciudad.

Nos quedamos allí, contemplando cómo ardía la pira. Al cabo, Carrion dio un paso al frente y arrojó un libro al fuego. Yo había visto que lo guardaba en su mochila antes de salir del apartamento. Me había fijado en el título: *Criaturas fae de las montañas gilarianas.* Aquel libro había sido su único vínculo con su pueblo. Con su legado. Con todo su reino. La familia de Gracia había salvaguardado aquel libro, y a Carrion, toda su vida.

El antiguo tomo prendió fuego como si de fajinas se tratase.

—Debería haber estado aquí —susurró—. Debería haber estado sentado a su lado. —Frunció el ceño, con la confusión pintada en las facciones—. Ni siquiera… ni siquiera sé por qué lo hacemos. Setenta y dos horas. Todo ese tiempo tenemos que estar junto a ellos al morir. Junto a nuestros seres queridos.

Yo me rasqué la barbilla y solté un suspiro.

—Lo hacéis por el mismo motivo por el que lo hacemos nosotros. Hay que sentarse junto a los seres queridos para asegurarse de que no se alzan de la tumba. Después de tres días da comienzo la posibilidad de convertirse en devorador, pero quien no está contagiado no se alza. Para nosotros es una medida de seguridad. Debe de haberse convertido en tradición aquí.

Hayden no había dicho apenas nada hasta entonces. Nos miró a los dos con ojos desorbitados.

—¿De convertirse en qué?

Carrion no respondió. Volvía a estar perdido en el fuego.

—Luego te lo contamos —le dije—. Ya habrá tiempo de explicaciones cuando volvamos a Yvelia.

La respuesta no calmó sus preocupaciones, al parecer, pero asintió y tragó saliva.

En alguna parte de las profundidades del desierto se oyó un lamento fantasmal. ¿Era un llanto? No, era… una canción. Hermosa. Triste. Espectral. Una pena femenina que reverberó por entre las dunas, con una melodía tan inquietante y solitaria que supe que jamás la olvidaría.

Contemplamos la pira durante una hora, hasta que el calor se volvió insoportable y a Carrion le fallaron las piernas. Yo lo agarré por la parte de atrás de la camisa y lo sostuve. El pobre cabrón aún tenía marcas de las picaduras de Joshin en la cara y el cuello. Parecía agotado. Listo para tirar la toalla. Asintió, con una profunda inspiración que indicaba que podía mantenerse en pie. Sin embargo, en lugar de soltarlo, lo abracé con fuerza.

Saeris no estaba allí. De haber estado, eso era lo que habría hecho por él.

Carrion intentó apartarse de inmediato, pero yo lo abracé con más fuerza…, quizá demasiada. Me negaba a soltarlo. Él cedió y emitió un único gemido estrangulado contra mi pecho. No se oyó nada más por su parte. Su cuerpo se balanceó entre sollozos durante un minuto. Yo lo abracé. Y luego se detuvo, y ahí acabó todo.

Cuando se apartó, se lo permití. Tenía el rostro muy rojo y un vacío en la mirada. Asintió, con la voz rota de la emoción.

—Vámonos de aquí de una puta vez.



«Por aquí. Por aquí. Es por aquí».

El mercurio estaba muy inquieto. Susurraba en el fondo de mi mente y me guiaba mientras atravesábamos los túneles bajo la ciudad en dirección al Tercero. Quedaba tan poco mercurio en mi interior que ahora resonaba solo una voz. Casi infantil. Fácil de ignorar. Sin embargo, ese día yo la sentía distinta. Más insistente. Se ponía contento cuando íbamos en la dirección en la que quería que avanzásemos, pero en cuanto cambiábamos empezaba a protestar en mi interior.

La sensación habría sido menos exasperante si Hayden Fane no hubiese estado cotorreando todo el tiempo desde que entramos en los túneles.

—Esto apesta —murmuró.

Yo me mordí la lengua.

—Apenas veo nada.

Seguí mirando al frente, con la mandíbula apretada.

—Aquí abajo hay ratas.

Me giré y aplasté a aquel niñato cabrón contra la pared.

—¿Has terminado? —pregunté, hirviendo de rabia. Él no consiguió responder, porque mi mano lo agarraba de la puta garganta. Sus ojos se desorbitaron como los de un caballo espantado—. Quiero pensar que sí. Porque empiezas a sonar como un mierdecita enfurruñado y malcriado que no ha tenido que vivir estrecheces ni un solo día de su puta vida.

Entonces Hayden se desmayó.

—Perfecto. —Carrion sonó impertérrito ante aquel giro de los acontecimientos—. Le has dado tal susto que se ha quedado fuera de combate. Justo lo que nos hace falta ahora.

—Al menos se callará un poquito.

Ese poquito no duró mucho. Menos de un minuto después, Hayden ya estaba despierto, con aspecto de haberse cagado en los calzones. Yo me agaché a su lado y le señalé con un dedo.

—Ni una puta palabra. Vamos, en pie, a moverse.

El resto del camino por los túneles fue relativamente tranquilo. Recogimos las bolsas de plata de la sala abandonada de mantenimiento donde las habíamos dejado antes. Yo me moría por un poco de luz solar para cuando Carrion se impulsó por una trampilla de acceso que, según afirmó, estaba cerca de otro apartamento suyo. Al parecer tenía más de uno.

El contrabandista se alzó por el agujero y luego tendió la mano para subir a Hayden. Yo casi no tuve que ayudar al humano; Carrion lo aupó desde arriba. Los seguí, con la garganta irritada de puro enojo.

—¿Cómo es que tuve que soportar que me pusieras el culo en la cara la última vez que intentaste trepar por una de estas trampillas y ahora eres perfectamente capaz de subir solo?

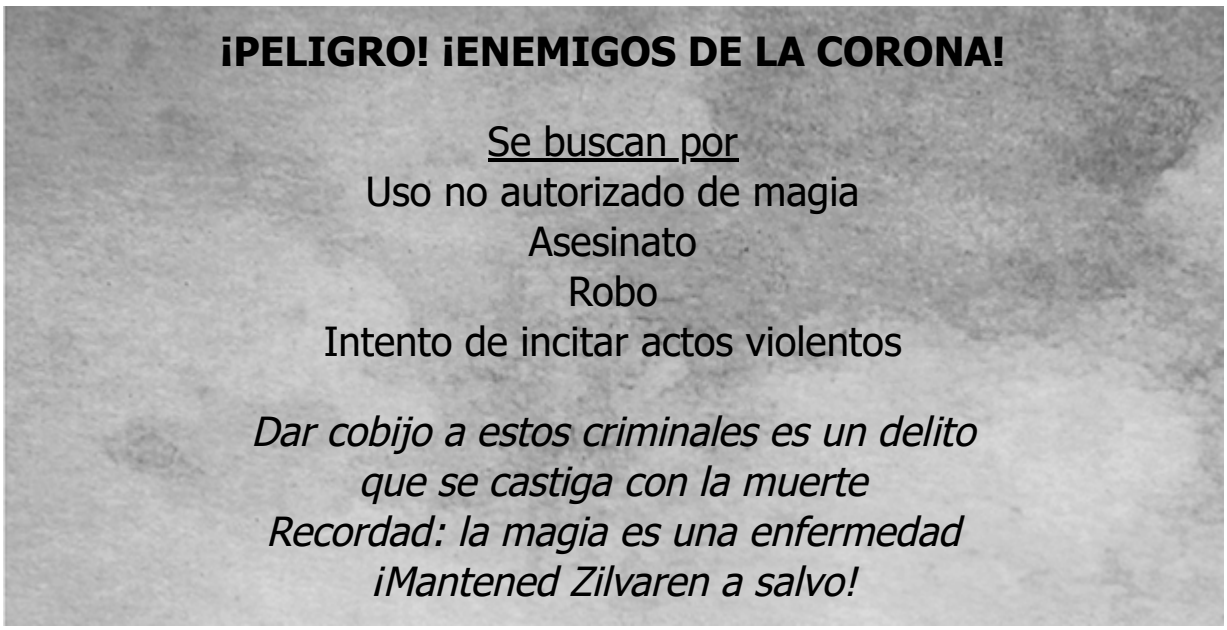
Carrion puso una expresión elocuente.

—Pues es bien sencillo, Fisher: si me tratas como a un bufón, me portaré como un bufón. Si piensas que soy el hazmerreír, el borracho, el idiota…, no te vas a dar cuenta de quién soy en realidad, ¿verdad? He sobrevivido aquí durante más de mil años. ¿Realmente creías que no era capaz de trepar por un puto agujero?

Si me has subestimado… —esbozó una sonrisa y enarcó una ceja de color cobrizo oscuro—, diría que es culpa tuya, no mía. ¿No te parece?



Había carteles por todos los muros del Tercero que decían con letras gruesas:



Esta vez mi rostro no era una caricatura. El dibujo era bastante fidedigno. Ahora la cara de Carrion también aparecía junto a la mía. Había carteles con nuestras caras a puñados, los vimos mientras avanzábamos por el distrito. Llevábamos las capuchas puestas y las pañoletas ocultando nuestro semblante, para protegernos de miradas fisgonas al pasar. Había hombres y mujeres arremolinados junto a los carteles, discutiendo entre sí por todas las esquinas.

—¿Uso no autorizado de la magia?

—Pero si la magia no es real.

—Claro que lo es.

—Es el chico de los Swift. Siempre he sabido que iba a acabar mal.

—Es una broma. Cada vez que se acerca Evenlight, la reina pierde los nervios por cualquier falsedad. Que si los fae, que si la magia… Se ha acabado convenciendo de que todo es real. Ha perdido el contacto con la realidad.

—¿Y qué hacemos, entonces? ¿Mentir? ¿O apresamos a uno de los nuestros por la calle?

—Mirad, hay una recompensa…

—Una recompensa…

—Una recompensa…

Una recompensa. Un año entero de agua para una casa. Eso era lo que Madra prometía para la persona que proporcionase información que condujese a nuestra captura. Eso valía más que el dinero. En muchos casos suponía la diferencia entre la vida y la muerte. Era el tipo de recompensa que convertía a los amigos en enemigos en apenas un parpadeo.

No nos quedamos parados en la calle. Estábamos a pocos minutos de alcanzar nuestro objetivo cuando vimos a los primeros guardianes. Nos estaban esperando, escondidos en un callejón frente al apartamento de Carrion. Yo no los habría visto a tiempo, pero las Gemelas brillaban sobre Zilvaren y Madra insistía en que los guardianes llevasen esa resplandeciente armadura dorada. En la tienda que había bajo la ventana del dormitorio de Carrion se veían reflejos de oro que evidenciaron la presencia de los soldados antes de que salieran de su escondrijo.

Swift se fijó en los reflejos sobre la mampostería una fracción de segundo después que yo. Los dos agarramos a Hayden y retrocedimos por donde habíamos llegado…, pero ya era tarde.

—¡Aquí! ¡Están aquí, los tenemos!

Los guardianes se desplegaron desde el callejón como avispones que salieran de una colmena.

—¡Joder! —siseé.

Aquellos hombres no eran ni de lejos tan rápidos como Carrion y yo, pero ahora llevábamos a un humano a remolque. Un humano que no era muy rápido. Echamos a correr a toda velocidad tirando de Hayden por las calles.

«Por aquíííííí», siseó el mercurio.

—Calla. La. Boca.

«¡Por aquí, por aquí, por aquí!». El mercurio empezó a tironear con más fuerza de mis entrañas, intentando llevarme en la dirección contraria, hacia esos putos guardianes.

—¿Qué hacemos? —jadeó Carrion.

La gente gritaba y se apartaba de un salto del camino al pasar a su lado. No nos quedaba alternativa. No teníamos adónde ir. La única opción que nos quedaba era…

¡Ping!

—¡MIERDA!

Una flecha de punta de hierro rebotó en la pared junto a mi cabeza. Nos estaban disparando, joder.

—¡Tenemos que luchar! —grité—. No nos queda más opción. Pero necesitamos estar al abierto, ¡en un sitio donde no nos puedan acorralar!

Si seguíamos corriendo por aquel laberinto de calles, estaríamos condenados. Seríamos presas fáciles. No tardarían en atravesarnos de un flechazo.

Carrion asintió y se apresuró a evaluar nuestras opciones.

—Está bien, a la plaza. Por aquí, seguidme.

¡Ping!

¡Ping!

Las flechas golpeaban las paredes. A mi izquierda gritó una mujer, un chorro de sangre atravesó el aire: una flecha destinada a mi espalda le había atravesado la garganta. Carrion giró a la izquierda. Yo me coloqué detrás de Hayden y puse mi cuerpo como escudo para cubrirle lo mejor posible.

—Más rápido, Fane. Deprisa —gruñí.

—Voy… tan rápido… como puedo.

«¡Por aquí! ¡Vamos! ¡Venid a por mí! ¡Por aquí!».

Para ser un fragmento tan diminuto de mercurio, desde luego tenía fuerza. Me encontré virando a la derecha; mis pies me llevaron en una dirección que no quería seguir.

A la izquierda.

A la derecha.

De nuevo a la derecha.

Me retumbaba el corazón bajo el esternón, como si fuera un puto tambor.

—Si muero en Zilvaren, me voy a llevar un disgusto —gruñí.

La plaza era grande. En su centro habían levantado una enorme plataforma. Estaba cubierta de ramos de flores de color rosa, rojo y púrpura. Vi de inmediato que no eran flores de verdad. En el centro del podio había una larga mesa sobre la que se había colocado una hilera de cadáveres bajo aquel sol abrasador. Las moscas se apelotonaban en el aire sobre ellos, con un zumbido tan potente que se oía por encima de los gritos de los guardianes.

—¡Detenedlos! ¡Detened a esos hombres!

Había un numeroso grupo de chicas en un extremo de la plaza. Eran jóvenes, apenas adolescentes. Sus ojos estaban impregnados de miedo. Ya había dos guardianes junto a ellas. Uno de ellos había inmovilizado a una chica contra la pared. Un hombre vestido con camisa negra se acercó y le hundió algo en el cuello. La chica gritó.

Quizá no había sido tan buena idea ir a la plaza. Allí los edificios eran más altos. Si los guardianes llegaban hasta allí, nos freirían a flechazos. Al otro lado, el humano vestido de negro le ordenó al guardián que tumbase a la chica, que había quedado laxa en sus brazos, en un carromato tirado por caballos.

Tres segundos. Era todo el tiempo que teníamos antes de que los guardianes cayesen sobre nosotros y todo se fuese a la mierda. Yo uní las manos y luego las separé, para conjurar una espada idéntica en todos los aspectos a Nimerelle, excepto en el único puto rasgo que de verdad importaba: no era una espada divina.

—¿Qué hacen ahí, Carrion? —pregunté, señalando con el mentón al grupo de adolescentes.

—Debe de ser día de purificación —respondió él—. Una vez al mes vienen y reúnen en el mercado a las chicas que han cumplido catorce años. Siete de cada diez. Las sedan y las llevan al palacio.

Se me heló la sangre.

Había al menos doce chicas de cara a la muralla. La mayoría estaba llorando, aunque la primera de la fila no lloraba. Le dedicaba una mirada hostil al hombre vestido de negro, que le acercó un objeto cilíndrico al cuello. La chica le escupió en la cara.

—Ahí vienen —dijo Carrion—. Espero que tengas algún puto plan.

Lo tenía: acabar con aquellos cabrones tan rápida y silenciosamente como fuera posible. Intentar no provocar ninguna escena. Sin embargo, aquel plan ya no me gustaba tanto.

No, aquel plan ya no era viable.

Porque, me cago en la puta, iba a provocar una escena de la hostia.

No me hacía falta la espada. Me bastaba y me sobraba con la rabia que sentía.

El segundo de los guardianes entró en la plaza, y yo reuní mi magia. Hasta la última gota. Empezó a bullir bajo la superficie de mi piel, como un perro rabioso.

Eran quince en total. Ese era el número de soldados entrenados que habían pensado que necesitarían para acabar con nosotros. Una decisión que iban a lamentar. Aunque, por otro lado, habría dado igual. Podrían haber enviado diez veces más y aun así no habría sido suficiente.

Los hombres vacilaron un segundo, recorriendo la escena con la mirada. Se dieron cuenta de que los habíamos estado esperando…

—Esto no me gusta —susurró Hayden.

—Ponlo a salvo, Carrion. Ahora.

… y se abalanzaron sobre nosotros.

Swift agarró al hermano de mi compañera. Los dos echaron a correr, no vi adónde. No me importó.

Aquellos cabrones habían obligado a Saeris a ir allí en su día. La conocía, sabía que también les habría clavado la mirada y les habría escupido en la cara, como había hecho aquella chica hacía un instante. Los habría maldecido mientras ellos le arrebataban las opciones de futuro. Habría ardido de furia.

Cuando acumulé mi poder y lo liberé, no conjuré sombras.

Conjuré cuchillos.

Las hojas no estaban hechas de metal, sino de magia. Magia corpórea y resplandeciente. Al igual que mis sombras, eran negros. Afilados. Atravesaron el aire e impactaron contra su objetivo, cortando armaduras, carne y huesos por igual.

Los guardianes cayeron como moscas.

Mi vista se aguzó, me centré en la plaza. Llegaban más guardianes por la entrada sur. Los dos que estaban ocupados con las chicas se habían percatado de lo que estaba pasando y echaron a correr directos hacia mí. Murieron antes de que sus cuerpos se desplomasen en el suelo.

La sangre empapó la arena.

El mundo entero era carmesí y muerte. Más guardianes retumbaron al entrar en la plaza; sus armaduras repiqueteaban por encima de los gritos de rabia y los chillidos de miedo de las adolescentes. Yo hice oídos sordos a todo ello.

Los hombres de Madra llegaron en oleadas, pero iban cayendo a medida que irrumpían en la plaza. Mis sentidos ya no me pertenecían. Llovieron flechas desde los tejados; yo había estado en lo cierto: habían buscado un terreno más elevado con la esperanza de convertir la plaza en un campo de tiro. Sin embargo, era yo quien hacía prácticas de tiro en ella. Sus muertos se amontonaban. Derribé a los arqueros con cuerdas de sombra. Los sujeté por los brazos, tobillos, torsos… y los arrojé al suelo en una caída mortal.

Habían llevado a Saeris allí.

A mi amor verdadero.

Le habían hecho daño. Le habían arrebatado algo sagrado, allí mismo, en ese horrible lugar. No me refería al derecho de tener

niños, sino al derecho de tomar por sí misma la decisión de tenerlos o no.

Se lo hice pagar, y no me detuve ni cuando los guardianes que seguían llegando intentaron huir. Ni cuando se pusieron de rodillas y suplicaron piedad.

Los hombres de aquel distrito trataban a las mujeres como si fueran esclavas. Como posesiones sin mente, sin sueños, sin esperanzas propias. Las usaban para tener sexo, o violaban sus cuerpos y les arrebataban sus derechos. Habían asesinado a la madre de Saeris. No merecían respirar…

—¡Kingfisher! ¡Basta! —La voz sonó cerca. Lejos. Reverberó por la plaza. La niebla que me dominaba la mente se despejó y vi a Carrion a seis metros de distancia. Alzaba las manos en un gesto apaciguador—. ¡Ya está! Han muerto. Han muerto todos. Y nosotros tenemos que marcharnos pero ya, Fisher.

Había cadáveres por toda la plaza. Demasiados como para poder contarlos, aunque para mí seguían sin ser suficientes. No eran más que un pequeño porcentaje de las tropas de Madra. El fuego que ardía en mi alma requería que acabase con todos por su crueldad, pero Carrion tenía razón: debíamos salir de allí de una puta vez. El suelo retumbó, la arena vibró con el sonido de un ejército que se aproximaba.

Yo estaba entumecido de la cabeza a los pies. Hasta el alma.

—Vale, sí. —Asentí—. Tienes razón.

—¿Carrion? ¡Carrion! —El siseo llegó del otro extremo de la plaza. Era Hayden, agachado detrás de un carromato. El chico tenía el pelo despeinado, los mechones apuntando en todas direcciones, como si le acabase de caer un rayo. Llevaba el rostro manchado de sangre, y había un cuchillo en su mano—. Carrion, por aquí. Sé adónde tenemos que ir.

El contrabandista ni siquiera se paró a preguntar. Me agarró del brazo y tironeó de mí en dirección al hermano de Saeris. Las casas pasaron como un borrón. Corrí a toda prisa, manteniendo el ritmo. Con cada paso volví a ser yo mismo un poco más. Acababa de matar

a cuarenta guardianes. Cincuenta. Y no me sentía ni un poco mal por ello.

«Síííí, por aquí», ronroneó el mercurio en mi cabeza. «¡Por aquí!».

El suelo se estremecía bajo nuestros pies. Apretamos el paso por el Tercero, hacia un destino desconocido. Los hombres de Madra se acercaban. La quietud se adueñó de mi interior.

Los guardias no serían un problema si no conseguían encontrarnos. Mi magia debería haber desaparecido. Su fuente de poder se me antojaba muy lejana, y sin embargo allí estaba, lista para responder a mi llamada. Yo acababa de usar una prodigiosa cantidad de magia en la plaza, pero, aun así, cuando la acaricié con los dedos, encontré un demencial pozo de energía que me esperaba.

Dejé de correr y recurrí a esa magia. Me golpeó como una marea de resplandecientes sombras y arena negra que se tragó la calle en la que nos encontrábamos. Y el distrito. Y toda la ciudad.

Mi magia engulló toda Zilvaren.

Por primera vez en la historia, el brillante estandarte del norte se vio sumido en la oscuridad.

24



TRIA PRIMA

SAERIS

> «En las primeras fases del ascenso ha de encontrarse el equilibrio. Todo acólito tiene afinidad con cierta senda. Sin la guía y el entrenamiento apropiados, dicha senda se cobrará la vida del acólito. Se ha de fusionar la Tria Prima dentro de uno mismo para dominar por completo su poder. El alquimista iluminado atraviesa tres sendas».
>
> *Runas elementales y sus propósitos:*
> *Guía completa de iniciación a la alquimia*

Aquella forja no se parecía a ninguna otra que yo hubiera visto. Para empezar, no había fuego. Al parecer, la Corte de Sangre estaba convencida de que el fuego no tenía cabida dentro de los muros de Ammontraíeth, y aquel lugar no era una excepción. En la fragua ardía una luceterna en lugar de las típicas llamas vivas. No hacía mucho, en la ladera de la montaña sobre Innìr, le di una espada a Lorreth, y el cielo explotó con una luz danzante. La «aurora boreal», la había llamado Fisher. Aquella luceterna que se retorcía y bailaba en la fragua se parecía bastante a esa tal aurora boreal. Era de un vívido color verde manchado de rosa. Resultaba hipnótica. No emitía calor. Yo podía pasar los dedos por ella, incluso,

pero no sentía nada. Aun así, supe en lo más profundo de mi ser que no era sencillamente luz. Cuando metiese en ella el crisol que había preparado, se daría un cambio.

Dentro del crisol había una cantidad simbólica de mercurio. Para aquel propósito se requería muy poco. Sentí el momento en que entró en la luceterna, como el rasgueo de una cuerda, como una nota musical, el zumbido constante de una nota que resonó a mi alrededor.

Expandí mi consciencia en busca del mercurio y lo encontré casi instantáneamente. Según el libro, a esas alturas yo debería ser ya capaz de «conectar». Estaba intentando decidir qué significaba eso cuando el mercurio me habló.

«Nos ve. Nos oye. Nos ve…».

Apreté la mandíbula y ladeé la cabeza, intentando centrarme.

«No nos habla. ¿Por qué no nos habla?».

Inspiré hondo hasta que no me cupo más aire en los pulmones. Ahí mismo había una fuente intangible de energía, en la periferia de mi mente. Sentía que podía cerrar la mano sobre ella, pero, cuando lo intentaba, esa misma energía me esquivaba, resbaladiza, como una pastilla de jabón.

—Por los putos dioses —escupí, y abrí los ojos.

«Malhablada». El mercurio se rio. «Qué mal carácter. Mala, mala, mala».

—Ay, que te calles.

Obligué al mercurio a cambiar de estado. Lo hizo sin quejarse, pero no se me escapó la sensación de estar haciéndolo mal; me recorrió por la espalda como un escalofrío. La perla lisa y mate de mercurio se derritió y fluyó por el fondo del crisol. Por más que me costase admitirlo, las palabras de Foley habían tenido efecto en mí. Obligar al mercurio a hacer cualquier cosa no era señal de relación equitativa. Tenía que haber otro modo, un modo mejor…

Rápidamente, agarré un anillo de la bandeja que había colocado junto al banco de trabajo al llegar y lo eché dentro del crisol. El anillo estaba hecho de plata, pero tenía ciertas impurezas que me

obligaron a añadir algo más para impulsar el proceso. El mercurio se convirtió en un hilo parecido a una serpiente y se enroscó en el aro del anillo, imitando las diminutas enredaderas grabadas en su superficie.

«Qué bonito», siseó. «Es bonito. Sí».

—¿Te puedes fusionar con él? ¿Podrías convertirlo en reliquia?

Casi esperaba que dijera que no, pero sentí que la atención del mercurio se agudizaba ante mi petición.

«Un recuerdo», ronroneó. «Nos convertiremos en reliquia a cambio de un recuerdo».

—¿Da igual qué recuerdo? —pregunté.

Un reguero diminuto de mercurio se pensó la respuesta un segundo. «Cualquier recuerdo valdrá», dijo.

Cualquier recuerdo. Sin pensármelo siquiera, recurrí al recuerdo más doloroso.

Mi madre, de rodillas.

La hoja que le rajaba la garganta.

Su sangre derramada en la arena…

El mercurio inspeccionó el recuerdo, rodeó ese horrible momento en mi cabeza. Sentí que se cernía sobre él. Noté que el recuerdo se desencajaba…

—¡Para! —El grito reverberó por la forja sin ventanas—. Espera —jadeé. De pronto me latía muy rápido el corazón. Tragué saliva y negué con la cabeza—. Ese no.

Solía despertarme de noche, cubierta de sudor, con esa escena una y otra vez en la cabeza. Ese recuerdo me perseguía. Había sido la última vez que había visto con vida a mi madre. Por más horrible que fuese, lo necesitaba. Sin él, no sabía quién era yo.

El mercurio se rio suavemente y soltó el recuerdo. La visión de mi madre muriendo en la arena volvió a hacerse muy real.

—Quédate con este —susurré, y acudí a otro recuerdo.

Una mañana como cualquier otra, yo estaba sentada en el apartamento del Espejismo. Estaba contando el dinero. Y le dije a Hayden…

Le dije a Hayden…

Ahogué un grito ante una punzada de dolor que me atravesó la sien. Apareció y volvió a esfumarse enseguida.

Un momento.

¿En qué acababa de estar pensando?

«Una reliquia», ronroneó el mercurio en el fondo del crisol. «Una reliquia bonita. Queda hecha. Séllanos ahora. Danos sangre».

Me resultó desconcertante contemplar el anillo. El mercurio había desaparecido, se había fusionado con la pieza, con aquel aro de plata normal y corriente. Yo había entregado un recuerdo, pero por mi vida que no sabía qué parte de mi pasado había dado en aquel intercambio.

«La sangre», canturreó el mercurio. «La sangre. La sangre».

Me pinché el dedo con la daga que me había dado Kingfisher y me apreté para que saliera una gota de sangre de la punta. Aún me sentía conmocionada por el vacío que había dejado en mi mente el trato. Era una sensación extraña, como toquetear con la lengua el hueco donde debería haber estado un diente, consciente de la sensación de tenerlo, pero encontrando solo un espacio vacío.

Mi sangre siseó al caer en el crisol.

Aquello no había pasado antes.

El mercurio emitió un zumbido, cantando quedamente para sí mientras absorbía la sangre. Yo aguanté la respiración. Esperé.

«Listo. Está listo, listo, listo».

Solté todo el aire. El alivio me recorrió…

—Pareces sorprendida.

Me giré en redondo y dejé caer tanto el crisol como las tenazas con las que lo sostenía. El metal repiqueteó pesadamente al golpear el suelo.

—¡Por los putos santos! ¿Qué coj…?

Era Hazrax.

Solo había visto a la criatura desde lejos. La coronación había tenido lugar hacía pocos días, pero me parecía que había pasado toda una vida. Hazrax era más grande de lo que yo recordaba. Tenía

más altura. Tuvo que inclinar la cabeza para cruzar el umbral al entrar en la forja. Su piel tenía una palidez enfermiza, traslúcida en ciertas partes. Una redecilla de venas negras palpitaba bajo la superficie de su piel. Los ojos eran completamente negros, carentes de rasgos distintivos. Y la boca…, dioses, cuántos dientes.

Di un paso atrás y manoteé por el banco de trabajo para estabilizarme. Las facciones de Hazrax se mantuvieron carentes de expresión. Dio otro paso flotante. Tuve la siniestra impresión de que sonreía.

Ay, dioses.

Se me estaba acercando.

—No es necesario que tengas miedo, niña reina.

Me agarré al borde del banco de trabajo con tanta fuerza que me empezaron a doler las manos.

—No tengo miedo. Estoy… sorprendida.

La criatura ladeó la cabeza en un ángulo antinatural. Yo atisbé sus branquias.

—¿Sorprendida de que el mercurio haya aceptado tu sangre? —dijo en tono incrédulo.

Yo había esperado que su voz sonase extraña, distinta a todo, pero la voz de Hazrax era normal. Podría haber pertenecido a cualquier miembro de los fae…, excepto porque no sonaba ni masculina ni femenina.

—Sí —respondí—. Me ha sorprendido.

—Porque ya no eres humana. Es el primer pacto que cierras con el mercurio en tu nueva forma, ¿verdad?

Se me subió el corazón a la garganta.

—No, ya he hecho reliquias para mi amigo. Y para mi hermano. Es que esta vez me ha parecido… reticente.

Hazrax pareció reflexionar sobre mi comentario. Se agachó donde yo había dejado caer el crisol y las tenazas. Sus largos dedos agarraron el anillo, que también había caído al suelo. Lo levantó y sus ojos negros, de tinta, lo estudiaron. Al mismo tiempo, yo me percaté de que llevaba un anillo de oro en la mano izquierda, un aro

grande con un enorme y abultado rubí en el centro. El emblema de su puesto, que señalaba a Hazrax como Lord de Medianoche.

Poco a poco, un reguero de humo empezó a alzarse de entre sus dedos huesudos. La reliquia que yo acababa de crear empezó a arder. Hazrax casi pareció disgustarse. Dejó la reliquia en la mesa.

—Hum. También te sorprende mi presencia aquí —dijo, volviéndose hacia mí—. Has oído que jamás salgo del Salón de las Lágrimas.

—Así es.

Sus párpados se cerraron en vertical y volvieron a abrirse, un movimiento que me sobresaltó.

—Y también te sorprende el hecho de que te hable así. Te sorprende mi apariencia. Te sorprenden muchas cosas.

—Sí. —La palabra me salió por la boca antes de que pudiera detenerla—. ¿Estás leyéndome los pensamientos?

Cuando Algat se asomó a mis pensamientos, lo noté, pero si aquella criatura estaba haciendo lo mismo, era mucho más sutil. Sin embargo, Hazrax negó con la cabeza.

—Alguien de tanta edad como yo no necesita robar información. El poder de la deducción es más que suficiente.

—¿A qué has venido? —Me pareció inútil andarme con rodeos.

Hazrax extendió los dedos, entre los que había una membrana diáfana.

—En algunas culturas se considera de mala educación hablar de negocios antes de seguir las normas de etiqueta, una breve conversación entre desconocidos que les ayuda a… conocerse mejor.

—¿Y qué conversación breve deberíamos tener?

La forja era pequeña. Una caja. No había ventanas. No había modo de escapar, excepto la puerta detrás de Hazrax, a seis metros de distancia. A cada segundo que la criatura estaba allí, respirando el mismo aire que yo, más me picaba y se me erizaba la piel. No era por la amenaza física que suponía, aunque estuve segura de que podría hacerme daño si así lo deseaba. Era el poder que exudaba.

Un poder crudo, antiguo y peligroso. Irradiaba de la criatura como el calor de un sol.

Hazrax giró aquel rostro liso y extraño y volvió a parpadear.

—Hablemos del libro que hay sobre la mesa, ¿te parece? Un tomo muy noble. En su día hubo muchos de esos libros…, pero ahora solo queda este.

Una fracción de mi cautela dio paso a la curiosidad.

—¿Lo has leído?

—Yo observo. Acumulo información. Leer libros es mi deber —repuso Hazrax—. He leído ese libro muchas veces.

De forma vacilante, me aparté del banco.

—Y lo comprendes. Comprendes quién soy. Lo que soy.

Hazrax rodeó el banco; su larga túnica blanca susurró al moverse. Se apartó de la fragua donde ardía la luceterna.

—No tengo el don de la Visión, como sucede con algunos seres de este reino. Veo callejones. Sendas. Veo… posibilidades. —Se giró hacia mí—. La magia de sangre es muy primitiva, Saeris Fane.

Yo me balanceé sobre los tacones. ¿A qué venía eso?

—No… no sé nada sobre magia de sangre.

—Por supuesto que sí. —La extraña criatura se irguió y metió las manos bajo las holgadas mangas de su túnica—. El mercurio es avaricioso. Tú le das todo lo que desea. Canciones, chistes, recuerdos. Tu compañero quiere que crees miles de estas reliquias, pero entregas parte de ti con cada una que fabricas, te la arrancas. Dime, cuando tengas la mente agujereada del todo, ¿cómo sabrás cuánto has entregado, cuánto has perdido?

Hazrax oía al mercurio. No había otra explicación posible. De lo contrario, no podía saber que yo acababa de entregarle un recuerdo.

—Hago lo que hace falta hacer —dije.

—Hum. Lo que hace falta hacer —repitió, y a continuación—: ¿Y qué es lo que hace falta hacer? ¿Hace falta que selles esas runas? ¿Hace falta que tu compañero se cuide de extraños? ¿Hace falta que crees miles de reliquias para que puedas expulsar de este lugar a los débiles? ¿Hace falta detener la podredumbre negra que se extiende

por esta tierra? Dime, he visto que un vampiro bajasangre llevaba un mensaje a tus aposentos esta noche. ¿Cuántos han caído ya a manos de los infectados? ¿Cuánto se ha perdido?

Yo tenía las cifras de ese día del campamento de guerra grabadas a fuego en la mente.

Total de muertos: 1976
Total de infectados: 2409
Estimación de tierra infectada: 8162 hectáreas

Perdíamos terreno con una rapidez alarmante. No había esperanza de que la podredumbre dejase de extenderse pronto. Cada vez que llegaba un nuevo cálculo, mi esperanza se resentía. Pero yo no pensaba dejar que Hazrax se diera cuenta. Estaba jugando conmigo. Me lanzaba aquellas preguntas con la esperanza de avivar alguna chispa de miedo, quizá. Una reacción. Y por dentro, yo reaccionaba, claro que sí…, pero obligaba a mi rostro a no mostrar más que una máscara vacía.

Fuera lo que fuese aquella criatura, fueran cuales fuesen sus motivos, me negué a seguirle el juego.

—Para ser alguien que afirma no tener el don de la Visión, desde luego ves mucho.

Hazrax parpadeó de nuevo. Sus párpados membranosos se cerraron, se abrieron, se cerraron y se volvieron a abrir. Por más indescifrables que fuesen sus rasgos faciales, creí sentir un destello de enojo que emanaba de su figura. Se desplazó tranquilamente por la forja. Aquellos comentarios siguieron flotando en el aire entre nosotros. El más preocupante, «¿Hace falta que tu compañero se cuide de extraños?», provocó todo tipo de caos en mi interior. Aunque no cedí al pánico.

Fisher era un guerrero excepcional. Había liderado ejércitos que se habían lanzado a la batalla. Sabía cómo protegerse. No hacía falta que comentarios vagos como aquel me preocuparan. Lo que Fisher necesitaba era que yo me concentrase para poder llevar a cabo mi tarea.

—Esta conversación es muy agradable, Hazrax, pero como ya sabes, tengo una misión monumental y poco tiempo para cumplirla. Estas reliquias no se van a hacer solas, así que…

—Volvamos a la sangre, pues. La magia de sangre es muy rudimentaria. No requiere mucha habilidad. ¿Pretendes entregar hasta la última gota de tu sangre para hacer tus preciosas reliquias, Saeris? ¿O tienes otro plan que no requiera que te desangres?

—Es cierto, tardo demasiado en hacer cada reliquia. Y no puedo seguir sellando estos pactos. Tampoco puedo seguir entregando mi sangre. Lo entiendo, puedes creerme.

—Y entonces, ¿qué te queda, Saeris Fane?

—Pensaba que esto iba a ser una conversación relajada.

Quería que se marchase. No pude evitar fijarme en que, allá donde se desplazaba, Hazrax siempre acababa en un lugar desde el que podía bloquear mi camino hacia la salida en apenas dos pasos. La criatura extendió los dedos membranosos.

—Dentro del gran plan general, sí, esta conversación es breve y poco importante.

—A mí me parece bastante importante.

—Me lo imagino. —Por fin, sonrió. Sus labios finos y traslúcidos se despegaron y revelaron hilera tras hilera de dientes afilados como agujas. Un estremecimiento de repulsión empezó en mis dedos y me hormigueó hasta la coronilla. No iba a poder olvidarme de aquella estampa—. Pero si el tema te parece importante, quizá quieras reflexionar sobre mi pregunta, ¿no?

Se suponía que Hazrax era Centinela del Silencio. A mí, en cambio, me parecía que aquella sabandija espeluznante no se callaba ni bajo el agua. Reprimí mi creciente frustración y analicé lo que había dicho. Si no podía recurrir a pactos ni a sangre para crear reliquias, ¿qué me quedaba? La respuesta era tan evidente que me dieron ganas de zarandearme a mí misma.

La puta magia de los cojones.

—Tengo que averiguar el modo de activar la runa del mercurio. —Alcé la mano derecha y estudié el intrincado tatuaje que había en

ella.

—Un escudo impresionante —señaló Hazrax—. Quizá el escudo más complejo que haya visto este reino jamás. Será un arma formidable…, si no te mata antes de poder sellarlo.

Foley había afirmado que mis runas eran un escudo. Y ahora, Hazrax decía lo mismo. Yo contemplé las líneas y sentí el constante y rápido tamborileo de un pálpito antiguo, independiente del de mi propio corazón, bajo aquellas runas entrelazadas.

—Para eso es el libro —dije—. Se supone que tiene que enseñarme a establecer una relación con el mercurio. Pero el libro solo me enseña a oírlo, a comunicar con él. Y eso ya sé hacerlo.

Hazrax emitió un repiqueteo extraño desde el fondo de su garganta.

—Yo oigo el viento. ¿Soy parte del viento porque lo oigo soplar?

—¡Basta ya! Por favor…, basta. —Yo estaba ya hasta el mismísimo de todo aquello—. Si sabes algo, escúpelo de una vez.

Aquel repiqueteo perturbador aumentó de volumen.

—No es que sepa algo. Es que lo sé todo, Saeris Fane. Pero no me corresponde a mí revelar las verdades que han de ser descubiertas.

¿Cómo no había previsto que aquel ser no venía a ayudarme en lo más mínimo?

—Muy bien. En ese caso, ya va siendo hora de que te vayas.

Hazrax, Centinela del Silencio, emitió un sonido parecido a una risa.

—Me temo que he de contarte el motivo auténtico de mi visita antes de marcharme, niña.

Sentí calor en el estómago, como lava derretida.

—Me llamas «niña», pero los demás me llaman «alteza».

—Pues sí, así es. No pretendo faltarte al respeto, pero, al igual que la amiga que has hecho en la biblioteca, yo no sirvo a esta corte. Soy independiente y tengo mis propios intereses.

—Pues me habían dicho que habías jurado lealtad a la Corte de Sangre.

Despacio, Hazrax negó con la cabeza.

—El rey vampiro y yo llegamos a un acuerdo. Me permitía observarlo y, a cambio, yo le hacía un favor por cada año que me quedaba aquí.

—¿Qué tipo de favor? —pregunté.

Hazrax volvió a enseñar los dientes.

—Eso era asunto del rey, por supuesto. Si entraba dentro de mis posibilidades, se lo concedía.

—¿Y cuál es concretamente la naturaleza de tu poder? ¿Qué eres?

Hazrax dio un paso hacia mí, sus pies silenciosos acariciaron el suelo de piedra.

—¿Quizá el poder de apagar un sol? ¿Quizá el poder de… anular la gravedad?

Me quedé pasmada, sin palabras: la reliquia de la mesa empezó a levitar lentamente en el aire. Y luego las tenazas. Y el crisol. Todo flotó, elevado por un hilo invisible. Los mechones sueltos que habían escapado de mi trenza se elevaron ante mi rostro.

—En cuanto a qué soy… —La criatura dejó morir la voz—. ¿Quién sabe ya? Este cuerpo no es más que un recipiente. Mi mente es muy antigua. Puede estar en varios lugares a la vez. A veces veo a través de los ojos de otros. Son habilidades muy útiles.

Yo no le prestaba atención. Empecé a experimentar una sensación de ingravidez en el estómago. Las suelas de mis botas se alzaron del suelo. Me salió un ladrido de puro pánico.

—¡Basta! ¡Para! ¡He dicho que basta!

El crisol se estrelló contra el suelo y rompió la piedra donde aterrizó. Las tenazas cayeron sobre el banco y luego fueron al suelo, dando vueltas. Sin embargo, la reliquia que yo acababa de hacer permaneció suspendida en el aire, dando vueltas. Las diminutas enredaderas y hojas grabadas en su superficie reflejaron la luz.

—Soy capaz de muchas cosas. Solo tienes que preguntar cuáles —dijo Hazrax.

—Entonces, ¿qué pasa? —Era un milagro que no me temblase la voz—. ¿Quieres hacer un trato conmigo ahora que Malcolm ha

muerto?

No hubo manera de malinterpretar aquel sonido: Hazrax se estaba riendo.

—Sí, puedo hacer contigo el mismo trato que tenía con Malcolm.

—¿Y si me niego?

Hazrax desplegó aún más los labios. El hueco oscuro y vacío de sus ojos se clavó en mí. Giró el dedo, y el anillo empezó a dar vueltas más y más rápido…

—Ha de haber un trato, Saeris —dijo—. El trato se mantiene.

Era una amenaza velada, pero presente. Yo no tenía ni idea de qué haría Hazrax si me negaba a su petición, pero sabía con cada fibra de mi ser que no sería bueno.

Si aquel ser hubiera sido humano, o incluso fae, se me habrían ocurrido todo tipo de sugerencias sobre lo que podía irse a hacer en lugar de molestarme. Pero Hazrax no pertenecía a los fae. A pesar del puesto que ocupaba, tampoco pertenecía a la Corte de Sangre. Había algo profundamente siniestro en aquella criatura, y creí entender que cabrearla no era buena idea.

—Está bien —dije—. De acuerdo. Un favor al año a cambio de permiso para quedarte y observar. Pero quiero poder renovar el pacto cada año. No quiero estar atrapada en este pacto hasta el día en que me muera.

—Esos términos me parecen bien. —La criatura inclinó la cabeza—. Pronto descubrirás lo valiosos que son mis favores, y no te importará acceder a mi simple petición a cambio. Estoy de acuerdo con lo estipulado.

Yo no seguiría siendo reina de aquel desastre de corte mucho más tiempo. No sé qué me entró, pero parte de mí me pidió cautela al tratar con aquella criatura. Mis primeras impresiones habían resultado ser acertadas a lo largo de los años, y no pensaba ignorarlas ahora.

Hazrax se giró para marcharse. Al parecer, nuestros tratos mercantiles habían acabado.

—¡Espera! ¿No hay que sellar el pacto con sangre?

La extraña criatura no se volvió.

—Ya te lo he dicho, Saeris Fane. La magia de sangre es tosca. Tú y yo no la necesitamos.

Una vez que Hazrax se hubo marchado, la forja pareció duplicar su tamaño. La reliquia seguía flotando en el aire, girando con velocidad, un borrón plateado y negro. Alargué la mano hacia ella y, de pronto, dejó de girar y cayó como una piedra sobre mi mano. En el mismo segundo en que el frío metal cayó en mi palma, el mundo entero se estremeció. Una luz blanca y cegadora estalló tras mis ojos.

Un dolor…

Bien sabían los dioses que yo conocía el dolor, pero aquel tipo de agonía podía romper un alma en dos. Lo sentía por todas partes; en las manos, en los ojos…, no podía ver. No podía respirar.

Desde que me había despertado en el Palacio Negro, me había esforzado por aislar mi magia tras un muro grueso y alto. Se me escapaba a menudo y activaba la runa del mercurio. En la biblioteca había derramado mucha de esa magia, sí, pero aquello… aquello no era una sobrecarga de poder. El muro dentro de mi cabeza había desaparecido. Era como si nunca hubiera existido, y ahora no había nada que contuviese mi poder, que llameó a través de mí, todo a la vez. Me incendió como una antorcha, en busca de una vía de escape de mi cuerpo.

—¡Joder! —Una maldición silenciosa me salió de la garganta.

Iba a destruir Ammontraíeth. Y lo que era peor, joder, iba a morir. Ni siquiera podría despedirme de mi compañero. El pánico fusionó todos mis pensamientos en una única orden imperiosa:

Corre.

25



CIMIENTOS

KINGFISHER

Resonaron gritos por la oscuridad. El caos se expandía, contagioso, por toda la ciudad.

—¡Rápido! ¡Por aquí!

Carrion abría la marcha. Yo había tardado un segundo en darle el don de la Visión para que pudiera guiarnos por entre mis sombras. Ahora era una de las cuatro personas vivas que tenía esa capacidad. No había planeado aumentar ese número aquel día, pero la necesidad me había obligado.

A nuestro alrededor salía la gente en masa de los edificios, a trompicones, en busca de alivio. Sus gritos llenaban el aire. Junto a mí, Hayden tropezó con un saliente de la calle adoquinada. Casi no tuve tiempo de agarrarlo antes de que cayese de boca al suelo. Le agarré de la camisa y lo obligué a doblar a la izquierda.

—Sigue corriendo, Hayden. Estoy contigo.

—¡Por aquí!

Ahora Carrion era cabeza y media más alto que el resto de personas de la calle. En algún momento del combate en la plaza, yo había soltado el control del encantamiento que ocultaba nuestra

naturaleza fae. Los colmillos volvían a asomar, afilados, en mi boca. Me sentí bien al volver a ocupar mi propia piel.

Como espectros cruzamos las calles, navegando entre personas que avanzaban ciegamente llamando a sus seres queridos.

—¡Por la derecha! —siseó Carrion—. ¡Aquí!

Algo más adelante, una falange de guardianes avanzaba en formación cerrada por la calle atestada. El pálido brillo verdoso de las antorchas de luceterna que llevaban cortaba las sombras. No deberían haber tenido luceterna. Aquel calor ardiente que yo ya había sentido antes volvió a avivarse en mi interior; el mismo calor que me había ahogado en la plaza hasta que casi no pude ni respirar. Quería matar a aquellos cabrones por lo que le habían hecho a mi compañera. Por lo que le habían hecho a su madre. Por lo que le estaban haciendo a aquel distrito. Mi venganza no estaba completa. Los hombres que cumplían las órdenes de Madra aún tenían una deuda enorme, que no quedaría saldada hasta que las calles de la ciudad estuviesen cubiertas de pilas de cadáveres, una montaña de armaduras doradas tan alta que ocultase los soles. Sin embargo, la venganza tendría que esperar.

Giramos a la derecha pocos segundos antes de que nos alcanzasen los guardias.

—Por aquí, más adelante. ¡A ese edificio ancho, el de la gruesa puerta de madera! ¡Vamos, vamos, vamos! —susurró Carrion.

Empujé a Hayden hacia la puerta. Él giró el pomo, pero esta no se abrió.

—Por los dioses vivos. Apártate. —Iba a echarla abajo de una patada si hacía falta.

—No, no, ¡espera! —Hayden alzó una mano para pedirme que aguardase—. Es que a veces se queda trabada. —Apoyó el hombro en la madera y dio una buena sacudida—. Solo hay que… tratarla con… cariño…

La puerta se abrió.

¿Cómo podía saber dónde estaba si no veía? No había tiempo para digerir aquel dato. El agotamiento me clavó sus garras. Mis

sombras se disipaban. Miré por encima del hombro y vi que el aire se despejaba, jirones de seda negra se desintegraban ante mis ojos.

«¡Dentro! ¡Dentro!», me instó el mercurio, tan alto como cuando estaba en Gillethrye.

Carrion me miró a los ojos, con una preocupación idéntica a la mía.

—Después de ti.

Me hizo un gesto para que entrase. Hayden ya había cruzado el umbral y había desaparecido en el interior. Solté una maldición en voz baja y pasé bajo el dintel. Mis sombras ya se habían desvanecido. Dentro hacía un calor abrasador, un fuego que…

—¡Joder! —Sentí una punzada de dolor entre los omoplatos. Me dio vueltas la estancia entera ante los ojos. Me había golpeado algo duro. Algo muy duro, joder. Dejé escapar todo el aire de los pulmones, pero mantuve el equilibrio—. Por el quinto círculo del infierno, ¿qué cojones…?

Me giré hacia mi atacante, pero me topé con Carrion, que bloqueaba mi camino frente a un anciano canoso que enarbolaba un atizador de chimenea.

—¡Eh, eh, eh! —Carrion alzó las manos—. ¡No hagas ninguna tontería! Ha sido un golpecito en la espalda.

—Le estaba apuntando a la cabeza —dijo el anciano con tono rabioso—. Es que no esperaba que este cabrón fuera tan alto.

¿Cómo que un golpecito en la espalda? Un golpecito en la espalda no dejaba un puto moratón. Di un paso al frente, listo para apartar a Carrion a la fuerza si hacía falta, pero el contrabandista me agarró de los hombros.

—No le hagas daño, Fisher, por el amor de los dioses…

—Ha intentado hundirme el cráneo, Carrion.

El humano apartó él mismo a Carrion de un empujón. Su pelo debió de ser castaño oscuro en su día, pero ahora estaba estriado de canas. Tenía la cara cubierta de arrugas. Era fuerte y ancho, como un toro. Enorme, según los estándares humanos. En sus ojos ardía fuego. Se plantó ante mí y espetó:

—¿Y qué querías que hiciera, eh? ¡Eres tú quien ha entrado a la fuerza en mi forja!



Tal y como lo contaba Saeris, Elroy era un hombre de compañía muy agradable. Hablaba de él con cariño, pero mi primera impresión de él no fue tan favorable. Me palpitaba la espalda y empezaba a notar un dolor de cabeza provocado por la tensión…, una dolencia que no calmaban los broncos susurros del cristalero.

—¡No puede entrar aquí! —El anciano no se había apartado de la puerta desde que llegamos. Quería que nos largásemos—. No os podéis quedar. Hayden sí, pero este fuera.

Carrion no tenía dotes de negociador.

—Cálmate, Elroy. No pasa nada. Solo necesitamos un sitio donde escondernos un par de horas hasta que todo se calme ahí fuera.

—No lo voy a repetir. Sé quién es. Sé qué tipo de problemas le pisa los talones.

Hayden se había agazapado junto a una hilera de herramientas pesadas y gastadas que colgaban de la pared. Dio un paso al frente y habló, recordándonos que estaba en la habitación:

—Dice que Saeris está viva, Elroy.

—No lo pongo en duda. —El anciano me dedicó una mirada acusadora de ojos entrecerrados—. A fin de cuentas se trata de Saeris. Por supuesto que está viva. Pero parece que por culpa de este ha pasado de la sartén a las brasas, ¿a que sí?

Carrion se deslizó detrás de mí y pegó la espalda a la puerta para que Elroy no pudiera abrirla.

—No es ningún rebelde, El.

—Eso se ve a la legua. Es un guerrero fae, y encima es tan sutil como un martillo. —Sacudió el extremo del atizador que enarbolaba ante mi cara—. Esas sombras que has lanzado por toda la ciudad

podrían habernos matado. ¿De qué habría servido algo así a tu causa?

¿Matarlos a todos? Dios, cómo le gustaba el drama a aquel tipo.

—Pues la verdad es que habría sido de gran ayuda. Si todos los habitantes de Zilvaren se muriesen, yo podría irme a mi casa —gruñí.

—¡No lo dice en serio! No lo dice en serio. Vale, vamos a intentar respirar hondo todos. —Carrion se pasó la mano por los cabellos y caminó en círculos frente a la puerta—. Tendrás que perdonar a mi amigo, aquí presente. Viene de un clima más frío. El calor lo pone irritable.

—¡No te disculpes por mí! —Estaba a punto de darle una bofetada con la mano abierta—. Si este viejo esperaba cordialidad, que no me hubiese atizado, ¿no?

Unos gritos provenientes de la calle cortaron de raíz cualquier tipo de réplica que Elroy estuviese a punto de soltar. El suelo retumbó bajo el peso de muchas botas. En la forja había una única ventana, pequeña y cerrada. Hayden entreabrió los postigos apenas un centímetro y se asomó, taciturno, con cara de estar viendo cómo acababa el mundo.

—No podemos volver a salir ahí fuera —dijo—. Aún no.

—Tú no te vas a ninguna parte —dijo Elroy—. Saeris me colgaría si se enterase de que te he dejado marcharte con él.

Yo enseñé los dientes.

—¿Y quién te crees que me ha enviado a buscarlo, viejo?

—¡Ya está bien, hombre! —Carrion había echado mano de un martillo. No le había sido difícil encontrarlo, teniendo en cuenta dónde estábamos. Lo alzó como si de un mazo se tratase, con una mirada muy seria en la cara—. A mí me suele gustar discutir por discutir, pero en los últimos días me han picado un millón de escorpiones, he tenido que asesinar a un loco y acabo de ver arder a la mujer que me cuidó y me protegió. Así que se acabó, coño ya.

Se encogió de hombros y soltó aquella risa despreocupada y pícara suya, pero yo oí cómo se le quebraba la voz. Elroy también lo

oyó. Asombrado, vi cómo se le pasaban las ganas de pelea al anciano.

—Siento mucho lo de Gracia, Carrion. De verdad que lo siento.

Carrion bajó el martillo.

—Era mayor ya. —Lo dijo sin la menor emoción. Como si se hubiese repetido lo mismo un millón de veces en las últimas horas y esas palabras fuesen lo único que impedía que se rompiese del todo—. Me habría gustado poder despedirme de ella. Era… la última de su linaje. Ya no habrá más miembros de la familia Swift.

Yo sentí la gravedad de aquellas palabras en los huesos. Las mujeres de la familia Swift habían cuidado a Carrion y habían servido de excusa a su existencia durante siglos. Para el mundo exterior, habían sido sus hermanas. Sus madres. Sus tías. Sus abuelas. Pero en realidad habían sido sus amigas, sus guardianas. Y ahora habían desaparecido. Carrion llevaba viviendo en Zilvaren mucho, muchísimo tiempo, pero jamás había estado allí sin la compañía de una Swift.

En honor al dolor que estaba soportando el contrabandista en ese momento, reprimí la irritación e inspiré hondo para calmarme.

—Dime, Elroy, ¿cuántas de las promesas que le has hecho a Saeris has roto?

El humano entrecerró los párpados.

—Ninguna.

—Yo tampoco he roto ninguna de mis promesas. Y pienso seguir así. No te equivoques, viejo, estoy dispuesto a quemar mundos enteros para mantener la palabra que le he dado. No hay una sola persona en este reino o en cualquier otro que no esté dispuesto a sacrificar para no decepcionarla. Le prometí que llevaría a su hermano a casa. ¿Piensas poner a prueba mi resolución?

Un gran estruendo sacudió el aire fuera, seguido de un penetrante chillido. Elroy me clavó la mirada y las arrugas en torno a sus ojos se acentuaron apenas una fracción. Yo le devolví el escrutinio, sin amilanarme. El anciano apartó la mirada.

—No, supongo que no. —La resignación pintaba sus palabras—. Pero el chico debería poder decir algo al respecto, ¿no te parece? Dices que has prometido llevarlo a casa…, pero esta es la única casa que conoce.

Muerte. Hambre. Opresión. Odio. Esos eran los cimientos sobre los que se levantaba Zilvaren. No era de extrañar que la ciudad no se sostuviese en pie. Aquel sitio no era hogar para nadie. Era una jaula. Una sentencia de muerte. Pero el anciano tenía razón: la decisión estaba en manos del chico.

A regañadientes, asentí.

Tres pares de ojos se giraron hacia Hayden Fane.

Dioses, no se parecía en nada a ella. En absoluto. Sin embargo, cuando cruzamos la mirada, vi la resolución en sus ojos, en la mandíbula apretada, y ahí capté una fugaz sombra de Saeris. Una parte de ella que sí reconocí. Algo en lo que apoyarme.

—No pasa nada, Elroy —dijo Hayden—. Quiero ir con él.



Carrion se lo explicó todo. Yo me quedé sentado junto a la ventana, contemplando a los ciudadanos de Zilvaren, que poco a poco se dispersaban y volvían a sus casas. Pasaron las horas mientras yo escuchaba el relato de Carrion. De vez en cuando, una patrulla de guardianes pasaba marcando el paso junto a la forja, con un sonoro repiqueteo de armaduras y pies que golpeaban la arena con toda intención. Rara vez había tantas y tan numerosas patrullas de guardianes en el Tercero. Saeris había explicado que muchos de ellos creían la mentira que perpetuaba Madra: que el Tercero era un distrito infectado. Con la plaga. Iba en beneficio de la reina que los soldados tuviesen miedo a la gente del Tercero. Ningún ejército era efectivo si no odiaba al enemigo.

Elroy caminaba en círculos por la forja mientras escuchaba a Carrion. De vez en cuando accionaba el fuelle y echaba oxígeno al

fuego que ardía en la fragua. Reconocí en él movimientos de Saeris. El modo en que sostenía las herramientas, el modo en que se desplazaba por aquel espacio. Sin embargo, era el modo de moverse de Elroy, yo lo sabía. A fin de cuentas, había sido él quien le había enseñado a Saeris a trabajar en la forja. No interrumpió en ningún momento a Carrion, ni siquiera cuando este le habló de los fae. De su transformación. De los portales entre aquel mundo e Yvelia. Hayden, por su parte, sí que interrumpía mucho, cautivado, con los ojos como platos. Pero el anciano no. Él lo fue digiriendo todo.

Cuando Carrion acabó de hablar, Elroy se dejó caer pesadamente sobre un taburete desvencijado con pinta de ser más viejo que él mismo. Parecía soportar sobre los hombros el peso de todo un reino. Yo me aparté de la ventana y me encaré con él, con los brazos cruzados.

—Estabas al tanto de todo esto, ¿verdad? —dije.

Estaba claro. Había dicho que yo era un guerrero fae. Sabía que mis sombras habían ocultado la luz de los soles. Ni siquiera había parpadeado cuando entró Carrion en su forja, mucho más alto que antes, con orejas puntiagudas y unos dientes capaces de causar mucho daño.

Lo había sabido.

Elroy me miró, y vi la verdad en sus ojos. Yo tenía razón: lo sabía todo.

—Muchos cuentan historias sobre el pasado, cuando tu raza aún visitaba Zilvaren —dijo.

Le lancé una mirada decepcionada.

—No, no es por eso. Inténtalo otra vez.

Cansado, se encogió de hombros y negó con la cabeza.

—Está bien, tienes razón. Sé de la existencia de los fae desde siempre. —Señaló con el mentón hacia Carrion—. Y también he sabido siempre lo de este.

—¿Disculpa? —preguntó Carrion con la voz tres octavas más aguda de lo normal—. ¿Cómo que siempre lo has sabido? ¿Siempre has sabido que…? —Hizo un aspaviento y se quedó contemplando el

techo—. ¿No te parece que podrías haberlo mencionado? Digamos, en cualquiera de los centenares de interacciones que hemos tenido a lo largo de los años.

—¿Para qué? —Elroy parecía verdaderamente confundido—. No habría cambiado nada. Habrías seguido siendo un contrabandista insufrible y bocazas con tendencia a robar mis objetos de cristal.

—¿Tú crees? Pues quizá a mí me habría venido bien charlar con alguien que supiese quién era yo de verdad. A lo mejor habría estado bien… Bueno, mira, da igual. Olvídalo. Tienes razón, no habría cambiado nada. Habrías seguido siendo un cretino desgraciado sin el menor sentido del humor.

Elroy se inclinó en el taburete y apoyó los codos en los muslos para unir las manos.

—Tenías a Gracia. —Sonaba agotado.

—Pues sí —asintió Carrion—. Y con eso bastaba. Pero era una persona entre millones. Habría estado bien tener dos en lugar de una.

—Bueno, pues lo siento, ¿vale? Pero se suponía que no debía decirte que lo sabía. Había reglas que se suponía que había que respetar, y…

—¿Qué reglas?

Yo me sentía extraño. Tenía demasiado calor. Podía deberse al hecho de estar en la forja, en un reino en el que ya hacía un puto calor desquiciado. Sin embargo, aquello era diferente. Notaba los latidos del corazón por todo el cuerpo.

Elroy resopló, con todas las arrugas contraídas en una expresión de enojo. Aun así, respondió:

—No hablar con nadie de los fae. No hablar con Carrion de los fae. No hablar con nadie de usuarios de magia que conociese. Ese tipo de reglas.

—¿Y quién te pidió que las cumplieses?

—Mi padre —dijo él—. Igual que mi abuelo a él. Soy maestro de forja, guerrero. Hijo de maestros de forja. La familia Swift no fue la única con una misión que pasaba de generación en generación.

Gracia y su gente vigilaban al chico. Mi gente y yo teníamos otro cometido.

Yo ahora oía el pulso en los oídos.

Pum-pum.

Pum-pum.

Pum-pum.

Tragué saliva y dije, mi voz apenas un susurro:

—¿Qué cometido?

Elroy esbozó una media sonrisa y se pasó la lengua por los dientes. Se palmeó los muslos y se levantó.

—Creo que será mejor que te lo enseñe.



—No estoy ofendido, de verdad que no. Solo me siento un poco… afrentado.

Carrion no dejó de quejarse desde que el cristalero apartó el tapiz que cubría una pared para revelar una puerta secreta. Lo único que ocultaba la puerta era un pequeño resquicio de magia hábilmente entretejida. Elroy se pinchó el dedo y restregó una gotita de sangre contra la pared. Los pesados bloques de arenisca retrocedieron con un chirrido que se propagó por la forja y me hizo rechinar los dientes.

Al otro lado había unos escalones descendentes. Elroy agarró una antorcha y bajó, con Hayden detrás. Carrion me seguía a mí, con lo cual fui yo quien se tuvo que tragar toda la retahíla de quejas.

—Siglos. ¡Siglos! Aquí ha habido tejemanejes de los fae durante años, justo delante de mis narices, y a nadie se le ocurrió hablarme de ellos. A mí, el único miembro de la raza de toda Zilvaren.

—Tu amigo dice que tenían sus motivos —murmuré por encima del hombro.

—Pues nada, sus motivos debían de tener.

Yo no sabía si era verdad, porque los humanos mentían todo el tiempo, a veces porque sí. Que yo supiera, todo aquello podía ser invención de Elroy, aunque no tenía ningún motivo para mentir. Al menos que yo supiera.

Las escaleras descendían sin fin. Y descendían, y descendían…

Las paredes no eran de arenisca, sino de granito. Piedra suave, fría y dura. El tipo de piedra capaz de resistir el paso del tiempo y las inclemencias de la arena. Fuera donde fuera donde Elroy nos llevaba, lo hacía en silencio. Lo único que yo veía por encima del hombro de Hayden era su nuca y el cabello gris largo hasta los hombros. Sin embargo, sí que sentía la tensión que manaba de él; la sentía tan fuerte que casi se confundía con la mía propia.

—¿Cuánto falta? —preguntó Hayden en tono suave. Había intentado que nadie más que Elroy oyese la pregunta, pero no sabía nada del agudo oído de los fae. Sonaba nervioso.

—Doscientos escalones más o menos —respondió Elroy.

—¿De cuántos?

—Mil doscientos veintitrés. —El susurro de Elroy reverberó por las paredes.

Al cabo llegamos al fondo de las escaleras. Ante nosotros se abría un espacio amplio y cubierto de sombras. Cuando vi lo que allí había, sentí como si un caballo me hubiese dado una coz en el pecho. Me quedé boquiabierto.

—Por los dioses y los pecadores…

—¿Qué? ¿Qué pasa? —siseó Hayden—. ¿Qué estás viendo?

—La manera de escapar de todo este lío —respondió Carrion, sin aliento.

Él también estaba boquiabierto. Contemplaba las columnas que sostenían los arcos del techo, los montones de armaduras apiladas, las monedas, los cálices, los arcones llenos de objetos de metal. Y, por fin, posó la vista sobre el tranquilo estanque en el centro de la cavidad…

Una chispa de luz brotó al otro lado de la caverna. En un primer momento no fue más que un pequeño resplandor anaranjado y

dorado. Pronto brotó otra chispa de luz, y luego una tercera. Elroy recorrió el perímetro del espacio encendiendo una antorcha tras otra. Yo me había quedado tan absorto contemplando el contenido de aquella cueva del tesoro que ni siquiera me había dado cuenta de que se había alejado. Para cuando hubo encendido la mitad de las antorchas en los apliques y regresó con nosotros, la caverna estaba bañada de una luz tenue, suficiente para ver el interior.

Los ojos de Hayden se desorbitaron. Dio un paso hacia el gigantesco estanque. Era el primero que veía: estaba hundido, con unos escalones que descendían a la sólida superficie.

«Habéis venido, habéis venido. Venido. Habéis venido…».

Aquel sonido inundó mis oídos. Volvía a sonar muy fuerte. Muchas voces, a puñados. Todas hablaban a la vez. Yo no había oído las voces tan alto desde que Iseabail y Te Léna habían empezado a colaborar para sanarme.

«Venid con nosotros. Venid, venid, venid…».

Hayden echó la cabeza hacia atrás y contempló con ojos entrecerrados la superficie reflectante del metal que dormía al fondo del estanque.

—¿Qué es eso? —preguntó.

Elroy gruñó y carraspeó con tono gruñón.

—Eso, chico, es una peligrosa cantidad de mercurio.

26



AL FINAL

SAERIS

«Habéis venido, habéis venido. Venido. Habéis venido…».

Las palabras resonaron con fuerza dentro de mi cráneo.

«Venido. Venido. Habéis venido…».

Ammontraíeth entero se detuvo y cayó de rodillas a mi paso. Corrí por los pasillos hacia las entrañas del palacio, a la cueva que albergaba el mercurio de la Corte de Sangre. Los ojos afilados y fríos de hilera tras hilera de altasangre me siguieron mientras corría.

El sepulcro estaba tal y como lo habíamos dejado Kingfisher, Carrion, Lorreth y yo misma. Nuestras huellas seguían en la gruesa capa de polvo en el suelo. El borde del estanque continuaba roto: una larga grieta con forma de relámpago cruzaba la obsidiana en dirección a la puerta. Allí me había despedido yo de Kingfisher. Él me había besado y me había abrazado, y yo me había sentido segura.

Ya no me sentía segura. Lo que sentía era que estaba a punto de explotar. Mis terminaciones nerviosas chillaron al acercarme corriendo al estanque y… y…

¡Mierda! ¿Qué se suponía que tenía que hacer?

«Has venido. Has venido. Venido…».

Las palabras resonaron por el sepulcro. Vacías. Singulares. Se me hundieron en los huesos, reverberando, llamándome.

«Únete a nosotros. Ven a nosotros. Únete a nosotros. Te ayudaremos…».

Yo había dejado la reliquia en la forja. La última vez que había entrado en el mercurio había sido sin reliquia. Los dioses me habían ayudado a pasar. Había sido instantáneo: en apenas un momento, Fisher me había sujetado en sus brazos. Al siguiente me había despertado en un campo de hierba alta, junto a dos diosas que soltaban risitas. Fisher pensaba que mi sangre de alquimista impedía que el mercurio me afectase como le había afectado a él en su día, pero ¿de verdad era así? Si me hundía ahora en el mercurio, ¿me volvería loca? ¿Aquella cosa me mataría?

«Ven. Ven a nosotros. Únete a nosotros…».

¿O quizá entrar en aquel estanque sería lo único que podría salvarme? ¿Estaría ahí la clave de mi magia? ¿Tendría que hacerlo para vincularme al mercurio? ¿Para demostrarle que confiaba en él?

No tenía tiempo de pensármelo. Debía hacer algo. La luz de mis runas iluminó el sepulcro, tan brillante que me hizo daño en los ojos. Crecía, tirante, palpitante, ascendente. Era más poder del que yo podía comprender. Quería salir de allí, ser libre. No quería morir, joder.

No me quedaba alternativa.

«Sí. Sí, ven a nosotros». La voz del mercurio era hipnótica. La estancia giró a mi alrededor. Cerré los ojos y di rienda suelta a mi poder.

El vacío que cayó sobre mí me devoró entera.

No había luz.

No había arriba.

No había abajo.

Aquello era la inmortalidad. Mirarla a los ojos era como contemplar un agujero negro. El miedo pasó sus dedos gélidos por mi mente y me paralizó.

«Respira, Saeris. No cedas».

El miedo sería mi ruina. No pensaba cederle el control al mercurio. Me retiré dentro de mí misma, en busca de algo que ya era parte de mí. Aquel oleaje de magia me asustaba. Siempre que lo había sentido, furioso, justo bajo la superficie de mi consciencia, me había apartado de él, por miedo a su inmensidad. Me había preocupado no ser capaz de encontrar el camino a la superficie si permitía que aquel poder se me tragase. Eso me seguía preocupando. Pero la tormenta no pensaba escampar esta vez. No hacía más que crecer a cada segundo que pasaba.

Me zambullí en el caudal de mi poder. De inmediato me vi arrastrada.

Oh, dioses. Era demasiado. Estaba…

Tirando.

Empujando.

Estirando.

Gritando.

Girando.

Nadando.

Descendiendo.

Ahogándome…

«Respira, Saeris. Respira, o se acabó todo».

Jadeé, intentando respirar, obligando al aire a entrar en mis pulmones.

«No tengas miedo. Esto es parte de ti. Una parte de ti misma que aún no conoces. Puedes hacerlo. Cuando no tenías a nadie en quien apoyarte, recurriste a ti misma. Cuando nadie acudió a ayudarte, cuando nadie os salvó a ti y a Hayden de morir de sed, fuiste tú quien se encargó de salvaros a ambos. Sálvate ahora, Saeris. Puedes hacerlo».

Dejé de luchar contra el caudal. La magia hormigueó por mis terminaciones nerviosas. Estaba ahí mismo, tangible, maleable, en la punta de mis dedos: una energía cruda, divina. Abrí los ojos y esperé verla ahí, visible, apreciable a simple vista. Sin embargo, mis

dedos tenían un aspecto normal. Mi escudo llameó con una energía blanco-azulada. Alargué mi consciencia hacia el mercurio, lo invoqué.

Me resultó tan sencillo como respirar.

Decidí que el portal estaba abierto, y de repente así era. La diferencia era asombrosa. Lo sentí de manera natural, pero no era momento de celebraciones. Aún me encontraba en mitad del proceso.

Dioses, si no lo conseguía, iba a parecer una estúpida de tomo y lomo. Mi compañero había sufrido horriblemente por culpa del mercurio. Había estado condenadamente cerca de ver su mente destruida en incontables ocasiones, y yo lo había podido presenciar de primera mano. Sin embargo, Kingfisher no era alquimista.

Entré en el estanque antes de poder pensármelo dos veces. Noté el metal líquido en los tobillos, gélido. El frío me atravesó las botas, los pantalones. El dolor me subió por las piernas. El estanque se removió violentamente, salpicando y burbujeando como agua que hierve en una olla. Todo pasó muy rápido. De forma inesperada. Cada parte de mí me gritó que saliese de allí. Que huyese. Que estaba cometiendo el mayor puto error de mi vida. El mercurio formó remolinos, como afluentes de un río, y empezó a subir por mi cuerpo. Al verlo, recordé lo sucedido en el Salón de los Espejos. El capitán Harron me acababa de atravesar con una espada. Yo había derretido su daga, y el metal le había subido por el cuerpo igual que ahora, tentando, buscando, intentando dar con el modo de metérsele dentro.

«¿Saeris? ¡Saeris! ¡Detenlo! No… no lo entiendes…».

Me había suplicado por su vida, aterrado por lo que el mercurio podía hacerle. Y con razón, porque lo había vuelto loco.

«Puedo con esto».

El mercurio me llegaba ya a la cintura. El frío me permeó la camisa mientras ascendía cada vez más. Apreté los puños, cerré los ojos y me preparé.

«Puedo con esto».

«Mestiza, ¿quién eres tú para merecer nuestra bendición?».

El mercurio ya me cubría la piel. Los brazos. El cuello. Estaba dentro de mi cabeza. Estaba por todas partes…, una presencia grácil y ajena. No sonaba tan roto como siempre. Era un poder primitivo, más viejo que el mismísimo universo. Y toda su atención estaba centrada en mí.

«Soy una alquimista».

No me atreví a abrir la boca. Me daba demasiado miedo que mis palabras se convirtieran en un grito, así que las pronuncié solo en mi mente.

«Eres una farsante», me acusó la voz.

«Me llamo Saeris Fane…».

«Tu nombre es ruina», resopló la voz. «Plaga. Eres tú quien obra maldiciones. No mereces vivir».

«¡Sí que lo merezco!».

«Hay quienes lo merecen más».

«Sí, pero soy yo quien está ante vosotros». En mi pecho se arremolinaba la rabia de toda una vida, condensada en un único punto al rojo vivo. Cada día en Zilvaren me habían dicho que yo no valía nada, que mi vida no importaba, que no merecía vivir. El desdén de Madra hacia mi gente era tan profundo que incluso los habitantes del Tercero habían llegado a creer que no valían nada.

Bueno, pues yo no pensaba creerlo. Ya no.

—Estoy ante vosotros —dije, esta vez en voz alta, sin miedo—. Soy digna.

«Solo quienes no son dignos buscan el poder».

—¡Yo no busco el poder! No he pedido nada de esto. ¡Lo que busco es la paz! Quiero que mis amigos y mi pueblo estén a salvo.

«¿Y estás dispuesta a emplear tu poder para conseguir ese fin?».

Había algo malicioso en el tono de quien hablaba, aunque a mí me parecía que no era el mercurio. Era algo distinto a un portal mágico con consciencia…, algo que intentaba engañarme. Mi mente iba a mil por hora.

—No lo voy a emplear para nada. No es… un arma. Es solo parte de mí.

«Niñata estúpida. El poder siempre es un arma. Si no la enarbolas, te enarbolará a ti».

Hubo una explosión de dolor detrás de mis ojos. El mercurio me llegó a la boca, se introdujo por mi garganta, se me metió por las orejas.

«¡No sé qué quieres de mí! No sé qué necesitas…».

«¡Úsalo!», espetó quien hablaba. «Un horizonte oscuro se cierne sobre ti. ¿Qué estás dispuesta a hacer para evitarlo?».

«¡Cualquier cosa!».

«¿Estás dispuesta a morir?».

«¡Sí!».

«¿Estás dispuesta a matar?».

«¡Sí!».

«¿Estás dispuesta a sacrificar lo que te es más preciado?».

Abrí la boca… y no salió nada. Intenté pronunciar la palabra, pero no pude.

—No —dije—. No puedo. A él no lo sacrificaré.

La tumba se quedó en silencio. La voz del mercurio se calló. Una oleada de pura alarma me recorrió. Y de pronto, cesó. Había sido una prueba y yo había fracasado. Sentí que las garras del mercurio invadían mi mente y se hundían en ella, afiladas y crueles.

«Bien», ronroneó la voz.

Bien. Un momento, ¿cómo que bien? ¿Acababa de decir «bien»?

—No… no comprendo.

«Todo alquimista ha de tener algo que le dé miedo perder».

El frío que me cubría los huesos empezó a disminuir. El dolor penetrante en mi cabeza se desvaneció lentamente. Volví a centrar la vista en la tumba. Empecé a llorar. Cuando me enjugué las lágrimas, mis dedos estaban manchados de plata.

«La senda está clara», declaró la voz. «Recibe este don con miedo, entre temblores. Al final será tu final».

Salí volando del estanque. Golpeé la pared con un crujido que me aplastó los huesos…

… y todo se volvió negro.

27



LO HECHO HECHO ESTÁ

KINGFISHER

—En mi familia somos trabajadores del metal. ¿Quién iba a encargarse si no?

Rodeé el estanque de mercurio, sin entender del todo lo que estaba viendo. Aquello no tenía sentido.

—Jamás había visto un estanque tan grande como este. Tanta cantidad de mercurio en un solo lugar es inaudita.

Aquel dato pareció impresionar a Elroy.

—¿En serio? Vaya. Nos hemos pasado años llenándolo. Cada vez que llegaba a nuestra forja un trozo de metal que contuviese mercurio, lo refinábamos. Lo sacábamos del arma o la joya que lo tuviese y lo dejábamos aparte. Hasta hace poco no eran más que virutas de metal separadas. Pero, cuando se llevaron a Saeris, todo el metal se convirtió en líquido. Fue entonces cuando se fusionó y se convirtió en esto. —Hizo un gesto hacia la gran masa de mercurio—. Yo sabía que Saeris había tenido algo que ver. Jamás ha podido resistirse a tocar armas que no le pertenecían. Supuse que había extraído la espada, y…

—¿Sabías lo de la espada?

—Pues claro. —Elroy pareció perplejo ante mi pregunta—. Solace. La espada que mantenía los portales cerrados. La espada fae. Evidentemente, jamás la he visto en persona. Pero sí que vi dibujos de ella cuando era un crío.

—¿Y dónde están esos dibujos? Necesito verlos.

—Ya no existen —dijo Elroy—. Ardieron en un incendio cuando yo rondaba los quince años. A mi padre le gustaba tomarse por las tardes un whisky, o más bien cinco. Un día se quedó dormido y el fuego de la chimenea se extendió sin control. Devoró toda la planta baja de la forja. El humo por poco lo mató.

—O sea, que no queda nada. Ningún documento…, ningún libro.

El cristalero negó con la cabeza.

—Nada. Yo mismo me encargué de quemar hace años los pocos documentos que sobrevivieron al incendio.

—¿Qué? ¿Por qué? —Yo iba a hacer esa pregunta, pero Carrion se me adelantó—. ¿Qué motivo pudo llevarte a hacer algo así?

—Lo hice por Saeris —dijo Elroy, con tono duro y frío—. Tenía más poder del que era consciente, y no se le daba nada bien esconderlo. El aire mismo de la forja temblaba cada vez que entraba por la puerta. Incluso de niña, las putas herramientas temblaban en las paredes cuando pasaba cerca. —Miró a Carrion con el ceño fruncido—. Debías de estar ciego para no darte cuenta.

—Eh, que yo no tenía ninguna experiencia con la magia. Supongo que algo sí noté, pero a mí lo único que me parecía era que estaba muy buena. —Se encogió en mi dirección y puso una mueca—. Perdón.

Un rugido iracundo reverberó por la caverna, pero no era yo. Hayden parecía a punto de liarse a puñetazos con Swift.

—Vale, vale, vamos a olvidarnos de que he dicho eso, ¿os parece?

Elroy resopló y continuó:

—La acepté como aprendiz para tenerla vigilada. Pero cuando su madre murió… —Hundió la cabeza y tragó saliva, bajando la vista hacia sus polvorientas botas—. Cuando su madre murió, Saeris y el chico se quedaron sin nadie. La energía que la seguía no dejaba de

aumentar. No podía tenerla aquí todo el tiempo. Me dolió tener que echarla, pero ahí fuera estaba más segura. Si un guardián hubiese entrado en la forja y notado lo mucho que se enrarecía el ambiente cuando estaba presente, se la habrían llevado.

»No podía arriesgarme a conservar esos documentos porque podían condenarla a ella y a todos nosotros también. Por eso los arrojé al fuego. En ese momento dejé de refinar mercurio. Trabajar con ese metal del demonio conduce a la locura y a la muerte. Ya vi lo que le hizo a mi padre. No vi lo que le hizo a mi abuelo, pero mi viejo sí, y según lo que me contó, fue bastante desagradable. Hace tiempo que acepté mi destino. No me importaba proteger este secreto cuando estaba solo, aunque me costase la vida. Pero Saeris necesitaba a alguien, y yo no pensaba abandonarla.

¿Qué había en esos documentos que pudiera condenar a Saeris? Empezaba a sospechar cuál era la respuesta, pero no sabía cómo abordarla en mi mente. Me senté en el borde del estanque y reflexioné, intentando decidir cómo debía sentirme.

—Lo hecho hecho está —dijo Carrion a mi espalda—. Al menos esto significa que ya no tenemos que regresar al palacio.

Yo extendí los dedos, la palma de la mano a un centímetro sobre la superficie del mercurio. Dioses, cómo lo odiaba. Pero también lo adoraba. Tenía que hacerlo; el mercurio me había dado a Saeris. Sin el mercurio habríamos vivido nuestras vidas en reinos separados, jamás nos habríamos conocido. A veces era como si el mercurio nos conectase. Lo que quedaba en mi ojo se volvía más activo en su presencia. Cuando Saeris no estaba, el mercurio reflejaba de algún modo cómo se sentía. Resultaba difícil de explicar. Incluso en ese momento era como si pudiera sentirla, a pocos centímetros…

—¿A qué te refieres? —pregunté como respuesta al comentario de Carrion.

—¿Eh?

—¿Por qué no tenemos que regresar al palacio?

Carrion se echó a reír.

—Me parece bastante evidente, ¿no? Cuando Saeris despierte al mercurio, todos los estanques despertarán, no solo el del palacio. Este estanque también. No tendremos que entrar a hurtadillas en el palacio ni burlar a los guardias. Yo desde luego doy las gracias por no tener que volver a llegar luchando hasta el Salón de los Espejos, que fue una absoluta…

Había muchas partes del plan que yo no le había contado a Carrion. Él siguió parloteando, con alivio en la voz, sin saber que aún no veía la imagen completa. Habría sido difícil volver a entrar en el palacio, pero yo habría encontrado la manera. Ahora, Hayden y él podrían usar aquel estanque para viajar a Yvelia. Yo, en cambio, iría por el estanque del palacio… después de descubrir si era Madra quien estaba enviando infectados desde Zilvaren y cómo lo hacía. Después de matar a la reina inmortal y equilibrar la balanza de la justicia.

Empecé a explicárselo:

—No puedo ir con vosotros. Cuando crucéis, decidle a…

El estanque explotó. El mercurio, ya líquido, salpicó por todas partes. Me cayó en el brazo, en el pecho. Me aparté de un salto e invoqué de inmediato una réplica de Nimerelle del pozo de mi magia.

—Pero ¿qué cojones…? —Hayden intentó retroceder a toda prisa y cayó de culo—. ¿Qué pasa?

—Nada bueno —dijo Elroy entre dientes—. Atrás. No dejéis que os toque la piel.

—No pensaba hacerlo.

—Tú. Toma. —Aún no le había dado a Hayden el anillo que Saeris había hecho para él. No me había parecido que hiciera falta todavía. Se lo lancé y el chico lo atrapó en el aire—. Póntelo y no te lo quites.

El mercurio se removió, burbujeando de un modo que yo no había visto nunca.

—Ten cuidado —dijo Carrion, y me señaló el pecho.

Me corría el mercurio por la placa pectoral, me goteaba de los dedos. Inerte. Inofensivo, gracias a la reliquia que me colgaba del cuello y me protegía. Sin embargo, yo no lo oía. Y siempre podía

oírlo. Incluso el fragmento que quedaba dentro de mí había guardado silencio. El mercurio que había aterrizado sobre mí se derramó y me abandonó. Corrió por el suelo hasta el estanque.

—¿Acaso he perdido la noción del tiempo? —preguntó Carrion—. Se suponía que el estanque no se iba a abrir hasta dentro de como mínimo doce horas, ¿no?

—Exacto.

—Y entonces, ¿qué pasa?

—No lo sé. Saeris debe de haberlo abierto. Es la única alquimista que existe, que nosotros sepamos.

—Que nosotros sepamos —repitió Carrion, poniendo énfasis en cada palabra—. ¿Y si hay otros? ¿Y si…?

—Calla un momento, estoy pensando.

Carrion tenía razón. Existía la posibilidad de que hubiese otro alquimista por ahí. Poco probable, pero, aun así, posible. Era más probable que Saeris hubiese despertado al mercurio por algún motivo, aunque a mí no se me ocurriera ninguno. Sería una medida desesperada…, lo cual implicaría que se encontraba en algún tipo de peligro.

El estanque seguía abierto, de momento. Podría cerrarse en cualquier instante.

—Voy a entrar.

No quedaba alternativa. Eché a andar hacia el estanque.

—Espera un momento. ¿No deberíamos pensárnoslo primero? —dijo Carrion—. A ver, esto podría llevar a cualquier parte.

—Recuerda que te lleva allá donde quieres ir. Da igual quién lo haya abierto, me llevará con Saeris. Comprobaré si es seguro y regresaré a por vosotros.

—¡No! Fisher, si vas a ir, yo también voy. No pienso esperar aquí sin saber qué demonios está pasando.

—Yo también voy. —Hayden no sonó tan seguro de sí mismo como Carrion, pero se acercó al estanque con él—. Si existe la posibilidad de que Saeris se encuentre en peligro, no pienso

quedarme aquí esperando. Ya la decepcioné la última vez que nos vimos; no quiero volver a hacerlo.

Dioses, qué exasperantes eran. Pero yo no tenía tiempo de discutir con ellos.

—Que así sea. Parece que aquí te dejamos, maestro de la forja —dije.

Elroy se rascó la barba.

—Estoy seguro de que volveré a saber pronto de vosotros.

En eso tenía razón. Yo iba a regresar. Aún tenía que matar a una reina.

—Pensad en Saeris —les dije al contrabandista y al humano, y me introduje en el mercurio.

28



SENESCAL

SAERIS

Me zumbaban los oídos. El aire estaba lleno de polvo. Abrí la boca y moví la mandíbula de un lado a otro, no muy segura de por qué me dolía tanto. Tenía la garganta en carne viva. Joder, también me dolía la parte de atrás de la cabeza. ¿Por qué estaba tumbada en el suelo? ¿Y dónde…?

El mercurio estaba despierto.

Por los putos dioses.

Di un salto y sentí una aullante punzada de dolor en la espalda. Me palpitaba la cadera. Se me habían clavado a la piel pedazos de roca quebrada. Aun así, cojeé hacia delante y alargué la consciencia hacia mi poder, sin pensar. Tenía que cerrarlo. Me recorrió la preocupación, como una cuerda de guitarra que vibrase en mi pecho. ¿Cuánto tiempo llevaba el estanque abierto? Me parecía que habían sido pocos instantes. Yo había estado dentro de él y luego había salido volando por los aires hasta golpear la pared.

Pero…

Ay, dioses. Algo estaba saliendo del estanque. Me apresuré a invocar al mercurio, que reaccionó enseguida sin protestar. Sin embargo, yo le estaba pidiendo que hiciera algo que ya no podía

hacer. No podía cerrar el portal mientras alguien lo atravesaba. Nadie me había dicho que eso no se podía hacer; lo supe en el momento.

Tuve que esperar.

Lo primero que asomó fue una coronilla de cabellos oscuros y ondulados.

Piel pálida.

El pánico empezó a descender.

Pero entonces…

Reconocí aquella cara. Solo la había visto una vez, pero conservaba el recuerdo. Aquel hombre apenas había hablado conmigo, pero yo recordaba bien sus palabras: «¿No te inclinas ante el rey, criatura?».

No recordaba su nombre. Había estado sentado junto a Belikon, en el pedestal, ofendido por mi falta de deferencia hacia su amo. ¿Cómo había dicho Belikon que se llamaba? ¿Orith? ¿Arriash?

El hombre era alto y estaba demacrado. Tenía la nariz torcida; la mandíbula, cuadrada y prominente. Con una piel arrugada como papel viejo y fino, y unos mechones de cabello que le caían sobre el rostro, no daba la impresión de estar sano. De hecho, parecía condenadamente enfermo.

—Ah. Saeris Fane. —Rechinó unos dientes ennegrecidos—. Gracias por abrir tan gentilmente la puerta para nosotros. Hace mucho tiempo que esperamos una invitación a Ammontraíeth. Quizá me recuerdes: me llamo Orious. Soy el senescal del rey.

Del cuello le colgaba una gruesa cadena con una esfera dorada. La agarraba con fuerza; sus dedos huesudos se aferraban a ella como si le preocupase que se la pudieran robar.

—¿Qué demonios es un senescal? —pregunté.

Orious meneó la esfera del colgante con aire pensativo.

—Soy un consejero. Tengo numerosas responsabilidades. Me ocupo de muchos asuntos en nombre del rey. Asuntos que no están… a su altura.

La implicación estaba clara: lo que había llevado a aquel gilipollas de aspecto anémico a través del mercurio no era lo bastante importante como para que lo hiciese el propio Belikon. Yo no era lo bastante importante. Asentí para mí misma.

—Ya veo. En mi tierra natal se conoce ese cargo como lamebotas.

—Cuidado con lo que dices, niña. Te interesa tenerme de tu lado.

—Prefiero que la gente que está a mi lado sea un poco menos siniestra. Aquí no estás entre amigos, Orious —dije—. Vuélvete por donde has venido.

Él soltó una suave risita y se colocó un mechón grasiento de pelo tras una oreja. Salió del estanque y se detuvo en el suelo de mármol agrietado.

—Me temo que eso no entra en mis planes. Verás, mis compañeros y yo siempre hemos querido viajar. —Su voz adoptó un tono malévolo y tenso—. Y mi señor me ha encomendado que venga a hablar contigo.

Bajó de un salto del borde del estanque, con los brazos extendidos, como una suerte de aspirante a depredador. Tras él brotaron del mercurio dos figuras, y luego tres más: guardias fae vestidos de terciopelo verde, con arcos prestos y flechas ya colocadas. Tenían los ojos afilados, las pupilas dilatadas, sin apenas espacio para el iris.

—Estamos en las tierras de la Corte de Sangre. Belikon no tiene ninguna soberanía aquí. Soy yo quien reina sobre…

—Cállate. —Orious hizo un ademán con aire de hartazgo—. No me aburras con semejantes ridiculeces. Tú no eres más que una niña sin la menor experiencia, atrapada en una prisión que se ha construido ella misma. No quieres estar aquí. Los vampiros altasangre no quieren que estés aquí. Será mejor que me escuches y me hagas caso. Mi señor me ha enviado a hacerte una oferta.

Hablaba con seguridad, pero no se me acercó. Los guardias tras él formaron una fila, con las flechas apuntando a mi cabeza.

—No me interesa oír ofertas de Belikon de Barra.

—El rey Belikon —ladró Orious— me ha enviado por su gracia aquí para plantearte estos términos. A mí, personalmente, me da igual que me hagas caso o no, no es asunto mío. Pero puede que pronto te arrepientas de no oír la generosa oferta que me ha mandado a presentarte.

—¿Y qué iba a necesitar yo de él?

—Sanasroth es una tierra baldía. Esta corte de la que te has apropiado está compuesta de refinados vampiros altasangre que gustan de organizar fiestas y beber sangre a sorbitos de cálices enjoyados. Pero ya verás lo pronto que se acaban los buenos modales cuando se les corte el suministro de comida, alteza. Verás lo rápido que se convierten en monstruos en cuanto se acabe la sangre. ¿Estás preparada para lidiar con las consecuencias de esa situación? ¿Eh?

¿Acaso había suministrado Belikon sangre a la corte de Malcolm durante su reinado? Fisher no lo había mencionado, y Renfis tampoco. No parecía probable, pero la cruel luz de los ojos de Orious decía lo contrario.

—Estoy seguro de que ya te habrás percatado —añadió—. Una extraña plaga se extiende por las tierras del sur. Una podredumbre negra que se traga la vegetación, que afecta a la fauna de modos sorprendentes. Ciervos, lobos, osos…, los infecta a todos con rapidez. La muerte es inevitable, al parecer. Para estas tierras ya es demasiado tarde…, pero mi señor está dispuesto a proporcionarte refugio ante el avance de esta vil enfermedad. Te ofrece resguardo en el Palacio de Invierno a cambio de una pequeña cantidad de concesiones por tu parte.

—A ver si lo adivino: se le ha quedado libre una plaza de alquimista y piensa que yo sería un buen añadido para su corte.

Tanto mis palabras como el tono en que las pronuncié me dejaron un sabor amargo en la boca. Orious esbozó una mueca sonriente de finos labios.

—Un buen añadido, sin duda. Tus servicios serán una pequeña parte del pago a cambio de tu seguridad. Y serías, por así decirlo, la

joya de la corona. Te agasajarían con buenas ropas, comida deliciosa, los mejores vinos…

—¿Y qué más? —le interrumpí—. ¿Qué más quiere a cambio de una seguridad que no puede proporcionarme?

Tras el intruso, las cuerdas de los arcos se tensaron. Uno de los guardias del Palacio de Invierno tragó saliva. Orious, con su túnica negra, sonrió.

—Mi rey desea que su amada hija vuelva con él. La echa mucho de menos. Le duele saber que se encuentra enferma y lejos de sus amantísimos cuidados.

—¿Y qué más?

—También quiere a Kingfisher. Engrilletado. Una ejecución púb…

Desenvainé a Solace. El aire zumbó con un poder chisporroteante al liberar el acero desnudo. Orious dejó de hablar y entrechocó índice y pulgar con aire impaciente.

—Por supuesto, hay otros detalles. Actos más pequeños sin trascendencia pero que serán señal de buena fe. En vista de tu reciente transición, ahora eres medio fae, con lo que se requiere que hagas un juramento ante la Roca Firinn…

—No pienso convertirme en una herramienta a manos de ese cabrón —dije, hirviendo de rabia. La lista de exigencias con la que había venido resultaba risible. ¿De verdad había pensado Belikon que me prestaría a nada de todo aquello?—. No voy a hacer ningún juramento. Nadie va a tocarle un pelo a mi compañero. Mis amigos y yo…

—¿Tus amigos? Ah, sí. —El muy cabrón se echó a reír y se acercó un paso—. Tus amigos. ¿Renfis de los Orithians? Es general juramentado del ejército del rey Belikon. ¿Lorreth de los Chapiteles Rotos? También es soldado juramentado en el ejército de mi señor. Y tu querido compañero… —Una mueca sonriente retorció sus facciones y lo convirtió en algo malvado—. Juramentado —susurró—. Mi señor los tendrá a todos ellos. Deberán cumplir su voluntad. Pero tú… —Alargó un dedo largo y retorcido hacia mí—. Si rechazas la generosa oferta de mi maestro, morirás en esta misma sala.

Juramentados, ¿eh? La puta Roca Firinn. Lorreth me habló en su día de ella. Tenían que arrodillarse ante ella al cumplir la mayoría de edad y jurar cumplir su palabra bajo pena de muerte durante el resto de sus vidas. Por honor. El muy cabrón estaba en lo cierto: todos y cada uno de los miembros de los fae que luchaban y defendían las orillas del Zurcido en Innìr habían jurado servir al Palacio de Invierno. Servir a Belikon. Incluyendo a mis amigos y a mi compañero.

Podíamos darnos por jodidos.

Sin embargo, un juramento era como una negociación: se podían encontrar lagunas. Se podía retorcer el lenguaje. Tenía que haber un modo de escapar del juramento de lealtad que habían hecho. De momento, alcé a Solace y sentí que el aire cobraba peso alrededor de la hoja al sostenerla.

—El rey también requiere que le devuelvas la espada —añadió Orious—. Tu palacio de obsidiana está lleno de ratas, Saeris. Ratas que susurran en la oscuridad. Ratas que cuentan que la nueva reina no es capaz de enarbolar su propia arma. Que Saeris no puede contener su poder. Que no ha sellado sus runas y…

Giré la espada y le enseñé a aquel hijo de puta la parte plana de la hoja. Y, con ese movimiento, también le dejé ver el dorso de mi mano. Estaba cubierto de runas, sí…, pero ahora, en el centro de mi escudo, una única runa circular atravesada por una línea en forma de flecha resaltaba, iluminada de un azul brillante.

Aquella sonrisa petulante murió en los labios de Orious.

—Mierda.

—Sip: mierda.

Había planeado volver a forjar Solace para darle una forma algo más manejable, pero no había tenido tiempo. Eso ya daba igual, porque ya no necesitaba forja. Jamás volvería a necesitarla. Una puerta se había abierto en mi interior. Tras ella me aguardaba un enorme conocimiento que me pertenecía a mí, igual que me pertenecía el mercurio. Ahora solo me hacía falta pensar para que la realidad cambiase.

Sujeté la empuñadura de Solace con ambas manos e imaginé que la espada se dividía en dos. Al separar las manos, supe que la espada se transmutaría, nueva, brillante, resplandeciente. Y así fue.

Las dos espadas cortas eran hermosas. Tenían serpenteantes grabados en fae antiguo que recorrían las hojas afiladas. Yo aún no podía leer aquel lenguaje. Quizá era un mensaje de los dioses. Ya lo descifraría más tarde…, si sobrevivía a los siguientes veinte minutos.

—Venga, niña. Un trato con el Palacio de Invierno sería beneficioso para ti. —Los ojos de Orious eran el doble de grandes de lo que habían sido hacía unos instantes—. Mi rey es benevolente.

—Dime una cosa, Orious: ¿hiciste tú el juramento ante la Roca Firinn?

La verdad destelló en los ojos del senescal antes de que la mentira llegase a sus labios:

—Por supuesto —dijo—. Puedes confiar en que honraré mi palabra.

Yo me eché a reír. Y la apariencia de sinceridad en su semblante flaqueó:

—Está bien, como tú quieras. Matadla.

Los soldados se adelantaron hacia mí más allá de Orious, con los arcos alzados. Soltaron las flechas, pero una alquimista no solo manipulaba el mercurio. Yo trabajaba con los elementos. Todos los metales estaban a mi servicio. Una flecha de punta de hierro voló hacia mí, pero la aparté suavemente con mis pensamientos, como si moviese una hoja que flotase sobre el agua. Las flechas no llegaron ni a recorrer la mitad de la sala; cambiaron de dirección y se hundieron en el techo. Las astas temblaron por la fuerza del impacto, y las plumas se sacudieron.

Los soldados vacilaron. Miraron al techo y luego de nuevo a mí. Todos a una, volvieron a sacar más flechas.

—Yo no me molestaría —les dije—. Las siguientes irán directas a vosotros.

—¡Por el amor de los dioses, usad los cuchillos! —rugió Orious—. Sujetadlos bien.

Los arqueros soltaron sus armas y desenvainaron el acero. Sentí que todas las dagas estaban hechas de una aleación de metales. Tenían algo extraño. Yo podía moldearlas con mi fuerza de voluntad, pero no del todo. Cuando intenté apartarlas con la mente, apenas se movieron.

—El Palacio de Invierno no olvida —dijo Orious, negando con la cabeza—. Así es. Sabemos que tu gente era peligrosa. Jamás debería habérsele concedido un poder tan grande a ningún colectivo. Hace tiempo que mi rey descubrió el modo de limitar vuestra magia. Nuestras tradiciones han durado más que tu gente. A todo soldado se le otorga una hoja nula el día en que completa su formación. Que tengas suerte intentando desviar cinco de esas hojas, alquimista.

Hoja nula. No conocía el término. Fisher jamás lo había usado, ni tampoco Renfis ni Lorreth. Los hombres de Belikon se acercaron, cada uno armado con una daga. Esa sensación extraña volvió a golpearme. Era algo antinatural. Sus armas tenían mangos sencillos, las hojas eran rectas y sin decoración. Eran anodinas en todos los aspectos. Y aun así…

Empecé a verlas de otro modo: una segunda visión que parecía superponerse a la realidad. El aire temblaba y se distorsionaba alrededor de esas hojas, como si tironeasen de él. Cuanto más se me acercaban los guardias, más me hormigueaba la piel.

Las espadas cortas llameaban en mis manos con un zumbido de energía. La magia de Solace había regresado en Gillethrye. Había cobrado vida con una llamarada cuando Malcolm me había atacado, pero desde entonces había permanecido dormida. Yo no la había vuelto a invocar porque no había hecho falta. Lo cierto era que me había dado miedo intentarlo. El mercurio le había dado su magia a Avisiéth porque había juzgado la sangre de Lorreth y había decidido que este era digno. Yo ya no era la chica que había sido en el laberinto. Era diferente. Había cambiado. La idea de que Solace rehuyese de la persona que yo era ahora me había impedido intentarlo. Sin embargo, al blandir las espadas cortas recién

formadas, la magia de Solace brotó de sus hojas de metal y me zumbó por los brazos, como un relámpago.

El poder de Solace no se había dividido para repartirse entre las dos armas. Se había duplicado, y resultaba electrizante.

El primero de ellos vino a por mí. Era ligero de pies, ágil. Se abalanzó con la daga y yo hice un bloqueo ascendente que desvió el ataque con facilidad. Sin embargo, cuando su arma chocó contra la mía, sentí una descarga que me tambaleó; una oleada de náuseas que me obligó a inspirar entre dientes. Era desagradable, pero que muy desagradable, joder. No obstante, no consiguió distraerme de lo que tenía entre manos. El guardia ya giraba intentando apoyar bien los pies. Arremetió contra mí desde otro punto. Dos más se unieron e intentaron apuñalarme, con un destello de sus hojas. Puse toda mi fuerza de voluntad en un esfuerzo monumental y aparté la daga del primero con la mente en el último segundo. Él se tambaleó hacia delante, desequilibrado de pronto al ver su arma desviada a un lateral. Les salí al paso a sus compañeros con una lluvia de tajos, con los dientes apretados.

Los patrones que Lorreth me había grabado en la cabeza fluyeron de mí. Por fin tenían sentido, como algo innato, pero no eran suficiente. Un cuarto soldado entró en liza, y el quinto lo seguía por detrás.

El sonido del metal contra el metal tronó en el aire.

Sentí un latigazo de fuego en la parte superior del brazo derecho. Uno de ellos me había hecho un tajo, la hoja me había atravesado la camisa y abierto la piel. El calor se derramó por mi brazo, y el vívido olor cobrizo de la sangre explotó en el fondo de mi nariz.

«Ese movimiento de pies, Saeris. Mueve los pies. Concéntrate». La voz de Lorreth sonó, severa, en el fondo de mi mente. Sin embargo, yo había entrenado con él, nada más. Contra un único oponente. Ahora intentaba librarme de cinco. Casi lo oí reírse mientras giraba sobre mí misma y me agachaba para hundirle la espada derecha en el pecho a uno de los soldados: «Vamos, Fane.

Nos estás dejando a los dos en mal lugar. ¿De verdad crees que no valgo más que cinco de estos hijos de puta?».

El guardia ahogó un grito. Yo le arranqué mi arma sin evaluar el daño y la alcé para bloquear otra hoja nula. Oí un golpe a mi izquierda.

Le rajé el tendón del tobillo a otro de ellos.

Pivoté.

Bloqueé.

Aparté otra hoja mentalmente, con toda mi energía.

Bloqueé.

Bloqueé.

Retrocedí.

Uno de ellos, el que se había llevado el espadazo en el pecho, yacía en el suelo, muerto.

Quedaban cuatro.

Ja. Solo cuatro.

Dancé, apoyada en los talones…, porque en eso se había convertido aquella pelea, en una danza. Dejé que vinieran a por mí. Todos se adelantaron, los ojos vacíos, los rostros desprovistos de emoción.

«Que no te entre el pánico. Puedes hacerlo. Adelántate a ellos. Sabes dónde van a estar, Saeris».

—Última oportunidad —dijo Orious—. Aún tienes tiempo de cambiar de opinión. El rey no te concederá otra.

Yo sentía los colmillos en la boca, alargados. Me había empezado a sangrar la pierna, lo olía. Apreté la mandíbula y pasé el filo de una espada por el de la otra. Del metal brotaron chispas blanco-azuladas.

—Ya te he dado mi respuesta —rugí—. Acabemos con esto.

Los guardias no esperaron a que Orious les diese ninguna orden. Cargaron contra mí. Me cayó encima una lluvia de acero afilado. Tragué saliva y me obligué a respirar. Uno tras otro, cada vez más rápido, fui rechazando los ataques de los soldados, apartando las

hojas con la mente en la medida de lo posible, o bien bloqueándolas con las mías.

Uno de ellos me rompió la guardia. Noté una llamarada en el costado. El dolor avivó mi furia. Fui a por el cabrón que me había rajado. Lancé un tajo lateral con mi espada divina hacia él; la hoja dejó una estela blanco-azulada tras de sí y le cortó el gaznate. La sangre salpicó de la herida limpia que le abrí. El soldado se desplomó.

Quedaban tres.

Yo estaba resollando. Jamás me había movido tan rápido en toda mi puta vida. Uno de ellos me lanzó una patada en un intento de destrozarme la rodilla, pero yo di un salto hacia él y le clavé el codo en la cara. El soldado retrocedió a trompicones…

… y de pronto, los otros dos estaban sobre mí.

—¡Joder!

Me agaché y giré para pasar entre los dos, blandiendo ambas espadas. Una de ellas acertó y se le clavó al guardia en el brazo derecho. El otro se apartó de un salto. Yo lo seguí, bloqueé un tajo descendente y alcé la hoja hacia sus tripas…

—¡Saeris!

Se me paró el corazón.

Ni siquiera me atreví a mirarlo.

Aunque le sentí.

De pronto, el sepulcro entero se vio inundado de franjas de resplandeciente arena negra.

Kingfisher.

Kingfisher.

Kingfisher.

Su nombre había reemplazado a mis latidos.

Una cuerda negra se cerró en torno a la garganta del soldado más cercano, y de pronto su cabeza se separó del cuerpo. La sangre salpicó por doquier. El cuerpo se alzó por los aires y se vio arrojado lejos, como si no pesase nada.

Allí estaba él.

Mi compañero tenía el pelo despeinado. Clavó en mis ojos los suyos, hirvientes de rabia.

«Di algo», me dijo en la mente.

—Estoy bien —jadeé.

«¿Me necesitas?».

Esquivé un golpe del soldado a la derecha, el que tenía la nariz rota de un codazo, y pivoté para arrearle una fuerte patada al otro. La suela de mi bota se estrelló contra sus costillas. Él se tambaleó y se enderezó, pero yo ya estaba lista.

Mis espadas cortas llamearon. El poder brotó como la canción de un rayo por mis venas.

«No». Me mantuve firme. «Puedo con esto».

—¡No! ¡No te atrevas! —gritó Orious desde algún lugar.

Me puse en movimiento. El sepulcro se convirtió en un borrón. Me agaché, salté y giré sobre mis talones. Otro grito reverberó por el reducido espacio, un chillido de rabia, pero yo me concentré en lo que tenía delante. Mi poder aumentaba, fluía, se alzaba dentro de mí. Esta vez, mis runas no ardieron. Palpitaron con fuerza. Mi magia empezó a liberarse.

Sin pensar, entrechoqué las dos espadas y, de pronto, volvieron a fusionarse en una sola. Solace zumbó de energía en mi mano derecha. Alcé la mano y…

—¡Me cago en la puta! —El grito de Carrion reverberó por el sepulcro.

Se encontraba allí, en el extremo opuesto del sepulcro. Tenía el rostro bañado en luz azul. Una imagen gigantesca se dibujó en el aire frente a mí, proyectada desde mi mano. ¡Era mi escudo! Las runas entrelazadas eran una copia exacta del símbolo en el dorso de mi mano. La mayoría de las líneas de la imagen eran opacas, excepto una: el círculo dividido por una línea en vertical. Ese símbolo llameaba de magia, flotando en el aire…, a la espera. Desplegué los dedos y giré la mano. Noté que las venas de mis muñecas brillaban con una luz extrañamente plateada. La runa del mercurio giró en el aire como una llave en una cerradura. Se encajó y, de pronto, un

muro de energía brotó de ella como una explosión. Los dos guardias que quedaban se vieron arrojados por el sepulcro. Impactaron contra el techo y sus cuellos se rompieron al instante. Un segundo después, cayeron al suelo, muertos.

Un silencio ensordecedor envolvió la tumba. Yo aguanté la respiración, petrificada, con los ojos desorbitados. No me atrevía ni a moverme. La energía chisporroteaba del escudo, diminutos filamentos brotaban de él, a dos metros sobre el suelo.

Por fin dejé escapar un aliento tembloroso que empañó el aire, y cerré el puño. Y así, el resplandeciente escudo desapareció de la existencia, como si jamás hubiese existido.

—Me cago en la puta —dijo Carrion—. Parece que han cambiado muchas cosas en los últimos días.

«Mírame, Osha». Fisher se encontraba a los pies del estanque. Se cernía sobre la figura tumbada bocabajo de Orious. Sus sombras inmovilizaban al senescal de Belikon en el suelo. «Ya ha pasado», dijo, unas palabras que solo me dedicó a mí. «Estás a salvo. Sacúdetelo todo de encima».

Yo seguía en postura defensiva. Todos los músculos de mi cuerpo estaban rígidos, listos para otro ataque.

—¿Estáis aquí? ¿Estáis aquí de verdad? —Dioses, qué pequeñita sonaba mi voz.

Despacio, Fisher asintió, y la tensión desapareció de mi cuerpo. Era real. Estaba allí. Todo iba a salir bien.

«Voy a sacarte de aquí dentro de dos minutos», me dijo. «Pero necesito que sigas un poco más aquí. ¿Te parece bien? ¿Puedes hacerlo?».

Asentí.

«Buena chica. Ven. Ponte a mi lado».

Acudí a él.

Orious no dominaba magia alguna. Sentí el vacío hambriento que anidaba en su interior, latiendo de envidia. Las sombras de Fisher se ciñeron más sobre él, apretaron su garganta, su pecho, sus caderas, sus tobillos, sus muñecas. Él se revolvió sin éxito, siseando.

—Moriréis… por lo que… habéis hecho —resolló.

—Ah, ¿sí? —Yo estaba demasiado acalorada. Me sentí extraña—. Porque hace nada has dicho que yo estaba a punto de morir, y bueno… —Tragué saliva, sin aliento—. Me parece que no ha salido como esperabas.

—¡Zorra estúpida! No tienes la menor idea…

Soltó un gorgoteo cuando se le cerró la tráquea. Fisher se agachó junto a él.

—No me suele gustar torturar a nadie. —Muy calmado. Muy peligroso. Por los dioses vivos, lo iba a matar—. Pero contigo, Orious…, por lo que has hecho hoy aquí…, creo que voy a hacer una excepción.

—Fisher, no.

Mi compañero me miró, con el pelo ondulado muy despeinado. El mercurio en sus ojos giraba sin control. Tenía la expresión vacía, pero yo ya lo conocía bien: estaba desquiciado de rabia y de preocupación. El puente de su nariz estaba enrojecido. Tenía granos de arena pegados a la armadura de cuero. Olía a menta y a pino, como siempre, pero también a desierto, al calor implacable, a un lugar que yo jamás había pensado que llegaría a echar de menos.

Era tan hermoso que acababa conmigo. Le puse una mano en la mejilla y noté la barba de pocos días, áspera, contra la palma.

—Tenemos que mandarlo otra vez con Belikon —susurré—. Hay que demostrarle de lo que soy capaz. Tiene que saber que jamás nos doblegaremos a su voluntad. Todo eso y mucho más.

Fisher no parpadeó.

—¿Necesita los dedos para entregar ese mensaje?

Solté una risa temblorosa y le pasé el pulgar por la mandíbula.

—Mándalo como está. No somos como ellos.

Fisher pareció a punto de discutírmelo, pero luego hundió los hombros. Se puso en pie a regañadientes.

—Tú eres lo único que mantiene mi brújula moral apuntando al norte, pequeña Osha —gruñó. Sus dedos rozaron los míos. Enganchó la punta de su índice al mío y rodeó el cuerpo

inmovilizado de Orious—. Deberías dar las gracias. Yo no habría sido tan magnánimo contigo —le dijo al senescal—. Pero Saeris…

—¡Es débil! —Los ojos de Orious oscilaron hacia mí. Me habría escupido, pero las sombras de Fisher aún lo sujetaban de la garganta—. Todos sois débiles —resolló—. Por eso no ganaréis. Os arrastraréis de rodillas y suplicaréis piedad ante mi rey. Yo contemplaré vuestra falta de dignidad y disfrutaré de ella antes de veros morir.

Había impedido que Fisher le cortase los dedos a aquel cabrón, pero no pude apagar su rabia ante aquella declaración. Mi compañero agarró a Orious del pecho de la túnica y lo puso en pie de un tirón. Le dio la vuelta de una sacudida y volvió a empujarlo para que cayese a cuatro patas.

—Eres tú quien se va a arrastrar, gusano. Arrástrate. Bocabajo, vamos. Vuelve con Belikon y dile lo que ha pasado. Cuéntale lo que pasará si se atreve a venir aquí de nuevo sin invitación, haz el favor.

—Más vale… que me mates. No pienso…

—Al otro lado de la puerta de este sepulcro hay decenas de miles de vampiros. No voy a tener ni que pedir que te dejen seco. ¿Te apetece convertirte en un devorador, Orious? Un monstruo demente, hambriento, incapaz de pensar ni de controlarse. —Despacio, una sonrisa cruel apareció en el rostro de Fisher—. Aunque no supondría tanta diferencia, ¿verdad? En tu cerebro ya hay apenas dos células. Además, tienes dos opciones, y una es mucho menos dolorosa que la otra: o te arrastras o te tiro a un pozo lleno de sanguijuelas hambrientas.

—¡Está bien! Está bien. —El odio chispeó en los ojos de Orious. Se puso de rodillas con un gruñido y luego se arrastró por los escalones que daban al estanque, con los hombros encogidos. Tenía algo de roedor. El modo en que se desplazó por la fría piedra me hizo pensar en una rata. Me miró por encima del hombro y dijo—: Recuerda lo que he dicho, niña: están juramen…

Fisher le arreó al senescal una patada en el culo que lo impulsó hacia delante. Orious dejó escapar un chillido y cayó de boca en el

mercurio.

—Ciérralo, rápido, antes de que aparezcan más visitantes no invitados —dijo en voz baja.

El mercurio se movió de un modo distinto cuando alargué la consciencia con mi magia y lo cerré. Se solidificó empezando desde el centro del estanque, con facilidad, incluso con suavidad. No susurró ninguna maldición al petrificarse. Fisher contempló la transición del metal a su estado sólido, con una ceja arqueada, claramente divertido ante lo que veía.

En el momento en que la puerta quedó cerrada, me abalancé sobre él.

—No vuelvas a marcharte sin mí —le dije, pegada a su pelo.

Inspiré su aroma y me aferré a él. Fisher me estrechó entre sus brazos, me apretó contra sí y me plantó un beso en la frente.

—No te preocupes —susurró—. Ni un montón de troles rabiosos de las montañas me va a apartar de ti.

—Ejem…, ¿hola? ¿Os importa…, esto…, dejar esta parte para…?

Esperé. En cualquier momento, Fisher se iba a volver hacia Carrion y amenazar con despellejarlo o algo parecido. Sin embargo, no hubo amenaza alguna. Mi compañero ni siquiera gruñó. Aflojó su abrazo y se giró hacia él.

—Vamos —dijo—. Enséñale lo que hemos hecho.

Carrion parecía tener el pelo de un rojo más intenso que antes de marcharse. Ronchas de un vívido color asomaban en su cuello y en sus mejillas. Era imposible no ver el cuerpo inconsciente que cargaba al hombro.

—Eh, Saeris —me dedicó una sonrisa pícara—, me parece que esto es tuyo.

29



LAS FORTUNAS DEL UNIVERSO

SAERIS

Hayden estaba allí. Estaba allí de verdad, en Yvelia. Yacía en la cama, tapado hasta la barbilla con pulcras sábanas blancas. Sus rizos rubios caían despeinados sobre la almohada bajo su cabeza. Vi que sus ojos se movían a izquierda y derecha bajo los párpados. Me pregunté con qué soñaría.

Onyx husmeó el rostro de mi hermano y soltó un gimoteo, tras lo cual le dio un lametón tentativo. No conocía a Hayden, pero parecía ansioso por que despertase.

Yo también me sentía así. La última vez que vi a Hayden no había sido agradable.

«No sabía que fuera una carga tan grande», me había dicho.

«Pues lo eres, Hayden. Es lo único que has sido toda tu puta vida. Así que déjame en paz. No me sigas. No me busques. ¡Vete!». Eso era lo que yo le había gritado. Por miedo. Había querido hacerle daño, obligarlo a marcharse, para que no me siguiera al horror que me esperaba en el palacio. Sin embargo, a veces no se podían retirar las palabras dichas. Sobre todo las que contenían un resquicio de verdad.

—Cuando Carrion atravesó el mercurio por primera vez, durmió menos de un día. Pero era un fae sujeto a un encantamiento que alteraba la apariencia. Puede que tu hermano tarde algo más en despertar, Saeris. —Te Léna le puso el dorso de la mano en la frente a Hayden y apretó los labios. No cabía duda de que su magia fluía hacia él, que estaba comprobando si había heridas o dolencias en su cuerpo.

No podíamos mantener a Hayden en Ammontraíeth. No habría estado a salvo, y no había sanadores que supieran nada de la fisiología humana. Se había tomado la decisión, por arriesgada que fuera, de usar el estanque de la Corte de Sangre para ir a Cahlish. Y así lo hicimos, en cuestión de segundos.

Habían pasado pocos días desde la última vez que estuve allí, pero todo se me antojaba diferente. Sobre todo yo misma.

—¿Dónde está Kingfisher? —preguntó Te Léna. Su voz cálida y suave me sacó de mis pensamientos.

—Carrion y él han ido a poner a buen recaudo la plata que necesitamos. Dos bolsas grandes. La han llevado a la armería. Fisher dijo que se encontraría conmigo en sus habitaciones en cuanto acabase.

La sanadora esbozó una sonrisa amable y me acarició el brazo con ternura.

—Pues ve a su encuentro. Hayden está bien físicamente. Es que pasar de un plano de existencia a otro es un gran cambio. Tardará aún en despertar.

Yo empecé a poner peros:

—Debería estar aquí…

—Deberías estar en la cama. Pareces agotada. —Te Léna llevaba un nuevo peinado, con trenzas pegadas al cuero cabelludo cuyos extremos le caían por la espalda, decorados con brillantes abalorios de color naranja. Como siempre, estaba preciosa—. Yo me quedo con él. Si se despierta, iré a buscarte, te lo prometo.

Por los dioses y los mártires, Hayden se decepcionaría igual que Carrion al enterarse de que Te Léna tenía compañero, que estaba

casada. Solté un suspiro, consciente de que no tenía sentido resistirme. La sanadora ya había tomado la decisión.

—En cuanto despierte… —dije.

Ella asintió.

—Me aseguraré de que está cómodo e iré a buscarte.

—Está bien, me voy. Pero solo porque estoy cansada.

Más cansada de lo que había estado en toda mi vida. Apenas podía mantener los ojos abiertos. Canalizar la cantidad de poder que había usado en el sepulcro había mermado enormemente mis reservas de energía, tanto a nivel mágico como psicológico. Probablemente nunca volvería a costarme dormir.

Tenía ya la mano sobre el pomo de la puerta cuando Te Léna me llamó. Seguía sentada junto a Hayden y le agarraba la mano. La luz de la mañana bañaba en oro su piel broncínea.

—Siento no haber podido ayudarte. No puedo explicarlo… —Llenó los carrillos de aire y luego lo dejó escapar poco a poco—. No me había encontrado nunca con algo así.

Cuando llegué a Cahlish, Te Léna había intentado curarme, pero su magia había sido como agua que rodase por encima de mi piel. No es que me hubiese hecho daño, más bien me había provocado una sensación… extraña. Yo aún tenía el tajo en el brazo, al igual que el de la pierna, pero ambos se habían cerrado por sí solos.

—No pasa nada. De verdad que no eran más que arañazos, te lo prometo. —Le dediqué una sonrisa cansada.

Arriba, en las habitaciones de Fisher, Archer estaba preparando un baño. Otros tres duendes de fuego sacaban piedras lisas y redondas de un cubo de metal junto a la chimenea y las sostenían entre las manos para calentarlas, y luego las metían en una bañera llena de agua junto a la ventana. Del agua manaba vapor; las piedras siseaban cuando los duendes volvían a sacarlas para calentarlas de nuevo. Otro duende de fuego se ocupaba de limpiar las mesitas de noche y el escritorio, ordenando hojas de papel y demás parafernalia que yo había soltado allí al vaciarme los bolsillos.

El amigo de Fisher soltó un graznido al verme.

—¡No, no, no! Oh, no. Mis disculpas, mi señora. Hemos sido demasiado lentos. Se suponía que la habitación tenía que estar limpia cuando llegaseis. ¡El baño tenía que estar listo!

—No pasa nada, Archer, no te preocupes…

—¡No! —Negó vehementemente con la cabeza. Un ascua diminuta se desprendió de él y empezó a arder en la alfombra. Yo la pisé antes de que Archer se diese cuenta y se enfadase aún más—. Las cosas hay que hacerlas bien, mi señora. Se supone que ni siquiera tenéis que vernos hasta que sirvamos la cena.

—Pero yo quiero verte, Archer. Quiero ser tu amiga. Amiga de todos vosotros. Sí, de vosotros tres también…

Mi voz se fue apagando, las palabras murieron en mis labios cuando a uno de los duendes de fuego empezó a llamearle la cabeza. El pequeño ser me miró, boquiabierto y con los ojos desorbitados.

—Las cosas hay que hacerlas bien —repitió Archer despacio, en tono exasperado, como si yo no comprendiese lo que estaba diciendo.

—Te entiendo. Pero el reino más allá de los muros de esta mansión cambia todo el tiempo, ¿a que sí?

Yo jamás había visto a un duende de fuego hacer un mohín. Ahora sí.

—En realidad, no.

—Venga ya, Archer. Puede que algún día yo viva aquí todo el tiempo; estaría bien que no tuviésemos que guardar siempre las formas. Deberías poder relajarte cerca de mí. Y no deberías llamarme «mi señora» a todas horas.

—¿Y cómo he de llamaros, pues?

—Saeris. Es mi nombre.

Archer se tambaleó como si estuviese a punto de desplomarse. El duende que había estado limpiando las mesitas de noche se encontraba ahora junto a la estantería y tenía una baratija entre las manos; parecía ser un pequeño pájaro de cerámica. Un alción.

Archer soltó un graznido al ver lo que estaba haciendo el otro duende.

—¡Déjalo donde estaba! ¡Era la figura favorita de la señora Edina!

—No pasa nada, estoy segura de que solo le estaba echando un vistazo.

El duende que había cometido aquella afrenta puso una expresión avergonzada y se apartó.

—No, mi señora. No lo entendéis. ¡Mi señor Kingfisher recibe su nombre de ese adorno! La señora Edina lo vio en un mercado de Ballard cuando aún estaba embarazada, con mi señor en el vientre. No solían gustarle ese tipo de objetos. No poseía muchas bagatelas, pero dijo que tenía que comprar ese pájaro. Tanto le gustaba que, en el primer cumpleaños de mi señor, la señora Edina anunció que todo el mundo habría de llamarlo Kingfisher, el alción. Fue ella misma quien puso la figura ahí, en esa estantería, cuando el señor no era más que un niño. No le gustaba que nadie la tocase.

—Está bien, Archer, está bien —dije, y me reí un poco ante aquella diatriba nerviosa—. A la figura no le ha pasado nada. Mira, vuelve a estar en la estantería. Todos hemos entendido que no hay que tocarla.

Pero no había modo alguno de apaciguar a Archer. Uno de los duendes que estaban ayudando a calentar el agua dejó caer la piedra que llevaba dentro de la bañera con un chapoteo. Y ahí fue donde Archer explotó.

—¡Fuera! ¡Fuera, todos! ¡Vamos! ¡Os voy a sacar a la nieve a todos! —exclamó Archer—. ¡Os voy a poner de topes de puerta! ¡Fuera!

El que había estado estudiando la figurita del alción fue el primero en salir a la carrera de la habitación. Era más pequeño que los demás, lo cual me hizo pensar que también era el más joven, aunque en realidad no tenía ni idea de cómo funcionaba la edad de los duendes de fuego. Los demás, que habían estado calentando el agua del baño, se marcharon con la vista baja. Archer fue el último en salir, trinando de puro enfado.

—Os hemos dejado algo de comida, mi señora. Y prendas limpias en la cama.

—Vamos, Archer.

—Si necesitáis algo, tirad del cordel junto a la cama. Ya sabéis a cuál me refiero.

—¡Aquí van a tener que cambiar las cosas! —dije en voz alta mientras cerraba la puerta—. ¡No se puede vivir así!

La bañera estaba divina. Las piedras, que aún descansaban en el fondo, irradiaron calor durante mucho tiempo y mantuvieron el agua muy agradable y caliente. Apoyé la cabeza en el borde de la bañera y, antes de darme cuenta, empecé a quedarme dormida.

Pero no quería dormirme aún. Antes quería ver a Fisher. Cuando mis dedos ya estaban arrugados como pasas y mis músculos estaban distendidos, salí de la bañera y me sequé. Me puse una de las camisas holgadas de Fisher y me preparé para acomodarme con el libro de alquimia que me había llevado de la biblioteca de Ammontraíeth en contra de lo que había dicho Algat.

Pero entonces se abrió la puerta.

Él se detuvo en el rectángulo de luz durante un instante, observándome. Luego entró lentamente en la habitación y cerró la puerta tras de sí.

Yo no dije nada. Él tampoco. Nos limitamos a saborearnos el uno a la otra. A disfrutar del hecho de encontrarnos los dos en la misma habitación, respirando el mismo aire. Nada había conseguido matarnos mientras estábamos separados.

Fisher dio un par de pasos hacia mí, con ojos pensativos. Se inclinó y se sacó una de las botas. La giró y del interior cayó un reguero de arena en el suelo. Él frunció la boca en una expresión de desaprobación. No dejaba de salir arena de dentro…

Yo me cubrí la boca en un intento de no reírme.

Fisher repitió la maniobra con la otra bota. La puso bocabajo y me miró estoicamente mientras esperaba a que su calzado dejase de vomitar arena. Cuando acabó, dejó caer ambas botas en el suelo con sendos golpes sordos y dio otro pequeño paso adelante.

—¿Sabes lo increíble que has estado ahí fuera? —preguntó.

—¿Cuando luchaba por mi vida?

Él negó con la cabeza.

—Cuando acabaste tú sola con cinco guardias con esas preciosas espadas nuevas que tienes. Ha sido…

Dejó morir la voz, con los ojos ardientes.

—¿Una estupidez?

—Una estupidez que me ha puesto cachondo —añadió. La punta de sus colmillos destelló entre sus labios al enfatizar la última palabra.

Yo puse aún más ganas a mi intento de no sonreír. Seguía sin estar acostumbrada a que aquel hombre me hiciese cumplidos. Mis entrañas seguían reaccionando de un modo ridículo cuando me miraba siquiera.

—¿Te gustan las espadas? —pregunté, y mi mirada voló hacia el lugar donde ambas descansaban, sobre el vestidor, a su derecha.

Fisher enarcó una ceja y se acercó para contemplar aquel desnudo acero fae.

—Son hermosas —dijo con suavidad—. Increíbles. Están hechas para ti, Osha.

—Sigo sin saber qué significan las inscripciones grabadas en fae antiguo. En la de la derecha, la que tiene incrustaciones de abulón en la empuñadura, pone «Erromar». En la de la izquierda, que tiene incrustaciones de marfil, dice «Selanir».

Fisher ladeó la cabeza y, con el ceño fruncido, leyó las inscripciones de ambas espadas. Asintió y esbozó una leve sonrisa.

—Erromar significa «compasión» —dijo con tono reverente—. Selanir significa «honor».

—Anda. Compasión y honor. Así que los dioses han decidido por mí los nombres que han de llevar mis espadas.

—Puede —convino Fisher. Se apartó del vestidor y volvió a girarse hacia mí—. O quizá sean esos los rasgos con los que han decidido bendecirte. Sea como sea, me parecen nombres adecuados para tus espadas. Ven aquí. Si puedes soportar un segundo más que nuestros

cuerpos no se toquen es que eres mejor persona que yo, Saeris Fane —susurró.

Esas palabras me prendieron fuego por dentro. Crucé a la carrera la estancia y me arrojé sobre él. Fisher me atrapó al vuelo y me sostuvo con unos brazos que eran bandas de acero.

La vida era muy incierta. Había un millón de obstáculos que nos separaban de la paz. Yo no podía ni empezar a comprender cómo íbamos a superarlos todos, pero, aun así, el mundo entero desapareció. Allí no podía tocarme nada, estando así en sus brazos. Apreté el rostro contra el hueco de su cuello, con tanta fuerza que su armadura de cuero amortiguó mis palabras al hablar:

—¿Por qué has tardado tanto?

Él acarició mi cabello mojado y soltó una risa callada.

—Fui a por Lorreth —dijo. Cuando salimos de Ammontraíeth no encontramos rastro de nuestro amigo. Fisher dejó una nota para él en mis habitaciones, en la que le decía que cruzase las tierras yermas en cuanto se enterase de que no estábamos—. Le pedí que trajese a Bill y a Aida al otro lado del río. En ese granero húmedo y oscuro estaban fatal los dos. Pero claro, Lorreth tuvo que buscarse un sitio seguro para cruzar. La parte más estrecha del río, donde estaba el campamento… —Negó con la cabeza—. La podredumbre lo ha destruido todo por allí. La nieve está negra. Jamás… había visto algo igual.

—Pero ¿ha llegado sano y salvo?

Asintió, y tuve que hacerle la pregunta que me estaba quemando en la garganta:

—Fisher, ¿cómo podría un fae juramentado romper su juramento?

Él se echó de inmediato hacia atrás y me escrutó con la mirada.

—No se rompe el juramento —dijo—. ¿Por qué lo preguntas?

Tenía pecas en el puente de la nariz. Pequeños puntos marrones que destacaban en su piel pálida. Me centré en ellos; me daba demasiado miedo repetir lo que había dicho Orious en el sepulcro.

—Hiciste un juramento de lealtad a Belikon. Y Lorreth también. Y Ren, Danya y todos los demás que luchaban en Innìr. Orious dijo que

el rey mandaba sobre vosotros…

—Orious intentaba asustarte. Belikon puede mandar todo lo que quiera sobre nosotros, pero aquí no nos puede ni tocar. Las salvaguardas que impiden que entre también frenan sus ganas de alcanzarnos. Mientras estemos en Cahlish o en Ammontraíeth, no nos pasará nada. Y aunque saliésemos de estas tierras, tendríamos que estar en presencia física de Belikon para que pudiese obligarnos a hacer nada en contra de nuestra voluntad. Además, Belikon no piensa salir del Palacio de Invierno…

Le di un beso, con el corazón henchido en el pecho. No podía soportar oír nada más. En ese momento lo necesitaba a él mucho más que sus razonables argumentos. Fisher recibió el beso con sorpresa fugaz. Su boca respondió a la mía, me metió la lengua en la boca y todo se desvaneció en negrura. Se corrieron las pesadas cortinas, que bloquearon la fría luz de la mañana. Sin embargo, no había rastro de sus sombras. Ni siquiera las invocó cuando sus manos descendieron y empezaron a tironear de los faldones de mi camisa.

«No me digas que ahora me vas a desvestir como una persona normal», dije, juguetona, en su cabeza.

Él me pasó la lengua por los labios. Un grave gruñido resonó en su garganta.

«¿Esto te parece de persona normal?». Me agarró la mano izquierda y se la llevó al centro del pecho, un reflejo de lo que había hecho la primera vez que me había enseñado lo mucho que se le desbocaba el corazón en mi presencia.

Yo apenas podía sentir su pulso, martilleando bajo la gruesa armadura de cuero…, pero sí que lo oía.

—No me lo parece, no —susurré.

«¿Y esto?». Me agarró la otra mano y la bajó hasta ponérsela en la polla. No era solo que la tuviera dura. La tenía como una piedra. La erección le tensaba los pantalones como si necesitase que la liberasen.

«No, eso tampoco parece normal», dije. «Parece… extraordinario».

Fisher volvió a alzar mi mano. Se detuvo y la giró para mirar la palma. El mercurio llameó un poco en su ojo mientras me pasaba los dedos por la parte interior de la muñeca. Yo ya me había dado cuenta, por supuesto: las venas que en su día habían sido de un tono verde azulado ahora destellaban de un color plateado bajo la piel.

«¿Te duele?», preguntó.

Negué con la cabeza.

«No».

«¿Te sientes… mal?». Entrecerró apenas una fracción los ojos.

Era una manera de preguntar con tacto si me acosaban un millón de voces que poco a poco me iban a volver loca. Una vez más, negué con la cabeza. «No, no me siento mal. Lo que siento es… magia. Poder, justo bajo mi piel».

Me depositó un suave beso en la parte interior de la muñeca. «Está bien, luego comentaremos todo esto. De momento…». Lo siguiente lo dijo en voz alta:

—¿Te das cuenta de lo despampanante que estás con esa camisa, Osha? Qué largos se me han hecho estos dos días.

—Técnicamente, hemos follado en la cabaña.

Él avanzó y me obligó a retroceder, con las manos en mis mejillas, depositándome una lluvia de besos en la cara.

—Me da igual. Tengo el alma a fuego vivo. Y dime que tú no.

Se inclinó sobre mí, con los labios sobre mi mandíbula. Subió hasta mi oreja, por la parte más sensible de mi cuello. Yo puse los ojos en blanco, me faltaba el aliento.

—Mi alma entera flota en el viento —jadeé—. Eres tú quien la arrastra.

Noté lo fuerte que era bajo el contacto de mis manos. Músculos apretados y poder. En sus brazos, los peligros de aquel lugar no podían tocarme. Estaba resguardada. Segura. Él me apretó fuerte contra sí, tan fuerte como podía sin aplastarme, y no me soltó.

¿Sabía que justo eso era lo que yo necesitaba? ¿Lo sentiría en mí? Me sostuvo como si pretendiese usar su cuerpo como escudo contra los peligros de aquel mundo. A mí se me ocurrieron varias ocasiones en las que así había sido, y solo del recuerdo se me hizo un nudo en la garganta. Fisher tensó los músculos y me bajó hasta la cama, pero, aun así, no me soltó.

—Nunca más —murmuró—. Allá donde vayamos, iremos juntos.

—Sí. Prométemelo.

Me besó la piel con ardor y me tocó con manos posesivas. Para los fae, una promesa era lo mismo que un juramento, pero Fisher me lo prometió sin dudarlo ni un segundo.

—Te lo prometo. Te lo juro. Eres mía.

—Y tú eres mío.

Las palabras no bastaban. Necesitaba tenerlo en mi interior. Necesitaba estar tan cerca de él como pudiese. Con una emoción cruda, intenté desatarle la placa pectoral. Tenía los dedos demasiado entumecidos para pasar las correas de cuero por las hebillas. Fisher puso una mano sobre las mías para calmarlas, y vi que los tatuajes del dorso de su mano habían cambiado. Ahora la runa del mercurio era sólida, resaltaba en un tono negro azulado. Fisher se fijó en mi mirada y empezó a quitarse la armadura con una mano, mientras que con la otra me alzó la barbilla para que lo mirase a los ojos.

—No pienses en eso ahora. No te preocupes por nada. Céntrate en el aquí y el ahora, conmigo.

Mi príncipe de sombras.

Yo había nacido en la luz, pero mi salvación me había esperado en la oscuridad. Era un milagro que nos hubiésemos encontrado. Yo ya había aprendido por las malas que cualquiera podría haber cruzado el mercurio aquel día, en el Salón de los Espejos. Pero no había sido cualquiera. Había sido él, por un giro en las mareas del destino, por las maquinaciones del universo en juego. Fuera como fuese, daba las gracias. No lo habría cambiado por nada.

Vi cómo se desvestía. Él me vio hacer lo mismo. Desnudo, se tumbó a mi lado y se giró hacia mí, examinando todos mis rasgos

faciales. Aquel hombre le daba miedo a mucha gente. Yvelia estaba llena de fae a los que les habría encantado verlo ahorcado hasta morir. Había destruido una ciudad entera. Había iniciado una guerra. Había matado a un dragón y se había enfrentado a la Muerte de Hierro en Puerta Ajun. Y hacía poco le había arrancado la cabeza a un hombre con su magia sin siquiera pestañear. Era una criatura de violencia…, ese era su credo. Pero también era aquello que había ante mí. Cuando amaba, amaba con todo lo que tenía.

Me dedicó un parpadeo de sus enormes ojos, con una expresión muy seria, y me acarició el cabello con una mano. Se mordió el labio inferior y frunció levemente el ceño, como si aún estuviese aprendiendo a mover las manos con ternura.

—Cuando te miro, me parece estar contemplando un espejo —dijo en tono quedo—. Puedo hablarte directamente a la mente, pero, aun así, sigue siendo un misterio para mí. Siento como si ya conociese todos tus pensamientos.

Me reí en silencio y me enrollé uno de sus rizos negros como la tinta en el dedo índice.

—Si pudieras, no te gustaría.

—Ya sé lo que me encontraría —replicó él, con ojos danzarines.

—Ah, ¿sí? Ilústrame.

Fisher se puso bocarriba y se pasó un brazo por encima de la cabeza. Tenía un hoyuelo en la mejilla…, y solo sus verdaderos amigos sabían de su existencia, porque eran los únicos que le habían visto esbozar una sonrisa lo bastante amplia como para que este asomase. Yo lo vi, a un centímetro de la comisura derecha de su boca, esforzándose por aparecer.

—Bueno, ya sabes. «Ay, estoy tan enamorada de Kingfisher, Kingfisher es tan guapo, mira qué culito con esos pantalones…».

—¡Eh! —Le clavé con fuerza el dedo entre las costillas—. ¡Pienso en otras cosas aparte de en ti!

Kingfisher se mordió ambos labios en un intento de forzarse a no sonreír. Volvió la cabeza hacia mí. Sin embargo, no pudo evitar que la sonrisa asomase a sus ojos.

—No pasa nada, Osha. Muchas mujeres han apreciado este trasero cuando me pongo ropas de cuero. No suelo dejar que se me suba a la cabeza.

Le di un capirotazo en la oreja puntiaguda, y la Ruina de Gillethrye soltó un gruñido como un perro sobresaltado. Con un movimiento vertiginoso, se subió a horcajadas sobre mí y me inmovilizó las manos por encima de la cabeza.

—¿Te crees que no voy a ser capaz de hacerte cosquillas? —preguntó con tono mortalmente serio.

Yo le clavé la mirada.

—Adelante, no tengo cosquillas

Él entrecerró los ojos y me recorrió con la mirada, intentando ver si decía la verdad.

—Así no es divertido —dijo al fin.

—¿Y tú qué? ¿Tienes cosquillas?

Fisher inspiró fuerte por la nariz. Le caía el pelo por encima de los ojos. Descendió hasta que su rostro quedó a pocos centímetros del mío y me dio un golpecito en la nariz con la suya.

—Me temo que no voy a responder a esa pregunta.

—¡Porque no puedes mentir! —chillé entre risas, y forcejeé para librarme de su agarre y poder poner a prueba mi teoría, pero Fisher me mantuvo sujeta.

—Un guerrero jamás revela sus debilidades —dijo en un susurro, pegado a mi boca. Sentí que sonreía. Le encantaba aquello.

—No me parece justo, la verdad. Tú conoces todos mis defectos —me quejé.

Por los mártires, pero qué bueno estaba. Parecía que lo hubiesen tallado en mármol las mismísimas manos de los dioses. Era todo músculo, una silueta que era la más absoluta perfección. Estaba desnudo, encima de mí, y era mío.

—Tú no tienes defectos, Saeris Fane. A mis ojos eres perfecta, con tus imperfecciones incluidas. Estoy enamorado de todas tus partes. De tu terquedad. De esa lengua afilada. De ese

temperamento horrible cuando estás cansada. De tu incapacidad para cerrar una puerta sin hacer ruido…

—Vale, vale, ya está bien, gracias.

—De todo. Estoy enamorado de ti por completo. —Se apartó un rizo de los ojos con un soplido—. Gastaría la fortuna de todo el universo para protegerte. Secaría los mares. Derribaría todos los árboles. Sacrificaría el sol del puto cielo y entregaría también las estrellas, si pudiera. Pero nada de eso me pertenece. Todo lo que tengo es mi vida. No es mucho, pero la gastaría y me parecería poco a cambio de mantenerte a salvo.

Hablaba con despreocupación, pero yo jamás sería capaz de describir lo que sus palabras significaban para mí. No había nada en ningún diccionario, en ningún idioma, que pudiese acercarse a explicar lo que yo sentía en aquel momento.

—Así que ahí está —susurré.

—¿Qué?

—El modo en que me amas. Hay quien diría que ahí está tu debilidad.

Sus facciones se suavizaron.

—Sí, hay quien lo diría —convino—, pero quien lo diga se equivoca. Ahí está mi fortaleza.

Dormimos un rato. Fisher sabía lo mucho que yo lo deseaba, pero también veía lo cansada que estaba. Nos hundimos en la nada, acurrucados el uno junto a la otra, piel con piel. Me desperté horas más tarde, con la polla dura de Fisher pegada al culo y sus dedos acariciándome el hueso de la cadera.

Se movió despacio, para asegurarse de que yo estaba despierta, para asegurarse de que yo sabía lo que estaba haciendo. Se me detuvo la respiración cuando sus manos bajaron entre mis muslos y, poco a poco, empezó a describir círculos alrededor de mi clítoris con la punta de los dedos.

En un primer momento me acariciaba perezosamente, movimientos lánguidos e incitantes. Yo moví un poco la pierna para

darle más espacio y arqueé la espalda contra él. Se me escapó un suspiro ahogado.

—Joder, Osha —dijo con la voz pastosa de dormir—. Ese sonido me persigue en mis putos sueños. Quiero hacerte gemir durante horas.

Me eché a temblar, con el corazón aleteando. Él me pasó el brazo derecho por debajo y me rodeó la cintura para cambiar de mano. Con la izquierda empezó a acariciarme el pecho, jugueteando suavemente con el pezón.

—Nos quedan vidas enteras para hacer esto. Vidas enteras para explorarnos.

Joder, qué bien me sentaba lo que estaba haciendo.

—¿Vidas enteras? Vamos… a perder el juicio…

Más que oír la risa de Fisher, la sentí.

—Hay peores maneras de volverse loco, Osha. Si consigo follarte hasta arrebatarte la cordura, para mí será una victoria.

Echó las caderas hacia delante, apretándose contra mi culo, y se me puso la piel de gallina. El fuego ardía en la chimenea. Cuando nos quedamos dormidos estaba apagado, lo cual implicaba que alguien, probablemente Archer, había entrado a encenderlo mientras estábamos allí, desnudos, en la cama de Fisher.

A mí en aquel momento me daba igual. Mi cuerpo había cobrado vida en respuesta a su contacto, a su aliento, a su pulso. Sus dedos acariciaron el punto repleto de terminaciones nerviosas entre mis muslos, moviéndose en círculos, aumentando el calor de la boca de mi estómago.

—Relájate —murmuró—. Estoy contigo. Puedes dejarte ir.

Me besó el cuello, la mejilla, la mandíbula. La ansiedad de los últimos días se desvaneció. Él era el único que tenía ese efecto en mí. Solo él. Lo que había entre los dos era amor, sí. Pero también era obsesión. Iba a acabar conmigo, pero también era mi vida. Pensaba en él incansablemente. Deslizó los dedos por entre mis cálidos y húmedos pliegues y me los metió. Su nombre asomó a mis labios como una plegaria.

—¡Fisher! ¡Joder!

—Ssssh, ssssh, ssssh. —Me tranquilizó con suaves murmullos en fae antiguo—: Irrellieth ka tintar shey an mé correshan dow.

Dejé escapar otra exclamación sin palabras, incapaz de detenerme. Eché la mano hacia atrás, hacia él, y enterré los dedos entre sus cabellos.

—¿Qué estás diciendo? —jadeé.

—Secretos susurrados —gruñó como respuesta.

—Dímelo.

Él me acarició el clítoris con el pulgar al tiempo que me metía los dedos y me acariciaba por dentro, haciendo el gesto de «ven aquí». Noté la súbita punzada de sus dientes en el lóbulo de la oreja y se me escapó un siseo.

—He dicho: «Me voy a ahogar entre tus muslos». Más o menos. Lo que te estoy diciendo no tiene equivalencia directa en alto fae. Correshan significa «placer letal», o quizá «muerte por placer». El fae antiguo es un idioma mucho más descriptivo.

—¡Aaaah! Por los putos dioses —jadeé—. Eso… eso que estás haciendo…

Fisher me pellizcó el pezón entre el pulgar y el índice. Se me escapó un chillido.

—Lo malo acompaña a lo bueno. Del dolor surge el placer. Voy a hacer que te duela y que disfrutes, Osha. ¿Estás lista?

—Estoy…

No sabía qué decir, así que asentí. No quería que me acariciase, que me abrazase ni que me hiciese el amor. Quería una emoción cruda. Quería electricidad. Quería gritar, joder. Kingfisher se hundió en mi interior por detrás y me clavó los dedos con fuerza en las caderas. Un gruñido feroz escapó de su garganta. Era el sonido que hacían los gatos infernales en las dunas a las puertas del Tercero por las noches. Era una reivindicación.

Me apretó las costillas con el brazo y me folló con tanta fuerza que me rompí. Nuestros cuerpos formaron un puente al cielo. Los dos ascendimos. Toda Cahlish oyó mis gritos.

Fisher se corrió momentos después que yo. Contemplé con asombro que un remolino de tinta se desprendía de los tatuajes del vínculo divino en mi muñeca y mi brazo y pasaba al suyo. Y no se detuvo ahí. Me giré entre sus brazos y vi que la tinta subía por su bíceps hasta asentarse en su piel justo debajo de la clavícula.

Fisher se inclinó y me dio un profundo beso, con el corazón al galope tras el esfuerzo que habíamos hecho.

—¿Por qué sonríes así? —preguntó, arqueando una ceja oscura.

Él no había visto lo que había pasado. Decidí dejar que descubriese su nuevo tatuaje del mismo modo que él había dejado que yo descubriese el mío.

30



CORREA

SAERIS

—¡Señor! ¡Señor, venid rápido! ¡Te Léna necesita vuestra ayuda!

La llamada de Archer desde fuera del dormitorio nos despertó a ambos. Antes de que yo pudiera siquiera abrir los ojos, Fisher ya estaba de pie y en movimiento. Se puso al momento unos pantalones y salió en tromba por la puerta, descalzo y sin camisa. Yo tardé diez segundos en vestirme. Lo seguí, con un millón de preguntas ansiosas en la mente, como meteoros que atravesaran el cielo.

Casi me choqué con Archer, que seguía de pie en el pasillo, delante de la habitación.

—¡Señora! ¡Esperad, señora! ¡Estáis…!

Corrí.

¿Qué ha pasado? Cuando dejé a Hayden anoche, se encontraba bien. ¿Le ha pasado algo por haber viajado a través del mercurio? ¿Ha fallado la reliquia? Oh…, oh, dioses, ¿me las he arreglado para joder la reliquia de Hayden? ¿Está despierto? ¿Está enfermo? ¿Está…?

Me detuve ante la puerta abierta. A través de la ventana del dormitorio se derramaba la luceterna, que caía en rectángulos por la

colcha arrugada que aún cubría a mi hermano hasta la barbilla. Tenía la cabeza echada hacia atrás, la boca abierta, y roncaba sonoramente.

Aparte de mi hermano, la estancia estaba vacía.

—¡Señora! ¡Se… ñora! —Archer entró en el cuarto, jadeando, en un intento de hablar—. Os habéis… equivocado… de camino. No… se trata… de vuestro hermano…, sino… de la hermana… del señor.

Everlayne.

Volví a echar a correr. Pasé al lado del duende de fuego y fui a toda prisa hacia las escaleras.

Ahora lo olía…, mi compañero había pasado por allí y había dejado un rastro de su olor en el aire. Corrí por el pasillo y giré a la derecha. Subí los escalones de cuatro en cuatro. Algo más adelante había un barullo: muchísima gente apelotonada dentro del cuarto de Everlayne.

Te Léna. Su marido, Maynir. Danya. Fisher. Carrion…, dioses, todo el mundo estaba allí.

—¡Sujetadla! —exclamó Te Léna—. ¡Que no se arranque la lengua de un mordisco!

En la cama, Everlayne sufría un ataque. Tenía el cuerpo tan retorcido que lo único que tocaba las sábanas empapadas en sudor eran su coronilla y sus talones. Se estremecía, con los ojos en blanco y la mandíbula hacia un lado, entre espasmos, los dedos doblados en ángulos extraños. Fisher sujetaba a su hermana de la cabeza e intentaba meterle una tira de cuero entre los dientes.

—Si aprieto más, le voy a romper la puta mandíbula —siseó.

—¿Everlayne? Layne, ¿me oyes? —llamó Te Léna, con los ojos desorbitados de preocupación.

Recorrí toda la escena con la mirada. El ruido, el olor, el pánico.

—¿Qué demonios está pasando?

Carrion intentaba sujetarle la mano a Everlayne, pero ella forcejeaba tanto que le resultaba difícil.

—Estaba en el dormitorio de enfrente haciendo una cosa cuando oí gritos. Tuve que echar la puerta abajo de una patada. Estaba

estrangulando a Te Léna.

—¿Quién estaba estrangulando a Te Léna?

—¿Tú quién crees? Layne —ladró Danya—. Tuvimos que apartarla de ella entre los dos.

—¿Y por qué estabas tú aquí arriba? —Fisher había bajado de la cama; había conseguido meterle la tira de cuero entre los dientes a su hermana y ahora intentaba recogerle el cabello que le caía por la cara.

Danya no lo miró.

—También estaba haciendo una cosa —espetó.

—Por los putos dioses vivos. —Fisher negó con la cabeza—. Ve a buscar a Lorreth, Danya. Dile que lo necesitamos aquí.

La guerrera se restregó la nariz con el dorso de la mano y se manchó la mejilla de sangre. Debía de haberse llevado un puñetazo de Layne. Sus ojos volaron hacia Carrion y se posaron sobre él.

—Voy.

—¡Alejaos… de mí! —chilló Layne. Acababa de escupir la tira de cuero—. ¡Dejadme! ¡Dejadme en paz! —El miedo reverberó por las paredes, flotó en el aire, pesado. Aquello no se parecía en nada a lo que había pasado cuando me quedé a solas con ella. Lo que salía por sus labios no era la voz de Edina. Era la voz de la propia Layne—. ¡Por favor, no! ¡Noooooo! —suplicó.

—¿Qué cojones le pasa? —preguntó Fisher, con la vista clavada en Te Léna.

La sanadora se restregó el cuello, pero seguía ahí, junto a la cama, mirando a Layne, sujetándole la otra mano sobre el pecho.

—No lo sé. Siento… —Negó con la cabeza—. Siento algo. Parece que algo va mal. Como si la aplastase algún tipo de peso. Su alma está envuelta en sombras.

—¿Y eso qué demonios significa?

—Cálmate. —Maynir dio un paso al frente y le puso una mano en el hombro a mi compañero—. Te Léna hace lo que puede. Esta chica ha estado a punto de romperle el cuello.

Su tono dejaba claro lo mucho que se preocupaba por Te Léna. En vista de lo aterrador que parecía Fisher en aquel momento, cualquiera se habría amilanado en su presencia. Pocos se habrían atrevido a regañarle. El aire zumbaba ante el poder de Fisher. Estaba claro que empezaba a acumular magia, aunque era inútil, porque no había ningún lugar al que dirigirla. No había ningún enemigo con el que acabar.

—¡Noooooo, no, no, por favor, no! —Layne se desplomó de repente sobre la cama, y su cabeza rebotó en el colchón. Abrió los ojos, desorbitados—. ¡No! ¡Por favor, no lo hagas! ¡No lo hagas, no lo hagas!

Una figura asomó a sus pálidos ojos verdes. La silueta de una figura que se cernía sobre ella. Pareció crecer, acercarse…

—Por favor… —sollozó Layne. Su voz había perdido toda energía. Ahora no era más que un susurro, desesperado y resignado.

Fisher estaba tan pálido como un fantasma. En aquel dormitorio hacía mucho frío, a pesar del fuego que llameaba en la chimenea del otro extremo. Los tatuajes del pecho de Fisher se retorcían, convertidos en líneas escarpadas.

—¿Está despierta? —preguntó—. ¿Con quién habla?

Te Léna negó con la cabeza.

—No. Sí. O sea… No está aquí. Siento su mente, como si estuviese despierta, pero parece que su consciencia está detrás de un muro o algo parecido.

—¿Puedes romperlo?

—No. —Los ojos de Te Léna adoptaron un cariz extraño, vacío—. Es demasiado grueso. Demasiado alto. No hay modo alguno de derribarlo.

—¡Inténtalo, por favor! ¡Tú inténtalo!

—Oh, dioses, no. ¡Para! Por fav…

El chillido de Layne se cortó de cuajo. Volvió a arquear la espalda y sus talones martillearon como pistones sobre la cama, en pleno ataque de convulsiones.

—¡Algo le está haciendo daño!

Fisher se apartó un poco de la cama y se pasó las manos por los cabellos, tirándose de ellos. Sus ojos se toparon con los míos; en los suyos solo había desesperanza y pánico. Fisher sabía enarbolar una espada. Sabía rajar en dos a sus enemigos. Podía conjurar puertasombras y acudir volando junto a sus amigos si estos lo necesitaban. Pero allí no había ningún enemigo al que enfrentarse. No había destino alguno al que dirigirse.

No podía hacer nada para ayudar, y esa certeza lo estaba matando. Y yo no estaba en mejores condiciones. Expandí la consciencia gracias a la extraña magia que se arremolinaba bajo mi piel, pero solo encontré al mercurio, que susurraba suavemente, calmado como un río que fluyese tranquilo:

«Corre. Corre. Corre. Corre…».

El pánico me cubrió los huesos como si de escarcha se tratase. Me acerqué a Layne y le puse una mano en la cabeza. Tenía el cabello rubio enmarañado, empapado de sudor. Su respiración flaqueó durante un instante, pero luego recuperó su ritmo acelerado, entre resuellos. El ritmo de sus convulsiones aumentó aún más.

Sentí lo que Te Léna había sentido: una mano oscura se cernía sobre mi amiga y la hundía en los pozos húmedos del infierno. Y allí no estaba sola.

Layne volvió a abrir los párpados. Tenía las pupilas del tamaño de alfileres. Le colgaba extrañamente la lengua de la boca, húmeda de saliva. Tenía los dientes manchados de rojo.

—La puerta está abierta —dijo una voz temible desde su boca—. No se puede cerrar. La puerta está abierta. La puerta está abierta. La puerta está…

La voz se detuvo. Layne sufrió un terrible estremecimiento, puso los ojos en blanco y cayó sobre la cama, inmóvil. La tensión abandonó su cuerpo.

El aire en la habitación quedó opresivamente quieto, impregnado de un denso silencio horrorizado.

Nadie se movió.

Nadie dijo ni una palabra.

Fisher soltó la mano de su hermana. Sus ojos estaban vacíos. Empezó a dar vueltas por la habitación, descalzo, rígido.



—¿Puede que esto tenga conexión con la podredumbre?

Lorreth caminaba en círculos; el golpeteo de sus botas resonaba como un segundo pulso en mis sienes. Nos habíamos trasladado al comedor, uno tras otro, no muy seguros de adónde ir. Fisher, ante la chimenea, apoyaba las manos por encima de su cabeza sobre la repisa de piedra, con los músculos de la espalda protuberantes y anudados. Estaba perdido en las llamas.

—Es posible —dijo Maynir. Sus manos descansaban sobre las de Te Léna, los dedos de ambos entrelazados—. Jamás he encontrado nada así en los registros de Yvelia, pero principalmente he investigado sobre la política de la corte. Mis intereses personales sobre diferentes magias me han dado algo de entendimiento de magia elemental, de sombra, de sangre…, pero esto… —Llenó los carrillos de aire y resopló—. Esta infección no proviene de ninguna vena de magia de la que yo haya oído hablar antes. O bien es nueva, o bien muy antigua. Sea como sea, ahora mismo no hay modo de detenerla. No sabemos cómo podría estar afectando al reino. Se sabe que la presencia de algunas magias causa ataques entre los más jóvenes. Podría ser que, a medida que la podredumbre se aproxima a Cahlish, haya afectado de alguna manera a Layne.

Una conjetura. No era más que eso. Maynir se agarraba a un clavo ardiendo, pero no era culpa suya. Nadie más tenía ni idea de qué hacer.

Lorreth se rascó la barba de pocos días.

—Hay que encontrar a Ren…

—No. —Fisher inspiró hondo. Habló por primera vez desde que cambiamos de estancia—. Aún no. Tiene que avisar a tantas aldeas y pequeños asentamientos en la costa y en el bosque como pueda.

Aquí no hay nada que Ren pueda hacer por Layne, y la gente tiene que saber lo que está sucediendo.

La incertidumbre aleteó en los ojos de Lorreth, pero asintió.

—Tienes razón, no hay nada que pueda hacer. ¿Y qué vamos a hacer nosotros?

—Volveremos al río a ver hasta dónde se ha extendido la podredumbre desde ayer.

Fisher se apartó de la chimenea, con una expresión de cansada determinación. En Zilvaren había habido días en los que parecía que lo teníamos todo en contra. Sin agua, sin comida, sin modo alguno de salir del distrito por la razón que fuera. Cada vez que me las arreglaba para resolver un problema, otro nuevo surgía antes de que pudiese descansar un instante. No me quedó más alternativa que encontrar soluciones a los obstáculos que bloqueaban mi camino, teniendo siempre en mente que aparecerían otros enseguida. Sin embargo, la alternativa era rendirse y morir, y yo no era de las que se rinden.

Ni mi compañero tampoco.

Fisher inspiró hondo. Cuando soltó el aire, un humo negro le descendió por los hombros hasta recorrerle todo el cuerpo, formando una armadura completa de cuero a su paso. En su garganta apareció un resplandeciente gorjal de plata con la cabeza del lobo de los Lupo Proelia. La empuñadura de Nimerelle asomó tras su hombro, chisporroteando energía y atrayendo la luz. Hacía un segundo, Fisher parecía destrozado. Pero el Fisher que se plantó ante mí ahora estaba listo para ir a la guerra.

—Saeris y yo regresaremos a Ammontraíeth. Hay más libros que podemos sacar de la biblioteca. Algat puede quejarse tanto como quiera, pero los necesitamos. Danya, tú ve al punto de encuentro temporal y comprueba cómo están los guerreros. Diles que se preparen, los petates listos. Mañana los traeremos de regreso a Cahlish.

La estoica expresión de Danya tembló.

—¿Abandonamos la frontera?

Fisher asintió una sola vez.

—Abandonamos la frontera.

—Pero…

—Basta. —Danya apretó la mandíbula, pero contuvo la lengua—. La frontera ya no importa. Los devoradores infectados cruzarán sí o sí. La tierra al otro lado del Zurcido está muerta. No hay nada que defender allí. Formaremos nuestra nueva línea de defensa aquí. Lorreth, necesito que vayas a por Iseabail. Ya no tenemos que acceder a las catacumbas de Nuncruces porque ahora tenemos los libros de la Corte de Sangre. Pero sí nos hace falta una bruja que nos ayude con Everlayne. Quizá se nos haya pasado algo. Puede que haya una forma de que Te Léna e Iseabail la puedan sacar de este estado.

La reacción de Lorreth a aquella orden fue visceral: giró en redondo y fue directo hacia Fisher, con la boca abierta y lista para empezar a gritar. Sin embargo, al ver la expresión de Fisher, igual que todos nosotros, Lorreth hizo un aspaviento y volvió a girarse.

—Tienes razón —dijo—. Tienes razón. Lo siento. Iré, no pasa nada.

La expresión de Fisher se suavizó un poco.

—Te Léna, tú quédate aquí con Layne y Hayden. El chico despertará pronto, estoy seguro, y tendrá muchas preguntas. Responde a todo como mejor puedas, y no lo pierdas de vista. Tiene tendencia a deambular por ahí.

Casi me eché a reír. Fisher había pasado pocas horas con mi hermano, pero ya hablaba de él como si lo conociera, como si a regañadientes ya fuese de su familia.

—¿Y yo qué? —preguntó Carrion. Estaba sentado en el asiento de Fisher y se limpiaba las uñas con fingido aire de aburrimiento, aunque tenía la espalda más erguida de lo habitual. Incluso había subido los pies a la mesa—. ¿Me quedo aquí para asegurarme de que no se posen los pájaros en los árboles de ahí fuera o qué? ¿O me pongo a derretir la nieve del jardín delantero de la mansión?

Seguro que hay algo suficientemente inútil de lo que pueda ocuparme mientras los demás se ponen a hacer tareas importantes.

«Deja que venga a Ammontraíeth». Eso era lo que yo iba a decirle a Fisher…, pero no me dio tiempo.

—Cállate, Carrion —dijo él—. Tú te vienes con nosotros.



La pesada puerta del sepulcro estaba bloqueada desde fuera. No se habían dejado órdenes de cerrarla después de viajar por el mercurio a Cahlish, lo cual implicaba que los altasangre habían decidido cerrarla por sí mismos. Tenían que saber que una puerta bloqueada no nos detendría mucho tiempo, pero el mensaje estaba igualmente alto y claro: aquí no sois bienvenidos. «No os queremos».

La puerta voló por los aires, reducida a astillas, de una patada de Fisher. En el pasillo, junto a la ventana, había dos altasangre armados con estoques de hierro. No los reconocí de inmediato, pero al cabo vi la mano derecha de uno de ellos, ridículamente pequeña, y me acordé del encontronazo en El Paraíso del Loco. Había pensado que eso que había dicho Lorreth de que la mano volvería a salirle mucho más pequeña era broma, pero al parecer no.

Ambos vampiros altasangre —¿Anterrin? ¿Khol? Los dioses sabrían por qué me acordaba de sus nombres— dejaron caer los estoques y retrocedieron por el pasillo hasta que sus espaldas chocaron contra la pared tras ellos.

—¡No! ¡Esperad! —dijo Khol con voz ahogada.

Los ojos del muy cabrón destellaron, y adoptó rápidamente una expresión hambrienta al ver lo que yo llevaba en brazos. Yo siempre cargaba con Onyx para atravesar el mercurio. Incluso con las órdenes que había dado, me parecía lo más sensato. No me gustaba cómo lo miraban los altasangre, como si estuviesen decididos a encontrar una laguna en mi edicto y comérselo.

Onyx gruñó en mis brazos, percibiendo peligro, y enseñó los dientes.

—Tienes un segundo para apartar la vista de ese zorro —dijo Fisher en tono seco.

Khol hizo justo eso; centró su atención en mi compañero. Fisher tenía a Nimerelle en la mano. De la hoja manaba un siniestro humo negro.

—Perdón, ¿vale? No lo hemos hecho para bloquearos el paso. Él nos ha colocado aquí por si aparecían los hombres de Belikon. —Fisher le puso al vampiro la punta de la espada bajo la barbilla. Khol cerró los ojos—. Él… él… él…

—¿Él? —repitió Fisher como un loro.

—¡Nos dijo que os dejáramos salir en cuanto aparecieseis! ¡Es lo que pretendíamos hacer! Íbamos a…

—Largo.

La palabra resonó en el aire, una única orden que amenazaba con violencia si no se cumplía. Anterrin, que no había pronunciado palabra, fue el primero en marcharse a la carrera, pasillo abajo. Su hermano no tardó en seguirlo.

Carrion miró a Fisher con ojos entrecerrados y una mano en el aire.

—¿Es raro darse cuenta de que a la gente se le encogen los cojones cuando estás cerca? —Hizo un gesto de encogimiento con las manos.

Fisher le dedicó una ceja enarcada, pero apenas un instante. Envainó a Nimerelle y se giró hacia mí.

—Voy a buscar a Foley, pero primero me llevo a Onyx a tus aposentos. Quizá deberías ir a hablar con quien ha puesto a esos dos idiotas en la puerta del sepulcro, a ver qué tiene que decirte.

—Es buena idea. —Le entregué a Onyx a regañadientes, pero antes le di un beso en la frente al zorrillo.

—No te preocupes, la mantendré a salvo —dijo Carrion, y le guiñó un ojo a mi compañero. Seguramente, aquel comentario pretendía

irritar a Fisher, pero solo consiguió que este soltase un resoplido divertido.

—Por favor. Saeris enterraría a la mitad de la Corte de Sangre antes de que tú pudieras siquiera desenvainar tu espada. Hasta el zorro resultaría más amenazador que tú. —De pronto pareció ocurrírsele algo—. Un momento. Hablando de tu espada, ¿dónde está Simon?

A lo largo de los años, había visto a Carrion ocultar con éxito todo un amplio espectro de emociones. Pero ese día no consiguió disimular el color que le sonrojó las mejillas.

—No te preocupes por Simon —dijo—. Sé exactamente dónde está mi espada divina.

Mientras atravesábamos los pasillos, comprobamos que Ammontraíeth era un hervidero de actividad. Por todas partes deambulaban vampiros altasangre que llevaban impresionantes rollos de damasco, montones de planchas de metal bañado en oro y todo tipo de utensilios. Olieron a Carrion antes de verme a mí. Algunos sisearon al captar el aroma a sangre fresca y viva tan de cerca, pero en cuanto vieron el cabello rojizo de Carrion, retrocedieron, pues mi edicto pesaba más que su hambre. Al verme, todos se hincaron de rodillas, suplicantes, las cabezas agachadas. Solo volvieron a alzarse una vez que pasé a su lado y los dejé atrás. Carrion los vio de rodillas y negó con la cabeza.

—Te has pasado toda la vida escondida, con la esperanza de que nadie te reconociera, y ahora se arrodillan a tu paso en cuanto te ven. Debes de odiar esta puta mierda.

Solté una risa afilada que reverberó por el corredor que atravesábamos.

—Qué va, Carrion. No es que la odie, es que me repugna.

—¿Y por qué los obligas a hacerlo? No hacía falta que lo estipulases al pronunciar esos edictos.

Tuve la sensación de que Carrion ya sabía la respuesta a esa pregunta. Quizá quería oírmela decir en voz alta, para recordarse que era necesario.

—Tienen que temerme. O al menos que recordar que tengo poder sobre ellos.

—Me pregunto si tienen la menor idea de lo cerca que han estado de que los maten a todos —dijo Swift, quizá demasiado alto, al tiempo que una vampira con un finísimo vestido púrpura nos clavaba la mirada con el ceño fruncido—. Podrías haber acabado con sus vidas con una sola orden una vez que te pusieron la corona en la cabeza.

Pues sí, y habíamos discutido largamente esa posibilidad antes de mi coronación. Lorreth había votado a favor de destruir Ammontraíeth. Renfis también, desde Innìr. Danya había votado por desmembramientos públicos y todo tipo de torturas que olían más a venganza que a justicia. Yo era la única que había abogado por ver si los miembros de la Corte de Sangre podían redimirse. Fisher, a regañadientes, había aceptado esperar y ver cómo iban las cosas…, y no: de momento, las cosas no pintaban nada bien.

—Entonces, ¿vamos a ver a Tal? —dijo Carrion, cambiando de pronto de tema. Giró sobre sí mismo y avanzó de espaldas para poder dedicarle la misma mirada de ceño fruncido a la hermosa vampira.

—Sí, vamos a ver a Tal —confirmé.

—¿Y cómo demonios vamos a encontrarlo en este palacio infernal?

Carraspeé, sin mirarlo a los ojos.

—Sé exactamente dónde está.

Carrion me clavó la mirada, pero, aun así, me negué a devolvérsela.

—¿Cómo es eso de que sabes exactamente dónde está?

—Es que es mi creador. Siento su presencia igual que él puede sentir la mía. Siempre sé dónde está. Vamos, sigue andando.

—Vaya. Debe de resultar muy confuso cuando estáis los tres en el mismo sitio. La mitad de tu ser está alerta y siente a Tal, y la otra mitad se ve atraída hacia Fisher.

—Mi conexión con Fisher no funciona así.

—¿Qué? —Carrion se detuvo con aire dramático—. ¿Puedes sentir a Tal pero a Fisher no? —Yo seguí caminando—. ¡Oye! ¡Oye, espera! —Me alcanzó a la carrera—. Disculpa si me parece algo confuso, pero ¿no se supone que compartís un amor ante el que palidecen los demás amores?

Doblé un recodo a la izquierda y bajé a paso vivo unas escaleras.

—Tengo una conexión con Fisher, sí. Y sí, siento dónde está. Pero… no es lo mismo. La conexión que tengo con él es como un pozo profundo. Tranquilo, pacífico.

—¿Y cómo es la conexión con Tal?

Apreté los dientes al pie de las escaleras. Giré a la derecha.

—Como una correa.

Jamás había estado en las habitaciones de Tal. No me había hecho falta. Carrion y yo nos detuvimos ante la arcada de la puerta, con pomos dorados y retorcidos; me asaltó una poderosa sensación de *déjà vu*. La sensación de aquel pomo en la mano me resultaba conocida. Supe que la puerta rechinaría un poco al abrirla. Supe a qué olería el aire al entrar en la cámara del otro lado.

Recuerdos prestados.

Ecos en la sangre.

Yo sabía todo aquello porque le resultaba familiar a Tal, y yo era producto de su linaje. Alcé la mano para llamar a la puerta, pero vacilé. Una sensación extraña me hormigueó en el fondo de la mente. Al otro lado de esa puerta había más gente con Tal. Mucha gente. En la habitación había una tensión que crispaba el mismo aire de electricidad. ¿Quizá estaban teniendo una discusión? Pero ¿con quién discutía Tal?

—Yo en tu lugar no lo haría.

Giré en redondo, con el puño aún alzado para llamar. Zovena se nos acercaba por el pasillo. Llevaba la melena rubia recogida en una sobria trenza que parecía tan apretada que debía de darle dolor de cabeza. Le caía por un hombro y le llegaba casi hasta la cintura. Se había puesto un vestido negro de cuello alto que se le pegaba a las curvas del cuerpo y acentuaba tanto las caderas como el escote, por

el que casi se le derramaban los pechos. No la veía desde la coronación, y habría podido pasar el resto de mi vida sin volver a verla, pero no. Ammontraíeth era enorme —cualquiera podría perderse en aquellos corredores oscuros y sin ventanas—, pero seguía siendo solo un edificio. Era cuestión de tiempo que nuestros caminos volvieran a cruzarse. Zovena esbozó una sonrisa astuta, se arrodilló y se puso cómoda en esa posición, apoyada en los talones.

Yo bajé la mano y contemplé a la vampira. Me crucé de brazos. Desconocía qué había pasado exactamente entre ella y Tal, pero sabía lo suficiente. Zovena era el motivo por el que Tal había ido allí y se había entregado a Malcolm. La había amado, pero ella lo había abandonado. Ahora parecía que lo único que deseaba era ver muerto y enterrado al Centinela de los Secretos.

—Majestad. —Un saludo tan dulzón como la fruta podrida. Al hablar brotó de ella un aroma sensual y exótico que me asaltó la nariz. Resultaba embriagador. Me dio vueltas la cabeza.

—Aún tengo que ajustar cuentas contigo —dije.

—¿Conmigo? —Zovena soltó una hermosa risa y se echó la trenza por encima del hombro—. ¿Qué he hecho para ofender a la reina de la Corte de Sangre? Si me lo dices, me aseguraré de compensártelo de inmediato.

En Zilvaren, había conocido a mujeres como ella. Mujeres que habrían entregado a su propia familia a los guardianes a cambio del lujo más nimio. El tipo de mujer capaz de vender su alma al diablo por poder, fuese o no temporal. Zovena, sin embargo, era mucho más peligrosa que todas ellas. Era una fae convertida en vampira. Si jugaba bien sus cartas, viviría para ver el fin de aquel imperio…, y parte de mí sabía que ella misma desempeñaría un papel en ese mismo fin.

—Eres una Lord de Medianoche —dije.

En sus ojos destellaba la malicia.

—¡Ah! Ay, ay, de verdad pensaba que te habías olvidado. —El sonido de su risa me puso la piel de gallina—. Sí, soy Lord de Medianoche. Mi querido creador me otorgó ese título hace

setecientos ochenta y tres años. ¿Me permites que me ponga en pie?

—Tu querido creador. —Asentí y resoplé por la nariz—. ¿Malcolm?

El metálico aroma de la ira flotó por el aire, aunque la cara de Zovena no lo evidenció.

—En otra vida te habrías arrastrado por el suelo para tener el privilegio de pronunciar su nombre, matarreyes —dijo.

Ay, dioses, así que quería jugar.

—Supongo que es un honor por el que darte las gracias, Zovena. ¿Se supone que ese nombre tiene que alterarme? Porque, la verdad, estoy bastante orgullosa de haberlo matado. Dime —dije antes de que pudiese dar réplica alguna—: ¿en Ammontraíeth se considera incesto acostarte con tu creador? Porque me parece que por aquí alguien se estaba follando a papaíto.

—¡Zorra!

La serena fachada de Zovena se desintegró y dio por fin paso a las profundidades de su odio. Sus facciones se arrugaron. De pronto, su boca era demasiado larga, estirada por las comisuras. Se abalanzó hacia mí, pero su cuerpo retrocedió de inmediato, sujeto por el hecho de que tenía prohibido hacerme daño y porque yo no le había dado venia para levantarse.

Carrion se agarró al marco de la puerta y lo sujetó como si se tambalease.

—¡Por los dioses y los mártires! ¿Qué le pasa a tu cara?

Zovena siseó como un gato infernal.

—Cuidado con lo que dices, sheascah. No soy ninguna idiota, sé quién eres. Hay quien pagaría bien por ver tu cabeza ensartada en una pica.

Me coloqué frente a ella, bloqueando al contrabandista.

—No lo vas a tocar ni le vas a volver a dedicar ni una sola mirada torcida. No le vas a hablar a nadie de Carrion, ¿entendido? Antes te arrancarás la lengua.

La Lord se encogió bajo el peso de mi orden. Me veía como una niñita que deambulaba ciega y asustada por un bosque oscuro. Se

había olvidado de con quién hablaba…, lo cual resultaba impresionante, porque estaba de rodillas.

—Dilo. Di que lo has entendido.

Podría haber hablado con una rabia o un odio parejo al suyo, pero me limité a darle la orden en tono aburrido, desinteresado.

—Lo he… entendido. —Zovena intentó contener las palabras entre los dientes, pero tuvo que obedecer una orden directa de la reina—. Anterrian goaneth tiel ran lir…

—Basta. —El aire vibró, y Zovena se tambaleó hacia atrás como si la hubiese abofeteado. Yo ladeé la cabeza y la miré con el ceño fruncido—. Eres la Centinela de las Misivas, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y qué hace exactamente la Centinela de las Misivas? Cuéntame.

—Es un puesto importante —balbuceó Zovena—. La Centinela de las Misivas está a cargo de toda la comunicación que entra y sale de Ammontraíeth. Órdenes de batalla, noticias, secretos. Todo ha de pasar por mí.

—A mí me pareces una mensajera venida a más. En Zilvaren también tenemos gente como tú, ¿sabes? Pero es un trabajo que se considera de bastante baja estofa.

La vampira casi había recuperado la compostura. Sus facciones habían vuelto a la normalidad, pero sus ojos destellaron como cuchillos al oír eso.

—¿Puedo… ponerme… en pie? —dijo entre dientes.

—No.

—No tienes ni idea de lo difícil que es hacerles llegar un mensaje a los espías que hemos colocado en el extranjero…

—¿Y cómo de difícil es entregarle una carta a un vampiro altasangre aquí mismo, en esta corte?

Ella parpadeó, desconcertada.

—¿Una carta? ¿Aquí?

—Ajá. Un trozo de papel dentro de un sobre. Sellado, supongo. —Miré a Carrion—. Las cartas suelen ir selladas, ¿verdad?

—Suelen, sí —convino él.

Me giré de nuevo hacia la vampira.

—Sería relativamente sencillo entregar una carta así aquí, en palacio, ¿no?

—Evidentemente, sí.

Al parecer, Zovena no consideraba que valiese la pena dedicar tiempo a aquellas preguntas.

—Pues entonces explícame una cosa. Mi compañero y mis amigos se han pasado años escribiendo a una persona de aquí, de la Corte de Sangre. ¿Acaso esas cartas nunca llegaron a Ammontraíeth?

Zovena me enseñó los dientes y frunció el ceño tan pronunciadamente que volvió a tener un aspecto antinatural.

—Esa persona no es miembro de la corte. Ha sido repudiado. Los repudiados no reciben misivas. ¡Y los enemigos de mi hogar no se pueden comunicar con sus aliados aquí!

—Así que las cartas llegaron. —Zovena no dijo nada—. Puedo obligarte a decírmelo.

—Sí, llegaron. Pero…

—¿Sigues teniéndolas en tu guarida, esté donde esté?

Provocarla era un error. Yo no era tan estúpida como para creer que aquella dinámica entre ambas fuese a prolongarse mucho tiempo. Los vampiros altasangre de Sanasroth encontrarían tarde o temprano el modo de expulsarme, y entonces yo ya no podría obligar a Zovena a someterse a mi voluntad solo con palabras. Sería necesaria la violencia, pero me parecía bien. Si lo que entendían aquellos monstruos era la violencia, pues violencia les daría. Yo podía ser violenta si hacía falta. Podía ser cruel.

Permití que Zovena viese la promesa de toda aquella violencia al mirarme a los ojos.

—Sí —dijo con brusquedad—. Aún las tengo.

—Pues se las vas a entregar a su destinatario original. Hoy.

La vampira apretó la mandíbula.

—Puede venir a por ellas a mis aposentos como el perro que…

—Se las llevarás a la biblioteca. Personalmente. —Hablé despacio, articulando cada palabra—. O yo misma iré a por ti. Y cuando haya acabado contigo, no quedarán de ti nada más que tus putos dientes. ¿Te queda claro?

Zovena parecía querer escupirme a la cara. La estaba matando no poder hacerlo.

—Claro como una mañana de invierno —dijo.

Cuando vivía en el Tercero, nunca tuve grandes deseos. Agua limpia. Una comida decente. Ropa que no se me cayese a jirones. No soñaba con mucho. Desde luego, no soñaba con poder. No disfrutaba de nada de todo aquello, pero había que hacerlo. Era justo lo que le acababa de decir a Carrion: Zovena tenía que saber que, por más ganas que tuviese, no le convenía joderme, porque yo era su superior. Estaba a punto de ordenarle que se retirase como una niña a la que han regañado cuando la puerta de las habitaciones de Tal se abrió. Mi creador apareció bajo el dintel. Estaba desnudo y cubierto de sangre… con la polla tiesa, ofensivamente enhiesta entre los muslos.

—Si no pensáis uniros a la fiesta, os pediría que siguieseis la conversación en otra parte. Me estáis haciendo quedar mal como anfitrión.

31



VAPOR Y HUMO

KINGFISHER

El zorro olía a invierno agreste, a mañana helada. Yo lo sujetaba con firmeza bajo un brazo y canturreaba a media voz una nana que mi madre me cantaba de pequeño.

No le cantaba al zorro.

Claro que no le cantaba una nana al zorro.

Eso habría sido raro.

Era solo que me gustaba esa canción, y me parecía que a él también le gustaba. No había nada malo en ello.

—Ana drowan, doyath drowan, teyra drowan cal su marn. Massurith, massurith, kalminan tu dan shay…

«Un pez, dos peces, tres peces en la bañera. Vueltas y vueltas dan, vueltas y vueltas, nadan hacia el mar».

Onyx ni siquiera se movió mientras yo lo transportaba por el palacio. No les gruñó a los vampiros altasangre con los que nos cruzamos. No estudió el frío y hostil entorno en el que se encontraba. Centraba la vista en mí, con el hocico temblando, y me escuchaba cantar.

Allí, mi magia era inútil…, lo cual era una fuente de eterna frustración. Yo debería haber podido proteger los aposentos de

Saeris contra visitantes indeseados, pero allí no podía. Había sido Tal quien se había encargado de ello. Se había asegurado de concederme acceso a sus aposentos siempre que quisiese, pero saber que era su magia y no la mía la que proporcionaba una capa extra de seguridad a aquellas habitaciones me irritó sobremanera al cruzar las puertas dobles del dormitorio de Saeris.

El zorro se sentó pacientemente en mis brazos cuando lo llevé a la cama.

—Hris drowan mayth tair, hris drowan brin gilterrith, ayen hris drowan farh miniethh loss…

«El primer pez se ahogó, el segundo se congeló y el tercero se los tragó a todos…».

Acabé la canción con una floritura con la que dejé al zorro sobre la cama. Él me miró y parpadeó con aquellos ojos vidriosos y negros como la tinta. Al parecer no estaba seguro de qué pensar de mi actuación.

—Lo siento, pequeño. Ahora que lo pienso, no es una canción muy feliz, ¿verdad? ¿Te gustan los peces? Apuesto a que sí, ¿eh?

El zorro parpadeó.

—Apuesto a que te apetece probar uno ahora mismo, ¿eh? ¿Una sabrosa trucha?

Él enderezó las orejas. Habría jurado por los dioses que sonreía, esperanzado.

—Vale, vale, déjame ver qué puedo hacer.

Mis ilusiones eran reales siempre que se observasen. Un baño podía ser real. La ropa también. Pero la comida no. No funcionaba así. Iba a tener que sacar la magia de otro lugar, y eso requería concentración. Expandí mi consciencia…, la expandí… y gruñí del esfuerzo al recurrir a mis encantamientos menores, en un lugar completamente distinto. Conjuré un cuenco de plata que contenía media porción de trucha ahumada. En aquel mismo instante, una camarera de la taberna del Nido del Cormorán, en Dignoeste, se estaría preguntando dónde demonios estaba la trucha ahumada que

llevaba en la bandeja. Pero bueno, daba igual. La próxima vez que pasase por allí se la pagaría.

Dejé el cuenco en el suelo y vi con absoluta satisfacción que el zorro bajaba de un salto de la cama de Saeris y se abalanzaba sobre la comida. El pescado desapareció en pocos instantes.

—Muy bien, pequeño. Ahora me tengo que ir. No te metas en problemas mientras esperas a tu dueña, ¿vale?

Onyx alzó la vista hacia mí y se lamió los labios con una lengua rosada, saboreando la comida que yo había robado para él.

—Venga, échate una siesta o lo que quieras.

El zorro bostezó, se giró y echó a correr hasta esconderse bajo la cama de Saeris. Yo llegué hasta la puerta e incluso puse la mano en el pomo antes de oír su suave gemido.

—¿Qué pasa, eh?

Miré por encima del hombro y vi que el zorrito asomaba la cabeza por debajo de la cama para luego trotar decidido hacia mí. Se detuvo delante de mí y agachó la cabeza. Algo pequeño y marrón cayó sobre la alfombra.

Era una piña. De las más pequeñas y de la forma más perfecta que yo hubiese visto. Onyx le dio un empujoncito con la nariz, resoplando, y luego me miró, expectante.

Yo contemplé al zorro y la piña, con la mano aún sobre el pomo, no muy seguro de qué hacer.

—¿Eso es… para mí?

Onyx volvió a empujar con el hocico el pequeño cono puntiagudo en mi dirección, hasta que este rodó y chocó contra la puntera de mi bota. Sí, era para mí.

Un regalo.

Me agaché y lo recogí. Me metí aquel recuerdo en el bolsillo interior de la armadura. Antes de girarme para marcharme, le rasqué entre las orejas de punta negra al zorro. Intenté que no se notase que aquel pequeño gesto me había emocionado. No lo conseguí.

—Gracias, pequeño.



La biblioteca estaba desierta.

Había lámparas que salpicaban todo el mostrador. Su pálido resplandor azul formaba pequeñas lagunas de luz. Libros apilados en cinco pulcros montones de diez volúmenes cada uno, en el otro extremo de la mesa. El lugar estaba tan silencioso como una tumba.

Crucé la entrada de la biblioteca y me dirigí a los escalones que llevaban hasta las estanterías. Un pequeño gato negro hecho de sombras brotó de mi propia sombra, pillándome por sorpresa. Ni que decir tenía que de mí habían brotado muchas sombras, pero lo hacían bajo mi voluntad, y ninguna de ellas se había solidificado nunca hasta formar un ser vivo.

El gato clavó las garras en la alfombra y se estiró. Me miró con ojos enrojecidos.

—¿Y tú de dónde has salido? —le pregunté.

El gato de sombras husmeó con curiosidad mi pierna. Su hocico tembló.

—¿Qué hueles? —pregunté—. ¿Es olor a zorro? No sé si os llevaríais bien.

Como si supiese lo que le decía, el gato de sombras aplastó la cabeza contra mis pantorrillas y empezó a ronronear tan alto que habría despertado a un muerto. Me agaché para acariciarlo, pero el maldito bicho se alejó a la carrera en dirección a los escalones. Se detuvo a los pies y miró por encima del hombro, como diciendo: «Bueno, ¿vienes o qué?».

El aroma de Saeris flotaba en el aire, leve pero perceptible. Crucé la biblioteca y me dirigí a las escaleras. Perdí el rastro al internarme entre las estanterías tras el felino, que avanzaba al trote algo más adelante y se volvía de vez en cuando para asegurarse de que yo seguía allí. Yo siempre había tenido como regla no seguir a ningún gato. Sobre todo a un gato negro. Aquel era del color más negro medianoche posible, una ausencia de luz que yo conocía bien. Mis

sentidos estaban totalmente alerta. Cruzamos por entre las estanterías, a la izquierda, a la derecha, luego recto dos pasillos más. Allí, la magia impregnaba el aire. Las hileras se apretujaban más y la luz era tan tenue que velaba los títulos de los cientos de libros junto a los que pasábamos.

Los pies del gato apenas parecían tocar el suelo al avanzar suavemente. Se restregó contra la esquina de una estantería mientras esperaba a que yo llegase a su altura. Su larga y diestra cola cimbreaba a un lado y a otro como una hoja de hierba alta bajo la brisa. Cuando me acerqué demasiado para su gusto, el gato giró a la izquierda y desapareció por un pasillo que más bien parecía un túnel, compuesto en su totalidad por libros viejos y polvorientos.

Una luz dorada parpadeaba al otro extremo del túnel.

Cuando salí de él me encontré en una sección de techos altos de la biblioteca que parecía muy diferente al resto. Una mesa. Una silla. En el rincón opuesto, una cama medio escondida tras una cortina de terciopelo granate ribeteada de borlas doradas. Las paredes en sí estaban hechas de estanterías dispuestas para formar una suerte de refugio interno, separado de todo lo demás.

La alfombra en el suelo estaba hecha jirones a la entrada del cuartucho, como también lo estaba la parte frente a la gran chimenea de la pared opuesta, en la que chisporroteaba alegremente un fuego tras la rejilla. Las calvas en la alfombra indicaban que alguien había dedicado muchas horas a caminar por ahí en círculos, entre cavilaciones.

En el centro de aquel espacio recluido había una gran mesa sobre la que descansaba un artilugio hecho de engranajes y largas varillas sobre ejes, así como resplandecientes esferas de latón en los extremos. Los brazos del ingenio estaban inmóviles, pero acabarían por moverse. Se trataba de un planetario, muy hermoso además. En su día, el despacho de mi padre había contenido uno de esos. De niño, me había fascinado su complejo funcionamiento. Mis padres se habían sentado ante el artefacto, estudiándolo largo tiempo. Me habían enseñado los planetas representados por los globos con

incrustaciones de plata y cobre; cómo bailaban entre sí, describiendo círculos en torno al mucho mayor sol dorado del centro.

Aquel planetario era muy diferente del que había en el despacho de mi padre. La alineación y el número de planetas eran diferentes. Desde luego, era hermoso.

De haber tenido tiempo, me habría quedado a contemplar la factura del aparato un poco más, pues los planetarios eran notablemente difíciles de fabricar, pero había ido en busca de su dueño, y me parecía que lo iba a encontrar entre las estrellas de verdad.

En la pared de la derecha se encontraba clavada una escalera de mano plegable. A seis metros de altura había abierta una pequeña ventana, cuya pesada cortina estaba parcialmente apartada y se mecía bajo una brisa fría. El gato se sentó a los pies de la escalera y miró por la ventana abierta. El mensaje estaba claro: «Tu amigo está aquí arriba».

Pues que así fuera.

A los pies de la escalera, el gato maulló y me dedicó un lento parpadeo. Se giró como se giran los gatos cuando están a punto de tumbarse a dormir, pero cuando estiró las patas, lo que hizo fue volver a convertirse en tinta y oscuridad. Desapareció dentro de la larga sombra que arrojaba yo sobre aquella alfombra comida por las polillas.

—Vale… —murmuré para mí mismo.

Yo no me sentía diferente. Aparte de haber visto con mis propios ojos lo que había sucedido, no tenía prueba alguna de que el gato se hubiese fusionado de algún modo conmigo. Me encogí de hombros y subí la escalera. La ventana tenía un metro de alto por medio de ancho. Tuve que doblarme considerablemente y girar los hombros para salir por ella a la estrecha pasarela que había al otro lado. Un bajo parapeto recorría toda la cúpula del techo, una protección mínima ante la caída de treinta metros que había al otro lado.

En las alturas brillaban las estrellas, ardientes.

Recorrí la mitad de la cúpula hasta dar con un hueco en el que había sentado un hombre frente a un escritorio desgastado por los elementos. Allí, sobre el mundo entero, el hombre garabateaba en un libro con una pluma. Aunque no me miró, sabía que yo había llegado. Hubo una breve pausa… y el garabateo se reanudó.

En su día, Foley fue hijo de un señor. Su padre, Warrick Briarstone, había sido consejero del rey Rurik. Solo la familia de los Daianthus los superaba en poder y orgullo. Si Belikon no hubiese asesinado al rey legítimo, Foley habría terminado ocupando el puesto de segundo hombre más poderoso de Yvelia. El deber del consejero del rey era actuar en su nombre ante emergencias, y como tal, sobre sus hombros recaía una gran responsabilidad. Foley había nacido para ser respetado, para trabajar diligentemente al servicio de su reino. Sin embargo, lo que había hecho era aprender a luchar y unirse a los Lupo Proelia. Y ahora estaba escondido en su torre en lo alto del mundo, entre un océano de libros. Un vampiro repudiado que no se atrevía a mirar a la cara a un viejo amigo.

El susurro de la pluma sobre el papel se detuvo al fin. Foley la dejó.

—Veo que Guru te acompaña ahora —dijo en tono quedo—. A veces lo hace.

Bajé la vista y descubrí que el gato estaba ahí, devolviéndome la mirada. Entero. Vivo. Ronroneando.

—Le gusta perseguir pájaros —prosiguió Foley—. A veces se posaban aquí de noche… hace mucho tiempo.

Pareció perderse en sus propias palabras, como si estuviese en verdad demasiado cansado como para completar un pensamiento en voz alta y tuviese que obligarse a acabar.

—Foley —pronuncié su nombre, y él se encogió al oírlo—. Foley, mírame.

Él bajó la vista a su libro, petrificado.

—Bueno, está bien —dije. No había otra silla en el tejado, solo la que Foley ocupaba, pero sí que había un cajón lleno de cachivaches que evidentemente Foley usaba para transportar objetos allí arriba.

Le di la vuelta y volqué bolsas de cuero, tinteros y demás parafernalia por el suelo. Luego me senté frente a él.

¿Por dónde se suponía que tenía que empezar? Foley y yo jamás habíamos compartido muchas risas. Siempre había sido mucho más serio que los demás. Incluso más serio que Renfis. Sin embargo, entre los dos se había establecido desde siempre una sencilla camaradería. Un entendimiento, podría decirse, sobre cómo podía haber sido una vida que ya se había perdido. Ambos habíamos sufrido la ira de Belikon. Éramos herederos de un futuro que se había esforzado mucho por destruir. Nos habíamos visto sometidos a su escrutinio cercano hasta que no pudimos soportarlo. Éramos, sobre todo, hermanos por necesidad. Inseparables. Pero había pasado mucho tiempo. Vidas enteras en las que habíamos aguantado el tipo de penurias que habrían acabado con cualquier otro hombre.

Yo no sabía por dónde empezar, pero lo último que pensaba hacer era meterle prisa. Me senté en silencio y me incliné para acariciar al gato, que se me aproximó y empezó a suplicar afecto. Guru era un buen nombre para él: parecía sabio. El viento jugueteaba con nuestro cabello, sacudía nuestras camisas, desperdigaba los bordes sólidos de la forma de Guru y lo emborronaba como si fuese carboncillo restregado en una página.

Foley alzó la vista del libro y miró a la derecha, hacia la elevación del techo abovedado de la torre. Se cubrió la boca con la mano.

—No hace falta que hagas esto —dijo; sus dedos amortiguaron las palabras.

Yo esbocé una sonrisa lentamente y le dediqué una ceja enarcada.

—¿Desde cuándo hago yo cosas que no quiero hacer, que tú sepas?

Él resopló, como si reconociese la verdad que había en mis palabras, pero no dijo nada más. Yo dejé que el silencio se asentara un poco más y luego hablé:

—Ahí abajo arde un fuego de verdad. Nada de luceterna, llamas reales.

Él asintió.

—Me gusta su calor —dijo—. Me… ayuda a recordar.

Lo que era estar vivo. Esas palabras quedaron sin pronunciar, pero yo entendí el significado a la perfección.

—También me he fijado en los títulos de algunos de esos libros de ahí abajo. Te has hecho una casa en la sección de filosofía y moral. —Me permití una pequeña sonrisa.

Foley hizo lo mismo, aunque seguía con tensión alrededor de los ojos.

—Hum. Las criaturas de por aquí no tienen mucho interés en ninguna de las dos. Me parecía el lugar más seguro. —Soltó una risa amarga y, por fin, dirigió la vista hacia mí—. Tienes el mismo aspecto —dijo—. Tal me contó por lo que estabas pasando. Pensé… —Alzó las cejas—. Pensé que jamás saldrías. Quise ayudarte…

Negué lentamente con la cabeza.

—Ya ha pasado. Es historia. Estoy bien.

—¿Lo dices para que me sienta mejor? —preguntó.

Negué con la cabeza de nuevo.

—Lo digo de verdad.

Y así era. Mis sueños solían ser pesadillas, pero podía soportarlas. Con tacto, dije:

—Con ella todo tiende a mejorar. —Me reí, algo azorado por aquella confesión—. Incluso cuando empeora.

Foley se echó hacia atrás en la silla, que chirrió. Me miró con ojos entrecerrados y, por primera vez, me di cuenta de que no tenía el mismo aspecto. No del todo. Sus pupilas eran ahora verticales, no redondas. Tras sus ojos había una sombra inquieta, de animal cazado, que me provocó una punzada de dolor en el pecho. Llevaba el pelo corto.

Debería haberlo llevado más largo.

—¿Con ella? ¿Te refieres a esa mujer? ¿Saeris?

Solté una risita entre dientes ante su aparente sorpresa.

—Esa, sí.

Las siguientes palabras parecieron costarle:

—Así que todo es cierto, ¿no? Lo del vínculo divino y todo lo demás.

Yo apreté los labios y me tomé un instante para contemplar la mesa.

—Dios, espero que sí. Si no, es que he perdido oficialmente el juicio. Lo siento más real que nada que haya experimentado en mi vida. Ella es…

Dioses. En el nombre de los cinco infiernos, ¿cómo describir a Saeris Fane?

—Notable —dijo Foley. Lo hizo de un modo que no sonaba del todo a cumplido. Aquella palabra casi era una repulsa.

Una vez más, solté una risa entre dientes.

—Lo ha cambiado todo —admití.

—¿Y eso de que sea medio vampira? ¿O que sea la gobernante de este lugar?

—No significa nada —dije—. Ella no es medio nada. Es Saeris por completo. Y la amo.

Mi viejo amigo me miró; sus ojos raudos repasaron mi rostro. Tras un largo momento, dijo:

—Está bien. —Como si eso diese por zanjado el tema y no hubiese que volver a hablar de ello—. ¿Qué más? —preguntó.

—Te vienes con nosotros a Cahlish —le dije.

Foley negó con la cabeza.

—No. Me quedo aquí.

—Foley, este no es tu hogar. Eres…

—Que no me voy a ninguna parte. No puedo marcharme de Ammontraíeth…

—Tu lugar está con nosotros. Con tus amigos. Te echamos de menos. Te necesitamos. Te…

—¡POR LOS PUTOS DIOSES, FISHER! ¡TÚ NO SABES QUÉ SE SIENTE! —Dio un puñetazo en la mesa. La pluma rebotó y cayó al tejado con un repiqueteo—. Ahí fuera, en el mundo, hay gente a la

que amo. Tú mismo. Lorreth. Vash. Mayen. Vendería mi alma por manteneros a todos a salvo, pero el puto demonio que tengo encima del hombro ya se la ha cobrado. No me queda alma alguna. El hambre me devora, Fisher. —Unas lágrimas rojo rubí, agresivas, asomaron a sus ojos. Había un hecho que no podía negarse. Foley lo pronunció en voz alta, para que no hubiese malentendidos—: Soy un vampiro. Me alimento de la sangre de los vivos. —Sacó los dientes para que yo los viera. Dorados, tallados, crueles—. Me arrancaron los colmillos cuando me negué a alimentarme, y me clavaron estos en la boca para que no pudiera hacerlo. Aun así, sigo bebiendo, Fisher. ¿Quieres saber cómo lo hago?

—No, da igual.

—Me alimento de ratas. De pájaros. De cualquier cosa que pueda cazar, atrapar y matar. Porque eso es parte de mí ahora. La caza. La muerte. Los destrozo y bebo de ellos hasta dejarlos secos. Y lo hago una y otra y otra vez…

—Que da igual.

Un reguero de sangre le corrió mejilla abajo.

—En este cuerpo no queda dignidad, Fisher. Yo ya no soy tu hermano. Soy algo tan bajo y denigrante que ni siquiera tengo nombre para mí mismo. Monstruo. Diablo. Asesino. Nada se acerca a explicar el mal que se arrastra por mis venas. Soy…

—Eres mi hermano. Lo demás da igual.

Foley inspiró entrecortadamente.

—No puedo marcharme de este lugar —susurró.

—¿Cuándo fue la última vez que quitaste una vida?

Cerró los ojos.

—Pues…

—¿Cuándo fue la última vez que atacaste a un miembro de los fae y lo drenaste?

Negó con la cabeza y tragó saliva.

—No he hecho nada parecido desde… Ajun.

—¿No te has alimentado de sangre de fae desde Ajun? —Me dieron ganas de enterrar la cabeza entre las manos y gritar—.

¿Cuánd…? —Me detuve. Solté un pesado suspiro—. ¿Cuándo fue la última vez que estuviste cerca de un miembro vivo de los fae?

—Tu compañera… —dijo, y dejó morir la voz.

—¿Tuviste ganas de comértela?

—No…, me temo que estaba más centrado en matarla.

—Pero también viste a Lorreth, ¿verdad? ¿A él intentaste matarlo?

Una profunda arruga se formó en el ceño de Foley, como si ni siquiera se le hubiese ocurrido.

—No, la verdad es que no. Recuerdo haber pensado que su aroma era incitante, pero… no pensé en alimentarme de él.

—Y antes de ese encuentro, ¿cuándo fue la última vez? ¿Cuándo has estado cerca de alguien y has sentido que no podías controlar el hambre?

Se lo pensó largo tiempo.

—Hará setecientos años.

—¿Y te alimentaste de esa persona?

—No.

—Por los dioses vivos, Foley. Eres un puto… ¡agh! —La frustración convirtió mis palabras en un rugido.

Rápidamente, antes de que él pudiera detenerme, me clavé los dientes en la muñeca e hice una pequeña incisión. Foley se puso de pie y se subió a la barandilla del parapeto antes de que la primera gota de sangre cayese sobre la mesa.

—¡Por la misericordia de los dioses! —jadeó—. ¿Qué haces?

Tenía los ojos llenos de miedo.

—Esta vida ya no es nueva para ti, Foley.

No me puse en pie. Entre los dos, Guru seguía cómodamente sentado, jugueteando con la pluma que había caído de la mesa entre sus garras. Tap, tap, tap. Al percatarse de que había una gota de sangre en el suelo a mis pies, el gato se levantó de un salto y se acercó a la carrera. Maulló y me miró como si pidiese permiso. Por supuesto, aquel animalillo tan extraño bebía sangre.

—Vamos, principito —le dije.

Los ojos atormentados de Foley casi se pusieron en blanco al ver que el gato empezaba a lamer la sangre.

—Hace setecientos años eras joven. La sed te dominaba. No sabías cómo controlarla. Siento ser yo quien te dé la noticia, pero ahí abajo, en la ciudad, hay miembros de los fae. Los huelo desde aquí, lo cual significa que tú también. Pero no has descendido a acabar con ellos, ¿verdad?

—No —dijo él, sin aliento—. No lo he hecho.

—Pues ahí lo tienes.

Foley pareció romperse por dentro de repente. Su miedo le ganó la partida. Cayeron más lágrimas que le mancharon la pálida piel con afluentes de sangre.

—¿Cómo voy a saberlo? ¿Cómo voy a confiar en mí mismo?

—Lo sabrás cuando te acerques y te sientes a la mesa conmigo.

Él clavó la vista en mi sangre, que se acumulaba en la mesa ante mí. Yo apenas me había hecho una herida pequeña, nada que supusiera un problema de verdad. La hemorragia ya empezaba a cortarse. Pronto se detendría del todo.

—¡No puedo, Fisher! Voy…

—No la mires. Mira esto. —Me metí la mano en el bolsillo y saqué la cajita de madera que llevaba conmigo.

La atención de Foley rebotó entre mi sangre y la caja, mi sangre, la caja, mi sangre…

Dejé la caja sobre la mesa.

—¿Qué es eso?

—Es una caja.

—Eso ya lo veo —repuso—. Pero… ¿qué hay dentro?

Le di un golpecito a la tapa de la caja.

—Un demonio de verdad —le dije.

Foley giró en redondo y contempló la noche. Entrelazó los dedos tras la cabeza y soltó un siseo en fae antiguo:

—Otariallan dyer mé.

—No —dije—. No es broma. Créeme, ya me gustaría que lo fuera, pero no.

Despacio, Foley miró por encima del hombro, hacia la caja.

—¿Qué demonio? —preguntó.

—Joshin.

—¿Ese cuál es? No me acuerdo.

—El demonio escorpión —dije con sequedad—. El rey del Sueño Oscuro.

—Por la misericordia de los dioses y los pecadores. —Foley bajó los brazos y se giró. Sus dientes dorados destellaron bajo la luz amortiguada—. ¿Y cómo es que lo llevas por ahí en una caja?

—Hice un trato con él.

—Que has hecho ¿qué?

—No me quedó alternativa. Me picó. Y a Carrion también. Necesitábamos su veneno.

—¿Quién es Carrion?

Casi me eché a reír. En otra vida habrían sido inseparables. Inseparables a su pesar, tuve que admitir.

—Un amigo. Pronto lo conocerás, estoy seguro.

Foley se mordisqueó el interior del carrillo, procesándolo todo. Sus ojos volaron al pequeño charco de sangre que se iba enfriando sobre la mesa, pero se apresuró a apartarlos.

—Está bien…, ¿qué trato has hecho?

Se lo conté todo, palabra por palabra.

—Un secreto y su veneno a cambio de nuestras vidas. Pero me comprometí a soltarlo una vez que nos encontrásemos a salvo. Juré que no lo colocaría dentro de una trampa para demonios.

—Joder. Así que está ahí dentro, ¿eh? ¿Entero?

—Lo que queda de él.

—Pero ahora te encuentras bien. ¿Cómo es que no lo has soltado aún?

Ah, la belleza de la letra pequeña. Incluso a las puertas de la muerte, sin tiempo ya, siempre había una manera de retorcer un pacto a tu favor si prestabas atención a los detalles.

—Porque no especifiqué cuándo iba a liberarlo —expliqué—. Ni tampoco dónde. Y la caja no es ninguna trampa para demonios. No

es más que una caja.

Le di otro golpecito a la tapa. El escorpión furioso que había dentro se arrojó contra las paredes de su nueva prisión.

—No te preocupes, Joshin —dije—. Pronto cumpliré mi parte del trato. A fin de cuentas, soy un hombre de palabra.

La caja se volvió a estremecer. Despacio, Foley se arrastró hacia la mesa para verla mejor.

—¿Y por qué la has traído aquí? —preguntó.

—Porque no quiero arriesgarme a dejarla en Cahlish. No puedo. Pero tampoco puedo seguir llevándola conmigo por ahí. Oigo cómo me susurra todo el tiempo… y, bueno, no es que me diga cosas bonitas. —Le lancé una mirada de soslayo—. ¿Sigues siendo miembro de los Lupo Proelia, Foley? ¿Lo eres aquí dentro? —Señalé a su pecho.

El vampiro se contempló el plexo solar y su mano derecha se cerró en torno a la empuñadura de una espada que no había podido empuñar en casi mil años. Volvió a mirarme y sus ojos destellaron.

—Sí. A veces. Cuando me atrevo a soñar con una realidad en la que aún soy bueno.

—Los sueños no son más que vapor y humo —dije—. No significan nada, a menos que estés dispuesto a vivirlos. Eres bueno. Eres mi hermano. Eres un lobo. Nada va a cambiar eso.

Empujé la caja hacia él por la mesa, aguantando la respiración. ¿Lo haría? ¿Se sentaría?

Con cuidado, Foley agarró la silla que había volcado al saltar y la colocó de nuevo frente a la mesa. Con movimientos trabajosos, volvió a sentarse. Pareció dolerle, pero se sentó. Pasó un largo instante en el que contempló el resplandeciente charco casi negro de sangre en la superficie de la mesa. Se estremeció. Al cabo, alargó la mano y cogió la pequeña caja negra.

—Te la guardaré aquí de momento. La vigilaré hasta que me la pidas. Pero, mientras tanto…, dime el secreto del demonio.

32



LO QUE TIENEN LAS INCLINACIONES

SAERIS

Lo que yo había sentido tras la puerta de Tal no había sido la tensión de una pelea.

Había sido sexual.

Me cago en la puta.

Clavé debidamente la vista en el techo mientras seguíamos al Centinela de los Secretos a sus aposentos, resuelta a no continuar contemplando la silueta desnuda de Tal. Me ardían las mejillas.

—¿Dónde te habías metido ahí fuera? —siseé, aferrada al brazo de Carrion—. ¿Qué ha pasado con eso de «la mantendré a salvo»?

—¡Ay! ¡No seas tan violenta, joder! Tenías toda la situación bajo control. Además, no seré yo quien interrumpa el inicio de una pelea de gatas. De todos modos, Zovena ya se ha ido. Se largó en cuanto tu hombre se asomó a la puerta.

Había algo en su voz que sonaba decididamente perverso. Lo miré por el rabillo del ojo y comprobé que él no tenía la vista clavada en el techo. Miraba al frente y sus ojos no dejaban de bajar, bajar…

Le aticé con más fuerza aún.

—¿Qué haces?

—Si no quiere que le miren el culo, debería haberse puesto una túnica antes de salir, Saeris.

—¿Puedes parar de…?

Tal se giró. Mis ojos volaron al techo.

—Es de agradecer que quieras proteger mis vergüenzas, Saeris, pero Carrion tiene razón. No tengo vergüenza alguna. Me da igual que me mire el culo. Por desgracia para ti, Swift, mis inclinaciones sexuales no van en tu dirección.

—No pasa nada. Lo que tienen las inclinaciones es que son muy inestables. Podría darse un cambio repentino en el terreno y de pronto te inclinarías por una dirección completamente distinta. Yo la verdad es que he experimentado con todo tipo de inclinaciones.

Tal esbozó una sonrisa dubitativa.

—Si sufro ese cambio de inclinaciones, serás el primero en saberlo.

Carrion suspiró y dejó atrás a mi creador.

—No pasa nada; si fuera a suceder, ya se habría dado el caso. Este tipo de cambios suelen darse instantáneamente, en cuanto un par de ojos se posan sobre mí. —Estaba claro que, una vez eliminada la posibilidad de sexo, Carrion había perdido interés en mi creador. Señaló un umbral que se abría ante nosotros—. Bueno, ¿y qué demonios está pasando aquí?

—Han venido unas amigas a tomar una copa de vino —dijo Tal en tono vago y algo esquivo.

Siete mujeres fae yacían despatarradas en una cama increíblemente grande en la habitación al otro lado de la puerta, en diferentes grados de desnudez. Yo había pasado suficiente tiempo en Casa Kala como para estar acostumbrada a ver mujeres paseando por ahí con las carnes al aire, pero aquello era diferente. Las mujeres de Kala usaban el sexo en beneficio propio. Les pagaba las facturas, las mantenía a salvo; eso no tenía nada de malo. Sin embargo, en aquella habitación había una hambruna que yo jamás había presenciado en Casa Kala. Las mujeres fae de esa cama contemplaban a Taladaius como si llevasen toda la vida pasando

hambre y él fuera la primera oportunidad que veían de probar comida de verdad. Su deseo nublaba el aire, impregnaba toda la habitación. Daba la sensación de que todo aquel lugar empezaría a arder si alguien prendía una cerilla por error. Una de las mujeres del centro de la cama empezó a besar a la que tenía al lado y a tocarse la entrepierna al mismo tiempo. Carrion se pasó los dientes por el labio inferior.

—¿Qué hay que hacer para asegurarse una invitación a una de estas catas de vino, Taladaius?

El cabello plateado de Tal le cayó sobre la cara al agacharse a recoger una camisa tirada por el suelo. Se enderezó y se la metió por los brazos, con una sonrisa perversa.

—Ah, puedes venir cuando quieras, Carrion Swift. Incluso puedes quedarte ahora mismo a disfrutar de una copa, si te apetece. Pero estas mujeres son amigas mías desde hace tiempo. Están acostumbradas a un cierto nivel de… conversación. ¿Crees que estarás a… la altura? —Enarcó las cejas, y sus ojos flotaron hasta la entrepierna de Carrion.

Yo había visto a Carrion engatusar a las mujeres más hermosas del Tercero. A mí me había convencido para acostarme con él, y eso que me había resistido con uñas y dientes. Yo jamás lo había visto escurrir el bulto ante un desafío. Y sin embargo, Tal acababa de sugerir que aquellas mujeres de la cama estaban acostumbradas a un nivel de placer que solo él mismo podía proporcionarles a las siete. Y ante eso, el contrabandista parpadeó.

—Hum. La verdad es que se me da muy bien conversar, pero… quizá no esté tan versado en el arte de hablar con tantas mujeres a la vez.

Me fijé en que Tal intentaba que no se le escapase una mueca sonriente. Le dio una palmadita a Carrion en el hombro.

—No te preocupes, Daianthus. La práctica hace al maestro.

Se abrió paso hasta un par de pantalones que parecían haber caído a toda prisa en el suelo y, mordiéndose la punta de la lengua, se los puso con cuidado.

Por los dioses todopoderosos, aquello era terrible.

—Quizá deberíamos volver más tarde —dije.

Las mujeres de la cama habían empezado a tocarse y acariciarse entre ellas, y a emitir suaves gemidos que instaban a Tal a volver. Él alzó un dedo y retrocedió de espaldas hacia la puerta abierta.

—Un minuto.

Cerró la puerta tras de sí y en la habitación hubo una explosión de risitas y de gemidos aún más resonantes. Carrion y yo intercambiamos una mirada incómoda.

—¿Lo has oído? —preguntó.

—Intento no oírlo ahora mismo.

—Me ha llamado Daianthus.

—Ah, sí. Bueno, a ver…, es que eres un Daianthus.

Pobre Carrion. Habíamos descubierto quién era pero habíamos seguido llamándolo Swift. A nadie se le había ocurrido preguntarle si prefería que nos dirigiésemos a él por su nombre real: Carrion Daianthus. Hacía poco, yo había descubierto la costumbre fae de no ponerles nombre a los recién nacidos durante el primer año de vida. Esa costumbre había empezado por un tema puramente práctico: hacía mucho tiempo, un alto porcentaje de niños fae no sobrevivía al primer año de vida, y darles nombre parecía una invitación a la mala suerte. Si la Muerte no sabía el nombre de un bebé, no podría encontrarlo y llevárselo. Desde entonces habían pasado muchos miles de años. Ahora, los niños fae casi no morían durante la infancia, pero la práctica de no darles nombre se había instaurado como tradición.

Rurik y Amelia Daianthus no habían tenido oportunidad de darle nombre a su primogénito. Quien le había puesto Carrion había sido la mujer que lo había salvado del estanque de mercurio en Zilvaren. Y le había puesto de apellido Swift, el suyo propio, en cuanto había posado la vista sobre él, lloroso y desnudo. Y así, Carrion había entrado en su familia.

—¿Prefieres que te llamemos Daianthus? Se lo puedo decir a los demás. Estás en tu derecho. Además, tampoco es que estemos

manteniendo en secreto tu identidad. Se lo dijiste a todo el mundo en el laberinto. Ya ha saltado la liebre.

Carrion se restregó la nuca con aire incómodo.

—No, no pasa nada. Swift solo tiene una sílaba, y Daianthus tiene tres. Vais a tener que gastar más saliva cuando me estéis gritando. No quiero ser una molestia para nadie.

—Carrion.

—Con Swift vale, Saeris. Es tan nombre mío como cualquier otro. Estoy bien siendo quien siempre he sido.

—Vale, eso lo entiendo. Pero escucha, Carrion, no he tenido la oportunidad de hablar contigo en condiciones desde que regresaste. A ver…, Fisher me contó lo de Gracia, y… o sea…

Por los dioses vivos, qué mal se me daba aquello. En cuanto pronuncié el nombre de Gracia, Carrion se cerró por completo. Vi cómo pasaba.

—Está bien, no hace falta que digas nada, Saeris. Era una anciana. Muy gruñona. Más pronto o más tarde iba a morir. Ya estoy acostumbrado. He tenido que acostumbrarme. No hace falta que…

La puerta del cuarto de Tal se abrió de golpe y el vampiro de cabellos pálidos la cruzó, resuelto. Se limpió la boca con el dorso de la mano para quitarse discretamente cualquier rastro de sangre de la barbilla.

—Bueno, imagino que tenéis que discutir algún tema conmigo, ¿no? Dudo que hayáis venido a asomaros a mis aposentos para otra cosa. ¿De qué se trata?

Con la conversación peliaguda que yo acababa de echar a perder y la estampa de todas aquellas mujeres desnudas en el cuarto de Tal, se me había ido por completo de la cabeza el motivo por el que habíamos ido.

—Así que mujeres fae, ¿eh, Tal?

El vampiro me miró a los ojos sin la menor vergüenza.

—Por supuesto. Me gusta que mis compañeras de cama tengan calor corporal —dijo—. Lo hacen de buena gana. Jamás se irían a casa por sí solas, y yo no volvería a conciliar el sueño si no las

obligase a marcharse. Te aseguro que este intercambio es voluntario y mutuamente beneficioso. Pero imagino que eso ya lo sabes.

El intercambio de sangre.

Las mujeres se colocaban con el veneno de Tal y tenían los orgasmos más intensos imaginables. Y Tal, a cambio, se alimentaba. Un sorbito de cada una debía de bastar para saciar su hambre, mientras que ellas tenían la experiencia de sus vidas. Supuse que sí que sonaba mutuamente beneficioso.

—Uno de estos días dejaré de sentirme como un pez fuera del agua aquí —gruñó Carrion—. ¿Por qué te ruborizas, Saeris? Tú nunca te ruborizas.

—Da igual. Puedo… puedo ruborizarme si quiero, ¿vale? —Solté el aire, un suspiro lento y constante—. Tal, la puerta del sepulcro estaba bloqueada. Esos dos idiotas de tu taberna nos estaban esperando.

—¿Tienes una taberna? —Tal acababa de subir en el escalafón del respeto de Carrion.

Mi creador ignoró su pregunta.

—Sí, yo les dije que se apostasen allí. Oí a Lorreth decir que el consejero de Belikon y un puñado de guardias cruzaron el mercurio la última vez que estuviste en la tumba. No puedo permitir que los guardias de Belikon, ni de nadie más, aparezcan por Ammontraíeth así sin más. Me pareció lo más acertado bloquear la puerta y colocar a Anterrin y a Khol allí. Dado que Lorreth había tullido a uno de los dos, alguna tarea tenía que encomendarlos, ¿no?

—¿Y con eso pretendías evitar que entrasen usuarios de la magia? ¿Con una puerta cerrada?

—No, evidentemente no. Se suponía que con eso bastaría para que Anterrin y Khol tuviesen tiempo de avisarme de lo que estaba pasando para que yo me encargase de la situación como mejor me pareciese.

—¿No debería ser yo quien se encargase de lo que cruzase el mercurio?

—Sí, Saeris, deberías ser tú. Pero dado que no dejas de perderte de vista con tu compañero sin decirme adónde vas, tengo que estar listo para ocuparme yo de todo, ¿verdad? —No había malicia en sus palabras. Ni ira. Me enseñó una sonrisa beatífica y empezó a dirigirse a la puerta de sus aposentos—. A primera hora de esta noche me asomé a la puerta del sepulcro, a inspeccionar los daños, y encontré esto.

Se detuvo al lado de la mesita lateral junto a la entrada y usó una pañoleta de seda negra para agarrar el arma que descansaba sobre la madera pulida. Era una de las hojas que habían llevado los hombres de Belikon el otro día. Yo casi no había podido dominarlas con mis poderes. Poseían propiedades antinaturales. Me palpitaban las sienes si intentaba tocar el metal con la mente. Todo lo que rodeaba aquellas armas parecía estar mal. Incluso en aquel momento, el arma que sostenía Taladaius atraía la luz y absorbía el aire de la habitación.

—No me gusta esta daga. Casi acabo muerto solo por tocarla. Sentí… —Tal alzó la vista al techo y frunció el ceño—. Sentí que quería arrancarme la piel y saltar a un lago de fuego. Esta cosa es malvada; no quiero que siga en mis aposentos.

Me la acercó, con un gesto para que la cogiese. Yo no me había sentido así al luchar contra los guardias de Belikon, pero claro, tampoco había tocado ninguna de sus dagas con las manos desnudas. Probablemente no era buena idea hacerlo en ese momento, por si acaso. Quizá era como una espada divina. Quizá solo podía tocarla su dueño. Acepté la daga de manos de Tal, pero la toqué con mi propia pañoleta de seda para protegerme la mano, como él mismo había hecho.

—¿Qué es esta cosa? —preguntó.

—No lo sé. Orious la llamó «hoja nula».

—Jamás había oído algo así —dijo Tal—. Pero bueno, supongo que no importa lo que sea, siempre que me la quites de en medio. Hay que tirarla a algún pozo profundo o algo parecido.

—¿Y dónde encuentro un pozo de esos?

—Más allá de la cordillera occidental. Si vas a caballo en esa dirección durante treinta minutos, te encontrarás con muchos agujeros en el suelo.

Sonaron golpes en la puerta. Tal abrió y una mujer escuálida de pómulos pronunciados y ojos negros como el carbón apareció tras el umbral. No era fae ni tampoco una vampira altasangre. Tenía extrañas agallas colgantes en el largo cuello, aunque parecían cosidas a la piel. Su cabello liso y negro le llegaba hasta los hombros como una sábana de seda y ocultaba buena parte de esas agallas mutiladas. La mujer inclinó la cabeza, con una expresión de sorpresa al captar mi presencia. Estaba a punto de arrodillarse cuando alargué la mano y la sujeté del codo.

—No te arrodilles, por favor —le dije—. Ahora no.

Yo ya estaba hasta la coronilla de genuflexiones aquel día en concreto.

Los ojos de la mujer se desorbitaron, pero no protestó.

—Mis disculpas, alteza. Lord, perdonad que os moleste. He venido a deciros que hasta ahora no había podido encontrar a la venerable reina para tomarle las medidas, pero esta noche los hados parecen haberme sonreído, porque está aquí con vos.

La mujer se puso la mano en el pecho e hizo una leve reverencia. La luz se reflejó en sus uñas metálicas más parecidas a garras. Sus dedos eran el doble de largos que los míos y la mitad de gruesos. Tenía un inquietante aire arácnido.

—¿Tomarme las medidas? —pregunté.

—Sí, para el baile de mañana por la noche. Vamos, Yanica. Puedes tomarle las medidas aquí. De lo contrario se te volverá a escapar. Y a este también puedes tomárselas. —Hizo un gesto hacia Carrion.

Le dediqué una sonrisa distraída a la mujer, que entró flotando en la estancia. Una vez dentro, empezó a desplegar un rollo negro lleno de enseres de costura. Me giré hacia Tal.

—Disculpa, ¿qué baile?

—El Baile de Evenlight, por supuesto. ¿No lo celebráis en Zilvaren?

Estaba a punto de decir que no, por supuesto que no, pero no pude.

—La verdad es que sí, pero es un festival, no es un baile —admití.

—Madra se sube a un pedestal y da un discurso de una hora para toda la ciudad —añadió Carrion—. Suelta una perorata iracunda sobre los peligros de la magia y los míticos monstruos fae que intentan infiltrarse en la ciudad para corrompernos y robar a nuestros niños. —Esbozó una sonrisa y meneó los dedos. Yo puse los ojos en blanco—. Luego le da a todo el mundo una ración doble de agua y un cuenco de estofado grasiento. Y después hay un concierto. Es el único día del año en que la gente no tiene que trabajar.

—Suena delicioso —dijo Tal en tono seco—. Aquí es algo más divertido. Hay comida, vino, bailes, sexo. Históricamente, no se dan grandes discursos, pero si echas de menos las costumbres de tu hogar, puedes dar uno, aunque no te lo recomiendo. Bastante impopular eres ya.

—Ahora mismo no puedo asistir a ningún baile, Tal. No tengo tiempo.

—Te equivocas. Lo que no tienes es alternativa. El Baile de Evenlight no es negociable. Quien gobierna la Corte de Sangre preside la noche y debe inaugurar oficialmente las celebraciones. La fiesta no puede empezar sin su venia oficial. Si no asistes, estarás eludiendo abiertamente tu puesto como reina aquí, y todo el mundo sabrá lo que piensas de verdad de Sanasroth y de la Corte de Sangre. No pintará nada bien. Y aunque no fuera el caso, es aún más vital que asistas a las festividades de este año, dado que el Baile de Evenlight también servirá como velada de selección.

—¿Velada de selección?

—Sí. Será la segunda que celebremos. Hasta hace poco había otro Lord de Medianoche, Xarris. Lo asesinó su propio hermano a raíz de una disputa. Se celebró una velada de selección y Malcolm

nombró a Algat como Lord y Centinela de los Registros. Hemos de celebrar otra velada de selección para que se presenten los candidatos que deseen ser el nuevo Lord de Medianoche.

—No pienso supervisar eso. No puedo encargarme de tomar esa decisión.

—Bueno, eso debería haberlo pensado tu compañero antes de matar a Ereth. No es que me queje, claro. Ereth era un fanático repugnante, y además le apestaba el aliento. Pero ahora solo hay cuatro Lores de Medianoche, y tiene que haber cinco. Así que sí, tienes que oír las peticiones de la gente y seleccionar al nuevo. Mi consejo es que lo hagas rápido. Los altasangre suelen ponerse nerviosos si tienen que esperar mucho para entregarse a sus apetencias.

Se me descolgó la mandíbula.

—¡Tal!

—Y luego está el detallito del que ya hablamos no hace mucho en El Paraíso del Loco —dijo, y se inclinó hacia mí—. El baile será una oportunidad perfecta para ocuparse de ello. Para mí sería un favor personal que pudieras quedarte lo suficiente como para que lo resolvamos. Además, te salvé la vida, así que…

Ya podía darme por jodida.

Regiamente jodida, al parecer.

Me rendí:

—Está bien. Un baile. —Hice un aspaviento, exasperada—. Voy a ir a un baile. Genial.

—Si no os importa alzar los brazos, alteza…

Yanica, con su cabello sedoso y esas uñas metálicas, me hizo dar un respingo. Se me había acercado por la espalda, y yo no había captado su olor, porque no olía a nada.

—Lo siento, Yanica, pero ahora no tengo tiempo para que me tomes las medidas. Hay otros asuntos que he de atender. Estoy segura de que eres una sastre excelente. ¿No podrías hacerlo a ojo?

La mujer dio un paso atrás y casi dejó caer la cinta de medir que sostenía entre las manos.

—¿A ojo? Disculpadme, alteza. No está en mi ánimo corregir a la ilustre reina, pero no soy ninguna modista. Soy la costurera real. He servido fielmente a esta corte durante los últimos doscientos años. Vestir a la nobleza de la Corte de Sangre es mi privilegio y mi derecho. El vestido que llevaréis mañana por la noche será una muestra de mis talentos. Debe encajaros como un guante. Lo siento, pero… pero no puedo adivinar a ojo vuestras medidas. Una prenda que os siente mal será una vergüenza para mi casa y mi nombre.

Tal no dijo nada. Carrion se metió las manos en los bolsillos y se encogió de hombros en mi dirección.

—Lo siento, solecito. No creo que te puedas negar.

A regañadientes, dejé que la mujer me tomara las medidas.



La hoja nula palpitaba en la vaina que yo llevaba al muslo mientras subía las escaleras. Para cuando llegué a la biblioteca, sentía la pierna entumecida de la cadera a la rodilla. Tenía ganas de llorar. Me dolían las runas, un dolor que me recorría los brazos en oleadas. Tenía tantas ganas como Tal de librarme del arma, pero sin saber exactamente qué era o de qué era capaz, tirarla por un precipicio me parecía más bien perder una oportunidad. Orious había dicho que todos los guardias de Belikon iban equipados con una de esas, y después de lo sucedido en el sepulcro, resultaba bastante obvio que tendríamos que volver a enfrentarnos a ellos. Habría más guardias. Más hojas nulas.

Aquello era una oportunidad y, por más incómoda que me sintiese llevando la hoja, en realidad no tenía alternativa. Había que estudiarla. Carrion se había quedado en las habitaciones de Tal para que le tomasen las medidas. Dijo que luego iría a por su espada, pero me prometió reunirse conmigo en cuanto acabase. En las escaleras, mi única compañía fue el sonido de mis pasos.

Cuando al fin llegué, en la biblioteca reverberaba un silencio ensordecedor. El aroma de Fisher flotaba, denso, en el aire. Me indicó exactamente en qué dirección se había ido cuando había subido antes hasta allí. Sin embargo, antes de dirigirme hacia las estanterías, tuve que tomar precauciones.

—¿Algat? —Mi llamada rebotó por el espacio abovedado. Nada—. ¡Algat!

La Centinela de los Registros me había dejado bien claro que solo podía visitar la biblioteca durante la primera hora después del ocaso y la última hora antes del alba. No es que pudiera decirme lo que podía o no hacer, pero, aun así, si iba a tener que enfrentarme a la vieja bruja, prefería saberlo de antemano, sobre todo porque, probablemente, estaría furiosa conmigo por haberme llevado un libro de la biblioteca.

La mujer no apareció.

Me dirigí a las estanterías. Iba tarareando, en un intento de calmar la inquietud en el fondo de mi mente, el impulso de sacar la hoja nula de la vaina y arrojarla tan lejos de mí como fuera posible. Era una sensación horrible que no podía ser descrita. Aquel cuchillo estaba lleno de odio. Quería hacer daño.

El aroma de Fisher aumentaba a medida que yo pasaba entre hileras y más hileras de libros. Cada paso que daba me acercaba más a él, y así, la tensión de mis omoplatos se iba relajando. Esa era la situación en ese momento: una cuerda tensa entre los dos. Cuanto más nos alejábamos, más fuerte tiraba de nosotros. Solo cuando estábamos juntos sentía que podía respirar en condiciones. Estaba cerc…

—¡Ah! —Me llevé la mano al pecho—. Hola.

Me había echado hacia atrás de un respingo, sorprendida por un repentino movimiento que resultó ser uno de los miraestrellas de la biblioteca. El pájaro de papel flotó en el aire a medio metro de mi cara, revoloteando de lado a lado sin dejar de mirarme. Di un paso al frente y la criatura retrocedió al unísono. Pareció ladear la diminuta cabeza. Aleteaba a un kilómetro por minuto.

—Eres una criaturilla fisgona, ¿eh? —Extendí la mano, curiosa por ver si el pájaro aterrizaría en el extremo de mi dedo, pero el animal se alejó—. Ups. Perdón. No pasa nada, no voy a hacerte daño.

El miraestrella se fue volando.

—Vale, pues nada, adiós.

Qué maravilla. Me dio pena que se fuera, pero cuando giré a la izquierda, hacia otra hilera de libros, había otros tres miraestrellas sobrevolando la zona, esperándome.

—Vaya. ¿A qué estamos jugando?

Ahora había una nota de sospecha en mi voz. La advertencia de Foley no se había alejado de mi mente. Había dicho que aquellos pájaros eran seres ingenuos. Fáciles de coaccionar. A mí no me preocupaban los pájaros en sí mismos. Foley también había mencionado que alguna bruja insatisfecha podría engañar a los miraestrellas para que me robasen el cabello. Esa idea me hizo detenerme.

Apoyé el peso en el pie izquierdo y coloqué las manos sobre Erromar y Selanir, que colgaban de mis caderas.

—¿Me vais a dejar pasar?

Como si comprendiesen lo que acababa de decir, dos de los miraestrellas se apartaron a la izquierda, y el otro, a la derecha. Me abrieron el paso.

—Gracias.

Algo confundida, seguí caminando. Dejé atrás otra estantería donde esperaban otros cinco miraestrellas. Por encima del hombro vi que me seguían los tres entre los que acababa de pasar.

—Vale, me estáis dando mal rollo, amigos.

Más animales doblaron a toda prisa el recodo. Y más aún aparecieron por encima de una estantería y cayeron en picado. Había decenas. Cientos. Se agolparon en las alturas, describiendo un círculo. El susurro de las alas de papel creció y creció hasta que no pude oír nada más.

—Mierda —susurré.

Y eché a correr.

Misiles blancos como el hueso pasaban rozando mis orejas. Yo atravesaba a toda prisa la biblioteca. A la izquierda. A la derecha. De nuevo derecha. Izquierda. Los miraestrellas zumbaban en mi cabeza, caían sobre mí, me tironeaban del pelo, me despeluchaban la trenza. Se estrellaban contra mí, hacían molinetes sobre el suelo, se deslizaban y volvían a alzarse para revolotear en torno a mi cabeza.

Yo los apartaba a manotazos, a golpes en pleno vuelo, pero ellos volvían a alzarse. Giré a la izquierda y choqué contra una pila de libros que habían sido amontonados de cualquier manera en el suelo. Los tomos se estrellaron contra el suelo y se desparramaron en todas direcciones. Yo casi caí con ellos, pero mantuve el equilibrio. Seguí adelante y llegué a un pequeño claro entre las estanterías. Por fin, mi frustración le ganó la partida a la sensación de alarma.

Eran pájaros.

Pájaros de papel.

Dejé de correr y me cubrí los ojos con las manos. Me asomé por entre los dedos para evaluar la situación. Ahora había muchísimos miraestrellas, cientos de ellos. Volaban cada vez más rápido en torno a mí. Formaban un vórtice que ascendía hacia los travesaños de la biblioteca como los demonios del polvo que pululaban en las dunas en Zilvaren, solo que mucho mucho mayor.

Era… era hermoso.

Con cuidado, bajé las manos y contemplé la escena. Los miraestrellas formaban un túnel, y yo me encontraba en su centro. Los pájaros sacudían el aire y creaban una brisa que me agitaba el cabello suelto. Jamás había visto nada tan encantador, tan mágico, en toda mi vida.

Si un grupo de cuervos era una conspiración y un grupo de buitres era un comité, aquel espectáculo de miraestrellas moviéndose en armonía solo podía definirse de una manera: una constelación.

—Impresionante…

La palabra se me escapó en voz alta, y los pájaros reaccionaron a ella. Un único miraestrella se apartó de la masa arremolinada y cayó del aire como una piedra. Una fracción de segundo antes de golpear el suelo, el pájaro se alzó en el aire y vino directo hacia mí.

Todo pasó demasiado rápido, no me dio tiempo a alzar la mano. El filo del ala del miraestrella me abrió un tajo en el pómulo, con una ardiente punzada de dolor.

—¡Aaaay! ¿Qué…? —Era la segunda vez que uno de ellos me cortaba—. Eso no ha estado nada bien —siseé.

Me preparé para lo que vendría a continuación: una tempestad de miraestrellas rabiosos que caerían sobre mí dispuestos a derramar mi sangre. Muerte por mil cortes. Sin embargo, ninguno de los demás pájaros se apartó del ciclón de alas batientes. El aire pareció volverse más denso por la tensión acumulada. Los pájaros volaban más y más rápido. Aún más rápido. Tanto que llegó un punto en el que era imposible diferenciarlos. Toda la masa se agitaba, un borrón blanquecino.

Estiré el cuello para ver mejor y negué con la cabeza.

—¿Qué… demonios… está pasando?

Y de pronto, el ciclón se detuvo. Los pájaros empezaron a desplomarse, de cabeza o bien dando vueltas, al igual que el primer pájaro que me había abierto el tajo y que había caído sin vida en los escalones de la biblioteca. Sin palabras, vi cómo los pájaros caían uno tras otro y se desplegaban, las alas y los picos y los cuerpos abiertos, hasta quedar reducidos a hojas de papel arrugadas. Otros se desplegaban en pleno vuelo y descendían flotando mucho más despacio, como copos gordos de nieve. El mundo entero se convirtió en un revoloteo de hojas de papel arrugadas.

Agarré una de ellas del aire al pasar junto a mi cara. En el papel había líneas escritas con elegante letra cursiva.

En la mayoría de los casos, el poder es demasiado grande. El alquimista tendrá que ceder…

Se me aceleró el corazón. Agarré otra hoja de papel del aire.

... a veces doloroso. Históricamente se recomienda emplear una contraprestación como mecanismo alquímico en caso de sobrecarga...

Aquellas frases hablaban de magia alquímica. Todas las páginas —¡muchas páginas!— estaban repletas de textos sobre alquimia. Mi mente no lo alcanzaba a comprender. Yo había peinado toda la biblioteca de Cahlish. Tanto Algat como Foley habían confirmado que en aquella biblioteca había libros sobre alquimia, pero ninguno de ellos se había referido a los miraestrellas.

Los pájaros llevaban siglos allí. Más de lo que nadie pudiera recordar…

Y todo aquel tiempo habían estado formados por páginas de un libro.

Tan rápido como pude, empecé a recogerlas del suelo. Fajos y fajos de hojas. Estaban arrugadas, los bordes amarillentos por el paso del tiempo, pero las letras estaban en la parte interior doblada; apreciables, escritas en tinta negra, protegidas por los pliegues de los miraestrellas.

Había recogido la mitad de las páginas del suelo cuando estas empezaron a temblar en mis manos. Aferré la pila entre los dedos, resuelta a mantenerla, pero una fuerza invisible me las arrebató.

—¡No! —Mi grito resonó por la biblioteca—. ¡Por favor!

Las páginas no me hicieron caso. Volaron por el aire y se apelotonaron unas sobre otras, formando una bola. Ante mis ojos, se organizaron ellas solas en una única pila… y de pronto se convirtieron en un libro. De lomo azul marino.

Un libro grueso, con una única mariposa de plata estampada en la cubierta.

Aparte de eso, no tenía ornamento en los cantos, ni borlas elegantes ni nada. Era un libro sencillo sin más adornos… que aterrizó en el suelo a mis pies con un golpe sordo.

Por los dioses benditos.

Lo agarré, conteniendo la respiración. El lomo crujió al abrir la tapa, como un libro antiguo cualquiera que no se abriese desde hacía tiempo.

Para ti, bendita por los dioses.
Gracias por amar a mi niño.

E.

Una única gota de sangre marcaba la página bajo la dedicatoria. De un rojo brillante, seguía fresca. Era mi sangre. El miraestrella me había abierto un tajo porque quería probar mi sangre, asegurarse de que yo era quien él pensaba…, la persona a quien llevaba un milenio esperando.

El primer miraestrella también me había cortado, pero yo había salido de la biblioteca…, y los miraestrellas no podían existir fuera de su refugio. Había perdido su magia antes de poder confirmar mi identidad.

Por los.

Putos.

Dioses.

El libro de Edina. Llevaba ahí todo el tiempo, a la espera de encontrarme…

—¿Saeris?

Giré en redondo, con el pulso al galope. Kingfisher salió de entre las sombras. Sin pensarlo siquiera, escondí el libro a mi espalda. Fisher tenía las mejillas sonrojadas y el cabello despeinado, como si hubiera estado fuera, a la intemperie. Una sonrisilla apareció en sus labios al verme. Se detuvo y se apoyó en las estanterías de madera a su lado, con los pulgares en el cinturón.

—¿Va todo bien? Te he oído maldecir como una pirata.

—Sí, todo bien. Es que…

«Busca el libro. Pero no se lo cuentes a él. De verdad. Es importante. Que no sepa nada del libro. Solo tú has de saberlo. ¿Lo entiendes?».

La voz de Edina reverberó en mi mente. Un recuerdo de ojos nublados, desesperada, al hablar por la boca de Everlayne en el dormitorio de Cahlish. No es que me hubiera pedido que no le hablase a Fisher del libro. Es que me lo había ordenado.

Contemplé el rostro de mi compañero y vi las ojeras que tenía. Había atravesado un infierno por mí. Sí, necesitábamos la plata que Carrion había traído desde Zilvaren, pero no había sido esa la única razón por la que Fisher había viajado a mi ciudad. Había ido por mí, para poder traer a Hayden. Y estaría dispuesto a volver, por más que lo odiase. Ni siquiera haría falta que yo se lo pidiera.

Hasta ahí podía llegar la broma.

Saqué el libro y se lo enseñé.

—Tu madre me habló de este libro —dije—. En Cahlish, cuando me comentó lo de sellar las runas. Me dijo que tenía que buscarlo y que, cuando lo encontrase, no te hablase de él, pero… —negué con la cabeza y se lo tendí— no me parece correcto. Toma. Lo he encontrado, es este.

La sonrisa de Fisher menguó poco a poco, pero no llegó a desaparecer del todo, sino que adoptó un tono triste. Se apartó de las estanterías y se acercó despacio a mí. Con aire pensativo, cogió el libro y lo abrió. Pasó la primera página con la dedicatoria y la gota de mi sangre. Sus ojos recorrieron el texto de la siguiente con rapidez. Apretó la mandíbula y dejó escapar un largo y profundo aliento. Con ojos resplandecientes, cerró el libro y me lo devolvió. Un instante después me puso la mano en la nuca y me depositó un beso en la frente.

—Este libro es para ti, Saeris —susurró—. Pero gracias por compartirlo conmigo.

Se apartó, sin molestarse en disimular que tenía lágrimas en los ojos. Yo miré el libro y pasé los dedos por la mariposa estampada en la cubierta.

—Pero… ¿no quieres leerlo?

Aquello no tenía sentido. Si existiera un libro escrito del puño y letra de mi madre, no sé qué crímenes llegaría yo a cometer para

poder leerlo. Era un mensaje desde la tumba. Una mano tendida desde la oscuridad, pero Fisher no quería agarrarla.

Esa sonrisa triste y apesadumbrada volvió a aparecer.

—No —dijo suavemente—. Así lo dejó dicho mi madre. Confío en ella, y confío en ti, pequeña Osha. Sea lo que sea lo que hay en ese libro, es solo para ti. Tú sabrás qué hacer con lo que encuentres.

33



SIN REMORDIMIENTOS

KINGFISHER

Hijo mío:

Cierro los ojos y sueño con el universo. Hay acontecimientos que se extienden ante mi mente, como postes en un sendero. Son firmes, innegables en su existencia. Pero también hay caminos que se apartan del sendero principal. Callejones laterales que podrían guiar a uno de los actores del gran escenario del destino en otra dirección. Hay numerosos desvíos en el sendero que se abre ante ti, al igual que en el sendero que ha de recorrer tu compañera.

Hoy, ella se encuentra en una encrucijada. Veo la senda ante vosotros dos y veo que la recorréis juntos. Pero el vínculo que os une será más fuerte ahora que te ha puesto este libro en las manos. Ojalá pudiera explicarte más. Ojalá hubiera vivido para ver al hombre en que sé que te convertirás. Pero no te preocupes. Lo he presenciado en la muerte, y no lo cambiaría por nada. Tu alma se ha roto al saber que llevo tanto tiempo aquí desde mi muerte, pero

ten presente que no es necesario que sufras. He disfrutado de cada segundo en que te he podido observar desde este lado del velo.

No tengo remordimientos.

Te quiero.

Estoy orgullosa de ti.

Y ahora devuélvele el libro.

Tu madre,

Edna

34



OS EQUIVOCÁIS DEL TODO

SAERIS

Edina de las putas Siete Torres.

Me habría sentido como una puñetera gilipollas de no haber tomado la decisión de darle el libro a Fisher. Habría leído aquella nota que había dejado para él y habría sabido de inmediato que había fallado algún tipo de prueba ante los ojos de Edina. Y, por supuesto, la mujer estaba muerta, pero yo aún quería que me quisiera. A fin de cuentas, estaba enamorada de su hijo. Por más estúpido que pareciera, quería que me considerase digna de él.

Me moría de ganas de leer el libro de cabo a rabo, pero Ammontraíeth hervía con los preparativos del baile del día siguiente, y yo no podía disfrutar de un momento de intimidad ni en mis propios aposentos. Cada cinco segundos acudía alguien a llamar a la puerta con alguna pregunta urgente.

¿Qué flores había que colocar en el pedestal?

¿Había que aderezar el vino con sangre de recién nacido o de virgen? (Yo respondí que de ninguna de las maneras había que aderezar el vino con sangre, y que si descubría que alguien estaba desangrando recién nacidos lo ataría a un poste y lo dejaría a la intemperie para que lo matase el alba).

¿Quería que los Lores de Medianoche se sentasen en mi mesa para la cena, en un puesto de honor?

¿Quería que hubiese música antes de las solicitudes? Y en caso de que sí, ¿qué clase de música?

¿Me había decidido por algún tipo concreto de danza para el baile?

La lista seguía y seguía, y mientras tanto, el libro parecía pesar diez toneladas, escondido en la parte delantera de mi camisa. Aquel libro contenía respuestas, respuestas importantes, pero todas las sandeces del Baile de Evenlight me impedían ponerme a descubrirlas.

Fisher se había ido a pasar más tiempo con Foley después de verme en la biblioteca. Carrion acabó pasando por mis aposentos, con Simon en la cadera y una sonrisa de gallito en la cara. En cuanto Fisher regresó, agarré el libro y mis espadas y anuncié:

—Venga, nos vamos de aquí.

—¿Cómo que nos vamos? —Fisher esbozó una media sonrisa—. Acabamos de llegar. ¿No tienes que firmar decretos reales? ¿Decisiones importantes que tomar antes de la gran fiesta?

—Necesito tranquilidad. Aquí no puedo pensar. Voy a dejar una nota con preparativos para el baile: pienso delegar todas las decisiones importantes en Tal. Que se encargue él de todo. A mí me hace falta un momento de paz, y aquí no lo voy a tener.

—Vale, pero quiero estar aquí para la fiesta —dijo Carrion, que alzó la vista del libro que estaba leyendo—. Quiero ver a quién nombras Lord de Medianoche. Y también quiero ver ese traje que Yanica había prometido hacerme, porque suena despampanante. Me vendrá bien ampliar mi guardarropa.

Por supuesto que Carrion se iba a preocupar por su apariencia mientras el resto de nosotros intentábamos evitar el fin del mundo.

—Bien, pues adelante —dijo Fisher—. No me vas a tener que obligar. Volvamos a Cahlish durante lo que queda de noche. Yo también tengo bastantes asuntos de los que ocuparme allí. En cuanto regresemos, abriré una puertasombra e iré a buscar a

Lorreth. No pensaba ir a por él hasta por la mañana, pero estoy seguro de que se alegrará de verme antes. También abriré una puertasombra para buscar a Renfis. Ya debería haber llegado a Ballard.



—Esa cosa me está dando malas vibraciones.

Carrion contempló la hoja nula, con ojos entrecerrados y suspicaces. Descansaba al borde del banco de trabajo, en la forja. Su hoja de color grafito estaba inmaculada, a pesar de que yo había pasado una hora intentando desprender un poco del metal para comprobar su composición.

Yo sentía exactamente qué metales y aleaciones componían otros objetos. Los pomos de las puertas, los pestillos de las ventanas, los matacandelas con los que los duendes de fuego apagaban las velas. Las diferentes armas que salpicaban la mansión. Sabía de qué estaban hechas todas sin tener siquiera que pensarlo. Y sin embargo, intentar descubrir la composición de la hoja nula me provocaba la sensación de estar cayendo de cabeza por un agujero negro cada vez que me esforzaba por conseguirlo. La sensación era inquietante, me desequilibraba, me daba náuseas.

—Lo sé —dije—. A mí tampoco me gusta.

—Deberíamos enterrarla.

—Por desgracia, no es una opción. Tenemos que descubrir qué es para poder contrarrestarla. Ahora mismo apenas puedo afectarla con mi magia. Y la de Fisher no tiene el menor efecto sobre ella.

Descubrirlo había sido muy inquietante. Fisher había intentado desplazarla de un lado a otro del banco de trabajo al llegar a Cahlish, pero no había sucedido nada.

—Tarde o temprano tendremos que enfrentarnos a las fuerzas de Belikon, y si todos sus guardias cuentan con estas hojas, podemos darnos por jodidos.

Fisher había dejado abiertas sendas puertasombras para Lorreth y Renfis. Se había esforzado mucho para ocultar la preocupación que le causaba no ser capaz de mover la hoja, aunque yo había visto esa preocupación acechando tras su sonrisa quebradiza. Fisher tampoco había visto jamás nada parecido a la hoja nula. El hecho de que ni siquiera una espada divina pudiera romperla resultaba doblemente preocupante para todos. No había en los registros históricos de Yvelia mención alguna a ningún arma que hubiese aguantado jamás el golpe de una hoja alquimérea.

—Hum. Yo diría que podríamos enterrarla y descubrir lo que necesitemos más adelante. —Carrion contempló la daga con el ceño aún más fruncido, intentando mantener el equilibrio en la silla sobre las patas traseras—. Si un problema no es acuciante, mi política por defecto es dejarlo estar.

—O sea, escurrir el bulto.

El libro de Edina descansaba en la estantería del fondo. Qué no habría dado yo por llevar leída aunque fuera la mitad del condenado texto. Quería tener un momentito a solas para abrirlo, pero lo peor que podía hacer era dejar que Carrion sospechase, aunque fuese por un segundo, que no quería que estuviese allí. En ese caso jamás me libraría de él.

—No. Lo que digo es que no tiene sentido preocuparse por algo por lo que podemos preocuparnos más tarde. O bueno, ya sabes, dejarlo estar y punto.

—Ajá. Igual que estás haciendo con tu derecho de nacimiento, ¿no?

Carrion se tambaleó. Casi perdió el equilibrio y cayó de espaldas. Se agarró al borde del banco de trabajo y evitó la caída en el último segundo.

—¿Disculpa? ¿Qué demonios dices de mi derecho de nacimiento?

Le dediqué una mirada larga y afilada.

—Hablo del trono, Carrion. Tarde o temprano tendrás que digerir de verdad la idea de que eres el heredero legítimo del trono de Yvelia. Eres…

—Ya he dicho que no me interesa el puesto, Saeris.

—Y no habría problema con ello si en el trono de Yvelia se sentase un rey bueno y benévolo. Un rey a quien le importase su pueblo, que no sacrificase vidas a diestro y siniestro en su beneficio. Pero parece que no es el caso, ¿verdad?

La forja seguía teniendo una pared abierta a la intemperie…, para ventilar, había dicho Fisher cuando me llevó allí. Soplaba una ligera brisa que arrastraba montoncitos de nieve al interior desde hacía una hora. Copos gordos de nieve se asentaban en los hombros de Carrion, en pronunciado contraste con su camisa negra y el vívido tono rojo de su pelo. Él estiró los dedos y me lanzó una mirada indefensa.

—Hace un par de semanas yo no era más que un ladrón que hacía negocios en el mercado negro.

—Eso no es verdad.

Carrion me ignoró.

—Lo único que conozco es Zilvaren y sus gentes…

—Carrion, siempre has sido un Daianthus. Estabas atrapado en un reino al que no pertenecías.

—Y, de repente, me veo arrastrado aquí, a un lugar que no conozco, y se espera de mí que luche por una corona que jamás he visto, por un trono del que sé muy poco, por un pueblo que no me conoce y a quien no le importo lo más mínimo.

—En eso último os equivocáis, señor. Os equivocáis del todo.

Archer.

Había entrado en la forja mientras Carrion desgranaba su perorata. Portaba una bandeja con cuencos de estofado. La dejó sobre una mesita al otro lado de la forja, pero de pronto se detuvo y miró a Carrion con aspecto muy serio.

—Los fae y demás habitantes de Yvelia no os conocen, amo Swift, pero sí que les importáis. En muchas casas se entonan plegarias por vos a diario. Así ha sido desde que vuestros padres…, bueno… —Hizo una mueca—. Desde que vuestros padres nos fueron arrebatados. Rurik y Amelia Daianthus eran monarcas buenos y

justos. Se preocupaban por la gente pequeña. De Ajun a Dignoeste, todo el pueblo sueña con el día en que un Daianthus regrese y ponga fin a la crueldad que sufren ahora mismo.

Jamás había oído a Archer hablar tanto sin tartamudear nerviosamente. Le salieron un par de gallos, pero su voz no flaqueó. Carrion contempló al duende de fuego. Un músculo se tensó en su mandíbula, pero, por una vez, guardó silencio, sin ninguna réplica lenguaraz.

Dado que Carrion no dijo nada, Archer le hizo una leve reverencia y dejó los cuencos de estofado sobre la mesa. Luego esperó, de espaldas a nosotros. Era muy pequeño, apenas medía un metro. Aquella estatura diminuta solía recordarme a un niño, aunque en realidad tenía bastantes más años que yo. Quizá se debía a lo inocente que parecía. De todas las criaturas que yo había visto en Yvelia desde que atravesé el mercurio, los duendes de fuego parecían ser los más dulces.

Al cabo, Archer se giró hacia nosotros y, por una vez, la tristeza en sus ojos flamígeros evidenció su edad real.

—Habéis venido a nosotros en tiempos turbulentos, amo —dijo—. Y habéis visto muy poco de nuestro reino. No lo conocéis, pero nuestro reino sí os conoce. Conoce vuestra sangre. Vuestra familia ha reinado sobre Yvelia durante generaciones. Los Daianthus no han sido siempre perfectos. Vuestros ancestros cometieron sus errores, pero siempre lucharon para enmendarlos, cada vez que se apartaban del camino. Y el pueblo de Yvelia siempre fue su prioridad. Sé de todo corazón que con vos será lo mismo, amo Swift. A fin de cuentas, lo lleváis en la sangre.

Carrion se había puesto de un gris espectral. Parecía a punto de vomitar en cualquier momento. Sus ojos siguieron a Archer, que le acercó un cuenco de estofado y una cuchara, aunque en realidad no veía al duende. Estaba a un millón de kilómetros de distancia, quizá en Zilvaren, o en alguna otra parte, en los rincones de aquel reino que no había visto aún.

—Para vos, mi señora.

Yo había seguido el ejemplo de Carrion y había dejado volar la mente; no me di cuenta de que Archer me traía mi estofado.

—Gracias, Archer. —Cogí el cuenco y esbocé una sonrisa distraída. De pronto se me ocurrió algo—: Archer, llevas mucho tiempo en Cahlish, ¿verdad?

El duende pareció sobresaltarse.

—Ah, pues…, eh…, sí, mi señora. Desde antes de que naciera el amo Fisher. Pero os aseguro… que me encanta mi puesto, mi señora. No… no quisiera dejarlo.

—Archer, no quiero que lo dejes. ¿Cómo se te ocurren esas cosas?

El duende cambió el peso de un pie a otro, nervioso.

—Bueno, entre las criaturas como yo es sabido que, cuando llega una nueva señora a la casa, a veces gusta de reemplazar a miembros del servicio por los suyos propios. Entre las criaturas como yo es sabido que cuando llega una nueva señora es hora de buscarse casa nueva.

—Ay, por los dioses, Archer. Claro que no. Te prometo que no tienes que preocuparte por eso. No tengo miembros del servicio en mi casa. Para empezar, en Zilvaren no tenía ni casa…

—Es verdad —dijo Carrion—. Era una salvaje, como un gato infernal. Abría cualquier ventana por la calle y se metía a echar la siesta.

Le dediqué una mirada.

—Muchas gracias, Carrion. Lo que te digo, Archer, es que no te lo estaba preguntando para despedirte. Quería saber si estabas por aquí cuando vivía Edina. Aunque supongo que si estabas antes de que naciera Fisher, la respuesta es sí, ¿verdad?

—Ah, sí. Sí, por supuesto. Yo conocía bien a la señora Edina. Era muy callada. Muy amable. Siempre pensaba en los demás. Una mujer muy grácil, mi señora. Cuando caminaba era como si sus pies no tocasen el suelo. —Había adoptado un tono nostálgico, con los ojos más vidriosos de lo normal. El fuego en su interior pareció intensificarse—. Yo no sabía que tenía el don de la profecía. No lo

supe durante mucho tiempo. Algunos augures se vuelven fríos a medida que crecen sus poderes. Saben demasiado. Ven demasiado. Pero eso no le sucedió a la señora Edina. Siguió siendo exactamente quien siempre había sido. Incluso cuando ese monstruo vino a por ella y se vio obligada a marcharse… —negó con la cabeza—, se lo tomó bien. No se resistió, aunque tenía miedo. Yo me di cuenta. ¿Sabéis una cosa? ¡Le encantaba venir a esta forja! —Se iluminó por dentro al recordarlo—. No sabía nada de su funcionamiento ni de cómo moldear el metal, pero se sentaba en esa silla…, sí, en esa, la que está al lado de la vuestra, y decía que venía a visitar a una amiga. Yo jamás entendí a qué se refería, pero… ¡pero!

Alzó un dedo rechoncho en el aire y, por primera vez, me di cuenta de que Archer solo tenía tres dedos aparte del pulgar.

—Sus flores favoritas siempre crecían aquí, en el patio, por la pared del extremo opuesto. Yo las recogía para ella. Le encantaba su olor. ¡Esperad aquí, voy a por unas cuantas!

—¡Archer! Archer, tranquilo. Ahí fuera hace mucho frío lejos del fuego.

Él no me hizo caso y salió a toda prisa de la forja. En menos de un segundo se hincó de rodillas en la nieve, que no tardó en cubrirlo, convertido en apenas una chispa de luz en la oscuridad.

—¿Sabías que los duendes de fuego se están extinguiendo? —Carrion se llevó un poco de estofado a la boca. Comía con menos ansia de lo normal. Apenas parecía interesado en la comida, de hecho, lo cual implicaba que no se encontraba nada bien.

—No, no lo sabía —confesé—. ¿Cómo lo sabes tú?

Él encogió levemente un hombro.

—Me lo ha contado una duende del agua.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué más te ha contado esa duende del agua?

—Que es de mala educación meterse en las conversaciones personales de los demás.

—Veo que no has interiorizado el consejo.

—¿Y eso qué signi…?

Una bola de fuego se encendió en el patio. Una columna anaranjada en medio de la oscuridad. Yo dejé caer la cuchara que sostenía, que aterrizó con un repiqueteo en mi estofado y salpicó por todas partes. Un arma. Necesitaba un arma. Agarré lo primero a lo que pude echar mano y salí a toda prisa.

—¡Ayuda! —El grito aterrorizado de Archer resonó en mis oídos—. ¡Ayuda!

El duende de fuego estaba más allá de un gran roble vivo que descansaba en medio del claro. Tenía el cuerpo envuelto en llamas… y un devorador se cernía sobre él.

—¡Archer!

La sangre me cantó en los oídos. Por mi brazo escapó la magia, mis runas estallaron en llamas azules en la oscuridad. Noté un sabor cobrizo en la lengua. Mis colmillos. Dioses, mis colmillos se alargaron tanto en mi boca que me pincharon el labio inferior.

Tardé un segundo en cruzar el claro, pero fue un segundo demasiado tarde. El devorador había apresado a Archer del brazo e intentaba llevarlo al otro lado del muro. En vida había sido un hombre. Alto, de cabello largo y castaño. Me recordaba a Ren. Al acercarme, vi que llevaba trenzas de guerra y una armadura de cuero de renegado. Se me encogió el corazón ante la posibilidad de que fuera él. ¿Le habría sucedido algo horrible mientras estaba lejos de nosotros? Sin embargo, el devorador trazó un giro antinatural de cintura, ciento ochenta grados completos, para mirar por encima del hombro mientras intentaba trepar por el muro. Y vi sus facciones. Cara ancha y plana, mandíbula amplia y cuadrada. Nariz ganchuda. Labios demasiado finos y maltrechos. Llevaba muerto varios días antes de alzarse. Y la podredumbre…

Oh, dioses.

—¡Infectado! ¡Está infectado!

Me detuve en seco a menos de dos metros de él. Una sensación de alarma sacudió todas mis terminaciones nerviosas como si de un llavero repleto de llaves se tratase. Unas venas gruesas y negras se extendían por la piel del devorador. Sus ojos estaban completamente

negros. Una extraña luz blanca le palpitaba en la cerosa garganta, en el interior del pecho. Tenía el brazo envuelto en llamas, pero, por alguna razón, el fuego de Archer no se expandía al resto de su cuerpo.

—¡Mi señora! —gimió Archer—. ¡Por favor!

El duende se había convertido en una bola de fuego en cuyo centro pataleaba y forcejeaba. Por más que lo intentase, no conseguía liberarse. El devorador enseñó los dientes y rugió. A continuación, dio un salto y se agarró a las enredaderas que cubrían la mampostería del muro.

Yo reaccioné sin pensar.

Arrojé la hoja que sostenía…, pero que no era ni Erromar ni Selanir. Era la hoja nula. Debía de haberla cogido del banco. ¡Mierda! La hoja atravesó el aire y yo elevé una plegaria mientras volaba…

Me tambaleé de alivio cuando la hoja se clavó en el hombro del devorador y lo inmovilizó contra el muro. Sin embargo, poco duró mi alivio. En cuanto la daga se clavó en el monstruo, el cuerpo de este empezó a absorberla. La criatura echó la cabeza hacia atrás y dejó escapar un impío chillido que sonaba más a éxtasis que a dolor. Por su espalda crecieron los músculos, protuberantes, y sus bíceps duplicaron su tamaño. De algún modo, reaccionaba a la hoja. Crecía. Se hacía más fuerte.

El horror y el asombro guerrearon en mi interior.

—Pero ¿qué cojones…?

Archer gimoteó, aún colgando del brazo del devorador. El duende estaba hecho de roca sólida, era tan pesado como uno de los pequeños peñascos que ribeteaban las orillas del Zurcido, pero el devorador lo alzó como si no pesase nada.

—¡Que se lo lleva! ¡Va a pasar al otro lado del muro! —gritó Carrion detrás de mí.

Si la criatura saltaba al otro lado, se acabó. Jamás volveríamos a ver a Archer.

Esta vez desenvainé a Erromar. Salté y trepé muro arriba tras el devorador, resuelta a decapitarlo, pero al lanzar un tajo, el metal

vibró en el aire en busca de su objetivo y el devorador lanzó un rugido blasfemo al tiempo que se echaba hacia atrás. Las enredaderas a las que se había agarrado se desprendieron del muro, y tanto el devorador como Archer cayeron… sobre mí.

Yo aterricé primero en el suelo.

Sentí un dolor agudo en la cabeza. Mis pensamientos se rompieron, se hicieron añicos por completo, cuando el devorador aterrizó sobre mi pecho.

—¡Saeris!

Carrion no estaba lejos, a poco más de un metro. Tenía a Simon entre las manos y cargaba hacia nosotros…

—¡Carrion, cuidado!

Yo no era del todo fae. Un mordisco de un devorador normal no tendría mucho efecto en mí —aunque no estaba segura al cien por cien de ello—, pero a Carrion sí que lo mataría. Y de todos modos, aquello no era ningún devorador normal. Yo no había estado en las orillas del Zurcido cuando habían atacado los devoradores infectados. Tampoco había visto la devastación que habían provocado, pero sí que sabía lo rápido que se extendía la podredumbre. Sabía lo fácilmente que podía contagiarse entre los vivos y los muertos.

—¡No lo toques! —chillé.

No hacía falta que me preocupase por ello. En cuanto Carrion se acercó al devorador e intentó apartarlo de mí de un tirón, la criatura rugió y se lo quitó de encima de un manotazo.

Todo ocurrió muy rápido. Carrion se estrelló contra el muro del patio.

—¡Agh! —se le escapó mientras intentaba levantarse.

Tras él, las enredaderas que cubrían por completo la mampostería del muro florecieron de repente. De ellas brotaron un millar de diminutas flores blancas que se abrieron y marchitaron ante mis ojos. Pétalos secos llovieron sobre el contrabandista y aterrizaron sobre su pelo antes incluso de que se apartase del muro.

—¡Mi señora!

Archer, de espaldas, pataleaba intentando ponerse en pie. El devorador se había apartado de mí y estaba a cuatro patas. Se desplazó por la nieve sucia para colocarse en un ángulo propicio para atacar. Un icor negro se le derramaba por los horribles dientes aserrados. Cargó contra mí.

Sentí un dolor en la mano derecha. Mi magia palpitaba, suplicando que la liberase, pero la voz de Fisher resonó clara en mi cabeza. Él había lanzado su magia sobre los devoradores a orillas del Zurcido. Renfis también, y ninguno de los dos había conseguido herirlos. Al contrario, los devoradores habían absorbido su magia, la habían incorporado a su interior. Lo último que yo quería era darle magia gratis a aquel cabronazo. Ya le había dado la puta hoja nula.

—¡Va a saltar, Saeris! —exclamó Carrion—. Cuidado, voy a lanzarle un taj…

—¡No, Carrion! ¡No te acerques!

El devorador, tal y como había dicho Carrion, saltó. Pero no fue Carrion quien se interpuso para cortar la arremetida del monstruo enloquecido. Fue Archer.

—¡Corred, mi señora! —exclamó.

Las llamas me inundaron la vista. Un terrible grito de dolor atravesó la noche.

—¡Archer! ¡No!

El devorador le hundió los dientes a Archer en el cuello y se lo rajó por completo. Yo no sabía que los dientes o el metal pudieran penetrar el cuerpo del duende de fuego. Al contemplar cómo sucedía, el horror me subió por la columna vertebral como una escalinata.

Chorros de un magma naranja amarillento brotaron de la garganta de Archer. Ardía con tanta fuerza que me dolieron los ojos al contemplarlo. Aquel líquido se derramó sobre el devorador, en el pecho, en la cara, en los brazos. El devorador no reaccionó en absoluto al…

Un momento.

Sí. Sí que reaccionó.

El monstruo convulsionó. Sus ojos negros como la tinta se desorbitaron con una consciencia que antes no estaba presente. Se le abrió demasiado la mandíbula y volvió a cerrársele. Su lengua mermada y ennegrecida le colgó de la boca, y dejó escapar un chillido silencioso. Aquella piel cerosa empezó a derretirse de su cuerpo. Allá donde aterrizaba sobre la criatura el magma al rojo vivo, las venas negras y protuberantes bajo la piel se abrían y liberaban aquella apestosa podredumbre que contenían.

El icor cayó sobre la nieve en viscosos regueros. Esa sustancia parecía comportarse como el mercurio —se acumulaba, se movía, tanteaba—, pero luego empezó a humear. A burbujear. A hervir.

El idioma era un concepto ajeno para la mente putrefacta de un devorador, pero pareció que la criatura pedía ayuda a gritos mientras la podredumbre ardía y burbujeaba en su interior. El ser sufrió un ataque de espasmos, con los dedos engarfiados, y cayó de espaldas sobre la nieve…

—¡Archer!

Las llamas del duende de fuego se habían apagado. Él yacía de espaldas, sus piernas se sacudían. Apenas algunas grietas de su piel escarpada seguían iluminadas en el interior de sus brazos y su pecho.

—Me cago en mi puta vida —susurró Carrion. En apenas un latido se arrodilló al lado del duende—. ¿Se está muriendo?

—¡No lo sé!

Alargué la mano, no muy segura de qué hacer, de si podía o debía tocarlo. Al final no me quedó alternativa; Archer necesitaba nuestra ayuda. Lo agarré y me chamusqué la piel. Lo giré para ponerlo bocarriba. El duende tenía los ojos abiertos, aunque las llamas que solían bailar dentro de ellos casi se habían apagado por completo. Archer abrió la boca y emitió una exclamación ahogada, aunque lo único que le salió de los labios fue un susurro áspero y cavernoso. Tenía la garganta destrozada. En su interior ardían ascuas que bordeaban la herida. Del tajo que habían dejado los colmillos del devorador salía una especie de roca derretida y viscosa. Desprendía

un olor terrible, como los mismísimos vapores del infierno. El duende abría y cerraba la mano en el aire, intentando agarrar algo, lo que fuera. Sus ojos cada vez más fríos se cruzaron con los míos. Estaban impregnados de miedo.

—Tenemos que llevarlo dentro —dije entre dientes—. ¿Ese bicho está muerto? —No podía ni obligarme a mirar al devorador.

—Sí —respondió Carrion—. Tiene toda la pinta del estofado de antes. Lo único que queda de él es la hoja nula.

—Vale, perfecto. ¿Puedes ir a…? Necesitamos algo con lo que alzar a Archer. Pesa demasiado.

Notaba lágrimas ardientes en los ojos. Me dolía horriblemente la garganta; al hablar sentía como si regurgitase cuchillas.

—A la mierda todo, coño ya —gruñó Carrion. Se agachó frente al otro extremo del cuerpo de Archer y me miró a los ojos—. Agárralo por las manos. Yo, por los pies.

El duende intentó revolverse cuando lo levantamos en peso. Incluso a punto de morir, no quería lastimarnos con su calor. Sin embargo, los dos éramos tercos, y la forja estaba a menos de veinte metros de distancia. Las quemaduras nos dolerían, nos causarían feas cicatrices, pero no pensábamos dejar que nuestro amigo muriera en la nieve.

35



AZUFRE

KINGFISHER

—Se llama «azufre» o *brimstone.* No es como nuestra sangre exactamente. Mantiene con vida a los duendes de fuego —dijo Lorreth.

Archer yacía sobre un pedestal musgoso, con los ojos cerrados. Tenía todo el aspecto de un montón de rocas apiladas. A mí me corría el sudor por la sien y la mejilla, y goteaba de mi mentón. Mientras lo miraba, la furia crecía poco a poco en mi interior.

Por supuesto que era azufre.

Por supuesto que tenía que serlo, joder.

Lorreth acababa de salir por la puertasombra cuando oí los gritos que provenían del patio. Iseabail había cruzado instantes antes que él. Yo eché a correr por la puerta del comedor sin dirigirme a ellos en condiciones. Ahora nos encontrábamos en las entrañas de la mansión, bajo tierra, en los aposentos de los duendes de fuego. Había toda una aldea de duendes de fuego en el lecho de roca, muy por debajo de los cimientos de la casa. Los duendes mantenían encendidos miles de fuegos, de manera que la temperatura era insoportable. Hacía tanto calor que el aire quemaba en los ojos y consumía la humedad de un cuerpo como si lo estuviesen estrujando

para sacarle el agua. No íbamos a poder quedarnos mucho allí abajo. Acabaríamos muriendo, cocinándonos por dentro, y eso no sería de ayuda para nadie, mucho menos para Archer.

Saeris y Carrion lo habían salvado. Los dos parecían estar ahogándose en su propio sudor, al pie de lo que debía de ser la cama de Archer. Ambos tenían las manos hinchadas, cubiertas de ampollas brutales, pero ninguno se quejaba. Contemplaban el pecho de Archer, a la espera de algún pequeño ascenso y descenso que evidenciase que seguía respirando, mientras Lorreth les explicaba lo que no era capaz.

—En realidad es como un elemento. El azufre. Tiene algo de magia propia. Les insufla vida a los duendes de fuego.

—Y mata la podredumbre —dijo Carrion.

—Sí, eso parece. —Los ojos de Lorreth, preocupados, volaron hacia mí—. El devorador de ahí fuera quedó destruido. El azufre parece haberlo derretido en parte y luego reducido a cenizas. La podredumbre empezó a propagarse por las enredaderas del muro, pero hemos usado parte del azufre que perdió Archer ahí fuera para quemar las plantas afectadas, y sí, parece que el contagio se ha detenido.

—Bien. Eso son buenas noticias —dijo Saeris—. El azufre detiene la podredumbre. Genial. ¿Me explicáis por qué parecéis los dos a punto de empezar a tiraros de los pelos?

Me miró, hermosa incluso con mechones de pelo pegados a las mejillas, y me habló a la mente, para que solo yo pudiera oírla.

«¿Qué se nos está escapando? ¿Por qué no estamos celebrando este descubrimiento?».

«No podemos usar el azufre, Osha».

Iseabail, que había estado notablemente callada desde que había llegado, se acercó a la cama de Archer. Llevaba los guantes de cuero típicos de su clan, hasta los antebrazos, cada uno repujado con las líneas arremolinadas que representaban las aguas heladas al este de las tierras de las Balquhidder. Su cabello rojo estaba recogido en una trenza pulcramente atada. Cuando había llegado a Cahlish hacía

unas cuantas semanas, a ojos de su gente no había sido más que una novicia, tal y como indicaban su melena suelta y sus faldas holgadas. Ahora había regresado con nosotros con el cargo de priora y vestía según lo esperado del linaje arcano de su familia. En los pocos días que había estado ausente, Iseabail había pasado lo que seguramente era el juicio más intenso que iba a experimentar en su vida. Debía de estar agotada y herida, pero igualmente había acudido a Cahlish a ayudar.

—Tal y como ha mencionado Lorreth, el azufre del duende de fuego es como nuestra sangre, pero, al mismo tiempo, no lo es —dijo Iseabail—. El azufre los mantiene con vida. Al igual que la sangre, fluye por sus cuerpos y mantiene alta su temperatura. Pero, a diferencia de la sangre, los duendes de fuego no pueden permitirse perder ni un poco, apenas unas gotas como máximo. El azufre no se regenera igual que nuestra sangre. Hay una cantidad finita de azufre en Yvelia, y hasta la última gota es para los duendes de fuego. Cuando estos quieren procrear, todos los miembros de su comunidad se prestan a donar una pequeña parte de sí mismos. Archer sobrevivirá porque otros miembros de esta pira han cedido algo de su propio azufre para que vuelva a subir su temperatura corporal.

—¿De esta pira? —preguntó Carrion.

—Es el nombre de cada comunidad de duendes de fuego. Una familia.

—Entonces, ¿no practican el sexo?

En circunstancias normales, yo le habría soltado un berrido al contrabandista por comportarse como un cretino superficial en un momento tan preocupante, pero, por una vez, la pregunta no iba con segundas. Carrion parecía genuinamente confundido. Le hizo a Iseabail todo tipo de preguntas sobre los duendes de fuego mientras mi compañera se mordía el labio inferior y contemplaba la silueta inmóvil de Archer. Aunque se guardó de decir nada, yo sabía lo que estaba pensando. Y esperé a que lo dijera. Tras un largo momento, volvió a hablar en mi cabeza:

«No podemos usar el azufre. Para asegurarnos de erradicar la podredumbre y matar a todos los devoradores infectados, hasta el último duende de fuego de Yvelia tendría que dar la vida».

«Sí».

«Así que seguimos jodidos».

«Sí».

«Dioses, necesito un trago».

Yo suspiré pesadamente. Otra gota de sudor me cayó de la barbilla.

«Sí».



—En Zilvaren, yo siempre había pensado que la ciudad parecería más grande viéndola desde los tejados. —Saeris dio un trago de la petaca que yo llevaba a la cadera y luego me la tendió. Contempló el bosque que rodeaba la mansión y después miró hacia el horizonte con ojos entrecerrados—. Pero no era el caso. Se veían los muros de cada distrito desde los tejados. Se veían los muros que nos contenían. Barrotes de una ventana. —Frunció el ceño ante el recuerdo e hizo un gesto de cortar el aire con la mano vendada. Te Léna la había curado lo mejor que había podido, aunque las heridas habían sido profundas. Las palmas de sus manos tardarían un poco aún en sanarse—. Aquí no hay muros. No hay barrotes en la ventana de esta prisión. Parece que el mundo podría extenderse sin fin.

Pronto llegaría el alba. Saeris estaba agotada y quizá sentía algo de dolor. Sin embargo, cuando me pidió que la llevase al tejado, no había podido negarme. De todos modos, yo también necesitaba respirar aire fresco tras el penetrante calor del hogar de Archer.

La tierra que rodeaba Cahlish estaba repleta de árboles que habían conocido el nombre de mis ancestros. Mi madre y mi padre se habían conocido en esos bosques. Allí se habían cortejado, bajo esas ramas cubiertas de nieve. Las historias que yo había oído sobre

su juventud…, dos personas muy serias a las que el amor había convertido en dos absolutos idiotas.

—Mi padre perdió un dedo del pie ahí. —Hice un gesto hacia una pequeña zona más oscura del bosque, al otro lado de la elevación de la colina más cercana—. ¿Ves ese punto sombrío? Ese donde no cuaja la nieve.

Saeris miró en la dirección en la que yo señalaba y asintió.

—Ahí vive un graven.

Me miró con los ojos muy abiertos.

—¿Qué es un graven?

—Hum. Es como… —Me pensé cómo describirlo—. Medio sátiro, medio trol. Más una pizquita de basilisco por si las moscas.

—¿Qué es un basilisco?

Me reí levemente al notar el desagrado en su tono de voz. Di un trago del whisky que había llevado para los dos y le volví a tender la petaca.

—Una serpiente. Más o menos. Más grande que una serpiente. Más cabreada.

—Vale. Parte trol, parte sátiro, parte serpiente. —Inspiró por la nariz y se pasó el dorso de la mano por la cara. Tenía copos de nieve en las pestañas—. No puedo ni imaginar qué aspecto tiene algo así, pero vale. ¿Y qué pasa con ese graven?

—Pues que vive en una pequeña cabaña de madera por ahí. —Volví a señalar a la zona carente de nieve en el bosque—. Elabora brebajes, bálsamos y demás. Hace mucho tiempo, la gente comerciaba con el graven pociones y hechizos que creían que acababan con las maldiciones, o bien curaban dolencias, o conseguían que la gente se enamorase. Mi padre tenía su propia magia, pero era como yo: mandaba sobre las sombras y poco más. Cuando conoció a mi madre, solo contaba con su encanto para conquistarla. No tenía mucha fe en sus capacidades en ese tema, así que un día decidió ir a visitar al graven.

—¿En busca de una poción de amor?

Saeris puso los ojos en blanco ante semejante ridiculez. Yo hice lo mismo.

—Una poción de amor, sí. Y el graven le dijo: «Te propongo un trato. Te daré mi poción de amor más fuerte y efectiva. Una poción tan potente que el objeto del deseo de tu corazón no podrá resistir tus intentos. Será tuya para toda la eternidad si bebe esta poción que te voy a preparar».

—¿Y? ¿Dónde estaba el truco? ¿Qué tipo de trato tuvo que cerrar?

Mi compañera era lista. Estaba aprendiendo.

Sonreí un poco, volví a aceptar la petaca de sus manos y a beber. El whisky me calentó el pecho hasta el diafragma.

—El graven le dijo a mi padre: «Te daré esta poción y vivirás todos tus días con una esposa y con familia. Serás completamente feliz. Podrás crear poderosas salvaguardas y serás un modelo para tu pueblo y para todos los que te sigan y apoyen». Mi padre quedó fascinado ante la idea. Y, tal y como ya has adivinado, dijo: «Maravilloso. Es todo lo que había soñado y más. ¿Qué quieres a cambio de todos estos dones?». Y el graven respondió: «Tu pie derecho. Quiero todo tu pie derecho».

—¿Qué?

—Ajá. Su pie. Quería su pie. Y mi padre dijo…

Señalé a Saeris, que arrugó la nariz, confundida, y dijo:

—«¿Por qué quieres mi pie derecho?».

—Y el graven respondió: «Porque estoy harto de tener pezuñas. Siempre he querido caminar con dos pies fae en condiciones. Hace tiempo que otra persona me entregó su pie izquierdo, y llevo desde entonces intentando completar la parejita». El graven le enseñó a mi padre un pie izquierdo cercenado que descansaba sobre un cojín de terciopelo rojo junto a la chimenea, y no dijo más al respecto.

—Pero tu padre no quiso darle el pie a cambio de la poción —dijo Saeris.

—No. Así que el graven dijo: «Está bien. Si no quieres desprenderte del pie, te propongo esto: cuando estoy bajo el sol, no

proyecto sombra, y eso pone nerviosa a la gente. Sienten que soy diferente y huyen de mí. Entrégame tus sombras y yo te daré mi mejor poción de amor».

—Pero tu padre volvió a decir que no —supuso Saeris.

—Las sombras de mi padre eran su mayor fuerza. Por supuesto que dijo que no. Así pues, el graven se sintió bastante frustrado. Ya cansado de negociar, dijo: «Vale, he aquí mi oferta final. Dame una de tus sombras, la que te parezca adecuada para alguien como yo, y no se hable más». Mi padre se lo pensó y decidió que una única sombra era una semilla de magia de la que podía desprenderse. Así que aceptó. El graven mezcló un brebaje apestoso y se lo dio a mi padre, quien a cambio le entregó su nueva sombra. El trato quedaba sellado. El graven acompañó a mi padre a la puerta de su cabaña y salió a contemplar su nueva sombra, pero era mediodía y el sol se enseñoreaba en lo alto del cielo.

—Así que el graven no arrojó ninguna sombra —gimió Saeris.

Asentí.

—Agarró una guadaña y fue a por mi padre. Dijo que era un mentiroso, un tramposo. Mientras lo perseguía por el bosque no se dio cuenta de que el ángulo del sol ya había cambiado y que tenía la sombra de un majestuoso buey pegada a sus pezuñas de sátiro. Lanzaba tajos con la guadaña e intentaba cortarle el pie derecho a mi padre. Estuvo a punto de conseguirlo, pero al final solo acertó a cercenarle el dedo pequeño del pie.

Saeris frunció el ceño y volvió a contemplar aquella zona oscurecida de bosque. Yo dejé que reflexionase un poco. Al cabo, dijo:

—¿Y la poción de amor? ¿Funcionó?

Me reí suavemente.

—No, Osha. Mi padre era joven y necio en aquella época, y no tenía ni idea de la vida. No existen las pociones de amor. No se puede obligar a una persona a amar a otra. Algo así le arrebataría el libre albedrío. Mi madre amaba a mi padre por quien era. Resultó que su encanto sí que era suficiente.

Saeris reflexionó un largo rato sobre la historia.

—¿Esto te lo contó tu madre?

Di otro trago al whisky y me encogí al notar cómo me abrasaba el gaznate. Puse el tapón en la petaca y la cerré con un giro de muñeca.

—No, me lo contó Archer. Casi todas las historias que sé de mi padre me las contó él. Vamos, está a punto de amanecer. Quiero enseñarte algo, pequeña Osha.



La luz azulada del alba bañaba la cabaña de cazadores. El río borboteaba algo más abajo, canturreando la misma canción que llevaba consigo desde lo alto de las montañas hasta su desembocadura en el mar. Saeris giró el rostro hacia el sol naciente y disfrutó de los primeros rayos que asomaron por Omnamerrin y lancearon el valle a sus pies.

—No me había dado cuenta de hasta qué punto lo echaba de menos —susurró—. Ha sido todo loquísimo últimamente.

Saeris no era de lágrima fácil. Lloraba de enfado, no de tristeza. Pero yo supe que aquella mañana estaba triste cuando, al abrir los ojos para contemplar el sol que ya asomaba por las montañas, una lágrima solitaria le corrió por la mejilla.

—Puedes venir aquí a disfrutar del alba siempre que quieras. —Me coloqué detrás de ella, le pasé un brazo por la cintura y me la acerqué para pegar su espalda a mi pecho—. Un sueño no es más que imaginación. Una manifestación de lo que podría ser. Lugares intermedios, susurros de otros reinos. Tenía la sensación de que el sol no te afectaría aquí.

El humo brotaba alegremente de la chimenea de la cabaña, aunque aún no habíamos entrado. El aire estaba helado, y el cielo abierto y despejado en las alturas daba una sensación de libertad. Saeris era de baja estatura, yo no podía apoyar la barbilla en su

hombro, así que la apoyé sobre su coronilla y emití un canturreo en voz baja.

—¿Qué vamos a hacer con…? —empezó a decir, pero yo la interrumpí.

—Tranquilidad, Osha —le susurré, pegado a sus cabellos—. La podredumbre, Ammontraíeth, Everlayne…, ninguno de nuestros problemas va a desaparecer. Estarán justo donde los hemos dejado cuando nos despertemos. De momento, vamos a tomarnos un instante para respirar. Nos lo merecemos.

Sabía que era verdad, sin la menor duda. Resultaba sencillo decírselo a cualquier otro, contemplar todo lo que habíamos experimentado últimamente y comprender que cualquier persona que hubiese pasado aunque fuera la mitad de todos esos problemas se merecería un segundo para recuperar el aliento. Pero, en ese aspecto, yo me sentía igual de culpable que Saeris. Mi propia mente no dejaba de dar vueltas, sin control. Cientos de pensamientos competían por mi atención, preguntas que exigían respuesta. Necesité un esfuerzo monumental para calmar mis preocupaciones.

Saeris le dio la espalda al valle y me rodeó los hombros con las manos. Alzó la vista hacia mí. Tenía las mejillas arreboladas del frío, los ojos más pálidos que el cielo y doblemente brillantes. Las puntas de sus orejas también estaban enrojecidas. Le toqué la izquierda con el dedo y sonreí levemente para mí.

—Me había acostumbrado a que fueran redondas —dije—. La primera vez que las vi me quedé pasmado.

—Vaya, gracias.

Me eché a reír.

—Disculpa, no pretendía ofenderte. —Volví a darle un golpecito en la punta de la oreja—. Es que estaba muy… preocupado. Es difícil mantener con vida a un humano en estos lares. No… —incluso en ese momento, confesarlo me hacía un nudo en la garganta— no quería perderte.

Otras mujeres me habían mirado con adoración en el pasado. Yo se lo había permitido, pero me había sentido cada vez más alejado

cuanto más intentaban acercarse a mí. Sin embargo, cuando Saeris giró hacia mí sus ojos azules, no tuve alternativa. Estaba indefenso ante ella. Maldita sea, me tenía a sus pies.

—Pues lo demostrabas de un modo muy extraño —dijo, con una sonrisa torcida—. Y además, me dejaste entrenar con una espada aunque fuera humana.

Yo alcé las cejas en su dirección.

—¿De verdad crees que podría habértelo impedido?

—Técnicamente, sí —dijo—. Podrías haberme obligado a no tocar ni un arma aquí, en Yvelia, y yo no habría podido hacerlo.

—Hum. Sí, bueno… —Le di un leve beso, apenas un roce de mis labios en la frente—. Jamás me habrías vuelto a dirigir la palabra. Y, de todos modos…, te conozco, Saeris Fane. Eres fuerte, incluso para ser una humana frágil. Eres independiente. Protegerte de este mundo habría hundido tu espíritu. Tenías que tomar tus propias decisiones; acabé por comprenderlo. Ahora también lo veo. Cada día. Tienes derecho a atravesar el camino que se abre ante ti. No pienso insistir en llevarte; te estaría arrebatando ese camino.

Ella guardó silencio un rato, reflexionando sobre ello. El viento arreció y le sacudió el cabello por la cara. Un banco de nubes cubrió el sol y le quitó el color al valle. Al fin, Saeris inspiró y soltó un suspiro.

—Gracias —se limitó a decir—. Gracias por no intentar controlarme.

Qué extraño dar las gracias por algo así. Yo no tenía ni idea de cómo eran los hombres en Zilvaren, pero yo jamás había imaginado tener que controlar a una amante. Sin embargo, me guardé aquellos pensamientos para mí. Saeris no necesitaba oír nada de aquello. En cambio, lo que hice fue agacharme y susurrarle al oído:

—Eres un incendio forestal, Saeris Fane. Imposible controlarte.

Ella se rio y echó la cabeza hacia atrás para apoyarla en mi pecho.

—Me lo tomo como un cumplido.

—Lo es.

—¿Y si llega el día en que todo esto sea demasiado? El día en que quiera que cargues conmigo, al menos durante un rato.

—Pues será para mí un honor y un privilegio, Saeris. No lo dudes jamás. Cuando necesites apoyarte en mí, estaré aquí, listo y dispuesto. Me enfrentaré a la Corte de Sangre por ti, si así lo deseas. Me enfrentaré a Belikon, a Madra, a todo aquel que quiera hacerte daño.

En ese momento, el banco de nubes se apartó. Saeris se encogió por puro reflejo. Su sangre de vampira le indicó que debía esconderse de los rayos del sol. Luego resopló por la nariz al recordar que la luz no le haría daño allí.

—En ese caso, tendrás que ponerte frente al sol por mí —musitó.

—Estaré encantado de hacerlo.

—Y yo me convertiré en tu sombra.

La abracé con más fuerza. Necesitaba sentirla cerca.

—Saeris, tienes que saber… que soy hijo de mi padre. Mis sombras siempre han sido mi fuerza.

36



LO HARÍA SI PUDIERA

SAERIS

¡Saeris! ¡Saeris! ¡Está despierto!

Me desperté sobresaltada, demasiado alarmada como para comprender dónde estaba o qué sucedía. Durante un brumoso instante pensé que seguía en Zilvaren y que deliraba porque me había echado a dormir durante el ajuste. La realidad volvió poco a poco a mí… y luego vi a Archer, al pie de mi cama, mirando por encima del estribo con ojos grandes como platos.

Un momento, ¿qué…?

Me erguí de golpe y centré la vista.

—¡Archer! ¡Estás aquí! ¡Estás despierto!

El duende de fuego no tenía cejas, pero, aun así, vi que fruncía el ceño.

—No, mi señora. Se trata de vuestro hermano. ¡El amo Hayden está despierto!

Junto a mí, Fisher estaba tumbado en la cama, con los brazos extendidos y ambas manos bajo la almohada. Él también se irguió hasta apoyarse en los codos, amodorrado, con el pelo desordenado en cinco direcciones distintas. En cuanto se fijó en quién estaba a los

pies de la cama, acabó de sentarse del todo y se apartó el cabello de la cara.

—Archer. En el nombre de los cinco infiernos, ¿qué haces aquí?

El duende de fuego dio un paso atrás y una llamita brotó de su hombro.

—¿Yo, amo? Pues he venido a decirle a la señora que su hermano…

—No, digo que qué haces aquí en la casa. ¿Por qué estás trabajando?

—L-lo siento, amo. Es que intenté detener al devorador…

—No pasa nada, Archer. Hiciste más de lo que se esperaba de ti. Digo que deberías estar en la pira, curándote de tus heridas.

—Ah. —El duende de fuego se relajó—. No pasa nada, amo Fisher. Los duendes de fuego no necesitamos recuperarnos después de una herida. O seguimos con vida o morimos, nada más. —Soltó un graznido a modo de risa—. El azufre que mis hermanos me donaron tardó toda la noche en enfriarse. Una vez que mis heridas volvieron a ser sólidas, me levanté sin problemas, feliz como una perdiz.

Se giró, alzó las manos en el aire y meneó las caderas en un bailecito que parecía más osado de lo normal. Cuando acabó de bailotear, carraspeó y dijo en tono más serio:

—Soy dos centímetros más alto que antes.

—Oh. Eh…, ¿felicidades? —le dije—. Bien hecho.

Él inclinó la cabeza y aceptó el cumplido.

—Vuestro hermano está en el salón, mi señora. Tiene bastantes ganas de veros.

Hayden.

Después de todo lo que había pasado, estaba allí, despierto. Por dentro me rebosaba la emoción, pero me obligué a mantener la calma. Me levanté y me preparé para ir a verlo. Mucho antes de que mi madre muriese, le prometí que cuidaría de él. Que lo mantendría alejado de problemas y me aseguraría de que no acababa en las celdas de Madra. Honrar esa promesa se había convertido en un

trabajo a jornada completa. Lo había sacado de incontables situaciones en las que había apostado un dinero o un agua que no tenía. Lo había protegido de Carrion en más de una ocasión. Quién sabía cuántas cosas había sacrificado, vendido o intercambiado para garantizar que mi hermano no muriera de deshidratación…, y ahora lo había llevado allí.

En Yvelia abundaba el agua. Y la comida también. Pero después de todo lo que había hecho para mantener a Hayden vivo y a salvo en Zilvaren, ¿sería haberlo llevado allí lo que acabaría con él? Teniendo en cuenta la podredumbre y todo lo demás que sucedía en Yvelia, la verdad era que quizá Hayden habría estado más seguro en el desierto. Era una ironía difícil de digerir.

¿A qué se iba a enfrentar por haberlo puesto en esa situación?

¿Qué iba a hacer?

El propio Fisher lo había dicho mientras descansábamos: era difícil mantener con vida a un humano por esos lares. Seguía habiendo mucho de la política de los fae de Yvelia que yo no entendía. Apenas había arañado la superficie de lo que significaba ser parte de ese reino, y ahora mi hermano se encontraba en él. Cuando llegué, había sido la única humana de Yvelia. Pero ahora ese honor recaía en Hayden…, y yo no tenía ni idea de cómo iba a llevarlo.

Me vestí despacio y contemplé por el rabillo del ojo a Fisher, que hacía lo mismo. Los músculos de su espalda se movieron al ponerse una camisa y girarse hacia mí. Sus dedos tatuados abrocharon hábilmente los botones.

—Noto que estás preocupada —dijo en tono quedo.

Agaché la cabeza y me puse las botas.

—No tiene sentido decirme que no me preocupe —repliqué—. Es mi hermano.

—No pensaba decirte nada así. —Fisher se puso la armadura de cuero por la cabeza y se colocó el protector pectoral. Se ajustó las correas sobre las costillas al momento—. Tienes motivos para estar preocupada. El futuro de tu hermano es muy incierto. Y el de todos nosotros también. —Los tablones del suelo crujieron cuando Fisher

atravesó el dormitorio y se detuvo ante mí—. Pero vamos a encontrar la manera juntos, Osha. Saldremos de esta y conseguiremos ver la imagen completa pronto.

Yo esbocé una sonrisa triste.

—La verdad es que sí que quería que me dijeses que no me preocupase —admití—. ¿Puedes reformular todo eso que has dicho, por favor?

Los ojos de Fisher bailaron con jovialidad. Se inclinó y me dio un beso.

—Lo haría si pudiera, Osha. Lo haría si pudiera.



Cahlish era un lugar enorme, lleno de rincones escondidos y secretos. Cuando Fisher me dejó allí tras el ataque de los devoradores en el comedor, me pasé días explorándolo todo, aunque aún había alas enteras de la mansión que no había investigado, habitaciones en las que no había puesto ni un pie.

Como aquella, por ejemplo.

El salón del sur, lo había denominado Archer. Un conjunto de altos ventanales daba a un jardín de rosas cubierto de blanco. Arbustos repletos de capullos espinosos y abiertos a pesar del frío. Un mar de flores aterciopeladas que cimbreaban al otro lado del cristal, con pétalos oscuros como la sangre y espolvoreados de nieve.

Un sillón mullido descansaba ante la chimenea encendida. En las paredes colgaban retratos de marcos bañados en oro. Habían colocado un escritorio frente a la ventana, como si a quien redactase allí su correspondencia le hubiese gustado contemplar el jardín mientras se pensaba lo que quería expresar. Allí se encontraba Hayden, al otro lado del escritorio, mirando por la ventana con las manos en los bolsillos.

La puerta crujió cuando entré en la habitación. Hayden se sobresaltó. Se giró, con los rizos rubios tan indomables como

siempre. Tenía el rostro muy bronceado y los labios agrietados. Sus ojos se desorbitaron al verme. No dijo nada. Yo me había imaginado aquella escena tantas veces desde que llegué a Yvelia que ahora que Hayden estaba allí, ahora que sucedía de verdad, ninguno de aquellos escenarios estaba sucediendo. Mi hermano no parecía contento de verme. Tenía aspecto amedrentado.

—Así que es cierto. Ese pedazo de gilipollas de orejas puntiagudas no te mató.

Yo bajé la cabeza, no muy segura de si debería sonreír o no.

—No, no me mató.

—¿Dónde está?

—Su nombre es Kingfisher. Ha ido a buscar a uno de nuestros amigos. Se suponía que tenía que traerlo a Cahlish ayer, pero… surgió algo.

Surgió que Archer me defendió en el patio.

Surgió que Archer por poco murió intentando salvarme.

Parpadeé para apartar el recuerdo de los chorros de azufre que le salían de la garganta.

Hayden resopló. Se apartó de la ventana, cruzó la habitación y se detuvo ante mí. Me miró de arriba abajo. Tenía el puente de la nariz salpicado de pecas.

Me rodeó, trazando un círculo, despacio. Me inspeccionó con cuidado. Se le tensaron los hombros al ver las orejas puntiagudas que me asomaban por entre el cabello suelto, pero no hizo ningún comentario al respecto. Por fin se detuvo y me miró, con las manos aún en los bolsillos.

—Tienes buen aspecto —dijo en tono rígido—. Pareces sana. Carrion me dijo que habías cambiado. —Frunció el ceño, con ojos lejanos—. Dijo que te habías convertido en algo distinto. Como él. —Eso lo dijo con voz susurrante—. Ahora lo entiendo.

—¿Lo entiendes?

Él asintió.

—Madra le ha dicho a todo el mundo que has muerto. Que te mataron unos rebeldes fae. Dio un discurso la mar de convincente.

—Apuesto a que sí.

—Ahora te ha convertido en mártir de su causa. Usa tu nombre y tu historia. Lo ha retorcido todo para que suene como si fueras una especie de patriota de Zilvaren que adoraba su ciudad. Dijo que trabajabas para ella, que eras una leal súbdita y que te asesinaron violentamente unos extranjeros que empleaban una magia ilegal.

—¿Y la gente se lo cree?

Hayden se encogió de hombros.

—Eso no lo sé. Es difícil de decir. Madra siempre ha relatado todo tipo de cosas extrañas sobre los fae. Sobre todo en esta época del año, a las puertas del Festival de Evenlight.

—No, no me refiero a lo de los fae. Me refiero a mí. A que trabajaba para ella. ¡A que era una súbdita leal de Zilvaren!

La mera idea resultaba ridícula. Madra había contado mentiras en su día, pero aquella se pasaba de la raya. Durante toda mi vida me había opuesto a su reinado. Había hecho todo lo que había podido para causar disensión y caos hacia su casa sin que me matasen en el intento. Y ahora propagaba rumores de que había estado trabajando para ella todo el tiempo. Trabajar para ella implicaba que había estado espiando a mis vecinos. Implicaba haberle contado secretos que no debía compartir. Implicaba que yo era una traidora y una mentirosa, y que había traicionado a mis amigos.

Hayden no podía ni mirarme a los ojos.

—Le dio a toda la ciudad raciones extra de comida y suministro triple de agua en tu honor. Por tu servicio a la corona.

—¿Qué?

—La gente del Tercero no aceptó. Vaciaron las cantimploras en la calle. Les dieron el pan a los cuervos. Y te maldijeron por ello.

Valiente puta zorra.

Yo no quería ser una heroína entre mi gente. Me daba igual si jamás llegaban a saber quién era yo. Todo lo que había hecho para ayudar a los rebeldes de Zilvaren había sido en secreto, en silencio. Jamás había necesitado atraer la atención hacia mí misma. Desde luego, no necesitaba una palmadita en la espalda en reconocimiento

a mis «buenos actos». Pero la idea de que la gente del Tercero, mi gente, maldijese mi nombre y rechazase más agua para protestar por mí…

Joder. Iba a vomitar.

—Tengo que regresar. Tengo que aclararlo todo con mis contactos en la ciudad…

—No te molestes, Saeris. —Hayden me miró, y la fría y dura verdad que vi en su cara fue un golpe que no me esperaba—. No quieren saber nada de ti.

—Pero supongo que Elroy…

—Elroy cree que eres inocente. Te defiende siempre que oye a alguien hablar mal de ti.

Bueno, eso era un alivio. Por supuesto que el viejo sabía la verdad. Él más que nadie. Pero los demás… Muchos habían confiado en mí. Muchos habían comerciado conmigo, contado conmigo. Y ahora pensaban que yo les había estado pasando información a los guardianes.

Había sido una maniobra inteligente. Desacreditar a alguien en quien la gente del Tercero pensaba que podía confiar. Que cuestionasen a cualquiera que se opusiese a Madra. Así dejarían de lado sus actividades incendiarias por miedo a que alguien pudiese mencionar su nombre ante la reina.

—Está cubierto de moratones. —El tono duro de Hayden interrumpió mis pensamientos desbocados—. Elroy, digo. Cada vez que te defiende se lleva un puñetazo. Últimamente le han puesto el ojo morado y le han partido el labio suficientes veces como para toda una vida. Y ya no es tan duro como cree.

Alcé de pronto la cabeza. Una idea perturbadora encajó de pronto en mi cabeza. «Elroy cree que eres inocente». Eso acababa de decir Hayden. «Elroy cree que». No había dicho «Elroy y yo sabemos que…».

Mi hermano no tenía una sola herida. Ni cortes, ni arañazos ni moratones.

Nadie le había lanzado recientemente un puñetazo.

Se me ocurrió de pronto que, desde que había entrado en aquella habitación, Hayden no me había sonreído. Me cago en la puta, tampoco me había abrazado. Ni siquiera había parecido aliviado de verme.

Entumecida hasta el alma, retrocedí un paso a trompicones y ladeé la cabeza con la esperanza de entender mejor lo que estaba pensando.

—Crees que soy culpable, ¿verdad? —susurré. Hayden apretó la mandíbula y apartó la mirada—. Crees que traicioné a mis amigos. ¡De verdad crees que trabajaba para ella!

—Yo no he dicho eso —espetó él.

—¡Pero tampoco lo niegas! Por los dioses y los pecadores, de verdad crees que trabajaba para ella, ¿no?

—¡No lo sé! —explotó—. ¿Cómo demonios voy a saberlo a ciencia cierta? Jamás me dejabas participar en nada de lo que hacías. No me dejabas acompañarte después del ajuste. Siempre ibas saltando de reunión secreta en reunión secreta. No decías ni una palabra de adónde ibas, ¿a que no?

—¿Y eso significa que estaba conchabada con los guardias, según tú? ¿Eso es lo que pasa?

—Puede. —Apretó la mandíbula y me dedicó una intensa mirada de superioridad—. Me excluías. Me mantenías a un millón de kilómetros de todo lo que fuera importante. No sé nada de nada, Saeris, y eso es por tu culpa. Además, siempre parecíamos tener más agua y comida que cualquier otro en el…

No acabó de hablar. No pudo, porque le encajé un buen puñetazo en la mandíbula. La cabeza de Hayden latigueó hacia atrás tan rápido que, durante un instante, me temí haberle dado demasiado fuerte y haberle roto algo. Y lo cierto es que me habría gustado romperle algo. Lo agarré de la parte frontal de la camisa y lo aparté de un empujón.

—Que te follen, Hayden. Así que teníamos más comida, ¿eh? —Volví a empujarlo—. Más agua, ¿no?

Otro empujón. Más fuerte. Las lágrimas me nublaban la vista. Le clavé el dedo en la cara, intentando hablar, pero solo me salió un sonido de pura furia. Tuve que empezar de nuevo:

—Si teníamos lo que teníamos y tú no te morías de hambre en la puta arena es solo porque yo me dejaba el culo para mantenerte con vida. Tuve que arrastrarme bocabajo por las alcantarillas para llegar a las reservas reales. Lo hacía una vez por semana, y lo hacía por ti. ¿Tienes la menor idea de lo repugnante que era? ¿Me oíste quejarme alguna vez?

El último empujón que le di fue tan fuerte que cayó hacia atrás, pero, como siempre le pasaba a Hayden Fane, la caída no fue muy dura: aterrizó en la silla mullida, con lo que se ahorró la vergüenza de caer de culo sobre la alfombra.

Me sabía la boca a bilis y a cobre. De algún lugar en el sótano de mi alma brotaba un calor que me abrasaba la garganta.

—No te dije lo que hacía porque tenía que exponerme a diario a situaciones tensas, a lugares horribles, a hacer todo tipo de cosas la hostia de desagradables —escupí—. No quería llevarte conmigo porque no quería que la vida fuese tan dura para ti como lo era para mí. Pero ahora veo que no te hice ningún favor. Sufres… sufres la puta ilusión de que la vida tiene que ser fácil, de que se te debe algo, y es culpa mía. —Me di un puñetazo en el pecho y apreté la mandíbula hasta que me dolió—. Me rompí para cuidar de ti. Me metía a hurtadillas en otros distritos de Zilvaren, robaba, escamoteaba, comerciaba, intercambiaba…, todo para asegurarme de que estuvieras cómodo, de que tuvieses la barriga llena. Y encima tienes la osadía de acusarme del crimen más absoluto posible, y todo porque me esforcé por hacerte la vida fácil mientras todo el mundo a nuestro alrededor sufría.

—Saeris

—Cállate, Hayden. Cállate de una puta vez.

—No —susurró—. Tu mano. Te pasa algo en la mano.



Otra runa ardiendo.

Esta vez ardía la del azufre, que se extendía con gracilidad alrededor de la del mercurio, se entrelazaba con ella, separada y conectada al mismo tiempo. Me dolía el doble de lo que me había dolido la runa del mercurio, si tal cosa era posible. Las líneas de fuego que me subían por el brazo me llegaban al codo. Durante una hora entera me limité a mantener el brazo extendido, respirando, intentando soportar el dolor. Sabrían los dioses si respirar y meditar servía para algo, pero lo cierto era que, al cabo, las ascuas ardientes que la runa trazaba sobre mi piel se apagaron y el símbolo se quedó con un leve brillo rojo.

Fue entonces cuando eché a correr hacia el dormitorio de Fisher, el lugar que en su día fue una prisión para mí y que ahora era donde más segura me sentía de toda Cahlish. Rodeada del aroma de mi compañero, me senté en la alfombra, con la espalda apoyada a un lado de la cama, y por fin cogí el libro.

Pero no el tomo que me había dado Algat, sino el libro de Edina.

Mi querida niña:

Sé que ahora mismo no confías mucho en mí. Te confundí cuando te pedí que no le enseñases este libro a mi hijo, y te pido disculpas por el dolor que pueda haberte causado la treta. No me gusta caer en jueguecitos crueles ni me causa placer engañarte. Espero que puedas perdonarme por el subterfugio y que algún día comprendas por qué era necesario.

Me temo que, aunque mi engañifa sigue presente en tu recuerdo, he de pedirte que hagas una solemne promesa. Voy a hacer una jugada que romperá todas las leyes del universo, pero para que funcione, no puedes adelantarte a la hora de leer capítulos

de este libro. De lo contrario, leerás ciertos datos que te impedirán enfrentarte a los desafíos que se acercan por miedo a lo que vendrá después, y eso supondrá la ruina de todos nosotros.

Te lo imploro. Por favor, no mires más allá de donde el libro te indica.

Cada una de las entradas de este libro está escrita para un momento concreto que está por llegar. Para que funcione, las piezas del dominó han de caer en orden.

Dicho lo cual, he de reconocer que hay diferentes modos de abordar lo que se acerca y que casi todos podrían matarte.

Tu segunda runa ha despertado. Ahora mismo has de saber ya que el azufre no es un recurso tan abundante como antaño en Yvelia. Históricamente, los alquimistas han evitado la segunda rama del Tria Prima, no solo por ser demasiado poderosa y difícil de manejar, sino porque su único propósito parecía estar vinculado a la muerte y la destrucción. Aun sabiendo que has de dominar esta runa, me duele decirte que has de hacerlo, pues sé que sellar su magia a tu alma tendrá un alto coste.

Tendrás que abrir una puerta dentro de ti que te resultará difícil cerrar luego. No voy a mentirte, porque no puedo: si decides emprender este camino, te transmutarás. Pero si sellas la runa del azufre, existe la posibilidad de que puedas usarla para salvar Yvelia del velo que ya veo a punto de descender sobre ella. Si decides rechazar esta runa, hay otras vías de acción que se pueden tomar para rechazar la oscuridad. Sin embargo, esos otros planes tienen pocas posibilidades de éxito.

Para ser justa, primero te explicaré cómo puedes rechazar la runa del azufre…

Seguí leyendo, repasando la elegante letra de Edina, devorando sus palabras. Ya lo había sabido todo. Lo había visto todo. Todo estaba ahí: un mapa para sobrevivir al caos y al dolor que se acercaban. Resultaba casi imposible no hojear el libro hasta el final, ver qué podría inclinar la balanza de la victoria a nuestro favor…, pero la advertencia de Edina resonó sin voz en mi cabeza.

Leerás ciertos datos que te impedirán enfrentarte a los desafíos que se acercan por miedo a lo que vendrá después, y eso supondrá la ruina de todos nosotros.

Aquella advertencia no me inspiraba confianza. El libro era largo, a fin de cuentas. Pero, mientras leía las instrucciones de Edina para rechazar mi runa del azufre —necesitaría sumergir la mano en mercurio para desprender la magia de ella—, comprendí que la primera parte del libro iba a ser un manual para utilizar mis poderes. Era la segunda parte del libro la que contenía instrucciones con respecto a la podredumbre.

El primero de sus augurios decía lo siguiente:

En cuanto al Baile de Evenlight: pasa esta página antes de salir de tus aposentos. Te espera una cita.

Horas más tarde, yo aún seguía con la cabeza hundida en el libro de Edina. En el transcurso de una tarde había aprendido más de lo que habría sacado en claro tras toda una vida entre las migajas que contenían las bibliotecas de Yvelia. Y, para ser sincera, tenía miedo. Los alquimistas solían verse corrompidos por sus poderes. Era su propia fuerza de voluntad lo que gobernaba sus destinos, pero también el legado de su sangre. Si yo había nacido alquimista,

estaba claro que tenía algún pariente fae entre mis ancestros. Pero no sabía nada de ellos, lo cual implicaba que no sabía si tenía predisposición a sucumbir a mi magia o no. Eso daba bastante miedo por sí solo, pero es que había más.

Los alquimistas no canalizaban solo el mercurio. En algunos casos estaban tan entrelazados con el metal que creaban aleaciones que los convertían en heraldos de ojos plateados de los dioses. Por esos alquimistas, Belikon y los suyos habían decidido erradicar todo el linaje alquiméreo de ese reino y de los demás. Se habían vuelto poderosos más allá de toda medida y habían amenazado el poder del Triunvirato.

Mientras iba leyendo, el dolor de mi mano menguó poco a poco, hasta que la nueva runa en el dorso de mi mano quedó curada. Ahora no era más que un esbozo sin rellenar, a diferencia de la runa del mercurio que la había precedido. Estaba incompleta, era una puerta que no daba a ninguna parte. Aún no había magia en ella, yo lo presentía. Pero, quizá, pronto la habría.

Fisher me encontró mirando a la nada, intentando digerir todo lo que había leído, cuando el ocaso ya amorataba el cielo y traía consigo la noche. Llevaba en brazos a Onyx. Mi compañero se lo había llevado cuando partió de Cahlish. El zorrillo se alegraba de verme. Se estremeció y soltó varios gañidos, para luego saltar de los brazos de Fisher y estrellarse contra mi pecho. Acabó bocarriba, con las patas al aire y soltando pelusas de pelaje blanco.

—Por los dioses, qué ridículo eres.

Le acaricié el pelo e inspiré por la nariz. Le rasqué por los costados, en la base del cráneo, tras las orejas; su lugar favorito.

Fisher olía a nieve recién caída. Lo acompañaba un levísimo aroma a azúcar en polvo, lo cual me indicó que se había quedado en casa de Wendy lo suficiente como para compartir con ella una taza de té y una galleta Bettell antes de regresar de Ballard. Alargué la mano hacia él. Fisher me acarició los dedos con los suyos, pasó por encima de mí de una zancada y se dejó caer en el suelo a mi lado,

con la espalda apoyada en la cama. Fue entonces cuando me fijé en lo agotado que parecía.

Onyx estaba ocupado lamiéndome la oreja. Yo le di unas palmaditas, distraída, y miré a mi compañero con el ceño fruncido.

—¿Qué pasa? ¿Algo va mal?

Él ladeó la cabeza a la derecha para mirarme.

—Es Ren —dijo—. Se suponía que tenía que recorrer a caballo la ribera del Zurcido y luego internarse en las Montañas Bajas para hablar con los fae gilarien. Después atravesaría los bosques hasta Ballard, y de ahí iría a Inishtar, donde se encontraría conmigo. Fui primero a Inishtar, pero los sátiros no lo han visto. No sabían nada de la podredumbre, tuve que contárselo todo yo. Luego viajé a Ballard a ver si Ren se había quedado allí a esperarme, pero Wendy tampoco lo ha visto. Le pregunté a Royan, el rey de los gilarien. A ellos sí que les advirtió Ren; ya han empezado a dar pasos para establecer una cuarentena en sus ciudades de las montañas. Royan dijo que Ren dejó su fuerte hace día y medio, y que desde entonces nadie lo ha visto por las Montañas Bajas.

—¿Qué?

—He pasado por todas las aldeas entre Gilaria y Ballard a ver si se ha desviado, pero nadie le ha visto el pelo.

Un peso plomizo y frío se asentó en mi vientre.

—No creerás que Belikon…

Fisher negó con la cabeza, y sus cabellos negros y ondulados le acariciaron los hombros.

—No. Ren es más listo que todos los guardias de Belikon juntos. Se mueve como un fantasma por estos caminos forestales. Es imposible que nadie se haya topado con él y le haya ordenado en nombre del rey que regrese al Palacio de Invierno. No, esto se debe a algo distinto, pero aún no sé a qué.

—¿Crees que está en peligro?

Fisher me lanzó una mirada de soslayo que zanjaba por completo la cuestión.

—Todos estamos en peligro, Osha. Pero sí, creo que Ren puede haberse metido en algún tipo de embrollo. Y no tengo ni idea de cómo encontrarlo para sacarlo de ahí.

37



TRES MINUTOS

KINGFISHER

El libro azul descansaba sobre la mesita de noche de Saeris, en sus habitaciones de Ammontraíeth. Yo evitaba mirarlo en la medida de lo posible, pero no resultaba sencillo contener así mi curiosidad. No pensaba abrir aquel libro. No pensaba ni tocarlo. Pero saber que mi madre lo había escrito de cabo a rabo me abría un agujero en el pecho, justo a la altura del corazón.

Antes del laberinto de Malcolm, había días en los que yo sentía tan vívidamente su presencia que podría haber jurado que estaba allí, de pie junto a la ventana, o bien sentada al lado de la chimenea, leyendo un libro. La sentía conmigo, caminando por los pasillos de aquella mansión durante años. Y me castigaba a mí mismo por permitirme tener semejantes fantasías pueriles.

Creo que parte de mí había sabido de alguna manera que mi madre seguía conmigo. A menudo hablaba con ella cuando estaba solo y creía que nadie me oiría. Habría pagado lo que fuera, lo que fuera, por volver a oír su voz. Y ahora había un libro entero escrito por ella, a menos de tres metros de mí. Una oportunidad de volver a oír su voz, en cierto modo. Y sin embargo, yo no podría leer jamás lo

que había escrito en esas páginas porque no lo había escrito para mí.

Pero bueno, no pasaba nada. Aún tenía una infancia entera llena de recuerdos de ella. Suficientes para paliar el dolor de su pérdida. Era justo que Saeris tuviese su propia conexión privada con Edina de las Siete Torres. Así lo habría querido mi madre.

Sin embargo, el libro… ¿Habría algo en él sobre el paradero de Ren? Quizá. O quizá yo me estaba preocupando por nada y Ren se encontraba perfectamente a salvo, cabalgando hacia Cahlish en aquel mismo momento. Saeris me había explicado que mi madre le había pedido que no leyese el libro de principio a fin, así que de todos modos no podíamos usarlo para descubrir dónde estaba. Hacía una hora, cuando salimos de la mansión, le pedí a Iseabail que intentase predecir el futuro, a ver si así dábamos con el paradero de Ren. Pero los augurios de las brujas no eran nada fiables, y de todos modos no sabríamos nada hasta volver a hablar con Iseabail. O sea, que habría que sufrir aquel baile e intentar no ponernos malos de preocupación.

—Bueno, esto es… ridículo.

Saeris, con aspecto profundamente incómodo, se pasó las manos por la parte delantera del vestido. La costurera selkie que había hecho aquel vestido para ella le había acabado de dar los últimos pespuntes hacía pocos instantes. Luego se había marchado, reluciente de orgullo ante la obra maestra que había creado. En cuanto la puerta del cuarto de Saeris se hubo cerrado tras ella, mi compañera empezó a intentar arrancarse aquella prenda con uñas y dientes.

Yo me senté en el sofá, estiré las piernas y llevé los brazos al respaldo mientras disfrutaba del aspecto decididamente regio de mi compañera.

—Estás preciosa —le dije.

Hasta yo me daba cuenta de que mi voz se volvía más grave cuando estábamos solos. La parte más oscura y depredadora de mi

ser se sacudía e intentaba liberarse para llevar a cabo todo tipo de actos depravados con ella.

Mía.

Era mía. Y, a veces, el impulso de tirarla sobre la mesa y follármela viva delante de todo el mundo, para que supiesen que era mía, resultaba demasiado potente como para soportarlo. Se me despertaba la polla en los pantalones solo de pensarlo.

Saeris me lanzó una mirada interrogativa por encima del hombro. Una sonrisa cómplice asomó a las comisuras de su boca.

—¿A qué huele? —preguntó con un tono de voz que jugaba a sonar inocente.

—A lo mismo a lo que huelo cada vez que nos revolcamos en el Palacio de Invierno —gruñí.

Me tomé mi tiempo para levantarme del sofá y acercarme a ella. Quería contemplarla por entero. Saborear el momento en que sus pupilas se dilatasen, en que su excitación se tiñese de un poco de pánico.

Ella ladeó la cara hacia mí y entreabrió los labios esperando un beso…, pero yo me coloqué tras ella, le puse las manos en las caderas y las orienté hacia delante.

—Mira al espejo —ordené.

Saeris resopló, decepcionada, o eso me pareció. Aun así, obedeció. Nos quedamos ahí los dos, reflejados en el cristal: dos criaturas pálidas, ambas con el pelo como ala de cuervo. Una con los ojos azules, el otro con los ojos verdes. Los brazos de Saeris ya estaban cubiertos con guantes largos de seda, hechos del mismo material que el vestido. Negros como el asesinato, el pecado, la tinta y el vacío de los cielos en las noches de invierno. Era el tipo de vestido que yo no había visto desde que era un niño y correteaba entre las faldas de mi madre en los muchos bailes que celebraban mis padres en mi infancia. Siempre me habían maravillado las galas de los asistentes: las chaquetas largas, los polisones, los corsés, los zapatos de puntera cuadrada y hebilla, el aroma a perfume que impregnaba el aire.

—Mírate —le dije a mi compañera.

La costurera había querido ponerle maquillaje, pero Saeris se había negado. Las dos se habían peleado por ello, pero al final Saeris había permitido que le pusiera un toque de colorete rosa en las mejillas y un poco de rímel en las pestañas. Apenas se notaba que iba maquillada. Su piel era perfecta, los pómulos altos, los ojos claros y brillantes. Y el vestido…

Su cintura ya era estrecha de por sí, pero el corsé la apretaba muchísimo. Llevaba un escote devastadoramente bajo que realzaba sus pechos cada vez que inspiraba. Las faldas eran más holgadas de lo que se solía llevar en otras cortes fae, más tradicionales. Sin embargo, le daban a Saeris un aspecto regio.

El atuendo de noche que yo llevaba complementaba su vestido. Iba decorado con los mismos ribetes de terciopelo que el de ella, tanto en el cuello como en los puños.

Negro sobre negro sobre negro.

Mis sombras se derramaron sobre su hombro y le subieron por la columna del cuello. La acaricié con ellas, y a Saeris le tembló el aliento. Se le puso la piel de gallina ante el roce de mi magia. Consciente por completo de lo que hacía, me incliné y la miré a los ojos en el espejo para luego susurrarle suavemente al oído:

—Un hombre de catadura más baja que yo te clavaría los dientes ahora mismo, aquí, y te follaría hasta que chillases.

Ella asomó la lengua y se lamió los labios. Vi cómo le palpitaba el pulso en el hueco de la garganta.

—Una mujer de catadura más baja que yo te lo suplicaría —replicó.

Ay, mi pequeña Osha. Sabía bien cómo recorrer una senda peligrosa.

—No es aconsejable provocarme para que actúe, Osha. Y menos con este aspecto que tienes ahora. Me encanta echar a perder las cosas bonitas.

—Ah, ¿sí?

Reemplacé mis sombras con la mano y curvé ligeramente los dedos alrededor de su garganta.

—Ajá.

—¿Y cómo me echarías a perder? —susurró.

Ya imaginaba que lo preguntaría. Me pasé la lengua por los colmillos, le agarré la falda con las manos y se la alcé hasta la cintura. Tuve que repetir el movimiento dos veces para abarcar todas las capas de tul y sujetarlas en la mano izquierda. Me dio pena soltarle el cuello, porque me encantaba la sensación de notar su pulso contra la palma, pero necesitaba urgentemente esa otra mano. Saeris contempló cómo descendía por su cuerpo en el espejo. Sus pupilas se dilataron hasta devorar sus iris. Le acaricié los muslos desnudos y gruñí de aprobación al ver que volvía a llevar mi daga en uno de ellos.

—Buena chica, Saeris.

—Si lo que querías… era comprobar si voy armada…, te lo podría haber dicho yo mis… ¡Oh, dioses!

Se quedó boquiabierta. Yo no malgasté el tiempo: le aparté las bragas negras y metí los dedos entre sus pliegues húmedos. Saeris dejó escapar otra maldición estrangulada cuando empecé a acariciarle el clítoris. Empezaron a temblarle las piernas.

Bien.

Y más que le iban a temblar.

Se iba a estremecer para mí.

La iba a desgastar por completo.

Llevaba unos zapatos hermosos, de un destellante color negro, tacones vertiginosos y un lazo de tela negra atado en la parte delantera de cada tobillo. Metí el pie derecho entre los suyos y la elevé apenas un poco, separándolos para tener más espacio. Lo necesitaba para entrar mejor.

Saeris cerró los ojos, giró la cabeza y me apoyó la mejilla en el pecho.

—¿Qué haces? —susurró.

Joder, me hacía falta otra mano…, pero la magia serviría. Yo no podía hacer mucho allí con mi magia. Tenía a mi disposición mis sortilegios menores. Ilusiones pequeñas y otras triquiñuelas. Pero intentar convocar mis sombras solo servía para frustrarme. Tenía las manos atadas, la mayor parte de mi magia estaba fuera de mi alcance. Cuando invocaba a mis sombras, apenas aparecían unos zarcillos claros, zarcillos que, al menos, cumplirían su cometido a la perfección.

Los dioses le habían dado a mi padre el don de las sombras para que pudiera hacer el bien con ellas. Él me las había legado con el mismo propósito. A lo largo de mi vida, yo las había usado para ayudar y proteger a mucha gente…, pero ahora las usé para sujetar los faldones de Saeris a su cadera y poder agarrarla de la barbilla con la mano y girarle el rostro hacia el espejo. ¿Me castigarían los dioses por un mal uso tan flagrante de la magia? A la mierda. Que me castigasen. Pensaba usar mis poderes para cometer todo tipo de actos escandalosos durante mi vida con Saeris, y si eso implicaba que me esperaban los fuegos de la condenación cuando muriese, era un precio que estaba dispuesto a pagar.

—Una reina jamás debería entrar en el tablero político estando estresada, Osha —ronroneé—. Te prometo que esto es para ayudarte.

Tenía los dedos empapados. Calientes. Húmedos. La miré en el espejo y sonreí de oreja a oreja al ver su deseo. Antes de que pudiese siquiera comentarlo, Saeris dejó escapar un gemido.

—No te rías de mí —suplicó—. No puedo evitarlo, es…

—¿Es porque me deseas? —pregunté con voz áspera.

—Sí. —Su voz era un ruego.

Aparté los dedos de entre sus piernas y alcé el índice y el corazón para que los viera: húmedos, resplandecientes, cubiertos de flujo.

—Jamás me reiré de ti por esto, Osha. Esto es lo más excitante del mundo para mí. Me vuelve loco, más que ninguna otra cosa. Y te deseo tanto como me deseas tú a mí. Siempre. Voy por este agujero

infernal con el capullo atado a la cintura para que estas sanguijuelas no se hagan ideas raras…

—Fisher…

—Embotellaría tu flujo si pudiera —dije—. Y ahora, deja de preocuparte y mira.

—¿Saeris?

Taladaius estaba en la puerta. Yo había notado su presencia hacía unos instantes. Por suerte, había tenido la decencia de mantener la boca cerrada, aunque parecía que ya no lo soportaba más.

Mantuve la barbilla de Saeris sujeta para asegurarme de que seguía mirando al frente.

—No respondas.

—Pero…

—Tu cuerpo es mío durante los próximos tres minutos. Ríndete. —No quería hacerlo. Solo por habérselo dicho en tono de orden, ya quería resistirse, llevarme la contraria. Pero esto le iba a venir bien—. ¿Me amas?

—¿Qué? Esto… no es justo.

—¿Me amas o no?

—¡Sí! Claro que te amo.

Esbocé una sonrisa lobuna ante su reflejo.

—Pues parte de amarme es rendirte a veces.

—¿Quieres que te obedezca?

Le pasé la mano entre los muslos y mis dedos trazaron círculos alrededor de aquel botón repleto de terminaciones nerviosas que había allí.

—No, Osha. Quiero que confíes en mí.

—¡Ah! ¿Y tú… confías en mí?

Le besé el cuello, sin romper el contacto ocular con ella en el espejo.

—Todo lo que te pida también te lo daré libre y voluntariamente a cambio. Siempre. Te lo prometo.

Le rocé la piel bajo el lóbulo de la oreja con los colmillos. Ella se quedó petrificada durante una fracción de segundo. Se estremeció,

pegada a mí, perdido el control de los músculos, con los ojos en blanco.

—¡Saeris! ¡Ya es la hora!

Volvió a abrir los ojos.

—¡Necesito tres minutos, Tal!

Yo solté una risa oscura entre dientes.

—Buena chica, Osha.

Tal siseó al otro lado de la puerta.

—Sabéis que puedo oír lo que estáis haciendo ahí dentro, ¿verdad? Por los pecadores…, te espero al final del pasillo.

Saeris gimoteó, apretada contra mí, y restregó el culo contra mi erección, que cada vez resultaba más dolorosa. Yo la dejé hacer, ignorando mi propio deseo llameante y el ansia de afecto que tenía mi polla. Aquello iba de ella, no de mí. Ya habría muchas oportunidades en las que se cambiarían los papeles, pero de momento…

Saeris empezó a temblar.

Le metí los dedos y gruñí de satisfacción al oír el grave gemido que profirió.

—Ahora te vas a correr. Y durante el resto de la noche, si alguien se te acerca a dos metros, olerá el orgasmo que estoy a punto de provocarte.

Sí, era primitivo.

Sí, era cruel.

Sí, no era nada progresista por mi parte marcarla así.

Me importaba una puta mierda.

Aquella mujer, que resplandecía con más fuerza que los soles de su mundo natal y del mío juntos, era mi compañera. Hasta el último miembro de aquella corte lo recordaría.

—Oh, por los dioses —jadeó Saeris.

—¿Te gusta?

Asintió.

Me apreté contra ella y llevé mi boca a su oreja.

—Mira mi mano —jadeé—. Mira cómo te follo con los dedos. Mira lo bonito que tienes el coño, así, en la palma de mi mano. ¿Lo ves?

Mi mano ocultaba la mayor parte, pero ahí asomaba cada pocos segundos: un atisbo de su delicado centro rosa.

Saeris gimió y clavó los dedos en la susurrante tela de su falda.

—¡Sí! —exclamó con voz ahogada—. ¡Sí!

Los temblores se convirtieron en espasmos. Los espasmos, en convulsiones de todo el cuerpo.

Estaba a punto.

—Y ahora mírame —exigí—. No cierres los ojos. Escucha. Quiero que sientas cómo te contraes entre mis dedos, Saeris Fane. Quiero sentir la explosión de dulce calor húmedo cuando te corras. Hazlo por mí. Eso es. Hazlo ahora.

Ella se contrajo, apretó la mandíbula, infló las fosas nasales… y se corrió.

Y al hacerlo, unos jirones negros se desprendieron de mi brazo y pasaron de mi piel a la de ella. No era magia, sino tinta. Otro tatuaje. Unas hermosas rosas florecieron en la parte superior de sus muslos mientras ella gemía…, todo un ramo, trazado con delicadeza, pero que aun así resaltaba sobre la perfección pálida y cremosa de sus muslos.

Aquella bestia indomable que había en mi interior rugió cuando Saeris soltó una exclamación desesperada, sin palabras, y se aferró a mi brazo. Me apretó la mano y sacudió las caderas.

—Eso es. Respira. Respira.

Ella emitió otra exclamación, un sonido desenfrenado y hermoso, como puta música en mis oídos, gutural y libre. Y acabó.

—Por el puto infierno…, ha sido… ha sido…

Intentó apoyar el peso, inclinarse hacia delante, pero se tambaleó y casi perdió el equilibrio.

—Calma, Osha.

La sujeté levemente entre los brazos y aguanté su peso como si estuviera borracha.

—Vaya. —Parpadeó con rapidez, como si le costase ver en condiciones—. Son… enormes —dijo con voz ahogada al ver el nuevo tatuaje de sus muslos—, pero muy hermosas.

Esbocé una sonrisa traviesa por encima de su hombro y me llevé lentamente los dedos a la boca. Los chupé por entero y le guiñé un ojo en el espejo.

—No me digas que nunca te regalo flores, Osha.

—Por los dioses vivos… —Negó con la cabeza, temblando un poco—. ¿Cómo quieres que salga ahora? No me tengo en pie.

Qué exagerada.

—Estás bien —la regañé en tono juguetón, y me reí un poco al ayudarla a encontrar el equilibrio.

Una vez que no pareció que sus piernas fueran a ceder, me puse de rodillas frente a ella y, con cuidado, deshice la magia que había usado para levantarle las faldas mientras jugaba con ella. Despacio, le coloqué las enaguas capa a capa, asegurándome de que el tul no estuviese descompuesto ni que sobresaliese en ninguna parte. Cuando acabé, le bajé la tela más pesada de la falda y la alisé hasta que tuvo el mismo aspecto que cuando se la había puesto la costurera.

Alcé la vista hacia ella. Tenía los ojos un tanto nublados aún. Le guiñé de nuevo.

—¿Te sientes menos estresada? —pregunté.

Mi compañera hinchó los carrillos de aire y lo soltó de un soplido. Negó con la cabeza lentamente de un lado a otro.

—Me zumban tanto los oídos que no voy a poder oír ninguna de las peticiones, Fisher.

Yo me levanté y le deposité un beso rápido y casto en los labios.

—De nada. Vamos. Como Tal tenga que esperar un minuto más, puede que le explote la cabeza.

—Vale, sí. Vamos a… ¡Un momento, no! Tengo que… —Saeris atravesó a la carrera la habitación y agarró el libro, que seguía descansando sobre la mesita de noche—. Casi se me olvidaba. Tengo que leer la siguiente página del diario de tu madre.

Abrió el libro por la primera mitad y se detuvo. Sus ojos pasaron de un lado de la página al otro, rápido, como un metrónomo. La neblina postorgasmo abandonó su rostro mientras digería el secreto que había ante ella e intentaba comprenderlo. Alzó la vista de la página, asintió levemente y dejó el libro al pie de la cama, con una extraña expresión de determinación en la cara.

—Listo. Ya podemos irnos, estoy preparada.

38



HIJA DE NADIE

KINGFISHER

El Salón de las Lágrimas estaba muy cambiado. Los bancos habían desaparecido. Largas mesas recorrían el espacio a izquierda y derecha. Se había reservado el centro para bailar. Altas columnas de luceterna cimbreaban y danzaban por todo el perímetro del salón. Aquellas llamas fantasmales carentes de calor casi ascendían hasta el techo abovedado en las alturas. Siervos fae sometidos a trance, de ojos vidriosos y vestidos con los tonos carmesíes de la Corte de Sangre, servían jarras de vino a los cientos de vampiros altasangre reunidos con sus mejores galas, hermosos a pesar de la palidez extrema de su piel y el pétreo y frío juicio de sus ojos.

Muchas de las vampiras altasangre intercambiaban susurros tras abanicos de encaje o tapándose la boca con las manos, mientras lanzaban miradas venenosas y furtivas hacia Saeris. Yo estaba sentado en la silla junto a ella, con las piernas separadas, jugando a aquel juego de politiqueo. Quería arrancar aquellas lenguas viperinas por atreverse siquiera a susurrar el nombre de Saeris. No lo hice porque eso habría provocado una escena —el tipo de escena que acabaría pronto con el baile— y, después de lo sucedido en la

coronación de Saeris, dudaba de que pudiese irme de rositas tras echar a perder dos ceremonias enteras. Tal me despellejaría vivo por complicar la situación aún más. Así que allí estaba sentado, comportándome como un buen chico, sin arruinarle la velada a nadie.

Por segunda vez desde que llegamos a Ammontraíeth, Saeris presidía la corte en su trono, con una diadema dorada con joyas incrustadas que brillaba en su cabeza. Ahora que ya se había arrodillado todo el mundo, sus hombros parecían más relajados. Paseó una mirada suave por entre los vampiros altasangre allí reunidos, aunque sus manos seguían aferrándose a los reposabrazos del trono con fuerza. Tenía los nudillos blancos.

«Hay sangre en el aire», dijo en mi mente. «La huelo. Hay mucha gente sangrando abundantemente».

Giré los hombros con aire casual y señalé en dirección a un fae que, a los pies del pedestal, servía vino a un noble vampiro altasangre. En cuanto acabó de llenarle la copa, dejó la jarra a un lado y se hizo una punzada en la muñeca con un picudo anillo metálico que llevaba en la punta del pulgar. Se hizo sangre y, sosteniendo la muñeca sobre la copa del noble, vertió en ella dos, tres, cuatro gotas directamente al vino. El noble enseñó los dientes, no muy contento con la poca cantidad de sangre que el fae le había dispensado. Sin embargo, el fae se limitó a cerrarse el puño de la camisa, que ya estaba manchado de sangre. Cogió la jarra y se acercó a otro vampiro altasangre que también tenía la copa vacía.

«Se pasan toda la noche así», le dije a Saeris. «Para cuando acabe la velada, estarán doblados de tanto vino y salvajes de tanta sangre».

«¿Has estado antes en uno de estos bailes?».

«No. Pero he oído hablar de ellos».

Los pendientes de diamantes negros que Saeris llevaba en las orejas destellaron bajo la tenue luz. Se giró hacia Tal, que ascendía los escalones hacia nosotros con aire resuelto. Aquella noche llevaba un traje gris paloma de tela exquisita. Aquel color le habría sentado

fatal a cualquier hombre normal con piel de alabastro y cabello plateado como la luna, pero Tal no tenía nada de hombre normal. Todos esos tonos grises deberían haberse anulado entre sí, pero al Centinela de los Secretos le otorgaban el aire etéreo y decididamente fae que la mayoría de los vampiros altasangre perdía al cambiar. La holgada camisa blanca que llevaba estaba desabotonada hasta el plexo solar. Se hincó de rodillas ante Saeris y se llevó la mano al pecho, sin molestarse en ocultar la piel de los pectorales, que quedó al aire para quien quisiera mirarla.

Yo ya había visto a Tal sin camisa muchas veces. Habíamos nadado juntos en las aguas a los pies de los acantilados blancos de Inishtar, cuando aún le latía el corazón en el pecho y albergaba la gran esperanza de decepcionar a sus padres al hacerse cartógrafo para perderse en un barco en dirección a tierras sin mapear. También se había quitado la camisa en numerosas ocasiones en el laberinto para dármela. Revivir tras un enfrentamiento con Morthil implicaba a menudo despertar helado de frío y desnudo sobre una losa de piedra, fuera del alcance del demonio. Tal solía saber cuándo me atrapaba Morthil y me estaba esperando cuando despertaba con ropas nuevas. Otras veces, sin embargo, mi culo desnudo y arrastrado lo pillaba por sorpresa. Ni una sola vez dudó en quitarse su ropa y dármela. No tenía motivo alguno para negarse. A fin de cuentas, en aquel pozo infecto sí que funcionaba su magia. Era una criatura de la Corte de Sangre, y como tal, no le suponía un problema conjurar nuevas ropas para sí.

Fuera como fuese, yo había visto en numerosas ocasiones su cuerpo desnudo, incluso recientemente, con lo cual supe que aquel enorme tatuaje que cubría su piel era nuevo.

Enarqué una ceja con aire interrogativo. Tal la vio pero se limitó a esbozar una pequeña sonrisa privada como toda explicación.

—Estamos casi listos para las peticiones, Saeris —dijo—. Hay cinco solicitantes, con cinco propuestas que creen que te resultarán útiles. Empezaremos dentro de unos treinta minutos. Es mejor quitárnoslo de en medio antes de la cena.

Saeris asintió.

—Y… en cuanto al otro tema… —dijo Tal.

—¿Sí?

—Si no te importa, me gustaría ocuparme de ello ahora, antes de que todo el mundo esté demasiado borracho como para acordarse.

La renuncia de su sangre públicamente.

Saeris ya me había dicho que Tal quería cortar el vínculo que los unía. Lo que no había mencionado era que Tal tuviese tantas ganas de hacerlo. Quizá no se había fijado en los detalles que lo evidenciaban, como el modo en que arrugaba el ceño al hablar de ello. O el modo en que alargaba la mano, la cerraba en un puño y volvía a abrirla con una sacudida, como si estuviese listo para enzarzarse en una pelea. Para ser justos, Tal no parecía muy ansioso…, pero yo lo conocía bien. De toda la vida. Y todos aquellos tics me pusieron alerta. Me enderecé en el asiento, curioso.

Mi compañera cambió de postura en el trono, incómoda, pero asintió.

—Está bien. Sí, vamos a quitárnoslo de en medio ya.

Tal esbozó una gran sonrisa.

—Excelente.

Yo me incliné hacia ella y susurré:

—¿Sabes cómo funciona esto?

—No. Había supuesto que él solo… le diría a todo el mundo que ya no quiere ser mi creador.

—No del todo, no.

No tuve tiempo de explicar nada porque Tal bajó los escalones del pedestal al trote, le arrebató un cubo de plata a un siervo fae que pasaba a su lado, volcó el hielo sobre el suelo y volvió a subir los escalones. Le puso el cubo en el regazo a Saeris y giró en redondo, al tiempo que hacía un gesto dramático en el aire con ambos brazos.

—¡Nobles vampiros altasangre de Sanasroth, prestadme atención, por favor!

La suave música que se había estado oyendo —de algún tipo de instrumento de cuerda— se detuvo en una nota discordante. El

murmullo de conversaciones que resonaba por todo el salón tardó un poco en apagarse, y al cabo, un silencio expectante cayó sobre los vampiros allí reunidos.

—Seáis todos bienvenidos. Esta noche nos hemos reunido para celebrar Evenlight, la luceterna; un regalo de los dioses que ilumina nuestra corte mejor que ninguna otra fuente. Al igual que cada año, habrá canciones, bailes y festines. Pero primero vamos a desviarnos ligeramente de nuestras celebraciones anuales de siempre. Ha de elegirse un nuevo Lord para la quinta punta de nuestra estrella, lo cual implica que uno de vosotros ocupará el puesto para servir a la corte. Siempre han de ser cinco.

—¡Siempre han de ser cinco! ¡Siempre han de ser cinco!

Aquella frase se extendió por entre los vampiros altasangre y resonó por todo el salón.

Taladaius asintió.

Mientras Tal explicaba el procedimiento, un joven vampiro bajasangre se acercó al pedestal, vacilante, casi arrastrándose, cargado con una bandeja de dulces. No debía de haber cumplido ni los diecisiete antes de su transición. Jamás sabría lo que era llegar a la madurez y dominar su magia. El joven se encogió y le tendió la bandeja a Saeris, demasiado nervioso como para subir del todo los escalones del pedestal.

Saeris le hizo un gesto para que se acercase.

El vampiro bajasangre era débil, y eso en un lugar donde ser débil mermaba las posibilidades de sobrevivir. Por eso servía junto con los demás esclavos sometidos a trance. Subió los escalones, acobardado, con manos temblorosas. Los dulces se sacudieron.

—No tengo hambre —susurró Saeris—. Pero ven, necesito que hagas algo por mí.

Sin por favor, sin gracias. La reina de Sanasroth no pedía favores, ni los vampiros bajasangre podían hacerlos.

«¿Qué haces, Osha?», le pregunté.

Por fuera, Saeris no reaccionó al hecho de que yo hubiese hablado en su mente. Llevó la mano a la oreja del vampiro

bajasangre y le susurró algo, al tiempo que me respondía a mí, en una notable demostración de concentración:

«Te lo digo pronto. De momento me lo guardo. Lo siento, ojalá pudiera explicártelo, pero ahora no puedo».

Ah. Así que tenía que ver con el diario. Me relajé en mi asiento y volví a centrarme en el espectáculo de Tal, sobre la estrella de cinco puntas ante el pedestal. «No hay problema, Osha. Con eso me basta. No te volveré a preguntar al respecto».

El vampiro bajasangre se apartó de Saeris y la contempló como si se hubiese vuelto loca. Ella enarcó las cejas con gesto interrogativo.

—¿Y bien? Venga, haz lo que te he dicho y me aseguraré de que te llevas una recompensa.

—¿Recompensa? —El escepticismo brilló en los ojos del vampiro.

—Sí. Un pago. En sangre —dijo Saeris—. Venga, lárgate.

No hizo falta que se lo dijera dos veces. Al oír hablar de sangre, el vampiro se apartó a la carrera del pedestal y se perdió entre la multitud, que seguía prestando atención a Tal. Yo lo seguí con la mirada; vi que su cabeza asomaba entre la apretada masa de cuerpos, hasta que pasó a través de una cortina y se perdió.

—Pero antes, hay algo más de lo que quiero hablar. Un asunto personal. La última vez que nos reunimos aquí fue para darle la bienvenida a nuestra reina. Se me acusó de querer controlarla; unas acusaciones calumniosas que afirmaban que yo quería usarla como una marioneta para mis propósitos y beneficios. Durante la coronación no hubo tiempo de responder a esas acusaciones, por culpa de lo sucedido…

Cientos de ojos enojados se volvieron hacia mí.

Yo le dediqué a la multitud una sonrisa beatífica.

—… pero ahora que estamos en un punto más tranquilo, me posiciono aquí para anunciaros que no tengo ningún deseo de ocupar el trono sanasrothiano. No quiero controlar a Saeris Fane, regente de esta corte.

Se oyeron murmullos inquietos en la mesa a mi derecha. Ni siquiera me hizo falta mirar para saber que Zovena se encontraba en

el centro de aquellos murmullos enfadados, pero sí, ahí estaba, clavándole la mirada a Taladaius. Casi se le veía salir humo por las orejas.

Tal, que era un orador con experiencia, ignoró el barullo y prosiguió con su discurso:

—Ni quiero ni he querido nunca tener poder sobre los Lores de Medianoche. Estaré encantado de demostrároslo a todos, aquí y ahora mismo. ¡Yo, Taladaius Helyer, en su día primogénito de la casa Helyer, Centinela de los Secretos y Lord de Medianoche, por la presente renuncio al don de mi sangre!

Volvió a alzar los brazos en el aire y se giró hacia nosotros, dándole la espalda a la multitud. Tenía el rostro tormentoso y los ojos acerados como nubes cargadas de lluvia. Le guiñó un ojo a Saeris y alzó la voz aún más para que resonase por todo el salón:

—Sin rencor y con el mayor respeto y humildad, te expulso de mi linaje, Saeris Fane, reina de Sanasroth. Reniego así de mi sangre y mi patronazgo con el fin de que quedes libre para llevar a cabo tus tareas, y yo también. En el nombre de los dioses y los demonios de este reino. ¡Esa es mi voluntad!

Tal fue a entrechocar las manos y yo me preparé, a sabiendas de lo que sucedería. La onda expansiva recorrió todo el salón, y hasta el mismo suelo se estremeció bajo el palacio. Todo acabó tan rápido como empezó, pero el olor a azufre siguió flotando por el aire y me picó en la nariz. Junto a mí, Saeris esbozó una mueca sonriente. Me miró, con la confusión pintada en la cara.

—Pero ¿qué demonios…? —susurró.

Y entonces se dobló hacia delante y vomitó un chorro de sangre en el cubo vacío que Tal le había dado antes de su grandilocuente discurso.

«No te preocupes. Todo acabará pronto. No bebiste mucha sangre de Tal», le dije. Renunciar a la sangre era un asunto bastante sucio. Yo jamás lo había visto ante mí, pero había oído hablar del procedimiento. A lo largo de los siglos, Malcolm había creado a todos y cada uno de los vampiros altasangre de su corte. Alguno había

cometido quién sabía qué afrenta, y Malcolm le había retirado su sangre. Había reunido a la corte y había convertido todo el asunto en un acontecimiento, un espectáculo destinado a avergonzar a su retoño, pero también a demostrar a sus otros hijos lo que les sucedería si se pasaban de la raya. Un vampiro altasangre podía vivir después de la renuncia. Técnicamente, no cambiaba mucho. Seguían con vida, tanto como podía seguir con vida un vampiro…, pero se convertían en parias. Apartados de la sangre real. Malcolm había llegado incluso a repudiar a un vampiro altasangre después de renegar de su vínculo de sangre. Y eso sí que era una sentencia de muerte para la mayoría.

Tal no podía repudiar a Saeris. Había mencionado que no había rencor en lo que hacía, que era por respeto. Sin embargo, lo que acababa de hacer esa noche sí que era una vergüenza para Saeris, según el precedente que había establecido Malcolm. Había sido un acto egoísta… Me había parecido tan fuera de lugar tratándose de Tal que, cuando Saeris me contó lo que quería hacer, supuse que en realidad jamás se atrevería. Y sin embargo, allí estábamos. Más tarde me encargaría de aplastar a aquel cabrón contra una pared y preguntarle a qué coño estaba jugando, por qué decía que no quería que Saeris pareciera débil delante de la corte y luego hacía eso.

Saeris aguantó el chaparrón con considerable dignidad, teniendo en cuenta que estaba vomitando sangre delante de una corte que la despreciaba. Todo terminó con rapidez, tal y como yo le había asegurado que sucedería. Solo habían hecho falta unos cuantos chorros de sangre.

Cuando Saeris acabó de escupir en el cubo de plata, Tal se lo quitó de las manos e hizo una profunda reverencia.

—Gracias. Y lo siento. —Rápido como una centella, se volvió de nuevo hacia la multitud. Un exagerado resplandor verde le cubrió la piel al dirigirse a la corte—: ¡Contemplad! Saeris Fane, la primera de su nombre. Hija de nadie. ¡Brindad por vuestra reina! —bramó.

No podía negarse que sabía montar espectáculo cuando le daba la gana. Yo aún no sabía para qué, pero, aun así, era innegable.

Tenía a toda la Corte de Sangre a sus pies. Todos alzaban reticentes las copas al aire.

—¡Que sea la última monarca que llega a ver esta corte! —gritó Tal, y le arrebató una copa a un siervo que pasaba a su lado—. Que lo supere todo por la gloria de esta santa corte. ¡Que traiga consigo una nueva era y un nuevo comienzo para el pueblo de Sanasroth! ¡Por la reina Saeris!

Aquel brindis fue bastante confuso. Si alguno de los vampiros presentes hubiese estado levemente más sobrio, quizá habría puesto en duda aquel tributo inusual por parte de Tal, pero la mitad de la corte ya iba hasta las trancas y la otra mitad le pisaba los talones. Se alzó una marea de copas en el aire; la luz destelló sobre los bordes ribeteados de oro en un centelleante espectáculo. Todo Ammontraíeth pronunció el nombre de mi compañera:

—¡Por la reina Saeris!

El silencio no tardó en seguir a los gritos. Los vampiros altasangre apuraron las copas. No importó que probablemente estuviesen maldiciendo el nombre de Saeris mientras deglutían el vino; todos bebieron igualmente.

Sangre y vino, a fin de cuentas.

Sangre y vino.

Taladaius parecía satisfecho. Descendió los escalones del pedestal y dejó la copa en una mesa a la derecha.

—Y ahora, hay cinco leales miembros de esta corte que desean ocupar el puesto de Lord para salvaguardar un diezmo de su poder y convertirse en protectores del reino. ¡Llamo a Kavan Dahlish! ¡Presenta tu candidatura!

Kavan Dahlish era una bestia. Medía casi dos metros y medio; sobresalía por encima de todos los presentes. Se abrió camino a empujones entre la multitud y se detuvo en el centro de la estrella de cinco puntas.

En cuanto se giró hacia el pedestal e hizo una reverencia, lo reconocí. Su densa melena negra le llegaba a la espalda. En vida había sido un gran guerrero de fuerza y valor. También era bastante

gracioso. Tenía la nariz chata, aplastada contra su rostro ancho porque se la habían roto muchas veces. Yo mismo era responsable de una o dos de esas fracturas, cortesía de alguna ruda sesión de entrenamiento que había acabado con sangre por ambas partes. Ahora, los ojos de Kavan eran planos y oscuros en lugar del color azul que habían tenido antaño. Esos ojos se entrecerraron imperceptiblemente al hacer una reverencia, no ante Saeris, sino ante mí.

—Comandante. —No hubo ninguna calidez en el saludo. Y menos aún cuando se dirigió a Saeris—: Alteza.

Me hormigueó toda la piel. Los tatuajes se revolvían bajo mis ropas. Qué necio había sido. Había cometido un grave error. Malcolm se había cebado con los caídos en muchas de nuestras batallas. Los cuervos se habían alimentado de los muertos y les habían sacado los ojos a picotazos. El puto Malcolm había hecho lo mismo, pero para llevarse las almas de los moribundos en lugar de dejar que se alejasen pacíficamente al más allá.

Se había llevado a los más altos. A los más fuertes. A los que aún seguían luchando. Porque estaba claro que Kavan no se había ido sin pelear. Malcolm lo debía de haber obligado a beber su sangre…

¿A cuántos guerreros se habría llevado? ¿A cuántos habría arrancado entre temblores de las puertas de la muerte para obligarlos a tragar de sus repugnantes venas antes de morir? ¿Cuántos habían sucumbido a su voluntad?

La rabia me tiñó la vista de rojo. Era una emoción fútil e impotente. ¿Qué se suponía que tenía que hacer con el odio que se arremolinaba en mis tripas hacia un vampiro que ya no era más que ceniza en el viento? No había nadie a quien gritarle. Nadie a quien echarle la culpa. Lo único que quedaba era aquel guerrero a quien en su día consideré un amigo, que había muerto bajo mi mando y había sido condenado a toda una eternidad de corrupción y depravación.

—He servido a esta corte durante doscientos siete años, alteza. En todo ese tiempo he entrenado a muchos capitanes en el arte del

asedio. He liderado varios batallones de la horda en campañas exitosas. He enviado a los ejércitos de nuestro enemigo a las puertas del infierno, y por ellas he arrojado sus cuerpos.

Un grave zumbido en mis oídos ahogó las palabras de Kavan. Él me miró mientras seguía repasando la lista de atrocidades que le habían granjeado un nombre en la corte y elogios por parte de Malcolm. A mí se me heló la sangre en las venas.

Había sido yo quien le había entrenado. Todas esas habilidades se las había enseñado yo. Y todo lo había usado contra nosotros. Kavan sabía enarbolar el arma. Se había quedado en las sombras, contemplando a los monstruos que lo habían matado mientras destrozaban a los amigos a los que juró proteger en su día.

Mientras hablaba, la acritud y la acusación en sus ojos quedaron claras: «Tú me dejaste aquí, en medio de esto. ¿Qué esperabas?».

—Puede que no sea uno de los siervos más longevos de esta corte, pero le he conseguido la gloria a Sanasroth y he cumplido la voluntad de mi amo. Por ello me presento para ocupar el puesto de Lord de Medianoche de Ammontraíeth. Específicamente, de Centinela de la Guerra.

«¿Te encuentras bien?».

Saeris le clavaba la mirada a Kavan. No dio muestras de haber notado mi incomodidad, pero esos días estábamos muy conectados. Yo sentía que se encontraba tensa. Preocupada. Y al parecer, ella también sentía que yo estaba de los nervios.

«Estoy bien, sí. Todo bien. Es que… era uno de mis soldados».

«Oh, dioses, Fisher. Lo siento mucho».

Al guerrero, Saeris le dijo:

—Gracias por tus servicios a esta corte, Kavan. Tendré en cuenta tu petición a la hora de tomar mi decisión.

El guerrero hizo una profunda reverencia. Sus ojos permanecieron sobre Saeris un segundo antes de volar hacia mí, oscuros y tensos. En su día, esos ojos habrían estado repletos de risa y fuego. Ahora eran fríos y solo había odio en ellos.

Me dejó roto.

¿Cómo podía haber estado tan ciego? Cuando mis luchadores caían en batalla, me consolaba pensando que les esperaba el descanso eterno, en brazos de sus seres queridos y ancestros que habían pasado al más allá antes que ellos. Ni por un segundo se me había ocurrido que estarían ahí, sufriendo, atormentados, odiándome por haberlos abandonado a su suerte. ¿Cómo no lo había pensado?

La voz de Saeris llegó hasta mí como si estuviese bajo el agua:

—… tú, Ibanwae. Dime, ¿cómo piensas servir a esta corte?

Kavan se había ido. Lo había reemplazado una vampira altasangre que se inclinaba en una reverencia, con la vista pegada al suelo. Tenía una profusa melena de rizos, tan voluminosa y salvaje que casi le ocultaba toda la cabeza. Llevaba un vestido negro de cuello alto y mangas largas, con faldones que rozaban el suelo y ocultaban sus pies. Aparte de la cabeza y las manos, el resto de su cuerpo estaba tapado.

Su voz resonó por el salón, un susurro áspero:

—Alteza. Todos los miembros de esta corte me conocen. Estuve aquí al principio, cuando nuestros congéneres derramaron la sangre de los rectos y honrados al servicio de nuestro rey. Mis manos diseñaron y supervisaron la construcción del precioso palacio al que ahora llamamos hogar. Mi señor padre me encomendó el diseño y la construcción de máquinas de asedio, de sistemas de alcantarillado y de la estructura y planificación requerida para construir los Engranajes. Estaba particularmente satisfecho con las armas de guerra que creé para él. Armas de hierro diseñadas para infligir un daño inimaginable sobre la vil escoria fae que acosa nuestros hogares e intenta apartarnos de nuestro glorioso propósito.

«Vil escoria fae».

Apenas le veía la coronilla, pero me imaginé su expresión al escupir aquellas palabras en el suelo.

—Me presento para el puesto de Lord de Medianoche y solicito ser la Centinela del Dolor, para poder renovar mis esfuerzos a la hora de diseñar artefactos que obliguen a arrodillarse a los perros fae y…

Saeris interrumpió a la vampira:

—¿Cuál es nuestro glorioso propósito, Ibanwae?

Impertérrita. Calmada, incluso. Y sin embargo, mi compañera estaba rabiosa.

El nombre «Ibanwae» era tan viejo y anticuado que probablemente nadie lo había pronunciado más allá de aquella corte en siglos. La mujer a la que pertenecía alzó la vista, y pude atisbar un rostro lleno de tatuajes. De runas, para ser exactos. Sin embargo, eran runas muertas. Inactivas desde hacía mucho. Desprovistas de magia, con un color ceniciento por el paso del tiempo. En su día, aquella mujer había sido alquimista.

Tenía los ojos negros, de la pupila al iris, del iris al blanco. Un rencor patente respondió a la pregunta de Saeris. Despacio, la mujer se enderezó todo lo que pudo:

—El mismo glorioso propósito que siempre ha comandado a Sanasroth, majestad. Dominar a las demás cortes. La supremacía total sobre los fae. Diezmos de sangre obligatorios. Granjas de seres vivos para alimentarnos…

Saeris alzó la mano.

—Sí, gracias, con eso basta.

Ibanwae resopló. Puso una mueca contrariada que le retorció las runas.

—¿Os desagrada la verdad sobre vuestra corte, majestad? —preguntó—. Quizá no tengáis estómago para gobernar a este tipo de pueblo.

Abrió los brazos para abarcar a sus congéneres altasangre. Un denso silencio cayó sobre la multitud. A la derecha, Tal se apoyó en la pared a los pies del pedestal, con los brazos cruzados. Tenía el rostro vacío y los ojos fijos en Saeris. A la espera, como todos los demás, de ver qué iba a responder.

Saeris miró a Ibanwae, exudando una confianza tan fría y orgullosa que me dieron ganas de lanzar vítores por ella. Parecía una reina de la cabeza a los pies, imperturbable y regia, justo lo que necesitaba ser en ese momento. Tan inalcanzable como las frías y

lejanas montañas. No dijo nada como respuesta a la pulla. Se limitó a contemplar a la vampira, que interpretó el silencio de Saeris como señal de que la había pillado con el pie cambiado. Ibanwae esbozó una sonrisa coqueta y lanzó miradas de soslayo a los demás vampiros reunidos a los pies del pedestal, que se habían aproximado en muestra de apoyo al oírla hablar. Sin embargo, tras un largo instante, la sonrisa de la vampira empezó a desvanecerse.

Saeris no parpadeó.

Alguien carraspeó.

En una mesa a la izquierda, alguien cambió de postura, con un chirrido de protesta de su silla.

Pero Saeris seguía mirando a la vampira.

Ibanwae bajó la vista al suelo.

—Entenderéis que no pretendía ofender al trono…

—Entiendo la violencia —dijo Saeris. Habló con suavidad, sin inflexiones ni emoción. Todo el salón oyó sus palabras—. Comprendo… que es una herramienta.

Esperó. Miró más allá de Ibanwae, a todos los demás vampiros altasangre con sus galas y satenes, sus copas de borde dorado salpicadas de sangre fae. A todos ellos se dirigió:

—Entiendo que los vampiros altasangre de Sanasroth han hecho los estragos que han querido durante los últimos mil años. Entiendo que Malcolm ha permitido que aquí reine el caos mientras se entregaba a una guerra que no podía ganar. Una guerra que le ha costado a Sanasroth sus recursos, que ha diezmado una y otra vez su riqueza. No va a haber granjas de seres vivos de los que alimentarse. En los próximos años nos centraremos en reconstruir esta corte…

—Y mientras la reconstruimos —dijo una voz afilada—, ¿qué proponéis que comamos?

La puta Zovena.

Cualquier día de esos, la iba a reducir a cenizas y me iba a poner sus putos colmillos de pendientes.

La Lord se había puesto en pie y rodeaba su mesa en dirección al pedestal. Los imbéciles de sus amigos soltaban risitas y se apartaban para que pasase. Llevaba un vestido de terciopelo rojo sangre que le dibujaba una silueta despampanante. Se había recogido el pelo en trenzas que le rodeaban elegantemente la cabeza. Tenía un collar y pendientes de rubíes que destellaban en su garganta y sus orejas. Cada uno de sus dedos estaba cubierto de oro y piedras preciosas. En la cabeza llevaba un laurel bañado en oro que se asemejaba sospechosamente a una corona.

Saeris ignoró a la víbora, con la atención todavía fija en Ibanwae.

—Esas aspiraciones de las que hablas no son objetivos finales. A mí me parece que los objetivos de Sanasroth son la seguridad, la legitimidad y la comida.

—¡Ja! —resopló Zovena. Se detuvo frente al pedestal y se giró hacia los vampiros altasangre, con ácido en las venas—. ¿No es eso lo que acabo de decir? Comida, alteza. ¡Necesitamos saber qué o, mejor dicho, a quién nos vamos a comer!

Saeris ni siquiera se puso en pie. No frunció el ceño al hacer un gesto con la mano hacia la mesa de la derecha. Los candelabros, coronados con ocho puntos temblorosos de luceterna, salieron volando del mantel blanco como la nieve y se retorcieron en el aire. Formaron una tira de metal de más de medio metro de largo que se estrelló contra la espalda de Zovena y se lio en su nuca. La Centinela de las Delicias dejó escapar un chillido. El candelabro deformado cayó y le hizo perder el equilibrio. Se estrelló contra el suelo con un tañido resonante y metálico, y se clavó en la piedra. Zovena quedó inmovilizada contra el suelo por el cuello.

«Estoy bastante seguro de que le acabas de romper la mandíbula», le dije a Saeris en la mente.

«Se recuperará» fue la mordaz réplica de mi compañera.

Yo hundí la barbilla para ocultar la sonrisa hasta que conseguí desterrarla de mi rostro.

—¡Aaaah! ¡Pedazo de… zorra! —Zovena forcejeó, pero, por más que lo intentase, por más fuerte que fuera, no podía arrancar el

candelabro deformado del suelo. El metal solo obedecía a la voluntad de Saeris—. ¡Deja que me levante! —dijo la Lord, hirviendo de rabia.

Ibanwae, que había empezado su solicitud con la misma energía que el exabrupto de Zovena, la miró boquiabierta. Zovena seguía sujetada al suelo por el cuello. Ibanwae tragó saliva con dificultad.

—Me gustaría…

Dejó de hablar cuando Saeris se levantó despacio del trono y empezó a descender los escalones. A mí se me erizó el vello de la nuca. Todos mis instintos me dijeron que me levantase yo también y me interpusiese entre mi compañera y cualquier peligro que pudiese surgir. Sin embargo, no podía hacerlo. No iba a minar su autoridad delante de aquellas sanguijuelas. Me quedé donde estaba, aunque casi me costó la vida no moverme. ¿Qué coño hacía Saeris? ¿Y por qué me estaba poniendo tan cachondo?

Con los hombros relajados, la columna bien recta, la cabeza alzada, Saeris bajó los escalones y rodeó a Zovena. Cogió una silla de una de las mesas y la arrastró. Las patas chirriaron sonoramente sobre el suelo. La acercó a Zovena y se sentó junto a ella. Alzó los pies y descansó los talones en la espalda de la mujer.

—Quieta —ordenó antes de que la ultrajada Lord pudiese quitársela de encima.

Zovena chilló.

—¡Apártate de mí, pedazo de zo…!

—Silencio.

Tranquila como el centro de una tormenta. Así estaba Saeris. Brutal. Cruel. Letal. Ni yo me habría atrevido a joderla en aquel momento, con los pies apoyados en la espalda de la mujer a la que más temía aquella corte. Me la habría follado, eso sí. Me moría de ganas de follármela. Había algo profundamente excitante en ver que mi compañera hacía uso de su poder.

Saeris se giró hacia Ibanwae y se quitó una pelusa de los faldones.

—¿Decías?

—La Centinela del Dolor —dijo la vampira, con ojos resplandecientes y voz algo temblorosa—. Me gustaría ser la Centinela del Dolor.



Tres solicitudes más.

Uno que quería ser Centinela del Dinero. Un candidato a Centinela de las Verdades. Uno que esperaba ser Centinela de las Antigüedades.

Los minutos pasaron mientras Saeris escuchaba a los candidatos, sin moverse de aquella postura, con los pies en la espalda de Zovena. En mitad del procedimiento, sacó la daga de la vaina que llevaba al muslo y empezó a limpiarse las uñas con la hoja. Zovena no se movió. No pronunció ni una palabra.

Una vez que se oyeron todas las solicitudes, Saeris se levantó despacio de la silla. Sin la menor prisa, introdujo el meñique bajo la banda de metal, que ya le estaba rajando el cuello a Zovena, y le dio un tironcito suave. El candelabro la liberó.

—Puedes moverte. Puedes hablar —dijo en tono aburrido mientras se alejaba de la silueta temblorosa de la vampira y volvía a subir los escalones.

Zovena se puso en pie de un salto, enfadada como una víbora. Sin embargo, a mí no me interesaba aquella postura hostil. Lo que sí me llamó la atención fue la expresión embrujada de Tal, que apartó la vista de la vampira, con el ceño fruncido, para centrarla en un cuadro que colgaba de una pared lejana. Ninguna decoración de pared merecía un escrutinio tan intenso.

—¿Te crees que esto es un juego? —gritó Zovena.

A Saeris aún le quedaban tres escalones para llegar al trono. Se detuvo, y sus ojos se cruzaron brevemente con los míos. Luego se giró con un revuelo de faldas y le prestó a Zovena toda su atención.

—Creo que has confundido la dinámica entre nosotras, Zovena. Soy tu señora. Puedo ordenarte que te inclines a mis pies y así lo harás, aun sabiendo que la muerte te aguarda en el filo de mi hoja. Confundes mi paciencia con debilidad. Con tolerancia. Pero, si me sigues poniendo a prueba, conocerás el límite de mi paciencia.

En cuanto Saeris puso un pie en el Salón de las Lágrimas para su coronación, había empezado a interpretar un papel. Y lo interpretaba muy bien. Pero aquello no era una actuación. Estaba tan cansada como yo de Zovena…, lo cual resultaba impresionante, porque la conocía desde hacía muy poco. No me cabía duda de que acabaría con la vampira con una sonrisa en la cara si tuviera la oportunidad. Zovena se estremeció, en un esfuerzo por contener su réplica. Durante incontables años había disfrutado del cálido brillo de la aprobación de Malcolm. Sin control. Sin nadie que la desafiase. Amada por su rey. Debía de ser tremendo encontrarse ahora a la intemperie, a la sombra de la mujer que lo había matado.

Taladaius atravesó la estrella de cinco puntas con una sonrisa despreocupada en la cara. Sin embargo, en sus ojos había una tensión que solo podía ser preocupación.

—¡Vamos, vampiros altasangre de Sanasroth! —dijo—. ¡Las solicitudes se han oído! —Alzó la mano en el aire para que todo el mundo viera el anillo de Ereth. La enorme joya naranja ambarina, entre los dedos de Tal, reflejó la luceterna y proyectó reflejos arcoíris por las paredes—. Ha llegado la hora de saber quién será el próximo Lord de Medianoche, merecedor del anillo…

—En realidad, Taladaius, creo que hay una solicitud más que aún no he oído —dijo Saeris en tono frío. Volvió a ocupar el trono y, con calma, se alisó los faldones.

La compostura de Tal flaqueó un poco. Miró hacia la parte alta del pedestal y tragó saliva. La expresión fugaz que cruzó su rostro parecía decir: «¿Qué cojones haces, Saeris Fane?». Tal no tenía ni idea de que hubiera un sexto candidato para el anillo que sostenía en la mano. Yo tampoco lo sabía, lo cual implicaba que aquel

anuncio por sorpresa de Saeris debía de tener algo que ver con el diario.

—Nuestra reina nos sorprende —dijo Taladaius con voz tensa—. Qué suerte tenemos. —Volvió a tragar saliva y apretó en el puño el anillo que aún sostenía en el aire. Luego bajó la mano al costado y, con una florida inclinación, dijo—: Como deseéis, alteza. ¿Quién más se presenta?

La tensión en el Salón de las Lágrimas ya era lo bastante densa como para cortarla con un cuchillo. Y sin embargo, se volvió asfixiante a medida que la animadversión se propagaba entre los vampiros altasangre. Saeris ya había visto a la figura que emergió de entre la marea de vampiros. Empezaron a oírse gritos ultrajados entre las mesas cuando los nobles de la Corte de Sangre vieron por fin a la persona que su reina había convocado ante ellos.

Así lo recordaba yo: vestido con armadura de cuero de combate, con una hoja a la espalda, la cabeza bien alta.

Con un destello de oro en la boca, se acercó y se arrodilló ante el trono, con media sonrisa de pesar. Con voz clara y alta que resonó por todo el salón, dijo:

—Me llamo Foley Briarstone. He venido a servir a mi reina.

Sin embargo, su expresión dubitativa decía algo bien distinto:

«Espero que sepas lo que haces, mestiza».

39



CENTINELA DE LOS SECRETOS

SAERIS

«Evalúa a un sexto. Solo se puede confiar en el lobo de dientes de oro».

Entrada del diario de Edina
de las Siete Torres

—¡Repudiado! ¡Repudiado!

Los gritos eran ensordecedores.

Taladaius giró en redondo, demasiado confundido como para hablar. A mi lado, Fisher se cubrió la boca con la mano y soltó una risa en voz baja.

«Desde luego, sabes cómo prenderle fuego a todo», dijo, jovial. «¿Te estás divirtiendo?».

«¡No! Esto no es nada divertido, Fisher. ¡Es muy estresante!».

Me pareció que Foley sentía lo mismo que yo. De rodillas, se encogía cada vez que algo le golpeaba la espalda. Los vampiros altasangre le estaban arrojando objetos: trozos de comida, cubiertos, un zapato. Una bandeja voló por los aires, y fue ahí donde tuve que poner freno a la situación.

—¡Basta! Sentaos —gruñí—. ¡Nombro a Foley Briarstone amigo de este trono!

No hizo falta decir nada más. El edicto que había promulgado durante mi coronación se ocupó de todo lo demás. Ningún miembro de la Corte de Sangre podía hacer daño a nadie a quien yo hubiese nombrado amigo. Con ocho breves palabras me aseguré de que nadie de Ammontraíeth volviese a hacer daño a Foley.

—¿Qué clase de farsa es esta?

Algat había brillado por su ausencia en el salón hasta ese momento. Se abrió paso a empujones entre la masa de vampiros altasangre y apartó a Taladaius de su camino, tras lo cual se acercó a toda prisa a Foley. Rodeó al vampiro, mientras su pequeño gato negro correteaba entre sus pies. Guru maulló al ver a Foley, estiró la espalda y restregó la cabeza contra los muslos del vampiro. Algat lo presenció todo y gruñó. Hizo una mueca de dientes amarillentos y ratoniles y le dio una patada al gato. El golpe le habría hecho bastante daño, pero Guru se desvaneció en un grupo de sombras un segundo antes de que el pie de Algat le acertase en el costado. Estaba claro que la criatura tenía práctica esquivando sus botas.

—No puede estar aquí —dijo Algat, hirviendo de rabia, y señaló a Foley con el dedo.

—Esa es mi voluntad.

A Foley le ardían las mejillas y la punta de las orejas. Guru volvió a aparecer y se subió de un salto a su regazo, donde empezó a suplicar afecto. El vampiro no parecía saber ni qué hacer ni adónde dirigir la mirada. Acarició la cabeza del gato, sin mirar a nadie a los ojos.

La bruja escupió, furiosa. Me recordaba a una de las viejas arpías que a veces se plantaban a la puerta de Casa Kala, que escupían a la gente que salía del edificio y les decían que sus almas estaban condenadas por tanta fornicación y tanta bebida.

—No puede servir a esta corte. ¿Cómo va a hacerlo, si se negó a jurar lealtad a Sanasroth?

Algat se dio cuenta de que su argumentación flaqueaba en cuanto la formuló. Sus ojos legañosos volaron hacia Hazrax, que se encontraba inmóvil sobre la punta de su estrella en el mosaico bajo el pedestal, sin hablar, con las manos metidas en las mangas de su túnica. Algat ya sabía lo que yo iba a decir:

—Hazrax no es miembro de esta corte. No ha jurado lealtad ni a Sanasroth ni a un solo vampiro de los presentes, y sin embargo lleva siglos ocupando el cargo de Lord de Medianoche.

—Sí, pero eso es…

—¿Diferente? Se me escapa esa diferencia.

En aquel momento sentí un ataque frontal contra el muro que escudaba mi mente. Era Algat, que intentaba introducirse en ella, aunque yo le había prohibido trastocar el interior de mi cabeza. A pesar de mi orden, lo intentaba…, y mi furia se alzó como una ola de venganza que hubiesen invocado los mismísimos dioses. Imaginé hilera tras hilera de cuchillos tras el muro, con las puntas preparadas. Bajé el muro lo suficiente para lanzar los cuchillos y volví a alzarlo tan rápido como pude.

Algat se tambaleó, parpadeó y puso los ojos en blanco. Le salió de la nariz un enorme chorro de sangre que le corrió por la barbilla. Yo ya no pensaba andarme con chiquitas. Si Algat se negaba a obedecer, la iba a obligar. Si quería violencia, violencia tendría.

—¿Qué has hecho?

Aquel chillido lo profirió Zovena. La mujer no tenía ninguna simpatía hacia Algat, pero ahí vio una oportunidad de montar una escena, y no pensaba dejarla pasar. Además, tenía miedo. Yo lo sentía, sentía en ella olor a sábanas manchadas, a fiebre. Le daba miedo ser la siguiente.

—Hoy es día de aprender lecciones —dije—. Algat estará bien. Pero debería andarse con ojo para no pasarse de la raya.

La Centinela de los Registros se tambaleó, perdido el equilibrio, aunque lo recuperó instantes después. Volvió a mirarme con el ceño fruncido. Se llevó la mano a la barbilla y se restregó la sangre para limpiársela.

—Mis disculpas —dijo con voz rasposa—. Solo intentaba que entrarais en razón. Hazrax no cuenta en este asunto. No tiene peso político ni tampoco voto. Este vampiro tendría ambas cosas, y eso iría en detrimento de la corte. Si se niega a jurar lealtad…

—Me negué a jurarle lealtad a Malcolm —dijo Foley suavemente—. A ella se la juraré.

Maldición. Eso no me lo había esperado. Desde luego había cambiado mucho el cuento desde que intentó matarme en la biblioteca. Jamás habría imaginado oír esas palabras de boca de Foley. Lo dijo con sinceridad y la mirada clara. Hizo un gesto hacia los escalones, preguntando sin palabras si podía acercarse al trono.

Yo asentí para darle permiso.

Se acercó y volvió a hincar la rodilla, esta vez a mis pies, y desenvainó una daga de su cinturón. Me la tendió. Sus ojos extraños y tristes de pupilas verticales se cruzaron con los míos.

—Hace poco me recordaron que fui un lobo —dijo con una suave sonrisa—. Y los lobos no se atrincheran acobardados en bibliotecas polvorientas, asustados de sus propias sombras. Te juro lealtad, Saeris Fane. Cumpliré tu voluntad mientras me quede aliento. Y cuando deje este mundo y me vaya al otro, llevaré allí tus estandartes e irrumpiré con ellos por las puertas del cielo si así lo deseas.

Cerró la mano alrededor de la hoja y se hizo un corte que la manchó de un intensísimo tono carmesí. Yo acepté el arma de sus manos y usé la punta para sacarme una gota de mi propia sangre, que, de algún modo, seguía siendo del tono rojo brillante de la sangre de los vivos.

—Acepto tu juramento —le dije—. Acepto tu lealtad y tu servicio. A cambio te ofrezco la protección de mi casa. Te nombro Lord de Medianoche.

Me incliné y le devolví la daga. Foley la aceptó, y yo aproveché su cercanía para envolvernos en una burbuja de aire muerto para que nadie me oyese susurrarle:

—¿Cómo es que has cambiado de idea?

Él soltó un irregular ladrido en voz baja, que pretendía ser una risa.

—Bueno, me imaginé que si él está preparado para seguirte —dijo, señalando con el mentón en dirección a Fisher—, sería una puta idiotez por mi parte no hacer lo mismo, ¿no?

Kingfisher soltó un resoplido bajo, pero sentí su satisfacción. Yo estaba a punto de decirle a Foley que se equivocaba, que Fisher no me seguía en absoluto, pero la idea no llegó a mis labios. Un grito atravesó el aire, seguido de otro.

—Pero ¿qué pasa ahora? ¿Tan difícil es tener un momento de paz?

Oteé en busca del origen de los gritos. Todo el mundo en el salón alzaba la mirada. Antes no me había dado cuenta, pero al parecer las secciones del techo abovedado estaban hechas de paneles… y ahora se estaban desprendiendo.

—¡Está aquí! —gritó alguien—. ¡Está aquí!

—¿El qué? —Me giré en la silla…, en mi trono…, intentando ver qué provocaba tanto alboroto, pero Kingfisher me agarró de la mano y me dio un apretón.

—La luceterna, Osha. Evenlight, el espíritu de los dioses.

Señaló al cielo nocturno, hacia el oeste. Allí, una oleada de luz de un tono verde y brillante cruzaba los cielos a una velocidad tremenda.

—Están aquí con nosotros —murmuró Foley, y se llevó los dedos índice y corazón a la frente, entre las cejas.

Muchos de los vampiros altasangre imitaron el gesto. Resultaba sorprendente. Ya hubiesen elegido aquella vida para sí mismos o bien los hubiesen obligado a llevarla…, a ser una perversión no muerta de la naturaleza, a no conocer jamás el descanso ni la paz del otro mundo…, parecía razonable que allí, en aquel lugar impío, estuviesen lejos de la mirada de los dioses. Y sin embargo, seguía habiendo entre ellos quienes los adoraban. Estos inclinaron las cabezas en gesto de reverencia. Una ráfaga de viento cruzó el salón, y la pálida luz verde ondeó en las alturas como un resplandeciente

banderín que llenó el cielo nocturno de un extremo al otro del horizonte.

Era hermoso. No se parecía a nada que yo hubiese visto antes. Ni siquiera la aurora que había ardido en el cielo después de que Lorreth nombrase a Avisiéth me había parecido tan espectacular.

La luceterna llameó en las antorchas de todo el salón, renovada y brillante. Los fuegos que ardían bajo las rejillas se intensificaron y rugieron violentamente en las diferentes chimeneas. Fue como si, por todo el palacio, las fuentes de luceterna que ya existían hubiesen visto aumentado su poder con la llegada de aquel verde estandarte en movimiento en el cielo nocturno.

Los vampiros altasangre se olvidaron de los intentos de Zovena de sembrar la discordia. Se olvidaron de Algat y del vampiro de dientes de oro que seguía arrodillado a mis pies. Se olvidaron de las dotes de espadachín de Tal, y de la constante amenaza que suponía mi compañero, sentado a mi lado. Al unísono, los miembros de la Corte de Sangre estiraron el cuello hacia las alturas y se maravillaron del espectáculo.



La música impregnaba el aire, una pieza frenética repleta de altibajos espectaculares. Los vampiros altasangre volaban por la pista de baile y arrastraban consigo a sus parejas en círculos sin cesar. Las colas de las chaquetas y los faldones revoloteaban en el aire. Y en las alturas resplandecía el firmamento. Las estrellas titilaban tras la luceterna, como si un velo de fina seda de jade cubriese el cielo.

Los fae sometidos a trance llenaban las copas de los vampiros altasangre y vertían una gota de su sangre en cada copa. Los vampiros bebían. Toda la escena era un espectáculo, aunque yo lo habría cambiado por la paz y tranquilidad de Cahlish y la presencia de mis amigos.

Te Léna se había quedado en la mansión, vigilando a Everlayne. Danya seguía en el campamento de guerra temporal. Iseabail se había quedado para intentar localizar a Ren mediante augurios. Lorreth había insistido en acompañarnos a Ammontraíeth, pero Fisher se había negado y le había dicho que fuese a ver qué tal estaban los guerreros del campamento improvisado. Carrion había protestado mucho cuando le dije que no podía asistir con nosotros al baile, pero era la única persona que Hayden conocía en la mansión, y yo quería que alguien le tuviese el ojo echado a mi hermano. Sería típico de él escapar de Cahlish por un arranque temperamental después de la pelea que habíamos tenido. Y no pensaba permitir que algo así sucediera. Estaba furiosa con él, claro, pero no lo bastante como para dejar que se lo comiese cualquier criatura que morase en un agujero y tuviese cuchillas en vez de dientes.

«Siempre parecíamos tener más agua y comida que cualquier otro».

¿De verdad estaba tan ciego? ¿Es que no me conocía en absoluto?

Había luchado con uñas y dientes para rescatarlo de Zilvaren, ¿y aun así pensaba que era una traidora?

—Baila conmigo.

Tomé aire por la boca y miré a Fisher. Sus ojos estaban aún más verdes aquella noche debido a la luceterna. Aún no se había puesto en pie, pero ya me ofrecía la mano, y no parecía dispuesto a cejar en su empeño.

—¿Es esta la parte en la que me dices que no bailas, Osha? —murmuró—. ¿La parte en la que dices que no sabes los pasos o que tienes dos pies izquierdos?

Ja. Y él que pensaba que me conocía al completo. Fisher de Puerta Ajun aún tenía mucho que descubrir de mí. Aunque yo no me sabía ninguno de los pasos de los gráciles bailes de Yvelia, tenía los pies ligeros y aprendía rápido. Y, sobre todo, no se me podía subestimar. Sonreí, contemplé la mano de Fisher y la acepté.

—Me las arreglaré —le dije.

Un instante después nos encontrábamos entre los vampiros altasangre. Fisher me hizo girar junto a él al tiempo que irrumpíamos los dos en la pista de baile. Se movía con facilidad, con gestos seguros. Ajustó el ritmo al de los vampiros que nos rodeaban.

Intenté no sonreír cuando volvió a hacerme girar. Me alzó por los aires, mis pies casi no tocaban el suelo.

—¿Os entretiene la danza, majestad? —murmuró, reprimiendo su propia sonrisa.

—Oh, no. Me sorprende que tengas tanta confianza en la pista de baile.

Se inclinó hacia mí y, con voz baja y un aliento que me sopló sobre el cuello, dijo:

—Bailar es como luchar, Osha. Y también como follar. Me precio de ser muy habilidoso en todos esos campos.

Yo me eché a reír.

—Ah, ¿sí?

—Ajá. Sí, así es. —El hoyuelo de su mejilla hizo una breve pero satisfactoria aparición.

—Entonces supongo que has tenido mucha práctica en todos esos campos, ¿no?

Yo estaba jugando con él, y Fisher lo sabía. Llenó los carrillos de aire y lo soltó de un soplido, fingiendo que pensaba en la pregunta.

—Bueno, he ensartado a mucha gente con la punta de mi espada —dijo en tono conspirador—. Y he perdido la cuenta de las batallas en las que he luchado.

—¡Eh! —Pensé en clavarle el dedo entre las costillas, pero en ese momento sus manos cayeron sobre mi cintura y me alzó por los aires. Giró ciento ochenta grados y volvió a posarme con delicadeza. Era parte del baile, los demás vampiros altasangre hicieron el mismo movimiento en la pista de baile.

A Fisher le brillaban los ojos. El hilo de mercurio seguía adormecido en su iris. Me agarró de la mano y prosiguió el baile, avanzando por el salón en dirección opuesta.

—Creo que no quiero saber nada de todos esos ensartamientos —dije, fingiendo desaprobación—. Aunque a lo mejor no eres tan bueno como tú te crees. Quizá necesites más práctica.

La comisura izquierda de su boca se alzó, y una de sus cejas la imitó.

—No me digas. ¿Tienes algún comentario que hacerme?

—Sí. Muchos.

Ahora le tocó el turno a Fisher de fingirse dolido. Me rozó la sien con los labios y dijo:

—Y yo que pensaba estar haciendo un buen trabajo cada vez que me suplicas que te deje disfrutar de mi polla.

Por los dioses y los pecadores, quería matarme. En público.

—Me pregunto cuántos de estos vampiros altasangre te oyen pavonearte ahora mismo.

—Espero que todos ellos. Ya captan mi olor en tu piel.

—Fisher…

—Pueden considerarse dichosos. No te estoy arrancando el vestido para tirarte encima de ese puto trono ahora mismo, Saeris —gruñó.

Dioses. La sangre me palpitó en los oídos.

—No te atreverás.

Él me miró, y su sonrisa se convirtió en algo mucho más serio. Entornó los párpados y un hambre perezosa de pronto asomó a sus ojos.

—Tienes razón —convino—: no quiero echar a perder el vestido.

Pensaba que, ahora que dormíamos juntos, el rugido de pura ansia que yo sentía hacia él descendería un poco. Pero eso no había pasado. En todo caso, mi apetito crecía más y más cada día que pasaba. Lo miré y recordé qué aspecto tenía cuando se introducía a embestidas dentro de mí. El sudor que le cubría la frente. Su sabor a sal, a menta, el maldito dulzor de su lengua cuando me la introducía en la boca…

Aparté la vista, incapaz de seguir mirándolo a los ojos.

Joder, cómo lo amaba.

Ninguna otra emoción se parecía a esa. Ni el odio que me suscitaba Madra ni el dolor que sentía por Everlayne, que seguía sufriendo sola en algún infierno desconocido. Ni tampoco la preocupación por la desaparición de Ren. Nada de lo anterior. El mundo entero podría estar acabándose y mi amor por aquel hombre me despojaría del miedo. A veces sentía que estaba a punto de explotar por culpa de ese sentimiento tan abrumador.

Los ojos de Fisher ardían cuando me atreví a mirarlo de nuevo. Sabía lo que había estado pensando. Y estaba casi segura de que también lo había sentido.

—Pareces muy preocupado por los vestidos —dije en voz baja.

—¿Yo? —preguntó con voz áspera.

Asentí.

—Cada vez que entro en mis aposentos de aquí o en tus habitaciones en Cahlish…

—Nuestras habitaciones —corrigió.

Yo agaché la cabeza.

—Cada vez que entro en nuestras habitaciones en Cahlish me encuentro con un vestido nuevo colocado en la cama, esperándome.

Él se tomó un segundo antes de replicar. Con cuidado, dijo:

—¿No te gustan?

—Sí que me gustan. Es que… —Dioses, ¿por qué era tan difícil formularlo con palabras? No debería haber sido así—. Me siento como… si intentaras domesticarme.

Él se detuvo de pronto, justo en medio de la pista de baile. Milagrosamente, nadie chocó con nosotros. Los demás bailarines corrigieron el rumbo y fluyeron a nuestro alrededor. Fisher me miró con el ceño fruncido, bastante perplejo.

—En el nombre de los cinco infiernos, ¿cómo iba a querer domesticarte, Osha? Más me valdría intentar domesticar a uno de tus gatos infernales.

—No sé, es que… —Las palabras seguían negándose a salir.

Fisher dio un paso hacia mí y me acunó el rostro entre sus manos.

—No quiero que seas nada más que lo que ya eres, Saeris. Los vestidos no son más que… —Frunció el ceño—. Son una invitación. La vida que vivías en Zilvaren era dura. Tenías que hacerlo todo tú sola. Ahora estoy yo aquí y…, no, espera. Déjame acabar. Ahora estoy aquí, y solo porque yo sea tu compañero y tú seas la mía no espero que te pasees por ahí con un vestido bonito… ni que dejes las armas y adoptes un estilo nuevo de vida. Jamás querría algo así. Pero tú no tienes que ser una sola cosa aquí, Saeris. Puedes ser lo que quieras. Puedes llevar la armadura de cuero y luchar todos los días del año. Jamás te pediría que no lo hicieras. Pero, a veces, si así lo deseas…, también se te permite ablandarte, Saeris. Se te permite dejar de enseñarle los dientes al mundo y respirar. Porque yo te cubro.

Los bailarines pasaban en pleno remolino de terciopelo, seda y damasco. Yo dejé que esas palabras se asentaran en mi alma.

«Porque yo te cubro».

Sí que me cubría, ¿verdad? Era el ancla que me impedía alejarme. Incluso allí, en ese horrible lugar, no se había apartado de mi lado.

—Vamos. —Fisher asintió, como si acabase de tomar una decisión—. Ven, quiero enseñarte algo. No tardaremos ni un segundo. Y luego nos largamos de aquí.

L0 seguí. Habría ido a cualquier parte con él en ese momento, pero no tuvimos que aventurarnos muy lejos. Nos alejamos de los bailarines, de las largas mesas que ocupaban aún muchos vampiros altasangre de rostro avinagrado que murmuraban oscuramente entre copas de vino. Fisher se detuvo delante de una pequeña mesa redonda que descansaba ante un tapiz particularmente obsceno.

Yo contemplé con ojos entrecerrados la bacanal que representaba el tapiz.

—¿Qué le está haciendo ese a la cabra? —pregunté.

—No te fijes en la cabra —me reprendió Fisher—. Fíjate en esto.

Dominaba la mesa un enorme arreglo floral. Una variedad de flores, probablemente elegidas por sus tonos púrpuras, repartidas con habilidad en una resplandeciente jarra dorada. Eran

asombrosas. Fisher señaló la flor más hermosa de todas, en el centro de la composición. No era la flor más grande, pero su color era el más vibrante. Casi iridiscente. Los pétalos estaban doblados en los bordes y en el centro para formar la silueta de corazones. Sobre cada corazón descansaba una gota de agua que destellaba como un diamante.

—No. —La mano de Fisher se cerró sobre mi muñeca para impedirme que tocase la flor—. No te va a matar, pero te va a doler mucho, créeme.

—¿Es venenosa?

—Para la mayor parte de la gente es mortal. —Me dedicó una sonrisa torcida y dijo—: Pero tú eres más fuerte que la mayor parte de la gente. Aquí la llaman «veridius», «la torre del santo». En las cortes fae la llamamos «ruina de viuda». Ya has oído hablar de ella.

Sí, ya había oído hablar de ella.

—Lorreth nos dio un poco a mí y a Carrion en Gillethrye para mascarla. Nos habíamos roto las costillas tras impactar sobre la superficie del lago. Nos quitó el dolor un rato.

Fisher asintió.

—Si esa pequeña gota de rocío entra en contacto con tu piel, te quitará el dolor para siempre —dijo—. Es seguro mascar la ruina de viuda una vez que se limpia ese veneno de los pétalos. Luego hay que picar las hojas y secarlas al sol un par de días. Mientras no te tragues las hojas y solo las mastiques, no te pasará nada. Pero no te he traído aquí para darte lecciones sobre plantas. Te he traído para enseñarte que, a veces, las cosas más hermosas son las más letales. Un vestido no te va a hacer débil. No te hará vulnerab…

—¡Ayuda! —Un grito trémulo resonó por encima de la música.

En un latido, Fisher desenvainó a Nimerelle e inspeccionó la multitud, intentando localizar el origen del grito.

—¡Dioses! ¿Qué… qué pasa?

En una mesa cercana, un vampiro altasangre se había doblado sobre sí mismo en el asiento y se estremecía. Un denso chorro de

sangre negra le brotaba de la boca y le fluía desde los ojos, la nariz y las orejas.

—¡Ayuda! —volvió a oírse, esta vez desde el otro lado del salón.

Y otra más, detrás de nosotros.

—¡Misericordia, por favor!

Una vampira pelirroja con un vestido azul oscuro acababa de ponerse de rodillas y vomitaba sangre por la boca. Cayó de bruces al suelo de obsidiana, despatarrada, y empezó a sufrir convulsiones.

Con los ojos desorbitados, Fisher repasó la escena, incrédulo.

—En el nombre de todos los dioses, ¿qué es eso? —susurró—. ¿Esto… esto era lo que decía el diario?

—¡No! ¡No, lo que decía era que nombrase Lord a Foley! ¡No decía nada de esto!

A izquierda y derecha, más vampiros empezaron a vomitar sangre y a manchar de rojo sus elegantes ropas. Ya fueran hembras o varones, caían entre temblores, intentando aferrarse al aire, y ponían en blanco sus ojos inyectados en sangre.

Pronto, la mayor parte de los vampiros se retorcía en el suelo. Y en medio de todos ellos, Taladaius se alzó como un ángel de la muerte de pelo plateado.

—¡Hermanos y hermanas! —gritó—. ¡Vuestro juicio ha llegado al fin!

—Pero qué cojones… —siseó Fisher.

—¡Vuestra glotonería ha sido vuestra ruina! ¡Bienvenidos seáis a vuestra muerte definitiva! Pero ¿quién soy yo para negaros una última oportunidad de redención? Los fae a los que habéis sometido a trance, y de los que habéis bebido con tanta avidez esta noche, recorren ahora mismo el salón con frascos de cristal. Si tomáis uno de esos frascos y tragáis su contenido, sufriréis una dolorosa transformación. Pero no, no será una transformación. Volveréis a nacer, regresaréis a la vida, recuperaréis vuestros cuerpos fae. ¡Y os enfrentaréis al horror de aquello en lo que os habéis convertido! Si os negáis a beber, ¡os reuniréis junto a mí con los demás demonios del infierno sin demora!

—¿Qué cojones ha hecho?

Fisher echó a andar hacia el Lord, pasando por encima de los cuerpos derrumbados de los vampiros altasangre. Yo iba justo detrás de él. Mi mente daba vueltas y vueltas ante la escena que se desarrollaba frente a nosotros.

—¡Tal! Tal, ¿es que has perdido el juicio? —Fisher agarró al Lord y lo zarandeó—. ¿Qué es esto?

—Esto es lo que debería haber pasado hace mucho tiempo. Jamás iban a cambiar, Fisher —dijo—. Son incapaces de ello. Son malvados de la cabeza a los pies. Y yo no pensaba ponerte esta carga sobre los hombros. Ni a ti tampoco, Saeris. —Sus ojos buscaron los míos—. He tomado esta difícil decisión para que no tengáis que hacerlo vosotros. Es mi último acto como Lord de Medianoche. Ahora he de pagar por los pecados que he cometido.

Deberíamos haber visto la copa que tenía en la mano. Deberíamos haber impedido que se tragase aquel viscoso vino tinto. Pero contemplamos, horrorizados, cómo se lo bebió todo. Fuera lo que fuera lo que contenía la copa, era una dosis mayor de la que les había suministrado a los demás vampiros altasangre. No tardó en surtir efecto. La sangre se agolpó en los ojos de Tal y le corrió por la nariz.

—Decidle a Everlayne… que lo… siento —dijo.

Cayó al suelo y empezó a sufrir convulsiones.

40



JUICIO

SAERIS

Negra. Apestosa. Nociva. Dos centímetros de sangre cubrían el suelo, que estaba resbaladizo de cojones. Yo apenas conseguía mantenerme en pie mientras corría hacia un fae sometido a trance que, agachado, le llevaba un frasco a los labios a una vampira altasangre. Los ojos de la vampira destellaron con silenciosa recriminación; intentó apartarlo con la mano, rechazando la salvación que le ofrecían, mientras se ahogaba en la sangre pútrida que había robado.

—¡Dame uno!

Extendí la mano para que el fae sometido a trance me pasase un frasco del morral de cuero que llevaba. Sin embargo, él negó con la cabeza.

—No, a él no —dijo—. Nos ha dicho que no le demos de beber.

—Me importa tres cojones lo que os haya dicho.

Le quité el morral de un tirón y me giré hacia el lugar donde Tal yacía en el suelo entre patadas y sacudidas. Sin embargo, Foley ya estaba allí, y le metía los dedos a Taladaius entre los dientes.

—Se dio la vuelta… a la tortilla —dijo Foley entre dientes—. Le dije que no quería regresar como vampiro. Ahora es él quien no va a

tener alternativa. Va a volver como fae… ¡le guste… o no!

A Taladaius no le gustaba. Forcejeó y escupió, pero, al final, Foley consiguió que bebiese el contenido de uno de los frascos, y le apretó la garganta hasta que se lo tragó del todo.

El vampiro dejó de vomitar…, pero, entonces, la sangre se vio reemplazada por una horrible espuma blanca que brotó de su boca y formó un charco burbujeante en el suelo. Yo no sabría decir qué era peor. Había otros vampiros por el suelo que también expulsaban esa espuma, aunque no tantos como yo habría pensado. ¿Uno de cada ocho, quizá? No, menos. Solo uno de cada diez había tomado la decisión de seguir con vida y enfrentarse a las consecuencias de haber pasado años en Ammontraíeth.

Foley se puso en pie, jadeando, y contempló a Tal, que se sacudía en el suelo.

—¿Te encuentras bien? —le pregunté.

—Me dijo que no bebiera vino. Pensé que me advertía porque contenía sangre. Yo la olía, pero… no iba a beber igualmente.

—Se aseguró de que ninguno de los fae sometidos a trance nos daba vino con sangre —añadí yo, al tiempo que me restregaba la frente—. Joder, ¡por eso quería renunciar a nuestro vínculo! —Cerré los ojos y negué con la cabeza—. Todo está conectado. Me refiero a la sangre. La sangre de Malcolm convirtió a todos estos vampiros altasangre. Debe de ser algún tipo de magia.

—No es magia. Es un encantamiento —dijo Fisher—. Algo que afecta al linaje de Malcolm. Tal te ha expulsado de su sangre para que no te afecte. Ya hizo lo mismo contigo hace mucho tiempo, Foley.

—¿Y qué pasa… conmigo?

Giré en redondo al oír aquella voz. Mi mente se esforzó por comprender lo que veían mis ojos: era Zovena, pero no como había sido antes, cuando la usé de taburete. Tenía color en las mejillas. Sus ojos eran azules. Desde donde yo me encontraba, a tres metros de ella, oía el latido de su corazón. Le corrían lágrimas por las mejillas y las aletas de la nariz se le abrían, mirando a Tal.

—Me llevó hasta un aparte mientras estabais bailando. Yo no me encontraba bien. Estaba mareada. Y… —Parpadeó—. Me tomó por sorpresa. Saboreé algo que me echó en la boca. Era amargo y… dulce. Y de pronto se me llenaron los ojos de estrellas. Me desperté y… y…

Me miró, como si yo pudiera darle una explicación de lo que le acababa de suceder.

No podía.

Tal no me había contado ni una palabra de lo que iba a hacer. Ni pío.

—Tiene algún tipo de ataque —dijo Foley.

—Métele algo en la boca para que lo muerda —dijo al instante Fisher—. Que no se haga daño.

Escrutaba por todas partes el Salón de las Lágrimas en busca de algo. Fuera lo que fuera, no lo encontraba. Se volvió hacia mí y dijo:

—¿Estás bien? ¿Te sientes bien?

—Sí, estoy bien.

—Estupendo. ¿Me puedes esperar aquí, por favor? ¿Puedes ayudar a Foley con Tal?

Asentí.

—Sí, puedo…

Fisher giró en redondo, agarró a Zovena del brazo y echó a correr por el salón entre los cadáveres. Todo estaba sucediendo muy rápido: cientos de vampiros yacían muertos o moribundos en el suelo. El aire estaba impregnado de un empalagoso aroma a cobre tan penetrante que me dieron ganas de vomitar. El cuerpo de Tal, tumbado de costado, se sacudía violentamente, con los ojos en blanco. Su pálida piel estaba salpicada de sangre, el hermoso traje gris paloma echado a perder.

—¿Se va a poner bien?

Una pregunta estúpida. Una absoluta idiotez. No, por supuesto que no se iba a poner bien. Tal no había querido beber del frasco. Había orquestado aquel baño de sangre y no había querido quedarse por allí a ver cómo salía la jugada. La expresión oscura de Foley

decía todo eso y más. Pero también había una lúgubre determinación en sus ojos que indicaba que no iba a permitir que el Lord de Medianoche muriese sin pelear.

—Se está calmando —dijo con los dientes apretados—. Se le está bajando.

¿Había sido así en el laberinto, cuando Malcolm me había atacado? ¿Mi sangre en el suelo y Tal emprendiendo acciones extremas para salvarme? Sí, debió de ser así, en cierta manera. Pero… Fisher había actuado en mi nombre. Había dado el consentimiento por mí. En cambio, nosotros estábamos tomando un curso de acción que iba explícitamente en contra de la voluntad del vampiro de pelo plateado.

Pero a mí me daba igual. No pensaba dejar que muriese, ni tampoco ninguno de sus amigos. Tal dejó escapar un resuello y arqueó la espalda. Abrió los ojos de repente, y Foley retrocedió tan rápido que cayó de culo y se cubrió el rostro con las manos. La seguridad con la que había hablado hasta entonces debía de haber sido fingida, porque el sonido estrangulado que emitió era de alivio.

—¿Qué… habéis hecho? —graznó Tal.

Nos recorrió a todos con una mirada desorbitada, pero tenía el cuerpo inmóvil. Aplastó una mano contra el suelo y sus dedos cubiertos de anillos se mancharon de sangre, como si la sala entera diera vueltas y temiese no aguantar mucho más.

—No puedes hacer… algo así… ¡y luego marcharte!

Yo tenía los nervios desbocados. Estaba a punto de empezar a sollozar. Parte de mí vio la matanza que me rodeaba y se alegró. La gran mayoría de los vampiros altasangre de Sanasroth había desaparecido. Habían aceptado la muerte verdadera en lugar de regresar a lo que fueron en su día. Pero nosotros teníamos un plan, maldita sea, y Tal había trazado uno propio sin decirnos nada al respecto.

—¿Por qué? —Me agaché junto a él y le aparté el pelo plateado de la cara—. ¿Por qué lo has hecho?

Taladaius cerró los ojos, como si ya tuviera respuesta para esa pregunta pero no se atreviese a decirla. Una lágrima apareció en el rabillo de su ojo, clara como el agua, y corrió por el puente de su nariz hasta caer en la sangre.

—Tenéis que dejarme marchar. No puedo quedarme aquí —susurró.

—Hipócrita.

Tal volvió a abrir los ojos, del mismo color gris nube de siempre. Miró a Foley, y la desesperación asomó a las arrugas de su rostro.

—Tú no lo comprendes…

—Lo comprendo a la perfección —escupió Foley. Una rabia veloz e implacable se había adueñado de él. Se echó hacia delante para agarrar a Tal de la mandíbula y obligarle a mirarlo—. Me dijiste una y otra vez que convertirse en vampiro no altera los cimientos de quién eres, solo los ensalza. Mira en derredor. Estos cabrones se están convirtiendo en ceniza porque son malvados hasta la purulenta médula. Han elegido la muerte antes que la vida porque no quieren perder su poder. Ningún juramento los obligaba a llevar a cabo las atrocidades que cometieron. Era su naturaleza. Tú… —Foley se detuvo y apretó con más fuerza la cabeza de Tal, que intentaba apartarse, para que volviese a mirarlo—. Tú no tienes culpa de nada. Los horrores que cometiste te fueron impuestos. Malcolm sabía que acabarías rompiéndote.

Tal cerró los ojos, con el rostro demudado. Más lágrimas le corrieron por las mejillas.

—Tienes que dejarme…

—Te acabarás perdonando —insistió Foley—. Ya verás. Y, mientras tanto, puedes usar esa sensación errónea de culpabilidad para hacer las paces con tu pasado. Ayuda a reparar todo aquello que Malcolm te usó para romper, Tal. Hay esperanza.

Taladaius echó la cabeza hacia atrás, presa de otro ataque el doble de malo que el anterior. Se sacudió, con el rostro contraído en un rictus de dolor. Aquello era peor que ver morir a mis amigos de Zilvaren. Allí había un enemigo tangible, pero ahora parecía que el

enemigo de Tal era su propio cuerpo, y que yo no podía hacer nada para vencer a ese enemigo.

—¿Por qué no se pone bien? Los demás…

Había otros vampiros altasangre que se reponían en medio de tanta muerte. Tenían la expresión atolondrada de quien se despierta después de un mal sueño. Pasaron sobre los cadáveres de sus amantes y amigos, el ceño fruncido de confusión al ver la escena ante ellos. Parecían encontrarse bien, aparte del hecho de que casi todos sollozaban. Sin embargo, Tal empezó a soltar espuma por la boca una vez más. Se encogió y se agarró el pecho como si sufriese una gran agonía.

—Vamos, tenemos que largarnos de aquí.

Fisher había vuelto con Zovena, a quien empujaba para que avanzase. Ella se tambaleó y casi perdió el equilibrio. En algún momento se había desprendido de los zapatos, y llevaba el hermoso vestido hecho jirones y manchado.

—No encuentro a Algat por ningún lado —dijo Fisher—. He buscado por todas partes. La vi en el salón poco antes de sacarte a la pista de baile, Osha. No ha tenido tiempo de marcharse antes del numerito de Tal.

—Y eso significa…

—Y eso significa que probablemente ha bebido de uno de los frascos y ya no es vampira altasangre —dijo Fisher—. Confía en mí: si ya te parecía mala siendo vampira, no querrás encontrarte con ella siendo bruja.



El anillo de Tal, el anillo de Zovena y una cadena de oro que tenía el emblema de la familia Briarstone. Tres nuevas reliquias hechas en un santiamén.

Sin intercambiarlas por chistes, ni secretos ni recuerdos.

El mercurio se había vinculado con las joyas como si fuese lo más natural del mundo. Tal estaba inconsciente cuando entramos en el estanque, así que Fisher tuvo que cargar con él. Foley sujetó a Zovena de la muñeca y la agarró con fuerza al entrar en el estanque plateado. Yo los seguí, pero lancé una mirada por encima del hombro, permitiéndome un instante para pensarme mejor todo lo que estábamos haciendo. Ahora, los residentes de Ammontraíeth eran fae. Estaban confundidos. Incluso en los Engranajes habían muerto todos los vampiros altasangre. Había fae desorientados que deambulaban por las calles, sin saber qué hacer ni adónde ir. ¿Seguía siendo yo su reina? ¿Seguía aquel lugar siendo su hogar? Yo no comprendía del todo lo que pasaba. Marcharse en ese momento no parecía buena idea, pero ¿qué más podíamos hacer?

La armería de Cahlish estaba desierta, excepto por un puñado de gallinas que salieron corriendo entre cacareos cuando surgimos del mercurio. A mí me daba vueltas la cabeza. Resultaba difícil hasta pensar, con los sollozos constantes de Zovena.

El aire nocturno me mordió el rostro mientras cruzábamos el patio hacia la casa. La mansión se alzaba, orgullosa como un centinela, resplandeciente en la oscuridad. A mí se me aceleró el pulso al ver la puerta principal. Parte de mí sentía —neciamente— que todo estaría bien en cuanto nos encontrásemos dentro. Por supuesto, no sería el caso, pero me permití creerlo. Aunque solo fuera durante las siguientes veinticuatro horas, tenía que permitirme creerlo. De lo contrario, me derrumbaría ante el peso de todo lo que estaba pasando.

Taladaius seguía con convulsiones. Despertaba durante uno o dos minutos y se esforzaba por hablar. No dejaba de intentar respirar, como si se hubiese olvidado de cómo se hacía. Aunque, claro, supuse que era justo eso: se había olvidado. Habían pasado más de mil años…

Zovena sorbía por la nariz, detrás de Fisher, y de vez en cuando se le escapaba un sollozo doliente. Aparte de eso, no decía mucho. Le temblaban las piernas, el agotamiento la tambaleaba.

Fisher abrió la puerta y me hizo un gesto para que entrase yo primero. Probablemente fue buena idea, porque, en cuanto puse un pie en Cahlish, me encontré cara a cara con mi hermano, que enarbolaba un pesado atizador de una de las chimeneas.

Los ojos de Hayden se desorbitaron al verme.

—¿Qué cojones te ha pasado? —Frunció el ceño—. ¿De qué vas vestida?

Habíamos huido de Ammontraíeth lo más rápido posible. Por supuesto, no me había importado una mierda la ropa que llevaba ni me había tomado un segundo para cambiarme antes de marchar. Sin embargo, sí que me había detenido para coger el libro de Edina.

—Es un vestido, Hayden —dije en tono cansado—. ¿Dónde está Carrion?

—Está arriba. Me ha mandado a buscarle una cosa. Oí ruidos en la puerta y pensé que alguien intentaba entrar por la fuerza. ¿Por qué estás mojada, Saeris? ¿Eso es sangre?

Mi hermano parecía cada vez más aturdido. Todos los demás fueron entrando en la casa. Primero Fisher, a quien obviamente reconoció. Luego vio a Tal, temblando en sus brazos, y a Foley, y por último a Zovena. Todos teníamos aspecto de que nos hubieran dado una somanta de palos.

—Esto no pinta nada bien. Creía que habíais ido a una fiesta. —Hayden sujetó con más fuerza el atizador, como si no estuviera seguro de si le iba a hacer falta o no.

—¿Dónde está Te Léna? —pregunté—. ¿La has visto?

—Creo que está en el comedor. Acabamos de cenar. Yo me iba ya a la cama —respondió él.

—¿A la cama? Bueno, probablemente sea buena idea. —Dioses, ni siquiera era medianoche. Las manijas del reloj de pared del pasillo indicaban que eran las once y media, pero Hayden seguramente no lo sabría. Yo había tardado un poco en acostumbrarme a los relojes yvelianos. Los relojes de sol que teníamos en Zilvaren eran mucho menos complicados que los artefactos de los fae, aunque también

eran menos precisos—. ¿Qué tal si vas arriba y… ya hablaremos de todo esto por la mañana?

¿Por qué sonaba tan extraña, tan rígida? Apenas reconocía mi propia voz.

Hayden soltó un resoplido y, por fin, bajó el atizador.

—¿Me vas a apartar otra vez? ¿Vas a volver a ocultarme la verdad? ¿Con lo bien que te ha salido hasta ahora la jugada?

Yo lo amaba. De verdad. Tenía que amarlo. Pero, por la misericordia de los dioses, qué difícil era a veces.

—Está bien, Hayden, ¿sabes qué? —Hice un aspaviento—. Como quieras. ¿Quieres saberlo todo? Pues bien. Ven y te enterarás de todo. Te prometo que no tardarás en desear haber seguido en la ignorancia.



KINGFISHER

Apenas podía mantenerme despierto. Saeris estaba sentada a la mesa, pálida como un fantasma, junto a mí. No había habido tiempo de baños, así que utilicé mis sombras para limpiarnos a todos. Tal seguía inconsciente; lo habíamos puesto a descansar en una de las habitaciones de arriba. Zovena, que no dejaba de soltar gemidos y lamentos, estaba al borde de la histeria. Ni siquiera pareció darse cuenta cuando usé mi magia para quitarle la sangre del vestido.

Una vez que todos estuvieron limpios, Archer les mostró dónde podían dormir. Te Léna pasó una hora evaluando las heridas de cada uno. Cuando acabó, los demás nos sentamos a la mesa y les explicamos a Te Léna y a Maynir lo que había pasado en Ammontraíeth. Yo iba por la mitad del relato cuando Carrion entró a toda prisa en la estancia, con una pequeña maceta azul llena de

tierra y una daga afilada entre los dientes. Se detuvo en seco al ver a todo el grupo sentado en torno a la mesa.

—Me he perdido algo —dijo, teniendo cuidado con la hoja—. Desde luego, me he perdido algo.

—Siéntate y escucha —ordené.

Hasta hacía muy poco le habría dicho al contrabandista que se marchase y cerrase la puerta al salir. Pero habían empezado a formarse ciertas ideas en el fondo de mi mente…, ideas que no podía ignorar para siempre. Algún día, pronto, íbamos a tener que pensar en el trono yveliano, y Swift no iba a dejar de comportarse como un bufón si yo seguía tratándolo como tal. No me gustaba, pero lo que había dicho en Zilvaren me había hecho reflexionar.

Carrion enarcó las cejas.

—La verdad es que pensaba sacar unos esquejes de las plantas…

—Que te sientes, Carrion.

Una sonrisa empezó a esbozarse lentamente en su cara.

—Quieres que me quede. Me has echado de menos.

—Si no te sacas ese cuchillo de la boca y te sientas, yo misma te voy a aplastar esa maceta contra la cabeza —murmuró Saeris en tono seco.

—Vaaaaale, está bien, me siento.

Le guiñó un ojo a Saeris, dejó todos los enseres y ocupó un asiento. La mesa seguía tristemente vacía; había demasiadas sillas sin ocupar. Lorreth y Danya estaban con los guerreros en el campamento temporal. Sabrían los dioses dónde estaba Renfis. Y nos faltaba otra persona. Alguien con quien yo quería tener una conversación.

Apareció justo cuando yo les explicaba a Te Léna y a Maynir que pocos de los vampiros altasangre habían decidido aceptar la posibilidad de volver a ser fae. Un denso silencio cayó sobre la habitación al entrar Iseabail. No había fingimiento alguno en ella, ni negación ni arrepentimiento.

La miré a los ojos y le mantuve la mirada.

—Iseabail, entra, siéntate con nosotros. —Te Léna seguía hablando con calidez, aunque la tensión que imperaba en la sala era fría como el hielo—. Fisher nos estaba explicando lo que ha pasado en Ammontraíeth.

—Ya sabe lo que ha pasado en Ammontraíeth, ¿verdad, Iseabail? —dije yo.

La bruja se llevó las manos a las faldas y se restregó las palmas contra la tela. Seguramente le sudaban, y así debía de ser, maldita sea.

—Sí que lo sé —dijo con voz clara—. Y estoy segura de que quieres que me disculpe por ello, Kingfisher, pero no pienso hacerlo. No lo siento ni un poco.

—Pusiste en peligro a mi compañera —gruñí.

A mi izquierda, Saeris cambió de postura. Su atención pasó de la bruja pelirroja a mí. Era más avispada que la mayoría de nosotros y no tardó en atar cabos. Sin embargo, todavía no estaba enfadada con la mujer al pie de la mesa. Puso una mano sobre la mía y dejó escapar un suspiro agotado.

—No he sufrido ningún daño. Está claro que no era lo que pretendía Iseabail.

Carrion apoyó el codo en la mesa, descansó la barbilla sobre una mano y dijo:

—¿Me puede decir alguien de qué cojones estamos hablando?

—Están enfadados conmigo por lo que ha pasado esta noche —dijo Iseabail con un tono calmado y firme.

Te Léna lo comprendió entonces. Y Maynir también. La sanadora y su esposo intercambiaron una mirada incómoda.

—No regresaste para ayudarnos, ¿verdad? —dijo Te Léna.

Nadie podría culparla por sentirse furiosa ante el engaño de la bruja, pero es que la situación era mucho peor. Te Léna estaba dolida. Pensaba que había hecho una amiga. La expresión de desafío de Iseabail se derrumbó ante la acusación de la sanadora, pero siguió con la columna bien recta y la barbilla alta.

—Lo siento, Te Léna. He disfrutado del tiempo que he pasado contigo y he aprendido mucho, de verdad. También quería ayudaros a encontrar a Ren, pero el motivo para quedarme en Cahlish era otro. Tenía que estar cerca para que el hechizo funcionase.

—Aaaaah, ya lo pillo —dijo Carrion—. Eres tú quien ha lanzado el hechizo que ha matado a los vampiros altasangre. ¡Le diste a Tal esos frascos para curar a la Corte de Sangre!

—Hice lo que tenía que hacer. ¿Sabéis cuánto he esperado para tener la oportunidad de entrar en Ammontraíeth? ¿Sabéis cuánto tiempo…?

—Pusiste en peligro a mi compañera —repetí.

Ella se mordió el labio inferior y se miró las manos. Tenía largos tajos en las muñecas, muy virulentos, que aún goteaban sangre sobre el suelo del comedor.

Yo cerré los ojos y dejé escapar una risa carente de humor.

—En cuanto esos vampiros altasangre se vieron afectados por la sangre del vino, se liberaron del control de la Corte de Sangre, ¿verdad?

—Sí —dijo ella.

—Cualquiera de ellos podría habernos atacado.

—Sí.

—Lo que derramaron los fae sujetos a trance en las copas era tu sangre, ¿verdad?

—Sí. Tal los llevó hasta el río y yo los marqué con sellos mágicos. Cuando se cortaban, era yo quien sangraba por sus venas. En realidad es un sencillo encantamiento de transferencia. Mi sangre…

—Tu sangre es una maldición para los vampiros. Los mata a no ser que tomen el antídoto que creó tu clan.

—Sí.

«Sí», respondió una y otra vez, sin vergüenza ni remordimiento. Las sombras empezaron a brotar de mí, fluyendo como humo por los reposabrazos de la silla, sobre la mesa, hacia la bruja.

—Fisher —dijo Saeris—, no me han hecho daño. No pasa nada. Podemos ocuparnos de esto…

—Le mentiste a Tal —dije.

Iseabail miró con creciente inquietud el velo de sombras que se aproximaba. El aire zumbó con su miedo, pero asintió y reconoció la verdad.

—Tuve que hacerlo. Si él hubiera sabido que los vampiros altasangre podrían haceros daño a ti o a Saeris, jamás se habría prestado a este plan. Me siento mal por mentirle. De verdad. Aceptaría cualquier castigo que Tal creyese adecuado por mis faltas de haber elegido renacer, pero…

—Tal está vivo —espeté yo—. Puede que a ti no te tiemble el pulso a la hora de dejar que mueran tus amigos, pero nosotros no somos como tú.

Ante aquello, Iseabail se quedó boquiabierta. Dio un paso hacia la mesa y sus manos formaron símbolos de protección destinados a rechazar mi humo.

—¿Está vivo?

—No puedes retener mi magia mucho tiempo, Iseabail. Esta es mi casa…

—¡Me da igual, Fisher! ¡Mátame si quieres! Sabía que esto tendría un precio, ¡y estoy dispuesta a pagarlo! ¡Nací para ello! —Hablaba con rapidez. Le temblaban las manos mientras mis sombras empujaban sus protecciones. No tardarían mucho en caer. Bastaría un empujón fuerte por mi parte y se romperían. Pensaba matarla por lo que había hecho, joder—. Un momento. ¡Espera! —exclamó—. ¿Está aquí?

—Está descansando arriba —gruñó Foley. Se había mantenido tranquilo durante todo el intercambio, pero al parecer ya no podía seguir conteniendo la lengua—. Sufre convulsiones cada cinco minutos. Puede que jamás se recupere de la mierda que tuve que meterle por la garganta.

—¡No! ¡Tenéis que llevarme con él! ¡Ahora mismo!

—Y una mierda te vamos a llevar…

—¿Por qué? —pregunté.

La bruja estaba asustada, era patente. Inspiró entrecortadamente. Las manos le temblaban con más fuerza aún. Mis sombras estaban a punto de romper sus protecciones. Me miró a los ojos y habló con urgencia:

—Los símbolos con los que marqué a los fae sujetos a trance no eran lo bastante grandes ni lo bastante fuertes. No podía arriesgarme a que los vampiros altasangre percibiesen mi magia o que viesen marcas grandes. Necesitaba un conducto mucho mayor para canalizar el encantamiento, para redirigir la energía de los fae sujetos a trance y completar el hechizo.

—¿De qué estás hablando, Iseabail?

Saeris ya se estaba poniendo en pie, siguiéndome. Una lúgubre certeza cayó sobre mí mientras la bruja hablaba. Me dirigí a toda prisa a la puerta.

Aquel puto tatuaje.

El tatuaje que yo había visto en el pecho de Tal en el Salón de las Lágrimas, bajo la camisa suelta. No era un tatuaje. Era una marca de bruja.

Mierda.

Pasé junto a la bruja y recogí mis sombras.

—¿Lo va a matar? —pregunté.

Ella bajó sus protecciones y me siguió a toda prisa.

—Si no voy de inmediato con él, nos matará a todos.

Cuando llegamos a la habitación, las cortinas ya estaban en llamas. Las sábanas también. La pintura del cuadro al óleo sobre la cama se ampollaba y derretía para caer sobre el marco bañado en oro y por la pared. Taladaius yacía en la cama, donde lo habíamos dejado. Todo su cuerpo estaba engullido por las llamas, pero su piel no ardía. Aún no. La camisa sí que había ardido, y ahora se veía la monstruosa marca de bruja que se extendía de un hombro a otro por su torso y las clavículas hasta las caderas.

—Zareth, ten piedad de nosotros —siseó Te Léna al entrar en tromba en la habitación y ver la marca—. ¿En qué demonios estabas pensando? ¡Esos nudos del encantamiento no se pueden deshacer!

Las líneas de la marca estaban entretejidas con fuerza. Cientos y cientos de hechizos entrelazados consecutivamente hasta formar un tapiz de sellos. Habría hecho falta todo un clan de brujas trabajando a destajo durante un mes para deshacerlo. Te Léna estaba en lo cierto: podíamos darnos por jodidos.

—Tengo que intentarlo —exclamó Iseabail—. Soy yo quien los ató, ¡puedo desatarlos!

—¿Por qué le has hecho algo así? —Maynir se apartó de la cama por el calor de las llamas, por la crueldad de aquel encantamiento, como si no pudiese ni mirarlo.

Las manos de Iseabail volaban. La marca se iluminó en su presencia, el encantamiento respondía a su creadora, que agarraba y tiraba de los hilos del encantamiento para desatarlos tan rápido como podía.

—Se suponía que se lo llevaría consigo —escupió con los dientes apretados—. ¡Dijo que iba a morir! ¡El hechizo iba a morir con él!

Era demasiado tarde.

Habíamos sobrevivido a la caída de la Corte de Sangre, a muchas otras situaciones imposibles, pero íbamos a caer por culpa de la marca de bruja más grande de la historia de las marcas de bruja. Tenía cojones la cosa, joder.

Foley se detuvo frente a la puerta del dormitorio. Las llamas ardían furiosas en sus ojos. Junto a él, Carrion sujetaba el cuchillo que había llevado antes entre los dientes, como si estuviese listo para usarlo, pero no había nadie a quien apuñalar.

—¿Qué cojones pasa? —Se apartó del muro de calor que brotaba de la cama en la que yacía Tal—. ¿Por qué está ardiendo Tal?

—Es la marca de su pecho. Es magia prestada. Magia oscura. Le da poder a quien se vincula a ella. Pero, sin control, roba ese mismo poder. Más pronto que tarde abrirá un portal que no se podrá cerrar. —Te Léna tuvo que gritar por encima del rugido del fuego y de los cánticos frenéticos de Iseabail.

—¿Qué tipo de portal? —preguntó Saeris. Yo la había escudado del calor con mi cuerpo, pero ella pasó junto a mí y se acercó a la

cama. Su mano derecha estaba iluminada, llameante, como una estrella furiosa—. ¿Un portal adónde?

Habló con voz calmada, pero todos la oímos.

—Al reino del que proviene toda la magia oscura —respondió Te Léna—. El reino de los demonios. ¡No pienso pronunciar su nombre!

Iseabail agarraba, tiraba, desataba, tan rápido que sus dedos eran un borrón. Pero no era lo bastante rápida. Aquella clase de marca no estaba diseñada para ser desatada. Era una sentencia de muerte, el motivo por el que Tal nos había suplicado que lo dejásemos morir. Era consciente de la destrucción que llevaba en la piel y había intentado detenerla. Había intentado impedir que sucediese aquello, pero ninguno le habíamos hecho caso.

—Los siento —murmuró Saeris—. Quieren pasar. Están… hambrientos.

Se le había deshilachado aquel complejo peinado que llevaba en el baile. Ahora su cabello flotaba espectralmente a su alrededor. Dio un paso hacia la cama.

«Ten cuidado, Osha. Ese fuego es real. Te devorará». Alargué la mano hacia ella y me arrepentí al instante. En cuanto mi mano tocó la suya, las runas que marcaban mi piel, reflejo de las suyas, explotaron con una ráfaga de luz. Un dolor incomparable me subió por el brazo y detonó dentro de mi cabeza. Caí de rodillas. No podía ni pensar, no podía respirar. Alguien chillaba algo en alguna parte. Hayden gritaba el nombre de su hermana, le pedía que volviese. Foley lo sujetaba para que no entrase en la habitación en llamas.

Yo tenía que llegar hasta Saeris. Necesitaba llegar hasta ella.

El fuego cubrió el techo y lamió el cielo nocturno que había pintado en él, desafiando la gravedad y tragándose las estrellas.

El infierno se acercaba.

El infierno ya estaba ahí.

Pero entonces, Saeris se inclinó sobre el cuerpo en llamas de Tal y le puso las manos en el pecho. Todo su brazo izquierdo estaba iluminado con un resplandor blanco azulado.

En el lapso entre dos latidos, mientras mis pulmones congestionados intentaban respirar y fracasaban, los hilos brillantes del encantamiento de Iseabail se deshicieron y todos los fuegos del infierno se apagaron.

41



PROCESARLO

SAERIS

Ni siquiera intentó encontrar a Ren.

La luz del sol moteaba la hierba, colándose a través del dosel de los árboles. Por entre las ramas revoloteaba un pajarillo, poco más que una mancha negra bajo el cielo cerúleo. En el aire denso y caliente se oía el zumbido de algún insecto alado. Fisher avanzaba descalzo por la hierba, arrancando violentamente las hojas de un palo que había encontrado en el suelo, al tiempo que soltaba una retahíla de maldiciones en fae antiguo que hasta yo comprendí que eran altamente ofensivas, aunque no tuviera ni idea de lo que decía.

Me abracé las rodillas contra el pecho y disfruté de la sensación del sol en mis brazos desnudos. Ambos estábamos tan cansados cuando nos fuimos a la cama que supuse que ninguno de los dos iba a soñar, y sin embargo, allí estábamos, en Ballard. Fisher me había explicado que aquel era uno de sus lugares favoritos cuando era un niño. El claro era pequeño, rodeado de boscaje por tres flancos y con un arroyo veloz por el otro. Peces plateados destellaban como cuchillos en el agua y nadaban contracorriente.

Yo jugueteaba con una brizna de hierba, la enrollaba en el dedo índice, e intentaba organizar mis pensamientos. A veces resultaba difícil concentrarse en sueños. Era como si me faltase información, y yo sabía que algo faltaba, pero, por más que me esforzase, era incapaz de identificar lo que se me escapaba.

El cabello de la mayoría de las personas se iluminaba un poco bajo la luz del sol, con trazos rojizos o achocolatados. El de Kingfisher no. Su pelo parecía más negro que nunca bajo la luz. Esos cabellos ondulados le pasaban por las orejas, cuyas puntas asomaban. Qué ser tan extraño era. Una criatura del invierno, él mismo lo había dicho. Piel pálida, ojos verde invernal, sombras. Parecía en su salsa cuando caían copos de nieve sobre sus hombros y el frío le sonrojaba las mejillas. Sin embargo, allí era una versión diferente de sí mismo. Pertenecía a aquel lugar del mismo modo que pertenecía a Cahlish o a las orillas del Zurcido. Ballard le sentaba bien. Al verlo descalzo y con la camisa abierta hasta el vientre, enseñando sus tatuajes…

Sus ojos ardían de rabia. Se giró y me señaló con el palo.

—Habría tardado cinco minutos. ¡Cinco minutos! —Apuñaló el aire con el palo, usándolo para subrayar sus palabras—. Pero mira cómo estamos. Ammontraíeth es un puto cementerio. Tal está medio muerto. Tengo a una bruja y a Zovena encerradas en dos dormitorios separados en la mansión. ¡Y aún no sabemos dónde está Renfis!

—Estás abriendo un nuevo sendero en la hierba —le dije.

—¡Y… y…! —Giró en redondo y arrojó el palo al río—. ¡Y tú tienes otra runa que ignoramos qué es!

La tercera runa había aparecido cuando toqué el pecho de Tal. Yo no quería entrar en aquel dormitorio en llamas. Ni mucho menos tocarle el pecho marcado. Pero algo había tirado de mí, una fuerza desenfrenada, una sensación de urgencia que no pude ignorar. Mi cuerpo no me había pertenecido del todo. Había sido una experiencia aterradora, y desde luego no quería que se repitiese, pero había servido para ayudar a Tal. Más que ayudarlo. Según los

demás, yo le había salvado y había impedido que se abriese un portal al infierno que devoraría Cahlish por completo. No podía enfadarme por ello, aunque ninguno de nosotros entendía cómo había sucedido.

Le tendí la mano a Fisher y meneé los dedos.

—¿Puedes venir aquí, por favor?

Él apretó la mandíbula y me dedicó una mirada suspicaz.

—Si voy, no puedo seguir dando vueltas —dijo.

—¿En serio? —Fingí sorpresa—. Oh, no.

—Si voy, dejaré de estar enfadado con Iseabail.

Meneé aún más los dedos.

—¿Te va a servir de algo seguir enfadado?

Me lanzó una mirada sequísima. Me habría echado a reír de no haber acabado de pasar uno de los días más de mierda de toda mi vida.

—¿Puedes por favor venir aquí a abrazarme?

Eso sirvió. Fisher dejó caer las manos a los costados y me clavó una mirada ardiente para, por fin, acercarse por la hierba. Un segundo después se sentó enfrente con las piernas cruzadas, alargó la mano hacia mí y me acomodó sobre su regazo. Me colocó las piernas para que pudiese rodearle el torso y quedar frente a él. Apoyó las manos en la parte baja de mis muslos y me acarició con los pulgares los huesos de mis caderas. Alzó la mirada hacia mí.

—Me acabas de pedir que te abrace —dijo con suavidad.

—Pues sí.

—¿Le has pedido eso a alguien alguna vez?

Negué con la cabeza y le pasé los brazos por los hombros. Hundí el rostro en el hueco de su cuello.

—No. Y si se lo cuentas a alguien, lo negaré.

Él soltó una risa profunda y grave.

—Solo uno de los dos no puede mentir, Osha. Creo que la gente sabrá a quién ha de creer.

—Maldita Roca Firinn.

La risa de Kingfisher reverberó por su pecho y se me transmitió. Qué sensación tan reconfortante. Me pasó la mano por el pelo y lo acarició por la espalda. Nunca lo decía, pero le gustaba acariciarme el pelo. Yo no sabía por qué. Nunca se me había ocurrido preguntárselo. Era una caricia tranquilizadora. Nada me calmaba igual.

—Bueno —susurró—. ¿Quieres que hablemos del hecho de que hay una cura para la maldición de sangre?

Y, con eso, mi calma saltó por los aires.

—No, la verdad es que no quiero —murmuré pegada a su pecho.

Él tuvo que echarse hacia atrás y agacharse para poder mirarme a los ojos.

—¿Por qué no? ¿Qué me estás ocultando?

—No te estoy ocultando nada. Lo estoy procesando —gemí.

Me aparté de su pecho y caí de espaldas sobre la hierba. Me pasé las manos por la nuca. Técnicamente seguía sentada en el regazo de Fisher. Más o menos. Desde luego, aún le rodeaba la cintura con las piernas.

Fisher alzó las cejas y me miró, con las facciones pintadas de diversión. Mi camisa estaba subida. Él pasó la mirada por mi bajo vientre, por la piel que ahora asomaba, y una sonrisilla apareció en las comisuras de su boca. Con un movimiento despreocupado, apoyó las manos en mi piel, justo donde me miraba. Sus palmas callosas me rasparon la piel. No pude resistirme:

—¿A qué viene esa expresión, Kingfisher?

Sus cejas se arquearon aún más.

—¿Expresión? ¿Qué expresión?

Asentí, y la hierba me acarició las orejas.

—Estás poniendo una expresión.

—Ah, no sé. —Se encogió de hombros y apartó la mirada hacia el río—. Mi compañera me refriega el culo contra la polla, se tumba delante de mí, le asoman los huesos de las caderas…

—¿Te gustan los huesos de mis caderas?

Él pasó los dedos por encima de ellos, sin mirar. Luego, rápidamente, me rodeó la cintura con las manos y me clavó los dedos en la carne.

—Adoro los huesos de tus caderas —me corrigió—. Y adoro la pinta que tienen ahora mismo tus pechos, apretados así bajo la camisa. Si he puesto una expresión, es porque acaparas horriblemente mi atención mientras intento hablar de temas muy serios.

¿Acaparar horriblemente su atención? La verdad es que me gustaba cómo sonaba eso. Meneé despacio el culo y me retorcí para que la camisa se me subiese un poco más.

—No quiero hablar de «temas muy serios». —Puse énfasis en mis palabras.

Sus ojos volvieron a posarse en mi vientre y se movieron despacio como un glaciar hacia arriba, hacia mi pecho.

—Pensaba que te emocionaría la posibilidad de ser fae —dijo.

—Sí que me emocionaría. Sí que me emociona. Pero…

Enganché los pulgares a los bolsillos y di un tirón hacia abajo para que el pantalón me descendiera por debajo de las caderas. Ahora quedaba escandalosamente bajo, casi rozando lo inapropiado.

Fisher me dedicó una sonrisa con la boca abierta, los colmillos al aire, y negó lentamente con la cabeza.

—¿Crees que no sé lo que estás haciendo?

—No estoy haciendo nada —mentí.

Él resopló.

—¿Crees… —me pasó los dedos por el costado— que es la primera vez… —se mordió el labio inferior y apretó cuando yo me estremecí— que una mujer hermosa… —su mano se deslizó hacia arriba, se me metió por la camisa y recorrió mis costillas— intenta seducirme?

Me dio un pellizco en el pezón y lo retorció salvajemente al pronunciar la palabra «seducirme».

Yo siseé entre dientes y me pegué a él ante la brillante punzada de dolor que prendió fuego a mi cuerpo y se instaló entre mis

piernas.

Los ojos de Fisher llamearon, los tatuajes de su garganta se arremolinaron tras cobrar vida sobre su piel.

—¿Estás intentando desviarme del camino de la virtud? —preguntó.

—Un poquito nada más.

—¿Un poquito nada más?

—Ajá. —Volví a arquear las caderas y mover el culo hacia abajo. Me meneé un poco y Fisher cerró los párpados.

—Vale, un poquito nada más. Dejaré que me apartes del camino de la virtud un poquito nada más si me respondes a una pregunta en condiciones.

—Ah, ¿tenías una pregunta? —lo chinché.

—Dime —gruñó él—: ¿por qué te parece que esto no es una buena noticia? Por más que no apruebe los métodos de Iseabail, ya no quedan vampiros altasangre en Ammontraíeth. Tú ya no tienes que ser vampira.

Por los dioses vivos. No iba a salirme con la mía si no le daba antes lo que quería, ¿verdad? Sin embargo, aquel tema me pareció frágil, demasiado delicado para abordarlo en ese momento. Inspiré hondo y le dije la verdad, aunque me parecía tentar a la mala suerte.

—Porque ¿y si no funciona conmigo? No soy vampira del todo, ¿verdad? ¿Y si me mata?

—No te va a matar —dijo Fisher, y me estrujó el pecho. Con la otra mano empezó a desabotonarme los pantalones.

Cerré los ojos y procesé lo que estaba a punto de hacer.

—¿Y si…?

—¿Y si qué? —susurró él.

—¿Y si no me muero? ¿Y si me convierto de nuevo en humana? Lo que sea que haya en esos viales devolvió a Tal y a los vampiros altasangre a su estado original. ¿Quién dice que no me hará volver a mi estado original también?

La expresión de Fisher permaneció firme, como si lo que yo acababa de decir no fuese aterrador en absoluto.

—Pues volverás a ser humana —dijo.

—¿Y qué pasará cuando envejezca y muera?

Él se encogió de hombros.

—Pues envejecerás y morirás.

—Y tú… tú…

No podía ni decirlo. Él haría lo que siempre había hecho. Ayudaría a la gente de Yvelia, lucharía contra enemigos como Belikon y quienquiera que supusiese una amenaza para sus seres queridos. Y yo quería que lo hiciese. No quería que lo abandonase todo solo porque yo hubiera muerto, pero…

—Me iría contigo, Osha. —Lo dijo como si yo estuviera loca por pensar que él haría cualquier otra cosa.

El corazón se me hizo un puño en el pecho. Lo decía en serio, lo vi en sus ojos. Y la idea ni siquiera lo perturbaba un poco.

—Para el estándar de este lugar, soy joven —dijo—. Y sí, hay mucho que quiero ver y experimentar aún en este reino. Pero no quiero hacerlo sin ti.

—Fisher, no es tan sencillo.

Él ladeó la cabeza.

—Ah, ¿no? —preguntó con suavidad—. A mí me parece bastante sencillo. Si yo muriese, ¿no querrías venir a pasar la eternidad conmigo?

—¡Claro que sí!

—Pues deja que mi amor sea igual que el tuyo.

Habló con una ternura que me provocó lágrimas en los ojos.

—Pero ¿y si no hay eternidad después de la muerte?

Él esbozó una sonrisa triste y hundió la cabeza un segundo. Cuando volvió a mirarme, su expresión era de afectuosa frustración.

—Pues que no la haya —respondió—. Que no haya nada. Será preferible a estar aquí sin ti.

—Basta. No hables más. —Me tapé los ojos con el dorso de las manos—. Me vas a hacer llorar.

—Ya estás llorando —susurró él—. Vamos. Ven aquí. Te necesito.

«Te necesito».

Unas palabras que jamás pensé que oiría por su parte. Fisher se había comportado como un miserable conmigo cuando me llevó a ese reino a través del mercurio. Había sido frío y agresivo, y yo le había odiado con el noventa y nueve por ciento de mi corazón.

Pero el uno por ciento… ya era suyo. Y ahora todo mi ser le pertenecía, y él se aferraba a mí como si fuese lo único que importase en todo su puto universo. El deseo aún palpitaba en el fondo de mi estómago, pero se había transmutado en algo diferente. Algo más profundo. Yo no deseaba solo su cuerpo. También deseaba su mente, su alma. Necesitaba que el tiempo se detuviese para que pudiéramos quedarnos ahí, donde nada pudiese perturbar nuestra paz, para que pudiéramos vivir y nada más.

En ese momento habría sido egoísta. Si hubiésemos podido quedarnos en Ballard, tumbados en la hierba, juntos para siempre, así lo habría hecho.

Pero todo sueño tiene su fin.



Me encogí, con el estómago revuelto, y me dirigí a la forja. El sol aún no había llegado a su cénit, pero ya causaba estragos en mi cuerpo. Yo no debería haber estado despierta. Tendría que haberme ido a dormir hacía una hora, pero acababa de despertarme. Mi reloj corporal estaba del revés. Ya no sabía ni dónde estaba.

—Eh, ¿adónde vas con tanta prisa?

Carrion se aproximaba desde el otro extremo del corredor. Tenía el pelo desordenado y cargaba con una pila de libros. Tenía la camisa increíblemente arrugada.

—Todavía no te has acostado, ¿verdad?

Seguí caminando, con lo que, por supuesto, Carrion giró en redondo y empezó a caminar conmigo en la dirección por la que

había venido.

—No, aún no —confirmó.

—¿Y no estás cansado? ¿Cómo eres capaz de funcionar con tan poco sueño?

Carrion hizo un gesto para descartar mi preocupación.

—Bueno, ya sabes, siglos de libertinaje y delincuencia en general. Pero, en serio, ¿adónde vas? Me vendría bien que me echases una mano.

La última vez que Carrion me había dicho algo así, me había convencido para allanar uno de los almacenes de comida de Madra. O al menos eso era lo que me había dicho que íbamos a asaltar. El edificio del Núcleo donde entramos resultó ser una mercería. Carrion me había utilizado como distracción para robar un rollo de tela que el propietario se había negado a venderle. Dos guardianes me habían perseguido por toda la ciudad, y tuve que pasarme nueve horas escondida en un ático donde no se podía ni respirar del calor…, pero bueno, la cuestión era que, cuando Carrion necesitaba mi ayuda, no podía pasar nada bueno.

—Sea lo que sea, la respuesta es no —le dije.

—¿Qué? ¡Venga ya! No hace falta que te pongas así, Fane.

—Voy a hablar con Iseabail de lo que pasó ayer. Necesito saber más sobre lo que hizo y sobre cómo afecta la cura a la gente…

—Suena más bien a tarea para Fisher.

Dioses, qué exasperante era.

—Es una tarea para mí, Carrion. —Me señalé a mí misma—. Soy yo quien es medio vampira. Ha sido mi corte la que se ha visto afectada.

—¡Vaya! ¿Cuándo se te han puesto plateadas las venas? —Intentó agarrarme la muñeca para verla mejor y casi dejó caer la pila de libros—. Por cierto, no hemos hablado de los trucos que sabes hacer ahora. Ese puto escudo alquiméreo que alzaste cuando luchabas con los guardias era bastante guay. ¿Qué eran todos esos iconos que tenía grabados por el borde?

—No lo sé, Carrion. Aún estoy intentando averiguarlo. Probablemente sean otros elementos de hilos de magia que quizá algún día sepa controlar.

—Por los pecadores. —Soltó un silbido—. Eso es mucho potencial de poder. ¿Crees que podrás volverte invisible en algún momento? Si yo pudiera usar magia, desde luego querría hacerme invisible.

—Me encantaría fingir que no sé por qué elegirías la invisibilidad, Carrion, pero por desgracia te conozco bien. Mira, Fisher ha ido a ver cómo están Tal y Foley. Yo tengo un montón de cosas de las que ocuparme antes de regresar a Ammontraíeth. Y no tengo ni idea de dónde está mi hermano. ¿Qué es lo que necesitas?

Carrion ajustó la pila de libros en las manos para sujetarlos mejor.

—Bueno, si estás ocupada…

Dejé de caminar y me volví de frente hacia él.

—¿Puedes escupirlo de una vez, por favor?

—Entonces, ¿me vas a ayudar?

—No, voy a enterarme de en qué andas metido para poder decidir si tengo que detenerte. Y luego decidiré si te ayudo o no.

—Qué poca confianza —murmuró—. Pero bueno, como prefieras. Necesito que vengas conmigo.

—¿Para qué?

—Para que me digas si estoy loco.

—¿Estás pensando en prenderle fuego a algo? —pregunté.

—No.

—¿Hacer que algo explote?

Carrion hizo un mohín.

—No he hecho que nada explote desde que llegamos aquí.

Me crucé de brazos. El contrabandista puso los ojos en blanco.

—Está bien: no, no voy a hacer que nada explote.

Dejé escapar un suspiro e hice un aspaviento en señal de derrota.

—Está bien. Cuenta conmigo diez minutos.

—Ándate con ojo, solecito —dijo con una sonrisa—. No sabes la de cosas que podría hacerte en diez minutos. ¡Ay, ay, espera!

¡Ayyyy! ¡Eso me ha dolido! ¡Es broma, es broma! ¡Que se me caen los libros!

No le clavé el codo por segunda vez. En su lugar, cogí los tres libros de encima de la pila con la que cargaba y le dediqué una mirada divertida.

—Te encanta coquetear con el peligro, ¿verdad?

—Ah, ya me conoces. —Me guiñó un ojo con aire sugerente—. Coqueteo con casi todo si me dejan.

Cuando llegamos a Cahlish, Carrion y yo nos habíamos despertado en la misma habitación. Una habitación enorme, sí, con cuatro grandes camas. En esa habitación había ahora una sola cama. Carrion había hecho suyo el espacio. Había estanterías con multitud de libros. Un sillón junto a una ventana. Antes ya había un armario, pero ahora había dos, aunque, a juzgar por las prendas arrugadas que pululaban por todo el cuarto, Carrion no debía de estar usándolos. Las ventanas estaban empañadas de condensación, probablemente debido al extraordinario número de plantas en macetas que había conseguido amontonar en el interior. El lugar parecía…, bueno, no sabría decir qué parecía. Jamás había visto nada semejante.

—¿Qué demonios has estado haciendo aquí, Swift? ¿Has robado todo esto?

—¿Qué? ¡No! ¿Cómo voy a robar nada si seguimos bajo el mismo techo? Lo único que he hecho ha sido reubicarlo. Hay una gran diferencia.

—Ajá.

Me giré y contemplé el cuarto. Había dibujos pegados a las paredes, numerosas botellas medio llenas de whisky en el alféizar. Robadas, no cabía duda. De la cama partían unas huellas de zarpas sucias que iban hasta uno de los armarios.

Oí un gemido lastimero antes de comprender lo que estaba viendo…, pero de pronto lo entendí todo. Crucé en tromba la habitación y abrí de golpe un armario. Dentro estaba Onyx, hecho una bola sobre una mullida alfombra verde al fondo.

—¡Carrion! ¿Lo has encerrado en el armario?

—¡No! Se mete ahí a dormir a veces. El viento debe de haber cerrado la puerta de golpe.

El viento. Podía ser. Yo sabía que Carrion mentía la mayor parte del tiempo, aunque en ese caso no parecía estar mintiendo. Onyx se estiró y soltó un bostezo con la lengua curvada. Luego, medio amodorrado, bajó de un salto de la cama que se había hecho y me miró expectante, como diciendo: «Vale, ¿y ahora qué hacemos?».

Le rasqué el cuello al zorro y le lancé la misma mirada que a Carrion.

—Querías saber mi opinión sobre algo, ¿no? —le recordé—. He venido aquí a decirte si estás loco o no, ¿te acuerdas?

—Me acuerdo —dijo en tono agudo y defensivo—. Ven, mira esto.

Se acercó a la ventana más cercana y señaló al alféizar. Con Onyx pegado a mis talones como si fuera mi sombra, me acerqué a ver de qué iba todo aquello.

—¿Por qué tienes tantos libros por aquí? —murmuré—. Puedes leer en la biblioteca.

—Allí no me dejan leer desnudo.

—No deberías leerlos desnudo. No es higiénico…

—Tranqui, es broma. Los leo aquí porque no quiero molestar a nadie. Además, es una investigación privada.

—¿Investigación de qué?

—De cosas. Ya sabes, cosas yvelianas. Cosas de la corte.

Se encogió de hombros con aire incómodo.

—¿Tipo historias de la Corte de Invierno? ¿El rol y las responsabilidades de, digamos… un rey?

Las mejillas de Carrion llamearon.

—Puede. No te lo tomes a la tremenda. Y no se lo cuentes a nadie. No es que haya cambiado de idea ni nada. Solo estoy… investigando.

—Carrion, es para tomárselo a la tremenda. Imagina qué pasaría si apareciese alguien con sangre real que le disputase el trono a Madra. La gente…, el pueblo…

Mis pensamientos me abandonaron. Me encontré contemplando la planta que había en el alféizar dentro de una pequeña maceta azul. Las hojas eran de un tono verde profundo, vívido. Tenía flores blancas, diminutas y con forma de flauta, con pétalos que se curvaban por los extremos. Más pétalos parecieron formarse y curvarse, de verde a blanco, ante mis ojos.

—¿Lo ves? Por eso no te he hablado de mi investigación. Te estás viniendo arriba. No es más que curiosidad. Ni siquiera sé cómo reclamar mi trono. Y no… —Negó violentamente con la cabeza—. No me parece correcto decir que es mi trono. Es solo que pensaba…

—Carrion —susurré.

Cuanto más hablaba, más florecía la planta junto a él. Se formaron nuevos brotes mientras él parloteaba, brotes que se convirtieron en ramas.

—… y aunque sí quisiera recuperar la Corte de Invierno, ¿cómo iba a hacerlo? ¿Tendría que desafiar a Belikon a un duelo o algo así? Porque no pienso hacerlo. Aparte de que hay como cinco millones de aspectos que considerar…

—¿Carrion?

—No soy ningún puto duelista, Saeris. Ese cabrón malvado me mataría en apenas un latido.

—¡Carrion!

Él dejó de hablar y alzó las manos al aire.

—¿Qué?

—¿Estás viendo esto? —Señalé a la planta. Era ahora del doble de tamaño que hacía un minuto, y estaba cubierta de esas diminutas flores blancas—. Esta planta… está creciendo como loca.

—Ah, sí. Eso era lo que quería enseñarte. Todas están haciendo lo mismo. Empecé a traerlas aquí ayer mismo. No eran más que pequeños esquejes o semillas que yo mismo había plantado, pero ahora…, bueno… —Hizo un gesto hacia el auténtico jardín en el que se había convertido su dormitorio. Se acercó a la cama y agarró un libro abierto de la mesita de noche. Me lo acercó y me lo enseñó—.

Mira aquí —dijo, y señaló una página con el dedo—. Estas hojas son las mismas, ¿verdad?

La ilustración del libro era idéntica a las hojas de la planta de la maceta azul. Las miré ambas con atención y asentí.

—Eso parece.

Él cerró de golpe el libro.

—Se supone que esta planta no tiene que florecer —dijo—. Libera esporas una vez cada diez años. Pero eso de ahí… son flores, ¿verdad? Y florecen cada vez que yo hablo, ¿a que sí? ¿O estoy perdiendo la chaveta?

Mientras Carrion hablaba, otro montón de pequeñas flores creció y floreció, del verde al blanco.

—No, Carrion, no estás perdiendo la chaveta. Está pasando así.

—¿Y crees que es normal?

Estaba a punto de responderle, o más bien de preguntarle qué era normal, pero, antes de abrir la boca, los cimientos de la mansión empezaron a temblar.

—En el nombre de los cinco infiernos, ¿qué…? —Ahogué una exclamación.

Carrion puso una expresión confundida idéntica a la mía. Miró por la ventana y señaló.

—Ahí, en la lejanía. Vienen de los árboles —dijo.

Sí, ahí estaban. Mi corazón empezó a golpear como un pistón al ver pequeñas figuras oscuras que emergían del bosque. No eran decenas, ni siquiera cientos. Debían de ser miles.

—Me cago en la puta de oros —susurró Swift en voz baja—. ¿Es…?

¿La horda? Eso era lo que pensaba Carrion. Lo que no se atrevía a preguntar en voz alta. Pero no. Las figuras se reunieron al borde de la arboleda y formaron filas. Entonces vi que no era un ejército de devoradores.

Eran los guerreros de Innìr.

Habían abandonado el campamento temporal y marchaban hacia Cahlish. Diez mil efectivos. Y Lorreth de los Chapiteles Rotos los

encabezaba.

42



ALBA NEGRA

SAERIS

—¡Es que lo sabía, joder! ¡Sabía que esa bruja no tramaba nada bueno! ¿Qué os había dicho?

Lorreth traía el pelo mojado. Había empezado a llover cuando los guerreros se aproximaban a la mansión. Tanto Lorreth como Danya estaban empapados hasta los huesos. Ambos dejaban charcos de agua en el suelo mientras avanzaban por el recibidor formal de Cahlish.

Todos los muebles estaban cubiertos con sábanas blancas. Flotaban en el aire motas de polvo atrapadas en los fríos rayos de luz que atravesaban las ventanas y delineaban la figura de Fisher, apoyado contra una mesa. Él soltó un gemido y se apretó el entrecejo con los dedos.

—Hermano, me parece que ahora mismo nadie quiere oír un «os lo dije» —gruñó.

Lorreth tensó las aletas de la nariz, apretó los puños a los costados, con los nudillos blancos…, pero inclinó la cabeza.

—Tienes razón. Ha sido un comentario muy gilipollas, perdón. Es que… son brujas —dijo, como si eso lo explicase todo.

—Lo sé, lo sé. —Fisher sonaba muy cansado—. Nos ocuparemos luego de Iseabail. Ahora mismo me preocupa más lo que me acabas de decir. A ver, ¿te importa resumirme todo lo que has visto?

—Quien lo ha visto ha sido Danya —repuso Lorreth—. Más vale que lo cuente ella.

La guerrera se estremeció un poco, dio un paso al frente y empezó a relatar con mayor detalle lo que Lorreth nos había dicho.

—Algunos guerreros se fijaron hace dos días. La ladera noroeste de Omnamerrin está recubierta de vetas negras. La podredumbre ha formado canales que atraviesan la nieve. Tardó un día en descender montaña abajo y llegó al campamento poco después. Intentamos quemar el terreno algo más adelante para contenerla, pero no funcionó. Cuando Lorreth apareció ayer, intentamos atravesar la puertasombra para informaros, pero ya era tarde. Se había cerrado. Decidimos partir hacia aquí para avisar a todo el mundo, pero la podredumbre se cobró la vida de otros veintitrés guerreros por el camino. Se desplaza con rapidez. Mucho más rápido que antes.

—¿Cuánto tardará en llegar a Cahlish? —preguntó Fisher.

Danya negó con la cabeza.

—¿Doce horas? Dieciséis como máximo.

—Por los putos dioses vivos —siseó Fisher entre dientes.

Lorreth dio un paso al frente y enganchó los pulgares a su cinturón. Parecía reticente a hablar, pero reunió el valor para hacerlo.

—Estamos al tanto de lo del libro, Saeris. Quizá sería un buen momento para saber si la dama Edina tenía algún sabio consejo para nosotros, habida cuenta de lo desesperada que es la situación.

El libro. Claro. Me lo había llevado por ese mismo motivo, pero la tensión de la habitación había conseguido que me olvidase de él momentáneamente. Lo saqué de entre los pliegues de mi armadura de cuero…

—Sí, Osha, échale un vistazo, por favor —dijo Fisher—. Pero que sea porque tú quieres. Tengo la sensación de que los consejos de mi madre se diseñaron específicamente para ti, y para nadie más. —Mi

compañero miró a Lorreth—. Sé que tu sugerencia es bienintencionada, pero no se la puede obligar.

El guerrero inclinó la cabeza.

—Por supuesto.

—No pasa nada. Ahora más que nunca me viene bien un consejo.

Contuve la respiración y abrí el libro. Hojeé las páginas hasta llegar a la última que había leído.

Evalúa a un sexto. Solo se puede confiar en el lobo de dientes de oro.

Pasé la página. Las palabras escritas en ella eran un borrón. Intenté centrar la vista.

Sigue leyendo después de Evenlight.

¡Maldita sea! No se me había ocurrido comprobar la siguiente página después del baile. No había pensado en cómo se comunicaría conmigo Edina ni cuándo debía recibir yo sus consejos desde el pasado. Resultó que había indicaciones directas y que ya me había perdido una entrada. Me empezaron a sudar las manos. Pasé la página.

Lo que Zareth ha obrado, tú no habrás de deshacerlo. Estás aquí por un motivo. No bebas del frasco. No dejes que beba tu nuevo Lord. El momento llegará, pero todavía no.

Dioses. Una descarga de adrenalina me recorrió de la cabeza a los pies. Había pensado justo en eso hacía horas. Ser nada más que fae resultaba atractivo, pero necesitaba mi sangre medio vampírica, al menos de momento. Y Foley también la necesitaba. No se me ocurría para qué, pero Edina había previsto el motivo por el que no debíamos tomar la cura de Iseabail. Por poco había desobedecido su

advertencia. Aquello era demasiado, pero no tenía tiempo para procesarlo todo. Una vez más, pasé la página, con un susurro del papel.

Sigue leyendo en los acantilados blancos.

Contemplé la letra de Edina y deseé desesperadamente que aquellas palabras de trazo elegante y esbelto dijesen algo más. Algo que nos fuese útil en aquel momento.

—¿Qué? —preguntó Lorreth—. ¿Qué dice?

Frustrada, cerré de golpe el libro.

—Dice que solo puedo seguir leyendo en los acantilados blancos, sea eso lo que sea. No dice nada de cómo enfrentarnos a la podredumbre.

La atención de Lorreth saltó de inmediato a Fisher.

—Pues ahí está.

—¿Ahí está qué?

—Los acantilados blancos, Osha —dijo Kingfisher—. Eso ya nos indica qué hacer. Tenemos que evacuar Cahlish y agruparnos en Inishtar. Hemos de actuar con rapidez. Tengo que abrir la puta puertasombra más grande de mi vida empezar a mover a las tropas. Hay que poner a todo el mundo a salvo.

—¿Ese es el plan? —dijo Danya con voz pétrea—. ¿Retirarse? ¿Basándonos en una única frase escrita en un libro? Sé que el don del augurio de tu madre era poderoso, pero esto es ridículo.

—¿Y qué hacemos si no, Danya? Esto no es ningún ejército al que podamos enfrentarnos y luchar. Nuestras armas no matan la podredumbre. Me cago en la puta, nuestra magia la alimenta. Tenemos que reagruparnos y averiguar…

—Necesitamos azufre. —La habitación guardó un silencio letal durante un instante. Danya hinchó el pecho y soltó el aire para luego continuar—. Lorreth me ha contado lo que pasó con Archer. Me dijo que el devorador infectado murió al instante al entrar en contacto con el azufre. Si contásemos con suficiente azufre, podríamos frenar

en seco a la podredumbre antes de que infecte al resto del puto reino…

—Estupendo. —Fisher se apartó de la mesa cubierta y cruzó en tromba la estancia. Sacó la daga de la vaina en su cintura y se la aplastó a Danya contra el pecho—. Ve, vamos. Baja a la pira y empieza a matar a nuestros amigos. O no, espera. —Retiró el cuchillo—. Mejor lo hago yo, ¿no? Yo me encargo de bajar y de dejar secas a las criaturas que juraron servir y proteger a mi fam…

—¡Te estás pasando de dramático!

Empezaron a gritarse el uno a la otra hasta que Lorreth los interrumpió.

—¡BASTA YA, LOS DOS!

Ambos guardaron silencio…, pero apenas un segundo.

—Se te ha olvidado cómo se lidera —acusó Danya—. Si ya no te consideras apto para la tarea, retírate. A veces hay que hacer sacrificios.

La risa que soltó mi compañero fue ácida y breve.

—Sé que cualquiera dispuesto a entregar la vida de su pueblo y contar su pérdida como daño colateral no sirve de líder. No pienso ser ese tipo de líder…

—Pues quizá es que no vales para el puesto —espetó Danya.

Desamparada. Así era como me sentía yo al verlos pelearse. Pero si a Danya se le ocurría volver a hablarle a Fisher así una vez más, pensaba clavarla contra la puta pared con una lanza.

Lorreth alzó las manos en gesto conciliador. Una vez más intentó ser la voz de la razón.

—Estáis en lo cierto los dos. Sí, hay que evacuar Cahlish, sin duda. Y sí, el azufre es la mejor arma que tenemos para detener la infección. Pero no hay que sacrificar a los duendes para reunir suficiente azufre como para hacerlo, ¿verdad? Hay otro modo.

Fisher ya estaba negando con la cabeza. Jamás lo había visto tan vehemente.

—No. De ninguna de las maneras.

Danya soltó una risa con una nota de histeria.

—Has perdido la puta cabeza, bardo.

—¿De qué habláis? —pregunté—. ¿Cuál es el otro modo?

—No —repitió Fisher—. Lorreth se equivoca. No hay ningún otro modo.

Hablaba con un tono que no permitía discusión.

—O sea, ¿que se acabó? ¿Quieres abandonar el lugar al que tanto te ha costado regresar sin ningún plan ni ninguna idea de cómo solucionar la situación? —preguntó Danya.

—Encontraremos la manera —dijo Fisher con voz firme, aunque Danya no pareció impresionada. Hasta Lorreth se mostraba algo inseguro.

—Vamos —dijo el guerrero—. No le hacemos ningún bien a nadie peleándonos entre nosotros aquí.

—Todos estáis locos como cabras —siseó Danya en voz baja, e hizo ademán de salir de la habitación.

Fisher la señaló con la punta de la daga antes de que se marchase.

—Danya, te juro que si tocas a uno solo de los putos duendes, te mato yo mismo.

—Fisher…

Se giró rápidamente hacia mí, con una palidez fantasmal, embrujada. Me plantó un beso en la frente y se apartó.

—Sé lo que me vas a preguntar. Quiero que lo entiendas y te lo explicaré —dijo—. Te prometo que te lo explicaré. Pero… ahora mismo, necesito un momento. Y tu hermano te necesita, Osha.

Señaló la ventana con el mentón. La lluvia caía contra el cristal, pero, aun así, atisbé una figura solitaria en medio del jardín nevado. ¿Cuánto tiempo llevaba ahí bajo el chaparrón? ¿Cómo no me había fijado antes?

—Ve con él —dijo Fisher—. Te juro que iré a buscarte pronto.



No llevaba zapatos. Tenía el pelo empapado, pegado al cráneo, los rizos lisos por culpa de la lluvia. Hayden miraba al cielo, con el ceño profundamente fruncido. Llegué hasta él, pero no me miró, aunque sabía que estaba ahí. Me cubrí la cabeza con la chaqueta, sobre todo para protegerme del diluvio, pero también para bloquear la débil luz del sol que atravesaba las nubes en las alturas.

—¿Qué sucede, Hay?

Así lo llamaba nuestra madre. Después de su muerte, yo me había negado a usar aquel diminutivo por miedo a invocar su recuerdo. Me destruía pensar en ella, y no podía mantenerlo a flote si yo también me ahogaba. Fue una debilidad por mi parte. Debería haberle permitido conservar el nombre con el que ella le llamaba. Que se quedase con esa parte de ella.

—No… no sé quién se supone que tengo que ser aquí, Saeris. Todo es… diferente —dijo.

—Lo sé, es diferente. Hay mucho a lo que acostumbrarse. Pero que sea diferente no implica que sea malo, ¿no?

Él parpadeó. Le cayó lluvia en los ojos. Parecía perplejo.

—No lo sé, de verdad que no lo sé. O sea…, esto… —Se limpió la lluvia de la cara y negó con la cabeza—. No tenía ni idea de que pudiera existir un lugar así. —Tragó saliva y me miró por fin—. ¿Quién se supone que tengo que ser aquí, Saeris?

—¿Quién eras en Zilvaren? —repliqué.

—No lo sé. Siempre pensé… pensé que tú me dirías lo que tenía que hacer. Quién tenía que ser. Siempre estabas ahí, siempre tan fuerte. Siempre con un plan.

Ay, dioses. Me dieron ganas de reírme al oír eso. Si supiera…

Con gesto triste, agarré su mano con la mía y la apreté.

—Hay, jamás tuve un plan. La decisión de quién quieres ser siempre ha sido tuya. Yo no podía tomar esa decisión. Sé que esto resulta abrumador. Y sé que probablemente sientes que te estoy dando cartas peores que las que tenías en Zilvaren. Me refiero a la podredumbre, los devoradores y todo lo demás que está pasando

aquí, y lo entiendo. Yvelia no parece un lugar muy seguro. Si lo que quieres es regresar, lo entenderé.

Hayden apretó la mandíbula. Los músculos de su garganta se tensaron mientras se lo pensaba. Pero al cabo negó con la cabeza.

—No. No importa lo que pase, tú eres la única familia que tengo. Si te quedas, yo también. Siento haber dudado de ti. Siento no haber apreciado todo lo que hiciste por mí en el Tercero. Voy a aclararme la cabeza. Voy a estar mejor. Quiero ser útil aquí, Saeris. No quiero ser una carga.

—Ya habrá tiempo para todo esto. Ahora mismo, no te preocupes por nada. Tenemos que entrar. Aquí vas a pescar un resfriado mortal, Hayden. Hace mucho frío.

Mi hermano sorbió por la nariz y se la limpió con el dorso de la mano. Asintió y se volvió hacia la casa. Con la lluvia, no me había dado cuenta, pero ahora comprobé que lloraba.

Casi habíamos llegado al calor de la casa cuando la misma extrañeza que me había atenazado en el dormitorio de Tal volvió a ceñirse sobre mi vientre. Quería entrar con Hayden, pero algo me lo impedía. Como una mano que se cerrase alrededor de mis entrañas, una fuerza abrumadora tiró de mí hacia la lluvia.

—Entra tú, ahora te sigo —le dije a Hayden.

—¿Estás bien? Pareces preocupada.

—Estoy bien, te lo prometo. Voy… voy a por una cosa a la forja. Se llega antes atravesando el patio por aquí.

Hayden no tenía ni idea de dónde estaba la forja ni conocía la disposición de Cahlish. De ser así, habría comprendido enseguida que yo estaba mintiendo. Ahora solo pudo sospechar…, así que me dedicó un asentimiento y entró.

Menos mal que se había ido.

Instantes después doblé un recodo y descubrí la fuente de aquella sensación desagradable. Probablemente, Hayden se habría desmayado de encontrarse cara a cara con Hazrax.



—Disculpa por la lluvia —dijo—. Es que no me gusta mucho el frío. La lluvia es algo más cálida que la nieve.

—¿A qué has venido?

La extraña criatura ladeó la cabeza y retrajo los labios para revelar hileras de dientes puntiagudos como alfileres. Un espectáculo desagradable donde los haya.

—Tienes muy malos modales, ¿sabes? Eres una criatura feroz. Creo recordar que la última vez que hablamos seguimos el ritual de comenzar con algo de conversación intrascendente, ¿verdad?

—No tengo tiempo para conversaciones intrascendentes. Hay quince mil guerreros al otro lado de la mansión. La podredumbre que infecta esta tierra casi nos ha alcanzado. Aquí hay gente enferma. Es necesario poner a salvo a mis amigos y tú acabas de apartarme de todos los asuntos urgentes de los que tengo que ocuparme. Así pues, discúlpame si no tengo ganas de seguir normas sociales de etiqueta.

La lluvia cayó con más fuerza sobre el lateral de la casa, tamborileando como un trueno sobre el tejado de latón bajo el que nos encontrábamos. Hazrax siseó e infló las fosas nasales.

—Más te valdría pensártelo mejor.

—¿A qué has venido?

—Admito que no esperaba el espectáculo que sucedió ayer en Ammontraíeth. Fue toda una escena —dijo en tono acusador.

—Yo no tuve nada que ver —aseguré, con voz áspera.

—Lo sé —replicó Hazrax—. Ahora estoy al tanto del trato que se hizo con la bruja. Ha sido arriesgado por parte del clan Balquhidder emplear una magia tan oscura y fétida para acabar con los vampiros. Quizá la maniobra juegue a su favor, o quizá no. El tiempo lo dirá. Pero admito que la jugada ha echado a perder mis planes. —Hazrax emitió un repiqueteo extraño, un sonido que ningún humano o fae podría imitar. Lentamente, negó con esa cabeza calva—. ¿Sabes que

eres la tercera persona por la que rompo mi silencio en más de un milenio? Pero he de decir que no tienes una conversación muy agradable.

Le clavé la mirada y me negué a morder el anzuelo. La criatura cerró los ojos de nuevo con algo que, supuse, era enojo.

—Como quieras, niña reina —dijo—. He venido a proporcionarte ayuda.

—¿Qué ayuda?

Hazrax emitió un sonido que era a medias repiqueteo y resuello. ¿Era una risa?

—Un regalo en dos partes —dijo—. La primera parte te la di anoche.

—¿De qué hablas? —Sus ojos, de una inquietante negrura sin fondo, sobrevolaron mi cuerpo y se posaron en mi mano. Joder—. ¿Te refieres a esto? —Alcé la mano y le enseñé mis runas—. ¿Esto lo has hecho tú?

—Pues sí. La mayoría de tus runas requerirán esfuerzo, pero algunas son un regalo. Y esta última la recibiste justo a tiempo, ¿no te parece?

—¿Y qué es lo que hace? ¿Qué significa? No encuentro su traducción en ninguna parte.

—Ni la encontrarás. Dejar por escrito ese tipo de significados es una blasfemia, matarreyes. Esa runa es mi nombre. No te proporciona magia, como sí hacen otras runas. La habilidad que te concede es compleja. Te permite… deshacer. O quizá… —Compuso una expresión extraña que no supe descifrar—. ¿Romper? —propuso.

Mi sangre se había convertido en agua helada.

—¿Y qué pasa si no quiero esta runa? ¿Y si no quiero tener tu nombre tatuado en la piel? ¿Qué hacemos entonces?

Hazrax se tironeó de la túnica y luego introdujo esas manos absurdamente largas en las mangas.

—¿Serás capaz de devolver un regalo? ¿Un regalo tan poderoso, además? Pronto darás las gracias por tenerlo, créeme. Ya deberías

darlas. Anoche salvó la vida de tu amigo.

¿Y qué quería este bicho, una puta tarjeta de agradecimiento?

—No quiero deberte nada —le dije.

—Te lo he dado libremente —dijo Hazrax—. No se ha contraído deuda alguna. Es una runa silenciosa y ya está sellada en tu alma. Hará las veces de vara estabilizadora para las demás runas que ya tienes, así como para las que están por venir. Te conseguirá algo de tiempo mientras te esfuerzas por sellar esa runa del azufre.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué me la has dado?

Si esa runa era todo lo que decía la criatura, desde luego era valiosa. Pero yo ya había aprendido por las malas que en Yvelia no había nada gratis. Siempre existía un precio, y este solía ser cuantioso. No tenía sentido que aquel ser, fuera lo que fuese, me diese así por las buenas acceso a una magia tan poderosa. No tenía sentido que me la regalase por las buenas.

—Considéralo una disculpa —dijo Hazrax— por lo que está por venir. Me he asomado a los ojos de vuestras profecías; sé que tu futuro no será fácil. Hay quien podría pensar que, en parte, será culpa mía.

—¿Qué es lo que has visto? Por el amor de los dioses, ¿qué más va a pasar?

La silueta de Hazrax pareció emborronarse un segundo, su contorno se disolvió en tonos grises y negros frente al fondo nublado que había detrás. En apenas un parpadeo recuperó la solidez.

—Se acabaron las preguntas —dijo—. He de darte la segunda parte de mi regalo y marcharme.

Hazrax se adelantó y me tendió la mano. En su palma cerosa resplandecía un objeto de oro. Giró la mano y dejó caer un anillo a mis pies; el anillo que lo señalaba como Lord de Medianoche, en cuyo centro brillaba un gran rubí pulido que destellaba en la luz tenue.

—Dáselo al apóstata de la sonrisa de oro —me ordenó—. Lo necesitará.

Lo primero que hice fue contemplar el anillo, y luego a aquel ser impío que se cernía sobre mí. Mi mente iba demasiado rápido como para poder formar ningún pensamiento concreto.

—La gente te llama Hazrax, pero ese no es el nombre tatuado en mi piel, ¿verdad?

—Qué lista, niña. Claro que no.

—No piensas decirme lo que eres, ¿a que no?

Hazrax esbozó aquella sonrisa de agujas.

—¿Por qué iba a hacerlo si ya estás muy cerca de descubrirlo tú sola, matarreyes? Casi lo has averiguado.

43



HUECOS NEGROS

KINGFISHER

—Lo siento. He hecho lo que he podido, pero no lo veo. He peinado todo el reino, pero no hay rastro de él. Aun así, tú sabes tan bien como yo, Kingfisher, que este reino está repleto de huecos negros. Que no pueda encontrarlo no significa que no esté. Solo significa que, de algún modo, hay un bloqueo entre su sangre y yo misma.

—¿Dices que esto es intencionado, que alguien lo ha atrapado y lo está ocultando?

Iseabail había salido de su habitación. Yo no quería dejar que saliese, pero ¿qué alternativa me quedaba? Se había negado a hablar mientras la mantuviésemos encerrada como si fuera una prisionera…, aunque justo eso era. De todos modos, yo no podría haberla mantenido allí dentro para siempre, porque la mitad de la mansión ya había cruzado la monstruosa puertasombra que había abierto en la ladera que iba hacia el bosque. La otra mitad esperaba pacientemente a que le tocase el turno de cruzarla para evacuar Cahlish. Pronto iba a tener que enviar a Iseabail por la puertasombra junto a los demás…, excepto Ren, porque, me cago en la puta, Ren seguía sin aparecer.

Nos encontrábamos en el salón. Mi padre había usado aquella sala en su día como despacho, aunque yo no lo recordaba.

—Estanques de mercurio. Colonias de duendes. Los mercados negros de Dignoeste o Tarran Ross. Hay muchos lugares que tienen salvaguardas contra magia externa, o que contienen tanta magia poderosa que ahogan cualquier otra energía. Mis augurios no son…

—Ya, ya sé que no son perfectos, joder. —Yo no dejaba de caminar en círculos delante de la ventana mientras me pasaba las manos por el cabello; los tablones del suelo crujían—. Inténtalo otra vez —exigí. Luego, por pura fuerza de la costumbre, añadí con un tono de desesperación—: Por favor.

Lorreth, que llevaba media hora en la puerta de la estancia clavándole a la bruja una mirada lúgubre, me dedicó a mí una que venía a decir que se sentía traicionado personalmente por mi culpa.

—Deberíamos meterla en las mazmorras del sótano y dejar que la podredumbre la alcanzase —dijo.

Iseabail había puesto en peligro a Saeris. También había utilizado a Tal de un modo horrible. Como consecuencia, todos habíamos estado a punto de morir. Debía de ser mi persona menos favorita en un radio de quinientos kilómetros, pero, aun así, no pensaba meterla en una celda para que la infectase la podredumbre. Era un destino peor que la muerte. Yo no era capaz de algo así.

Iseabail se contuvo ante el comentario de Lorreth, pero no le dijo nada directamente. Ni siquiera miraba al guerrero. A mí, en cambio, me dijo:

—Está bien. Volveré a intentarlo por ti, pero no esperes otro resultado distinto. Llevo tanto tiempo mirando este mapa que siento que están a punto de marchitárseme y caérseme los ojos. Si esto fuera a funcionar, ya habría dado resultado hace cinco horas.

¿Qué pensaba que iba a hacer yo? ¿Acaso creía que iba a decirle: «Vale, está bien, dejaremos de buscarlo»? Le lancé una mirada de reproche.

—Tú… prueba de nuevo, Iseabail.

Ya me había fijado cuando regresó de Nuncruces que la habían ascendido a priora. Solo a las brujas de mayor rango del clan Balquhidder se les permitía llevar el pelo trenzado y recogido como ahora lo llevaba Iseabail. Lo normal era que una bruja tuviese cientos de años de edad antes de que se la considerase siquiera para el priorato. Iseabail, en cambio, apenas había cumplido su primer siglo. Las líderes de su clan la habían recompensado prematuramente por el encantamiento que había hecho en Ammontraíeth. Tenía todo el sentido. Iseabail había erradicado ella sola a miles de vampiros altasangre en el transcurso de una sola noche…, algo que el clan Balquhidder no había conseguido en todos los años que habían pasado desde que habían encontrado la cura para la maldición de sangre que había caído sobre los fae.

Sin embargo, las brujas tenían mucho rigor en cuanto a honor y tradiciones. Eran quienes hacían las reglas, no quienes las rompían. Y no trataban con magia oscura.

—En cuanto acabemos aquí te mandaré de regreso a Nuncruces —le dije al tiempo que me apoyaba en la pared. Iseabail alzó de golpe la cabeza. Los hombros de Lorreth se tensaron, y a sus ojos asomó una absoluta incredulidad—. Te acompañaré a hacerle una visita a la suma sacerdotisa. Estoy pensando en llevarme a Tal conmigo —proseguí.

El péndulo que Iseabail usaba para hacer sus augurios osciló pronunciadamente…, no porque hubiese localizado por fin a Ren, sino porque sus manos empezaron a temblar. Lentamente, enderezó la espalda y apartó la vista de los detallados mapas de las cortes que había estado escrutando.

—¿Por qué ibas a hacer algo así? —preguntó en tono rígido—. Pensaba que tenías demasiadas cosas pendientes, con tu hermana, Ren y la evacuación.

Me pensé la respuesta un poco. Dejé que se cocinase en sus propios pensamientos hasta decidir que ya había sudado bastante.

—Bueno, las brujas nos han hecho un gran favor al erradicar a la Corte de Sangre. Tengo que darles las gracias. Sería una negligencia

por mi parte no reconocer su sacrificio.

—No hace falta. No hemos actuado en nombre de los fae, Kingfisher. Lo hemos hecho en beneficio de nuestro clan. No se ha llevado a cabo ningún sacrificio.

—Claro que sí —dije en tono ligero—. El Alto Consejo declaró ilegal la magia oscura hace milenios. Por eso Algat fue expulsada del clan Kinross, ¿verdad? Si tu clan ha autorizado un genocidio forzoso y un encantamiento que abre una puerta negra del infierno para acabar con los nobles vampiros de Sanasroth, ha hecho un grandísimo sacrificio. Ha sacrificado su ética. Su moral. Su…

—Basta.

La palabra reverberó por todo el salón.

La había pillado.

En un principio lo había sospechado, pero ahora lo sabía a ciencia cierta: las matriarcas de la casa de Iseabail no tenían ni idea de lo que había hecho. Una sonrisa letal empezó a desplegarse en mi cara, lenta como la miel.

—¿Qué les has contado? —pregunté, mirándola con ojos entrecerrados—. ¿Les has dicho que convenciste a los vampiros altasangre de que lo mejor era que volviesen a su estado natural?

Lorreth emitió un sonido gutural de reproche. Con un crujido de su armadura de cuero, se apartó y miró por la ventana al tiempo que negaba con la cabeza, como si algo así fuese siquiera posible. Las brujas habían intentado en más de una ocasión convencer a los nobles de que se pensasen su decisión. Los reyes fae también lo habían intentado. Rurik Daianthus, de Yvelia; Royan, de Gilaria; Shara, de Lìssia. Nadie había conseguido persuadir a los vampiros altasangre de volver a ser miembros de las cortes fae. Era un misterio que nadie se creyese que Iseabail sí que había podido.

Chasqueé la lengua y negué con la cabeza de un lado a otro, con falsa desaprobación.

—Ay, querida mía. Qué decepción para tus matriarcas cuando se enteren del puto baño de sangre que has orquestado, ¿no?

—No puedes decírselo.

Iseabail rodeó el viejo escritorio de mi padre y alzó las manos. Mis sombras estaban listas, pero Lorreth fue más rápido. Rara vez usaba su magia innata. En cierta ocasión me dijo que su gente había jurado no usar la magia con la que habían nacido. En el norte, el pueblo de Lorreth vivía a la intemperie, llevaba una vida miserable en la tundra. Era un pueblo extraño con creencias aún más extrañas. Consideraban su magia sagrada, algo robado accidentalmente a la naturaleza al nacer. Usar su magia implicaba ahondar en ese robo ante los dioses. Para la familia de Lorreth, usar la magia era un pecado peor que el asesinato. Ya fuese magia heredada, encantamientos menores o lo que fuera.

Aunque Lorreth no se parecía a su familia y ya no compartía sus creencias, se había criado bajo su mismo techo, y había ciertos detalles que se quedaban dentro, se creyese en ellos o no. Yo solo había visto a mi amigo emplear su poder en dos ocasiones, y ambas habían sido para salvar a otra persona. Más tarde, si le preguntara por qué lo había hecho, probablemente me diría que había pensado que Iseabail me iba a atacar. Y lo diría porque así lo creía. Sin embargo, vi la expresión de su rostro al alzar las manos y comprendí que también lo hacía porque estaba rabioso.

Iseabail salió volando por los aires. Se vio lanzada hacia atrás y se estrelló contra la polvorienta estantería tras el escritorio. Varios libros cayeron al suelo. Un jarrón con flores secas se hizo añicos. Una luz blanca rodeó las muñecas y los tobillos de Iseabail y la sujetó contra la estantería. La banda de energía que se cerró como un látigo alrededor de la garganta de la bruja se apretó con fuerza contra su piel.

—No… no iba… —jadeó Iseabail—. No iba a…

—Cierra la boca —espetó Lorreth.

Los ojos de Iseabail, suplicantes, buscaron los míos.

—¿Te vas… te vas a quedar… ahí… quieto? No eres… el héroe… ético y… elevado… que finges ser… delante de… tu compañera.

¿Héroe? Me dieron ganas de echarme a reír. Dioses, pero qué ganas. Jamás había oído nada más ridículo en mi vida.

—Yo no finjo ser nada —le dije—. Saeris me hace mejor de lo que debería ser. No te equivoques. Estoy dispuesto a cometer todo tipo de actos inenarrables para garantizar su seguridad. Estaría dispuesto a llevármela junto a mis amigos a otro reino y dejar que este ardiese si supiese que eso es lo que ella desea. He dado todo lo que tengo por proteger al pueblo de Yvelia, y aun así me escupen y piden mi cabeza a gritos por ello. Estoy a punto de perder mi hogar por culpa de esta condenada podredumbre. No me queda amor que darle a este lugar, y dentro de mí resta poca bondad. Me temo que, si lo que esperas es un héroe, tendrás que buscar en otra parte.

Iseabail parpadeó. La acusación en sus ojos lacrimosos se me clavó.

—No lo dices… de verdad. Te veo… —dijo con voz áspera—. Veo tu alma…, estás dispuesto a luchar… y sangrar… por este reino…

—¡Lorreth! —La puerta del salón estaba abierta. Allí apareció Saeris, con el pelo y la ropa empapados, boquiabierta de puro pasmo—. ¿Qué haces?

Lorreth reaccionó como si lo hubiesen quemado. Su poder desapareció con un chisporroteo y dejó a su paso un rastro de olor a ozono. Iseabail se deslizó por la estantería hasta caer de culo al suelo. Quedó hecha un guiñapo entre los libros caídos y empezó a soltar toses. Las mejillas y las orejas del guerrero se pusieron rojas. Se apartó de la bruja y clavó la vista en el marco de la ventana, incapaz de mirar a Saeris a los ojos.

—¿Qué demonios está pasando? —Saeris entró en la estancia, envuelta en olor a lluvia. Paseó la mirada entre Iseabail, Lorreth y yo mismo—. ¿Ahora nos dedicamos a torturar a las personas? —preguntó en tono quedo.

—No pasa nada —graznó Iseabail—. Lorreth no pensaba hacerme daño.

—Y una mierda que no —repuso el guerrero.

Algunas de las brujas de los clanes podían asomarse al alma de las personas. Se decía que les bastaba una mirada para tomar la medida de cualquiera. Buenos, malos, amables, fríos. Al parecer

todo era visible: el mapa de nuestras almas. Algunas brujas podían verlo tan fácilmente como se ven las frases de un libro. Iseabail jamás había mencionado que tuviese ese poder, pero, desde luego, por modo en que hablaba, daba la impresión de que así era.

Independientemente de que tuviese o no esa habilidad, no se equivocaba con Lorreth. El guerrero jamás se habría atrevido a hacerle daño. Aquella maldita bruja podía obligarlo a comportarse como un imbécil —y decir que el pueblo de Lorreth estaba enemistado desde siempre con el clan Balquhidder era quedarse muy corto—, pero él jamás le habría hecho daño, aunque en aquel momento pensase que sí.

Saeris le dedicó al guerrero una mirada torva. Cruzó la estancia y le tendió la mano a la bruja para ayudarla a ponerse en pie.

—¿Has encontrado a Ren? —La pregunta iba dirigida a los tres a la vez.

—No —respondió Iseabail—. Lo he intentado de todas las maneras que se me han ocurrido, pero no está en ningún sitio que pueda ver mi hechizo.

—Está bien. Si estás segura de que no se encuentra de camino, tendremos que reagruparnos y seguir buscándolo más tarde. Acabo de cruzarme con Danya cuando venía para acá. Dice que la podredumbre ya ha llegado.



Unas enredaderas negras se retorcían por el manto de nieve que cubría el césped. La nieve, ya debilitada por la lluvia, se derretía por donde pasaba la podredumbre. La tierra quedaba momentáneamente expuesta —hojas de hierba que seguían verdes gracias a las salvaguardas de mi padre y que veían la luz por primera vez en siglos para luego volverse quebradizas y marchitarse segundos después—. La necrosis se extendió ante mis ojos, con un avance alarmantemente eficiente, hacia la casa.

La última unidad de guerreros que quedaba se apresuró a cruzar la puertasombra. Quedaban solo doscientos guerreros a la espera de ser transportados. Los que ya se habían ido habían cargado con enormes cajones llenos de anillos familiares y demás joyas que en su día yo le había pedido a Saeris que convirtiese en reliquias. Los últimos guerreros cargaban con la plata que habíamos traído de Zilvaren. Su aliento empañaba el aire, y entre risas nerviosas veían aproximarse la marea infernal. Espadas, dagas, varas, arcos, flechas. Iban armados hasta los dientes, con magia en la punta de los dedos. Y aun así, no estaban equipados para enfrentarse a aquel enemigo.

—¡Id tan rápido como podáis! —exclamé—. ¡Cuando hayáis cruzado, esperad en el campamento! No vayáis a la aldea. Los sátiros no nos esperan. La última vez que aparecieron tantos guerreros fae a sus puertas se desató una batalla sangrienta. ¡Que no malinterpreten nuestras intenciones!

Me respondieron miradas de curiosidad e incredulidad. Las tropas formaron una única fila y cruzaron el humo y la sombra. Todos y cada uno de ellos me conocían. En su día los había liderado. Había sido su comandante. Había subido con ellos la empinada cuesta de la victoria, y la había descendido en retirada. Cada vez que les había pedido que se enfrentasen a algún horror, me había asegurado de ir yo el primero… y luego, los había abandonado. Ninguno de ellos sabía por qué. Ninguno sabía adónde me había ido. Gracias a Tal, Renfis se había enterado. Y Everlayne. Pero su pacto los obligaba a no contárselo a nadie. No les habían podido explicar a aquellos guerreros que yo no los había abandonado voluntariamente. Ahora sabían la verdad: lo sucedido en Gillethrye había corrido por Innìr y se había transmitido con rapidez tras nuestro enfrentamiento con Malcolm en el laberinto. Sin embargo, cien años era mucho tiempo, y la confianza se perdía con mucha más rapidez.

Ahora su líder era Renfis. Debería haber sido Ren quien los instase a cruzar la puertasombra para ponerse a salvo, pero él había desaparecido y yo era un sustituto en quien no se podía confiar.

La lluvia había cesado hacía un rato. Casi había caído la noche. Las nubes estaban bajas y tan densas que Saeris soportaba estar en el exterior. Llevaba una pesada capa de lana con la capucha puesta para escudarse de la última luz del día. Atravesó la cuesta nevada que nos separaba con Onyx al trote junto a ella. Yo volví a sorprenderme de lo extraño y a la vez normal que me parecía tenerla ahí, de que fuera mi compañera. Saeris no era lo que yo había esperado; era mucho más. Desde luego, había caído en mi vida como un cometa, y lo estaba cambiando todo.

También era diferente. Las últimas semanas la habían cambiado. Se aproximó con ágil confianza; el suelo crujía bajo sus botas. Siempre había tenido buen aspecto con la armadura de cuero, pero ahora parecía hecha para ella. Se me encogió el pecho con un orgullo inexplicable cuando vi sus mechones oscuros recogidos en trenzas bajo la capucha. Trenzas de guerra fae. Se había convertido en parte de ese mundo, en parte de mí. Yo no lo habría cambiado por nada.

Se detuvo a mi lado y me miró, con los ojos afilados como dagas. Me preparé para la bronca que estaba a punto de caerme encima.

—Aquí no torturamos a la gente —dijo en tono helado.

—Carrion me tortura a diario —murmuré yo.

—Si torturamos a la gente, somos como ellos —dijo ella, ignorándome.

—¿Y qué pasa si capturamos a un guerrero del enemigo que tiene información que necesitamos? —pregunté.

Me dedicó una mirada de soslayo, seca y disgustada, desde las profundidades de la capucha. Yo alcé las manos.

—Vale, vale, está bien. No torturamos a la gente.

—Creo que deberíamos enviar a Iseabail a Nuncruces. Puede que volvamos a necesitar a las brujas, y no podremos contar con ellas si retenemos a una como rehén.

Decisiva. Estratégica. Yo sabía que Saeris podía ser ambas cosas, pero me gustaba verla en acción. Estaba trazando planes, esforzándose por ir un paso por delante. Eso me llenó de júbilo.

Asentí y clavé la vista en el horizonte, que se iba oscureciendo, intentando no contemplar la infección negra que reptaba cada vez más cerca del hogar de mi familia.

—Tienes razón. En cuanto todos hayan cruzado la puerta, me aseguraré de que regrese a las tierras de su clan.

—Y por la mañana me gustaría ir a Ammontraíeth. Toda esa gente…

—… no es responsabilidad tuya —le dije en tono amable—. Por más que quieras. Ya no existe la Corte de Sangre, Saeris.

—Pero Ammontraíeth sí que existe. Y Sanasroth también. Y no tenemos ni idea de si la horda sigue donde ordené que se quedase. ¿Y si se ha liberado y ahora campa a sus anchas por el palacio? ¿Y si los devoradores se están alimentando de todos los que decidieron volver a la vida?

Apreté la mandíbula, sin querer responder. Ya se me había pasado por la cabeza, y mi reacción inicial no había sido de lo más positiva. ¿Volver a ser fae anulaba todos los terribles crímenes que habían cometido a lo largo de los siglos? Menos mal que no me tocaba a mí decidirlo, joder.

—La mayoría de esos fae no tomaron la decisión de convertirse en vampiros altasangre —dijo Saeris. Ella no tenía forma de saber lo que yo estaba pensando, ni siquiera con la conexión que compartíamos a través del vínculo. Supongo que tenía sentido que ella también se plantease la culpabilidad de esos fae—. Malcolm asesinó a la mayoría de ellos. Quizá eran buenas personas antes. Personas amables. Y, a pesar de ese ceño fruncido que has puesto, no te creo capaz de dejarlos ahí para que se los coman los devoradores. Aunque sea por la remota posibilidad de que no sean todos unos hijos de puta.

—La remota posibilidad de que no sean todos unos hijos de puta. Por los dioses.

Me eché a reír sin mucha alegría ante aquella frase, aunque mi risa se convirtió en un suspiro. Mientras Saeris hablaba, me golpeó una idea incómoda: ¿y si era gente de Gillethrye? La gente a la que

yo no pude salvar. Los que ordené que ardieran cuando los devoradores de Malcolm escalaron las murallas de la ciudad y arrasaron las calles dejando muerte y descomposición a su paso.

¿Y si hubiera podido salvarlos? Saeris quería tener la misma oportunidad, y no sería yo quien se la negase. No la iba a condenar a soportar el mismo tipo de arrepentimiento que me devoraba el alma día tras día.

—No nos llevaremos a Tal con nosotros —dije de forma abrupta—. Dudo que esté preparado. Y, de cualquier modo, después de todo lo que hemos pasado allí, creo que es mejor que no vuelva a poner un pie en Ammontraíeth.

Los ojos de Saeris se desorbitaron.

—Espera, ¿dices que estás de acuerdo, que podemos volver?

Su sorpresa me resultó tierna. La rodeé con un brazo y le planté un beso en la frente por encima de la capucha.

—Esto no debería decírtelo, ya que pareces ignorar tan tranquila el poder que tienes sobre mí, pero… estoy dispuesto a darte todo lo que quieras, Saeris Fane. Sin importar lo que me cueste.

No era una promesa, pero era la verdad, y yo pensaba honrarla. De algún modo. Conseguí sonreír, aunque la podredumbre estaba a punto de comerse Cahlish, y con ella mi última débil conexión con mi familia. Sospeché que me salió la sonrisa torcida, pero fue igualmente una sonrisa.

—Estoy a tus órdenes, reina Saeris —le susurré, pegado a su pelo.

Esta vez no puso los ojos en blanco. Antes, ella había gobernado sobre una corte de monstruos. Existía una mínima esperanza de que los restos de su corte pudiesen redimirse tras lo ocurrido en el Baile de Evenlight, y la actitud de Saeris hacia su pueblo había cambiado drástica y diametralmente como consecuencia. No porque ansiase poder o riqueza, sino porque había visto esperanza en la situación, y quería ayudar.

En Zilvaren, las probabilidades nunca jugaban a favor. Madra era un monstruo. Sus oficiales eran corruptos. La gente del distrito de

Saeris era pobre y apenas conseguía sobrevivir día a día, pero ella jamás los había abandonado. Quizá, a ojos de otras personas, aquel modo de aferrarse a la esperanza parecía una necedad. Sin embargo, para mí era uno de los muchos detalles que la convertían en extraordinaria.

El modo en que me miraba me daba ganas de portarme mejor. De ser mejor. Cada día de mi vida iba a tener que dejarme el puto culo para merecer su amor y su respeto. No me daba miedo el desafío. La sonrisa de Saeris conseguía que algo retumbase dentro de mí. Los ecos del destino y de todo el universo vibraban bajo mi esternón y prometían… algo. Yo no sabía qué, porque no era como mi madre. No tenía el don de ver el futuro. Iba a tener que vivir la vida y enterarme.

Los ojos de Saeris vagaron por encima de mi hombro y se centraron en la mansión. El momento pasó.

—Ahí vienen —dijo.

Los últimos de nosotros.

Bajaban por la ladera juntos desde la casa: Te Léna y su compañero, Maynir, que cargaba en brazos con Everlayne. Iseabail caminaba frente al grupo, con las faldas alzadas con una mano y su cabello carmesí en agudo contraste con la blancura de la nieve. Lorreth ayudaba a Tal, que tenía aspecto agotado. Carrion, Foley y Hayden cerraban la marcha, cada uno con una enorme pila de libros.

El alivio me atravesó al verlos. En una mansión llena de objetos de valor y demás riqueza, estaban salvando los libros. La información dentro de aquellos tomos no se encontraba en ninguna otra parte de Yvelia. La primera prioridad de Belikon al llegar al trono había sido buscar y destruir todo lo que pudiese amenazar su reinado. Era muy malvado, pero también era listo. Sabía que, para controlar a su pueblo, tenía que controlar la información a la que este tuviese acceso. Si se le escondía la verdad a la gente, se la mantenía en las tinieblas. Si se quemaban los libros, se podían reescribir la historia y el futuro.

Esos libros serían replicados. Se compartirían entre las masas. Si tenía que copiar yo mismo a mano cada puto ejemplar, que así fuera.

El último de los guerreros ya había cruzado. Todo lo que quedaba era nuestro pequeño grupo, al borde de algo que ninguno de nosotros comprendía ni sabía cómo arreglar.

Everlayne parecía muy diminuta en brazos de Maynir. Siempre había sido pequeña, pero también fuerte. Llena de fuego y pasión. Yo siempre me había preguntado cómo era posible que un recipiente tan pequeño contuviese tanta energía. Así parecía menguada; un eco de su verdadero yo. Tenía ojeras color púrpura bajo los ojos, y la piel demacrada y pálida. Su pelo había perdido el lustre, los mechones normalmente de un rubio vívido de su gruesa trenza habían adoptado un tono opaco y deslucido. Se le movían los ojos a izquierda y derecha, izquierda y derecha, bajo esos párpados que parecían finos como el papel, casi traslúcidos.

—Está ardiendo de fiebre —dijo Te Léna—. Tenemos que ponerla bajo techo lo antes posible. Tengo amistades de confianza en Inishtar. La llevaré allí para que esté cómoda, Fisher. Si su estado cambia, enviaré a Maynir a avisarte.

—Gracias.

Everlayne solo había tenido a Belikon como padre, pero, aun así, había resultado ser tan amable y dulce como su madre. La sangre que compartíamos nos vinculaba, aunque el rey hubiese decidido separarnos. Era mi hermana, y yo sabía que, en algún lugar de su cabeza, estaba luchando para volver con nosotros. Lo sentía.

Te Léna y Maynir desaparecieron por la puertasombra y se la llevaron. La siguiente fue Iseabail. La bruja le dio un breve abrazo a Saeris, me dedicó a mí un cabeceo rígido y se fue.

—Como estos sátiros no tengan nada más fuerte que cerveza, te echaré a ti la culpa —dijo Lorreth al pasar junto a nosotros—. Que no sepan aguantar el alcohol no debería significar que los demás no podamos beber.

—¿Te encontraré en una taberna, entonces? —le pregunté, arqueando una ceja en su dirección.

—Creo que nos va a venir bien a todos echar un trago. Gracias a esos duendes tengo un dolor de cabeza infernal.

Se refería a los duendes de fuego. Los demás miembros de la mansión habían cruzado la puertasombra, pero los duendes de fuego seguían bajo tierra. Lorreth se había adentrado en las entrañas de Cahlish, tan dentro de la pira como podía tolerar, para intentar convencer a Archer y a sus amigos de que se marcharan con nosotros. Sin embargo, los duendes se habían negado. No podían sobrevivir mucho sin el sustento que suponía el calor de la pira; como mucho, un día o dos. Y, de todos modos, creían que el azufre los protegería de la podredumbre.

Lo más seguro era que tuvieran razón, pero, aun así, no me gustaba dejar a mis amigos atrás.

Tal estaba más pálido de lo normal. Hizo un cabeceo en mi dirección.

—No quiero ser ninguna carga en el campamento —dijo con voz áspera—. En cuanto crucéis, quiero que me envíes a Punta Bayland.

Punta Bayland. No había oído ese nombre en siglos. Oírlo ahora me provocó una oleada de nostalgia que se abatió sobre mí. El hogar ancestral de Taladaius, si bien algo desastrado, había sido uno de mis lugares favoritos de juventud. Allí habíamos cometido todo tipo de travesuras; dos chiquillos fae que descubrían su magia juntos y aprendían las lecciones del reino por las malas. Taladaius quería regresar. Ahora bien, quién sabía si su madre aceptaría su regreso.

—Punta Bayland está a menos de cien leguas de Cahlish —dije—. La podredumbre no se detendrá cuando haya devorado Cahlish. Seguirá extendiéndose en todas direcciones y se plantará ante vuestra puerta en cuestión de días.

Tal hizo un débil encogimiento de hombros.

—Eso si tú no la detienes primero. —Esbozó una sonrisa divertida—. Tengo la sensación de que vosotros dos habréis

encontrado el modo de detener todo esto mañana mismo por la noche. Sois igual de testarudos a la hora de saliros con la vuestra.

Ahí no se equivocaba. En mi mente ya se estaba formando un plan. No había muchas posibilidades de éxito, y por los dioses, era peligroso, pero si funcionaba…

Saeris estaría a salvo.

El reino estaría a salvo, al menos durante un tiempo.

El lío que iba a tener que montar sería catastrófico. A veces la cura era más peligrosa que la dolencia, pero al menos nos proporcionaría algo de tiempo…

—¿Os importa si voy yo primero? Estos libros son muy pesados.

Carrion hizo una mueca medio incómoda y se apoyó en el hombro de Tal. El contrabandista llevaba tres abrigos, uno encima del otro, y las manos embutidas en mitones.

—¿Por qué vas vestido así? —preguntó Saeris.

—Porque siempre acabo sentado en un banco de nieve y tengo que esperar durante horas cuando los demás desaparecéis para hacer algo peligroso. No me gusta el frío, Saeris.

—¿Y por qué lo dices como si el tiempo fuese culpa mía? —preguntó ella.

—Es que es culpa tuya. Podrías haberte enamorado de un renegado de Gilaria, o mejor aún, de Lìssia, pero no. Tuviste que enamorarte del tío del páramo helado que es Yvelia.

—Supongo que te das cuenta de que estás hablando de tu reino —le recordé yo.

Pero Carrion ya se dirigía a la puertasombra. Un instante después, se desvaneció junto con los libros.

—El Cerdo Cachondo —dijo Lorreth.

—¿Disculpa? —Saeris alzó las cejas.

—Es el nombre de la taberna a la que vamos.

—Ah, vale.

Lorreth nos guiñó un ojo y se puso en marcha, soportando el peso de Tal bajo el brazo. Quedamos solo nosotros cuatro: Hayden, Foley, Saeris y yo mismo. El hermano de Saeris se asomó tras los

libros con los ojos entrecerrados y una mirada de preocupación hacia la puertasombra, aparentemente no muy seguro de qué pensar.

—La atravesaré contigo —dijo Saeris—. Cuando salgas por el otro extremo te sentirás como una mierda, pero eso solo pasa la primera vez. Después, viajar por las puertas ya no te afecta.

—Genial. —Sonó sin aliento.

De no haber visto con sus propios ojos la podredumbre que ennegrecía la ladera y corrompía el terreno, probablemente habría insistido en quedarse en Cahlish. Ahora, la podredumbre se acercaba a cada segundo que pasaba. Se nos acababa el tiempo.

—¿Te importa cargar con Onyx? —me preguntó Saeris—. No voy a poder cargar con él, llevar estos libros y sujetar a Hayden.

—No voy a volver a desmayarme —objetó Hayden.

—Sí que te vas a desmayar, sí —repuso Saeris.

—Probablemente te desmayarás —dijo Foley al mismo tiempo.

—Claro —dije yo—. Dame el zorro, no te preocupes por él. Vamos, voy justo detrás de vosotros. —Le di otro beso en la frente—. Venga.

Y luego, para que solo ella lo oyese:

«Te quiero, pequeña Osha».

«Yo también te quiero».

Sentí el instante en que pasó por las sombras y se alejó de mi alcance. Fue como si me hubiesen separado de la vida misma y solo quedase el frío vacío de la muerte. Me estremecí ante la sensación; algo desagradable se retorció en mis tripas, pero lo olvidé de inmediato cuando tuve que echar a correr para agarrar a Onyx, que estaba a punto de saltar él solito por la puertasombra en pos de Saeris.

—Por los dioses vivos —dijo Foley—. Ya me lo contaste en el tejado, y te creí, vaya si te creí. Pero ver de primera mano cómo se te cae la baba por una mujer… —Negó con la cabeza y sus dientes dorados destellaron bajo la luz tenue al reírse de mí—. En serio, jamás pensé que vería algo así con mis propios ojos.

Le dediqué una expresión agria y me dirigí hacia la puerta.

—Cierra el puto pico, Foley. No lo puedo evitar, ¿vale?

Él gruñó, pero me dio un codazo juguetón en el costado.

—¿Te parece bien esto que estamos haciendo? ¿Marcharnos de Cahlish? Sé lo mucho que significa para ti este lugar.

Antes de que pudiese reprimirme, me giré hacia la mansión. Había casas más grandes. Más elegantes. Más impresionantes a la vista. Pero Cahlish era el hogar de mis padres. Y, durante mucho tiempo, había sido lo único que era mío. Marcharme me pareció como abandonar a un miembro de la familia moribundo, pero es que se me habían agotado las opciones.

—Tengo que dejarla atrás —murmuré—. Si hay un modo de salvar este sitio, lo encontraré. Y si no… —Me encogí de hombros—. No tiene sentido seguir mirando al pasado. Ya habrá tiempo de construirnos hogares nuevos cuando todo haya acabado.

—Hum. Qué pragmático —dijo Foley en tono juguetón—. Entonces, ¿crees que tendremos éxito? ¿Encontraremos una solución para todo esto?

Me volví de nuevo hacia la puertasombra y me preparé.

—Lo creo. Tengo que creerlo.

—¿Por ella? —completó Foley. Le lancé otra mirada seca. Sin embargo, no lo negué—. Por los dioses. Estás pero que bien jodido.

Me dio un palmetazo en el hombro, sonriente. El sonido de su risa reverberó en mis oídos al tiempo que desaparecía a través de la puertasombra. Seguí oyéndola al entrar tras él, con Onyx bien apretado contra la placa pectoral. El viento me aullaba en los oídos, el mundo entero se volvió negro… y luego la risa se convirtió en algo distinto.

Una voz que me llamaba desde el espacio entre mundos:

—Hola, perro.

44



INISHTAR

SAERIS

Lo primero fue el humo.

Luego vino el grito.

Un grito escalofriante que pintó el aire de terror:

—¡Cortadle la puta cabeza!

Ese fue el momento, la fracción de segundo en la que cambió toda la realidad, la que marcó un antes y un después.

Yo aún sonreía tras haber chinchado a Hayden y haberle dicho que se iba a desmayar. Sentí un extraño cambio en la boca del estómago tras salir de la puertasombra… y, de pronto, estábamos en el infierno.

El cielo estaba cubierto de un humo negro que enrarecía el aire. Nos encontrábamos en lo alto de una colina que daba a una pequeña aldea. A nuestros pies se extendían edificios pequeños y bien distribuidos, con tejados de terracota, hasta acantilados luminiscentes de caliza que descendían hacia una vasta oscuridad en la lejanía. Por todo mi campo de visión corrían de un lado a otro guerreros fae, con las espadas desenvainadas, cubiertos de sangre. Les iluminaba el rostro la luz de los fuegos de campamento

desparramados y pateados por doquier entre la hierba seca y larga. El resplandor les otorgaba un aspecto demoníaco.

A los pies de la colina, uno de los edificios explotó. Una columna de luz y llamas se alzó veinte metros en el aire. El suelo se estremeció bajo mis pies. Me cubrí la cabeza con los brazos e intenté comprender qué cojones estaba sucediendo. Y entonces recuperé del todo el sentido tras el viaje.

Hayden.

¿Dónde coño estaba Hayden?

Las palmas de mis manos encontraron la empuñadura de mis espadas divinas gemelas. Su peso resultó un consuelo. Las giré en las manos y el poder me subió por los brazos. El escudo de mi mano derecha iluminó el caos como una bengala.

Ahí estaba, de rodillas en medio de la hierba, ahogándose. Los libros estaban desparramados a su alrededor.

—¡Hayden!

Tres metros. Solo estaba a tres metros. Podía llegar hasta él. Con los pulmones ardiendo, salí disparada en su dirección. Estaba bien. No tenía heridas ni sangre. Intentó mirarme cuando me agaché junto a él, pero luego se le pusieron los ojos en blanco. Lo abofeteé con todas mis fuerzas.

—¡No! ¡Aguanta, Hay! ¡Ahora no hay tiempo para desmayarse!

Recuperó un poco el control, se puso alerta y sus pupilas se centraron de nuevo.

—¿Qué cojones está pasando? —preguntó con una exclamación ahogada.

—No lo sé…

Otra columna de llamas se alzó hacia el cielo e iluminó brevemente la ladera de la colina. Oí el rugido antes de captar la presencia de la devoradora. Era una mujer. Lo había sido en su día. Iba desnuda, con pechos caídos y planos, la melena larga sucia y enmarañada. Se le veían las costillas, como si fuesen a brotarle de la piel en cualquier instante.

De sus dientes resbalaba un icor negro pintado de rojo sangre.

Ya se había alimentado.

El humo se aclaró un tanto. Vi a otro devorador, enorme, vestido con una armadura dorada. En la placa pectoral llevaba grabado un símbolo que representaba los rayos del sol. El devorador inmovilizó a un guerrero fae contra el suelo y le hundió la cabeza en la garganta. El cuerpo de la criatura tembló al alimentarse. Drenó completamente al guerrero, que palmoteó con las manos, aferrándose a la hierba, intentando hacer algo… hasta quedar inmóvil.

—¡Saeris! ¡Dioses, Saeris! ¡A la izquierda!

El grito de Hayden me sacó de mi estupor.

La devoradora se acercaba. Alcé las hojas justo a tiempo para atravesarla con ambas antes de que cayese sobre mí. De mi mano izquierda brotó una luz que recorrió la hoja de Erromar y se derramó sobre la devoradora. La criatura se iluminó por dentro; se le marcaron las costillas, negras como el carbón bajo el blanco antinatural de su piel monstruosa. La devoradora tembló, profirió un grito impío y luego estalló en llamas.

Muévete, Saeris. Muévete, joder.

Mis botas golpetearon sobre el suelo al correr a toda prisa. Mi mano se cerró alrededor del brazo de Hayden. Lo puse en pie de un tirón.

—¡A correr! —chillé.

Él giró en redondo, con los ojos desorbitados.

—¿Adónde?

La primera vez que había cruzado una puertasombra, Ren había cargado conmigo hasta una cama. Yo, en cambio, le estaba gritando a Hayden que corriese. Mierda. Ni siquiera sabía hacia qué dirección señalarle. La colina era un campo de muerte y humo. No había refugio alguno allí. Ningún lugar al que él pudiera ir. Miré en derredor en busca de Fisher, pero no… no estaba allí. ¿Dónde…?

Algo me golpeó por la espalda. Caí y rodé. Se me clavaron ramas y escombros por todo el cuerpo. Un demencial lamento llegó hasta mis oídos. Unas garras se me clavaron, intentando rasgarme la armadura de cuero y llegar hasta la piel.

Golpeé la cara del devorador con el pomo de la hoja. Se acababa de transmutar, su piel aún tenía un rubor rosado. Era un hombre de unos veinte años. Humano. La criatura dejó escapar un chillido agudo:

—¡Por favoooooor! ¡Por favor!

Y tanto que se acababa de transmutar. Aún no se había alimentado. Quería que yo fuese su primera víctima. Le pasé la pierna por el hombro y lo giré, con un gemido a causa del esfuerzo. Era pesado. Muy pesado, joder. Llevaba armadura…

Sus dientes se cerraron en el aire demasiado cerca de mí. Contemplé horrorizada que los dientes humanos se desprendían de la boca del devorador y de los huecos en las encías brotaban colmillos nuevos, afilados como cuchillas, puntiagudos como agujas. La criatura volvió a abalanzarse sobre mí, cerrando las mandíbulas como un perro rabioso. Yo uní las espadas cortas como unas tijeras y le separé la cabeza del cuerpo.

Me estabilicé enseguida y eché a correr ladera arriba, hacia donde había dejado a Hayden.

—¡A la derecha! ¡Derecha, derecha, derecha! —Oí un grito.

Reconocí la voz, pero no tuve tiempo de procesar quién era. De pronto había devoradores por todas partes. Los guerreros evacuados de Cahlish luchaban contra ellos, pero nos superaban en número. Un relámpago de abrasadora luz blanca se dividió por la colina y acertó a múltiples objetivos. Un olor a quemado y a ceniza me inundó las narices.

Bloqueé y desvié varios ataques. Aparté a todos los devoradores que venían a por mí. Cercené brazos, destripé a varios. Les arranqué la cabeza tan rápido como pude mientras intentaba a toda prisa subir por la puta ladera de la colina.

Allá donde miraba no había más que matanza y gritos.

No vi rastro de Hayden.

Apenas presté atención cuando más devoradores vinieron hacia mí. Todos cayeron bajo mis hojas.

El aliento de los ángeles chisporroteó por el aire a mi derecha. Al menos así supe que Lorreth se encontraba en algún lugar de la refriega. Pero ¿dónde cojones estaba Fisher? ¿Por qué no percibía su presencia en ninguna parte?

«¿Dónde estás? Vamos, Fisher, ¡dime dónde estás!».

Un silencio ensordecedor resonó en mis oídos.

¿Habría cruzado la puertasombra para toparse directamente con un devorador? ¿Estaría ya entre los caídos, sin sangre, muerto? No, no podía ser. Yo lo sabría. Lo sabría.

—¡Hayden!

Giré en redondo y abrí en canal a un devorador larguirucho y desgarbado. Casi resbalé con sus entrañas podridas, que cayeron al suelo como serpientes húmedas y resplandecientes del tajo en el estómago. El devorador se abalanzó hacia mí e intentó cortarme con las garras, pero yo ataqué con ambas espadas, corté al monstruo en dos y mandé su cabeza rodando ladera abajo.

—¡Saeris! —Por poco no destripé a la figura empapada en sangre que brotó corriendo de entre el humo. Vi un destello de oro en su boca y contuve la mano—. Gracias a los dioses, estás bien —jadeó Foley—. ¿Dónde está Fisher? Necesitamos dominar la situación lo antes posible.

—¡Pero si estaba contigo! ¿No cruzasteis juntos? —No me podía latir ya más rápido el corazón, así que lo detuve del todo. El trueno constante en mis oídos no ayudaba.

Foley soltó una maldición en fae antiguo, giró en redondo y contempló la lucha.

—Pensaba que estaría contigo. Venía justo detrás de mí. Acabo de cruzar y me he topado con esto. He tardado un segundo en centrar la cabeza. Fisher…

No oí lo que dijo a continuación. Un devorador pasó corriendo a su lado y casi lo derribó, en un intento apresurado de llegar hasta mí. Ni siquiera le dedicó una mirada a Foley. A fin de cuentas, Foley era vampiro; no tenía nada que el devorador ansiase. Yo, por otro

lado, era medio fae, y al parecer, el aroma de la sangre medio fae bastaba para poner frenético a un devorador.

Alcé las manos de forma instintiva y proyecté el escudo. La luz blanco-azulada llameó con fuerza. El icono del mercurio casi había tomado forma en el aire cuando el devorador se estrelló de cara contra él y lo atravesó. La criatura me impactó en el pecho y me dejó sin aliento. Yo ya no necesitaba respirar, pero el golpe me desequilibró igualmente. Caí de culo al suelo, con fuerza. Me puse en pie al instante y evité que me clavase los dientes. Lo obligué a retroceder a mandoblazos.

—¡Quieto! —La autoridad que me había sido concedida cuando me coronaron reina de la Corte de Sangre brotó de mi interior. La sentí ahí, algo tangible que yo podía enarbolar—. ¡QUIETO! —repetí, poniendo en las palabras tanta autoridad como pude…, pero el devorador ni siquiera parpadeó. Mi orden no tenía poder alguno sobre él.

Mierda.

Estaba a punto de clavarle la espada izquierda en la mandíbula, pero, de pronto, la cabeza del devorador desapareció. Una bruma roja llovió sobre mí y salpicó el frontal de mi armadura de cuero. Foley asomó por encima de los hombros sin cabeza del devorador. Blandía un tipo de arma que yo no había visto jamás: una gruesa cadena con un mango de madera en un extremo y una pesada bola de metal con brutales pinchos en el otro. De los pinchos goteaba un líquido rojo.

—Apenas te juré lealtad ayer mismo y ya te tengo que salvar la vida —dijo.

De no ser por el horror que se desgranaba a nuestro alrededor y el hecho de que ninguno de los dos sabía dónde estaba mi compañero, habría pensado que estaba bromeando. El devorador decapitado se derrumbó de lado sobre la hierba. Foley acudió a ayudarme a levantarme, pero entonces vio las espadas divinas que yo aún blandía en las manos y se lo pensó mejor. Una vez me incorporé yo sola, me restregué la cara y lo miré.

—Dime que atravesó la puerta contigo.

—Pensaba que sí, pero al volverme, no estaba ahí. La puertasombra se cerró y…

Lo supe antes de que me lo confirmase. Fisher habría respondido por nuestro vínculo cuando lo llamé, sin importar cuáles fueran las circunstancias. No había cruzado la puerta. Se me heló la sangre en las venas. Foley estaba diciendo algo, pero yo negué con la cabeza y lo rodeé, interrumpiéndolo.

—¡Hayden!

Primero, Renfis.

Ahora, Fisher había desaparecido.

No pensaba perder a mi hermano también.

—¡Hayden! ¿Dónde cojones estás?

Hayden no respondió. No me llamó.

Entonces lo vi, tumbado en el suelo, escudado por la hierba alta. Tenía el rostro pálido y los ojos cerrados.

No. No, no, no, esto no podía estar pasando. No estaba muerto. No lo había arrastrado hasta allí para que lo destrozase un puto devorador en una colina en mitad de la nada. Estaba vivo. Estaba…

Estaba vivo. Por los dioses y los mártires, oí sus latidos. Tenía el pulso débil, pero estaba ahí. Caí de rodillas y le di unas palmadas. Por suerte, mis manos no se mancharon de sangre tras tocarlo.

—Está bien —dijo Foley—. Solo está inconsciente. Se ha desmayado, ya sabíamos que sucedería. Toma esto un segundo. —Me pasó aquella arma tan inusual. Era aún más pesada de lo que parecía. Y difícil de manejar.

—¿Qué es esto?

—Un mangual. —Foley recogió a Hayden y se lo echó al hombro—. Fue lo primero que encontré tras cruzar la puertasombra. Es muy efectivo a la hora de hundirle la cabeza a un atacante. —Ahora que mi hermano estaba seguro sobre su hombro, Foley me tendió la mano para que se lo devolviese—. Quizá no es tan efectivo como una espada divina, pero mejor tenerlo. Vamos. La lucha

empieza a menguar, quedan pocos devoradores. Deberíamos buscar a los demás.

Lorreth fue el más fácil de encontrar gracias al aliento de los ángeles que brotaba de Avisiéth mientras luchaba. Carrion estaba con él, enarbolando a Simon, con el pelo cobrizo despeinado en tres direcciones distintas. Vi impresionada que contenía a un devorador, blandiendo con un nivel razonable de habilidad la espada divina que yo había forjado para él. Un nivel que no tenía cuando había llegado a Yvelia.

El devorador cayó al suelo, sin vida, con la cabeza separada del cuerpo. Carrion alzó la mirada y nos vio. Qué raro resultaba establecer contacto visual con el contrabandista más chulo de toda Zilvaren y no ver una sonrisa en su cara. El alivio destelló en sus facciones al ver quiénes éramos. Luego vino la sonrisa, sí, pero no se trasladó a sus ojos.

—Ah, mira quién ha venido —dijo, respirando entrecortadamente—. Últimamente estás muy acostumbrada a las comodidades de la realeza, ¿no? Prefieres dejarnos el trabajo sucio a nosotros.

Yo me miré a mí misma: estaba cubierta de sangre. La olía; se estaba secando sobre mi cara. Me había abierto camino a tajos por el mismísimo infierno para llegar hasta él. Y él lo sabía.

De pronto me encontré entre los brazos de Lorreth.

—Putos dioses misericordiosos, gracias, gracias os sean dadas —entonó.

Me abrazaba con tanta fuerza que yo no podía respirar. Cuando se apartó, vi en qué estado se encontraba y casi me eché a llorar. El pelo se le pegaba del sudor a las mejillas. Tenía dos enormes tajos en la armadura de cuero. Le sangraba con profusión el brazo. Resultaba raro que nadie aparte de Fisher portase un gorjal, pero ahora Lorreth también lo llevaba, y al parecer le había salvado la vida. Había profundas hendiduras en el metal que le protegía el cuello; daba la impresión de que algo había intentado desgarrarle la garganta… y, por suerte, fracasado en el intento.

—Envié a Te Léna y Maynir a Inishtar junto con Everlayne, Zovena e Iseabail —dijo—. Espero que hayan llegado.

—¿Y Tal?

Lorreth soltó todo el aliento. Avisiéth estaba clavada por la punta en el suelo a sus pies; debía de haber hundido ahí la espada divina para aplastarme en ese abrazo. Ahora agarró la espada, con reverencia, y la volvió a enfundar en la vaina que llevaba a la espalda.

—Le dije que fuera con los demás, pero se negó. Empezó a quemar la sangre de los devoradores por todas partes. La última vez que lo vi tenía una espada en la mano y rajaba a esos cabrones como un granjero corta el trigo. Luego lo perdí de vista. Se tiró encima de un puñado de devoradores por alguna parte. Desde entonces no lo he visto. Pero lo encontraremos. Vamos, tenemos que llegar a la aldea. Está empezando a arder todo.

Foley y Lorreth empezaron a trazar planes. Solo cuando se dispusieron a bajar por la ladera a toda prisa se dieron cuenta de que yo no los seguía. Mis manos se estremecieron al abrir el libro. No era uno de los que habíamos traído de la biblioteca, sino el que yo llevaba en el frontal de la armadura. Mi posesión más preciada, junto con mis espadas divinas: el libro de Edina.

—¿Qué haces, Saeris? ¡Tenemos que irnos! —exclamó Foley.

Carrion seguía a mi lado.

—¿Qué dice?

Tardé un instante en hojear la primera mitad del libro. *Vamos, vamos, vamos.* Estaba ahí. Tenía que estar. Era imposible que el libro no tuviese la información que yo necesitaba. Pasó una eternidad mientras repasaba las frases que hablaban de la alquimia y de mi poder. Se me entrecortó la respiración al llegar a la página que ya había leído junto a los otros en Cahlish.

Sigue leyendo en los acantilados blancos.

Edina me iba a decir adónde tenía que ir, dónde podía encontrarlo, y todo iría bien. La esperanza creció en mi pecho al pasar la página por primera vez, y…

Parpadeé, intentando comprender lo que estaba leyendo.

Sigue leyendo después del trato.

¿Trato? ¿Qué trato? ¿Qué cojones significaba eso? ¿Dónde estaba el mensaje? Eso no era más que otro pie para seguir avanzando hasta el siguiente mensaje, pero el que yo buscaba no estaba. Miré la página anterior de nuevo, pero lo único que ponía era «Sigue leyendo en los acantilados blancos».

Las páginas estaban pegadas. Esto tenía que ser. Apreté el papel con los dedos, intentando por mera fuerza de voluntad que hubiera dos hojas juntas, pero solo había una. Tampoco se había arrancado ninguna página. Era solo que ahí no había ningún mensaje.

—¿Saeris? —Alcé la vista y vi que Lorreth me miraba con ojos llenos de preocupación—. Hay mucho que no entendemos, pero aquí no podremos averiguar nada. Estoy seguro de que Fisher no ha cruzado la puerta por un buen motivo. Apostaría lo que fuera a que mañana por la mañana ya estará con nosotros. Mientras tanto, hay que buscar refugio. Si permito que te pase algo aquí fuera, me asesinará.

Dejé que me guiase. Me metí el libro en la armadura e intenté creerme las palabras tranquilizadoras de Lorreth, pero me resultaba imposible. En lo más profundo, lo percibía. Algo iba muy mal.



En los días despejados se veía, desde los acantilados de caliza de Inishtar, el archipiélago que defendía la corte isleña de Lìssia. A esas islas se las conocía como el Escudo; lo había leído hacía poco en un libro. Había una ilustración de una aldea construida en la cara del

acantilado por la orgullosa población de sátiros que vivía en Inishtar. Los sátiros eran arquitectos, ingenieros, matemáticos. Adoraban la música y las artes, y enseñaban a sus hijos a vencer el miedo desafiándolos a escalar los acantilados verticales de su hogar y a zambullirse en el mar de un salto.

Sin embargo, yo me encontré con un Inishtar bien distinto al acercarnos a la aldea. Inishtar estaba en llamas, cubierto de sangre. Había mujeres llorando por las calles adoquinadas, acunando a sus maridos. Los niños berreaban y deambulaban en medio de la confusión, intentando dar con sus padres. Casi todas las ventanas estaban rotas. Una densa alfombra de cristales crujía bajo nuestras botas al pasar junto a incontables hogares con las puertas colgando de los goznes. Al menos las casas seguían en pie. Habían sido construidas con granito y caliza para resistir los rigores del aire costero cargado de sal. Una puerta se podía reemplazar, y una ventana también. Pero las vidas que se habían segado…

Lorreth y Foley abrían la marcha. Sabían cómo moverse por las ruinas humeantes de una ciudad sin que los horrores que había en ella los aplastasen. Para mí, todo aquello era nuevo. Carrion caminaba a mi lado con una expresión oscura en el rostro. Hayden se había despertado y había insistido en ir andando, pero se había cerrado por completo. Estaba en algún lugar lejano, muy lejano, fingiendo que nada de todo aquello estaba pasando. Durante un breve momento me sentí celosa. Qué bonito sería retirarme a algún lugar dentro de mí misma, bloquear el mundo entero, sabiendo que alguien más tomaría las decisiones y se enfrentaría a las consecuencias.

La cercanía del océano inundó mis sentidos, el aroma a sal imperaba sobre el humo. El susurro de las olas impactaba contra las rocas al fondo de los acantilados. Yo sabía que estaba ahí fuera, enorme más allá de toda imaginación: una masa de agua tan inmensa que se tragaba el horizonte. La posibilidad de ir allí y contemplarla por mí misma me había emocionado, pero en esas circunstancias, no. Así no.

Seguimos un sendero pavimentado que llevaba hasta el borde de los acantilados, momento en el que nos apartamos y Lorreth abrió un camino entre la maleza y las rocas sueltas. Seguía un olor, eso estaba claro. Debía de ser un olor fuerte para poder captarlo por encima del aroma del humo y de la sal, que a mí no me dejaba percibir nada más.

Al cabo llegamos a una pequeña casa de dos plantas que descansaba en un saliente desde el que se dominaba todo el acantilado. El cristal de las ventanas también había sido destrozado. En la planta baja, unas gruesas cortinas dobles asomaban por las ventanas, arrastradas por el viento, y se agitaban rabiosamente bajo la brisa.

—Están dentro —dijo Lorreth con voz cansada y un gesto hacia la puerta delantera.

Carrion y Foley llevaban lo que había quedado de los libros que cogieron de Cahlish. Más de la mitad de ellos habían quedado destruidos o se habían perdido en la lucha. Yo llamé a la puerta delantera y solté un siseo al descubrir por las malas que tenía los nudillos en carne viva. Se oyó un ruido tras la puerta, algo pesado que se desplazaba por el suelo. Un instante después, la puerta se abrió y ante nosotros apareció una sátira alta y con la piel de un cálido color caoba. Sus ojos eran dorados, con manchas plateadas. Llevaba los rizos recogidos en lo que parecía ser un moño apresurado en la coronilla del que salían mechones ondulados que le enmarcaban el rostro. Vestía una camisa sin mangas de color negro que dejaba al aire los numerosos tatuajes de los brazos, así como pantalones holgados de color negro cuyas perneras se cerraban bajo las rodillas y dejaban al aire un profuso pelaje gris y negro y pezuñas hendidas de color negro.

La sátira se puso las manos en las caderas y nos miró con muy malos modos.

—Ni hablar. Podéis volveros al centro de la ciudad con las demás tropas. Aquí ya no hay sitio.

Su voz era cálida. Su tono no.

—¡No pasa nada, Orellis! Son amigos.

Te Léna apareció tras la sátira. La sanadora tenía una mancha de hollín en la mejilla izquierda y una herida en el labio inferior, aunque la sangre ya se había coagulado y secado. Estaba viva. Yo aparté a la sátira y rodeé a Te Léna con los brazos; un abrazo igual de fuerte que el que me había dado a mí Lorreth. Ella me devolvió el abrazo. Oí los latidos de su corazón. Le temblaba todo el cuerpo.

—Estábamos muy preocupados por ti —susurró—. Por todos vosotros.

—Yo también. ¿Y los otros?

Te Léna se retiró, sorbiendo por la nariz, sobrepasada por sus emociones. Hizo un gesto hacia su espalda. Iseabail estaba allí, con la espalda pegada a la chimenea de granito que dominaba la acogedora cocina. La bruja me dedicó una breve sonrisa, pero la leve curva de su boca desapareció al ver a Lorreth. Maynir estaba sentado frente a la mesa en el centro de la cocina, con los codos apoyados en ella y los dedos entrelazados bajo la barbilla, como si no pudiese soportar el peso de la cabeza de otro modo.

—Layne está arriba —dijo Te Léna—. Sigue inconsciente.

Yo paseé la vista por la habitación en busca de la única persona a la que no había visto aún.

—¿Y Zovena?

Maynir negó con la cabeza.

—Se perdió entre la multitud en cuanto comprendió que dejábamos atrás el campo de batalla. No hubo forma de razonar con ella, y yo no pensaba dejar a mi compañera por perseguirla.

Así pues, Zovena había desaparecido. Y Tal también se había perdido en la refriega. Parte de mí había albergado la esperanza de que estuviese ahí, con los otros. Pero otra parte sabía que no sería así. Quizá más tarde hubiese oportunidad de comprender esos sentimientos. De momento debía centrarme en lo que tenía delante.

—Fisher no ha cruzado la puertasombra.

Maynir se enderezó, muy tieso. Te Léna se llevó una mano a la garganta, con gesto nervioso.

—¿Cómo que no ha cruzado?

—Sé que mi casa no está ahora mismo bien protegida contra los elementos, pero preferiría que no os quedaseis delante de mi puerta, si no os importa —dijo Orellis, la sátira. Más que enfadada, parecía resignada ante el hecho de que tenía más huéspedes de los que deseaba. Se echó a un lado y nos hizo un gesto para que entrásemos.



¡Pum! ¡Pum! ¡Pum!

Foley clavó los tableros de madera que había arrastrado la marea y que tanto él como Carrion habían recogido de fuera. Con ellos bloqueamos las ventanas. La noche pesaba sobre Inishtar, una pesadumbre que nos aplastaba a todos. Una taza de té terroso descansaba delante de mí en la mesa; hacía tiempo que se había enfriado. La fauna de Orellis, Lanny, que apenas tenía dos años, se retorcía en mi regazo. Sus diminutas pezuñas me magullaban los muslos. Me tironeaba de las trenzas y se lamía los rollizos puños.

—La explosión destruyó la forja. Nuestro herrero, Jaymes, murió. Pero también hay una vieja forja a las afueras de la ciudad. No es gran cosa, pero quizá podáis utilizarla —dijo Orellis.

—Seguro que sí —le dije—, pero sin contar con una gran cantidad de mercurio, tampoco puedo hacer las reliquias. Se suponía que iba a hacerlas en Cahlish. Así podría haber usado parte del estanque para imbuir los anillos, pero ahora…

Ahora estábamos muy lejos de Cahlish, y la única persona que podría haberme transportado allí había desaparecido. Como si lo hubiese dicho en voz alta, todos los ojos se centraron en Iseabail. Estaba inclinada sobre el mapa desplegado al otro lado de la mesa y fruncía profundamente el ceño mientras miraba el péndulo, que se mantenía obstinadamente quieto en su mano.

—Lo siento. De verdad que lo siento. No hay rastro de Ren ni de Fisher. Pero no es que estén muy lejos. De ser así, aún captaría algo, pero no veo nada.

Lorreth, junto al fuego, se restregó la cara con las manos.

—Tenemos que encontrarlos. Y tenemos que hacer esas reliquias. Ahora las necesitamos más que nunca. La infección se extiende como un fuego forestal. Algo me dice que el ataque de anoche no ha sido más que el primero de muchos. Si más infectados atacan las aldeas que hay entre nosotros y las colinas gilarianas, las arrasarán todas. Con reliquias podríamos evacuar los asentamientos pequeños, al menos.

El guerrero había estado afilando a Avisiéth durante más de una hora, hasta que Orellis le había pedido que parase ya con ese chirrido metálico. No quería que despertase al bebé. Lanny se despertó poco después igualmente, pero Lorreth prefirió no seguir afilándola. Miró a Iseabail, con la mandíbula apretada.

—¿Seguro que no estás fallando a propósito? —preguntó en tono medido y seco.

Con cuidado, la bruja dejó el péndulo sobre el mapa y miró al guerrero.

—¿Cuántas leguas hay entre Inishtar y Nuncruces, Lorreth de los Chapiteles Rotos?

Lorreth se encogió de hombros.

—No lo sé. ¿Dos mil, quizá tres mil?

—¿Y cuánto se tarda en cubrir esa distancia?

—Una o dos semanas a caballo con una montura recia.

Las palabras de Iseabail podrían haber cubierto el aire de escarcha de no haber habido tantos cuerpos cálidos en la cocina.

—Yo no tengo caballo, Lorreth —espetó—. Tampoco cuento con dos semanas para volver a Nuncruces. Tengo que volver ya con mi aquelarre, y Kingfisher es la única persona, que yo sepa, que puede ayudarme a conseguirlo. Para mí es perentorio encontrarlo tan rápido como sea posible, y…

—Perentorio, ¿eh? —El guerrero le clavó la mirada.

La bruja se ruborizó. Luego se giró y le clavó a Carrion una resplandeciente mirada llena de rabia. Señaló a Lorreth.

—¿Algunos de esos libros que trajisteis aquí desde Cahlish eran diccionarios? Este hombre no comprende el significado de las palabras más sencillas.

—Eh, a mí no me metas en esto. Yo tampoco sé qué significa «perentorio».

—Yo sí sé lo que significa —espetó Lorreth—. Lo que pasa es que no te creo. Ahí está la diferencia.

—¡Basta!

Joder, vaya dos. Iseabail había tardado un poco en responder a las pullas del guerrero, pero por fin se le había acabado la correa. Yo no podía culparla por ello. Tenían que parar los dos de una puta vez, punto.

—Guarda los mapas, Iseabail. Si tus augurios no funcionan, pues no funcionan. Encontraremos otra manera de dar con Fisher. —Yo tenía que creer en ello, no quedaba opción—. Él querría que ayudásemos a los heridos y pusiésemos a salvo a todo Inishtar antes de embarcarnos en una misión para encontrarlo. Tenemos que arrimar el hombro aquí en la medida de lo posible. Y mientras lo hacemos, todos podemos pensar en modos de localizarlo. Mientras tanto, deberíamos discutir qué está pasando, en qué nos hemos metido.

—La horda debe de campar suelta —dijo Te Léna.

Foley, Lorreth y yo negamos con la cabeza desde distintos rincones de la cocina.

—Estos devoradores eran humanos antes de transmutarse —dijo Lorreth.

Foley se crujió el pulgar y contempló el fuego.

—No obedecían las órdenes de Saeris.

—Eran zilvarenos —añadí yo.

Orellis paseó la vista por la estancia, con confusión patente.

—Un ejército de devoradores ha atacado mi hogar. Han matado a montones de mis congéneres. No importa de dónde hayan venido.

—Sí que importa. —Le sonreí a Lanny. La pequeña fauno tenía los ojos grandes; el fuego iluminaba sus suaves ricitos. Me contemplaba con intensidad e intentaba agarrarme el labio inferior—. Importa mucho, de hecho. ¿En Inishtar hay estanque de mercurio?

—¡Pfff! —Orellis puso los ojos en blanco—. Por supuesto que no. No somos más que un pueblito perdido junto al mar. ¿Para qué íbamos a tener un portal a otros reinos?

Un portal a otros reinos. Yo no había pensado en el estanque así, pero era una definición adecuada, sí. La respuesta de Orellis no me sorprendió. Yo había desarrollado hipersensibilidad al mercurio. Lo sentía a kilómetros de distancia, y ya había expandido mi consciencia y activado la runa del mercurio en el dorso de mi mano para ver si había alguna cantidad cerca. No había oído ni el más leve suspiro como respuesta, pero, aun así, tenía que preguntar.

—Entonces, ¿dónde se encuentra el estanque más cercano? —planteé la pregunta para toda la estancia al completo.

Fue Lorreth quien respondió:

—Lìssia tiene estanque. Gilaria también. Las dos deben de quedar a la misma distancia de Inishtar, pero las Montañas Bajas están a mitad de camino hacia los gilarien. Por otro lado, el Escudo y todo un océano se interponen entre este lugar y los fae de agua.

—Tardaremos demasiado en viajar a cualquiera de esos lugares sin puertasombra —dijo Iseabail.

—No quiero usar sus estanques para viajar. Al menos aún no —expliqué—. Lo que quiero es averiguar cómo han llegado hasta aquí esos devoradores. La mayoría de ellos estaban recién muertos. Algunos ni siquiera se habían alimentado aún. Podemos descartar el estanque lìssiano. La mayoría de los devoradores en el Zurcido tenían miedo de los caudales de agua. Es imposible que los devoradores que han atacado hoy hayan cruzado todo el canal hasta tierra firme. Podrían haber venido desde Gilaria, pero habrían tardado días en atravesar las montañas. Deberían haber estado en peor forma al llegar a Inishtar.

—Lo cual significa que Madra ha encontrado otro modo de viajar entre Zilvaren y este reino —dijo Carrion.

Todos los presentes en la cocina se volvieron hacia él. Carrion nos dedicó una ceja arqueada como respuesta.

—¿Qué pasa? ¿A mí no se me permite teorizar? Tiene sentido, ¿no? Los devoradores infectados que atacaron Innìr también eran zilvarenos, y no cruzaron por el estanque de Cahlish ni de Ammontraíeth. De algún modo tuvieron que llegar a la orilla del río. Y Madra lleva siglos controlando toda la magia de Zilvaren. ¿Quién dice que no ha acumulado suficiente poder como para encontrar la manera de viajar de allí hasta aquí?

Tenía sentido, desde luego. De hecho, era la única explicación de lo que había sucedido.

—Pero ¿es posible? —le pregunté a Foley.

Él se había pasado los últimos mil años leyendo libros e investigando en la biblioteca de Ammontraíeth. Si alguno de nosotros podía saber la respuesta a esa pregunta, era él. El vampiro se removió en el sitio, incómodo, y alzó los ojos al techo manchado de hollín.

—Jamás he encontrado textos que hablen de viajes entre reinos sin usar mercurio. Sí que he leído que algunos individuos pueden absorber los poderes de otros para impulsar su propia magia, pero… el tipo de magia que haría falta para abrir un portal entre reinos…, bueno, eso requeriría una cantidad extraordinaria de poder.

—¿El tipo de poder que cualquiera tardaría mil años en robar? —pregunté—. ¿El tipo de poder que haría falta para alimentar a toda una ciudad?

Carrion me miró, con los ojos desorbitados: los dos lo estábamos comprendiendo a la vez. Foley, sin embargo, aún no había llegado a la misma conclusión.

—Supongo que sí. Ese tipo de poder bastaría. Sí. Pero ¿adónde quieres llegar, Saeris?

—Lo dijiste tú mismo, ¿no? En la biblioteca, la segunda vez que nos vimos. Dijiste… —Intenté recordar sus palabras exactas.

Entonces volvieron a mí, reverberaron en mis oídos como el tañido de una campana—: «No se puede erradicar la magia de una ciudad. Una vez que la magia arraiga en una comunidad, jamás se marcha. Encuentra un modo de sobrevivir, de una manera o de otra. Lo que pasa es que no te has molestado en mirar bien». —Entonces recordé algo más y se me aceleró el corazón—. ¡Y lo que dijiste de los símbolos en ese libro! «La magia más poderosa es circular, como una rueda. Es el símbolo de la eternidad, el inicio y el final de todo. Lleva la magia en un bucle, la amplifica, le da fuerza».

Foley asintió, aunque pareció algo confundido.

—Sí, me acuerdo.

—Zilvaren —dije, sin aliento—, la ciudad entera, está construida con forma de rueda. Las murallas forman los distritos, pero no son radios. Toda la estructura… —me daba vueltas la cabeza— es un símbolo arcano. Durante todo este tiempo, Madra ha estado usando la ciudad en sí para extraer la magia de sus habitantes. Zilvaren es el encantamiento más poderoso jamás creado.

La revelación cayó sobre nosotros como una losa. Puede que a la gente de Yvelia no le importase que mi hogar estuviese gobernado por una déspota maniática, porque, a fin de cuentas, ellos tenían sus propios problemas. Sin embargo, saber que Madra podía estar en posesión de semejante poder dejó a todo el mundo sin palabras y aturdido. Si aquello era verdad, nadie estaba a salvo. Madra podría abrir un portal y enviar devoradores allá donde quisiera siempre que se le antojase. Y eso la volvía más peligrosa que Belikon para la gente de ese reino.

—Si quisiéramos crear una salvaguarda contra su magia, ¿sería posible? —preguntó Te Léna al fin.

Iseabail pareció sobresaltarse cuando todas las miradas convergieron en ella.

—No. Ese tipo de magia… —vaciló y miró inquieta por toda la cocina, como si no estuviera segura de qué decir a continuación— implica salvaguardar un reino entero. Ese tipo de encantamiento requeriría magia fae y magia de bruja juntas, trabajando codo con

codo. Para construir algo tan monumental haría falta todo un aquelarre de poderosas brujas y al menos diez fae de lo más poderosos. También haría falta algo que perteneciese a Madra, pero no me refiero a algún objeto que haya tocado una vez. Sería necesario algo mucho más personal para bloquear su magia.

Le pasé el bebé a Orellis y me puse en pie.

—Bueno, por lo visto tú eres miembro del clan más poderoso de brujas que ha existido —le dije a Iseabail—. Seguro que tus hermanas comprenden qué es lo que nos jugamos aquí y estarán de acuerdo en trabajar con nosotros en una solución que salve el reino. No conozco a diez fae poderosos, pero a uno sí. Pienso descubrir personalmente dónde cojones se ha metido y traerlo aquí. Y en cuanto a alguna posesión personal de Madra…, también puedo encargarme de ello.

45



REDENCIÓN

SAERIS

Total de muertos: 4769
Total de infectados: desconocido
Estimación de tierra infectada: 289 leguas y creciendo

El sol teñía de rojo el horizonte. Miles de lámparas votivas alzaron el vuelo para saludar al alba. Las soltaron los habitantes de Inishtar, que no habían dormido ni un poco, para guiar las almas de sus seres queridos hacia los cielos.

Junto a los acantilados graznaban las gaviotas, que caían en picado sobre los sátiros que se habían congregado allí para trabajar, molestas por el barullo que perturbaba sus nidos. Casi no llegamos a tiempo.

—¡Esperad! ¡Esperad un momento! —exclamé yo.

Dos de los sátiros, de denso pelaje en las patas y orgullosos cuernos curvos en la testuz, se tambalearon precariamente al borde del acantilado y casi cayeron a plomo, aferrando el cuerpo que habían estado a punto de arrojar.

—¿Qué demonios haces? —rugió el de la derecha.

—Necesitamos ese cuerpo —jadeé.

—Es uno de los mancillados. No tiene cabeza. ¿Para qué lo quieres?

—Los que llevan… armadura —dijo Carrion, sin aliento—. ¿Hay más… de esos?

—Sí —respondió el sátiro de la izquierda, igual de poco amigable que su compañero—. Pero están todos ahí. —Señaló con el mentón hacia el lateral del acantilado—. Tendréis que bajar por el sendero del zagal si queréis llegar a ellos.

Me asomé al lateral del acantilado y se me encogió el estómago, primero por la caída… y luego por la cantidad de cadáveres que yacían contorsionados en posturas antinaturales sobre las rocas negras allí abajo. El alba resplandecía en las armaduras doradas…, esas mismas que habían dado comienzo a toda esta historia. La espuma blanca de las olas bañaba los cuerpos y los sumergía por unos instantes, para luego retirarse y volver a dejar al aire la macabra escena.

Carrion también se asomó por el borde.

—¿De verdad se puede bajar por ahí? —dijo, mirando nervioso el acantilado.

—Nosotros sí —dijo el sátiro de la izquierda—. Vosotros no. Este lugar no está hecho para los torpes pies de un fae.

Un oxímoron como una casa. Los fae no tenían nada de torpes. Eran preternaturalmente ágiles, según había comprobado yo, y sin embargo, parece que los sátiros lo eran aún más. Yo no veía ningún sendero claro que descendiese por las rocas. Esos putos acantilados eran verticales.

—Ni se os ocurra pedirnos que bajemos ahí —dijo el sátiro de los cuernos más curvos—. No nos gusta saquear cadáveres. Los caídos deben quedarse con sus posesiones. Las ha tocado la muerte.

—No queremos saquearlos —dijo Carrion, asqueado—. Es que necesitamos algo de ellos. Con vuestros pies…, bueno, ya veo que no tenéis pies, pero entendedme. Estoy seguro de que podríais ayudarnos sin despeinaros…, bueno, aunque pelo no tenéis, sino pelaje. Pero ya me entendéis…

—Carrion, calla ya la boca.

Carrion calló la boca.

Di un paso al frente, con cuidado de mantener la cabeza cubierta con la capucha. Por suerte, no había muchas señales externas que evidenciasen que yo no era fae del todo. Aun así, mi piel tendía a soltar humo cuando le daba directamente la luz del sol. Los vampiros altasangre casi nunca salían de la Corte de Sangre —lo más probable era que el pueblo de Inishtar no hubiese visto un vampiro en siglos—, pero yo no quería arriesgarme a que alguien me descubriese y empezase a sacar sus propias conclusiones.

—No somos urracas. No queremos llevarnos nada de valor. O al menos… nada que tradicionalmente se considera de valor. Solo queremos ver un momento ese cadáver que tenéis ahí, y luego os dejaremos en paz.

—Putos fae —siseó el sátiro de la izquierda.

Los dos nos dedicaron miradas malévolas y dejaron el cadáver que cargaban en el suelo. Cayó con un sonoro tañido.

—Haced lo que os plazca —dijo Cuernos Curvos—. Pero aseguraos de tirarlo por el borde cuando acabéis. No queremos que su fantasma nos acose por haberle robado algo.

Los sátiros tenían creencias extrañas. Y al parecer no eran muy amigos de los fae. Yo incliné la cabeza en señal de aceptación. Los dos sátiros descendieron la cara izquierda del acantilado a toda velocidad.

—Qué antipáticos son —musitó Carrion—. ¿Cómo puede estar tan enfadado alguien que disfruta de estas vistas a diario?

Señaló con el mentón hacia el impresionante espectáculo del océano. Yo, sin embargo, tenía los ojos clavados en el cadáver del guardián a mis pies. Me negaba a contemplar el paisaje. No podía. Fisher seguía desaparecido. Sin él, nada en el mundo tenía derecho a ser hermoso.

La sonrisa de Carrion se desvaneció cuando le dimos la vuelta al cadáver. Como si supiese exactamente lo que yo pensaba, dijo:

—Lo vamos a encontrar, Saeris.

Luego soltó un grito agudo que sobresaltó a las gaviotas.

—¡Por los dioses, Carrion, que me vas a provocar un ataque al corazón!

—No seas ridícula, el corazón ni siquiera te late. Además, ¿no estás contenta? ¡Mira!

Habíamos tenido suerte. Mucha suerte. El objeto que habíamos venido buscando a toda prisa estaba justo ahí, enganchado al cinto del guardián. Aquel cabrón devoto había sido lo bastante estúpido como para llevar colgada de la cadera el ridículo morral de la peste de Madra. La reina era lo bastante arrogante como para creer que era una diosa. Los morrales de la peste estaban llenos de cenizas de los sacrificios que se realizaban en honor de Madra…, pero también contenían sus cabellos.

Arrojamos el cadáver decapitado del guardián por el borde del acantilado, tal y como habíamos acordado con los sátiros. Vimos cómo el cuerpo cubierto de oro caía por el aire y aterrizaba en las rocas, sin pronunciar palabra. Había quien merecería una plegaria a los dioses cuando se entregaba su cuerpo al sueño eterno, pero aquel tipo no. Fuera quien fuera, había servido a una reina monstruosa. Y eso lo convertía en un monstruo también.

Estábamos subiendo los escalones que se alejaban del acantilado cuando me fijé en una figura sentada sobre un gran peñasco de caliza que dominaba el precipicio a nuestra derecha. Lo reconocí de inmediato.

Era Tal.

Le puse a Carrion el morral de la peste en la mano.

—Sigue sin mí —le dije—. Llévales esto a Iseabail y Te Léna tan rápido como puedas. Diles que volveré pronto. Tengo que encargarme de algo.



Me equivoqué.

Tal no estaba solo.

Un cuerpo yacía junto a él sobre la caliza, con un vestido rojo, sucio y rasgado, y una cabellera rubia desastrada. Parecía que Zovena estaba durmiendo, pero yo había visto suficientes muertos como para reconocer la palidez sutil que empezaba a adueñarse de sus mejillas. Tal estaba sentado justo al borde del precipicio, con las piernas colgando. No tocaba a Zovena, aunque debía de haber cargado con ella hasta allí y haberla dejado en el suelo. El viento azotaba su melena plateada y se la pegaba a la cara. Los mechones brillaban con tonos anaranjados y rojos que reflejaban el sangriento amanecer.

A su lado descansaba una espada en el suelo. Las manos de Tal estaban cubiertas de cortes y arañazos. Jugueteaba absorto con el grueso anillo del pulgar. Le corrían lágrimas por el rostro.

Tomé asiento junto a él, aunque no me miró. Yo también asomé las piernas por el borde.

—Los hados me odian —susurró en tono ligero—. Cada vez que intento morir, me impiden alcanzar la paz.

—¿Qué hacemos aquí, Tal?

Él tragó saliva. Yo solo lo había visto envuelto en sombras, sus facciones siempre monocromas, o bajo el verde resplandor de la luceterna. La mañana le pintaba el rostro de tonos amelocotonados, púrpuras, rosas, tan suaves como la seda. Había vuelto a nacer. Su corazón bombeaba sangre cálida por su cuerpo por primera vez en siglos. Durante un segundo, me pareció muy joven. Pero entonces se giró hacia mí, y vi una pena antigua en sus ojos.

—Le pedí a Fisher que me mandase a casa para poder morir allí. En Punta Bayland. Mi madre se tendría merecida semejante inconveniencia. Pero de pronto nos encontramos en medio de una batalla, rodeados de devoradores, y por una vez… —Se atragantó al pronunciar la última palabra, y reprimió un sollozo estrangulado—. Por una vez pude luchar en el bando correcto. —Negó con la cabeza y contuvo las lágrimas antes de que cayeran—. Encontré esta espada en la hierba y la recogí. Corrí directo hacia la muerte. Sabía

que la muerte me llevaría consigo. Y sin embargo, maté a cada devorador con el que me crucé. Y de pronto ya no había más, y… la encontré a ella en el suelo.

Su mirada voló hacia el sol naciente que manchaba de luz toda la ondulante superficie del océano.

—Era una persona horrible —dijo, y dejó escapar una risa agrietada que sonó a ladrido—. Yo me reía a menudo de la locura que suponía amarla. Sé que era una locura —dijo, asintiendo—. Todo era una locura. Pero imagínate… —Entrecerró los ojos y, por un momento, contempló algo que yo no podía ver—. Imagínate amar a Kingfisher. No poder evitarlo. Y ahora imagina que a Kingfisher no le importases una mierda, que disfrutase haciéndote daño a cada oportunidad que tuviese. Imagina vender tu propia alma al diablo para poder seguirlo hasta el infierno. —No supe si lloraba o se reía—. ¡Voluntariamente! ¡Ja!

—Tal…

—Ya estaba muerta cuando la encontré. La habían dejado seca. —Sorbió con fuerza por la nariz—. Cuando la miré, me quedé ahí plantado, esperando a que el dolor se adueñase de mí, a que me destruyese. ¿Y sabes qué? —Echó la cabeza hacia atrás, cerró los ojos y dejó escapar un sonoro suspiro—. No sentí… una puta… mierda. Para ella siempre fue un juego. No sé cómo lo hacía, si era magia o… —Se encogió de hombros con aire impotente—. No era real. Era un juego, y ahora me siento como si acabase de despertarme. Como si todos los sacrificios que he hecho hubiesen sido para nada. Qué puto estúpido.

—No eres ningún estúpido, Tal.

—Mil años… —Oteó ciegamente en la lejanía, con los labios entreabiertos, como si la gravedad de todo el asunto lo hubiera aturdido—. Así que vine aquí a entregársela al mar. He venido aquí a morir… y, de nuevo, los hados me roban la paz.

—¿A qué te refieres?

Taladaius alzó una mano, con la palma hacia arriba, y señaló el alba. Cerró los ojos de nuevo y la luz del sol bañó las superficies

angulosas de su rostro.

—Mil… sesenta y tres años…, cinco meses… y tres días —dijo su voz, convertida en un susurro entrecortado—. Todo ese tiempo ha pasado desde la última vez que sentí el sol en la cara, Saeris. De haber llegado una hora antes, lo habría conseguido. Habría saltado. —Abrió los párpados de pronto, y la calma lo bañó mientras contemplaba el agua—. Pero ahora… —Una sonrisa torcida, apesadumbrada, asomó a las comisuras de su boca—. ¿Cómo voy a entregarme a otra oscuridad eterna si me acaban de devolver la luz?

No dije nada. ¿Qué iba a decir? Lo único que pude hacer fue coger la mano de mi amigo. Nos sentamos en silencio durante un largo rato. Al cabo agarré la espada que Tal había encontrado y llevado hasta allí y la giré entre las manos. Era una buena pieza, de hoja estrecha y elegante, como un estoque. Su filo era letal. Algo en aquella arma me recordaba al propio Tal.

Supe lo que tenía que hacer…, supe qué era lo correcto. Con manos firmes, desenvainé a Erromar y sostuve la espada divina sobre la espada estrecha de Tal.

No hizo falta plata. Ni bromas, ni juegos ni tratos. La runa del mercurio empezó a arder con un tono blanco azulado en mi mano, brillante, apenas un segundo. Luego, una gota de resplandeciente metal apareció en la punta de mi espada. La gota cayó sobre la espada estrecha y se fusionó con ella.

Tal me miró con expresión algo aturdida.

—¿Qué haces?

De la nada, una punzada de dolor me recorrió el brazo hasta clavarme los dientes en el hombro. Dejé caer la espada entre los dos y sacudí la mano.

—¿Qué ha sido eso?

—Eso —dije, algo contrariada— ha sido una advertencia. He sostenido tu espada demasiado tiempo. Sabes tan bien como yo que una espada divina solo permite que la enarbole el guerrero al que ha elegido.

Intenté no echarme a reír al ver la sorpresa en la cara de Tal, que señaló la espada.

—No lo dirás… en serio. ¿Ahora es una espada divina? ¿Así de fácil?

Yo me encogí de hombros.

—Le he prestado un poco del mercurio de mi hoja y le he transferido un poco de magia. Y gran cantidad de buenas intenciones.

El antiguo vampiro parecía no tener palabras.

—¿Y es para mí?

—Sí, es para ti.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer con ella?

—Yo te recomendaría que empezases por recogerla del suelo.

—Pero… ¿y si no me elige? ¿Y si no me cree digno?

—Eres digno, Tal.

—Pero…

—Lo eres.

Él me dedicó una mirada larga y dura. Apretó los músculos de la mandíbula y luego agarró la espada. Con la respiración alterada, pasó el dedo por el filo y le dio un poco de su sangre para que la espada lo juzgase. Vi el momento preciso en que el mercurio empezó a susurrarle. Tal se sobresaltó un poco, sus hombros se tensaron y sus ojos volaron hacia mí mientras escuchaba.

Fuera lo que fuese lo que le dijo el mercurio, yo no debía oírlo, era solo para él.

Los dedos de Tal se cerraron alrededor de la empuñadura de la espada y la sostuvieron con fuerza. La había hecho suya. La espada divina y él eran uno.

—¿Cómo se llama? —pregunté. Aquello se estaba convirtiendo en una especie de ritual, y yo lo disfrutaba más de lo que podía explicar.

Tal dejó escapar un aliento largo y tembloroso y contempló la espada.

—Tarsarinn —dijo—. Significa… «redención».

Yo sonreí al oír aquello. No pude evitarlo, a pesar de todo.

—Resulta adecuado. Me gusta.

Entonces Tal hizo la misma pregunta que había hecho Carrion tras vincularse a Simon.

—¿Tendrá… magia, como Avisiéth y tus espadas cortas?

Le di un toque con el hombro.

—Me temo que eso no puedo decírtelo yo. Eso queda entre tú y los dioses. En cuanto a lo demás, no soy tan arrogante como para afirmar que estamos luchando en el bando correcto. Espero que sí, pero tus preciosos hados serán quienes lo juzguen. Sea como sea, estemos o no en el lado correcto, Tal, tú lucharás con nosotros.

El antiguo Centinela de los Secretos de la Corte de Sangre de Sanasroth sonrió.



—Cuéntame a qué te referías.

No lo preguntaba por nada. Me clavé las uñas en las palmas de las manos, escondidas tras la espalda, los nudillos blancos de tensión, intentando parecer relajada.

Nos habíamos marchado de la casa de Orellis, quien tenía otros amigos que necesitaban refugio más que nosotros. Vecinos que habían perdido sus casas. Por muy cáustica que fuera, Danya también era una líder excelente. Los guerreros la respetaban. Se había colocado al frente de la logística necesaria para montar el campamento a las afueras de Inishtar y ya había puesto a todo el mundo a trabajar en busca de suministros para ayudar a reparar o reconstruir de la mejor manera posible todos los daños de la ciudad.

Everlayne estaba a salvo en el campamento, dentro de una tienda, bajo la vigilancia de Te Léna. El resto de nosotros se había ocupado de diferentes tareas por la ciudad. Habíamos ayudado en todo lo posible.

Las explosiones que habían sacudido la ladera de la colina durante la batalla habían causado un daño inimaginable. El centro

de sanación de Inishtar y el ayuntamiento habían sido el objetivo principal. El origen de las explosiones seguía siendo un misterio, pero los lugares donde habían tenido lugar…, bueno, resultaba obvio por qué habían sido atacados esos edificios en concreto. Sin ayuntamiento iba a ser difícil que el pueblo de Inishtar se reuniese y reorganizase. Y sin centro de sanación, la población herida no tenía ningún lugar al que acudir en busca de unos cuidados que bien podrían salvar vidas.

Junto con los líderes de la ciudad, Foley y Maynir recorrían los escombros del ayuntamiento en un intento de recuperar cualquier documentación importante que pudiesen encontrar. Lorreth, Carrion, Iseabail, Hayden y yo estábamos haciendo lo mismo en el centro de sanación; esperábamos sacar de allí suministros intactos, aunque la estructura del edificio había sufrido daños serios. Conseguimos salir de allí justo antes de que el tejado se derrumbase del todo.

Luego, Carrion, Hayden e Iseabail se dedicaron a jugar a algún tipo de juego con un puñado de faunos adolescentes en la plaza central; le daban patadas a una pelota e intentaban marcar tantos entre los equipos. Al parecer, los faunos les estaban dando una soberana paliza. Lorreth y yo nos reunimos en los escalones hundidos que en su día ascendían hasta la puerta del ayuntamiento. Contemplamos el juego, aunque ninguno de los dos lo veía de verdad.

Lorreth arrojó una piedrecita con la que había estado jugueteando entre los dedos. Tenía el ceño profundamente fruncido en un semblante de preocupación.

—No, Saeris. Me pasé de la raya. No debería haberlo hecho. Fisher tenía razón. Lo que iba a decir en el salón era una locura. No habría funcionado. Deberías hacer como que no he dicho nada.

Yo tenía ganas de gritar, joder. En cualquier momento, mi rabia y mi frustración me harían explotar, y no podría evitarlo. Un ciclón de pánico, miedo y desesperación giraba a mi alrededor, invisible para todo el mundo. Me encontraba en el ojo del huracán, luchando por mantener la calma, pero perdiendo el control poco a poco. Quizá

aguantase una hora más. Me iba a dejar el culo intentándolo, pero, a juzgar por cómo iban las cosas, me quedaban pocos minutos antes de que el pánico me arrebatase el juicio.

—Fisher me lo iba a explicar. Me prometió que me lo explicaría. Tú le oíste prometerlo. Así que ahora necesito que mantengas esa promesa por él, Lorreth.

—Ese descerebrado no se ha ido a acometer ninguna misión suicida sin ti, si es lo que estás pensando.

—Es exactamente lo que estoy pensando. Es lo que hizo en Gillethrye. Me dejó en Ballard y se fue él solo a salvar a Everlayne, ¿te acuerdas?

Lorreth frunció aún más el ceño.

—Me lo estás poniendo muy difícil, ¿sabes?

—Genial, porque es justo lo que quiero.

El guerrero se dejó caer pesadamente sobre los escalones y agarró otro puñado de escombros. Empezó a tirar piedrecitas por los escalones, una tras otra.

—No puede haberse ido a poner en práctica ese plan, Saeris. Le harías falta tú. No puede hacerlo sin ti.

—Perfecto, porque si no se ha ido a llevar a cabo ese plan imposible, no te supondrá problema alguno contarme de qué se trataba.

En la plaza, Carrion soltó un grito y dio un salto victorioso, con las manos al aire, tras marcar un tanto contra los faunos. Yo oía cómo le rechinaban los dientes a Lorreth desde tres metros de distancia.

—Saeris, el problema es que tú sí podrías poner en práctica ese plan imposible sin él, y me preocupa mucho que se te meta en la cabeza que es una buena idea…

—Te prometo que no lo haré.

El guerrero me lanzó una mirada complicada.

—Hermana, perdóname, pero es que tú no estás juramentada, que yo sepa.

Selanir apareció en mi mano antes de que Lorreth acabase siquiera aquella frase: la espada llamada Honor. Me acerqué al

guerrero y se la tendí para que la viera, al tiempo que caía de rodillas y cerraba la mano sobre la hoja. Mi sangre fluyó por los filos de Selanir hasta la punta de la espada, para luego caer sobre la piedra junto a Lorreth.

—Te lo prometo —dije—. Te juro que no haré uso de nada de lo que me digas ahora, a menos que sea con el entendimiento y la ayuda explícita de Fisher. —Lorreth contempló la sangre que yo había derramado—. ¿Satisfecho?

Él inspiró hondo y empezó a hablar.

Cuando acabó, lo entendí. Sí que era un plan imposible. Aterrador. Pero yo había necesitado oírlo. Sin saber lo que ahora sabía, jamás me lo habría podido quitar de la cabeza. Habría supuesto que mi compañero se había vuelto a largar sin mí, con la intención de salvarnos tanto a mí como al resto del reino él solo. La idea me habría comido por dentro. Ahora sabía que no era eso lo que había sucedido…, pero no me sentía mejor. Si Fisher se hubiese embarcado en alguna misión ridícula, yo podría haber ido tras él. Pero no tenía ni idea de adónde había ido ni de qué estaba haciendo, lo cual me hacía hervir las entrañas.

Las gaviotas graznaron en las alturas. Cientos de ellas sobrevolaban en círculos los acantilados, formando una enorme columna. De vez en cuando, una se apartaba del resto y caía en picado como una piedra. Lorreth me había dicho que así era como cazaban sus presas, los peces que comían.

—¿Siempre son así? —pregunté—. Así de estridentes, y todas juntas.

Lorreth asintió.

—Sí. Así son siempre. A los pájaros les da igual la guerra, Saeris. No les importa que medio Inishtar quedase arrasado anoche. Este es su hogar. Solo les interesa proteger sus nidos y a sus crías.

Yo me mordisqueé el interior del carrillo y reflexioné sobre ello. No podía dejar de contemplar esas alas batientes. Había cientos de ellas. Quizá miles. Al contemplarlas sentí que algo se agitaba en mi interior, una sensación a la que no supe poner nombre. Era como un

recuerdo que flotase bajo una gruesa superficie de hielo, intentando buscar una grieta por la que salir al aire. Si yo apretaba un poco, podría…

Lorreth soltó una maldición y dejó caer el puñado de piedrecitas.

—Sheascah. ¿Qué pasa ahora?

Miraba hacia la izquierda, a la calle que desembocaba en la plaza… y a las hileras de sátiros que venían por ella, cargados con todo tipo de armas. Espadas, dagas, más manguales como el que había encontrado Foley en el suelo la noche anterior. Llevaban horcas y escobas. Sus voces ahogaron el graznido de las gaviotas al entrar en la plaza.

El juego que tenía lugar en la plaza se detuvo. Más y más sátiros se agolparon allí, en vez de pasar de largo y dirigirse a los acantilados. Estaba claro que habían venido a por nosotros.

Una sátira recia con cabellos negros como ala de cuervo, nudosos cuernos aterciopelados y greñudo pelaje negro en las patas se acercó al pie de los escalones. Su mano descansaba en la empuñadura de una espada que llevaba al cinto…, una hoja tan larga que la punta casi arañaba el suelo al andar.

—¿Dónde está? —preguntó.

—Lo siento, Galwynnian —dijo Lorreth. Alzó las manos y señaló con un gesto la destrucción que nos rodeaba—. Y aunque estuviera, sabes que no es responsable de nada de esto.

—No me refiero a Kingfisher —dijo la sátira—. Sino al Rey Olvidado.

—¿Quién?

Paseé la mirada por entre la multitud en un intento de evaluar la atmósfera. Era difícil averiguar las intenciones de los sátiros. Eran criaturas orgullosas y serias, con un temperamento que tendía más bien al enojo. Lorreth soltó una maldición en voz baja y se removió incómodo bajo la armadura. Se puso en pie y se irguió.

—No es momento de peleas, Gal. No tenemos ningún rey coronado entre nosotros…

—Agh, basta de tretas de fae, Lorreth de los Chapiteles Rotos. Tus palabras tan bien escogidas no me van a engañar. Sé que no tenéis ningún rey coronado entre vosotros. Al chico aún no lo han coronado. Pero también sé que está con vosotros. La noticia corre por todas las Tierras del Sur. El niño de Rurik ha regresado y viaja junto a la Ruina.

Aaah, vale.

Mierda.

Ahora comprendí a la perfección a qué se refería. Al otro lado de la plaza, Carrion estaba muy quieto, con las manos apoyadas en los hombros de uno de los faunos contra los que había estado jugando, con expresión afligida. Por primera vez me fijé en que no había sátiros pelirrojos. Excepto por Iseabail, Carrion era el único pelirrojo de la plaza, con lo cual resaltaba muchísimo. Incluso desde lejos vi que se le ruborizaban las mejillas. Apartó las manos de los hombros del fauno y, despacio, empezó a retroceder hacia un extremo de la plaza…, hacia un callejón lateral que suponía una posibilidad de escapar.

Lorreth habría sido un jugador de póker excelente. Ni una sola vez volaron sus ojos hacia Carrion. Yo, por mi parte, lo miraba abiertamente. Me obligué a apartar la vista y la centré en mis botas, pero ya era tarde. El daño ya estaba hecho. Despacio, la multitud empezó a girarse hacia el extremo opuesto de la plaza.

—Por los dioses y los mártires —murmuré.

Aquello iba a acabar mal. En ese momento había cientos de sátiros en la plaza. Eran fuertes, estaban enfadados e iban armados. Si planeaban hacerle daño a Carrion, no había literalmente nada que pudiéramos hacer para evitarlo. Intenté dar un paso al frente, pero mi bota no llegó ni a posarse en el siguiente escalón; Lorreth me agarró de la muñeca y tiró de mí hacia atrás. Negó con la cabeza.

—Ya está hecho —gruñó—. No nos podemos echar atrás. Va a tener que enfrentarse a ello solo, Saeris. Deja que lo haga.

Carrion nos lanzó una mirada suplicante por encima de la multitud repleta de cuernos —retorcidos, rectos, curvos—, todos ellos

puntiagudos y mortales. Yo sabía lo que pensaba. Se estaba imaginando que cualquier par de esos cuernos lo iban a empalar y a destripar. Sería una muerte horrible. Sangrienta, dolorosa y lenta. Sin embargo, cuando los sátiros inclinaron las cabezas, no cargaron contra Carrion. Cayeron de rodillas al mismo tiempo y dispusieron sus armas en una reverencia hacia el heredero de la familia Daianthus. Todo quedó en silencio excepto por el susurro de las pezuñas y el repiqueteo del metal contra la piedra.

—Ay, dioses. Después de esto se va a poner insufrible —gemí.

Los sátiros empezaron a cantar, un ululato grave y tan profundo que hizo temblar los escombros más pequeños. Jamás había oído un sonido tan resonante. Que yo supiera, ningún humano ni miembro de los fae podría haber replicado el bajo de aquella sombría melodía. Era tan potente que hasta el aire en mis pulmones vibró.

—¿Qué es eso? —le pregunté a Lorreth—. ¿Qué están cantando?

—Un miserere de bienvenida —respondió él—. Una canción tradicional de los sátiros… con ciertos matices. Es la canción que se canta a un miembro de la familia de un amigo querido a quien has perdido. Es… una promesa. La promesa de que les darás el amor y respeto que ya no puedes darle a tu amigo a los vivos que comparten su sangre. Es complicado. Los sátiros tienen una canción para todo. Para mi gusto son demasiado dramáticos y floridos.

Las voces de los sátiros eran atronadoras, el tono era un zumbido; yo no podía separar una palabra de otra. A pesar de la crítica poco favorable de Lorreth, la música me puso igualmente los vellos de punta. La canción era conmovedora.

—¿Qué hago? —dibujó Carrion con los labios, por encima de las cabezas de los sátiros.

Yo me encogí de hombros, incapaz de responder a esa pregunta. Carrion frunció el ceño y echó a andar hacia nosotros entre los sátiros arrodillados, que en un primer momento no parecieron darse cuenta de que se estaba moviendo. Cuando se percataron, se apresuraron a girar sobre sus talones para no darle la espalda.

Carrion parecía algo perturbado al llegar a lo alto de los escalones.

—Apostaría a que estás disfrutando de esto, Fane.

—La verdad es que estaba pensando en lo adecuado que resulta. Por no mencionar lo decepcionados que van a estar cuando les digas que no vas a disputarle el trono a Belikon.

Carrion fue a hablar, sin duda a punto de soltar una pulla como respuesta, pero entonces la canción de los sátiros se cortó. La mujer que se había dirigido a Lorreth alzó la cabeza y clavó en Carrion una potente mirada.

—Os damos la bienvenida a Inishtar, mi señor —dijo—. Habríamos organizado un festival para celebrar vuestra llegada, pero, dadas las circunstancias actuales, espero que comprendáis…

Lorreth ladeó el cuerpo para poder hablar sin que lo viese la mujer, Galwynnian.

—Cuidado —advirtió—. Si dices cualquier cosa que reconozca que eres el heredero del trono yveliano, quedará registrado públicamente. No podrás retirarlo. Sería equivalente a declararle la guerra a Belikon.

Una sonrisa tensa e infeliz torció las facciones de Carrion.

—Me cago en mi puta vida —susurró con dientes apretados.

—¿Os dirigiréis a nosotros? —pidió Galwynnian—. Sería un honor oír hablar al hijo y heredero de Rurik Daianthus.

Carrion osciló sobre sus talones y paseó la vista por la multitud. Sobre nosotros, los graznidos de los pájaros atravesaban el aire, solitarios y espectrales. Había más aún que antes; bailaban gráciles sobre las corrientes térmicas de los acantilados.

Pasaron treinta segundos.

Un minuto.

—Más vale que digas algo —murmuró Lorreth.

—Vale, vale. Dame un momento. Estoy intentando pensar en algo sucinto.

Por los dioses vivos.

—Nada de sucinto —siseé entre dientes. Iba a causar algún tipo de incidente político, lo estaba viendo ya—. Intenta que sea breve y dulce.

—Gran idea, sí. Breve y dulce —convino Lorreth.

Los sátiros aguantaron la respiración cuando Carrion abrió la boca. Se giró a izquierda, luego a derecha, con las cejas cada vez más alzadas.

—Me llamo Carrion —dijo—. Encantado de conoceros. Me gustan mucho vuestros cuernos.

Había historiadores entre la multitud. Alguien dejaría por escrito aquel momento —el día en que la comunidad de sátiros recibió al heredero de la familia Daianthus— y, cuando documentasen lo primero que les había dicho el Rey Olvidado, sería esto: «Me gustan mucho vuestros cuernos».

Lorreth soltó un gemido. Yo conseguí reprimir el mío propio, pero a duras penas. Alcé la vista al cielo, incapaz de contemplar los ceños fruncidos de confusión de los sátiros, que intercambiaban miradas. Mis ojos se fijaron en un pájaro que giraba hacia el océano… y, en el mismo segundo en que lo vi, el recuerdo que me había esquivado antes me golpeó.

Había estado ahí mismo, a un milímetro de la punta de mis dedos. ¡Era obvio! Por los dioses y los mártires, qué estúpida había sido.

Se me había escapado una cosa.

Y ahora sabía lo que era.

Me aparté del lado de Carrion. Me palpitaba el corazón como un rayo en las venas. Lorreth alzó de golpe la cabeza, tensando las aletas de la nariz. Sus pupilas se contrajeron al percibir el repentino cambio que se había dado en mí.

—¿Qué pasa? ¿Algo va mal?

—Es que… sí. —Una respuesta horrible, pero ni sabía cómo explicar lo que me acababa de ocurrir ni tenía tiempo para hacerlo—. Puede que sepa dónde está Fisher.

—¡Espera! ¡Deja que te acompañe!

—¡No, Lorreth, lo siento! —dije, bajando ya los escalones—. Por favor, necesito que vigiles a Hayden. ¡De todos modos, no puedes seguirme allá adonde voy! ¡Tengo que ir sola! ¡Volveré para hacer esas reliquias, lo juro!

46



RUPTURA

SAERIS

El campamento de guerra estaba muy ajetreado. Había guerreros fae por entre las hogueras, comiendo de cazuelas de latón. Otros entrenaban en el barro. Algunos sátiros deambulaban por las tiendas manchadas de lodo, vendiendo brochetas de carne a la brasa y maíz asado. El olor a comida —y a sangre— era enloquecedor, pero yo no tenía tiempo para nada de eso. Tras rastrear medio campamento, por fin di con lo que estaba buscando. O más bien, con quien estaba buscando. Se encontraba en medio de un grupo de soldados, encorvada sobre un trozo de papel. Alzó la vista y, al verme, puso expresión de desagrado.

—Saeris —dijo. Dobló el papel y se lo tendió a uno de sus amigos—. ¿A qué debo este placer?

—Necesito tu ayuda, Danya.

El pelo que había perdido en el ataque de Innìr volvería a crecer, pero tardaría tiempo. En el lado rapado de su cabeza empezaba a asomar un poco de cabello rubio de un tono más oscuro que el resto. La guerrera arqueó una ceja en mi dirección. En su expresión había un conflicto entre la sorpresa y el disgusto.

—¿Ayuda? ¿Necesitas que te ayude yo? —Resopló—. Imposible. Los oídos me engañan. No puede ser que nuestra preciada alquimista admita que no puede con algo ella sola.

Yo no tenía tiempo para aquello.

—Danya, desde que llegué aquí, no he hecho nada más que decirle a todo el mundo que me haya prestado oídos que no estoy preparada para ocuparme de las tareas que me han sido encomendadas. Jamás he fingido lo contrario.

Ella escupió en el suelo con cara impasible.

—Tengo que hablar contigo. —Miré a sus amigos—. A solas.

—Si se trata de Carrion Swift, relájate, pequeña Osha. No me interesa para nada tu amigo. Al menos a largo plazo.

Empleó con tono frío el apodo que me daba Fisher y consiguió que sonase diminuto, patético. Sus amigos se mordieron los labios y rieron en voz baja.

Así quería que fueran las cosas, ¿eh?

Pues bien.

Si creía que podía humillarme delante de sus amigos, estaba jodiendo a la persona equivocada. Desenvainé a Erromar y a Selanir, las giré en el aire y me abalancé sobre ella. Danya intentó agarrar su espada. Y era una guerrera avezada. Había matado a más devoradores de los que yo era capaz de contar. Pero yo no era ninguna devoradora. Tampoco era una guerrera fae. Primero fui humana, pero ahora había una buena dosis de sangre vampírica en mis venas. Era más rápida de lo que tenía derecho a ser, y mucho más fuerte que Danya. Con los filos de mis espadas en la mandíbula, a Danya no le quedó más remedio que rendirse…

Pero era una estúpida.

Una puta estúpida y una puta arrogante.

Alzó las manos, pero solo para engañarme. Intentó agarrarme de la muñeca derecha y golpearme la cara con la hoja de mi propia espada. Sin embargo, yo tuve tiempo de pensar todo tipo de respuestas en el tiempo que tardó en curvar los dedos sobre mi muñeca. Metí el pie derecho tras su pie izquierdo. Engarfié mi pierna

a la suya y le di un palmetazo fuerte en el tórax, justo entre los pechos.

Danya salió volando por los aires. Parte de mí se alegró al verla caer de culo en el barro a tres metros de distancia. Mantuve esa parte de mí oculta. Una buena líder jamás demuestra placer ante la humillación de un aliado. Aunque yo no era la líder de Danya… y tampoco estaba segura al cien por cien de poder considerarla aliada. Aun así, no estaba bien pavonearse.

Sus amigos ya no se reían. Apartaron la vista y miraron a cualquier parte menos a Danya. Yo crucé el barro y le tendí la mano. Con expresión vacía y voz seca, repetí:

—Necesito tu ayuda.

Ella me asesinó con la mirada, repleta de veneno y suspicacia.

—¿Por qué iba a ayudarte, alquimista? —Miró mi mano con odio, como si se tratase de un áspid de las dunas, retraída y lista para atacar.

—Me vas a ayudar porque estamos en el mismo equipo —le dije—. Porque, a pesar de todas las peleas que te busques con él, a pesar de lo enfadada que estés con él, Fisher sigue siendo tu comandante, y tú lo sigues queriendo.

Su objeción fue instantánea.

—Yo no lo qui…

La interrumpí:

—Sí. Sí que lo quieres. No me refiero a amor romántico, y lo sabes. Quieres a Fisher por todo lo que ha hecho por este reino. Porque siempre ha estado ahí para ti…

—Hasta que dejó de estar —espetó ella.

Yo conocía demasiado bien la rabia que ardía en sus ojos. Estaba furiosa con Fisher, pero no por las razones por las que fingía estarlo.

—Pues sí, hasta que dejó de estar —convine—. Pero no estás enfadada con él por dejarte aquí, ¿verdad, Danya? Estás enfadada contigo misma por no creer lo suficiente en él. Sabías que jamás sería capaz de abandonar a sus guerreros, pero decidiste esconderte tras la mentira que os contó Belikon. Era más sencillo que perder a

tu amigo, ¿verdad? Era más sencillo no saber dónde estaba, no poder encontrarlo, no ser capaz de ayudarlo. Pero Kingfisher no te culpa de nada de eso, Danya.

—Calla la puta boca —siseó ella.

—Sabes que habrías ido a por él de haber podido.

—¡No tienes ni puta idea de lo que hablas!

—Conozco a Fisher —dije, despacio—. Pero no tanto como tú. Fue tu hermano, tu sangre, durante muchos siglos, antes de que yo naciese. Sé que es imposible que hayas luchado junto a él tantos años sin formar un vínculo inquebrantable con él. Esta rabia que tienes dentro es un escudo. Te protege de las emociones a las que no puedes enfrentarte. De la culpa y la certeza de que lo abandonaste en Gillethrye. Estabas junto a él en las almenas, ¿verdad? Lo ayudaste a defender la ciudad. Y cuando cayó, lo ayudaste a quemarla. Y luego te creíste las crueles mentiras de un hombre a quien sabías malvado y abandonaste allí a tu amigo, sufriendo en un laberinto eterno…

—Basta.

Ya no hablaba en el mismo tono ácido de antes. Fue una palabra diminuta, casi un hipo que estremeció el aire entre las dos. Danya me miró, se apoyó en los codos sobre el barro, con ojos brillantes como lagunas. Era de lo más terco, no pensaba admitir que yo tenía razón. Pero tampoco podía decir que me equivocaba.

—¿Qué quieres de mí, alquimista? —murmuró.

—¿Querer? ¡Ja! —Una risotada burbujeó en mi garganta. Cerré los labios antes de que me saliera por la boca y se convirtiese en una carcajada de loca. Bastante tenía con sentirme como una loca, gracias—. Es muy fácil, Danya. Seguro que hasta lo disfrutas: quiero que me pegues en la cara tan fuerte como puedas.

Los ojos de Danya se desorbitaron.

—¿Qué?

—Necesito que me dejes fuera de combate.

Ella retrocedió y se hundió aún más en el barro.

—Estás loca —dijo.

—Probablemente. Pero así salvaremos a Fisher. Venga, ¿quieres volver a abandonarlo a su destino o quieres ayudarlo, Danya? Porque hay al menos otras tres personas a quienes se lo puedo pedir…

—Yo me encargo —se apresuró a decir—. A ver, he querido dejarte fuera de combate de un golpe desde que te conocí. Sería una estupidez dejar pasar ahora la oportunidad, ¿no?

—Ese es el espíritu. Deberías pegarme aquí, justo bajo el…

Ella se puso en pie de un salto. Giró, y la vi venir. No hice nada para detenerla. Se lo había pedido yo, así que, ¿para qué neg…?



Motas de polvo flotaban en el aire helado. Reflejaban la luz espectral que entraba por las ventanas, pero no se movían, como si se hubiesen quedado congeladas en el tiempo. La mesa estaba colocada para ocho comensales. En su centro descansaba una sopera que se estremecía; la tapa temblaba. Los platos estaban cargados de delicados manjares: pollo asado, verduras cubiertas de mantequilla, empanadas en miniatura y cuencos con salsa de carne. Y todo ello estaba podrido. Por la carne campaban los gusanos. Las moscas sobrevolaban la cubertería de plata y se alimentaban. Frente a cada plato había cálices de cristal llenos de un líquido negro en el que se movía… Dioses, algo se movía dentro de cada copa.

Me di cuenta de pronto de dónde estaba. Aquello no era la cabaña de cazadores. Me había concentrado justo antes de que el puño de Danya impactase contra mi mandíbula para asegurarme de no acabar allí. Estaba justo donde tenía que estar: en Cahlish.

Las ventanas del comedor estaban rotas, igual que en mi primer encuentro con los devoradores. Un fuego chisporroteaba en la chimenea, pero las llamas no eran azules. Ni siquiera eran del extraño tono verde de la luceterna. Eran grises y negras, del color

del humo y la sombra, pero no había nada brillante ni mágico en ellas. Era solo un fuego sin vida que había perdido toda intensidad.

La podredumbre cubría las paredes y se extendía por los rodapiés. Zarcillos negros de poder maligno en busca de algo biológico de lo que alimentarse. Ya había dejado seca la casa. La pintura estaba descascarillada de las paredes agrietadas. Las alfombras habían quedado reducidas a ceniza, los tablones del suelo estaban quebradizos y secos como huesos viejos.

Incluso ahí, en mi sueño, Cahlish había caído. Ahora era una cáscara vacía de lo que había sido hasta el día anterior. Al verla así, desvaída y muerta, sentí que algo se me rompía en el alma. Las caras de los retratos en las paredes, todos ancestros de Fisher, me miraban con consternación, como si me culpasen a mí por el estado de su hogar y esperasen que hiciese algo al respecto. Sin embargo, no había nada que hacer. Cahlish había caído.

—¡Fisher!

Mi grito reverberó por toda la mansión infectada. Contuve la respiración y esperé.

Esperé…

—¡Kingfisher! ¿Dónde estás?

Lo único que llegó hasta mí fue el eco de mi propio grito aterrado.

«Dónde estás…».

«Estás…».

Dioses. Aquello iba mal. Ya en la cabaña de cazadores, yo había tenido muchas preguntas. Preguntas pertinentes que debería haber formulado, como, por ejemplo, «Eh, ¿cómo funciona todo esto?, ¿cómo hemos acabado aquí?, ¿cómo podemos controlar adónde vamos o qué hacemos en este lugar?». Y, lo más importante: «¿Estarás siempre que venga por aquí?». Pero no había planteado ninguna porque Fisher había parecido tan perplejo ante la situación como yo misma. Él no tenía ni puta idea de por qué habíamos acabado en la cabaña aunque nos encontrásemos en dos reinos completamente diferentes. Y ahora, allí estaba yo, inconsciente, en la versión onírica de Cahlish, sin saber si Fisher estaba allí.

Había intentado irme a dormir, pero me iba tan rápido la cabeza que no había modo de conciliar el sueño de forma natural. Por eso fui a buscar a Danya al campamento. Y por eso el ojo morado que iba a tener cuando me despertase…

—¡Fisher!

No oí ningún grito de respuesta. Nada. Solo el eco triste y desolado de una casa que, hasta el día anterior, había estado llena de vida. ¿Sería así también en la vida real? ¿Estaría la podredumbre ahogando la mampostería y anidando entre los cimientos del edificio?

Me rompía el corazón ver la mansión así, bajo ataque, moribunda, pero no tenía tiempo para lamentar la pérdida. Había albergado la esperanza de que Fisher se encontrase allí para poder hablar con él y averiguar dónde demonios se encontraba en la realidad, pero si no estaba en el mundo onírico, no podía permitirme quedarme allí. Tenía que ocuparme de otra tarea, y rezaba para que no fuese demasiado tarde.

La puerta se desprendió de sus goznes cuando la abrí de golpe. Se derrumbó en el suelo, seca como una cáscara. La podredumbre culebreaba por el suelo, trazando un camino. Filamentos brillantes de corrupción negra se alzaban al aire… ¿buscándome a mí? ¿Era yo real en aquel lugar? ¿Podría sentirme la podredumbre al cruzar el pasillo? ¿Podría infectarme allí? No quería descubrirlo.

Mis pisadas reverberaron sonoramente al correr por el pasillo. Pasé junto a salones, la biblioteca y una docena de puertas cerradas, de camino a las escaleras. La suela de mi bota derecha acababa de tocar el primer escalón cuando se oyó un prodigioso gemido en las alturas. Alcé la vista justo a tiempo para ver que la lámpara de araña de cristal caía del techo agrietado.

—¡Joder!

Di un salto, sin tiempo que perder, y los prismas de cristal se estrellaron contra los escalones. Se me disparó el pulso al mirar el lugar donde yo había estado en la escalera y el agujero gigante que

ahora se abría como unas fauces en el techo. Del enyesado goteaba la podredumbre, plic, plic, sobre el suelo a mi lado.

Por los dioses vivos, aquel lugar no era seguro.

Tenía que salir de allí a toda prisa.

Los cimientos de la casa se estremecieron. Rodeé la lámpara de araña y subí a toda prisa los escalones de dos en dos. La podredumbre no había conseguido romper las ventanas en el piso de arriba. Las resplandecientes enredaderas negras se extendían como telarañas por las paredes y casi cubrían el cristal de las ventanas por completo, bloqueando la tenue luz.

Al final del largo pasillo, la puerta del dormitorio de Fisher estaba cerrada. Fui a abrirla pero retiré la mano, con una maldición entre dientes. El pomo estaba frío como el hielo. Más frío aún. Era como si el metal hubiese sido forjado en el mismísimo quinto círculo del infierno. Una roncha roja apareció en la palma de mi mano, tan protuberante y dolorosa como si hubiera cerrado la mano sobre un atizador que hubiese estado demasiado tiempo en el fuego. Me dolía hasta cerrar el puño. Joder, también me dolía mantener la mano abierta.

Solté otra retahíla de maldiciones en voz baja.

—Así que no quieres que entre, ¿eh?

La acusación iba destinada a la podredumbre. A la casa en sí. Claramente, ninguna de las dos quería que yo estuviese allí. Me tomé un momento para estudiar la puerta. ¿Por qué no estaba astillada como el resto de los muebles de madera de la casa? Identifiqué el mejor lugar donde enseñarle la suela de mi bota. Una vez tomada la decisión, di una patada junto al pomo con todas mis fuerzas…

… y no pasó nada.

La puerta se mantuvo firme.

Volví a intentarlo otra vez.

Y otra.

Y otra.

Ni siquiera apareció una rayadura en la puerta, y eso que la había arreado con todo lo que tenía. Mi fuerza de vampira y de fae combinada debería haberla tumbado, arrancado de los goznes. Y sin embargo, no se había movido. Un grito empezó a formarse en mi garganta, a crecer, pero cerré la boca con fuerza y me centré.

Al parecer, lo que hacía falta no era fuerza bruta. Yo tenía algo mejor. Ya había abierto un agujero de seis metros de diámetro en la pared de la biblioteca de Ammontraíeth con mi poder, ¿no? Podía cargarme una puta puerta.

Alargué la mano e invoqué mi poder, intentando recordar cómo me había sentido en la biblioteca justo antes de abrir ese agujero en la mampostería. El hormigueo, el picor, la potente oleada de poder y la descarga de adrenalina que me recorrió cuando la magia se acumuló en mi interior.

Volvió a crecer dentro de mí. Centré la mente en aquella sensación creciente, en un intento de canalizar el caudal, de controlar cuánto saldría… y funcionó. Más o menos. El rayo de energía blanco-azulada que salió de mi mano no fue tan astronómico como en el Palacio Negro, pero casi. La sorpresa me zarandeó cuando la magia se estrelló contra la pared. No había creído de veras que mi magia fuese a funcionar; a fin de cuentas, estaba en un sueño.

En el instante en que la magia entró en contacto con la puerta —y con el marco y un metro de muro a cada lado—, supe que había cometido un error. Los zarcillos de podredumbre que cubrían la madera palpitaron y despidieron un ardiente brillo blanco para luego doblar su tamaño ante mis ojos. Los hilos de poder oscuro se expandieron y se anudaron hasta formar una dura concha sobre la puerta…

—¡Venga ya, hombre! ¡Será una puta broma!

La podredumbre había absorbido mi poder. Pequeñas esferas de color blanco azulado brillaron dentro de las enredaderas y atravesaron las líneas cruzadas que ahora bloqueaban la puerta. Yo había complicado infinitamente aquella puta situación. Era culpa

mía. Fisher y Ren habían usado su poder sobre los devoradores infectados y solo habían conseguido volverlos más poderosos. Debería haber sabido que mi magia haría lo mismo allí.

Qué idiota.

Vale, no podía usar mi poder. No podía abrir la puerta por la fuerza. ¿Qué podía hacer? ¿Qué se me estaba escapando? Tenía que haber algún modo de entrar en la habitación. Era un sueño, no debería ser tan difícil. Era…

Me quedé inmóvil, mordiéndome el labio inferior, mientras contemplaba la maldita puerta.

Era mi sueño.

Yo estaba allí, en ese instante, porque así lo había deseado. En Zilvaren siempre jugaba a alterar mis sueños de niña. Ponía el cielo de color rosa. Convertía el desierto en océano. Luego, de más mayor, hacía que mi madre no estuviese muerta.

Podía hacer que aquella condenada puerta se abriese.

Cerré los ojos y me centré. Imaginé la puerta. Imaginé que no tenía podredumbre. En mi mente, la puerta se abría con facilidad. Abrí los ojos de nuevo…

… y la puerta seguía cerrada.

Que los dioses y los cuatro vientos se llevasen aquel puto sitio. Me mordisqueé el pulgar, pensando furiosamente. ¿Cómo podría hacerlo? Podría ir corriendo a la forja y traer una palanca. No, eso no funcionaría. Ya había puesto suficiente fuerza en tumbarla de una patada y aquella cosa ni se había agrietado. Una palanca no iba a funcionar, y no podía arriesgarme a tocar la podredumbre. Estaba claro que la puerta tenía una salvaguarda. Lo que me impedía entrar era la magia, así que iba a necesitar magia para abrirme paso. Pero un tipo diferente de magia. Algo…

Dejé de morderme el pulgar y contemplé el dorso de mi mano.

Vaya. No estaba pensando con claridad en absoluto.

La runa del mercurio estaba sellada en mi piel, en tono azul oscuro, metálico. La runa del azufre estaba delineada, pidiendo que la sellaran. Tenía trabajo que hacer antes de conseguirlo. Había que

investigar, enfrentarme a muchos desafíos. Edina había dicho que sellar la runa, para así poder acceder a su magia, tendría un alto coste. Yo ni siquiera había percibido el destello de poder que debía de surgir de la runa, así que por ahí no había nada que hacer. Pero también tenía una tercera runa. Dioses, la tercera runa, ¡la que me había dado Hazrax! Estaba justo ahí. ¿Cómo la había llamado, runa para deshacer? ¿Para romper? Había dicho que no me daba magia, sino una habilidad. Si la usaba contra la puerta…

Cerré la mente y accedí a la runa. En ella había energía. La sentí la otra noche, callada pero poderosa, cuando fui al dormitorio de Tal y corté el encantamiento que Iseabail le había trazado en el pecho. En aquel momento me había dado miedo. No había tenido el control, no había tenido la menor idea de lo que pasaba. Pero ahora…

Alargué la consciencia hacia la runa de Hazrax y la sujeté con tanta fuerza como pude. La runa despertó y respondió en lo que dura un aliento. La tinta no se iluminó en el dorso de mi mano. No me atravesó ninguna energía. Yo sabía que me escuchaba gracias a la vibración débil y apenas presente que me hormigueaba en la punta de los dedos.

«Romper», había dicho Hazrax.

Presioné el encantamiento de salvaguarda que protegía la puerta. Lo encontré, arremolinado, intangible. Hilos vaporosos de magia que resbalaban entre mis dedos como si tuviesen conciencia propia y estuviesen resueltos a eludirme. Lo ataqué con la mente, lo aferré con toda mi concentración y, antes de que pudiese escaparse de nuevo, lo rompí.

La runa de Hazrax hormigueó brevemente, y la podredumbre que había cubierto la puerta se desmenuzó. Había palpitado de poder hacía un segundo… y sí, buena parte de ese poder era mía. Pero ahora las enredaderas eran cáscaras resecas. Se marchitaron y rompieron, y la puerta se abrió por fin…

Al otro lado estaba Kingfisher, sentado en el sillón alto delante de la chimenea.



—¿Qué demonios haces aquí? ¿No has oído que intentaba echar la puerta abajo?

Fisher contempló el fuego. Tenía el pelo mojado, con las puntas tiesas y repartidas en todas direcciones. Le goteaba agua de la armadura y caía sobre los tablones del suelo, donde formaba un gran charco. Llevaba tiempo sentado ahí.

La estancia estaba fría.

El fuego en la chimenea carecía de color, era negro sombra, gris ventisca.

—¿Fisher? ¡Fisher, mírame!

Él no se movió.

Entré en la habitación y algo terroso crujió bajo mis pies. Arena. La arena que Fisher se había sacado de las botas hacía apenas unos días. Seguía habiendo dos montoncitos de arena que descansaban en medio del suelo. Al verlos se me agolparon lágrimas en los ojos. Aquel día, Fisher me había abrazado. Se había reído conmigo. Me había enseñado lo que significaba ser amada, adorada por otra persona; en cuerpo, mente y alma. Ahí, en la cama que había en el otro extremo de la habitación, me había dicho que sacrificaría el sol y entregaría las estrellas a cambio de mantenerme a salvo.

Y ahora había desaparecido. Estaba perdido…, y vi que no se encontraba conmigo ahí, en ese momento.

No quise cruzar la habitación y plantarme delante de su silla. No quise girarme y mirarlo de frente…, pero tenía que hacerlo.

Me cubrí la boca con las manos y ahogué un sollozo al verlo. Tenía los ojos empañados, el vívido tono verde se había convertido en oscuridad, en sombra. Su palidez era mortal; su piel, cadavérica. Tenía una profunda herida en el labio inferior y un goteo constante de sangre por la barbilla que caía sobre la cabeza de lobo del gorjal que seguía llevando al cuello.

—¿Fisher?

No respondió. Y lo que era peor, no mostró señal alguna de haberme oído en absoluto. Fuera lo que fuese lo que veían sus ojos, no era ni la chimenea ni aquella estancia en Cahlish. Ni a mí. Allá donde hubiera ido, yo no podía seguirlo.

—Fisher, por favor.

Tenía la mano helada, los dedos rígidos. Normalmente habría sido capaz de acabar con todo el reino con aquellas manos, pero cuando agarré la izquierda con la mía, la noté tan laxa e inerte que, por un instante, pensé que estaba muerto.

Su respiración áspera refutaba aquella idea, pero resultaba difícil confiar en los leves movimientos ascendentes y descendentes de su pecho, sobre todo porque sus labios estaban muy azules.

Le apreté la mano y le supliqué que me respondiese, tanto en voz alta como en su mente.

—Fisher. Fisher, me lo prometiste.

¿Me lo había prometido? No me acordaba. Los fae odiaban hacer promesas que no sabían al cien por cien que fueran a poder mantener. Fisher no habría podido prometerme que jamás me abandonaría. La muerte se habría llevado tarde o temprano a uno de los dos…

—Despierta —susurré—. Despierta, joder. ¿De verdad piensas hacerme esto? ¿Me vas a dejar aquí sola para que me encargue yo de esto sin ti? Este… —resoplé, con creciente desesperación—. Este es tu puto reino, Fisher. Tus amigos. Tu pueblo. ¿Piensas desaparecer y dejar que los demás lo defiendan?

Su ojo derecho tembló, apenas un leve movimiento. Pero luego volvió a quedarse inmóvil. ¿Me había oído? ¿Sería consciente, desde dondequiera que estuviese, de que yo estaba allí? No había modo de saberlo.

—Fisher, si me amas…, si te importo…, si te importa cualquiera de nosotros, vas a encontrar el modo de despertar ahora mismo. Te necesitamos. Yo te necesito…

—No malgastes el aliento, matarreyes.

La voz me pilló por sorpresa. Había estado tan concentrada en Fisher que no había oído cómo entraba en la habitación. Hazrax flotaba junto a la cama, con las manos metidas formalmente bajo las amplias mangas de su túnica. Su piel pálida estaba cubierta de venas negras…, las mismas venas negras que infectaban a los devoradores. Quien fuera Centinela del Silencio se desplazó por los tablones del suelo al tiempo que emitía un espectral repiqueteo desde la garganta.

—Espera, no te acerques. Este no es tu sueño, ¿entendido? Aquí no puedes estar.

Hazrax resopló.

—Puedo estar allá donde quiera, Saeris. ¿Tan rápido te has olvidado de que tenemos un trato?

—El trato era que observarías la Corte de Sangre. Lamento decirte que la Corte de Sangre ya no existe, así que tendrás que buscarte a otros a quienes observar.

Hazrax esbozó una mueca repleta de dientes puntiagudos como agujas. Yo había estado cerca de la criatura lo suficiente como para identificar que era una sonrisa.

—De verdad no tienes ni idea de nada, ¿verdad, niña? Casi me da pena por ti.

—¿Y eso qué significa?

—Significa que, cuando me preguntaste en la forja si quería mantener contigo el trato que ya tenía con Malcolm y te dije que sí, los detalles del trato con el viejo rey vampiro se convirtieron en los detalles de nuestro trato. La letra pequeña del trato que hice con Malcolm me permitía observarlo a él, no a su corte. A él. Es irrelevante que la Corte de Sangre exista o no, Saeris. A quien observo es a ti. Allá donde vayas, hagas lo que hagas, me has dado permiso para seguirte como testigo.

Por los putos dioses.

¡Otra vez! ¡Me había metido en otro trato horrible otra vez! Si salía con vida de aquella pesadilla y encontraba de alguna manera un cierto nivel de normalidad, pensaba asegurarme de tener siempre

cerca a alguien que vetase todos los pactos que me propusieran. ¡Valiente pedazo de mierda con sus traiciones y argucias!

—¿Por qué? ¿Por qué te importa tanto lo que yo haga? ¡Esto no tiene nada que ver contigo!

Los tajos que eran las fosas nasales de Hazrax se contrajeron.

—Niñata ingenua —dijo en tono lastimoso—. Por supuesto que sí. Todo tiene que ver conmigo, aunque sospecho que pronto lo descubrirás tú sola.

—¡Espera! ¡El… el favor! ¡Dijiste que podía pedirte un favor en cualquier momento!

Hazrax emitió un hipido, pero asintió.

—Sí. Es cierto.

—Pues quiero pedírtelo ahora. ¿Puedes traer a Fisher conmigo de nuevo?

Hazrax negó con la cabeza.

—No, me temo que eso no está en mi poder. Hay acuerdos que lo impiden.

—¡Pues dime dónde está!

—Lo siento, tampoco puedo.

No sonaba a disculpa sincera. Sonaba más bien a que la situación en la que yo me encontraba le hacía gracia, a que le gustaba no poder ayudarme. Yo ya estaba harta.

—Está bien —rugí—. Entonces voy a usar mi favor para esto: quiero que te marches y no vuelvas a observarme durante el resto de nuestro trato de un año. Cuando vuelvas a renegociar el trato, tal y como estipulé, que sepas que no voy a querer alargarlo.

—Ten cuidado, Saeris —me advirtió Hazrax.

—¿Qué? No me mientas ni me digas que no puedes hacerlo. Te estoy pidiendo literalmente que te vayas a la mierda y me dejes en paz de una puta vez. Eso puedes hacerlo sin duda.

—Sí que puedo —dijo Hazrax, y soltó esa risa extraña y forzada.

—Pues no te molestes en amenazarme…

—No te amenazo, niñata idiota —espetó Hazrax, de pronto sin el menor humor—. Solo sugiero que estás cayendo en un descuido

porque, según nuestro trato, solo puedes pedirme un único favor. Y ahora mismo necesitas desesperadamente ese favor, Saeris Fane.

—¡Ya sabía que ibas a decir eso! ¡Haz lo que te acabo de pedir y basta!

Hazrax se estremeció, como si tuviese que obedecer por la fuerza de la magia que sellaba nuestro trato. Yo jamás había visto nada igual: un ser capaz de negarse a cumplir un trato, aunque fuese por un instante.

—Primero respóndeme a esto, niña: ¿por qué has venido aquí? —preguntó.

—¡He venido aquí por él!

Hazrax negó con la cabeza.

—No.

—He venido…

De pronto lo recordé. Recordé lo que había pensado en los escalones de Inishtar. Aquel dato que había recordado mientras Carrion se dirigía a los sátiros.

—Te permitiré que cambies de opinión —dijo Hazrax—. Tienes un minuto para cumplir la tarea que has venido a completar y pedirme otro favor. Te sugiero que te pongas en movimiento.

Un minuto. En exactamente sesenta segundos, Hazrax desaparecería y ya no volveríamos a vernos en un año. Qué bendición, pero… ¿y si tenía razón? ¿Y si necesitaba aquel favor para algo más?

Un estremecimiento recorrió el cuerpo de Hazrax.

—¡Estás malgastando el tiempo! —siseó.

Solté la mano de Fisher y crucé la habitación a toda prisa. La mesita de noche junto a la cama estaba repleta de libros. Muchos libros. Había lápices y un vaso de agua vacío que volqué y que se hizo añicos contra el suelo. Ignoré los cristales rotos. Un cordel. Una tira de cuero…

¿Dónde cojones está?

Lo puse aquí, sé que lo puse aquí.

—Cuarenta segundos…

—¡Calla la boca! ¡No estás ayudando!

Me incliné sobre la cama y repasé los pocos objetos que había en la mesita de noche de Fisher. No lo había puesto ahí, pero quizá lo habían cambiado de sitio. Fisher era más ordenado que yo. Un único libro. Un peine de púas de marfil… No, ahí no estaba.

¡Mierda! ¿Dónde podía estar? ¿Dónde más? ¿Dónde? El escritorio de Fisher estaba vacío. El alféizar de la ventana, repleto de venas negras de podredumbre, también. Las estanterías…

—Veinticinco segundos.

No malgasté el aliento con más gritos para que se callara la puta boca. ¡No había ningún otro lugar en el que buscar! No había…

No. Un momento. ¡Ahí! En la estantería.

Lo había visto ahí. Cuando me crucé con Archer allí, cuando me estaban preparando el baño. Sus amigos lo estaban ayudando. Uno de ellos había estado mirando los objetos de la estantería frente a los libros. El objeto más preciado de la señora Edina en todo el mundo…

Crucé la estancia y agarré la diminuta figura de cerámica del alción. Tenía el ala descascarillada. El recubrimiento azul y anaranjado estaba algo desvaído tras tantos años en aquella estantería. Aparte de eso, estaba perfecta. Vi de inmediato lo que había bajo la figurita: un trozo de papel arrugado.

El mismo trozo de papel que dejé en mi mesita de noche hacía una semana, junto con todo lo que llevaba en los bolsillos.

Pero no era un trozo de papel arrugado. Era una hoja doblada… que había tenido la forma de un miraestrella.

Era el primer pájaro. El que había perdido su magia y caído al suelo tras salir de la biblioteca. Era la página que faltaba del diario de Edina. No estaba arrancada, porque no había llegado a fusionarse con el libro. ¡Había estado ahí todo el tiempo!

—¡Diez segundos, Saeris! —advirtió Hazrax.

Mis manos temblaron al desdoblar el papel y empezar a leer frenéticamente. Las palabras fluían, la letra de Edina recorría el papel. Intenté procesar la información que había escrita en él.

—¡Cinco segundos! —Había una preocupación genuina en la voz de Hazrax.

Alcé la vista del papel, de pronto cubierta de un sudor nervioso. Hablé tan rápido como pude:

—¡He cambiado de opinión, vigilante! Te suplico que me hagas este favor: ¡necesito que me teletransportes a Bosquemimbre!

47



A MENOS QUE...

SAERIS

No tuve alternativa.

El mensaje de Edina me había dicho exactamente dónde podía encontrar a mi compañero, y también me había proporcionado las herramientas para salvarlo. Lo que no me había dado era un modo de llegar hasta él. Esa parte, había dicho Edina, me correspondía a mí. Así pues, hice lo que tenía que hacer: todo un año con Hazrax mirando por encima de mi hombro a cambio de un billete de ida a Bosquemimbre.

Agarré la página con las instrucciones de Edina tan fuerte como pude cuando Hazrax me dijo que me preparase. Sin embargo, cuando tres segundos más tarde desperté tumbada de espaldas en la nieve, la página había desaparecido. Aunque daba igual. La información que necesitaba estaba grabada a fuego en mi memoria. La posibilidad de olvidar lo que había leído era igual a cero.

La niebla se acumuló en mi aliento. En las alturas, las ramas desnudas de los árboles arañaban el cielo nocturno como dedos retorcidos. El firmamento, por una vez, estaba despejado. Las estrellas pespunteaban los cielos formando un espectáculo arrebatador. La silueta cubierta con túnica de Hazrax apareció de

pronto ante mi vista. Me levanté de un respingo. Sus ojos brillaban en la oscuridad, como si estuviesen pintados de plata.

Esperé a que hiciese algún tipo de comentario críptico, o al menos a que me dijese que me diera prisa, pero el ser no dijo nada. Me puse en pie.

—Bueno, ya que pareces saber tanto de todo, ¿por dónde he de ir?

Hazrax no dijo ni pío.

Me estremecí de frío mientras me erguía y me sacudía la nieve.

—¿En serio? ¿Ahora has perdido el habla? Después de entrometerte una y otra vez, ¿ahora piensas quedarte vigilando? —La criatura se limitó a mirarme. Interpreté su silencio como un molesto «sí»—. Pues nada, vale. De todos modos, no me haces falta.

Y no me hacía falta, era cierto. Sentía a Fisher, si bien no de forma directa. Lo que en realidad sentía era el fino hilo de mercurio que seguía atrapado en su ojo. Era una cantidad insignificante que apenas valía la pena mencionar. Antes de haber sellado la runa del mercurio, probablemente ni la habría percibido. Pero ahora, ese pequeño fragmento de metal resaltaba como una llama en un mar de oscuridad.

Fisher estaba allí. Iba a encontrarlo.

Hazrax flotaba a un centímetro del suelo. Se desplazó tras de mí cuando me interné en los bosques. Presentaba una estampa fantasmal al volar entre los árboles…, pero no más fantasmal que las propias sombras. Fisher me había hablado de ellas la última vez que me encontré en aquel desdichado bosque: eran las almas de los malditos, condenadas a deambular por esos bosques reviviendo constantemente sus horribles muertes como castigo por sus crímenes. Fisher me había propuesto darme el don de la Visión para poder verlas por mí misma. Yo había declinado muy poco educadamente. Sin embargo, ahora era fae. Tenía el don de la Visión, quisiera o no, y aquellas visiones que me seguían mientras avanzaba por entre los árboles eran horrorosas.

Una mujer con un vestido hecho jirones arrastraba tras de sí por la nieve a un niño muerto.

Un hombre mutilado, en llamas, gritaba mientras corría por el sendero algo más adelante.

Otro hombre envuelto en cadenas, que lo ataban a un peñasco enorme y transparente, forcejeaba y luchaba con la cabeza hundida mientras parecía ahogarse, ahogarse, ahogarse…

Allá donde mirase, las almas de los muertos soportaban su tormento en bucle. Aullaban y chillaban. El sonido me provocaba convulsiones de puro pánico por la columna.

Fisher estaba allí. A juzgar por su apariencia en aquel Cahlish onírico, él también sufría con los muertos. Estaba vivo de momento, eso sí, pero ¿por qué estaba allí? ¿Cómo había acabado allí?

Llevaba apenas cinco minutos corriendo por el bosque cuando me topé con un campamento. No había fuego ni humo. Nada que me advirtiese del grupo de guerreros que se agazapaba en la oscuridad algo más adelante. No los vi hasta que fue demasiado tarde.

¿Eran cinco? ¿Ocho? Intenté contarlos, pero ya se habían puesto en movimiento. Sacaron sus arcos y desenvainaron sus espadas.

Diez, como mínimo.

Ninguno pronunció palabra.

Y la matanza dio comienzo.

En el campamento, con Danya, tenía mis espadas cortas. En el sueño no. Por suerte, ahora sí se encontraban colgando de mis caderas. No supe cómo lo había hecho Hazrax, pero al parecer había transportado mi cuerpo físico desde Inishtar, con armas incluidas.

Les di gracias a los dioses y a los cuatro vientos, saqué mis armas y me preparé para luchar como un demonio.

El primer guerrero a mi izquierda vino a por mí. Su hoja atravesó el aire y silbó cerca de mi oreja, pero no acertó. Me agaché y fui a apartar el metal de la hoja con la mente. Al momento encontré resistencia.

Una puta hoja nula.

Todos llevaban hojas nulas. Aquellas armas antinaturales parecían puntos ciegos en mi vista: agujeros negros que succionaban mi energía y la magia de los mismos bosques. Yo no podía manipularlas. No podía apartarlas como habría hecho con una espada o una daga común y corriente. Tal y como había pasado en el sepulcro de Ammontraíeth, iba a tener que luchar contra aquellos hijos de puta de un modo normal, sin usar mi magia para desarmarlos. Aun así…, estaba lista para ello.

Esos cabrones se habían llevado a mi compañero. Lo habían atrapado allí, estaba segura. La habían jodido a lo grande y, me cago en mi vida, lo iban a pagar.

Uno de los guerreros con arco me disparó una flecha. Habían aprendido de sus errores en el sepulcro: esta vez la punta de sus flechas no estaba hecha de hierro, sino del mismo material que las hojas nulas. La flecha mantuvo su trayectoria y vino directa hacia mí…

Me agaché y aproveché la oportunidad para apartar de un golpe la hoja nula de un atacante que intentó abrirme un tajo en el costado. Bloqueé el ataque y giré a Erromar, de modo que le arranqué la hoja al guardia de la mano. Esta salió volando por la oscuridad. Volví a girar a Erromar en la mano y le clavé la espada divina a aquel cabrón entre las costillas, tras lo cual le prendí fuego por dentro. Un fuego sagrado le salió por los ojos y la boca. El tipo murió. Una flecha se clavó en un árbol a mi derecha. La arranqué y atravesé con ella el cuello de otro de los guardias. Giré en redondo y le acerté a otra guerrera en los gemelos con Selanir. La mujer cayó con un grito amortiguado. Se volvería a levantar en un segundo, pero a mí me bastaba un segundo para pasar por encima de ella y romper la guardia de otro atacante. Este era enorme, con una desagradable cicatriz en la sien que le bajaba por la mejilla izquierda y le atravesaba ambos labios hasta llegar a la barbilla. El guerrero rugió y me enseñó los dientes. Me agarró de la garganta y apretó.

Mierda. Ay, mierda. Ay, mierda…

Empezó a nublárseme la visión.

La voz de Lorreth me gritó desde el pasado para que me pusiese en movimiento.

«¡Muévete, Saeris! ¡Que te muevas, joder! ¿Es que quieres morir?».

No iba a morir allí. Aquella noche no. Ni de puta coña. Ninguno de aquellos hijos de puta me iba a impedir encontrar a mi compañero.

El tipo se sacudió, y sus ojos se desorbitaron. La incredulidad le aflojó las facciones cuando bajó la vista y se encontró con dos refulgentes espadas cortas clavadas en su pecho. Me dejó caer, y extraje ambas hojas para luego volver a hundírselas en el torso una y otra y otra vez…

—¡Por el amor de los dioses, contenedla! —ordenó un aullido retumbante—. ¡No es más que una mujer! ¡Derribadla!

Esa voz plagaba mis pesadillas. En Gillethrye, el dueño de esa voz se había burlado de mi compañero. Había graznado de satisfacción al pedirle a Fisher que explicase el trato con el que lo había engañado, el trato que lo había condenado a cien años de penurias. No lo veía, pero estaba allí: Belikon de Barra, rey de un trono robado, opresor de toda una corte.

Una lluvia de flechas atravesó el aire. Yo me dejé caer al suelo y rodé. Sentí una punzada de dolor que explotó en mi boca, y apreté los dientes. Me había mordido la lengua. Qué dolor, joder. Aparté el latido de dolor, me libré de él.

—¡Ahora! ¡Ya os ha hecho ella sola la parte difícil! ¡Inmovilizadla contra el suelo! —rugió Belikon.

Uno de los arqueros obedeció la orden de su rey y se me tiró encima. Le clavé a Erromar en la axila. La punta de la espada divina, al rojo vivo, le salió por el lateral del cuello. De la boca del guardia salió humo, y murió.

Otro se acercó, y luego otro, y otro. Dejé que se apilasen sobre mí. Una mareante punzada de dolor me subió por la pierna. Esta vez no pude reprimirla, pero me obligué a soportarla, a la espera del momento adecuado.

Un cuarto par de manos intentó agarrarme, con unos dedos que se me clavaron en la garganta. Entonces liberé la energía. Mi runa del mercurio no valía solo para manipular el metal y hacer reliquias. También podía expulsar grandes cantidades de poder en ráfagas muy cortas.

Ninguno de los guardias se había fijado en el fulgor creciente de la runa en el dorso de mi mano. Belikon, al parecer, sí que se había dado cuenta, pero demasiado tarde como para salvar a sus hombres.

—¡Retroceded! ¡Retroceded! Va a…

Mi escudo cobró vida con una llamarada. Las runas alquiméreas entrelazadas se proyectaron en el aire como una estrella fugaz. El icono del mercurio refulgió con más fuerza que los demás, latente. Giré la muñeca y el escudo rotó. El icono se volvió más grande…

La magia rugió en mi interior, aumentando, creciendo, subiendo…

Belikon se quedó boquiabierto al ver cómo detonaba mi escudo. La fuerza del pulso resultante de energía arrojó a los guardias por el aire y los destruyó por completo. Una fina neblina de sangre y carne pulverizada cayó y manchó la nieve de rojo.

¿Habían muerto ya seis de ellos? ¿Siete? Había perdido la cuenta. Me levanté de nuevo, lista para el siguiente ataque…, pero no me atacó nadie.

Belikon de Barra contempló asombrado el escudo que flotaba en el aire. Al verlo, el pánico me recorrió todas las terminaciones nerviosas.

—Espectacular —jadeó—. Jamás había visto tantas capas de poder acumuladas. No se puede permitir que algo así exista en este mundo, a no ser que me pertenezca.

—Bueno, supongo que te lo deberías haber pensado antes de matar a todos los alquimistas, ¿no?

Di una palmada en el aire y el escudo se desvaneció. No debería haber dejado que Belikon viera cómo lo hacía. La locura en sus ojos me anunció que no se detendría hasta encontrar el modo de vincularse conmigo. La mera idea era aterradora.

—¿Eso es lo que te han dicho, que maté a tu gente? Deberías informarte mejor antes de…

—No quiero ni oírlo. Me dan igual tus mentiras…

—¡Mujer insolente! ¡Te gusta mucho interrumpir a tus superiores! Contén la lengua. Solo saldrás viva de estos bosques si así yo lo decido —ladró él.

Con la respiración alterada, bajé a Erromar y Selanir a mis costados y escupí en el suelo. Le dediqué a Belikon la mirada de mayor desdén que pude lanzar.

—Ah, ¿sí?

—Y tanto. Y sabes bien por qué será. Te vas a quedar ahí tranquilita y te vas a comportar, porque te conviene que tu compañero siga con vida. Orious, ¿qué te parece si le enseñas a la pequeña alquimista dónde ha estado pasando su precioso perro los últimos días?

Orious.

Ese pedazo de mierda llorón y asqueroso.

Estaba allí también, ¿no?

Sí. Aquel tipejo escuálido salió de detrás de un árbol, con la barbilla alta, y me miró a los ojos.

—Mira que te lo advertí, niña. Tuviste una oportunidad. Esto podría haber sido mucho más fácil. Mucho menos… doloroso para ti.

—Anda y que te follen, Orious. Dime dónde está Fisher.

A la derecha de Orious, Hazrax flotaba en la oscuridad, espectralmente luminiscente bajo la luz de la luna, observando…

—Ay, niña, pero si está delante de ti —ronroneó Orious—. ¿No lo ves?

El senescal de Belikon se echó con aire despreocupado hacia un lado, y de pronto lo vi. Los árboles cimbrearon, los bosques se abrieron y un grito brutal rasgó el aire nocturno. En un primer momento pensé que aquel chillido escalofriante provenía de las sombras torturadas de Bosquemimbre, pero capté el sabor de la sangre y me di cuenta de que quien había gritado era yo: un grito con tanta fuerza que me dejó la garganta en carne viva.

Ante mí se alzaba un árbol monstruoso, de quince metros de alto y de corteza negra como el pecado. En el centro del tronco había una enorme hendidura, una grieta en la madera tan podrida y nauseabunda que más bien parecía una herida. Y allí estaba Fisher, incrustado en el centro de esa herida. La parte baja del árbol parecía haberse curado alrededor del cuerpo de mi compañero, hasta los hombros, de hecho. La madera había crecido hasta cubrirlo. Ahora atrapaba su cuerpo dentro. Casi se lo había tragado del todo.

Fisher tenía los ojos cerrados, las pestañas negras pegadas a las mejillas y el pelo aplastado contra la cabeza. Tenía mucho peor aspecto que en el sueño…, parecía a punto de morir. En la base del árbol, Nimerelle descansaba en lo alto de una roca plana. De la hoja brotaban nubecillas de denso humo negro. La espada divina de Fisher no estaba contenta en absoluto.

—¿Qué le estáis haciendo? —susurré.

Belikon esbozó una sonrisa lobuna y se giró hacia mí, seguro de contar con toda mi atención.

—Saeris, puede que recuerdes que, cuando tú y yo nos conocimos, dije que este hombre…, este perro, iba a someterse a juicio por el papel que había desempeñado en la muerte y la destrucción que tuvieron lugar en mi querida ciudad de Gillethrye. Huyó de mi palacio sin mi conocimiento y luego intentó ocultarse en un refugio con salvaguardas ilegales. Desde entonces se ha negado a presentarse ante la corte a la que sirve y dar su testimonio de lo ocurrido en Gillethrye…

—Eres un puto monstruo. Él no tuvo nada que ver con todas esas muertes —escupí—. El juicio se llevó a cabo sin él, y se emitió un veredicto en su ausencia.

La sonrisa de Belikon se ensanchó hasta extremos aterradores y antinaturales.

—Como ya habrás adivinado, se lo declaró culpable de genocidio. Sigue siendo un misterio el motivo por el que decidió matar a tantos de sus congéneres —dijo, con una ligereza falsa en la voz—. Pero, como rey justo que se preocupa del bienestar de sus súbditos, yo

solo tenía una alternativa. —Me clavó la mirada, con expresión vacía. Vi el mal gélido que anidaba en su interior, que le brotaba de esos ojos legañosos—. Lo condené a cadena perpetua, por supuesto. Aquí, en una mazmorra subterránea.

—¿Qué le estáis haciendo? ¿Por qué está atrapado así? —Yo no soportaba el pánico en mi voz, no soportaba lo mucho que temblaba.

—Díselo, Orious —dijo Belikon en tono aburrido—. La alquimista se enterará tarde o temprano. Es mejor que entienda cuanto antes el lío en el que se ha metido.

Orious, como buen lamebotas, se inclinó hasta quedar doblado por la mitad.

—Por supuesto, majestad. —Se enderezó y se puso a explicarme—: Puede que hayas pensado que estás rodeada de árboles ahora mismo, pero te equivocas. No son árboles comunes y corrientes. En su día fueron un clan de dríades. Arrogantes y santurronas, decidieron enfrentarse a los clanes de brujas del norte. Nadie recuerda por qué lo hicieron. Y da igual. Lo que importa es que perdieron la lucha y sufrieron las consecuencias. Las brujas maldijeron a las dríades y las convirtieron en estas prisiones. Las condenaron a no tener consuelo ni confort alguno bajo la luz del día, a la que adoraban, a alimentarse únicamente del sufrimiento y las penurias de otros. Las brujas transformaron a las dríades en todo aquello que estas odiaban…, y aquí siguen estando hoy, alimentadas por el miedo y el dolor sin fin de aquellos a quienes apresan. Mantienen vivos a sus prisioneros, ¿sabías? Su relación se vuelve simbiótica. En realidad es fascinante, yo mismo he…

—Ya basta, Orious. Creo que ya lo entiende —entonó Belikon.

Su senescal dejó de hablar e hizo una reverencia aún más pronunciada que la anterior.

El rey se dirigió a mí y me dijo:

—Estas dríades están en mis tierras. Existen porque yo se lo permito. Me obedecen en todo, y yo a cambio las alimento. Si intentas cortar este árbol para liberar a tu compañero, lo matarás al

instante. Las dríades se han convertido en criaturas vengativas con el paso de los años. —Se rio—. He de admitir que admiro la capacidad que tienen de provocar el miedo en sus cautivos. A veces, si colocas la mano en sus troncos, te muestran la sinfonía de horrores que llevan a cabo en las mentes de quienes están atrapados en su interior.

—Libéralo —dije, hirviendo de rabia—. Sabes que la gente de Gillethrye murió a manos de la horda de Malcolm. ¡Fisher no tuvo nada que ver!

—Fisher no ha sido más que un problema desde el mismo momento en que nació. El único modo en que pienso soportar su existencia es este. Así no me causará más quebraderos de cabeza ni me soliviantará al pueblo. Se quedará aquí hasta que yo me convenza de que ya no representa ninguna amenaza para la corona. Aquí se quedará —repitió— hasta que tú te hayas arrodillado ante la Roca Firinn y hayas hecho el juramento a mi servicio. Aceptarás sin quejarte, y cuando hayas demostrado ser digna…, cuando te conviertas en una herramienta que yo pueda manipular, quizá dentro de un par de miles de años, acabaré por liberarlo, a lo mejor. Solo así vivirá, niña —dijo Belikon en tono desdeñoso—. Acéptalo.

No, no pensaba aceptarlo. Ni en un millón de años. Pero eso Belikon no lo sabía. Señalé con el mentón a la espada divina que seguía desprendiendo aquel humo negro sobre la piedra a los pies de la prisión de Fisher.

—¿Y qué pasa con Nimerelle? —pregunté—. ¿Qué pasará con la espada divina de Fisher mientras él se pasa mil años atrapado en esta prisión?

La mirada de Belikon, febril, cayó sobre la espada en cuestión.

—Dado que Kingfisher robó lo que era mío por derecho y se llevó a Solace cuando huyó del palacio, lo más justo es que yo le quite su espada divina. Pronto la mazmorra consumirá a tu compañero. Cuando la dríade lo engulla del todo, no lo matará, pero Fisher entrará en un estado muy parecido a la muerte. El vínculo que tiene con la espada divina quedará roto, y Nimerelle será mía. Una justicia

de lo más gratificante, diría yo. Con una espada tan legendaria en mi mano, todos aquellos que se niegan a inclinarse ante mí acabarán cayendo de rodillas a la fuerza. Por el bien de Yvelia… —Las palabras murieron en sus labios—. Espera, ¿qué haces?

Yo había aprovechado el tiempo para unir a Erromar y Selanir. Las espadas cortas volvieron a convertirse en una sola y a dar forma a Solace. La espada singular era demasiado grande como para manejarla cómodamente, pero, aun así, me las arreglé. E iba a necesitar ambas manos para lo que estaba a punto de hacer.

—No se va a quedar ahí dentro.

Así de sencillo. Era un hecho. Orious soltó una risa que más bien era un ladrido, aunque se movió inquieto en el sitio.

—Terca hasta la muerte, majestad. ¿Qué os había dicho? No se puede razonar con ella.

Pero Belikon no escuchaba a su senescal. Me miraba a mí, con los ojos entrecerrados hasta ser meras rendijas.

—¿Qué es lo que escondes, niña? ¿Qué sabes?

Di un paso al frente.

—Sé la historia de esa espada divina que descansa ahí. ¿Y tú?

El muy cabrón frunció más el ceño. Se arrebujó en el manto que llevaba y se lo recolocó para que le cayese correctamente hasta los pies.

—Es una espada, mestiza. Si atacas con ella, corta. ¿Qué más hay que saber?

—Se la dieron a Fisher los mismísimos dioses. ¿Sabías que está hecha de hierro?

El rey soltó una risa desdeñosa.

—No seas idiota. Ningún miembro de los fae puede blandir hierro. Bastaría apenas un segundo sosteniéndola con las manos desnudas para que el perro acabara muerto. Y la lleva consigo desde Ajun…

—Desde Ajun, sí. Ajun, donde Fisher cerró la puerta de hierro que protege la ciudad, una vez más, con las manos desnudas. Sabía que algo así lo mataría. Debería haberlo matado. Pero Bal y Mithin se apiadaron de su favorito, ¿no? Lo salvaron. Le dieron una espada de

hierro porque había demostrado que tenía fuerza suficiente como para enarbolarla. Y allí, en mitad del campo de batalla, su amiga murió a manos del dragón contra el que luchaban. El mismo dragón cuyo cráneo tienes sobre tu trono, como si hubieras sido tú quien lo mató.

—¿Me increpas por hacerme con lo que es mío por derecho? El botín de toda guerra le pertenece a la corona, necia.

Di otro paso. Casi estaba lo suficientemente cerca. Casi…

—Se llamaba Merelle, hermana gemela de Renfis, quien más tarde llegaría a ser general de tu ejército.

Belikon arrugó la nariz y negó con la cabeza.

—¿Y se supone que he de sentir algo? ¿Cómo voy a recordar a todos los que caen en servicio de su rey? Ni siquiera sabía que Renfis tenía una hermana.

Yo tragué la bilis que me subió a la garganta.

—Merelle murió entre gritos. Fisher y los demás miembros de los Lupo Proelia abatieron a la odiosa bestia, aunque Fisher acabó dentro de sus fauces. Merelle acudió entonces a él. O sea, acudió su espíritu. Vinculó su alma a esa hoja para poder estar siempre con sus amigos. Por eso se llama así la espada. Ni'Merelle. «Por Merelle» en fae antiguo.

Orious emitió un sonido de desdén y curvó el labio superior.

—No nos des lecciones sobre etimología de una lengua que no dominas.

Otro paso más. Quedaba uno para estar lo bastante cerca. Hice hincapié en ignorar la pulla de Orious.

—Tal y como se deduce de la historia, esa hoja no es simplemente una espada divina. Está hecha de hierro. Contiene el eco de un alma que murió por ti. Da igual que Kingfisher viva o muera. Jamás podrás enarbolar a Nimerelle. Si el metal no te mata, lo hará la guerrera que vive dentro de ella.

Estaba claro que Belikon no sabía lo del hierro. Las espadas divinas siempre incomodaban a la gente con la que no estaban vinculadas. Así funcionaban. Belikon intentaría paliar de alguna

manera la inquietud que le provocaba la espada. No la había tocado sin guantes porque eso supondría una sentencia de muerte, teniendo en cuenta quién era y el hecho de que la hoja seguía vinculada a Fisher. De pronto, el rey comprendió que había un agujero en su plan. Una alteración que le amargaba el sabor de la victoria en la boca.

Intentó restarle importancia al tema con un gesto.

—Está bien, que así sea. Si ningún otro miembro de los fae puede tocar ese maldito hierro, haré que dispongan de él. Que entierren la espada en una ubicación sin marcar. Que la tiren a un abismo. La olvidarán, y tú me forjarás una nueva espada divina…

—Hay alguien más —interrumpí.

A Orious le tembló el labio, evidentemente rabioso porque yo había interrumpido a su preciado rey. Belikon se limitó a suspirar.

—¿Alguien más?

—Alguien más a quien no afecta el hierro.

—Te ruego que me ilustres. ¿Quién…?

—Yo.

Llamé a la espada, y la espada acudió.

Elevé una ferviente plegaria mientras Nimerelle salía disparada de aquella piedra a los pies del árbol y volaba por el aire…

Por favor, no me mates. Por favor, no me mates. Por favor, joder, no me…

La espada aterrizó en mi mano desnuda. Todo Bosquemimbre contuvo la respiración cuando la cerré en torno a la empuñadura de Nimerelle. Una breve y desagradable sensación me subió por el brazo… y desapareció.

No hubo voz alguna en mi cabeza. No oí ninguna reprimenda del pequeño hilo de mercurio que contenía la espada, ni de las diosas que la habían hecho ni del guerrero que la poseía. Capté un levísimo aroma a enebro. Oí una risa lejana y juguetona a lomos de una brisa que no estaba allí. Y de pronto, simultáneamente, la espada divina que llevaba en la mano izquierda formó una columna de llamas

blancas… y de la espada divina en mi mano derecha brotó una muralla de sombra y humo.

Por primera vez en toda la historia de Yvelia, una espada divina se había encomendado a las manos de alguien con quien no estaba vinculada. Porque Kingfisher me amaba. Yo había ido a salvarlo…, y eso le bastaba a la espada.

—Imposible —susurró Belikon.

Claro, por supuesto que le parecía imposible. Un corazón gobernado por el odio y el miedo no experimentaba milagros. Había que conocer el amor, la alegría y la confianza para ello. Conceptos tan ajenos para Belikon como para mí había sido la mera idea de Yvelia hacía no mucho.

—¡Puede darse por muerto! —gritó Belikon—. ¡En cuanto toques a la dríade con cualquiera de esas espadas, puede darse por muerto!

—Las espadas no son para la dríade, Belikon. —Giré las puntas de ambas, trenzando luz y sombra—. Son para ti.

Yo ya había experimentado el poder del rey en el salón del trono del Palacio de Invierno. Había tenido ganas de salirme de mi propia piel. También lo había visto en Gillethrye, donde Fisher lo había atravesado con Nimerelle y, aun así, Belikon no había muerto. Su poder se estrelló ahora contra mi piel al acercarme a él. Intentó detenerme, frenarme en seco, pero yo no era la misma chica que lo había visto atormentar a su compañero sin hacer nada. Ahora tenía mi propio poder. Un poder tan formidable como el de aquel falso rey.

Con cada paso que daba hacia él, venciendo el escudo que había levantado en torno a sí, los ojos de Belikon se desorbitaban más y más.

—¿Qué esperas conseguir, niña? No puedes matarme.

Matarlo sería una victoria para Yvelia, pero sabía que no lo iba a conseguir aquella noche. Eso lo dejaría para otro día, otro momento. Que otra mano empuñase el cuchillo. Lo único que tenía que hacer era distraerlo lo suficiente como para pronunciar las palabras…

—Orious, estoy harto de estas sandeces —escupió Belikon—. Dile a la dríade que lo engulla.

Mierda. Una vez que ese árbol se cerrase sobre Fisher, todo habría acabado. Tenía que actuar. Ahora.

El senescal de Belikon echó a correr a toda velocidad hacia el árbol. Colocó una mano en el tronco, y el ser se estremeció por completo ante su contacto.

Arrojé a Solace como si de una lanza se tratase. La hoja atravesó a Orious de lado a lado a la altura del pecho. Pero el daño ya estaba hecho. Se oyó un gemido, un crujido, un chirrido que llenó el aire. Y el tronco abierto y hambriento empezó a cerrarse sobre los hombros y la cabeza de Fisher.

Belikon estaba delante de mí.

Se había movido muy rápido. Demasiado rápido. Yo había apartado la atención apenas una fracción de segundo y ahora iba a pagar por mi error. Me golpeó en el plexo solar, y el aire se me escapó de los pulmones. Debería haber salido volando por los aires y haberme estrellado contra el árbol, contra la dríade, que tenía a la espalda. Pero no fue así. Estaba anclada en el sitio. Belikon me sujetaba por dentro. No solo me había dado un puñetazo: me había atravesado el esternón con el puño, había metido la mano en mi cavidad torácica… y ahora me sujetaba el corazón.

—Parece que aquí está la fuente de todos nuestros problemas. Qué trozo de carne tan problemático. Me pregunto si podrás sobrevivir sin él. Siendo mestiza como eres, creo que aún necesitas el corazón, Saeris. ¿Me vas a obligar a arrancártelo? ¿O empezarás a comportarte para que te permita quedártelo?

No fui capaz de responder. Podía impedir que me latiera el corazón, pero desde luego necesitaba tenerlo dentro. El pánico se adueñó de mi pecho, con fuerza, arraigándose…

—Hinca la rodilla, Saeris —rugió Belikon. Su aliento me cayó en la cara, nauseabundo. Olía a muerte.

Monstruo.

Asesino.

Villano.

Prefería morir a encadenarme a un demonio como él. Me brotó un chorro de sangre de la boca. Me corría por la barbilla formando un río y me inundaba la lengua de un sabor metálico.

—Tengo… un mensaje… para ti… —resollé—. Un mensaje… de tu esposa… muerta.

Pasó tan rápido que a cualquiera se le habría escapado, pero a mí no. Vi que el cabrón se encogía. Me atraganté con otro montón de sangre.

—Me dijo… que te… dijese: «Nunca».

Rápida como un rayo, recuperé a Solace y se la clavé a Belikon. Al mismo tiempo, le hundí a Nimerelle en el estómago y se la saqué por la espalda, imitando el golpe que Fisher le había asestado en Gillethrye.

El rey me soltó y retrocedió a trompicones, con los ojos clavados en la espada hundida en su estómago y en la punta resplandeciente de la otra, que le asomaba del pecho. Zarcillos de sombra rodeaban al rey, cada vez más rápido, y lo envolvían en una crisálida letal. Empezaron a aparecerle tajos por toda la piel, cruzados, sangrantes, aunque se curaban antes de abrirse del todo. Empalado por las enormes espadas divinas y envuelto en humo, Belikon cayó de rodillas. Aun así, echó la cabeza hacia atrás y se rio.

—¡Con esto no basta! —bramó—. ¡Jamás bastará!

Yo tenía un puto agujero en el pecho. Un agujero grande. Sin embargo, la herida empezó a cerrarse al dar el primer paso hacia la dríade. Aquella herida debería haberme matado. Si hubiese sido solo fae, o solo vampira, quizá habría sido así, pero parece ser que mis poderes fae se aunaron con mis poderes de vampira altasangre y aumentaron exponencialmente mis capacidades curativas. No comprendía cómo podía haber pasado, pero lo acepté. Iba a vivir para terminar lo que había empezado allí, y de momento no me importaba nada más.

—Un fae juramentado no puede romper la promesa que hace —dije—. Ha de cumplirla, bajo pena de muerte.

—¿Es que no lo sabías, mestiza? Kingfisher ya está bajo mi mando. Más vale que te unas a él.

El rey intentó sacarse a Nimerelle del vientre, pero no podía sujetar la empuñadura. Lo dejé donde estaba arrodillado y me dirigí a la dríade. Ahora solo se veía la cara de Fisher, que pronto también desaparecería.

—A menos que… —dije en voz baja.

La formulación era importante. Tenía que decirlo correctamente.

—¿A menos que qué?

—Los nombres tienen un gran significado en este lugar. No hay poder en este reino ni en ningún otro que pueda reemplazar una orden que se da usando el nombre verdadero de una persona. Un nombre verdadero puede deshacer un juramento. Puede abrir puertas. —Apoyé una mano en el tronco de la dríade y sentí a Fisher por primera vez. Estaba ahí dentro. Podía oírme.

«Saeris…».

El sonido de su voz en mi cabeza, por débil que fuese, me llenó de valor. Me preparé y hablé en voz alta, con tono firme, para que me oyese todo el reino. Era una maniobra arriesgada y tenía que valer la pena. Crucé los dedos y recé.

—Kingfisher de Puerta Ajun, te llamo por tu nombre verdadero. Declaro nulos y acabados todos los juramentos que has hecho. ¡Álzate, Khydan Graystar Finvarra, en honor al nombre que se te dio al nacer! ¡Álzate y lucha!

48



LOCURA

KINGFISHER
(Khydan Graystar Finvarra)

La oscuridad infinita se hizo añicos. Y al hacerlo, el pedazo de hielo que había en mi pecho se derritió y explotó como una estrella recién formada que ocupase su puesto en la esfera celestial. El tiempo se contrajo, y al abrir los ojos, pude centrar la vista en la madera que me rodeaba.

Muchos datos se asentaron a la vez en mi mente.

Yo había estado dentro de la puertasombra. Había oído la voz de Belikon, había captado la orden que me dio. Me dijo que acudiese a él… y me vi incapaz de negarme. Después de eso, todo era un borrón. Sabía exactamente dónde me encontraba ahora, y el grito de mi compañera seguía resonando en mis oídos como una llamada desesperada a las armas.

«¡Álzate, Khydan Graystar Finvarra, en honor al nombre que se te dio al nacer! ¡Álzate y lucha!».

El nombre resonó en mi pecho y activó uno de los cimientos más profundos de mi alma. Yo conocía aquel nombre. Lo conocía del mismo modo que sabía que el cielo era azul, del mismo modo que

sabía lo que era arriba y lo que era abajo. Era parte de mí —siempre lo había sido— y ahora se había asentado sobre mí como un manto hecho a medida.

La orden que siguió a mi nombre me incendió el alma, pero lo que surgió de mí al obedecerla fue oscuridad y venganza. Mi magia tronó y brotó del pozo de poder más rápido que nunca. Resplandeciente y furiosa, salió de golpe de mi interior en todas direcciones y desintegró la jaula que me apresaba.

Pero no era una jaula. Era una mazmorra.

Astillas de madera podrida volaron por el aire como metralla. El aire se llenó de humo…

… y cuando se aclaró, lo primero que emergió de entre la destrucción fue mi compañera. ¿De verdad la estaba viendo? ¿Había venido a por mí? ¿Ella sola?

Tenía el pelo revuelto, los ojos azules abiertos como platos, rebosantes de desafío y sorpresa. Su boca y su mandíbula estaban pintadas de rojo sangre, así como el frontal de su armadura de cuero. Al ver mi pánico creciente, negó con la cabeza y cubrió a la carrera los pocos metros que nos separaban.

—No te preocupes. No te preocupes, estoy bien. Belikon…

Ah, yo ya había visto a Belikon.

El muy cabrón seguía arrodillado en medio de la nieve revuelta, no con una, sino con dos espadas divinas atravesándole el torso. No bastaban para matarlo, pero el hierro de Nimerelle le drenaba el poder, y eso lo mantenía de rodillas. Iba vestido como si fuese a acudir a una gran celebración. Llevaba un grueso manto de armiño color chocolate, aunque las dos espadas divinas lo habían echado a perder. En la cabeza tenía la corona más ornamentada que yo hubiese visto jamás, mucho más ostentosa que el humilde laurel de invierno que le había robado a Rurik Daianthus. Le caía sangre por la boca y la estrecha barbilla. Al ver que yo me acercaba a él por la nieve, se echó a reír.

—Si quieres recuperar tu espada, tendrás que arrancármela. Y hazme caso: no te va a gustar lo que pasará luego.

Le di una patada en la cara con todas mis fuerzas. El rey cayó de culo en la nieve. La repugnante corona enjoyada se le deslizó por la frente y rodó por el bosque.

—Llevo mucho tiempo deseando hacer eso —dije con voz cruda.

Había gritado mucho en el infernal paisaje que la dríade había creado para mí, y sentía la garganta como si hubiese soltado esos mismos gritos en la vida real.

El rey yacía de costado, incapaz de rodar para ponerse bocarriba, por culpa de las dos espadas que lo empalaban. Me pregunté cómo habría acabado Nimerelle encajada entre las costillas del muy gilipollas, pero era una persona paciente. Ya me enteraría.

—Mis guardias están apostados por toda esta arboleda. Jamás podréis salir —dijo Belikon.

Yo ladeé la cabeza y lo miré.

—¿Tan seguro estás?

El rey emitió otra risotada a borbotones. Suspiró, tumbado en la nieve.

—¿Sabes? —dijo, contemplando el cielo con ojos entrecerrados—. Le has hecho un flaco favor a tu compañera. No sabe nada de cómo funciona este reino. No conoce nuestras costumbres ni las reglas que gobiernan nuestra existencia.

Me acerqué más a él y me pregunté dónde debería arrearlo primero.

—Ah, ¿no?

Una tos profunda estremeció al rey. Durante un instante, no pudo respirar. Tras volver a recuperarse, habló:

—Ha venido aquí y ha usado tu nombre verdadero para liberarte. Y ha funcionado. Pero es una victoria hueca —dijo, enfatizando las palabras, como si yo fuera un estúpido—. Ha usado tu nombre verdadero… delante de mí. Me ha otorgado el arma más poderosa que yo podría haber deseado. Estás jodido, Kingfisher. ¿O debería llamarte Khydan? A ver si lo recuerdo bien, ¿te parece? ¡Khydan Graystar Finvarra, te ordeno que me saques esta espada del pecho y mates con ella a tu preciosa compañera!

El aire a mi alrededor se estremeció. Su voluntad se estrelló contra mí, me obligó a avanzar, movió mi mano hacia Nimerelle. Agarré la hoja. La extraje de su cuerpo. La llevé hasta el lugar donde se encontraba Saeris, ensangrentada y tambaleante. La alcé y apunté con su filo humeante al cuello de mi compañera.

Ahora que se había librado de Nimerelle, Belikon se estaba poniendo en pie poco a poco.

—¡Hazlo! ¡Basta de charadas! —ladró.

Miré a mi compañera y esbocé una sonrisa pesarosa.

—Lo siento mucho, Osha.

Ella no parpadeó. No se movió. Me devolvió la misma sonrisa triste.

—No te preocupes. Nada de esto es culpa tuya.

Descargué la hoja y, al mismo tiempo, giré en redondo para clavársela de nuevo a Belikon en el pecho. Le hundí la espada con ambas manos, tan fuerte que atravesó por completo a aquel tipejo patético hasta volver a ponerlo de rodillas y clavarlo al suelo.

—Pero… ¿qué…? Te he… orde… ordenado… —insistió Belikon entre jadeos.

Fue Saeris quien dio un paso al frente para comunicarle la noticia.

—¿Ves esto? —dijo, estirando la mano derecha para que viese el dorso. La sencilla runa entrelazada que rodeó con el índice izquierdo no brilló, pero el rostro de Belikon se volvió ceniciento al verla—. Una runa de deshacer, de romper. —Le mostró una sonrisa afilada y asesina—. ¿De verdad te crees que sería tan estúpida como para pronunciar el nombre verdadero de mi compañero delante de ti sin protegerlo primero? Debes de haber perdido la puta chaveta. Yo no podía dominar el juramento que le obligaste a hacer, pero con esto puedo deshacerlo. Y después de pronunciar su nombre y ordenarlo liberarse, ¿qué creías que iba a hacer, Belikon?

—Su nombre… Has… has…

Ella asintió.

—Sí. Deshice la magia que lo ata. Ahora nadie puede usar su nombre contra él. Nadie volverá a controlarlo.

—Pobre… niñata… ilusa. —El rey le enseñó unos dientes manchados de sangre—. Si te lo crees de verdad es que eres una débil mental. Mientras… tú y tus amigos… viváis, siempre habrá un modo de controlarlo.

«No le hagas caso, Osha. Es capaz de decir cualquier cosa para manipularte. Salgamos de aquí antes de que aparezcan los otros guardias».

Yo sabía que no podíamos quedarnos mucho. Habíamos tenido suerte. No había quedado atrapado para siempre dentro de la dríade, por lo cual tenía que dar seriamente las gracias. Lo normal era que quien entrase en uno de esos seres ya no volviese a salir. Saeris infló las aletas de la nariz; el odio le brotó por todos los poros y, despacio, se alejó del rey tumbado. Agarró la empuñadura de Solace y empezó a sacársela de la espalda a Belikon… y de repente una figura cayó sobre ella. Una túnica negra, arremolinada. Una daga de filo irregular fue directa al cuello de Saeris. Pero entonces apareció un pelaje blanco y unos dientes afilados, junto con unos ojos del color del azabache pulido.

Orious había estado a punto de rajarle el gaznate a Saeris…, pero había aparecido Onyx. El zorrillo salió a la carrera de entre las sombras y saltó sobre la cara del senescal. Rugió y arañó, y le hundió los dientes en la mandíbula y la mejilla.

—¡Perro demoníaco! —gruñó el senescal. Arañó el pelaje de Onyx, intentando agarrarlo—. ¡Pensaba que estabas muerto!

—¡Onyx, no!

Saeris se puso en movimiento antes de que yo pudiese detenerla. Dejó a Solace enterrada en el pecho de Belikon. Aún tenía la daga que yo le había dado hacía semanas. La hoja apareció en su mano al llegar hasta Orious, que no dejaba de maldecir mientras intentaba quitarse de encima al zorro. Unos colmillos afilados como agujas se hundieron en la muñeca de Orious, que soltó un aullido de dolor…

El zorro había salvado a Saeris. Ya había hecho bastante. Saeris le clavó en el costado a Orious la daga que yo le había regalado. Hundió el acero fae hasta la empuñadura. Al mismo tiempo, yo envié

mis zarcillos de humo y sujeté a aquel pedazo de mierda por los tobillos. Mi magia le rodeó el torso, lista para apretar y romperle las costillas, pero el senescal se giró y, con un rugido de bestia rabiosa, volvió a lanzarle un tajo a Saeris. El arma, una hoja nula, trazó un arco en el aire en busca de carne en la que hundir su maldito filo.

Y la encontró, pero no fue la carne de Saeris.

Onyx dejó escapar un gañido agónico y cayó al suelo. Orious soltó un grito victorioso. El zorro se había interpuesto en el camino de la daga y había echado a perder su oportunidad de acabar con Saeris. Aun así, a juzgar por la alegre sonrisa en su rostro, al senescal no le importó. Retrocedió a trompicones y dejó escapar una risotada demencial e hirviente.

—¡Por fin! —siseó—. ¡Te he…!

La reacción de Saeris fue instantánea e implacable. Hundió el rostro en el cuello del senescal y le arrancó de un mordisco la puta garganta. Salpicaron por todas partes sangre y carne desgarrada. Mi magia impactó en él un segundo después.

«Entrad», ordené. «Destruid».

Mis sombras cazaban. Jamás les había ordenado que causasen dolor, pero ahora sí que lo hice, vaya que sí. El humo y las sombras acabaron de destrozar la garganta abierta de Orious y lo destriparon de dentro afuera. Murió en una gran agonía, desprovisto de la capacidad de gritar.

—No, no, no.

Saeris se acercó al gurruño que yacía sobre la nieve. Onyx tenía el costado rajado por completo, los ojos en blanco, la lengua colgando. Jadeaba e intentaba respirar. Todo su pelaje estaba manchado de un intenso tono rojo.

Mi compañera se giró y me agarró del brazo para llevarme junto al zorro.

—¡Ayúdalo! —Estaba sollozando—. Como ya hiciste en Ammontraíeth. Haz eso que…, ya sabes…, lo de agarrarlo, tocarlo y… y sanarlo. ¡Por favor! ¡Por favor!

Yo aparté con ternura su mano de la mía, porque me estaba clavando los dedos con desesperación en el brazal. Me la llevé al pecho.

—No puedo, Osha —susurré—. Lo siento.

—Pero… debe de quedarte algo de magia sanadora. Tus encantamientos menores. Aunque sea un poco. Es muy pequeño, tú mismo lo dijiste. Inténtalo… ¡Inténtalo!

Le acaricié el pelo y la abracé con fuerza al tiempo que negaba despacio con la cabeza.

—Lo siento. —Se me quebró la voz—. De verdad que lo intentaría si pudiera. Pero es demasiado tarde, Osha. Ya se ha ido.

Onyx había emitido un último aliento tembloroso mientras Saeris lloraba. Se había estremecido y, con un suspiro, había muerto. Saeris me dio un empujón en el pecho y se apartó de mí. Negó con la cabeza, como si negar la realidad sirviese de algo.

—No, no, no ha muerto. ¡No ha muerto! —Pero entonces vio a Onyx, vio lo inmóvil que estaba, lo tranquilo que parecía, y la verdad se cernió sobre ella. Cayó de rodillas y sollozó—. No lo he abrazado. No lo he… no lo…

Dioses. Tenía que consolarla, pero ¿qué consuelo iba a darle, si a mí mismo me caían lágrimas por las mejillas? Acudí igualmente a ella, me agaché a su espalda y la estreché en mis brazos.

Una risa gélida reverberó por Bosquemimbre en medio de nuestro dolor.

—El maldito zorro. Fue todo un engorro constante mientras te esperábamos aquí, alquimista —graznó Belikon—. Pensábamos que no era más que… una bestia feroz que intentaba robar comida. Mordió a tres de mis hombres. Le arrancó… el dedo a Orious… anoche mismo. Atacaba el campamento a todas horas… y… arañaba el árbol.

El árbol.

La dríade que me había aprisionado. Yo llevaba a Onyx en brazos cuando entré en la puertasombra para marcharme de Cahlish. Lo había llevado allí sin querer… y el zorrillo no me había abandonado.

Saeris alzó a Onyx en brazos y lo acunó con ternura.

Unas orejas aterciopeladas de punta negra.

Unas pestañas blancas y diminutas.

Zarpas agrietadas y sangrantes una vez más…

Parecía tan pequeño, arrebujado sobre sí mismo.

Pero no era pequeño.

En todos mis años de vida, viajando por ese reino, jamás había encontrado un ser tan poderoso y valiente como aquel zorrillo con corazón de lobo.

Mi compañera estaba empezando a romperse, pero no podía hacerlo allí. El sol saldría pronto y los bosques no serían seguros. «Osha, tenemos que irnos». Se lo dije a Saeris en la mente, porque el cabrón clavado al suelo ahí atrás no se merecía oír ni una sola palabra más por nuestra parte. «Vamos a llevárnoslo. Lo enterraremos con honores».

—Siempre hay un precio para este tipo de locura —dijo Belikon—. Si permites que la debilidad entre en tu corazón, te acabará rompiendo.

Mi rabia se cristalizó ante esas palabras. Tenía que mantenerme entero para Saeris, pero, por los dioses vivos, aquel cabrón me lo estaba poniendo difícil. Agarré la mano de mi compañera y la ayudé a levantarse. Si no podía caminar, yo cargaría con ella. Pero antes…

Me detuve frente al responsable de la muerte de mi padre.

Quien me había atormentado desde mi juventud.

Quien había asesinado a mi madre.

Quien había robado una corte entera y había sacrificado a su gente por mero deporte.

Y a quien yo ya no estaba atado por juramento.

Me contempló con ojos impasibles, como si ahora mi presencia lo aburriese.

—Sabes que, en cuanto extraigas este hierro, estás condenado, ¿verdad? Una vez vuelva a tener acceso a mi magia, llamaré a mis guardias. No llegaréis lejos. Os seguiré allá donde vayáis y acabaré con los dos.

—Entonces supongo que algo habrá que hacer para mejorar nuestras posibilidades de escapar, ¿no te parece?

Invoqué una puertasombra, que se abrió tras de mí. Ni siquiera la miré. El portal palpitó, abierto, y mis sombras empezaron a girar.

«Vamos, Osha, saca a Solace». Saeris necesitaba su espada divina. Llorando, se la sacó del pecho al rey, sin molestarse en mirar cómo este sonreía ante su pérdida.

—Espero que estéis preparados —gruñó Belikon.

—¿Estás preparado tú?

De niño me daba miedo. Me escondía de él en el palacio siempre que podía. Pero, a lo largo de los años, sobre todo tras salir del mercurio con ojos de plata, empecé a comprender la verdad. Aunque yo era un niño y él se había quedado con todo el reino, en realidad era Belikon quien tenía miedo de mí. Y yo estaba a punto de demostrarle que debía temerme. Seguía habiendo un lugar al que no podría seguirme, y resulta que teníamos que ir allí igualmente. Era el único modo si queríamos detener la podredumbre. En un primer momento, yo me había negado a aceptar el plan, pero ya no contábamos con ese lujo.

Agarré a Nimerelle y conté.

Tres…

Dos…

Uno…

El filo de la espada rechinó contra el hueso al extraerla. Belikon se puso en movimiento, libre al instante del hierro que mataba su magia. Pero yo no había dejado de moverme. Alcé a Nimerelle, giré la espada alrededor de mi cabeza y descargué un tajo con todas mis fuerzas. La hoja cercenó limpiamente el cuello de Belikon de Barra y le separó la cabeza del cuerpo con un solo golpe, cuya fuerza hizo rodar la testa hasta los árboles, donde rebotó hasta perderse en la oscuridad.

No estaba muerto. La magia que le corría por las venas impediría que muriese. Yo eso ya lo sabía, pero estar decapitado le dificultaría mucho más llamar a sus hombres y perseguirnos.

49



CUANDO MÁS LOS NECESITÁBAMOS

SAERIS

Una puertasombra dio paso a otra, y luego a otra, y luego a otra. A mí me daba vueltas la cabeza al saltar entre ellas. Apenas dábamos tres pasos desde un portal arremolinado y Fisher invocaba otro, por el que me arrastraba.

Quinientas leguas. Todo eso debíamos viajar sin que Belikon percibiese la magia de Fisher y nos siguiese. Sin embargo, tras doce puertasombras, yo ya había tenido bastante. Necesitaba descansar un momento. Necesitaba respirar. Necesitaba sentarme de una puta vez a llorar. Cuando mis pies aterrizaron sobre terreno firme, las suelas de mis botas se hundieron en una nieve fina y blanca. Le di un tirón de la mano a Fisher y negué con la cabeza.

—Ya basta —supliqué—. Por favor…, no puedo…

Él me atrajo hacia sí y me abrazó con fiereza. Su corazón tronaba tras la placa pectoral.

—Está bien, Osha. Ya hemos llegado —dijo.

A mí me importaba una mierda dónde habíamos llegado. Me hundí en la nieve y pasé los dedos por el denso pelaje de Onyx. No

soportaba lo frío que se estaba volviendo al tacto.

—Debería haberte hecho caso —susurré—. En el Palacio de Invierno me dijiste que sería una mascota terrible. No debería haberse acercado a nada de esto. Debería haber sido libre.

Sorbí por la nariz y me la limpié con el dorso de la mano.

Fisher se sentó pesadamente en la nieve a mi lado. Con ternura, apoyó una mano en la cabeza de Onyx y allí la dejó.

—Nosotros creemos… —empezó a decir, pero se detuvo. Alzó la vista hacia las estrellas, más estrellas de las que yo hubiera visto jamás, e inspiró varias veces profunda y lentamente. La noche estaba tan fría que se entumecía el tacto. Columnas gemelas de niebla brotaron de su nariz al exhalar—. Nosotros creemos que los animales son demasiado puros para esta vida. Son seres superiores que viven en el más allá, donde todo es perfecto. No hay dolor, ni penurias ni pesadumbre. Pero a veces, los animales se asoman por el velo entre el más allá y este mundo, nos ven aquí, en medio de nuestro sufrimiento, y eligen a una persona. Un alma a la que quieren ayudar por encima de ninguna otra. Y acuden a nosotros como… grandes amigos. —Carraspeó—. Cuando más los necesitamos. Tú necesitabas a Onyx cuando llegaste aquí, Saeris. Puede que Onyx lo viese y acudiese a ti. Pero ahora…

Negué con la cabeza, con lágrimas ciegas. Me negaba a escucharlo.

—No. Aún lo necesito. Aún… —Intenté seguir hablando, pero no lo conseguí. El dolor de la pérdida era demasiado grande.

Fisher se inclinó junto a mí y compartió mi dolor. Su mano, mucho más grande que la mía, siguió sobre la cabeza de Onyx. Varias estrellas fugaces cruzaron el cielo en las alturas. La vista habría sido espectacular cualquier otra noche, pero aquella en concreto, todo en el mundo era terrible.

Sujeté la zarpa de Onyx hasta que el hielo se me metió en los huesos y se me formó escarcha en el cabello empapado de sangre.

—Pensaba que estaba en Ballard —susurré—. Tenía la esperanza de que…

—Lo siento mucho, Saeris.

Deseché su disculpa e intenté tragar saliva para deshacer el nudo de la garganta que no me dejaba hablar.

—No fue culpa tuya. Es culpa de Belikon. Ha sido…

¿Mala suerte?

¿Un cruel giro del destino?

¿El momento inadecuado?

Nada de lo anterior servía para que me sintiese mejor.

Acaricié su silueta rota en mi regazo. Deseaba que volviese, como nunca había deseado nada desde la muerte de mi madre. Me hundía más y más en las profundidades de la desesperación, esperando llegar pronto al fondo. De pronto me quedé inmóvil y contemplé la mano con la que acariciaba el pelaje de Onyx.

Una de las runas del dorso resplandecía. No había resplandecido antes, ni cuando la había usado con Taladaius ni cuando la usé para deshacer la magia que le otorgaba poder al nombre de Fisher. ¿Me… me lo estaba imaginando? ¿Había una leve línea azul que recorría el contorno de la runa de Hazrax? Alcé la mano, con el corazón encogido.

—¿Ves esto? —dije en tono ahogado.

—¿Ver qué?

Por supuesto que la puta luz se iba a apagar en cuanto intentase enseñársela a Fisher. Me mordí el labio inferior y me contemplé la mano, intentando que reapareciese por fuerza de voluntad. No sucedió nada. Yo sabía lo que había visto, eso sí. Había estado ahí. Mi mente no me jugaba malas pasadas solo porque desease algo con fuerza. No funcionaba así.

—Toma, agárralo un momento.

Le tendí el cuerpo de Onyx a Fisher con tanto cuidado como pude. Intenté calmar mi respiración, me puse en pie y giré en redondo.

—Oh.

Joder. Estábamos en la ladera de una montaña. Una ladera empinada, además. En lo alto de la cuesta en la que nos

encontrábamos había una ciudad entera que iluminaba la noche. Sus dos torres blancas eran tan altas que tuve que estirar el cuello para ver la cúspide. Era hermosa. Era…

—Ajun —dijo Fisher en tono quedo, tras girarse para mirar por encima del hombro—. Deberíamos dirigirnos a la puerta. Tan al norte, el sol tarda en salir, pero pronto llegará el alba.

Ajun.

Cielo Ajun.

Entonces comprendí por qué la llamaban así. La ciudad luminiscente estaba construida entre las nubes. Yo había querido verla con mis propios ojos, pero ahora que me encontraba a sus puertas, no estaba lista para entrar. Volví a girarme, sintiéndome del todo indefensa. Miré en derredor.

—¿Dónde estás? —grité.

«Dónde estás…».

«… estás…».

«… dónde estás…».

El eco de la pregunta volvió a mí. Se oyó muy lejos, luego cerca, luego lejos de nuevo.

—¡Vamos! Sé que estás aquí. Te has salido con la tuya, ¿no? ¡Te permití observarme!

«Observarme…»

«… arme…».

«… servar…».

«… observar…».

«… ¡OBSERVAR!…».

—Osha, ¿qué haces?

—¡Vamos! —grité—. ¡Muéstrate!

Hasta el último resquicio de esperanza que quedaba en mí llameó y se apagó mientras esperaba a que la figura saliera flotando de la oscuridad. Casi había tirado la toalla por completo cuando, de pronto, apareció en la ladera nevada, frente a nosotros.

Hazrax.

Fisher alargó la mano hacia Nimerelle, pero yo me interpuse y negué con la cabeza.

—No, no lo hagas. Está bien.

—¿Qué hace aquí? —siseó él.

Yo no había mantenido en secreto a propósito el trato que había hecho con Hazrax. Fisher ya se había marchado cuando la criatura fue a verme a la forja, y no había tenido tiempo de explicar lo que había pasado con él en la versión soñada de Cahlish.

«Te lo explicaré todo, te lo prometo», dije en su mente. A Hazrax, en cambio, le dije:

—Tengo que hacerte una pregunta.

La criatura parecía más repugnante y antinatural bajo aquel dosel de estrellas. Como siempre, sus ojos negros como el carbón eran huecos sin fondo. Con esas hendiduras en lugar de nariz, las agallas del cuello, la piel cerosa y carente de pelo…, parecía el tipo de criatura que vivía en aguas profundas y negras, en el fondo de un océano. Yo había visto algo muy similar en uno de los libros de Foley. Normalmente era difícil saber de qué humor estaba, pero en ese instante capté la furia que irradiaba de Hazrax como si de calor se tratase.

—Nuestro trato me concede la posibilidad de vigilarte a placer, Saeris Fane. Pero a ti no te da venia para invocarme y hacerme preguntas.

—¿Y por qué estás aquí? —pregunté—. ¿Por qué te has molestado en venir?

—No vendré más. He venido para dejártelo bien claro: no estoy a tu servicio. No puedes mandar sobre mí…

—Por favor, una pregunta, nada más. Jamás volveré a invocarte, lo juro.

Estaba dispuesta a caer de rodillas y suplicar. No me importaba. Haría otro trato. Le dejaría observarme diez años a cambio. Pero tenía que saber una cosa.

—¿Y por qué iba yo a hacer nada por ti, niña? No tengo el menor interés en ayudarte con tus preguntas.

Debía contener la lengua, pero no pude.

—Mientes.

«Cuidado, Saeris», me advirtió Fisher. «Tiene más poder que tú y yo juntos, ¿no lo notas?».

Vaya que si lo notaba. El poder de Hazrax inundaba el aire de electricidad. Flotaba un claro olor a ozono. La criatura tenía más altura que un fae medio, cierto, pero el hedor a magia extraña que exudaba era tan fuerte que se me encogía el estómago. Pero ¿qué otra cosa podía hacer yo? Tenía que intentarlo.

—Si te diera igual, no habrías invadido mi sueño en Cahlish. No me habrías dicho que tenía que pensarme mejor el favor. —Hazrax reflexionó en silencio sobre ello—. Dime una cosa, por favor. ¿Ves los espíritus de los muertos?

La luz de la luna arrojó sombras enloquecidas sobre el rostro de Hazrax. La criatura esbozó una sonrisa en la que mostró una hilera de dientes curvos y afilados.

—Admitir algo así sería una blasfemia —siseó.

—Me dan igual las blasfemias. Lo que me importa es mi zorro. ¿Sigue aquí? Ahora mismo. Tengo que saber si ya… —A veces, las putas palabras eran colinas empinadas, difíciles de subir—. Si ya se ha ido, lo dejaré en paz. Pero si sigue aquí…

Hazrax entrechocó los dientes con un gesto extraño que parecía desdeñoso.

—¿Y qué más te da, niña? El zorro ha muerto. Tarde o temprano se marchará su espíritu.

La tenue esperanza que yo había perdido se elevó desde las cenizas de mi dolor y volvió a prenderse.

—Entonces, ¿lo ves? ¿Sigue aquí?

—No pienso hablar de ello…

—Por favor…

Fue una petición en tono quedo. No la había dicho yo. Fisher se había puesto en pie, aún sujetando el cuerpo inerte de Onyx. Dio un paso al frente, con la cabeza agachada en señal de respeto, y se acercó a Hazrax.

—No me conoces —dijo—. No me debes nada. No te haré promesas ni cerraré tratos contigo, pero si está en tu poder decirle a mi compañera lo que busca, te estaré eternamente agradecido. Seguro que no significa mucho para ti, pero…

—Está bien. —Hazrax, que había sido Lord de Medianoche, no miró a Fisher. Siguió mirándome a mí—. Si tan importante es para ti, responderé a tu pregunta. Pero a cambio tú responderás a una mía.

—Lo que sea, puedes preguntar.

Hazrax emitió un repiqueteo perturbador desde la garganta.

—¿Qué se siente… al perder algo a lo que tanto amas?

Qué pregunta tan extraña. ¿No sabía lo que era la pérdida? ¿Tan segura era su existencia que jamás había perdido a alguien que le importase? Las probabilidades parecían imposibles, sobre todo teniendo en cuenta la edad de la criatura. En cualquier caso, yo tenía mimbres de sobra para responder. Había experimentado más de una pérdida en la vida. Mi madre. Mi padre. Los pocos amigos que cometí el error de hacer siendo joven en el Tercero. Había cadáveres apilados en el mausoleo de mi memoria.

—Es como intentar que la arena de un reloj corra al revés. Como estar rodeada de gente en una sala y ser la única que no puede respirar. Es ahogarse en tierra seca. Es el dolor vacío de algo que sabes que, a partir de ese momento, faltará siempre. Es un dolor tan agudo e incurable que por su culpa mueren poetas, piratas y políticos. Y jamás cesa.

La túnica de Hazrax se agitó suavemente bajo la brisa helada. El ser guardó silencio y, durante un buen rato, así siguió. Pero entonces:

—El alma del zorro sigue contigo. Ahora mismo está sentada a tus pies. Parece que el animal aún no se ha dado cuenta de que ha muerto. Te sigue como una pequeña sombra perdida. ¿Te sientes mejor al saberlo?

Onyx no se había ido del todo. Seguía allí, conmigo. Me miré las botas, sabiendo qué aspecto tendría si pudiese verlo: ojos vidriosos

negros como el azabache, mirándome con total confianza, tan llenos de amor…

Negué con la cabeza.

—No. No me siento mejor. Pero espero que esto facilite lo que estoy a punto de hacer.

«Dámelo, Fisher, por favor. Lo necesito».

«¿Qué vas a hacer?», preguntó Fisher en tono cauteloso, pero hizo lo que le había pedido. Tomé a Onyx de sus brazos y caí de rodillas en la nieve.

—A Belikon y a Madra les dábamos miedo los alquimistas. Tenían miedo de nosotros porque quienes vinieron antes que yo eran capaces de obrar todo tipo de milagros que ellos no sabían hacer. Los alquimistas buscaban el conocimiento perfecto y tenían un control notable sobre la magia elemental. Pero también buscaban la inmortalidad. Yo no quiero hacer a nadie inmortal…, pero si soy capaz de curarme de horribles quemaduras y cerrar un agujero en mi pecho, voy a poder curar a un zorro diminuto.

Hazrax había guardado silencio, pero ahora se quedó inmóvil, todo su ser petrificado, como una estatua de mármol.

Fisher me puso una mano en el hombro y se dejó caer junto a mí en la nieve.

—Saeris, así no… —En cuanto su mirada se cruzó con la mía, dejó lo que estaba a punto de decir—. Da igual. Si crees que puedes hacerlo, te creo —dijo.

—Algo así es imposible —dijo Hazrax—. Los alquimistas pasaron siglos intentando devolverles la vida a sus seres queridos y fracasaron.

—Y estoy segura de que se esforzaron mucho —dije entre dientes, acumulando ya mi magia—. Pero intentaban devolverles la vida a personas. Onyx es diminuto. Sé que puedo hacerlo.

La reserva de energía en mi interior aumentó y empezó a rebosar. Seguí acumulando magia, sin embargo. Las palabras que me dijo Taladaius en su despacho de El Paraíso del Loco se repetían en bucle en mi cabeza: «El hecho de que tus manos estén ya curadas,

después del daño que acabo de ver, significa que también tienes magia regenerativa. Magia física, poder sobre el cuerpo. Quizá en algún momento puedas emplear tus habilidades para sanar a otros».

—No hay cantidad de magia capaz de burlar a la muerte —dijo Hazrax en tono compasivo.

—Cierto. —Alcé la mano y se la enseñé a Hazrax. El débil resplandor de luz había regresado y recorría el contorno de la runa que me había dado—. Pero, con este regalo que me hiciste, apostaría a que puedo deshacerla un instante.

—¿Quieres deshacer la muerte? —preguntó en tono de incredulidad.

—Así es.

Mi magia me estaba mareando. Fluyó como una corriente hacia mí, ganó inercia, saturó todo mi ser. Yo dejé que acudiese, le di la bienvenida, permití que me llenase hasta que sentí que era imparable.

—¿Todo por un zorro? —resopló con desdén Hazrax—. Habla con ella, hijo de las sombras. Haz que entre en razón. Se va a matar antes de poder revivir al animal.

Quise decirle a Fisher que no me detuviese, pero el poder que rodeaba mi cuerpo era ahora demasiado grande. No encontraba la claridad mental necesaria para hablar, ni siquiera en su mente. Fisher me puso la mano en la parte baja de la espalda, fuerte, cálida, reconfortante. Esperé a que pronunciase palabras impregnadas de sentido común…

Y Fisher dijo, resuelto:

—No es solo un zorro. Es parte de la familia. Y si Saeris dice que lo va a salvar, es que lo va a salvar.

—Qué fe tan ciega.

—¿En ella? Sí —repuso Fisher.

—¿Y si muere mientras intenta llevar a cabo esta tarea imposible?

Sentí que mi compañero se encogía de hombros.

—Su vida es suya. Es su decisión. La respetaré.

El inabarcable volumen de poder empezaba ya a dolerme. Se me clavaba por dentro como si mi cuerpo fuese una jaula y el poder quisiese salir. No podría controlarlo mucho más. Me concentré en romperlo por la mitad. Recurrí a una parte de mí misma a la que jamás había accedido hasta entonces —una runa que aún no tenía— y albergué la esperanza, hasta con el último puto resquicio de mi ser, de que funcionase.

—Mírame, niña —ordenó Hazrax—. Toda magia tiene sus límites. Si sigues adelante, destrozarás la runa que te he dado. No podrás volver a usarla con nadie más. No podrás usarla para liberar a tus amigos de sus juramentos, tal y como has liberado a tu compañero.

Me daba igual.

Habría otro modo de liberar a los demás. Me encargaría de encontrarlo. Me lo inventaría si era necesario. Ahora mismo iba a salvar a Onyx. Sentía cómo aleteaba su espíritu ahí mismo, sentado a mi lado en la nieve, contemplándome, mientras yo rodeaba con las manos su diminuto cuerpo.

—Hazlo, Osha —susurró Fisher.

La runa de Hazrax ardió y encendió la noche. La criatura había dicho que era una runa silenciosa; había dicho que no poseía la misma magia que las demás, pero, desde luego, la runa respondió cuando la obligué a canalizar mi magia.

Y me dolió.

No dejó de doler en ningún momento. Las palmas de mis manos se llenaron de una luz que se derramó sobre el cuerpo ensangrentado y roto de Onyx. Demasiada magia. Una ola monumental que fluyó a través de mí, sin cesar. La oscuridad me salió al paso. Una nada tan enorme que intentar llenarla me pareció una tarea ridícula.

El frío se me metió en las puntas de los dedos, en las manos. Me subió por los brazos, despacio, arrastrándose, hacia los codos. Era una sensación agónica que me rompió por completo —cuerpo, mente, esperanza— y que dejó intacta mi voluntad y nada más. No

pensaba rendirme. Aunque quisiera, sospeché que ya no podría hacerlo.

Abrí una puerta. La muerte se encontraba al otro lado. Si no la obligaba a retroceder y tenía éxito, la muerte saldría por esa puerta y me llevaría a mí.

Más.

Más.

El frío de la oscuridad eterna me subió aún más por los brazos, hasta las axilas.

«Vamos, Osha. Puedes hacerlo».

El viento me sacudió el cabello. Tenía los ojos cerrados, o bien no podía ver; no sabía distinguirlo. Estaba atrapada en un tira y afloja. Canalizaba mi magia hacia un recipiente sin fondo que no quería llenarse…

«¡Sigue!», me gritó Fisher en la cabeza.

El frío se cerró en torno a mi garganta y me obstruyó la tráquea. Me llamaba, me prometía un descanso reparador…

Puse aún más energía, arrojé toda mi magia al interior de la runa de Hazrax. En las manos me salieron ampollas gruesas que se inflaron y estallaron en cuestión de segundos y me dejaron la piel en carne viva, abrasada.

«Sí. Eso es, Saeris. ¡Vamos! ¡Vamos!».

Un último empujón. Un empujón gigantesco… y la puerta entre esta vida y el más allá quedaría sellada.

El frío en mi pecho desapareció.

Y yo… yo…

Los ojos de Onyx estaban cerrados. Se encontraba inmóvil. No…

Se movió. Movió la zarpa. ¡Sí! ¡La vi moverse!

Pero su cuerpo seguía roto. Tenía el costado rajado del todo. Volvía a sangrar por la herida. No me quedaba mucho tiempo. Se lo había arrancado a la muerte, lo había vuelto a meter en su cuerpo, pero ahora no podía mantenerlo. Tenía un minuto, quizá. Segundos. Recurrí a la magia que esperaba tener y encontré… la nada. La

había usado toda. No quedaba nada. Había extraído demasiado poder de mi interior, y ahora estaba vacía.

Intenté alcanzar más magia una vez más, pero no encontré nada. Caía por el aire, me daba vueltas el estómago, me sentía liviana y mareada, intentaba agarrarme a algo, algo que detuviese la caída. Pero no había nada.

El pánico…

No. No había tiempo para pánico.

Expandí la consciencia más allá de mi magia. Más allá de mis runas. Más allá del vínculo que me conectaba con mi compañero. Milímetro a milímetro, con gran esfuerzo, expandí mi consciencia hasta encontrar por fin lo que estaba buscando.

No sabía las palabras.

¿Se suponía siquiera que tenía que decir algo?

¿Había algún tipo de pacto… o quizá…? Ah, a la mierda todo, con mis intenciones tendría que bastar. La muerte hizo repiquetear el pomo de la puerta. Lo sentí. Venía por segunda vez a por Onyx. Actué con rapidez y recurrí al pequeño grano de energía que había descubierto. Lo elevé, más allá de mi vínculo con Fisher, más allá de la reserva vacía que había contenido mi magia, hasta entrar en mi cuerpo, en el descarnado escudo alquiméreo que humeaba en el dorso de mi mano…, y de ahí, al pequeño zorrillo blanco. El mundo entero tembló como respuesta, una onda que estremeció la ladera. De repente rompió el alba, con un lúgubre resplandor blanco, por encima de los aserrados picos de Ajun. La oscuridad retrocedió.

50



CABALLERO

SAERIS

«Los pájaros miraestrella, también conocidos como alciones, se encuentran en abundancia desde las montañas gilarianas hasta las ciudades costeras de Marinth, Bodish e Inishtar. Muchos individuos entre los fae, selkies, duendes elementales y sátiros consideran al miraestrella como un símbolo de esperanza».

Fragmento de *Criaturas fae de las montañas gilarianas,* tomo desaparecido de las bibliotecas reales del Palacio de Invierno.

—¡Por favor! ¡Por favor!

El grito me salió de la garganta ya en carne viva, como en carne viva tenía toda la piel. Me dolía todo.

Alguien cargaba conmigo. Me transportaban.

Kingfisher corría.

—Aguanta, pequeña Osha. Casi hemos llegado —gruñó.

El cielo estaba manchado de rosa, como si alguien hubiese pintado con un pincel un lienzo arrugado. Eché la cabeza hacia atrás, intentando recordar dónde demonios estábamos, qué demonios hacíamos. Los detalles de las últimas veinticuatro horas

regresaron de pronto a mí con asombrosa claridad. Una solemne figura inmóvil y oscura, una ladera montañosa de treinta metros. Hazrax nos vio huir; su forma se emborronó por los bordes, como si solo estuviese presente a medias.

Me estaba matando la cabeza.

Contemplé la nieve al pasar. Las botas de Fisher dejaban profundas huellas en aquella alfombra brillante y blanca…, pero había otras huellas también. No eran tan profundas. Eran mucho más pequeñas, y desde luego no pertenecían a ningún fae.

Eran huellas de zarpas.

Me golpeó un relámpago que aclaró la niebla de mi cabeza.

—¡Bájame, Fisher!

—No. Te has quedado inconsciente —gruñó él.

—¡Por favor! ¡Ya estoy bien, te lo juro!

No le hizo gracia, pero aminoró la marcha. Ni siquiera había llegado a bajarme cuando, de pronto, oí un chillido. Un pequeño zorrillo blanco se me subió de un salto a los brazos.

Estaba vivo.

¡Vivo!

Onyx se retorció con tanta energía que casi se me cayó al suelo. Chilló de emoción. Todo su cuerpo se movía de aquí para allá. Me lamió el mentón y las mejillas. Su diminuto corazón latía al galope entre las costillas recién curadas. De él irradiaba una alegría pura. Se giró y también cubrió a Fisher de besos.

—Lo sé, pequeño, lo sé. Nosotros también nos alegramos de verte —dijo él con voz ronca.

Yo miré asombrada a mi compañero.

—¿Ha funcionado?

¿Podía confiar en lo que estaba viendo? ¿Era real?

Fisher asintió.

—Ha funcionado. Lo has logrado. —Su expresión era arrebatadora, una mezcla de orgullo y asombro—. Has conseguido hacer algo que nadie ha hecho nunca.

—Y que jamás volverá a hacerse —añadí, contemplando mi escudo.

La runa de Hazrax no solo se había desvaído. Había desaparecido por completo. Las otras seguían en carne viva, mi piel magullada supuraba sangre. Hasta el vínculo divino que me recorría la muñeca y el brazo me latía de dolor. Sin embargo, aunque ese dolor hubiera sido mil veces peor, habría seguido valiendo la pena.

Onyx estaba vivo. El animal gimoteó y restregó frenético el hocico contra mis mejillas, la cabeza contra mi mentón. Lo había salvado. Lo había conseguido. Aunque me había costado…

—Debes de pensar que estoy loca.

Ni siquiera quería mirar a mi compañero…, pero al hacerlo, no vi consternación ni rabia en el verdor infinito de sus asombrosos ojos.

Él soltó una risa, sin aliento.

—Sí —convino—. Estás loca. Viniste a por mí. Te enfrentaste sola a Belikon y le ganaste por la mano. E hiciste un gran sacrificio para salvar a un amigo —añadió—. Solo una loca habría hecho todo eso. Pero yo habría tomado las mismas decisiones, Saeris. Así que supongo que somos el uno para el otro.

—¡Atención, visitantes en la montaña!

El grito retumbó por el aire. Reverberó entre las demás montañas que se alzaban alrededor de la nuestra. Fisher y yo nos giramos a la vez y miramos ladera arriba.

No me había fijado antes: un monstruoso palacio de huesos sobresalía de la nieve y el hielo a la derecha, en la ladera. Un costillar arqueado se elevaba hacia el cielo brillante. Vértebras agujereadas del tamaño de pequeñas casas. Tenía sentido que los restos del dragón siguieran allí. Fisher y sus amigos lo habían matado y habían puesto fin a su tiranía. Belikon se había tomado la molestia de reclamar su trofeo. Pero el resto del cuerpo era demasiado grande como para sacarlo de la montaña. Los fae de Ajun habían dejado los huesos allá donde el dragón había caído, y con ellos habían formado una estructura megalítica casi tan impresionante como la propia ciudad de Cielo Ajun.

La gente se agolpaba en los parapetos de la ciudad. Alguien volvió a gritarnos mientras agitaba frenéticamente los brazos:

—¡Atención! ¡Daos prisa! ¡Se aproxima una marea negra!

Fisher se giró de inmediato y miró montaña abajo. Soltó una maldición. Yo tardé un segundo en ver lo mismo que él estaba ya viendo. Hazrax había desaparecido, pero ladera abajo se apreciaba el oscuro contorno de un ejército de guardias con arcos y espadas que se aproximaba a nosotros a una velocidad alarmante.

—Mierda —siseó Fisher—. Es Belikon. No debería habernos encontrado, o al menos no tan rápido. Vamos, tenemos que irnos.

No hizo falta que me lo dijese dos veces. A mí me quedaba suficiente energía como para correr a toda prisa hacia la gigantesca verja de metal negro que rodeaba la ciudad. Para lo que no tenía energía era para luchar por segunda vez con Belikon el mismo día. Pero, desde luego, no pensaba volver a perder a Onyx. Corrí como el viento. Si el zorro sabía que estábamos en peligro, no pareció importarle. No dejaba de soltar chillidos y de lamerme la cara implacablemente. Seguía haciéndolo cuando llegamos a las ominosas verjas negras que nos impedían la entrada a Ajun.

La puerta estaba cerrada.

—¡Eh! —gritó Fisher—. ¡Dejadnos entrar!

Su grito rebotó por el patio abandonado al otro lado de los altos barrotes metálicos. Los guardias de Belikon ganaban terreno, todavía a más de sesenta metros ladera abajo, pero avanzando sin descanso. Tarde o temprano nos alcanzarían.

—¡Hola! —bramó Fisher.

«Hola…».

«¿Hola?».

«¡Hola!».

De pronto, la puerta negra se estremeció. Emitió un todopoderoso gemido metálico… y, poco a poco, empezó a moverse. El sonido de una gruesa cadena que pasaba por un sistema de cabrestantes me repiqueteó en los huesos durante un momento. Luego, la antigua puerta empezó a abrirse.

¿Cuántas almas vivían en Cielo Ajun? Vista desde fuera, con su enorme envergadura que se introducía en la montaña y sus resplandecientes torres de cuarzo y calcita, parecía que podrían ser miles. Decenas de miles.

Y sin embargo, solo una persona descendió tranquilamente las escaleras que bajaban hasta el patio y cruzó el suelo adoquinado para darnos la bienvenida. Se detuvo ante nosotros, con una sonrisa descarada que habría avergonzado hasta a Carrion.

—Deberíais habernos dicho que veníais —dijo con aquel acento rítmico y cálido tan suyo—. Para el pueblo de Ajun es un honor abrir estas puertas para ti, hermano.

Renfis.



Para cuando los soldados de Belikon llegaron a Ajun, ya nos habíamos puesto en movimiento. Furiosos gritos resonaban por las murallas y reverberaban por la roca. El sonido se propagaba de forma extraña por el aire. Salvas de magia azul y verde se estrellaban inútilmente contra las salvaguardas que protegían la ciudad de cualquier ataque. Hasta los flechazos y las lanzas arrojadas se estrellaban contra la barrera mágica y acababan desviándose en otras direcciones para acabar haciéndose pedazos por el impacto.

La montaña entera se sacudía mientras los soldados atacaban las almenas. Sin embargo, los enormes puntales de hierro permanecían intactos. A fin de cuentas, los guardias de Belikon eran fae. No se atrevían a tocar la puerta.

—¿Hasta qué punto estamos seguros de que no entrarán?

El viento atrapó mis palabras y se las llevó lejos de allí. No estuve segura de que mi compañero las hubiera oído hasta que respondió:

—Estamos muy seguros. La ciudad jamás ha sufrido ninguna brecha. Y apenas hay mil guardias ahí fuera. Fuerzas mucho

mayores han intentado entrar en Cielo Ajun y han fracasado. Solo hay un modo de entrar y salir, y Belikon no cuenta con amigos aquí. Nadie en su sano juicio los dejaría entrar.

—Aun así, deberíamos darnos prisa —dijo Renfis—. El tiempo es vital.

Lorreth me había explicado más de lo que había sucedido en Ajun, sobre todo con Merelle, la hermana de Renfis. Así y todo, había mucho más que no me había dicho. La ciudad de Ajun estaba hecha de piedra. Sus cimientos eran robustos y profundos. Las altas casas con terraza que hilvanaban las calles eran hermosas, con fachadas heladas y engalanadas que desprendían un suave fulgor rosado bajo la luz del alba. Ren avanzaba a toda prisa, al frente, aunque se permitía un momento de pausa para revolverles el cabello a los niños fae de mejillas rosadas que se le acercaban y le tiraban, juguetones, del prístino manto blanco que llevaba a los hombros y que lo señalaba como caballero de los Orithians.

Yo había oído muchas veces ese nombre en referencia a Ren: Renfis de los Orithians. Estúpida de mí, nunca me había preguntado qué significaba aquel título. Ahora, mientras nos guiaba por el fuerte montañoso, Renfis nos explicó todo lo que había sucedido desde que se marchó de Cahlish. Todo empezó a cobrar sentido.

—Los gilarien me hicieron caso, gracias a los dioses. Cuando me marché, ya habían empezado a organizar los preparativos. Me encontraba casi al borde del bosque. A la velocidad a la que viajaba, habría llegado a Ballard en un día, pero en el mismo segundo en que puse un pie en las colinas cercanas a las Montañas Bajas, noté una sensación ardiente en el pecho que me dejó sin aire. Caí del caballo y pensé que me estaban atacando. Imaginé que había activado algún tipo de salvaguarda, pero… —Negó con la cabeza—. Me quité la placa protectora pectoral, me rasgué la camisa y lo vi.

Kingfisher no había dejado de emitir gruñidos frustrados desde que Ren rompió el abrazo en el que lo estrechó y le palmeó la espalda. Hubo muchos abrazos y palmetazos después de que entrásemos por las murallas de la ciudad y la puerta se cerrase tras

nosotros. Ahora, mi compañero se reprendía a sí mismo por no haber resuelto antes el misterio de la desaparición del general.

—Tu marca de juramento —suspiró, y negó con la cabeza.

Renfis asintió.

—Mi marca de juramento. Me convocaban para servir a Belikon. No me quedó más alternativa que acudir.

Seguí a Renfis por unos estrechos escalones excavados en la ladera de la montaña. Tuve que esforzarme al máximo para no mirar hacia abajo, resbalar y caer por aquel traicionero hielo. Onyx subía los escalones delante del general de cabellos castaños, con la lengua fuera y lleno de energía, como si no hubiera estado muerto hacía menos de una hora.

Yo le sonreí al zorro, abrumada de alivio…, pero, aun así, conseguí fingir enojo cuando dije:

—Oye, no me excluyáis de la conversación. ¿Qué es eso de una marca de juramento? ¿Qué habías jurado, Ren?

El general hundió la cabeza, al parecer avergonzado. El manto aleteaba tras de sí mientras ascendía por los escalones.

—Explícaselo tú, hermano —le dijo a Fisher—. A mí no me gusta contar esta historia.

Kingfisher había insistido en subir los escalones detrás de mí. Me había susurrado una obscenidad en la mente, algo sobre mirarme el culo y planear todos los actos escandalosos que iba a hacer con él, pero yo sabía que prefería cerrar la marcha para asegurarse de que no me caía por los estrechos escalones y me mataba. Estaba exhausta, y de verdad que me preocupaba caerme, así que no protesté.

Fisher soltó un gruñido en voz baja. El viento me soplaba en los oídos, pero Fisher no alzó la voz más allá de lo normal. Últimamente yo oía tan bien como él.

—Después de que matásemos al viejo Shacry, la horda descendió montaña abajo. La gente de la ciudad salió para enterrar a sus muertos. La hermana de Renfis estaba entre ellos. Merelle siempre había amado Ajun, así que Ren preguntó a los ancianos de la ciudad

si podía enterrarla aquí. Le concedieron una parcela en la cumbre de la montaña; un gran honor, en agradecimiento al sacrificio que había hecho protegiendo a los fae de Ajun.

»En cuanto acabamos de enterrar a Merelle, Renfis sintió una quemadura en el pecho, como la que acaba de describir. Íbamos de camino hacia la ciudad cuando Ren cayó de rodillas y soltó un terrible rugido.

—No me dolió tanto —interrumpió Renfis.

—Un rugido tan alto que causó una avalancha —dijo Fisher, con el mal humor pintado en la voz—. Los demás dolientes que habían estado enterrando a sus seres queridos en lo alto de la montaña cayeron de rodillas junto con Ren y empezaron a rezar. Ninguno de nosotros tenía la menor idea de lo que sucedía, pero los fae de Ajun nos dijeron que, en cuanto tu sangre era una con la montaña, de algún modo te entregabas a ella, le pertenecías. Y que, dado que Ren había enterrado a su propia sangre aquí, nada menos que a su gemela, ahora era miembro de los fae de Ajun.

—Y solo un fae de Ajun puede ser nombrado caballero protector de su puerta —dijo Ren en tono quedo.

—O sea…, que te convocaron para vigilar la puerta.

—Pero no la puerta que protege la ciudad, Osha, sino la otra puerta.

Un escalofrío de pánico y adrenalina me subió por la columna. En la plaza de Inishtar, Lorreth me había hablado de la otra puerta. Yo le había prometido que no me lanzaría sin Fisher a ninguna misión descerebrada para buscar el azufre que necesitábamos para parar la podredumbre. A cambio, Lorreth me dijo de dónde provenía ese mismo azufre.

—Aquí siempre ha habido una ciudad —dijo Fisher—. Porque siempre ha habido una puerta. Un portal entre este mundo y otro.

—Como el mercurio, pero no exactamente —jadeé. Noté a Fisher molesto por que Lorreth me hubiese contado la historia, pero prefirió no decir nada.

—Sí. En muchos aspectos es lo mismo, pero en otros no. Los alquimistas originales no podían controlar la puerta. Ni siquiera los más fuertes. Los volvía locos a casi todos. La puerta se abría sola y se negaba a cerrarse. Todo tipo de criaturas nauseabundas la usaban para entrar en nuestro reino. Causaban caos y terror por toda Yvelia. Dado que nadie podía cerrar el portal, se crearon los Caballeros Orithians. Estaban imbuidos de un viejo linaje mágico. Poderoso. Seis de ellos vigilaban la puerta en todo momento y canalizaban su magia en salvaguardas que prevenían que cualquier mal entrase en este mundo. Hacen turnos para proteger, no solo Ajun, sino toda Yvelia.

—Cuando el mercurio se petrificó aquí y nos aisló de los demás reinos —intervino Renfis a su pesar—, la puerta de Ajun siguió abierta. Belikon declaró que era una señal. Dijo que, dado que era la única puerta que seguía abierta, nos llevaría a todo tipo de riquezas y gloria. Trajo a un niño fae a Ajun a ver la puerta. No era más que un chico, pero Belikon le puso una espada en la mano y declaró que debía ser el primero en cruzar la puerta y contemplar el paraíso que nos esperaba al otro lado.

—Dado que este estanque era diferente de los demás, Belikon dijo que no me haría falta la reliquia que me dio mi madre —susurró Fisher.

Un momento.

Lorreth no me había contado nada de esto.

Los escalones eran empinados y el aire estaba frío como el hielo, pero nada de eso fue lo que me dejó sin aliento.

—¿De qué estás hablando, Fisher?

Él siguió hablando despacio, con cuidado, sin emoción alguna en las palabras.

—Yo estaba juramentado. Tenía once años. Belikon dijo que, para él, yo era ya todo un hombre, que estaba listo para convertirme en uno de los mejores guerreros de Yvelia, con un lugar privilegiado en la corte. Mi madre llevaba una semana muerta, pero Belikon me puso de rodillas delante de esa roca y me obligó a hacer el

juramento. Para él fue sencillo. Me ordenó que le diera la reliquia, y luego que entrase en el estanque.

El viento aullaba a medida que subíamos más y más. También se volvía más frío; clavaba crueles dientes en la sensible punta de mis orejas. Yo intentaba no perderme nada, comprender lo que me estaban diciendo, pero la crueldad de toda la artimaña lo hacía casi imposible. Aquel era el lugar donde Fisher había entrado en el mercurio. Allí se había infectado por dentro y casi se había vuelto loco.

—Obedecí la orden de mi rey. Entré en el estanque. Y en cuanto mis pies desnudos tocaron aquel mineral mancillado, supe que iba a morir. Me vi transportado a otro reino, a un lugar… —Dejó morir la voz, como si hubiese llegado a la mitad de la frase y se hubiese encontrado de pronto con que faltaban las demás palabras.

—El rey y sus hombres esperaron dos horas a que regresase aquel niño fae —dijo Ren—. Y, al ver que no volvía, el rey fingió dolor por la pérdida de su hijastro, el único vínculo que le quedaba con su preciosa Edina. Ya le había legado Cahlish junto con el título que acompañaba a esas tierras a su senescal cuando, de pronto, el estanque escupió al niño fae. Tenía los ojos ribeteados de una plata digna de las estrellas.

—Yo no sabía ni quién era —susurró Fisher—. Tardé mucho tiempo en regresar… mentalmente. Belikon estaba decepcionado. Había pensado que sería un buen modo de despacharme. Uno de los Caballeros Orithians me devolvió la reliquia, y Belikon me envió a uno de sus campamentos de guerra para aprender el oficio de la muerte.

Ren había llegado ya a lo alto de las escaleras y nos esperaba, con rostro lúgubre.

—Inexplicablemente, aquel mismo día se cerró el estanque de Ajun —dijo—. Desde entonces se ha abierto y vuelto a cerrar tres veces, sin previo aviso. Los caballeros siempre lo han custodiado, por si acaso. Hace siglos que no se llamaba a nadie para reemplazarlos. Hasta ahora.

Esas palabras. ¿Dónde las había oído yo antes? Lo recordé enseguida: había sido en Cahlish, en el cuarto de Everlayne. La hermana de Fisher había forcejeado y se había revuelto en la cama, y esa voz horrible y muerta había surgido de su boca: «La puerta está abierta. No se puede cerrar. La puerta está abierta. La puerta está abierta. La puerta está abierta…».

—Se ha vuelto a abrir, ¿verdad? —susurré.

Ren asintió y apoyó una mano en la empuñadura de la espada que le colgaba de la cadera.

—Así es. Y la bestia que salió mató a los seis caballeros que la custodiaban y se llevó sus cadáveres al otro lado. Por eso fui convocado. Desde entonces se ha abierto todos los días, durante tres horas cada vez. Hemos estado dejando por escrito las horas. Y hemos estado esperando.

—¿Esperando? —Deseé no haberlo preguntado en cuanto hablé.

—Esperando a que se rompan de una vez por todas las salvaguardas —dijo Ren, mirándose las botas—. A que regresen los monstruos de antaño y vuelvan a desatar el caos en Yvelia. Es cuestión de tiempo.

Yo no había preguntado adónde nos llevaba mientras recorríamos Ajun y subíamos aquellos escalones hacia las nubes. Pero entonces lo comprendí. Lo sentí, hirviendo, muy cerca. Demasiado cerca. Estaba tras la ornamentada puerta de madera tallada frente a la que se encontraba Renfis.

Era frío…, amargo, ajeno.

Una puerta negra.

Llevaba corrompida mucho mucho tiempo. Quería que Yvelia ardiese, y eso era justo lo que sucedería si las fuerzas malévolas que se arremolinaban al otro lado se salían con la suya.

Onyx gimoteó y saltó hacia mí, suplicando que lo levantase. Yo lo apreté con fuerza y me estremecí cuando Ren puso la mano en el pomo de la puerta y, despacio, empezó a girarlo.

—Un momento. ¿Vamos a entrar ahora? Fisher, ¿qué estamos haciendo?

—La puerta se cerrará pronto —explicó Ren—. Podríamos esperar a que se abra mañana, pero…

Hizo una mueca incómoda.

—Esperar un día podría ser catastrófico —dijo Fisher—. La podredumbre avanza con rapidez. Sigue muriendo gente, y sabrán los dioses cuándo aparecerán más devoradores infectados. Necesitamos que selles esa runa del azufre. Y el azufre solo tiene una fuente.

Lo sabía. Cuando Lorreth me dijo en la plaza lo que tendríamos que hacer si queríamos conseguir cualquier cantidad de azufre sin matar a nuestros amigos los duendes, supe que acabaríamos tarde o temprano allí. Los hados volvían a ponerse en marcha. Renfis había sido atraído a Ajun por un motivo, y nosotros también.

El miedo se ciñó con fuerza alrededor de mi pecho y me lo apretó. Los ojos de Fisher se suavizaron un poco, como si sintiese ese miedo que cristalizaba en mis venas. Me colocó una mano tranquilizadora en la parte baja de la espalda.

—Si no estás lista…

—He de estarlo.

No dije nada más. No hizo falta. Ren no tenía alternativa. Fisher tampoco. Tenían un deber. Tenían honor. Hacían lo que debían hacer, porque era lo correcto. Yo haría lo mismo.

—¿Y tú? —le preguntó Ren a su amigo—. ¿Estás seguro de que quieres hacer esto? Habrá consecuencias. Serán necesarios más sacrificios.

Solemnemente, Kingfisher inclinó la cabeza. Pero… no. Mientras yo lo miraba, algo cambió en mi mente. Ya no era Kingfisher. Ahora era Khydan. Aquel nombre resultaba innegablemente apropiado para él. Era como descubrir la pieza de un puzle perdida hacía mucho. Como encajar esa pieza en su lugar para completar una imagen y, por fin, verla y comprenderla en su totalidad.

Ahora, para mí solo sería Khydan. Y estaba listo para enfrentarse a todo lo que nos esperase al otro lado de esa puerta.

—Está bien. Aguantad la respiración. —Ren giró el pomo y abrió la puerta—. El olor puede ser un poco abrumador.

En el interior, tardé un instante en que se acostumbrasen mis ojos a la oscuridad. Tras otro instante comprendí lo que estaba viendo y tuve ganas de dar media vuelta y largarme. Onyx soltó un chillido aterrado y escondió la cara en mi axila.

Aquel estanque no era como los demás. No lo rodeaba ningún borde de piedra ni estaba contenido en una oquedad. Era algo orgánico, como… como una herida abierta y podrida. El líquido que giraba en su interior era negro.

—¿Adónde lleva? —pregunté—. ¿Cómo se llama ese reino?

Fisher era el único que sabía la respuesta a esa pregunta. Había entrado ahí de niño. La mirada preocupada en el rostro de mi compañero no me inspiró nada de confianza cuando dijo:

—Por aquí jamás se le ha dado un nombre oficial. El panteón de dioses inferiores y los dragones que estos crían lo llaman Diaxis. Personalmente…, siempre lo he llamado «infierno».

51



EVIDENTE

KHYDAN GRAYSTAR FINVARRA

Odio a los putos dragones.

52



PROMESAS Y ESPERANZA

SAERIS

Denso. Podrido. Nauseabundo.

Normalmente, el mercurio se desprendía, caía de la ropa, del pelo y de la piel cada vez que salíamos de un estanque. Pero esta vez, no. Fuera cual fuese aquella nauseabunda sustancia que llenaba el estanque de Ajun, no se parecía en nada al mercurio. Se me metió por la nariz, me cubrió la lengua, me llenó la boca de un gusto a podredumbre. Cruzarlo fue como ahogarse.

Un pánico desatado se adueñó de mi pecho. Me dolieron los pulmones, desesperados por tener algo de aire. «¡Respira! ¡Respira! ¡Respira!».

Mi cabeza salió del estanque y de inmediato inspiré hondo…

DOLOR.

Había inspirado cuchillas.

No…

No podía…

«Tranquila, Osha. No tengas miedo».

Khydan estaba cerca.

No salí del estanque, sino que más bien el estanque me escupió. Caí a cuatro patas y me alejé a gatas, jadeando, ahogándome.

Intenté comprender las sensaciones que asaltaban mi cuerpo. El hedor a sulfuro y una tremenda bofetada de calor me salieron al paso. Hasta hacía poco, yo había pasado la vida en un desierto. Jamás había imaginado pasar más calor que en el Tercero durante el ajuste, pero esto… esto era inimaginable. Me sentí conmocionada. El pánico me recorría la columna en oleadas de adrenalina que me advertían de que me moviera, que me alejase del fuego, que buscase un refugio seguro. Pero no había refugio alguno. No había seguridad allí. Solo había una oscuridad aplastante y un calor que amenazaba con hacerme pedazos los pulmones.

Me picaron los ojos, ya fuera por el sulfuro o por el calor, quién sabía. Creí que deberían lagrimearme, y quizá así era. De ahí el insoportable picor que sentía en los ojos.

—¿Osha? ¿Te tienes en pie?

La voz de Khydan sonaba baja y callada, pero la preocupación en sus palabras les daba el volumen de un grito. Sentí su mano en mi espalda y luego en el brazo. Me ayudó a levantarme, y yo intenté desprenderme de aquella mugre alquitranada y repugnante que tenía en la garganta.

—Eso es. Escúpelo. Hagas lo que hagas, no te lo tragues.

Ay, dioses.

—¿Qué es esto? —dije con voz ronca.

Khy tardó en responder más de lo que me habría gustado.

—Probablemente sea mejor que no preguntes —dijo. Su voz sonaba demasiado baja, como si la arrastrase un viento invisible—. ¿Te encuentras bien?

Su mano encontró la mía de nuevo en la oscuridad. El apretón que me dio me calmó los nervios lo suficiente para que mi voz apenas temblase al decir:

—Sí, estoy bien. Al menos eso creo. No veo nada. Y me siento como si me estuviesen hirviendo.

Una pálida luz gris brilló junto a mí, casi blanca, pero no del todo. Khydan enarbolaba un delgado tubo en la otra mano. La parte superior brillaba con luceterna. Me lo tendió. Cuando lo agarré, él

sacó otro de esos extraños tubos del bolsillo y lo sacudió con fuerza para activarlo.

Los ojos de mi compañero estaban oscuros como pozos. Su brillante tono verde se había amortiguado hasta parecer casi negro. Le goteaba del pelo aquel líquido nauseabundo que aún se arremolinaba en el estanque a nuestra espalda. Le moteaba la piel, viscoso y denso; se le adhería a la armadura de cuero. A mí se me pegaba el pelo al cráneo, y el líquido me empapaba la armadura.

Habría estado dispuesta a caer de nuevo al lago frente a Gillethrye, rompiéndome los huesos de nuevo y todo, para quitarme aquella porquería del cuerpo. Resultaba insoportable.

Khydan me dedicó una sonrisa ladeada que se suponía que tenía que ser tranquilizadora y dijo:

—Dos horas. Es la máxima cantidad de tiempo que podemos pasar aquí sin cocernos por dentro. Tu cuerpo no está hecho para este lugar.

—Pues más vale que nos pongamos en movimiento, pero… ¿adónde vamos?

¿De verdad había sido tan necia? «Tendrás que cruzar la puerta en Ajun», había dicho Lorreth. «Tendrás que negociar con las criaturas del otro lado para que te den su azufre». Yo había aceptado que sería muy peligroso…, pero no se me había ocurrido preguntar dónde encontrar a esas criaturas. No sabía dónde estarían… ni dónde nos encontraríamos nosotros al salir del estanque, de paso. Nuestras antorchas de luceterna apenas iluminaban el entorno. Una esfera de luz de dos metros de diámetro nos alumbraba, pero al otro lado no había sino una oscuridad inquebrantable que se arremolinaba más allá del radio de la luceterna y que parecía tener vida propia. Fría, cruel.

Khydan se pasó una mano por la cara en un fútil intento de quitarse aquel pringue negro de encima. Su mirada afilada escaneó la oscuridad. En cuanto abrió la boca para volver a hablar, un trueno retumbó en medio del aire fétido. Dos puntos rojizos y anaranjados se iluminaron en la lejanía en medio del velo de oscuridad. Esos dos

puntos gemelos de tonos rojos y naranjas eran bolas de llamas vivas, pero en realidad se trataba de ojos que ardían de puro odio. El suelo tembló bajo nuestros pies, y una voz resonante dijo:

—Qué valieeeentesssssss.

La oscuridad se retiró y desveló una enorme caverna de piedra envuelta en sombras y repleta de huesos. Cuando la bestia que había más adelante abrió las fauces, su gigantesca mandíbula se separó y reveló resplandecientes glándulas al fondo de una garganta sangrante y en carne viva. El aire mismo vibró, impregnado de un hedor a sulfuro que me puso el estómago del revés.

Yo sabía qué era.

El nombre de aquel monstruo rebotó por mi cabeza.

No me atreví a pronunciarlo en voz alta.

Medía veinte metros desde las enormes patas garrudas hasta el lomo. Su cuello largo y articulado estaba inclinado por culpa del tosco techo de roca de la caverna. Sabrían los dioses —y probablemente temerían— lo alta que sería aquella criatura si pudiese alzarse del todo. Me quedé sin aliento al contemplarla de los pies a la cabeza.

Tenía escamas doradas… No, no eran doradas. Eran negras. Resultaba difícil verlas bien, porque la bestia en sí era la única fuente de luz. Una cresta cornuda le brotaba de la cabeza ancha y huesuda, como una corona. A los costados tenía plegadas fuertemente unas enormes alas abultadas. Y los dientes. Medían metro y medio de largo y eran aserrados, como el filo de uno de los serruchos de Elroy.

A mí me había inundado el asombro al ver el enorme cráneo que colgaba tras el trono de Belikon en el Palacio de Invierno, pero no había llegado a entender del todo lo gigantesca que era la criatura a la que correspondía aquella monstruosa cabeza. Ahora sí lo entendí… y el miedo me inundó.

La temperatura subió, nuevas oleadas de sudor empezaron a brotarme en la sien y a evaporarse. El dragón se apoyó lentamente sobre sus codos afilados y se irguió.

—Mmmmuuuuy valiennnnntesssss —retumbó su voz.

«No… corras». La advertencia de Khydan llegó milagrosamente a tiempo. Yo me lo había estado pensando. El nauseabundo estanque estaba justo detrás de nosotros, aún abierto. ¿Cuántos segundos tardaría en darme la vuelta y zambullirme de nuevo en aquella superficie irregular? ¿Dos? ¿Tres, como mucho? A juzgar por el tono afilado en la voz de mi compañero, no sería suficiente. Por el rabillo del ojo vi que Khy se llevaba lentamente la mano al hombro y desenvainaba su hoja.

«¿Quieres que yo también…?».

Él negó con firmeza una sola vez. «No toques tus espadas. Si la toma con alguien, que sea conmigo. No te muevas, Osha. Quédate… justo donde estás».

De Nimerelle brotó un humo denso y furioso, aunque fue imposible saber si al dragón le importó lo más mínimo. Como un perro que despertase de una larga siesta, la criatura sacudió la gigantesca cabeza. De sus narices llovieron chispas. Los cuernos de la cabeza chocaron incómodamente contra la tosca roca del techo, y un trozo se desprendió y cayó junto a la bestia para hacerse añicos contra el suelo.

«Corre», me suplicaba el corazón. «En el nombre de los cinco infiernos, ¿qué haces, Fane? Corre de una puta vez».

Me mantuve firme en el sitio y obedecí la orden de Khydan.

—He vivido dossss mil añosssssss, pero hassssta hoy jamásssssss había venido la comida directa a mmmmmi boca —rugió el dragón.

Su boca no se movía. Las palabras sonaban, altas y claras —de lo contrario, las paredes no se habrían estremecido tan terriblemente—, pero la bestia debía de formarlas de un modo diferente a los humanos y los fae. Su lengua, bífida y ennegrecida, le asomaba entre los dientes, como si saborease el aire. Yo había visto hacer lo mismo a muchas áspides de arena en Zilvaren. Sin embargo, jamás había visto a ninguna serpiente lamer un metro y pico de dientes amarillentos.

—No soissss de esssste lugar.

—No lo somos. —La voz de Khydan resonó en la caverna, clara y firme. No sonaba asustada, pero yo sentí su miedo. No intentó escudarme de él—. Somos de…

—Conozco el nombre de tu hogarrrrr —interrumpió el dragón—. No lo digasssss en voz alta. —Se echó hacia atrás, estirando el cuello, e hinchó aquel pecho enorme y resplandeciente. La temperatura subió un par de grados—. ¿A qué habéissss venido? —preguntó.

—Hemos…

—¡Que hable la otra!

Yo. La otra era yo. Por algún motivo, el dragón quería que respondiese yo. Pero yo no tenía tantas dotes actorales como mi compañero. La mano de Khydan apretó la empuñadura de Nimerelle. La hoja arrojaba tanto humo que casi ahogó el resplandor de nuestras antorchas. ¿Sería aquello la preocupación de Khydan, que se transmitía a su espada divina? ¿O sería aquel resquicio del alma de la hermana de Ren, que residía en la hoja? «No le cuentes mucho», me advirtió Khydan. «Dile que tenemos que hablar con…».

—Te oigo, chico —gruñó el dragón—. No hay rincón oscuro en el que puedas esconder de mí tus susurros.

¿Chico? ¿Cuántos años tenía aquel ser para considerar a Khydan un chico? Resultaba perturbador que pudiera oír cómo nos hablábamos a través del vínculo. ¿Podría oír también nuestros pensamientos? Nuestros…

—Oigo cómo rechinan los engranajesssss que mueven el universssssso hacia la dessstrucción. Lo oigo todo. Lo ssssssé todo.

Su lengua asomó entre los dientes descascarillados y osciló en el aire.

El suelo de piedra estaba formado por baldosas hexagonales cubiertas de cadáveres resecos, hojas y todo tipo de escombros. Cuando el dragón habló, el suelo se movió tanto que la baldosa delante de mí se rompió en tres pedazos. La bestia expulsó un humo rancio y avanzó lentamente.

—Tú, en cambio, no sabes nada, rompenombres. Tu mente es demasiado joven para conocerse siquiera a sí misma.

—Tienes razón. —Sentí mi pulso por todas partes. En la punta de los dedos. En el paladar. En las sienes. Me cago en la puta, iba a vomitar. Era mi primer enfrentamiento con una bestia mítica e iba a echar la primera papilla como una puta cobarde. Pero no pensaba mearme encima. No—. Soy joven. Pero al menos yo no me escondo en la oscuridad a la espera de las órdenes de mi amo.

—Saeris.

Esta vez, la advertencia fue inmediata. En voz alta. El tono de Khydan sugería que yo había perdido la puta cabeza. Y quizá era cierto. Quizá hacía falta un poco de locura para salir con vida de aquella situación. Quién sabía. Sin embargo, intentar abordar aquello desde la perspectiva de una persona cuerda no estaba en mi mano. Una persona cuerda jamás se habría metido en ese estanque.

—Y, ssssegún tú, ¿quién esssss el amo que me gobierrrrrna, niña? —siseó el dragón.

Lorreth no me había dicho quién gobernaba en Diaxis cuando hablamos de ese lugar. Ren tampoco me lo había dicho mientras subíamos las serpenteantes escaleras que llevaban hacia nuestra muerte. Quizá no sabían el nombre del dios que dominaba aquellas cuevas oscuras y muertas. O quizá no lo pronunciaban porque, como yo bien sabía, pronunciar un nombre daba poder. Sin embargo, Khydan habló ahora, con voz fría y seca.

—Styx. Señor del nido abrasado. Rey de dragones. Él es tu amo. Es a él a quien debes obedecer.

El dragón se había estado acercando, ágil y sinuoso. Sin embargo, era demasiado grande como para disimular su avance. Ahora se detuvo en seco y gruñó ante las palabras de Khydan.

—¿Quién eressss tú para pronunciar ssssu nombre?

—Soy Kingf…

Khydan se detuvo en seco. Es difícil desprenderse de las viejas costumbres. Cierto, yo había hecho el cambio con facilidad y ahora pensaba en él con su nombre verdadero, pero algo en mi interior

sabía que así debía ser. Durante toda su vida, Khydan solo había pensado en sí mismo como Kingfisher. ¿Hasta qué punto residía en un nombre la identidad de una persona? ¿Hasta qué punto residía su alma? Una idea extraña. El alma de Khydan era la misma de siempre. Su personalidad también. Pero… algo fundamental había cambiado en su interior. Algo sutil. Ahora era libre.

—Soy Khydan Graystar Finvarra. Hace muchos años recorrí estas cavernas…

—Por aquel entoncesss no erasss másss que un niño. Fuissste torturado aquí, lo recuerdo. ¿Hasss venido a vengarte de esssste lugar, puesss? ¿A dessstruir a mi raza y a todossss losss que aquí viven?

—No. He venido como embajador de mi reino, igual que mi compañera. Solicitamos una audiencia con Styx en nombre de las reglas que unen nuestros reinos. La etiqueta…

Una ráfaga de aire apestoso y tórrido brotó de la boca del dragón. La siguió una columna de fuego y roca derretida. No hubo tiempo de reaccionar. No hubo tiempo de nada. Solo el fuego, el calor y nuestra muerte inminente. Yo alcé demasiado tarde el escudo, más brillante y grande que nunca. El azufre lo envolvió y lo destruyó.

Estábamos muertos.

¡Estábamos muertos, joder!

Estábamos…

… agachados, abrazados el uno a la otra, jadeando, sin respiración, pero de algún modo, aún vivos. Las llamas pasaron sobre nuestras cabezas y se estrellaron contra la pared a nuestra espalda con un fulgor azulado y verdoso. La bestia había fallado. A propósito, según parecía. Podría habernos envuelto en llamas de haber querido. El hecho de que no nos hubiese achicharrado parecía ser intencionado.

El corazón de Khydan cantaba en mis oídos. Me agarraba de la nuca y apretaba mi rostro contra su armadura de cuero. Tenía el pulso desbocado de adrenalina y pánico. Yo captaba cómo le corría la sangre por las venas, la olía al pasar por su garganta. Incluso

ahora que la muerte compartía el mismo aire que nosotros, el aroma de su sangre me empujaba a la locura.

Debería haber bebido de él. Al menos así nos iríamos los dos colocados. Pero la mera idea era ridícula. Egoísta. No podíamos morir ahora, teníamos demasiadas cosas pendientes. Khydan y yo teníamos el futuro de Yvelia en las manos. Más que eso. Si se podía dar crédito a Zareth, teníamos el futuro de millones de reinos en las manos. Miles de millones de vidas.

Nos encontrábamos en una encrucijada de los hilos del destino. Si moríamos, todo lo demás moriría. Durante un instante creí que el dragón había visto eso mismo en nuestras mentes, y por eso había desviado el fuego. A fin de cuentas, si nos mataba, existía la posibilidad de que él también muriese pronto.

Me aferré a Khydan con tanta fuerza que se me entumecieron las manos. Empezaron a hormiguearme. No… Vaya. Qué raro. Solo me hormigueaba la mano derecha, con una sensación que no era ni placentera ni desagradable. Creció y creció hasta subir por mi brazo y llegarme al hombro, donde me pasó al cuello y me picó por toda la mandíbula.

El aire estaba vivo, como si un millar de moscas zumbasen sobre un cadáver. El azufre siguió fluyendo sobre nosotros. Se estrelló contra la pared, salpicó pedazos de roca derretida y metal burbujeante en todas direcciones. Khydan se envaró y me clavó los dedos en la espalda, pero no me soltó.

Un tamborileo hueco palpitó en mi interior. Golpes en una puerta. Un segundo pulso sin propósito alguno. Magia. Desconocida. Frustrada. El azufre. Mi cuerpo reaccionaba al azufre. Me atraía hacia sí, pero yo no sabía qué hacer con esa sensación. No conseguía alcanzarlo. Y aunque hubiera podido, no habría sabido cómo reaccionar.

Íbamos a morir pronto. ¿Qué otro resultado podría haber? Mi poder sobre el mercurio no me ayudaría allí. Khydan era más poderoso que la mayoría de los fae, pero sus sombras no bastarían

para acabar con la bestia. El aire ardía, me abrasaba la tráquea, pero lo único que podíamos hacer era aguantar.

Al cabo, el torrente se detuvo.

Qué misericordia. Un respiro ante aquel calor era ya una misericordia…

—Soy Arissan, guardiana de la puerta —retumbó la voz del dragón, que al parecer era dragona—. Y no osss he perdonado por misssericordia. Esssa palabra no exissste en essste lugar. Vuessstras vidasss ssson temporalesss. Osss he perdonado por un único motivo.

—¿Cuál es?

Mi voz resonó por la guarida de la dragona. Khydan me agarró de la mano. Los músculos en su mandíbula se tensaron mientras le clavaba la mirada a aquel monstruo megalítico. Llamas y humo envolvían sus dientes. Agachó la cabeza y gruñó:

—Tu compañero conoce la ressspuesta a esssa pregunta. ¿No essss asssí, Khydan Finvarra?

Despacio, Khydan asintió.

—Nos has perdonado la vida para poder llevarme ante tu amo para que me juzgue.

—¿Y cuál esss tu crimen? —De la lengua oscilante de Arissan gotearon llamas azuladas.

—No he cometido ningún crimen. No he hecho nada más que defender a mi pueblo y mis tierras. Pero tú ya has visto mis pensamientos… y mi pasado. Me has visto en la ladera de la montaña en Ajun. Los dioses inferiores de Diaxis me acusarán de asesinato…

—¡El asssesssinato de uno de misss hijosssssss! —rugió la dragona, un sonido ensordecedor cargado de furia, pero también de angustia.

Las llamas volvieron a brotar de la garganta de Arissan, si bien totalmente diferentes del denso azufre derretido que acababa de derramar por encima de nosotros. Aquello eran llamas infernales al rojo vivo que se elevaron hacia el techo de la caverna y se

expandieron por la roca manchada de hollín como si desafiasen la gravedad.

El calor aumentó más allá de lo imaginable. Demasiado. Hacía demasiado calor. Físicamente, yo estaba más fuerte que nunca, pero mi cuerpo seguía teniendo límites de resistencia. Los bordes de mi vista empezaron a menguar, pero entonces sonó la voz de Khydan en mi cabeza.

«No hables. Cuando despiertes, por el amor de todos los dioses, no pronuncies una sola palabra».



Metal.

Metal caliente.

Yo conocía bien aquel olor. Tan bien, de hecho, que podía identificarlo hasta dormida. Me encontraba de nuevo en la forja. Elroy me regañaba por haber derramado virutas de metal por el suelo. Estaba…

¡Mierda!

¡Estaba cabeza abajo! Colgada por encima de una sala diez veces más grande que el salón de Ammontraíeth. Me estaba balanceando, joder…

La sangre me retumbaba en los oídos. Un sonido atronador, tan alto que me daba vueltas la cabeza. Pero no era mi sangre. Aquel sonido provenía de la multitud.

Abajo se retorcía y chillaba una vibrante muchedumbre. Miles de personas se agolpaban bajo mi cabeza. A juzgar por esas voces alzadas y esos puños al aire, estaban celebrando algo monumental.

Khydan.

¿Dónde cojones estaba mi compañero?

No podía girarme. No podía volverme. A mi alrededor se alargaba un espacio abierto que, al cabo, daba paso a las tinieblas. Me colgaban los brazos por debajo de la cabeza. El dolor recorría todos

mis nervios. Intenté llevarme las manos a las caderas. Mis espadas cortas. Mis cuchillos. ¿Seguían ahí?

Mi mano encontró metal caliente y el pecho me explotó de alivio. Las empuñaduras de mis espadas divinas estaban casi candentes al tacto, pero las seguía teniendo. Y ahí estaba Khydan. Cuando moví los brazos me giré apenas una fracción, lo suficiente para verlo colgando del techo junto a mí. Aún llevaba la placa pectoral bien ajustada y a Nimerelle en su vaina. Khy tenía el rostro pálido y cubierto de sudor. Sus ojos estaban cerrados, las pestañas de color medianoche le resaltaban sobre la piel. Incluso estando inconsciente parecía atribulado; un pequeño fruncimiento de ceño unía sus cejas, como si golpease la puerta de la inconsciencia y exigiese que le dejasen volver a su cuerpo. Una gruesa cadena manchada de naranja por el óxido le rodeaba los tobillos. De ahí colgaba. El mismo tipo de cadena sujetaba mis propios pies y me cortaba la circulación. En las alturas, una enorme estatua que representaba una figura cubierta con una túnica sujetaba los extremos de la cadena con una enorme mano de piedra. De la mano de la estatua colgaban otras cadenas aparte de las nuestras, algunas más largas, otras más cortas. Todas estaban vacías, excepto una.

Un cadáver colgaba de la otra mano de la estatua. El cuerpo, o lo que quedaba de él, se estaba pudriendo. Tenía la piel hinchada y púrpura. Le asomaba la lengua, gruesa, por entre los dientes. Los restos de una capa blanca hecha jirones le caían de los hombros y ocultaban parcialmente su cabeza. Una enorme lanza de punta aserrada le atravesaba el torso. Claramente era la causa de su muerte.

Los vítores allí abajo aumentaron hasta alcanzar extremos febriles.

«¿Khydan?». ¿Por qué demonios susurraba? No me atrevía a hablar en voz alta. «¡Khy!».

Nada. No me oía. No podía responder.

Un remolino de energía daba vueltas bajo mi esternón y me suplicaba que lo liberase. La magia atada a mi runa del mercurio

estaba despierta en aquel lugar. Alerta. Respondería si la invocaba, no había duda. Pero ¿a quién cojones se suponía que tenía que atacar? Había miles de personas…

—Silencio.

El ruido se detuvo. Lo único que oí fue mi propia respiración irregular. Abajo, la muchedumbre quedó tan callada que pareció que había desaparecido de repente. Pero no. Todos estaban inmóviles, los brazos a los costados, mirando al frente. Ninguno alzaba la vista hacia nosotros, sus nuevos cautivos.

La voz que había ordenado silencio volvió a hablar con un sonido retumbante e inhumano. Ninguna criatura, ni fae ni humana ni nada distinto, tenía un tono de voz tan grave.

—Bajadlos —entonó.

Nadie en toda la sala se movió. Debía de haber otros seres agazapados en las sombras, porque, tras un momento, las gruesas cadenas empezaron a moverse y a repiquetear, para luego dejarnos caer. Apenas caímos medio metro y la cadena volvió a tensarse, pero el terror me heló la sangre. No grité. Era casi imposible atrapar el condenado grito que quería salirme por entre los dientes, pero, de alguna manera, lo conseguí.

Entre más repiqueteos y sacudidas, las cadenas empezaron a bajarnos lentamente hacia el suelo de la sala.

Maldita vista de fae. Ya había podido ver a la perfección lo que pasaba allí abajo, pero a medida que descendía fui captando más y más detalles.

La enfermiza palidez de los rostros de aquella gente.

Sus ojos fríos y extramente relucientes.

Sus harapos y armaduras desgastadas. Las armas que llevaban al pecho, en la cadera, a la espalda.

La multitud estaba compuesta equitativamente de hombres y mujeres, que yo viese. Algunos tenían orejas puntiagudas, y otros, redondas. Humanos y fae.

—¿Khydan? —dije en voz alta—. ¡Khy! —Hablar en su mente no había funcionado. Quizá el sonido de mi voz lo ayudase a

despertar—. Esta mierda se está poniendo muy rara. Me vendría bien que estuvieses por aquí ahora mismo.

Él ni se movió. Tenía mechones ondulados y húmedos pegados a la cara. Quizá estuviera inconsciente, pero la tinta en el dorso de sus manos estaba muy activa. Se arremolinaba, desbocada, formando figuras y patrones geométricos que no reconocí.

Habíamos recorrido dos tercios de la distancia hasta el suelo.

—¡Khydan! —Esta vez me pudo el miedo. No iba a ser capaz de manejar sola lo que estaba a punto de pasar. Lo necesitaba—. Por favor, Khy. Despierta.

En un instante, unos ojos del color de la hierba alta que crecía por Ballard se cruzaron con los míos. El mercurio rodeaba la pupila de su ojo derecho, formando una franja de sólida plata. No se movía, no cambiaba. Sentí que el mercurio se tensaba, atento, evaluando la situación.

—Saeris —susurró Khy. Estábamos colgando bocabajo en un lugar desconocido. El peligro nos aguardaba ahí abajo, pero la mirada de mi compañero no se apartó de la mía—. Respira —dijo—. Todo irá bien. No permitiré que te pase nada.

Una vez que hubo pronunciado aquellas palabras, apartó la vista para evaluar el entorno. Al verlo todo, su boca se apretó hasta formar una fina línea. Allí no había pedestal. Se había formado en medio de la multitud un círculo en cuyo centro había dos figuras. A medida que el suelo se aproximaba a nosotros, me preparé y encogí los hombros tanto como pude para protegerme la cabeza y el cuello. No sirvió de mucho. Mi coronilla golpeó el suelo y luego caí de costado con un duro golpe.

Botas y mugrientos pies desnudos. Eso fue lo único que vi durante una fracción de segundo. Intenté erguirme hasta quedar sentada, desprenderme de las cadenas a patadas, pero, en cuanto toqué el suelo, varias manos me agarraron… y me levantaron.

Un reguero de humo negro latigueó en el aire a mi izquierda. En el lugar donde había estado uno de aquellos hombres que me habían levantado había ahora tres trozos de carne humeantes en el

suelo. La mujer a mi derecha dio un paso al frente, apretando los dientes, con la mano aún en mi hombro. Un segundo después, todo su brazo cayó al suelo con un golpetazo. Khydan giró a Nimerelle en el aire; ambos fluían como humo líquido. Se movía demasiado rápido como para verlo, pero yo sabía lo que iba a pasar a continuación. La mujer que había perdido el brazo estaba a punto de quedarse sin cabeza. Pero…

—Basta —dijo una voz diferente esta vez, algo más aguda, pero igual de imponente.

Mis rodillas cedieron.

Caí, y el dolor explotó en mis rodillas al impactar contra el suelo. Khydan cayó también de rodillas a mi lado con un siseo. No podía moverme. Una presión invisible encapsuló mi cuerpo y me inmovilizó. No me respondían las manos. Tenía los brazos pegados a los costados, y el pecho tan apretado que apenas podía expandir un centímetro las costillas. Casi no podía respirar.

No tuve que moverme para hablar con Khy.

«¿Qué cojones está pasando?».

«No te preocupes. Que no te entre el pánico. Intenta mantener la calma».

«¿Y tú estás manteniendo la calma? ¡Acabas de matar a un tipo y desbrazado a otra!».

A pesar de todo, Khydan esbozó un asomo de sonrisa.

«¿Desbrazado? Pasas demasiado tiempo con Swift, Osha. ¿Ahora te van las bromitas?».

«¡Te lo digo en serio! Acabas de atacar a dos personas».

Despacio, aquel asomo de sonrisa se desvaneció para dar paso a una furia fría y dura. Khydan miró a los desconocidos que nos rodeaban, con el ceño fruncido.

«Bueno, si querían vivir, habría sido mejor que no te tocaran, ¿no?».

El hombre no había dicho ni pío al morir. La mujer, que seguía de pie a mi lado, tampoco había emitido sonido alguno cuando Khydan le cercenó el brazo. Por el rabillo del ojo, vi que sentía mucho dolor.

Se sostenía el muñón sangrante y temblaba violentamente. Le corrían lágrimas por las mejillas, pero apretaba la mandíbula con fuerza como si no quisiese gritar.

Aparecieron ante nosotros unas piernas. Un torso. Un hombre alto y delgado con ojos hundidos y oscuros. Un instante después lo siguió otro hombre alto, de facciones y estatura casi idénticas, excepto que sus ojos eran rojos como carbones ardientes. Ambos tenían melenas largas y negras, recogidas en las trenzas de guerra más elaboradas que yo hubiera visto jamás. Iban vestidos para la batalla. El de la derecha, que tenía los ojos negros, fue el primero en hablar. Resultó que era el dueño de aquella voz tan grave:

—Mira, Githrand. La vieja dragona nos ha traído juguetes nuevos. Dos sangrecaliente. Yvelianos.

El de los ojos rojos inspiró por la nariz y curvó el labio superior en una mueca asqueada.

—Esa de ahí no es yveliana.

—Ah, ¿no? —Me dedicó una mirada de curiosidad equiparable al asco de Githrand. Dioses, sus facciones eran asombrosamente similares. Tenían que ser hermanos—. ¿Qué crees que será?

—No lo sé, Crave. Pero desprende un aroma que me desagrada.

—Se llama «jabón». Quizá deberías probarlo.

Khydan me había advertido de que no dijese nada, pero a él le había salido aquella pulla. No podía ser tan estúpido, tenía que ser algo distinto, una táctica destinada a… ¿qué, exactamente?

Ninguno de los dos nos miraba directamente. Ni siquiera dieron muestras de haber oído a Khydan. Sin embargo, la mirada que intercambiaron dejó claro que nuestra situación había empeorado significativamente. Era una idea irrisoria, en realidad, teniendo en cuenta lo mal que estaba ya nuestra situación.

A mi lado, Khydan se tensó. Enderezó la espalda. Seguía enarbolando a Nimerelle, la punta de cuya hoja descansaba sobre el suelo. La espada divina tembló, como si el fragmento del alma de Merelle que vivía en ella se estuviese esforzando por romper la

magia que nos sujetaba para poder volver a ocuparse de eso de matar.

Unos ojos rojos y ardientes descendieron lentamente hacia la espada.

—¿De dónde has sacado eso, animal?

Puede que Crave hubiese formulado la pregunta en tono desinteresado, pero vaya si tenía interés. Ladeó la cabeza y entrecerró los ojos mientras estudiaba la espada. Llegó incluso a dar un paso hacia la espada divina. Al acercarse, la mujer del muñón sangrante emitió un gemido diminuto. Retrocedió y se apartó de Crave, y varios pares de ojos en la multitud se desorbitaron al comprender lo que acababa de hacer. Algunos de los extraños que nos rodeaban bajaron la vista al suelo, como si no tuviesen valor para presenciar lo que estaba a punto de ocurrir.

Crave le dedicó a la mujer una fría mueca sonriente y, despacio, muy despacio, se agachó y giró la cabeza hasta mirar a Khydan a los ojos.

—Repito —dijo en tono gélido—: ¿de dónde has sacado esa espada, animal?

Una rabia clara como el día se arremolinaba en los ojos de mi compañero. Un músculo se tensó en su mandíbula. Con los dientes apretados, dijo:

—Fue un regalo de los dioses.

Seguía sin poder mentir, ni siquiera allí. No tenía más alternativa que decir la verdad.

—Hum. —Crave enarcó una ceja y contempló a Nimerelle. Durante un segundo, aquella ansia que había intentado disimular con tanto cuidado quedó patente—. ¿Ves esto, hermano? —dijo en voz alta para dar espectáculo, para que todos lo oyesen—. Un arma de una de las casas muertas. Más antigua que los salones de este reino y del suyo juntos. Y este quiere que creamos que los dioses traidores se la han regalado.

—No es más que una espada —gruñó Khydan.

Crave resopló por la nariz y miró a Khydan, con una sonrisa amarga en la boca.

—En las manos adecuadas, esa espada podría destruir mundos. Si es lo que creo que es, se trata de una de las hojas olvidadas de nuestros ancestros…, y tú no tienes derecho a blandirla.

—Ah, ¿no? —Khydan respondió a aquella mueca sonriente de Crave con la suya propia—. Entonces será mejor que me la quites.

—Hum, sí. —Crave asintió con aire enfático—. Eso te gustaría, ¿verdad?

—La verdad es que sí.

Crave inspiró entre dientes y se puso en pie de golpe. Tenía hebillas doradas en la armadura de cuero que resplandecían como si se hubiese pasado horas puliéndolas. Dejó escapar un ladrido en forma de risa y desenvainó su propia espada. Desde donde yo estaba, me pareció muy similar a Nimerelle. Quizá algo más pequeña, de peor factura. Dicho de otro modo: la espada que Crave tenía en la mano era una pobre imitación de Nimerelle. Él alzó el arma y señaló con ella la espada divina de Khydan.

—Huelo la magia de esta cosa —dijo—. Huele a muerte.

—Así que te da miedo quitármela, ¿no? —sugirió Khy.

En cuanto formuló esa acusación, Githrand se puso en movimiento. Soltó un crudo grito y rodeó a su hermano para abalanzarse sobre Khydan. Sin embargo, Crave lo agarró con mucha calma del brazo y lo frenó.

—No pasa nada. No sabe insultarme. Desconoce cuál es su lugar. Aún no.

—Ah, sé muy bien cuál es mi lugar aquí —dijo Khydan—. Y sé lo que está a punto de pasar.

Githrand dejó escapar una risa tensa e incrédula.

—Dudo que puedas imaginar el tipo de tormento que estás a punto de sufrir. Si pretendías sobrevivir a este lugar, deberías haber protegido tu mente un poco mejor. La dragona Arissan vio lo que le hiciste a su retoño. Shacry era el único hijo que le quedaba. Solo por eso, tu condena será la muerte. Pero también mataste al emisario de

nuestro padre. Cortaste el único hilo de poder que le quedaba en Yvelia. Lo debilitaste…

¿Qué emisario? ¿De qué hablaba? Khydan no mató a ningún emisario…

Oh.

Oh, no.

No se referiría a…

—Ereth era un traidor a su pueblo —dijo Khy—. Sus actos contra Yvelia supusieron su pena de muerte. Pero además intentó atacar a mi compañera. Por supuesto que lo maté. Mientras yo respire, nadie le hará daño.

Ereth. El Lord de Medianoche que me había atacado durante la coronación. Había sido una especie de líder religioso. Le había dicho a Khydan que adoraba a otros dioses. A dioses inferiores…

—Necio arrogante —dijo Githrand—. Derramas sangre en defensa de tu preciosa compañera, pero luego la traes aquí. La has condenado al infierno, Khydan Finvarra. Serás desmembrado poco a poco. Ella lo verá todo, y una vez que hayamos acabado contigo, la convertiremos en una de nuestras concubinas. Nos dará crías hasta que muera o hasta que nos cansemos de ella. No conocerá nada más que la humillación y la vergüenza en este lugar. Jamás volverá a ver el cielo…

Las sombras y el humo salieron propulsados de Khydan; un estallido de magia tan poderoso que, durante un instante, una oscuridad resplandeciente ahogó la luz de las antorchas. Todo sucedió muy rápido. Cuando las sombras se retiraron, una pared alta y semitraslúcida nos separaba de la multitud de diaxianos que se habían reunido allí a contemplarlo todo. Aunque Githrand o Crave les ordenasen atacar, no podrían. Al menos de momento.

Khydan giró los hombros y sacudió los brazos. Anuló despreocupadamente la magia que a mí me seguía inmovilizando contra el suelo. ¿Cómo lo había conseguido?

«Lo siento, Osha. Arissan siempre ha protegido Diaxis. He pasado siglos practicando para poder esconder ciertos datos en mi cabeza.

Solo vio lo que le permití ver. Pero sabía que iba a mirar dentro de tu cabeza y que no podrías haberle ocultado nada. No había tiempo para prepararte».

Las palabras de Khydan estaban impregnadas de remordimiento.

Mi corazón iba a marchas forzadas, pero ahora casi oí el ruido de mis propios pensamientos por encima del galope de mi pulso en los oídos. Lo detuve por completo y dije:

«¿Prepararme para qué?».

Khydan apretó la mandíbula.

«Te lo contaré todo, te lo prometo. Te lo explicaré en cuanto nos encontremos a salvo». No me miraba a mí. Centraba su atención en Githrand y Crave.

—Es imposible —susurró Crave—. No puedes…, no eres… —Negó con la cabeza. Claramente le costaba entender lo que estaba viendo—. La magia de sombras no pertenece a tu reino. ¿De dónde has sacado este poder?

—Del mismo lugar del que saqué la espada —gruñó Khydan.

Zarcillos de sombra brotaron de sus manos. Al mismo tiempo, tanto de Crave como de Githrand también se desprendieron sombras, pero su magia no era nada comparada con la de Fisher. Era más pálida. Más débil, de algún modo. Menos… corpórea. Las sombras de Khydan rasgaron la magia que los dos le lanzaron como una hoja que pasase por el agua.

Los dos hombres salieron volando por los aires y aterrizaron en el suelo con un crujido de huesos rotos. Sin soltar a Nimerelle, Khydan se acercó a los dos. Apoyó la punta de la espada en la garganta de Githrand.

—Libérala —ordenó—. Ahora.

La presión que me inmovilizaba contra el suelo se desvaneció en un instante. Caí hacia delante, pero me sujeté para no darme de bruces contra el suelo. Khydan llegó al instante a mi lado y me ayudó a levantarme. Me tocó el pelo con las manos, me acunó el rostro. Sus hermosos ojos estaban impregnados de preocupación. Me repasaron las facciones en busca de alguna herida.

—Estoy bien —dije—. No te preocupes por mí. Dime… dime qué está pasando.

Me agarró la mano y se la llevó al centro del pecho, donde la dejó un segundo. Se me encogió el corazón.

—¿Confías en mí? —preguntó.

—Sí. Siempre. Sí.

Y, durante una fracción de segundo, Khydan esbozó la sonrisa más dolorosamente hermosa del mundo.

—Te quiero, Saeris Fane.

Me dio un intenso beso por el que pasaron entre ambos muchas cosas que no nos habíamos dicho. Promesas y esperanzas. Juramentos y remordimientos.

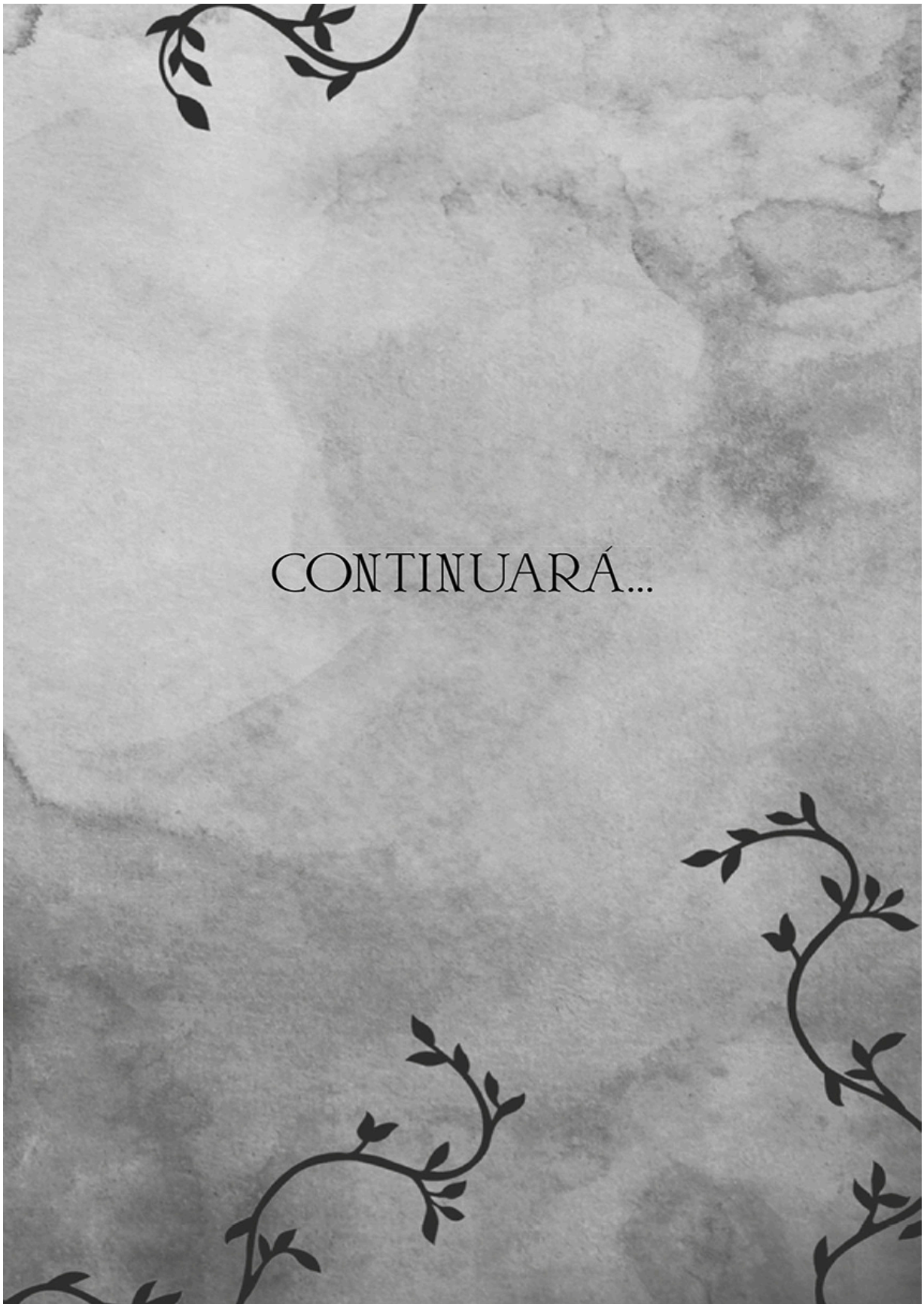
Se apartó de mí y se alejó.

Con cuatro zancadas se cernió sobre Crave, lo agarró del frontal de la armadura y lo levantó de un tirón.

—¿Quién… eres? —preguntó Crave con voz ahogada—. Solo… solo los semidioses pueden enarbolar las sombras.

Khydan inspiró hondo e ignoró la pregunta.

—He venido a por un dragón, tal y como es mi derecho. Llama a tu padre. Dile que estoy aquí para hacer un trato.


CONTINUARÁ...

Título original: *Brimstone*

Edición en formato digital: febrero de 2026

Copyright © 2025 by Callie Hart
© De la traducción: Jesús Jiménez Cañada, 2026
© Faeris Editorial (Grupo Anaya, S. A.), 2026
Valentín Beato, 21. 28037 Madrid

ISBN ebook: 978-84-19988-90-4

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Descubre aquí el reino de Faeris:

